

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE DERECHO



**LA PRUDENCIA Y LA SAGACIDAD COMO CRITERIOS
DIRECTIVOS DE LA RAZÓN PRÁCTICA SEGÚN BALTASAR
GRACIÁN**

TESIS DOCTORAL DE:

JOAQUÍN ALARCÓN MENCHÉN

BAJO LA DIRECCIÓN DE:

MARCELINO RODRÍGUEZ MOLINERO

Madrid, 2013

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE DERECHO**

**LA PRUDENCIA Y LA SAGACIDAD COMO
CRITERIOS DIRECTIVOS DE LA RAZÓN
PRÁCTICA SEGÚN BALTASAR GRACIÁN**

Tesis Doctoral presentada por Joaquín Alarcón Menchén

Director Prof. Dr. Marcelino Rodríguez Molinero

Catedrático Emérito de Filosofía del Derecho



Madrid, 2012

“¡Es posible que éste sea el hombre! ¡Quién tal creyera!
¡Que este casi insensible, torpe e inútil viviente ha de venir a ser un
hombre tan entendido a veces, tan prudente y tan sagaz.....!”
(*El Criticón*, primera parte, crisis V.)

ÍNDICE

Introducción	7
Capítulo I.- La vida y la obra de Baltasar Gracián Morales como base sustentadora de la investigación realizable.....	33
Capítulo II.- La prudencia y la sagacidad en la forja de la grandeza del héroe y de la magnificencia del político.....	121
Capítulo III.- Sé sagaz y prudente, primer imperativo del varón perfecto.....	179
Capítulo IV.- Entre dos libros sobre la agudeza y el ingenio: El Oráculo manual o Arte de prudencia.....	243
Capítulo V.- La obra cumbre de Gracián. Análisis de su estructura y de su trama interna en relación con nuestro tema...	303
Capítulo VI.- Exaltación de la prudencia y de la sagacidad en el devenir de las cuatro edades del hombre noveladas en <i>El Criticón</i>	417
Ilustración gráfica de <i>El Criticón</i>	539
Descripción de la mansión de Lastanosa en Huesca	543
Apéndice: I.- Ediciones de las obras originales y de las traducciones.	547
II.- Obras que supuesta o probablemente utilizó Gracián para componer sus libros.....	573
Conclusiones	593
Bibliografía	617

Introducción

I

Desde hace un cierto tiempo, más o menos desde la década de los años cincuenta del pasado siglo, coincidiendo con el tercer centenario de la muerte de Baltasar Gracián, se han incrementado notablemente los estudios sobre su vida y su obra, junto con las ediciones de sus libros, y su nombre aparece con frecuencia antes no usada en diversos repertorios bibliográficos. Naturalmente que esta progresión se enmarca prioritariamente en el campo de la Literatura tratando de resaltar la talla de su figura en el barroco tardío como maestro del conceptismo. Pero también abundan los estudios en el campo de la Filosofía y en especial en el de la Ética, por su concepción del mundo y de la vida y por su relevancia en la orientación de la conducta humana para alcanzar el éxito en todas las empresas y en el medio en que la vida se desarrolla.

A pesar de que suele estimarse que Baltasar Gracián es ante todo un moralista y un filósofo de la moral, en el sentido tradicional en que estos términos son usados, hablando con propiedad no lo es en realidad. Pues su intención primordial como escritor no es proponer una serie de normas de conducta, deducidas de unos primeros principios morales como formulaciones concretas y directamente aplicables a la conducta práctica, lo que implica el reconocimiento de una serie de virtudes morales jerárquicamente ordenadas a partir de las llamadas

virtudes cardinales y junto con ello de un catálogo de deberes de cumplimiento obligatorio para salvaguardar la moralidad de las acciones. Lo que en realidad pretende Gracián es proponer una serie de máximas de conducta extraídas de la experiencia vital, como resultado de una diligente y atenta observación de lo que en ella se ofrece, con la finalidad teórica y práctica, no tanto de salvar la moralidad de las acciones, cuanto de conseguir el mayor éxito y la realización máxima de la persona en el medio social en que su vida transcurre. Esta inversión de procedimiento para la formulación de las normas de conducta no puede explicarse diciendo simplemente que lo que el escritor aragonés pretende es mantenerse en el plano de una moral cívica, o como ahora se dice situarse en el campo de una moral laica, calificación que entraña una tal simplicidad, muy acorde con los tiempos que corren, que en nada ayuda a conocer su posicionamiento en este difícil terreno. Tampoco sirve para ilustrar este cambio de perspectiva el recurso a la consabida distinción de normas éticas y reglas técnicas, heredera de la distinción clásica de reglas del *agere* y reglas del *facere*, siendo las primeras las que rigen la conducta moral y las segundas las que orientan la conducta política o técnica, por la sencilla razón de que las máximas y preceptos que Gracián propone tienen o aspiran a tener contenido moral y no se resignan a ser puras forma técnica. Mucho menos ayudaría el querer interpretar este procedimiento de inversión en la formulación de las normas de conducta práctica, invocando a la radical separación de la Moral individual o subjetiva y la Moral interpersonal y objetiva, que en su tiempo comenzaba a fraguarse y que un siglo después consumó Kant. Las normas de conducta que el jesuita aragonés propone en forma de

máximas, preceptos o consejos para orientar la conducta del individuo como persona tienen también fundamento objetivo y están legitimadas en cuanto son extraídas de la observación atenta de la realidad empírica. Estamos ante un cambio radical de paradigma, que venía gestándose desde la época renacentista y humanista.

Para designar esta nueva actitud ante el fenómeno moral y diferenciarla convenientemente de la postura clásica, la primera generación del romanticismo alemán acuñó el término “Moralística” - “*Moralistik*”- en claro contraste con lo que tradicionalmente se había entendido por Filosofía Moral. Se trata ciertamente de un término muy expresivo de lo que pretende significar, pero que apenas ha logrado adquirir permiso de circulación y mucho menos imponerse en otras lenguas, en particular en las lenguas románicas. Con él se quiere significar y agrupar una serie de tratadistas de cuestiones morales de los siglos XVI y XVII, principalmente franceses, que, siguiendo a M. E. Montaigne, se sitúan conscientemente en la frontera entre la literatura y la Filosofía o que se sirven de aquélla para dilucidar cuestiones éticas renunciando a toda perspectiva objetiva trascendente y con apoyo en una antropología filosófica de base meramente empírica. Desde esta perspectiva radicalmente inmanente pretendían explicar lo que es el hombre y todos sus modos de actuar, tanto morales como políticos y sociales, según las circunstancias de tiempo y lugar en que vive y actúa, con la mirada puesta en sacar de ellas el mayor provecho y la mejor realización personal. Quizá nadie como M. Kruse ha descrito con exactitud este cambio de paradigma moral y las ambiciosas pretensiones que en su seno ocultaba. Dice al respecto: “Los moralistas franceses [de

los siglos XVI y XVII] no son filósofos de la moral o escritores que critican la Moral de su tiempo con pretensiones normativas, sino que son autores que observan los modos de comportamiento de los hombres”¹. Otro notable especialista en Montaigne y Gracián, H. Friedrich, aclara mejor el concepto, a la par que extiende su ámbito histórico temporal en estos precisos términos: La “Moralistik” como “literatura sobre temas del hombre, aparece en el siglo XIV, al principio con la participación de diferentes géneros literarios - novela, comedia, fábula, historiografía - y a partir del siglo XVI y XVII se concreta en los Ensayos y en los Aforismos, con una oportuna clasificación de su temática. Sus maestros se llaman Guicciardini, Quevedo, La Rochefoucauld, La Bruyère, Litenberg - y Gracián”². Y añade que el “objeto” de la Moralística “es el hombre intramundano, conceptuado como ser ambicioso de poder, que busca su autoafirmación y estudio [...] en las vicisitudes absurdas del destino entendido como ciego azar”³. Por su parte Gerhart Schröder aclara así el asunto: “Ha llegado a ser usual denominar “moralistas” a una serie de autores de los siglos XVI y XVII, cuyo pensamiento sigue caminos distintos en cada uno. Lo común, y esto justifica una tal unión de autores tan diferentes como Guicciardini, Montaigne o Gracián, estriba en que sus escritos reflejan la crisis de la interacción, que resulta

¹ Cfr. “Die französischen Moralisten des 17. Jahrhunderts”, en A. Buck (ed.), *Neues Handbuch der Literaturwissenschaft*. art. “Renaissance und Barock II”, t.10, (Frankfurt a. M.), 1972, p. 280.

² Cfr. su estudio “Zum Verständnis des Werkes”, en B. Gracián, *Criticón oder Über die allgemeinen Laster des Menschen*, primera traducción al alemán de una parte de la obra por H. Studniczka (Hamburg, 1957), p. 217.

³ Ibídem; cfr. también su gran obra *Montaigne*, 2, ed.- Bern, 1967, p. 168 y ss.

de las subversiones sociales y espirituales en el transcurso de la evolución de la sociedad feudal a la sociedad burguesa”⁴.

Esta doble perspectiva, la de la moral tradicional y la de la “Moralística”, entendida la palabra en el sentido explicado, constituye precisamente el marco disciplinar en que este estudio se encuadra. En él tratamos de determinar cómo y en qué medida dos de las más preclaras cualidades, la prudencia y la sagacidad, por no llamarlas virtudes, en parte complementarias y en parte contrapuestas, orientan el modo de actuar y se erigen como criterios directivos de la razón práctica humana. Con ello queda claramente delimitado desde un principio el objeto de este trabajo presentado como tesis, sin perjuicio de que más adelante hayamos de volver sobre ello para describir someramente el contenido de cada una de las partes que lo componen y el método seguido en el curso de la investigación y en cada una de sus fases, dejando para las conclusiones el resumen de los resultados obtenidos.

II

El tema así planteado y delimitado cabe decir que nunca ha sido tratado en los numerosos estudios que de la obra de Gracián existen. Ha habido sí un acercamiento al mismo en lo que se refiere a la prudencia, bien dentro del marco general de la Moral o de la Ética, o bien desde la perspectiva del análisis del mundo de la vida y de la vida

⁴ Cfr. “Gracián und die Spanische Moralistik”, en A. Buck (ed.), *Neues Handbuch der Literaturwissenschaft*, art. “Renaissance und Barock II”, t.10, cit., p. 257.

humana en el mundo en la extensa obra del escritor aragonés. Pero en relación con la segunda cualidad, la sagacidad, la carencia de estudios es total, salvo algunas breves alusiones más o menos circunstanciales o en relación con el estudio de la agudeza en cuanto en ciertos aspectos es sinónimo de ella. De todos estos estudios que suponen un tratamiento parcial del tema parece conveniente y hasta exigible hacer aquí una breve y concisa referencia, que sin duda ayudará mucho a perfilar mejor el tema propuesto.

1. En la bibliografía española es preciso aludir en primer lugar a los artículos publicados en un número monográfico de la *Revista de la Universidad de Madrid*, dedicado a Baltasar Gracián para conmemorar el tercer centenario de su muerte (1658-1958), especialmente el artículo de J. L. López Aranguren titulado “La Moral en Gracián”⁵. En él se ocupa de la prudencia en Gracián desde la Moral tal como él la entiende, que no coincide con la perspectiva tradicional ni mucho menos con el punto de vista aquí diseñado de la “Moralística”, que, a pesar de que cite la tesis inédita de Klaus Heger, demuestra no conocer, o a juzgar por lo que escribe, no acierta a comprender, sino que parte de un concepto de Moral ambivalente y ambiguo. Considera, en efecto, que la Moral de Gracián se sitúa en tres planos completamente separados, aunque él sólo se ocupa de los dos primeros. El primer plano lo denomina Moral utilitaria y corresponde a tres de sus primeros libros de Gracián, concretamente a *El Héroe*, *El Discreto* y el *Oráculo manual*, aceptando

⁵ *Revista de la Universidad de Madrid*, vol. VII, núm. 27, 1958, con colaboraciones de F. Maldonado de Guevara, J. López Aranguren, Pierre Mesnard, Klaus Heger y J. A. Maravall. El trabajo de Aranguren comprende las páginas 331-354.

el *factum* del mundo tal como éste está constituido; el segundo es el plano ético-filosófico, que corresponde a *El Criticón* y supone una crítica del mundo, tal como éste se ofrece; y el tercero es el plano puramente religioso, propio de *El Comulgatorio*. Todo ello sería consecuencia de la falta de unidad de su obra y de su irreductible fractura⁶. Apreciación que se cae por sí misma y que en modo alguno se sostiene, pues, al menos en este aspecto, como en su lugar veremos, hay una línea de continuidad en todas las obras del escritor belmontino, es más, en el último realce o capítulo de *El Discreto* se diseña ya claramente lo que sería *El Criticón*.

Estima el otrora catedrático de Ética de la Universidad de Madrid, hoy Complutense, que en las tres obras que corresponden al primer plano, la Moral de Gracián debe entenderse “como el comportamiento en uso de la libertad”, tal como él define la que llama Moral como “estructura” en su manual de Ética⁷. No advierte el autor que conductas y actos como los que se dan en todos los actos ilícitos que adquieren la calificación de delito, y que están tipificados penalmente como tales, exigen, para serlo, un “comportamiento en uso de la libertad”, y sería una aberración inaudita considerar que son morales. Por si quedara alguna duda sobre el sentido de esa afirmación, elevada a la categoría de definición cuasidogmática, esa duda se disipa totalmente cuando poco después leemos que “todo comportamiento libre, humano en cuanto tal, es *eo ipso* moral”; si bien a renglón seguido añade el autor:

⁶ Cfr. *Revista de la Universidad de Madrid*, cit., p. 332.

⁷ Cfr. J.L.López Aranguren, *Ética*. Madrid, *Revista de Occidente*, 1958, cap.7, p.63 y ss.

“pero de una moral como pura estructura y no como contenido”⁸. Atribuir esta doctrina a Gracián resulta francamente sorprendente y supone una interpretación tan atrevida, por liviana, de su pensamiento, que resulta totalmente inaceptable. Las consideraciones sobre la prudencia en Gracián, dentro de este contexto, aparte de ser parcas y poco fundamentadas, en cuanto se limitan a una serie de citas, elegidas al azar de algunos de sus libros, principalmente de *El Héroe*, se sitúan en esa misma línea previamente trazada. Llega a llamarla “prudencia de la carne”, entendida ésta como “prudencia mundana”, gestada en soledad, una soledad que el autor, citando a E. d’Ors, atribuye también a Gracián, otra interpretación tan grotesca como infundada. No faltan tampoco las contradicciones, como la de considerar a Gracián maquiavélico, eso sí, matizando que el suyo es un “maquiavelismo personalista” o “psicológico”⁹, para poco después, discurriendo todavía en este primer plano, afirmar rotundamente que “ciertamente, Gracián *no* es un maquiavelista”, y que “si, en efecto, esta negación es verdadera, debe ser tomada en serio”¹⁰.

Pero lo que más llama la atención, por su relación directa con nuestro tema, es que el flamante profesor de Ética defina el “arte de prudencia” graciano como un “conjunto de reglas para la manipulación práctica de la realidad”, y que, desvinculándola totalmente de la Moral, le otorgue un “carácter técnico, meramente instrumental, ni bueno ni malo, sino moralmente neutral”, dependiente de la calculabilidad, como

⁸ Ibídem, p. 334. Si bien después se refiere a la que llama “Moral de contenido”, a Gracián lo encaja propiamente en la “Moral de estructura”, tal como ha sido descrita.

⁹ Ibídem.

¹⁰ Ibídem, p. 338.

en las máquinas calculadoras modernas, y como fruto maduro del “casuismo” jesuítico, con el que en realidad poco tiene de común. No menos sorprendente es que identifique la prudencia graciana con la reserva, la simulación y el dolo, y también con las tretas, con el ardid, con el artificio, y en definitiva con la astucia, equiparaciones todas ellas que, aunque Gracián a veces las menciona para ilustrar la prudencia entendida como precaución y cautela, más bien se asimilan a la sagacidad que a la prudencia. Tampoco resulta aceptable que el autor considere la prudencia, entendida ahora como “arma defensiva en un mundo enemigo”¹¹ y como el polo opuesto de la magnanimidad, aunque sugiere que ésta opera como actitud compensadora, cuando la realidad es que Gracián las empareja con frecuencia.

En el segundo plano, el que llama ético-filosófico, Aranguren estima que Gracián entiende la prudencia en el sentido escolástico y tomista de la primera de las virtudes cardinales, pero deformándola sustancialmente para hacer de ella una virtud permanente intramundana e incluso meramente funcional y técnica, al tender a traducirla como simulación y cautela; pero su deformación no llega a tanto como a arrancarla toda semejanza con la prudencia tradicional¹², es decir, que volvemos a lo ya dicho, sin que merezca la pena continuar el hilo de su discurso. Y es que en realidad la impresión que producen estas y otras apreciaciones es que estamos ante un típico y cansino “dilettante”, por utilizar el calificativo italiano, en este caso, tan justo como apropiado.

¹¹ *Ibíd.*, p. 343.

¹² *Ibíd.*

2. Entre los autores actuales que se han ocupado de la obra de Gracián merece la pena recordar a Aurora Egido, quien se ha ocupado recientemente del tema, aunque sólo en relación con la prudencia, en su libro *Las caras de la prudencia y Baltasar Gracián*¹³. El título es engañoso, pues es idéntico al del capítulo IV, que eleva a título general del libro tomando la parte por el todo. No obstante, la autora es una de las máximas autoridades en temas gracianos, pues ha cuidado la edición facsímil de todos los libros publicados por el escritor belmontino, enriqueciéndolos con oportunas y eruditas introducciones, algunas de ellas, como la de el *Arte de Ingenio - Tratado de la Agudeza*, la de la *Agudeza y Arte de Ingenio* y la de *El Criticón*, con bastante más de cien páginas cada una, lo que supone una auténtica monografía sobre cada uno de los libros.

Las Caras de la prudencia hace referencia al cuadro de Tiziano, terminado hacia el año 1506, en el que aparecen tres caras humanas que corresponden a un anciano, la de la izquierda y mirando en esa dirección, a un hombre maduro, con la mirada al frente, y a un joven, que mira hacia la derecha, y que representan las tres edades del hombre y la evolución del tiempo, el pasado, el presente y el futuro, una tríada que, desde la época medieval tardía significaba la progresión temporal de la prudencia. Y debajo figuraban otras tres cabezas, correspondientes, siguiendo el mismo orden de izquierda a derecha, a el lobo, el león y el perro, anudados por la serpiente, que bien podía representar a la sagacidad. Aurora Egido estima que estos y otros emblemas y símbolos de la prudencia gravitan con su propio peso en los libros de Gracián

¹³ Madrid, Castalia, 2000.

cuando a ella se refiere. Pero también opina que tenía un sentido moral de la prudencia como virtud cardinal entendida en sentido tradicional, pero atemperada y rebajada a lo puramente humano. Como quiera que en el plano filosófico estaba considerada como una forma de conocimiento, pero diseminada en múltiples disciplinas, Gracián, siguiendo a A. López Pinciano, juzgó necesario unificarlas y convertirla en un arte, el arte de la prudencia, elevado a la categoría de disciplina en el *Oráculo manual*. No obstante, la autora considera también que la prudencia juega un papel importante en *El Héroe*, en *El Político* y en *El Discreto*, tres obras anteriores al *Oráculo manual*, y examina cuidadosamente algunos de los pasajes de esos tres libros en los que se hace referencia a la prudencia como poder y como virtud.

A partir de aquí su atención se centra en el análisis de lo que la prudencia significa en el *Oráculo manual* y en *El Criticón*. En el primero la prudencia se constituye como arte. Y afirma que “la Filosofía de este nuevo arte se basa así en los modelos previos, recogiendo de los apólogos antiguos la quintaesencia de la que extrae modelos para el suyo propio”¹⁴. Conforme a ellos, y siguiendo su paradigma, la imagen de la prudencia graciana no es uniforme, sino que presenta diversas versiones, unas veces reproduciendo la doble cara de Jano y otras la triple cara del cuadro de Tiziano que representa las tres edades del hombre.

El análisis que A. Egido hace de la prudencia en *El Criticón* es algo más extenso que el correspondiente al *Oráculo manual*, aunque tampoco sea todo lo amplio que cupiera esperar, dado el volumen de aquella obra. Lo que sí hace, siguiendo el procedimiento que seguiremos

¹⁴ *Las caras de la prudencia*, cit., p. 100.

en este estudio, es analizar por separado cada una de las tres partes de que consta la obra, que fueron originariamente publicadas en tres etapas, con un intervalo de dos y cuatro años entre ellas. Es de notar que al proceder al análisis de la Primera Parte señale, comentando el capítulo V, que el niño torpe e inútil, que es Andrenio, “deviene luego en hombre prudente y sagaz, si se sabe moldear”¹⁵. La Segunda Parte juzga la autora que recrea la mejor cara del hombre, en cuanto en ella éste llega a ser persona cabal y “se confirma la edad varonil, que está en el centro, como centro de las edades”¹⁶. En ella la prudencia adquiere la plenitud de su efecto benéfico en la configuración definitiva del hombre como persona. Pero es en el invierno de la vejez, del que trata la Tercera Parte, cuando la prudencia se erige como reina de todas las virtudes que adornan al ser humano, asumiendo la tarea de convertirlo en hombre perfecto. No en vano, recuerda la autora, esta tercera entrega está dedicada al “anciano” y “prudente” deán de Sigüenza, don Lorenzo Francés Urritigoity. En resumen podemos decir que, pese a su brevedad, es la mejor contribución al estudio de la prudencia en las obras de Gracián. Bastará para confirmarlo la conclusión a que llega tras su sucinto análisis: “La invención retórica corrió pareja en Gracián con la invención moral y política que la prudencia implica en toda su obra, alcanzando ésta, no sólo un rango dialéctico, sino una novedad expresiva y simbólica que superaba con creces el marco tradicional en que venía insertada”¹⁷.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 103.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 107.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 115.

3. En la bibliografía extranjera tampoco existen publicaciones que traten directamente el tema, aunque sí algunas aproximaciones desde la amplia perspectiva de una consideración global del curso de la vida humana. Tal ocurre con el precioso libro *Graciáns Lebenslehre* de Werner Kraus, quien dedica un capítulo al arte de la vida y otro a la escala de las virtudes con el reversible título de “La corona de la virtud y las virtudes de la corona”¹⁸. En el primero se aproxima veladamente a la sagacidad, por supuesto que sin nombrarla, pues sus reflexiones se concentran en el genio y el ingenio y en la destreza, la resolución y la astucia, afines todos ellos a la sagacidad. Y al trazar la tipología y describir la esencia de las virtudes apenas menciona la prudencia, prefiriendo fijarse en el juicio, la advertencia y la espera, pero sobre todo en la cordura, el comedimiento y la medida, virtudes secundarias que en la terminología graciana forman parte del séquito de la virtud cardinal de la prudencia.

Más cercano al núcleo temático de este trabajo son algunas otras publicaciones, en especial cuatro tesis doctorales, que se ocupan indirectamente del tema desde la perspectiva de la llamada “Moralística”, en el sentido explicado al principio, o bien desde el punto de vista de la Moral tradicional o simplemente de la Filosofía Moral. La primera de ellas es la tesis doctoral de Klaus Heger, presentada en la Universidad de Heidelberg con el título *Baltasar Gracián. Eine*

¹⁸ Cfr. W. Kraus, *Graciáns Lebenslehre*, Frankfurt a. M., V. Klostermann, 1947. Los dos capítulos citados en el texto corresponden al cap. VII y VIII respectivamente. Existe una traducción de este libro con el título *La doctrina de la vida según Baltasar Gracián* (Madrid, Rialp, 1962), título que, a fuerza de querer ser traducción literal, desfigura lo que propiamente significa.

Untersuchung zu Sprache und Moralistik als Ausdruckweisen der literarischen Haltung des Conceptismo, es decir, Baltasar Gracián. *Una investigación de la Lengua y la Morálística como modos de expresión de la actitud literaria del conceptismo*¹⁹. Aunque la investigación se instala propiamente en el ancho campo de la Teoría literaria, a lo largo de todas sus páginas, con mayor o menor incidencia en unos capítulos que en otros, las alusiones a la prudencia “mundana” – “Weltklugheit” – y a la agudeza crítica y juiciosa, así como al genio y al ingenio y a toda la corte de prerrogativas que acompaña al espíritu prudente y sagaz, son constantes y de contenido doctrinal muy alto. Estamos ciertamente ante la investigación más seria, más amplia y más cercana a nuestro tema de estudio que hasta ahora se ha hecho, con un exquisito manejo de la bibliografía especializada o concomitante y un minucioso estudio de las fuentes que inspiraron al escritor belmontino. Esta conclusión viene avalada de manera incontestable por esta afirmación estampada al iniciar su análisis de *El Criticón*: “Mientras el asunto de la novela picaresca suele ser el curso de una vida narrada autobiográficamente, no se trata en Gracián ni del curso de la vida de una persona [...], ni de dos cursos de vida yuxtapuestos, ni del paso de dos biografías de vidas particulares en *El Criticón*, sino de la vida como tal”²⁰.

¹⁹ Ha sido publicado en versión española con el título, poco fiel al original alemán, de *Baltasar Gracián. Estilo lingüístico y doctrina de valores*, y con el subtítulo *Estudio sobre la actitud literaria del conceptismo*.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1960.

²⁰ Cfr. *Baltasar Gracián. Estilo lingüístico y doctrina de valores*, ed. cit., p. 40; cfr. también su artículo “Genio e Ingenio/*Herz und Koft*.- Reflexiones sobre unos cotejos entre el ‘Oráculo manual’ y la traducción alemana de Schopenhauer”, en *Revista de la Universidad de Madrid*, 7 (1958), p. 379-401. La cita corresponde a la página 386, nota 11.

En esta misma línea de la “Moralística” se sitúan dos espléndidos estudios de dos autores que ya citamos al explicar el significado de esa palabra. El primero es Hugo Friedrich con su estudio titulado “Para la comprensión de la obra”, publicado como epílogo a la primera traducción al alemán de una amplia parte de *El Criticón* hecha por H. Studniczka²¹. Friedrich es además autor de una importante obra sobre Montaigne, en la que dedica muchas páginas a Baltasar Gracián²². En breve síntesis cabe decir que en ambas contribuciones al estudio de Gracián el autor caracteriza al belmontino como el “gran maestro y el gran consejero de la prudencia en la vida, que trata de adoctrinar sobre su ejercicio a los principales y a quienes desempeñan altos cargos en la esfera pública, y también a gente del mundo”²³. Para salvar el carácter empírico de la Moralística señala que las reglas de comportamiento que propone superan el esquematismo normativo de los arquetipos para convertirse en decisiones instantáneas del individuo, y que éste es el método de la Moralística²⁴. No obstante señala también que esas reglas de comportamiento, en su mayoría acomodadas a situaciones y circunstancias de la gente de la corte o palatina, son también ejemplificaciones para multitud de situaciones humanas consideradas en absoluto; son en realidad normas concretas e históricas, que cubren con su eficacia un amplio espectro de las relaciones vitales en una

²¹ “Zum Verständnis des Werkes”, en *B. Graciáns, Criticón oder Über die allgemeinen Laster des Menschen*, trad. de H. Studniczka (Hamburg, 1957), p.212-225.

²² *Montaigne*, 2. ed., Bern, 1967.

²³ Cfr. “Zum Verständnis des Werkes”, en o. cit., p. 212.

²⁴ Cfr. *Montaigne*, ed. cit., p. 141.

perspectiva crítica de amplitud universal²⁵. En consonancia con ello estima que, bien interpretada la gran novela de Gracián, sus dos protagonistas, Andrenio y Critilo, no son meros personajes históricos, sino que adquieren la categoría de *tipos*²⁶, anticipando así la discusión de si merecen o no una tal elevación de rango, lo que, salvadas las diferencias, los equipararía a los dos protagonistas de la gran novela de Cervantes, don Quijote y Sancho Panza.

Por su parte Gerhart Schröder es autor de un libro sobre *El Criticón*, con el subtítulo *Una investigación sobre la relación entre manierismo y Moralistica*²⁷, y de un excelente estudio titulado precisamente “Gracián y la Moralistica española”, que fue publicado en una de las principales entradas de la nueva enciclopedia de literatura alemana²⁸. Esta deliberada conjunción de manierismo y Moralistica en una investigación de este calibre no puede considerarse casual, y tiene pleno sentido, pues viene avalada por lo que una y otra corriente representa en sus respectivos campos. En efecto, si como el manierismo en las Bellas Artes, singularmente en la pintura y en la escultura, supone una estilización de las formas, que puede terminar en el amaneramiento, la Moralistica busca el refinamiento en la elección de las reglas de conducta, que puede conducir a privarles de todo contenido ético. Estas reglas de conducta práctica se establecían y difundían no sólo en los

²⁵ Cfr. “Zum Verständnis des Werkes”, o. cit., p. 217-220.

²⁶ Textualmente dice: “Andrenio und Critilo sind keine natürliche Gestalten, sondern Typen”; ibídem, p. 221.

²⁷ Baltasar Gracián's *Criticón. Eine Untersuchung zur Beziehung zwischen manierismus und Moralistik*.- München, 1966.

²⁸ Concretamente en la dedicada al Renacimiento y el Barroco; cfr. “Renaissance und Barock II”, en *Neues Handbuch der Literaturwissenschaft*, t.X, ed. A. Buck (Frankfurt a. M., 1972), p. 257-279.

libros específicos escritos por autores moralistas, sino también por medio de los más variados géneros literarios, como la novela, el drama, el cuento, e incluso la poesía. Dice al respecto G. Schröder: “Es también evidente la relación de estos escritos [moralísticos] con la ficción contemporánea. En cierto modo se le puede atribuir aquí una especie de posición clave, pues en ellos deben ser discutidas las preguntas teóricamente, no sólo su temática, sino también, lo que parece más importante, su forma. Los géneros miméticos, la novela moderna [...] y el drama moderno, se convertirá en el lugar de reflexión de la identidad”²⁹.

Esta connivencia amigable entre Moralística y Literatura está también presente en la tesis para el doctorado en Germanística de K.- H. Mulagk, que tiene por título *Fenómenos del hombre político en el siglo XVII*, con el subtítulo *Estudios propedéuticos sobre la obra de Lohenstein con especial consideración de Diego Saavedra Fajardo y Baltasar Gracián*³⁰. En ella se dedican exclusivamente a Gracián casi cien páginas, concretamente de la 198 a la 282. Expliquemos ante todo que el autor al que se refiere es Daniel Casper Lohenstein (1635-1683), jurista, político y poeta, quien fue durante muchos años síndico principal de la ciudad alemana de Breslau, hoy Wrocław en Polonia, para cuyo teatro escribió varias obras con títulos tan relevantes como *Sophonisbe*, *Cleopatra*, *Agripina* y *Epicharis*, además de una novela titulada

²⁹ Cfr. “Gracián und die spanische Moralistik”, en *Neues Handbuch der Literaturwissenschaft*, ed. A. Buck, cit., p. 257.

³⁰ *Phänomene des politischen Menschen im 17. Jahrhundert. Propädeutische Studien zum Werk Lohensteins unter besonderer Berücksichtigung Diego Saavedra Fajardo und Baltasar Gracián* (Berlin, 1973).

Arminius, que fue publicada póstumamente en 1689. Sus principales fuentes inspiradoras fueron las obras de Luis de Molina, Diego Saavedra y Baltasar Gracián³¹. En su extensa disertación *Mulagks* trata de resaltar la estrecha dependencia de las obras teatrales de Lohenstein de las obras de Gracián, y se detiene en el análisis de la “razón de estado de sí mismo”, sobre las claves que configuran la moral del individuo y sobre la relación de Gracián con Maquiavelo y con la Moralística de su tiempo.

Hay sin embargo otros autores que no aceptan estos planteamientos y estiman que Gracián debe ser entendido desde la perspectiva clásica de la Moral tradicional. Es lo que hace el estadounidense Monroe Z. Hafter en su tesis doctoral *Gracián and Perfektion. Spanish Moralists of the Seventeenth Century*, presentada en la prestigiosa Universidad de Harvard³². En su tesis Hafter estudia a Quevedo, Gracián y Saavedra Fajardo, en un tono meramente expositivo y sin ningún espíritu crítico; pero aporta datos importantes, que inciden más o menos directamente en nuestro tema de estudio.

Por último es preciso mencionar la tesis doctoral de Peter Werle, presentada en octubre de 1982 en la Facultad de Lengua y Literatura de la Universidad de Trier (Alemania) y reelaborada para su publicación con el título *El Héroe. Sobre la Ética de Baltasar Gracián*³³. Werle adopta una actitud beligerante contra los inventores de la

³¹ Existe una edición moderna de sus *Tränerspiele*, a cargo de K. G. Just, en tres tomos (Stuttgart, 1953-1957), y otra de sus poesías, *Gedichte*, a cargo de G. Henniger (Berlín, 1961). Cfr. sobre B. Müsch, *Der polistische Mensch in Welttheater des Daniel Caspar Lohenstein*.- Frankfurt a. M., 1992.

³² Y publicada en Cambridge/Mass., 1996, 174 páginas.

³³ *El Héroe. Zur Ethik des Baltasar Gracián*.- Tübingen, Gunter Verlag, 1992.

“Moralística” y se aferra al punto de vista de la Moral tradicional para enjuiciar debidamente las ideas éticas de Gracián. Aunque por principio se limita a la primera de sus obras, *El Héroe*, impresa por primera vez en 1637, no faltan las referencias a sus obras posteriores, en especial a *El Discreto* y al *Oráculo manual*. Pero su análisis de cada uno de los primores o capítulos de la primera obra graciana es tan certero y amplio como sustancioso. Su método de trabajo es el mismo que el que seguiremos en nuestra investigación, pues consiste en reproducir el texto y analizar detenidamente cada uno de los pasajes que interesan por su relación con el tema propuesto. Muchos de ellos, como el relativo a la “razón de estado de sí mismo” o los referentes a algunas de las virtudes morales, incluida la prudencia y sus congéneres, o al ingenio y sus sinónimos, guardan una relación muy estrecha con la doble vertiente de nuestro tema de investigación, y en cierto modo marcan el camino que conviene seguir para llevarla a cabo sin desmayo, a pesar de su dificultad.

III

Con estas someras explicaciones sobre la doble vertiente en que el tema propuesto se inscribe, parece indiscutible, por evidente, que su estudio cobra un interés, al principio imprevisto. Conscientes de ello pretendemos exponer y demostrar cómo y en qué medida la prudencia y la sagacidad actúan como criterios directivos de la razón práctica. La elección de estos dos criterios con preferencia a otros, que pudieran también ser legítimos, no es casual, pues está avalada por la presencia

constante de uno y otro en todas las obras de Baltasar Gracián. Esta presencia es más previsible por lo que atañe a la prudencia, habida cuenta que la principal obra de temática moral del escritor aragonés se titula precisamente *Oráculo manual y Arte de prudencia*. En relación con la sagacidad existían en un principio serias dudas y también un fundado temor de no encontrar referencias suficientes que justificaran su elección, a pesar de que en otras dos obras del belmontino aparecen en el título las palabras agudeza e ingenio, ambas sinónimas de la sagacidad. Pero a medida que avanzaba el análisis de toda la obra graciana esas dudas se disiparon, al comprobar que tanto en la forma sustantiva *sagacidad* como en sus formas adjetiva y adverbial, *sagaz* y *sagazmente*, con sus variantes estilísticas, como por ejemplo, *a lo sagaz*, aparecían con inusitada frecuencia en el devenir del discurso. No así la forma verbal, por la sencilla razón de que no existe, como tampoco existe la relativa a la prudencia, y en cambio sí existe y son de uso frecuente la forma verbal de la agudeza y la del ingenio.

Para una mejor distribución de la materia tratable dividimos la investigación en seis capítulos. El primero de ellos ofrece una síntesis suficientemente amplia de la vida y de la obra de Baltasar Gracián como base sustentadora del conjunto de la tesis. En los cinco capítulos restantes se hace un análisis minucioso de todas las obras del autor que tienen que ver con el tema propuesto. Para más claridad y para seguir el desarrollo del pensamiento del autor seguimos el orden cronológico de publicación de sus obras. Así el capítulo segundo se inicia con el estudio y análisis de *El Héroe*, su primera obra, en la que expone y perfila las prendas, cualidades o valores con las que ha de contar el hombre que

aspira a no dejarse arrastrar por la inercia del ambiente social en el que pueda encontrarse inmerso, de modo que, siendo dueño de sí, es decir, venciendo sus pasiones y afectos junto con su continuo esfuerzo y espíritu de superación, logre ser admirado y respetado por sus semejantes en base a sus conocimientos, a su sencillez o naturalidad, a su integridad y rectitud moral, a su generosidad, de modo que sea tenido como modelo a imitar. Este tipo de hombre que propone en *El Héroe* es un modelo “*ideal*”, que en su segunda obra, *El Político*, se convierte en un modelo de hombre “*real*”, concreto, que el autor identifica en la persona de don Fernando el Católico. Presentado como el paradigma del gran estadista y gobernante.

En el capítulo tercero se refiere a *El Discreto*, la tercera obra del escritor belmontino, en la que el autor propone el modelo de hombre que quiere distinguirse y sobresalir sobre la media de su entorno, ya sea explotando lo que por naturaleza es, ya sea mediante el artificio, es decir, el trabajo realizado para mejorar las dotes naturales que posee. Siguiendo esta misma pauta, el capítulo cuarto analiza la obra fundamental de Gracián en relación con nuestro tema, el *Oráculo manual o Arte de prudencia*, encajándola entre sus dos libros sobre la *Agudeza y Arte de Ingenio*. Por su extensión, la última obra de Gracián, *El Criticón*, merecía un estudio especial y obviamente mucho más amplio. Por eso le dedico dos capítulos, uno el quinto, que analiza su estructura y su trama interna, además de las fuentes en que se inspiró el autor y otras peculiaridades, como su técnica de las personificaciones; y el último capítulo, el sexto, en el que siguiendo el mismo método analítico de los capítulos anteriores, seguimos paso a paso cada una de

las páginas para seleccionar y comentar aquellos pasajes en los que la prudencia y las sagacidad, junto con sus derivados y sinónimos, estén explícita o implícitamente presentes.

Como parecía aconsejable, por no decir preceptivo, dada la índole de este estudio, el método seguido en la investigación ha sido preferentemente el método analítico e inductivo. Había que examinar y leer detenidamente todas y cada una de las obras de Baltasar Gracián, siguiendo el orden de su publicación, seleccionar todos aquellos lugares y subrayar todos los pasajes y todas las frases en que las palabras prudencia y sagacidad, con sus derivados, aparecían consignadas en el texto, para después analizar el contexto y el contenido preciso que entrañaban. Y también de sus sinónimos, tanto más atendibles cuanto más cercanos a ellas o a sus virtudes congéneres. En un segundo momento había que comentarlas para poder extraer y exhibir todo su contenido dentro del contexto del que formaban parte. Y había también que comparar unos pasajes y unos textos con otros cuando fuera preciso para obtener un juicio más certero. El resultado de toda esta labor analítica y de cotejo y comparación textual queda perfectamente reflejado a lo largo de todos los capítulos que integran el núcleo de la investigación.

Es preciso por último referirse a los medios con que he contado para realizar este trabajo. Básicamente la investigación ha sido llevada a cabo en el Departamento de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid, a cuya biblioteca tuve acceso siempre que fue necesario, lo mismo que a las bibliotecas de la Facultad de Filología y de Filosofía. Y pude asimismo utilizar los fondos

bibliográficos de la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, ubicada en el edificio habilitado de S. Bernardo. También tuve fácil acceso a la Biblioteca Nacional, pues algunos manuscritos u obras originales sólo fue posible encontrarlos en ella. No obstante, para poder trabajar mejor los textos, adquirí personalmente las obras originales de Gracián reproducidas en edición facsímil; y lo mismo hice con las principales ediciones, como la de Romera Navarro y la de la Biblioteca Castro, que he elegido por su calidad para la mayoría de las citas textuales.

He considerado sumamente útil añadir al final una ilustración gráfica del itinerario marítimo y terrestre de los dos protagonistas de *El Criticón* para mejor comprender esta última obra de Gracián. Para ello he podido disponer de mapas de la misma época en que la obra fue escrita gracias a los fondos cartográficos del Centro Nacional de Información Geográfica, del Ministerio de Fomento. Y también he considerado añadir un apéndice con dos amplios apartados, separándolos de la bibliografía directa y de la considerada complementaria. El primero contiene una relación minuciosa tanto de las relaciones de obras originales de Baltasar Gracián como de sus traducciones a diversas lenguas. Y el segundo ofrece una larga lista, aunque en modo alguno completa y mucho menos exhaustiva, de las obras manuscritas o impresas de la época medieval tardía, del Renacimiento y del Humanismo y de las que se pueden considerar más o menos contemporáneas, que supuestamente o muy probablemente utilizó el escritor aragonés para componer sus libros. No se incluyen, como es obvio, las obras antiguas, salvo algunas notorias excepciones.

Para terminar esta larga introducción considero necesario expresar mi gratitud a quienes me han ayudado a realizar este difícil trabajo de investigación, sobre un tema nada fácil, que me ha exigido dedicarle muchas horas durante varios años. En primer lugar, a su director, el Dr. Marcelino Rodríguez Molinero, quien, desde el principio ha sido su gran impulsor, pues gracias a su estímulo y a las continuas y frecuentes palabras de ánimo así como con su paciencia, constancia y tesón en encauzar mis reiteradas fugas o salidas del fondo esencial del tema de estudio, induciéndome a descubrir sendas nuevas en el campo de la exégesis que han permitido instruirme en el modo y manera de cómo abordar las materias a estudiar y el método a seguir para lograr su análisis ordenado y finalmente llegar a conclusiones lógicas y razonadas. En suma, puedo decir que me ha enseñado a pensar, a saber extraer la esencia de las cosas, lo que sin duda alguna ha ensanchado mi capacidad crítica y mental ante el inmenso mar del conocimiento, lo que ha permitido haya podido lograr concluir el modesto trabajo que ahora presento, de modo que, mucho más que director, he encontrado en él a un verdadero maestro en el más amplio sentido de la palabra. He de reconocer igualmente que, en no pocas ocasiones, ha remediado mis deficiencias en el tema tan arduo y complejo de la prudencia y la sagacidad, y gracias a su minuciosa corrección y sobre todo a sus oportunas y certeras sugerencias, así como a sus valiosas aportaciones en cuanto a interpretaciones conceptuales y criterios a seguir, brindándome la posibilidad de acceder a diversos estudios de algunos autores alemanes investigadores de la obra de Gracián, a los que jamás hubiera podido acceder por desconocer la lengua alemana, que a él le resulta tan

familiar. Igualmente he de agradecer el haber contado en todo momento con su confianza, amistad y generosidad, pues ha tenido la paciencia de dedicarme muchas horas para dirigir y perfilar mi trabajo.

Considero también necesario agradecer a Juan López, bibliotecario del Departamento de Filosofía del Derecho, su amabilidad, diligencia y ayuda en la localización de muchos libros que debía utilizar, y a Eduardo Merino, de la librería de la Facultad de Derecho, por su ayuda en la búsqueda y adquisición de algunos libros, que consideraba necesarios para mi trabajo. Esta gratitud se extiende a Carlos Lombas, de la Facultad de Filología A, y a Miguel Rivera y Rufino Lancho, de la Facultad de Filosofía, y a Cristina López, bibliotecaria de la Facultad de Geografía e Historia. A mi amigo Víctor Abascal le agradezco el haberme facilitado diversos planos de Roma correspondientes al siglo XVI y XVII, que sin su ayuda no hubiera podido conseguir. Por último deseo expresar mi más profunda gratitud a mi compañero y amigo José María Carabante, ya profesor del Centro Universitario Villanueva, adscrito a la Universidad Complutense, por su valiosísima ayuda, especialmente en lo relativo a la informática. Asimismo quiero expresar mi agradecimiento al servicio bibliográfico de la Biblioteca Nacional por haber podido consultar sus fondos bibliográficos siempre que lo necesité. Igualmente debo agradecer al Centro Nacional de Información Geográfica y a la Real Academia de la Historia el haberme permitido consultar y reproducir los mapas de los siglos XVI y XVII, para ilustrar gráficamente el peregrinaje de los dos protagonistas principales de *El Criticón*.

Capítulo I

La vida y la obra de Baltasar Gracián Morales como base sustentadora de la investigación realizable

En este primer capítulo presento a grandes rasgos la biografía completa de Baltasar Gracián Morales como trasfondo que determina y condiciona toda su creación literaria y filosófica. Para ello comienzo por hacer una breve reseña de la fecha y lugar de nacimiento, pasando después a exponer sus antecedentes familiares por ambas ramas. Seguidamente, comentaré su linaje Infanzón y, como tal, miembro de la baja nobleza aragonesa; igualmente, de forma breve, me referiré al ambiente social, económico y familiar en el que despierta a la vida, crece y asimila las pautas que han de ser la guía y norte de su existencia. A continuación presento su biografía dividiéndola por etapas en relación con su edad y circunstancias. Finalmente ofrezco una breve síntesis de lo que fue la vida de Baltasar Gracián, observada desde los cuatro aspectos más significativos de su peculiar personalidad, es decir, como jesuita, como aragonés, como escritor y como pensador; y también del momento cultural e histórico que le tocó vivir.

I

Baltasar Gracián Morales se considera que nació lo más tarde el 8 de enero de 1601, por ser esta la fecha de su acta de bautismo, si bien es posible que naciera dos días antes, el 6 de enero, festividad de los Reyes Magos, ya que fue bautizado con el nombre de uno de ellos¹, hecho frecuente en aquella época, y que ha continuado posteriormente. Su lugar de nacimiento fue Belmonte (Zaragoza), hoy llamado Belmonte de Gracián, pueblecito sito en la ribera del modesto río Perejiles, afluente del Jalón, donde desemboca por su margen derecha poco después de haber atravesado la ciudad de Calatayud, de la que Belmonte dista unos 12 kms., ambas en el reino de Aragón. Fue bautizado en la parroquia de San Miguel, de Belmonte, la cual posee un ábside de extraordinaria decoración mudéjar y también una torre mudéjar, excelente por su decoración vidriada. En el interior del templo se conserva todavía la pila bautismal en la que Baltasar Gracián Morales fue bautizado.

La ciudad de Calatayud fue durante varios siglos la segunda de Aragón por número de habitantes, sólo superada por Zaragoza. Durante un corto espacio de tiempo Aragón tuvo una cuarta provincia, pues en la sesión de Cortes del 7 de octubre de 1821 se designó a Calatayud capital de una provincia que comprendía, además de la actual comarca, algunos territorios que ahora se integran en las provincias de Teruel, Guadalajara y Soria. Era el centro de una comunidad de

¹ Narciso Liñán de Heredia, *Gracián, 1601-1658* (Madrid 1902), p. 97.

Baltasar Gracián, Obras Completas, ed. Aguilar (Madrid, 1967), p. XIV, nota nº 1.

poblaciones, organizada desde los inicios medievales por “riberas”, agrupando en cada una de las “riberas” a los pueblos situados en la cuenca de un río. Criterio que todavía sigue siendo útil tanto para describir el territorio como para organizar los recorridos por la comarca.

Calatayud está asentada en las proximidades de la que fuera antigua ciudad celtíbera, y después romana, Augusta Bilbilis; de ahí el que a sus ciudadanos se les llame con el gentilicio “bilbilitanos”. En esta ciudad nació “Marcial”, Marco Valerio Marcial, que vivió entre el año 40 y el 104 de nuestra era, ilustre poeta latino, creador de un género literario nuevo, “el epigrama”, preciso, breve, satírico, con el que sacudió a Roma; de él Gracián se considera paisano con orgullo, y por ello le cita muchas veces con indisimulado entusiasmo, además de proponerlo en sus obras como modelo de ingenio y de agudeza.

1. La familia y los antecedentes familiares

Los padres de Gracián fueron el licenciado Francisco Gracián Garcés (1564-1620), doctor médico, natural de Sabiñán, perteneciente a la Comunidad de Calatayud, si bien su familia era oriunda de Borja (Zaragoza), y Ángela Morales Torrellas, natural de Calatayud. Es de notar que la familia procedía de Soria, pero estaba avecindada en Calatayud. Ambas ramas familiares eran consideradas gente honrada, su linaje era limpio, “todos gente limpia y honrada, cristianos viejos”, según los datos genealógicos hallados por Miguel Batllori en el libro de pruebas de limpieza de linaje de los que pretendían ser miembros de la Compañía

de Jesús², una calificación que en aquella época y desde el final del siglo XIII era importante por el recelo que existía sobre la autenticidad de la conversión al cristianismo de judíos y árabes que residían en los territorios reconquistados a los musulmanes. Hay que tener en cuenta que los árabes y judíos habitantes de los territorios reconquistados no formaban parte propiamente del reino cristiano, aunque sí se les permitía residir en él, si bien en zonas acotadas para ellos, es decir, barrios que se denominaban “aljamas” (juderías o morerías), debiendo satisfacer unos determinados tributos especiales al rey pero no a la comunidad cristiana que formaba el reino. Vivían de acuerdo a su propio Derecho y religión, y eran gobernados por sus propias autoridades.

Sabemos con certeza que en aquella época, para la cohesión política del reino, era esencial la unidad religiosa, por lo que continuamente se instaba a los integrantes de estas comunidades a abandonar sus creencias y convertirse al cristianismo, amenazándoles frecuentemente con su expulsión en caso de no hacerlo. Asimismo a las comunidades judía y musulmana no se les permitía el acceso al ejercicio de ciertos cargos y actividades laborales y tampoco el disfrute de la propiedad de determinados bienes, especialmente tierras; pero, una vez abrazada la fe cristiana, se les consideraba iguales y con los mismos derechos y obligaciones. Esto dio lugar a conversiones masivas aparentes, pero que para nada coincidían con su más íntimo sentir, lo que generaba ciertas distorsiones en las costumbres y modos de vida social, ya que en el seno de sus familias seguían practicando su fe y costumbres

² Miguel Batllori, *La vida alternante de Baltasar Gracián* (Roma, 1949), documento nº 3, p. 58; y también su obra *Gracián y el Barroco* (Roma, Edizioni e Letteratura, 1958), p. 12.

tradicionales, originándose con el paso del tiempo serios roces y tensiones sociales.

Se formó así la opinión, bastante generalizada, que desconfiaba de la autenticidad de tales conversiones, y, para evitar que pudieran introducirse desviaciones en la ortodoxia de las costumbres cristianas, se empezó a exigir lo que dio en llamarse la “pureza de sangre”, para el acceso a ciertos cargos públicos administrativos y judiciales y también eclesiásticos, y en especial para el ingreso en determinadas Órdenes religiosas, es decir, proceder de una familia de antiguos cristianos, con lo que se pretendía eliminar la posible hipocresía de conversos por conveniencia y no por auténtica convicción.

El padre de Baltasar, Francisco Gracián Garcés, nació en Sabiñán el 24 de septiembre de 1564; pertenecía a la parroquia de San Pedro, de Sabiñán, según consta en la partida de nacimiento de esa parroquia, tomo 1º, que comprende desde el año 1546 hasta el de 1604, y también en el libro de Confirmados del año 1572, fol. 91 rº y ss³. Era hijo de Antonio Gracián e Isabel Garcés, ambos de linaje Infanzón⁴; a su vez, Antonio Gracián, el abuelo paterno, era de Borja (Zaragoza), hijo de “los Gracián” de Borja, muy posiblemente de Juan Gracián de Isabel y de María Matute, quien se estableció en Sabiñán tras su matrimonio con una Garcés. Aunque se conoce poco sobre la juventud y formación de Francisco Gracián, es de suponer que, en buena parte, debió de transcurrir fuera de Sabiñán; tal vez los estudios de bachiller los cursara

³ Belén Boloqui Larraya, “Niñez y adolescencia de Baltasar Gracián”, en *Baltasar Gracián. Selección de estudios, investigación actual y documentación*. (Barcelona, *Anthropos*, Suplementos, nº 37, 1993), p.7, y doc. nº 3, p.42.

⁴ *Ibídem*, doc. nº 80, p. 61.

en Calatayud y después los estudios universitarios de Medicina en alguna de las tres Universidades más próximas a su tierra, que eran Zaragoza, Huesca o Alcalá de Henares, famosa en aquella época, donde además también debió doctorarse, según se desprende de su propio testamento, realizado ante el notario de Ateca, D. Pedro Gálvez, el 28 de Junio de 1620⁵.

Los padres de Francisco Gracián y abuelos paternos de Baltasar fallecieron en Sabiñán, Isabel Garcés el 12 de Noviembre de 1580 (cuando su hijo Francisco sólo contaba 17 años) y Antonio Gracián el 24 de Diciembre de 1594 (cuando Francisco contaba 31 años), según partidas de defunción que constan en el libro de difuntos de la parroquia de San Pedro de Sabiñán, tomo 1º folio 148 y folio 163, respectivamente⁶.

Francisco Gracián, terminados sus estudios de Medicina en la Universidad, es muy posible que conociese, por cuestiones profesionales, al cirujano de Calatayud, Miguel de Andua, con quien tal vez entró a colaborar en 1589 como aprendiz o médico ayudante en prácticas. En este periodo de colaboración debió conocer a Mariana de Andua, hija del cirujano, con quien se casó el 30 de Abril de 1592. Cinco días antes de su boda, Francisco Gracián se hizo parroquiano de San Andrés, de Calatayud⁷, ciudad en la que permanecerá el resto de su vida, y a la que se sentirá siempre vinculado Baltasar, considerándose bilbilitano pese a haber nacido en Belmonte, aldea de Bílbilis; fue sin duda su gran

⁵ Ibídem, p. 8, y doc. nº 62, p.56.

⁶ Ibídem, p. 8, y doc. nº 9 y nº 17, p.43 y p. 44.

⁷ Ibídem, p. 8, y doc. nº 15, p. 43.

admiración y afición por lo clásico lo que le hizo sentirse hijo de aquella privilegiada y famosa ciudad.

La familia Andua, a la que entra a formar parte Francisco Gracián por su matrimonio con Mariana estaba compuesta por los padres, Miguel de Andua y Catalina Alconchel, y sus tres hijos, Antonio, María y Mariana. Era una familia encuadrada dentro de la burguesía acomodada del lugar, acorde todo ello con el estatus social al que pertenecía un cirujano profesional. Los padres de Mariana de Andua fallecieron antes de su matrimonio con Francisco Gracián; su madre, Catalina Alconchel, falleció el 19 de Abril de 1589, y su padre, Miguel de Andua, falleció el 29 de Septiembre de 1591, ambos en Calatayud, según partidas de defunción que constan en el libro de difuntos de la parroquia de Santo Sepulcro de Calatayud, tomo 1º, sin núm. de folio el primero y folio 119 el segundo⁸.

Es posible que la muerte de los progenitores de la prometida precipitara la boda, la cual probablemente estaría concertada, como era habitual en aquella época, entre clases y dotes matrimoniales semejantes, pues no hay que olvidar que, por entonces, los propios moralistas no veían bien los matrimonios desiguales, es decir, los llamados “por amor”, entre clases económicamente distintas, por estimar que originaban grandes problemas. En la mentalidad y contexto social de aquel tiempo se consideraba que la dote femenina era totalmente necesaria para poder hacer frente a los gastos que la esposa iba a causar a su marido, ya que en aquella concepción de la familia no se consideraba ni valoraba para nada el trabajo doméstico, es decir, el que realizaba la mujer en casa. Tan es

⁸ Ibídem, p. 8, y doc. núms. 11 y 12, p.43.

así que el propio Baltasar en su obra *El Criticón* hace mención de esta peculiaridad en distintos pasajes, como cuando dice: “*Para mirar un hombre la carga que se echa a cuestras, y más si se casa*”; y poco más adelante dice: “*el uno de un matrimonio sin patrimonio*”⁹.

El desposorio de Francisco y Mariana tuvo lugar el 30 de Abril de 1592 en la propia casa de Mariana de Andua, actuando como celebrante mosén Juan Pérez Molinero y como testigos Pascual Ramírez, sacristán, y Pedro García y Juan de la Raga, ciudadanos. Con posterioridad, el 13 de Mayo del mismo año y en la iglesia del Santo Sepulcro, parroquia de la novia, celebraron una misa solemne en la que realizaron la ceremonia nupcial de “la velación” y recibieron las bendiciones de la iglesia, actuado como celebrante el mismo mosén Juan Pérez Molinero, según consta en la partida de matrimonio de la parroquia del Santo Sepulcro, de Calatayud, tomo 1º, folio 168¹⁰. La “velación” era una ceremonia instituida por la Iglesia católica para dar solemnidad al matrimonio, y consistía en cubrir con un velo a los cónyuges en la misa nupcial; con ella se acentuaba la unión indisoluble de los esposos para llevar juntos las alegrías y los problemas de la vida.

La nueva familia se fue a vivir a Sabiñán, seguramente con el padre de Francisco, Antonio Gracián, y en su misma casa, ya que éste estaba viudo. De este matrimonio nacieron dos hijas, Magdalena y Teresa; la primera, Magdalena, el 5 de Mayo de 1593, según acta de bautismo de la iglesia de San Pedro, de Sabiñán, tomo 1º, bautizados,

⁹ B. Gracián, *El Criticón*. II parte, crisis I, *Obras Completas*, Biblioteca Castro, t. I (Madrid, Turner, 1993), p. 220.

¹⁰ Belén Boloqui Larraya, “Niñez y adolescencia de Baltasar Gracián”, cit., p. 8 y doc. nº 15, p.43.

folio 38 rº, que falleció algunos meses después, sin que se sepa exactamente cuando, porque no se ha encontrado el acta de defunción, toda vez que por entonces era costumbre en muchas parroquias no registrar a los niños muertos antes de su primera comunión; y la segunda, Teresa Gracián Andua, nació el 17 de Abril de 1595, según acta de bautismo de la iglesia de San Pedro, de Sabiñán, tomo 1º, bautizados, fol. 40 vº, única de este matrimonio que sobrevivió, pues a consecuencia de su alumbramiento, la madre, Mariana, falleció el 25 de Abril de 1595 de sobreparto, según acta de defunción de la iglesia de San Pedro, de Sabiñán, tomo 1º, muertos, fol. 163 rº¹¹.

En un corto espacio de tiempo, de poco más de dos años, a Francisco Gracián, padre de Baltasar, le ocurrieron varias desgracias familiares, pues perdió a su hija primogénita, luego a su padre, en la Navidad de 1594, y, por último, a su mujer, en la primavera de 1595, sin que él pudiera remediarlo siendo médico. Quedó viudo y con una hija de apenas unos días, situación difícil para cualquier hombre joven y especialmente en aquella época, si bien en el aspecto económico su posición debía de ser buena, ya que además de la herencia en fincas de su padre, recibió la que su esposa dejó para la hija de ambos, y que él administraba en razón de la minoría de edad de ésta; dicha herencia estaba constituida por una importante suma de dinero y joyas¹².

¹¹ *Ibíd.*, p.8 y doc. núms. 16,18 y 19, p.44.

¹² Belén Boloqui, “Baltasar Gracián. Datos familiares inéditos (1563-1667)”, en *Actas II encuentro de Estudios Bilbilitanos*, (Calatayud, Inst. Fernando el Católico, 1989), p. 277-303; también en “Niñez y adolescencia de Baltasar Gracián”, en *Baltasar Gracián. Selección de estudios, investigación actual y documentación*. (Barcelona, *Anthropos*, Suplementos, nº 37, 1993), p.8 y doc. núms.40, 41 y 47 en p. 48 y 49.

En tal situación de soledad y dolor debió permanecer Francisco Gracián en el pueblo de Sabiñán posiblemente hasta el siguiente año de 1596, en que llegó a un acuerdo con el Ayuntamiento de Belmonte, distante unos 30 Km., perteneciente a la Comunidad de Calatayud y sito a orillas del río Miedes, hoy llamado Perejiles, que, como ya hemos dicho, desemboca poco después en el Jalón, cerca de Calatayud y antes de entrar en esta ciudad, para ejercer su actividad de médico en el cuidado de sus vecinos por el periodo de seis años, de 1596 a 1602, comprometiéndose mediante contrato firmado a atender a todas sus familias, que eran alrededor de unas ochenta, lo que supondría, a razón de una media de 5 miembros por casa, un total de unos 400 vecinos.

El estado de viudedad de Francisco Gracián Garcés sólo duró algo más de un año, pues debido a que frecuentaría Calatayud, por ser el centro de la comarca, dada su proximidad con Belmonte, y además porque era feligrés desde hacía varios años de una de sus parroquias, la de San Andrés, de la cual era beneficiado mosén Juan Torrellas, tío de Ángela Morales Torrellas, quien posiblemente pudo intervenir en la presentación de su sobrina Ángela Morales Torrellas; conoció a esta joven doncella de 19 años, nacida el 21 de junio de 1577, trece años más joven que él, que ya contaba treinta y dos años de edad. La apuesta joven era hija de Juan Morales y de Catalina Torrellas.

Es un hecho común y por todos sabido que en aquella sociedad era bastante habitual la mediación de los mayores en la preparación o arreglo de los matrimonios, y aún supongo que mucho más en un caso como el que nos ocupa, en el que el pretendiente era mayor,

viudo y padre de una niña pequeña¹³. Los prometidos contrajeron matrimonio el día 21 de enero de 1597 en la iglesia de Santa María, de Calatayud, parroquia de la novia, actuando como celebrante el anteriormente mentado, tío de la novia, mosén Juan Torrellas, y como testigos el racionero Juan de Maluenda y el sacristán Andrés García. Pocos días después, el 3 de febrero de 1577, se celebró la misa nupcial, en la que tuvo lugar la ceremonia de “velación”¹⁴.

El matrimonio Morales-Torrellas sólo tenía dos hijos, Francisco y Ángela; vivían en Calatayud y pertenecían a la parroquia de Santa María; el padre era sastre, según se declara en la partida de bautismo de su hijo Francisco, de fecha 29 de mayo de 1575¹⁵. La profesión de sastre no estaba bien considerada socialmente; a ella, atacándola, se refiere Baltasar Gracián en *El Criticón*, cuando habla de la vanidad y de la honra, y se refiere a una serie de “peros arrojadizos” por el que los transeúntes van cayendo de su vanidad, y en uno de ellos dice “en una aguja de coser tropezó alguno”¹⁶.

No obstante, la situación económica debía ser buena, pues vivían en la misma plaza de la Colegiata de Santa María, de Calatayud, en una casa situada enfrente de la vivienda y escribanía del Obispo de Tarazona, y también de la casa de Alonso Pérez, lo que denota una cierta posición económica, que no armoniza mucho con la que se supone

¹³ C. Gómez-Centurión Jiménez “La familia, la mujer y el niño”, en *La España de Velázquez*, dir. José N. Alcalá Zamora (Madrid, Temas de Hoy, 1989), p. 181.

¹⁴ Belén Boloqui Larraya, “Niñez y adolescencia de Baltasar Gracián”, cit., p. 10, y doc. n.º 20, p. 44. También en “Baltasar Gracián. Datos familiares inéditos (1561-1667)”, en *Actas II encuentro de Estudios Bilbilitanos*, cit. II, doc. n.º 16, p. 295.

¹⁵ *Ibidem*, p.9, y doc. n.º 6, p.42.

¹⁶ *El Criticón*, II parte, crisis XI, *Obras Completas*, ed. cit., p. 393.

debería tener un simple sastre, y además, según lo cita D. Vicente de la Fuente¹⁷, un tal Juan Morales era jurado u oficial real de la ciudad de Calatayud, lo que apoya la hipótesis de la ya dicha buena posición y del reconocimiento social de que gozaban, que además esta “avalada” por el tratamiento de “magníficos” que les asigna el notario de Ateca, Pedro Gálvez, en su protocolo, fechado el 14 de Febrero de 1606, por el que los cónyuges Francisco Gracián y Ángela Morales nombran procuradores a sus padres Juan Morales y Catalina Torrellas para suscribir la venta de una casa sita en la plaza de Santa María, de Calatayud, que adquiere Juan de la Sierra, cirujano de esa ciudad¹⁸. El título de “magnífico”, que el notario les da, es de suponer que lo hace en base al citado cargo que desempeñaba.

Los nuevos esposos, junto con la pequeña Teresa, que contaba algo menos de dos años de edad, hija del primer matrimonio de Francisco, y que Ángela acogió como hija, se aposentaron en Belmonte a principios del año 1597. En diciembre de este mismo año nació el primer hijo de este nuevo matrimonio, Manuel, que fue bautizado el 14 de diciembre de 1597 en Belmonte por el bachiller mosén Antonio Moros, siendo los padrinos un tío clérigo (probablemente mosén Antonio Gracián) y doña Francisca de Sayás¹⁹. Posteriormente, el 20 de julio de 1599 nació Magdalena (repiten el nombre porque su anterior hija, de igual nombre, había fallecido); de ella sólo se tiene localizada el acta de

¹⁷ Vicente de la Fuente, *Historia de la Siempre Augusta y Fidelísima Ciudad de Calatayud*, CAI (Zaragoza, 1969), p. 477 [1ª ed. Calatayud, 1880].

¹⁸ Belén Boloqui Larraya, “Niñez y adolescencia de Baltasar Gracián”, cit., p. 9 y doc. nº 31, p. 46.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 10, y doc. nº 21, p. 44.

confirmación, de fecha 4 de septiembre de 1601, realizada en la Iglesia de Santa María de Calatayud por don Diego de Yepes, obispo de Tarazona²⁰.

A principios de enero de 1601, posiblemente el día 6, nació Baltasar, que fue bautizado el 8 de enero de 1601 en la parroquia de San Miguel de Belmonte, por mosén Domingo Pascual, siendo padrinos mosén Martín Carrasco y María Fabián²¹. Y el día 3 de abril de 1602 nació Francisco, que debió morir antes de 1612, puesto que en esa fecha aparece el acta de bautismo en Ateca de otro hijo Francisco. Fruto de este matrimonio, y durante el tiempo que permanecieron en esa villa, nacieron los cuatro hijos antes nombrados, de los que sobrevivieron sólo dos, el segundo, Magdalena, y el tercero, Baltasar; pero no se ha encontrado las actas del fallecimiento del primero y cuarto, pues era costumbre en muchas parroquias de la época, como ya indicamos, no inscribir las defunciones de los niños que fallecían antes de hacer la primera comunión²².

Cumplido el tiempo del contrato con el municipio de Belmonte, Francisco Gracián firmó otro nuevo el 11 de Junio de 1602 con los Jurados de la villa de Ateca, como médico del lugar, por un periodo de seis años, debiéndose hacer cargo de su empleo el día de San Pedro del mismo mes, y con un salario anual de 5.600 sueldos jaqueses,

²⁰ Ibídem, doc. nº 22, p. 44.

²¹ B. Gracián *Obras Completas* (Madrid, Aguilar, 1967), “*Vida de Gracián*”, p. XIV, nota 1, A. Coster, *Baltasar Gracián, traducción, prólogo y notas de R. del Arco y Garay* (Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 1947). La edición reproducida es la primera datada en el año 1813. N. Liñán de Heredia *Gracián 1601-1658* (Madrid, 1902), p. 97.

²² Belén Boloqui Larraya, “Niñez y adolescencia de Baltasar Gracián”, cit., p. 28, nota 20.

pagaderos por trimestre y libre de pechas, contribuciones, zofras u hospedajes de soldados. Como médico tenía la obligación de visitar a los enfermos dos veces al día, mañana y tarde, y en caso de accidente acudir a casa del enfermo a cualquier hora del día o de la noche que fuera llamado. Podía ausentarse ocho días al año, poniendo un sustituto por su cuenta, y estaba obligado a pernoctar en el pueblo seis días a la semana bajo pena de 20 sueldos. Este contrato sería renovado por otro de doce años (1608-1620) por el salario de 5.760 sueldos anuales. Se hizo en 1605, tres años antes de concluido el anterior, lo que parece indicar que ambas partes estaban satisfechas.

Ateca es una villa situada al sur de Calatayud y pertenecía también a su Comunidad; era mayor y tenía más habitantes que Belmonte, pues contaba con unas 400 familias, lo que equivale a unas 2.000 personas; estaba también mejor ubicada que Belmonte, pues se encontraba en el Camino Real de Zaragoza a Madrid, y con más riqueza, toda vez que sus tierras cuentan con una hermosa vega bañada por los ríos Manubles, Mesa-Piedra y Jalón, en cuyos confines confluyen, cediendo aquéllos las aguas al Jalón, el primero por la margen izquierda y el segundo por la margen derecha.

Por tanto, la familia Gracián-Morales permaneció en Ateca unos 18 años, desde 1602 hasta 1620. En este largo periodo de tiempo el matrimonio tuvo otros siete hijos más, de los que sobrevivieron sólo cuatro; [Felipe, Pedro, Lorenzo y Raimundo], falleciendo los otros tres [Juan, Ángela y Francisco], sin que consten sus actas de fallecimiento, por la costumbre, ya comentada, de no inscribir a los niños que no habían hecho la primera comunión.

Todos estos hijos fueron bautizados en la parroquia de Santa María, de Ateca, por el siguiente orden cronológico: Felipe el 5 de mayo de 1604, por mosén Matheo Cejador, lugarteniente de vicario, siendo sus padrinos Diego de Varrio Nuevo y María Gómez, según acta que consta en el libro de nacimientos de 1604, fol. 31 r.º; Juan lo fue el día 4 de junio de 1605, por mosén Martín Cejador, vicario perpetuo, y fueron sus padrinos Julio de Avantos y Catalina Fernández, según acta que consta en el libro de nacimientos de 1605, fol. 36 v.º; Pedro fue bautizado el día 4 de abril de 1607, por mosén Julio Herrero, vicario y lugarteniente del rector, siendo sus padrinos Lázaro García y María Pinilla, según acta que consta en el libro de nacimientos de 1607, fol. 45, r.º; Ángela lo fue el día 22 de junio de 1609, por mosén Matheo Cejador, actuando de padrinos Juan de la Fuente y María Pinilla, según acta que figura en el libre de nacimientos de 1609, fol. 51 v.º; Francisco lo fue el 13 de febrero de 1612, por mosén Matheo Cejador, y fueron sus compadres Domingo Floren y Catalina Floren, según acta que figura en el libro de nacimientos de 1612, fol. 59 v.º. (en este nuevo hijo se vuelve a repetir el nombre de Francisco, pues ya había fallecido el anterior); Lorenzo lo fue el 30 de septiembre de 1614, por el padre Naharro, teniente de vicario, siendo sus padrinos sus hermanos Teresa Gracián Andua y Baltasar Gracián Morales, según acta que figura en el libro de nacimientos de 1614, fol. 68 r.º; y, por último, Raimundo fue bautizado el 29 de abril de 1616, por mosén Silvestre Terrer, y fueron sus padrinos Francisco Domingo y su hermana Magdalena Gracián²³.

²³ *Ibídem*, p. 10, y doc. núms. 28, 30, p. 46, n.º 35, p. 47, núms. 38, 43, p. 48, n.º 45, p.

Teresa, la hija mayor, fruto del anterior matrimonio, como ya he indicado más arriba, fue aceptada con todo amor y cariño por Ángela, su nueva madre, quien la crió como una hija más, quedando totalmente integrada en la nueva familia, siendo querida por todos y en especial por Baltasar, pues eran los más próximos en edad y constituían el grupo de los hermanos mayores. Precisamente Teresa y Baltasar fueron los padrinos de bautismo de Lorenzo, nacido en 1614²⁴.

2.- El supuesto origen hidalgo de los Gracián

Baltasar Gracián, al firmar muchas de sus obras con el nombre de *Lorenzo Gracián, Infanzón*, pretendió evitar la licencia que necesitaba de los Superiores de la Orden religiosa a la que pertenecía y que voluntariamente aceptó al profesar en ella; al añadir la denominación de Infanzón buscaba además reivindicar su nobleza de sangre. Ambos hechos han sido cuestionados largo tiempo, pues se pensaba que aquel era simplemente un pseudónimo que utilizó para ocultar su verdadero nombre. Así lo habían considerado, por falta de pruebas, algunos estudiosos de Baltasar Gracián, tales como A. Coster, Liñán y Heredia, G. Díaz-Plaja, M. Batllori. Pero, a partir de 1985, la profesora Belén Boloqui Larraya, catedrática de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza, dio un vuelco radical a la cuestión partiendo de las afirmaciones que hacía fray Juan Gracián Salaverte, en su obra titulada *Triunfo de la fe, vida y prodigios de san Pedro de Arbués*, en las que manifestaba ser hijo de Lorenzo Gracián, bilbilitano y sobrino del

49, y nº 49, p. 54.

²⁴ Ibídem, p. 10 y 13, y doc. nº 45, p. 49.

padre Baltasar Gracián, pariente de los condes de Aranda y descendiente por vía materna de Pedro de Arbués, también llamado “Maestro de Epila”, que fue un humanista, doctor en Teología por el Colegio de San Clemente de Bolonia en Italia, canónigo de la Seo y primer Inquisidor de Aragón, que murió el 17 de septiembre de 1485 a manos de los judíos y fue beatificado en 1664, y posteriormente canonizado en 1867.

Investigando en este proceso de canonización, Belén Boloqui averiguó que, de dos hermanas de Pedro de Arbués, llamadas Juana e Isabel, descendía directamente Isabel Francisca Salaverte Serna, esposa de Lorenzo Gracián y madre de fray Juan Gracián Salaverte, pues éstas eran la tatarabuela y abuela en cuarto grado, respectivamente, de Isabel Francisca Salaverte Serna, comprobando con ello las afirmaciones que había hecho fray Juan Gracián Salaverte. De igual modo indagó en los archivos de las instituciones aragonesas y, exhumando viejos documentos, ha conseguido averiguar y demostrar que la familia paterna de Gracián procedía de Sabiñán, pueblecito próximo a Calatayud, y no de Sariñena, en Huesca, como se venía diciendo; e igualmente ha demostrado documentalmente que los dos hechos que se venían cuestionando, la existencia real de Lorenzo y su infanzonía, son verdad; pues, en efecto, Lorenzo Gracián existió y fue el penúltimo de los hijos que tuvieron el matrimonio Francisco Gracián y Ángela Morales, y el único hermano varón de Baltasar Gracián que contrajo matrimonio, puesto que todos los demás ingresaron en distintas Órdenes religiosas.

Igualmente Boloqui ha confirmado documentalmente la pertenencia de Gracián a la baja nobleza de Aragón, ya que el linaje de su familia paterna era de Infanzones e hijosdalgos notorios de el apellido y

renombre de Gracián, y todos los descendientes por línea masculina de dicha familia habían sido y eran Infanzones, e hijosdalgos notorios de sangre, y naturaleza, y solar conocido²⁵. También reseña que a Baltasar Gracián, como hijo mayor varón vivo, le correspondía la primogenitura, a la que renunció a favor de su hermano Lorenzo, único que, como ya dije, no profesó en una Orden religiosa y que contrajo matrimonio. Considera también que la relación entre ambos hermanos fue muy buena y estrecha, pues, para Baltasar, Lorenzo era, además de su hermano, su ahijado, ya que había sido el padrino en su bautizo y también testigo en su boda, razones éstas que justifican que utilizara su nombre para firmar varias de sus obras.²⁶

Asimismo Belén Boloqui señala una fecha clave, la del 31 de agosto de 1637, en la que ocurren dos hechos muy significativos: uno, que en ese día nace en Calatayud el primer hijo de Lorenzo Gracián, Juan Francisco, quien con el tiempo será fray Juan Gracián; otro, que ese mismo día Baltasar Gracián firma en Calatayud la dedicatoria a D.Vincencio Juan de Lastanosa de su primera obra, *El Héroe*, en la que figura como autor su hermano Lorenzo Gracián, Infanzón. Parece como si los libros ocuparan el lugar de “los hijos”, a los que obviamente Baltasar Gracián renunció por su estado religioso.

Conviene recordar otro curioso hecho. Y es el de que, en el acta de bautismo del niño Baltasar el apellido *Gracián* aparece defectuosamente transcrito con la variante *Galacián*, forma frecuentemente confundida en Aragón. Lo mismo ocurre en las

²⁵ *Ibíd.*, p. 6-7, y doc. núms. 80 y 81, p. 61 y 62.

²⁶ *Ibíd.*, p. 20, y doc. n° 45, p. 49.

inscripciones de nacimiento de sus hermanos Magdalena, Francisco, Pedro, Felipe y Raimundo. Este error quedó totalmente aclarado por el documento relativo a un proceso de infanzonía a instancia de D. Francisco y D. Antonio Gracián en el año 1779, documento que la profesora Boloqui ha localizado en el Archivo Histórico Provincial de Zaragoza, en donde se indica que en “el referido lugar de Saviñan de tiempo muy antiguo hasta el presente [...] a los de la familia, apellido, y referido nombre de Gracián de dicho lugar [...] los han llamado y nombrado, llamaron, y nombraron, llaman, y nombran a voz, o por escrito, unas veces Gracián, otras Galacián, y otras Glacián: Y que en dicho pueblo de Saviñan por todo el sobredicho tiempo ha havido, huvo, y hay una sola familia de Gracián y que todos los que eran, fueron, y son nombrados con el apellido de Galacián, o Glacián han sido, fueron, y son de la misma familia del renombre, y apellido de Gracián, y no de otra alguna distinta, ni diferente, todo lo cual ha sido, y es público, manifiesto, y notorio, y los que oy viven asi lo han visto”²⁷.

3.- El ambiente social, económico y familiar

La posición económica de la familia Gracián-Morales debía de ser buena y holgada, pues, como ya he apuntado, el cabeza de familia, además de los ingresos por el ejercicio de su actividad profesional de médico, contaba con otros ingresos como propietario de tierras y como rentista; todo lo cual, unido a la excelente salud que debía de tener la esposa Ángela, les permitió tener y mantener una numerosa prole.

²⁷ Ibídem, doc. nº 81, p. 62.

Tuvieron en efecto un total de once hijos, de los que, sin embargo, sólo sobrevivieron seis, más la hija del anterior matrimonio, por lo que educaron y formaron a un total de siete hijos. No en vano Baltasar Gracián, en su obra *El Criticón*, alude de forma alegórica a la sabiduría de las mujeres y a su capacidad procreadora, pues en el apartado que titula “El saber reinando” dice: “Esto no, replicó Andrenio, antes suelo yo decir que no hay ave, ni más *sagaz*, ni más política que la paloma. ¿En qué lo fundas? En que ella es la que mejor sabe vivir [...]; pero ¿qué mayor política que aquella de la hembra? Pues con cuatro caricias que le hace al palomo, le obliga a partirse el trabajo de empollar y sacar los hijuelos, aviniéndose muy bien con el esposo, y enseñando a las mujeres bravas y fuertes a templarse y saberse avenir con los maridos”²⁸.

En el periodo de tiempo que permanecen en Ateca, los Gracián no perdieron el contacto con Calatayud, pues allí vivían los abuelos, y es de suponer que irían con cierta periodicidad a verlos, tanto los padres como los nietos, además de que el matrimonio Gracián tenían su propia casa en la parroquia de San Andrés de Calatayud, y en la misma fue confirmado su hijo Pedro el 5 de noviembre de 1615²⁹.

También en estos años ocurrieron algunos acontecimientos familiares de cierto relieve social, como son la boda de su hija Teresa con un joven de Calatayud de posición acomodada, Miguel de Vera y Aguilar, el 19 de enero de 1616, aportando ambos en sus capitulaciones, realizadas con fecha 11 de enero de 1616 ante el notario de Calatayud, Miguel de Ciria, protocolo 1271, un patrimonio muy considerable.

²⁸ *El Criticón*, parte III, crisis VI, en *Obras Completas*, ed. cit., p. 539.

²⁹ *Ibíd.*, doc. núms. 46, p. 49.

Teresa aportó como dote 43.682 sueldos jaqueses, entregados por su padre, valorados en tierras, dinero y alhajas de oro y plata³⁰. Y el 5 de octubre de 1617 tomó el hábito de carmelita descalza en el convento de San Alberto, de Calatayud, su hija Magdalena, adoptando el nombre de Magdalena de la Presentación³¹. El 26 de octubre de 1617 falleció el abuelo materno, Juan Morales, según consta en el libro de defunciones de la parroquia de Santa María, de Calatayud, fol. 129 v^o³². El 18 de septiembre de 1618 son confirmados los hijos Lorenzo y Raimundo en la iglesia de San María, de Ateca, por el obispo de Tarazona, D. Martín Terrer³³. El 7 de octubre de 1618 tuvo lugar el acto de profesión de su hija Magdalena de la Presentación, madre carmelita descalza en el convento de San Alberto, de Calatayud³⁴. Por último, el 28 de enero de 1620 Francisco Gracián Garcés hace testamento en Ateca, ante el notario Pedro Gálvez³⁵.

Finalizado su contrato como médico en Ateca, en el año 1620, la familia Gracián-Morales se traslada a vivir a Calatayud, donde pocos meses después fallece D. Francisco Gracián, quedando su viuda, D^a Ángela, al cargo de toda la familia, que logró sacar adelante con todo acierto y provecho, pese a ser una mujer con pocos estudios, pues era casi analfabeta; pero con una gran fe en Dios, un fuerte tesón y un enorme sentido común, logró educar a sus hijos convenientemente y administrar

³⁰ Ibídem, p. 14 y 21, y doc. n° 47, p. 49 a 54, y doc. n° 48, p.54.

³¹ Ibídem, p. 14, y doc. n° 52, p. 54.

³² Ibídem, doc. n° 54, p. 54.

³³ Ibídem, p. 13, y doc. n° 57, p.55.

³⁴ Ibídem, p. 14 y 22, y doc. n° 58, p. 55.

³⁵ Ibídem, p. 23, y doc. n° 62, p.56.

con buen tino el holgado patrimonio que tenía la familia, una vez fallecido su esposo.

La familia en la que nace Baltasar vivía en un ambiente profundamente religioso. La madre era ciertamente una mujer sencilla, pero con una singular virtud y acendrada piedad, algo que debió calar muy hondo en el espíritu de sus hijos. No en vano Baltasar y cuatro de sus hermanos profesaron en Órdenes religiosas, de igual modo que lo hizo un primo suyo, llamado Raimundo, que fue dominico.

II

Poco se sabe de la primera etapa de la vida de Baltasar Gracián. Se sabe que, cuando contaba con poco más de año y medio, su familia trasladó su residencia al pueblo de Ateca, por lo que es de suponer que sus recuerdos más remotos sean de este lugar. Parece ser que en esa época los niños no representaban casi nada en la sociedad, y su formación educativa quedaba condicionada por el ambiente de la familia, ya que, hasta los siete años, los niños vivían felices y entretenidos en sus juegos, siendo a partir de esa edad cuando empezaba la educación escolar, la cual únicamente alcanzaba al sector mas privilegiado de la ciudadanía española³⁶.

³⁶ C. Gómez-Centurión Jiménez, “*La familia, la mujer y el niño*”, en *La España de Velázquez*, dir. de José N. Alcalá Zamora (Madrid, Temas de Hoy, 1989), p. 190 y ss.

1.- La educación infantil y juvenil

El ambiente familiar en el que creció Baltasar Gracián Morales, desde el punto de vista escolar era un tanto peculiar, aunque frecuente en aquel tiempo. Como ya se ha dicho, su padre era médico de profesión y ejercicio, y por tanto tenía estudios universitarios; pero su madre era prácticamente analfabeta, aunque no se sabe si lo era total o parcialmente, esto es, si no sabía leer ni escribir. Lo que sí se puede afirmar con toda certeza es que no sabía escribir, y que no llegó a saber firmar nunca, como se desprende de diversos documentos notariales localizados por la profesora Belén Boloqui³⁷. La hermana mayor, Teresa Gracián Andua, única hija del primer matrimonio de Francisco Gracián, tampoco aprendió a leer ni a firmar, posiblemente por considerar que tenía bienes suficientes por herencia de su madre y que no precisaba más, o tal vez siguiendo las pautas de algunos moralistas de la época, quienes, como el jesuita Padre Astete, aconsejaban educar a las jovencitas en la lectura pero no en la escritura, por ser ésta una posible causa de libertades excesivas³⁸.

Como quiera que fuese, lo cierto es que el padre trató y educó a su hija según la costumbre dominante en su tiempo, como el mismo declara en el documento notarial de las capitulaciones matrimoniales de Teresa, en el que manifiesta que “ha administrado, regido y gobernado, recibido y cobrado alcabalas, pensiones de censales y logueros de casas y otros bienes de la dicha Teresa Gracián, su hija, y haberla tenido en su

³⁷ Ibídem, p. 10, doc. nº 31, p. 46-47, doc. nº 64, p. 56-57.

³⁸ Ibídem, p. 14. y Mariló Vigil, *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII* (Madrid, Siglo XXI, 1986), p. 55-56.

compañía y casa sana y enferma y llevándola conforme a su calidad”³⁹. Sin embargo, al resto de sus hijos, fruto de su segundo matrimonio con Ángela Morales, incluida su hija Magdalena, solamente cuatro años más joven que Teresa, sí les dio una buena educación escolar.

Las razones de esta distinta forma de proceder no se saben; es posible que sean las ya apuntadas más arriba, o tal vez que su hija Teresa, influenciada por el entorno familiar de su madre natural, se dejase llevar por la opinión mas generalizada de que la misión de la mujer era la de ser madre y cuidar del hogar, coser, bordar, hacer las labores domésticas, etc., y por tanto se resistiese a ir a la escuela para adquirir los conocimientos mínimos. Criterio que no es difícil de imaginar, puesto que ha perdurado hasta muy entrado el siglo XX, al menos en muchos de los ambientes rurales de Castilla, según mis propios recuerdos de infancia, por no hablar de Andalucía y de otras regiones de la España profunda.

Es de suponer que Baltasar, al igual que después el resto de sus hermanos menores, aprendieran los primeros conocimientos de las letras y los números directamente de su padre, pasando después a la escuela de Ateca para completar su educación infantil y primaria; o bien que, llegados a la edad de siete años, iniciasen su asistencia a la escuela y empezasen en ella sus estudios primarios. En su minuciosa investigación, Belén Boloqui ha averiguado que Ateca tenía maestro propio, conociéndose su nombre gracias a los libros del ayuntamiento. Lo fueron, sucesivamente, Juan de Morlanes, de 1603 a 1605, Matías López, de 1605 a 1610, y de 1610 a 1613 ambos maestros compartieron la

³⁹ Ibídem, p. 14 -15, y doc. nº. 47, p. 49 a 54.

enseñanza. A partir de 1613 se encargó de la enseñanza únicamente el maestro Julián de Valera. La misión educativa de estos maestros se limitaba a enseñar a leer y escribir, contar, decir la doctrina, o sea, aprender el catecismo católico, y educar en las buenas costumbres⁴⁰.

Cuando ya era un niño plenamente desarrollado, Baltasar Gracián, como primogénito de la familia y de acuerdo con la costumbre de la época, fue sometido a una disciplina más exigente, ya que era el llamado a ser el digno continuador del linaje de los Gracián. Tal como actuaban también la mayor parte de las familias, a partir de los 8, 10 ó 12 años de edad, dependiendo de las necesidades familiares o del criterio de los padres, a los niños se les iba introduciendo en el aprendizaje de la actividad de sus mayores, que generalmente eran trabajos agrícolas en el campo u oficios artesanales en la ciudad, para los hijos varones, y labores domésticas en el caso de las niñas.

Por tanto, es muy posible que Baltasar Gracián acompañase a su padre en las visitas a sus enfermos, para que se fuese familiarizando con su profesión, en la creencia e ilusión de que de mayor fuese un excelente médico, hecho que, como sabemos, no ocurrió; pero, como chico avisado y curioso, fue captando y guardando en su mente las vivencias y anécdotas ocurridas en esas visitas, y luego de mayor las recordará y expondrá en sus obras con cierta mordacidad e ironía, sin faltar jamás al respeto a su padre, a quien admiraba y quería profundamente, como así lo manifiesta en su obra *Agudeza y Arte de*

⁴⁰ Ibídem, p. 15.

Ingenio, en la que, refiriéndose a él, dice: “hombre de profundo juicio y muy noticioso”⁴¹.

Sin embargo, la opinión que Baltasar Gracián ofrece de la profesión médica no es buena, y así lo manifiesta en distintos momentos de su obra *El Criticón*, por ejemplo, cuando refiriéndose a la muerte, dice: “¿En qué lo conoces? En que comienzan a entrar los médicos, que son los inmediatos a ella, los más ciertos ministros, los que la traen infaliblemente”⁴². Y poco más adelante dice igualmente y con excesiva mordacidad: “Sea lo que fuere, concluyó la muerte, no hay tal cosa como echarle un médico, o un par, para más asegurarlo”⁴³. En ese mismo capítulo, refiriéndose a la epidemia de peste, dice: “Lo que sé es que, mientras los ignorantes médicos andan disputando sobre si es peste o es contagio, ya ha perecido más de la mitad de una ciudad”⁴⁴.

En otro capítulo, que trata de la vanidad y de los “peros” que aparecen para poder alcanzar la honra, observa: “gran médico, pero poco afortunado: todos se le mueren”⁴⁵. Siguiendo el camino de la vanidad descubrieron el retrato de un hombre ruin que tenía “los ojos más asquerosos que los de un médico”⁴⁶; y más adelante añade: “Yo seré un gran médico, decía otro, que tengo buen talle y mejor parola”⁴⁷.

⁴¹ *Agudeza y Arte de Ingenio*, discurso XXIII, *Obras Completas*, Biblioteca Castro, t. II (Madrid, Turner, 1993), p. 492.

⁴² *El Criticón*, parte III, crisis XI, *Obras Completas*, Biblioteca Castro, t. I (Madrid, Turner, 1993), p. 637.

⁴³ *Ibídem*, p. 648.

⁴⁴ *Ibídem*, p. 640.

⁴⁵ *Ibídem*, parte II, crisis XI, p. 392.

⁴⁶ *Ibídem*, p. 395.

⁴⁷ *Ibídem*, parte III, crisis VII, p. 574.

En el capítulo que muestra los prodigios de Salastano, Andrenio, su visitante, le dice que siempre ha tenido por ingenioso embeleco el “basilisco” por aquello de matar con la vista, pues le parece una exageración repugnante, a lo que éste le contesta: “¿Eso ponéis en duda? Y si no, decidme: un médico, en viendo un enfermo, ¿no le mata? ¿Qué veneno como el de su tinta en un récipe?”⁴⁸. En el Yermo de Hipocrinda, que trata de la hipocresía y la apariencia, dice, entre otras cosas: “Todo médico y letrado han de ser de ostentación. Mucho vale el pico”⁴⁹.

Y por último, en el Trono del Mando, donde presenta la competencia que se da entre las artes y las ciencias, señala: “Bien concederé yo que la Jurisprudencia se ha alzado con la honra, la Medicina con el provecho”; y como más adelante añade: “retírense los aforismos del médico, llamados así, ya por lo desaforado, ya porque echan fuera del mundo a todo viviente”⁵⁰.

Como se ve no existen datos sobre la formación escolar de Baltasar. Pero Constancio Eguía Ruiz, jesuita, en un artículo titulado “La formación escolar y religiosa de Baltasar Gracián”⁵¹, puntualiza: “El licenciado Francisco Gracián hubo, pues, de ser un bien hallado hidalgo que no fue avaro de su noble sangre, y comenzó por educar a sus hijos en el cercano Colegio bilbilitano de la Compañía de Jesús. Todos ellos, uno tras otro, debieron cursar estudios en este Colegio, y no es flojo

⁴⁸ Ibídem, parte II, crisis II p. 246; “Basilisco: es un animal fabuloso al que se le atribuía el matar con la vista”.

⁴⁹ Ibídem, crisis VII, p. 343.

⁵⁰ Ibídem, crisis XII, p. 407 y 408.

⁵¹ Constancio Eguía Ruiz, *La formación escolar y religiosa de Baltasar Gracián* (Madrid, Tip “Revista de Archivos”, 1931), p. 8.

argumento de neutralidad por parte de los Padres, sus educadores, de que de cuatro hermanitos religiosos, sólo uno, nuestro Baltasar, picó en el anzuelo de Loyola”; de lo que es lógico deducir que allí debió iniciar los estudios llamados entonces de letras humanas, y que hoy llamamos de secundaria, continuando posteriormente en Toledo, seguramente también en el Colegio de los jesuitas.

Sopesa Miguel Batllori que, “así como en Belmonte abrió los ojos del cuerpo, en Calatayud los de la razón”⁵². Los estrechos vínculos familiares que tenía en Calatayud, ya que de allí era su madre y allí figuraba su padre como parroquiano de la iglesia de San Andrés, y también vivían sus abuelos maternos, unido todo ello a la circunstancia de que en dicha ciudad debió iniciar su educación literaria, despertándosele una fuerte admiración por el ingenioso y famoso poeta romano Marcial, junto con gratos recuerdos de vivencias infantiles de aquel lugar, no es de extrañar albergara, desde su más tierna infancia, un fuerte orgullo en sentirse hijo de ella y, por tanto, bilbilitano puro. Este sentimiento lo mantendrá toda su vida y lo expresará en sus obras, ensalzando cariñosamente a Calatayud y a sus gentes, pues en *El Criticón*, cuando describe los peculiares y raros prodigios que Salástano tiene en su museo, considera que uno de los mayores imposibles de hallar, por ser tenidos por increíbles, es encontrar “uno de Calatayud en el Limbo”⁵³. Igualmente, cuando narra un paradójico coloquio que tiene lugar en la plaza de un pueblo entre un aragonés de Calatayud y un forastero, todo ello

⁵² M. Batllori y C. Peralta, *Baltasar Gracián en su vida y en sus obras* (Zaragoza, Inst. Fernando el Católico, 1969), p. 10.

⁵³ *El Criticón*, parte II, crisis II, *Obras Completas*, Biblioteca Castro, t. I (Turner, Madrid, 1993), p. 252.

expresado con el deje o acento típico de Aragón, para resaltar la sensatez y agudeza de los habitantes de Calatayud, dice así: “Señor mío, por eso dicen que sabe más el mayor necio de Calatayud que el más cuerdo de mi patria. ¿No digo bien? No, por cierto, le respondió. Pues, ¿por qué no? Porque no hay ningún necio en Calatayud, ni cuerdo en vuestra ciudad”⁵⁴. También cuando describe la Isla de la Inmortalidad señala que el “mérito”, implacable portero que, con justicia, abre o no la puerta de entrada a la inmortalidad y a cada persona le pide exponga sus hazañas para poder acceder, dice: “Estas voces las repetía un prodigioso eco que excedía con mucho a aquel tan célebre que está junto a nuestra eterna Bílbilis, pues éste su nombre no latino está diciendo que fue mucho antes que los romanos, y hoy dura y durará siempre”⁵⁵.

No hay constancia documental de cuando Baltasar Gracián fue a vivir con su tío D. Antonio Gracián, hermano de su padre, que era sacerdote capellán en la iglesia de Toledo, en la Capilla de San Pedro de los Reyes, según él mismo refiere: “Ponderaba el licenciado Antonio Gracián, mi tío, con quien yo me crié en Toledo, que en los aragoneses no nace de vicio el ser arrimado a su dictamen, sino que, como siempre hacen de parte de la razón, siempre les está haciendo gran fuerza”⁵⁶. Ni tampoco de lo que allí estudia, pero es de suponer que esto debió suceder cuando él tuviera aproximadamente la edad de 15/16 años, por lo que allí debió continuar su formación de secundaria, en el Colegio de los Jesuitas,

⁵⁴ *Ibídem*, parte III, crisis VI, p. 543.

⁵⁵ *Ibídem*, crisis XII, p. 666.

⁵⁶ *Agudeza y Arte de Ingenio*, en *Obras Completas*, Biblioteca Castro, t.I (Turner, Madrid, 1993), p. 510; también en M. Batllori, *Vida alternante de Baltasar Gracián*, en *Archivum Historicum Societatis Iesu*, Extractum e vol. XVIII (Roma, 1949).

probablemente mejor dotado y de más nivel que el de Calatayud, donde pudo también iniciarse en el estudio de la Filosofía. Esta formación se complementaría con las enseñanzas recibidas de su tío, tanto en el orden académico como en el moral y religioso, pues lógicamente, al ser su mentor, le transmitiría el sentimiento mas profundo como aragonés, tanto en su mente como en su corazón.

De este tiempo Baltasar Gracián guarda un grato recuerdo, tanto por las cosas que pudo ver y aprender como por haberse forjado en él los fundamentos de su vocación y la orientación de vida. A todas estas cosas hace alusión posteriormente en algunos pasajes de sus obras. De Toledo recuerda el famoso artilugio ideado y creado por Juan Turriano, “Juanelo” (1501-1575), para subir el agua del Tajo a la ciudad, al que hace referencia cuando dice: “famosa por su artificio, injuria de Juanelo”⁵⁷; o también cuando refiere: “hacía subir las aguas de los ríos a dar la obediencia a su poderosa maña, con un raro artificio, ejemplar de aquel otro del famoso artífice, que al mismo Tajo dio un corte de aguas cristalinas”⁵⁸. En otro lugar hace mención de un hospital donde se curaba a los locos, conocido como Nuncio de Toledo, cuando dice: “Pero, por no escandalizar al populacho, muy a lo callado lo remitieron al Nuncio de Toledo”⁵⁹. También recuerda con cierta admiración un sermón que le oyó al “padre Pedro Sanz, gran religioso de la Compañía de Jesús, apostólico orador, que tan bien supo juntar lo *ingenioso* con lo *desengañado*, el *aliño* en el decir con la *eficacia* en el convencer; oísele el día de la

⁵⁷ *El Criticón*, parte I, crisis VII, *Obras Completas*, Biblioteca Castro (Turner, Madrid, 1993), t. I, p. 91.

⁵⁸ *Ibíd*em, parte I, crisis VIII, p. 109.

⁵⁹ *Ibíd*em, parte II, crisis I, p. 231.

festividad de la Santa Cruz, entre aquellos dos majestuosos coros de la santa Iglesia de Toledo, que es decir en su centro, pues lo es de la sabiduría eclesiástica, de la discreción seglar y de la gravedad religiosa”⁶⁰.

En los años que pasó en la imperial ciudad de Toledo, Gracián se encariñó también con sus gentes y sus costumbres; y, cuando después tuvo ocasión, las defendió de las imputaciones malévolas que les achacaban en otros pueblos, por simple rivalidad lugareña. Así escribe “que se prohíbe por cosa ridícula decir ciertos refranes”, y, entre otros, menciona “Al que dijo: *En Toledo no te cases, compañero*” (y silencia la segunda parte del refrán, más mordaz), que dice: “*No te darán casa ni viña, mas darte han mujer preñada o parida*”; pero el responde con toda mordacidad: “Pudíérasele preguntar: ¿Pues dónde que no suceda lo mismo? Léase el *Toledo* sincopado, con que dirá en *todo* el mundo”⁶¹.

Hemos de imaginar que, como le ocurre a cualquier joven, hubo de tener ilusiones, dudas, deseos y dificultades acerca de cómo orientar su vida, las cuales debió resolver con serenidad, firmeza y decisión, en base a la educación familiar recibida, impregnada de amor, fe y piedad, que debieron llenar su generoso corazón de grandes ideales. Todo ello, unido a su fino espíritu, dotado de gran inteligencia y extraordinaria sensibilidad, repleto de nobles sentimientos, debieron conducirlo a elegir con acierto el camino a seguir, asunto muy importante del cual depende el éxito o el fracaso en la vida. A ello se refiere cuando escribe: “Así iban confiriendo, cuando llegaron a aquella tan famosa

⁶⁰ *Agudeza y Arte de Ingenio*, discurso LI, *Obras Completas*, ed. cit. t. II, p. 683.

⁶¹ *El Criticón*, parte III, crisis VI, t. I ed. cit., p. 556.

encrucijada, donde se divide el camino y se diferencia el vivir. Estación célebre, por la dificultad que hay, no tanto de parte del saber, cuanto del querer, sobre qué senda y a qué mano se ha de echar”⁶².

2.- Los estudios superiores. Primera actividad docente

Estimo que su gran amor a Dios y su ideal de perfección, como él mismo escribió, “en una palabra, santo, que es decirlo todo de una vez”⁶³, inducen a Baltasar Gracián a tomar la determinación de ingresar en la Compañía de Jesús, lo que hizo el día 30 de mayo de 1619, cuando ya había cumplido 18 años de edad. Pasó el noviciado en Tarragona, que era donde la Compañía tenía el centro de formación de los aspirantes procedentes de toda su provincia de Aragón, y del que era Rector el Padre Crispín López, valenciano, que a su vez era también el Maestro de novicios.

Posiblemente Gracián decidió solicitar el ingreso en la Compañía por ser ésta una Orden religiosa moderna y militante, que luchaba con gran ardor contra la herejía protestante y que se había extendido notoriamente con prestigio por toda España y que cultivaba al mismo tiempo el espíritu divino y el humano mediante el estudio de las letras; esta peculiaridad debió encantarle enormemente, pues unía la vocación a la vida religiosa con el profundo atractivo que el mismo sentía por el mundo de las letras y de el arte.

⁶² Ibídem, parte I, crisis V, p. 63.

⁶³ *Oráculo manual y Arte de prudencia*, máxima CCC, ed. cit., t. II, p. 303.

Apunta Miguel Batllori que “es inconsistente y ridículo suponer que un desencanto sentimental fuese el origen de su vocación religiosa y de su acusada misoginia. Esto último más era un defecto temperamental y hereditario que un resentimiento adquirido; había en ello más una abstracción libresca que no una experiencia vivida”⁶⁴. Así se desprende de lo que él mismo escribe: “Oíle ponderar muchas veces a Francisco Gracián, mi padre, hombre de profundo juicio y muy noticioso, que la mayor capacidad de la más sabia mujer no pasa de la que tiene cualquier hombre cuerdo a los catorce años de su edad”⁶⁵. Este texto, leído hoy, resulta chocante y por supuesto inaceptable, pero en el contexto cultural que fue escrito era un criterio muy generalizado y plenamente aceptado por toda la sociedad, identificada con una cultura patriarcal y machista, donde se ensalzaban las cualidades de fuerza, rudeza, lucha y honor caballero, con un gran analfabetismo en el pueblo y especialmente entre las mujeres, a las que se consideraba que su función principal era la de procrear, ser madres y atender el hogar, y ser refugio y consuelo del guerrero.

Baltasar Gracián era una persona culta e inteligente, que valoraba mucho el saber, pues ello hace al hombre ser persona, concepto importante para él y sobre el que insiste frecuentemente en sus obras. Así lo hace cuando escribe: “Di en leer, comencé a saber y a ser persona, que hasta entonces no había vivido la vida racional, sino la bestial. Fuí llenando el alma de verdades y de prendas. Conseguí la sabiduría, y con ella el bien obrar, que ilustrado una vez el entendimiento, con facilidad

⁶⁴ M. Batllori y C. Peralta, *Baltasar Gracián en su Vida y en sus Obras* (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1969), p. 12.

⁶⁵ *Agudeza y Arte de ingenio*, discurso XXIII, ed. cit., t. II, p. 492.

endereza la ciega voluntad”⁶⁶; y más adelante afirma que “no hay señorío sin saber”⁶⁷. Él, por tanto, no siente aprecio por el bruto, por el no cultivado, ya que considera está más próximo del nivel inferior del hombre, el animal. Nunca menciona en sus obras, a su madre ni a su hermana Teresa, pues no eran cultas, ambas no sabían firmar, pero sí menciona a su hermana Magdalena, para ensalzarla, ya que era culta. De ella dice: “De esta suerte ponderaba mi hermana la madre Magdalena de la Presentación, priora de las carmelitas descalzas de San Alberto, que no puede haber santo que sea simple, porque la santidad es muy prudente, discreta y sabia, y todo lo es en eminencia, como Dios”⁶⁸.

Los escritores anteriores y coetáneos suyos, en general, no ensalzan a la mujer; por ello entiendo que no es prudente tildar a Gracián como hombre peculiarmente misógino, pues en este aspecto, simplemente, participó de la opinión social que entonces se tenía de la mujer en general. No se anticipó, en este sentido, al concepto de igualdad que hoy tenemos de varón y mujer.

Igualmente Miguel Batllori refiere que todos los aspirantes a la Compañía de Jesús procedentes de la provincia religiosa de Aragón hacían el noviciado en Tarragona, en donde permanecían los dos primeros años. Después la mayor parte de los aspirantes pasaban al Colegio de Urgel durante otro período de dos años, en los que, dirigidos por un profesor especial, profundizaban y afianzaban sus conocimientos en letras humanas. En casos muy excepcionales, como lo es el de Gracián, en los que concurría que el novicio ya poseía esos sólidos

⁶⁶ *El Criticón*, parte I, crisis IV, ed. cit., t. I, p. 52.

⁶⁷ *Ibíd.*, crisis VIII, p. 119.

⁶⁸ *Agudeza y Arte de ingenio*, discurso XXIX, ed. cit., t. II, p. 551.

conocimientos, se le eximía de tales cursos, y eran enviados durante ese espacio de tiempo a alguno de los tres Colegios que la Compañía tenía en las ciudades de Calatayud, Gerona o Gandia, en donde se iniciaban en la docencia haciendo prácticas con los alumnos que asistían a sus aulas, al tiempo que también estudiaban Filosofía. Posteriormente, para el estudio de la Teología eran enviados a los colegios superiores de Zaragoza, Barcelona o Valencia⁶⁹. Este último era considerado el máximo, únicamente por ser el más importante de toda la provincia religiosa.

Asimismo relata que, con el fin de abrir el espíritu de sus jóvenes aspirantes a la Universalidad y de superar las posibles rivalidades y antagonismos regionales, así como para potenciar el desprendimiento material de afectos personales y familiares y profundizar en el cultivo de la vida interior y religiosa, los Superiores recomendaban insistentemente que los aspirantes fuesen llevados a Colegios alejados de sus regiones y lugares de origen.

Baltasar Gracián permaneció en el noviciado de Tarragona los dos primeros años establecidos por la norma, dedicados a la formación religiosa. En esos dos años, además del estudio, se adiestraban en la práctica de diversas actividades orientadas a modelar y forjar su personalidad, en orden al carisma y misión que habían de cumplir dentro de la Compañía. Entre estas actividades formativas sobresalían como más importantes y fundamentales las siguientes:

1. Realización de ejercicios espirituales, según la norma ignaciana, por espacio de un mes.

⁶⁹ M. Batllori y C. Peralta, *Baltasar Gracián en su vida y en sus obras*, cit., p. 21 y 22.

2. Realizar servicio en hospitales, atendiendo y cuidando enfermos durante otro mes.
3. Peregrinar por pueblos sin dinero y sin más bagaje que la ropa puesta, viviendo de limosnas y de la caridad de sus gentes, por espacio de otro mes.
4. Ejercitarse dentro del noviciado en la realización de tareas consideradas humildes y bajas, con ánimo de diligencia, atención y servicio.
5. Ejercitarse en el uso de la palabra públicamente, predicando la doctrina cristiana.
6. Practicar la enseñanza de materias escolares y religiosas a muchachos y a gentes rudas e ignorantes.

De entre todas ellas, las que calaron más hondo y dejaron más huella en Gracián fueron los Ejercicios espirituales y las peregrinaciones, pues son básicos y fundamentales en su esquema de pensamiento y de acción. A ellos hace referencia en distintos momentos de sus escritos, en los que traspone la ascética ignaciana al plano filosófico, mostrando una moral laicizante, mucho más filosófica que teológica, y más fundada en la razón humana que en la revelación divina. Así se desprende, por ejemplo, cuando escribe: “Hanse de procurar los medios humanos como si no hubiese divinos, y los divinos como si no hubieses humanos: regla de gran maestro, no hay que añadir comentario”⁷⁰. O también, en otro momento escribe, en relación a ciertas situaciones en

⁷⁰ *Oráculo manual y Arte de prudencia*, máxima CCLI, ed. Biblioteca Castro, t. II (Madrid, Turner, 1993), p. 286.

las que hay que tomar decisiones y cambiar el rumbo de acciones y conductas, escribe, poniendo en boca de su personaje Critilo, cuando pensaba en el remedio que habría de utilizar para salir de la fuente de los engaños y dirigirse al palacio de las maravillas de Artemia, estas palabras: “Y así él, después de haber velado sobre el caso, trazó huirse, y no tuvo tanta dificultad como imaginaba, que en este orden de cosas el que quiere, puede. Rompió con todo, que es el único medio, y saltó por el portillo de dar en la cuenta, aquél que todos cuantos abren los ojos le hallan”⁷¹. Más adelante, en relación a una cierta tendencia que los hombres tenemos de obrar confundiendo lo importante con lo liviano, escribe: “Vulgar desorden es entre los hombres hacer de los fines medios y de los medios hacer fines. Lo que ha de ser de paso toman de asiento y del camino hacen descanso. Comienzan por donde han de acabar y acaban por el principio”⁷².

Los Ejercicios espirituales son un medio para reflexionar y meditar sobre cuál es el fin del hombre, qué es lo importante que ha de lograr y cómo mejor alcanzarlo. Son una práctica fundamental y habitual en la Compañía de Jesús, debiendo realizarlos todos sus miembros una vez al año durante ocho días, y dos o tres veces a lo largo de la vida por un tiempo de treinta días, generalmente durante el período de noviciado, y después durante el periodo llamado de tercera probación, al final de la cual suelen hacer los votos perpetuos. También en cualquier otro momento que pueda resultar decisivo o trascendente en la vida del ejercitante.

⁷¹ *El Criticón*, parte I, crisis VIII, ed. cit., t. I, p. 108.

⁷² *Ibídem*, crisis X, p. 138.

La peregrinación es un medio para aprender a vivir con austeridad, sin recursos económicos, prácticamente sin nada propio, despegado de todo lo material, confiando plenamente en la providencia y acomodándose a las situaciones y circunstancias de máximo rigor y pobreza.

Baltasar Gracián destacó, desde el primer momento, entre sus compañeros, siendo muy apreciado y bien considerado por su gran inteligencia y extraordinarias dotes intelectuales y literarias, como lo demuestra el hecho de que su rector y maestro, el padre Crispín López, con motivo del fallecimiento del hermano coadjutor Bartolomé Vallsebre, ocurrido en Tarragona el 26 de abril de 1620, le encargara redactar una breve apología de la vida y muerte de éste, texto que hoy constituye el primer escrito autógrafo que se le conoce⁷³. Esto ocurrió cuando aun no había cumplido los veinte años. Lo más doliente para él fue que en ese mismo año 1620 falleció su padre, Francisco Gracián Garcés. Es muy posible que, una vez terminado el noviciado, el 21 de mayo de 1621 hiciera sus primeros votos en el Colegio-Noviciado de Tarragona. En ese mismo año se trasladó al Colegio que la Compañía tenía en Calatayud para realizar los cursos de Artes, esto es, de Filosofía, pues así se le llamaba entonces a estos estudios, e igualmente iniciarse en la práctica de la labor docente, eximiéndole de los de latín, pues al parecer tenía una buenísima preparación en esa materia, posiblemente adquirida en sus años de formación al lado de su tío en Toledo.

⁷³ B. Gracian, *Obras Completas*, Estudio preliminar, edición, bibliografía y notas e índices de Arturo del Hoyo (Madrid, Aguilar, 1967), p. CXCVI. Y también M. Batllori, *La Vida alternante de Baltasar Gracián*, cit., p. 8.

Asimismo se hizo con él otra excepción al mandarle a su propia tierra, en contra de la costumbre existente en la Compañía de mantener alejados de sus raíces y durante las fases de formación a sus novicios, con el fin de preservarlos de afectos e influencias poco propicios a su libertad de elección de estado, así como habituarles a convivir con personas de otras regiones, fomentando así un sentimiento más universal de la persona. El hecho de permitir a Gracián permanecer en su tierra denota que sus Superiores tenían gran confianza en sus convicciones y, por tanto, no eran motivo de preocupación las influencias que pudiera recibir de sus familiares y amigos; al tiempo, entiendo que era un gesto de apoyo, afecto y cariño hacia su madre, dejando a su hijo varón mayor, Baltasar, cerca de ella para servirle de consuelo y ayuda en esos primeros momentos de dolor por la pérdida de su esposo, don Francisco, recientemente fallecido.

Allí, en el Colegio de Calatayud, cuando Gracián se incorporó, era Rector el P. Jerónimo Alegre, natural de Tarazona, y eran profesores, entre otros, el P. Pedro Continente, natural de Azuara, aragoneses ambos, y el P. Jaime Albert, natural de Besalú, catalán. Todos ellos trataron y conocieron a Gracián, del que guardaron una excelente opinión por ser un joven que sobresalía por sus excelentes dotes personales e intelectuales, especialmente en materia literaria.

En 1623, una vez terminadas las prácticas docentes y los estudios en Artes, hoy conocidos por Filosofía, fue enviado al Colegio de Zaragoza, para allí iniciar los estudios de Teología. Permaneció en este Colegio hasta 1627, o sea, los cuatro años que duraban los estudios de Teología. En ese momento el P. Pedro Continente, uno de sus anteriores

profesores en Calatayud y que conocía bien a Gracián, era Provincial de Aragón, y había propuesto al P. Vitelleschi, General de la Compañía, crear un centro en Zaragoza para enseñar Teología, además de los que hasta entonces existían en Barcelona y Valencia. Pero entre tanto recibía la aprobación superior, decidió iniciar la enseñanza de dichos estudios con un grupo reducido y selecto de alumnos procedentes del Colegio de Calatayud, que él conocía bien. Entre ellos estaba Baltasar Gracián. Esta decisión no gustó a los Colegios de Barcelona y Valencia, los cuales expusieron sus quejas al Prepósito General, el P. Vitelleschi, alegando que era excesivo contar con tres centros para la enseñanza de Teología en la provincia de Aragón. El argumento fue aceptado por el P. General, quien ordenó al Provincial que repartiese los alumnos entre los Colegios ya existentes. A pesar de las discrepancias de criterio y tensiones surgidas, el P. Vitelleschi terminó por aceptar este nuevo centro, para evitar el perjuicio que podría ocasionarse al referido grupo de alumnos, por el hecho de dividirlos y repartirlos entre los otros dos centros, razón que aducían sus promotores, el P. Pedro Continente, Provincial y el P. Juan de Villanueva, asistente de aquél en el gobierno de la provincia y al que ya había nombrado Rector del nuevo centro. Además, el P. Jerónimo Villamor, maestro de Moral en el Colegio de Zaragoza, también se dirigió al Prepósito General en Roma defendiendo la permanencia del nuevo centro y manifestando que sus alumnos estaban alcanzando reconocimiento y prestigio en la Universidad de Zaragoza, en donde habían participado en diversos actos y ponencias como si fueran estudiantes de la misma, siendo estimados, tanto por el claustro de profesores, como por los alumnos de la misma, redundando todo ello en

prestigio y reconocimiento de la Compañía. Igualmente indicaba también que dicho grupo constituía una gran ayuda y ejemplo para los estudiantes de Filosofía que tenían en su Colegio de Zaragoza.

Durante este largo periodo de formación, los Superiores encomendaron a Baltasar Gracián trabajos y cargos de confianza, pues demuestra dotes y cualidades merecedoras de ello. El P. Juan de Villanueva, Rector de este grupo o Colegio nuevo creado para la enseñanza de Teología, le encargó que escribiera la necrología del P. García de Albiano, fallecido en Zaragoza el día 27 de abril de 1624. Este escrito es el segundo autógrafo de Gracián que se conoce en la actualidad⁷⁴. En el año 1626, el P. Blas de Vaylo, Vicerrector del Colegio, le eligió como secretario, a fin de que le ayudase en la resolución de todos aquellos asuntos importantes o graves que surgiesen en el Colegio, hecho que demuestra la confianza que tenía en él⁷⁵.

En 1625, en los diversos informes que hace el mismo P. Juan de Villanueva, Rector del Colegio de Zaragoza sobre la personalidad y temperamento de Baltasar Gracián, se reflejan los siguientes datos, que retratan perfectamente cómo era:

En cuanto a capacidad señalaba que tiene un especial aprovechamiento en las letras, con buen ingenio y juicio, anotando como reparo su falta de experiencia y su corta edad (25 años). Manifiesta que observa en él grandes posibilidades y que cabe esperar de él que sea útil y provechoso al ministerio al que se ha de consagrar.

⁷⁴ B. Gracián, *Obras Completas*, ed. Aguilar (Madrid, 1967), p. XXIV y p. CXCVI, y M. Batllori, *La vida alternante de Baltasar Gracián en la Compañía de Jesús*, cit., p. 8, y doc. n° 6, p. 60 a 62.

⁷⁵ *Ibíd.*, p. XXIV.

En cuanto a su temperamento se consigna que es colérico y sanguíneo, rasgos que se mantienen y observan a lo largo de toda su vida, como se desprende de los catálogos trienales que hace la Compañía de sus miembros. Los correspondientes a Baltasar Gracián son los reseñados a continuación:

En el de 1628 se le califica de bilioso y melancólico; en el de 1633 se le califica de bilioso y sanguíneo; en el de 1636 idéntica calificación; en el de 1639 idéntica calificación; en el de 1645 se le califica de bilioso y melancólico; en el de 1651 se indica que es colérico y bilioso; en el de 1655 se señala que es de naturalis complexio colérica, melancólica. Y en el de 1658 también se consigna su complexio colérica⁷⁶.

De todo ello se deduce que tenía un temperamento fuerte, sanguíneo, con cierta pasión melancólica, si bien contenido y refrenado por la discreción, que él tanto amaba y por la severa disciplina que de sí mismo poseía.

En el año 1626, y con motivo de la jornada del rey Felipe IV en las Cortes de Mozón, la ciudad de Zaragoza y el Colegio de los Jesuitas le prepararon actos de celebración y bienvenida, entre los que estaba su visita a la iglesia de los jesuitas, momento en el que Gracián pudo ver por primera vez a Felipe IV.

En 1627, concluidos los estudios de Teología, Baltasar Gracián fue examinado por el tribunal compuesto por los Padres Jerónimo Villanova, Blas de Vaylo, Domingo Laga y Esteban Fenoll, los

⁷⁶ M. Batllori, *La vida alternante de Baltasar Gracián en la Compañía de Jesús*, cit., p.11, y doc. nº 2, p.56-57.

cuales le consideraron apto para leer Filosofía y Teología, y, por tanto, también apto para hacer la profesión de los cuatro votos, que hizo poco después, suponiéndose que fue ordenado sacerdote en la primavera o verano de ese mismo año 1627, posiblemente en Zaragoza, pasando de ser “hermano” a “Padre” Baltasar Gracián⁷⁷. En esta última fase de su formación en Zaragoza, dice M. Batllori, adquirió Gracián su madurez intelectual como estudiante y también alcanzó una notable madurez religiosa. Se preparó para el sacerdocio con todo su empeño y con plena conciencia⁷⁸.

A continuación fue destinado al Colegio de Calatayud para enseñar Gramática, donde, en el otoño y junto con el curso escolar, empezó su actividad docente como profesor de Gramática latina a los muchachos, oficio que se acostumbraba asignar a los Padres jesuitas noveles. Esta circunstancia se acredita por un documento en el que figura su firma con la de nueve Padres más y la del Rector del Colegio, que a la sazón era P. Pedro Continente⁷⁹, el cual había sido anteriormente profesor de Gracián en el mismo Colegio de Calatayud y que después sería nombrado Provincial de Aragón.

En la primavera de 1630 Baltasar Gracián pasa del Colegio de Calatayud a la Casa profesa que la Compañía tenía en Valencia, para iniciar, el 15 de marzo de 1630, su tercer periodo de probación, que era una especie de nuevo noviciado que duraba en torno a un año y que

⁷⁷ B. Gracián, *Obras Completas*, ed. Aguilar (Madrid, 1967), p. XXV. Y M. Batllori, o. cit., p. 9 y doc. n° 7, p. 62 y 63

⁷⁸ M. Batllori y C. Peralta, *Baltasar Gracián en su vida y en sus obras*, ed. cit., p. 30.

⁷⁹ E. Correa Calderón, *Baltasar Gracián, su vida y su obra* (Madrid, Gredos, 1970), p. 17, y Narciso de Liñán y Heredia, *Baltasar Gracián* (Madrid, 1902), p. 172.

constituía la última prueba que precedía a la vida pública y apostólica. Aquí conviene resaltar que no fue enviado al Colegio, como era lo habitual, sino a la Casa profesa, excepción que se atribuye al P. Crispín López, quien le conocía bien y le merecía toda la confianza, pues había sido su Maestro de novicios y a la vez Rector del Noviciado de Tarragona cuando él ingresó. Esta medida, aunque excepcional, estaba en línea con la norma dada en 1629, por la que se decía que el P. Provincial debía procurar dar los mejores operarios de la provincia, así confesores como predicadores, a la Casa profesa, la Casa madre de la Provincia de Aragón⁸⁰. En esa Casa profesa coincidió residiendo, por primera vez, con el P. Pablo Rajas, valenciano, mayor que Gracián, y que por entonces ya gozaba de prestigio en la Provincia, en tanto que Gracián era simplemente un Padre joven más, sin ningún reconocimiento especial, salvo sus excepcionales dotes intelectuales y personales; allí residió algo más de un año, pues continuó por algún tiempo después de haber concluido su periodo de probación en marzo de 1631.

En esta Casa profesa de Valencia debió encontrar Gracián una cierta frialdad y tal vez recelo, pues él era aragonés y la mayor parte de los moradores eran valencianos. Además él era uno de los pocos teólogos formados en Zaragoza, centro que había dado lugar a polémicas, quejas y tensiones con los otros Colegios de Barcelona y Valencia, al Prepósito General en Roma, y que habían venido impartiendo hasta entonces, y como Colegios únicos no entendían que se concedieran a Zaragoza los cursos de Teología. Además de estas causas conviene no olvidar que Baltasar despuntaba por su peculiar agudeza e inteligencia, debiendo

⁸⁰ B. Gracián, *Obras Completas*, o.cit., p. XXVI. Y M. Batllorí, o. cit., p. 9.

considerar también las ya apuntadas rivalidades regionales que existían entre los padres originarios de distintas comarcas. Tan es así que durante ese periodo en que Gracián residió allí, la Casa fue objeto de una visita extraordinaria del P. Jorge Hemelmann, quien fue enviado con la misión de promover la unión y la caridad entre los moradores de los diversos Reinos que la componían⁸¹. Entre las diversas normas que el visitador dejó al P. Provincial Crispín López, una de las más importantes era la de mezclar a los miembros de la Compañía procedentes de distintas regiones en todos los Colegios, y posiblemente esta debió ser la razón por la que Baltasar Gracián fue destinado posteriormente al Colegio de Lérica⁸².

Es muy posible que Gracián no se sintiera acogido con suficiente calor y entusiasmo, en este tiempo que residió en la Casa profesa de Valencia, dando lugar a que anidara en su mente una cierta corriente de indiferencia y desdén por las gentes de Valencia, a las que considerará ingenuas, crédulas y provocadoras, circunstancia que reflejará a lo largo de su vida y en especial en su obra *El Criticón*⁸³.

Así pues, en 1631 Baltasar Gracián fue destinado al Colegio de Lérica como profesor de Teología Moral, también llamada entonces “Lecciones de casos de conciencia”, clase que no existía y que se crea con su llegada. El hecho de enviarle primero a enseñar el curso de

⁸¹ M. Batllori, *La vida alternante de Baltasar Gracián*, cit., p. 9 y *Obras Completas*, ed. Aguilar, cit., p. XXVI.

⁸² *Ibidem.* p. 9.

⁸³ B. Gracián, *El Criticón*, parte I, crisis X, *Obras Completas*, ed. Biblioteca Castro, cit., t. I. p. 141, donde dice: “Agradábala mucho la alegre, florida y noble Valencia, llena de todo lo que no es sustancia”, y parte II, crisis V, p. 310, donde dice: “...es tan ordinario como fácil alborotarse un vulgo, y más si es tan crédulo como el de Valencia,...”; y en la parte III, crisis II, p. 468, dice: “Este, pues, o andaluz por lo locuaz, o valenciano por lo fácil,...”.

Teología de casos y no de Teología escolástica, que era lo habitual, implica una distinción que tuvo con él el Padre Provincial Crispín López, quien propuso su nombramiento, que fue apoyado por el consultor de la provincia P. Pedro Continente. Ambos conocían bien las inclinaciones de Gracián, su antiguo novicio, y tenían plena confianza en él. También le honraron nombrándole Consultor del Colegio para asesorar al Rector en los asuntos internos e informar a Roma de la marcha del mismo. Ambos nombramientos chocan con la pobre valoración que de él hizo el Prepósito de Valencia, P. Francisco de Caspe, al terminar su tercer periodo de probación, al decir que “satisfizo poco.” Conviene reseñar que este Prepósito era hermano del P. Fulgencio de Caspe, quien se distinguía por su radical nacionalismo valenciano y como enemigo de los aragoneses en la citada Casa profesa de Valencia⁸⁴. Poco tiempo después, el 21 de octubre de 1631, murió en Lérida el P. Crispín López, cuando se encontraba haciendo una visita, como Provincial, en ese Colegio⁸⁵.

En el verano de 1633 Baltasar Gracián fue trasladado al Colegio de Gandía, patria de San Francisco de Borja y de Ausias March. Este Colegio era uno de los pocos que tenían los Jesuitas con el título y honores de Universidad, por lo que el hecho de destinarle a él ya era en sí un honor, el que se destaca más por la distinción añadida de encomendarle los estudios de Filosofía, que si bien nunca los había profesado como docente, se le consideraba muy versado en la materia, que había estudiado fuera de Gandia, en Calatayud donde, siendo novicio, recibió estas enseñanzas del P. Jaime Albert, catalán, en ese

⁸⁴ M. Batllori y C. Peralta, *Baltasar Gracián en su vida y en sus obras*, cit., p.37 y 38; también *Obras Completas*, ed. Aguilar, cit., p. XXVI y ss.

⁸⁵ *Ibíd*em, p. 38.

momento el Rector del Colegio de Gandía y probablemente le pidió al Padre Provincial, que entonces era ya el P. Pedro Continente, le enviase a Gracián, Padre con talento probado que él conocía bien⁸⁶. Ambos tenían un temperamento afín y muy en la línea del barroco. También en este Colegio se le otorgó la confianza de continuar como Consultor del Colegio, circunstancia que le permitió seguir relacionándose con el Padre General, residente en Roma, a quien se dirigió por cartas de fechas 13 de diciembre de 1633 y 15 de enero de 1634 dándole cuenta del grave problema que existía en ese Colegio con el tema de las nacionalidades, contestándole éste, en carta de fecha 25 de marzo de 1634, que sentía que la unión y caridad de unos con otros no esté como conviene, con ocasión de la diversidad de los reinos, y rogándole que ayudase por su parte a erradicar esta cizaña⁸⁷.

El 25 de Julio de 1635 Baltasar Gracián hizo la profesión solemne de los cuatro votos (pobreza, castidad, obediencia y obediencia especial al Sumo Pontífice) con los que quedaba ligado para siempre a la Compañía de Jesús⁸⁸. En este año la Universidad de Gandía, cuyo Rector era el P. Jaime Albert, de gusto barroco, adquirió para su biblioteca los “*praeclara recentiorum volumina*”, obras que permitieron a Gracián tomar contacto con los autores modernos lo que, unido a su gran vocación de escritor, debió estimular el ingenio creador que dentro de sí llevaba. Esto le llevaría a iniciarse como escritor, al año siguiente, cuando fue trasladado al Colegio de Huesca.

⁸⁶ Ibídem. p. 40

⁸⁷ M. Batllori, *La Vida alternante de Baltasar Gracián*, cit., doc. nº 12, p. 64 y cfr. también *Obra Completas*, ed. cit., p. XXIX.

⁸⁸ M. Batllori, o.c., documento nº 16, p. 65 y 66; y *Obras Completa*, ed. cit., p. XXX.

III

Al llegar Baltasar Gracián al Colegio de Huesca en el año 1636, su primer oficio fue el confesionario y la predicación, labores apostólicas que continuará ejerciendo hasta 1639 y en las que destacaría por su agudeza y clarividencia de ideas en las enseñanzas prácticas. Era Rector del colegio el P. Francisco Franco, que conocía muy bien a Gracián y sabía que era un buen religioso, puesto que había sido su padre espiritual en Zaragoza, cuando era estudiante de Teología, y por tanto es muy posible le nombrara, junto con otros, confesor de la comunidad.

Aquí, en Huesca, Gracián conoció al joven D. Vincencio Juan de Lastanosa y Baraiz de Vera, nacido el 25 de febrero de 1607, seis años menor que él, que a la sazón contaba 29 años de edad, y vivía en un espléndido palacio construido por sus antepasados, en el que se albergaban ricos tesoros, lo que denotaba su pertenencia a un linaje de personas ligadas al estamento de la nobleza y con cierto relieve social tanto en las armas como en las artes y la cultura. Lastanosa había sido educado y formado en los mejores colegios de Aragón y con las ideas del Renacimiento⁸⁹.

El que se convirtió pronto en el gran mecenas de Gracián era heredero de una cuantiosa fortuna material y espiritual, Señor de Figaredo, y contaba entre sus antepasados, al menos desde el siglo XIII, con nobles caballeros, clérigos famosos por sus virtudes y valientes

⁸⁹ Ibídem, p. XXXI y ss.

guerreros, que intervinieron en la conquista de Mallorca, Valencia y luego de Flandes, o como Generales de las galeras de Felipe III, cortesanos del Rey de Aragón, embajadores en la corte de París, y muchos de ellos habían sido apasionados cultores de las Humanidades. Vincencio Juan Lastanosa era un hombre erudito, culto, polifacético e interesado por la actividad intelectual, que, además de cumplir con sus deberes cívicos y militares, tenía una amplia preocupación coleccionista, intelectual, artística, literaria y musical; y era además un protector de todos cuantos varones estudiosos había en Aragón. A lo largo de toda su vida promovió la publicación de obras nuevas, así como el rescate de obras antiguas, haciéndose con ello acreedor a la “Inmortalidad” de la que habla Gracián en su obra *El Criticón*⁹⁰. Su extraordinaria afición coleccionista se extendía a todo tipo de cosas, en especial a la numismática, la pintura, los libros antiguos, los muebles, las máquinas, y en general a todo tipo de artilugios de la Antigüedad. En su casa eran famosas tres cosas: su biblioteca, su armería y sus jardines⁹¹.

En 1637 fue notorio entre los compañeros de la Compañía un hecho que protagonizaron Gracián y otros dos jesuitas más del Colegio de Huesca, que muy posiblemente habían sido nombrados confesores de la comunidad. No obstante, hay que reseñar que, por entonces, algunos pecados especialmente graves estaban reservados para su absolución a los Superiores, pues, aunque estaba vigente la bula de la cruzada que concedía amplias facultades a los confesores de España, era deseo de los

⁹⁰ *Obras Completas*, ed. cit., parte III, crisis XII, t.I, p. 673.

⁹¹ E. Correa Calderón, *Baltasar Gracián, su vida y su obra* (Madrid, Gredos, 1970), p.28.

papas que no se usase de tal privilegio en las casas religiosas⁹², y, esa sugerencia se cumplía en la Compañía de Jesús, y así lo indicaban sus Superiores, si bien el privilegio pontificio subsistía. Pese a ello, Gracián y otros dos Padres, compañeros de la misma institución (Jerónimo de Córdova y Bautista Gonzalo) hicieron uso de ella y absolvieron al P. Tonda⁹³, que había tenido algunas flaquezas con mujeres, y a consecuencia de ello, fue después expulsado de la Compañía. Este proceder de Gracián, a primera vista de criterio muy laxo en la interpretación de las normas de sus Superiores, refleja, sin embargo, su espíritu caritativo y comprensivo con el antiguo compañero que sucumbió ante las debilidades de la carne, perdonándole y manifestando públicamente que no a todos se les puede exigir la entereza y reciedumbre moral que otros poseen.

En este mismo año Baltasar Gracián publicó su primer libro titulado *El Héroe*, que versa sobre un asunto profano, mejor dicho, no religioso. Pero no lo firmó con su nombre, sino que aparece firmado con el nombre de su hermano menor, Lorenzo Gracián, Infanzón. Baltasar Gracián conocía que este proceder era contrario a la norma de San Ignacio, pero, como moralista y casuista, sabía que las Constituciones y reglas de la Compañía no obligan bajo pecado, ni siquiera leve, y por tanto seguramente esto pudo tranquilizar su conciencia. Con ello eludía contar con la exigida licencia de sus Superiores, ya que, como miembro de la Compañía de Jesús, no podía publicar nada sin contar con ella. Pero

⁹² M. Batllori y C. Peralta, *Baltasar Gracián en su vida y en sus obras*, cit., p. 49.

⁹³ M. Batllori, *La vida alternante de Baltasar Gracián*, cit., p.27, y 28; y doc. nº 19, y 20, p. 67 y 68.

a la vez conseguía evitar a la propia Institución posibles críticas como consecuencia de su contenido⁹⁴.

Un año después, en 1638, Gracián volvió a significarse públicamente, llevado por su gran corazón, su piedad y su sentido común, pidiendo ayuda a sus amigos para socorrer y amparar a un niño, que se decía era hijo de un religioso, que había sido expulsado de la Compañía de Jesús, protegiendo así a una criatura inocente, fruto de debilidades ajenas.

Por todo ello fue criticado por algunos de sus compañeros, que hicieron llegar sus quejas al Padre General, a la sazón el P. Vitelleschi. El Rector, P. Franco, o el Vicerrector, P. Jerónimo García, debieron de informar a Roma que Gracián era su cruz y “ocasión de disgustos y menos paz” en el Colegio. Aquél intervino y sugirió al P. Provincial la conveniencia de que fuera trasladado a otra casa.⁹⁵ Pese a ello, sus más inmediatos Superiores debieron comprender su espíritu caritativo, realista y profundamente humano, que buscaba resolver una situación de hecho, con sentido común y rectitud, comprometiéndose públicamente con su valiente y generoso comportamiento, por lo que decidieron mantenerlo en la casa de Huesca por espacio de un año y medio más, ausentándose en ese periodo de tiempo sólo algunos días para el desempeño de cargos de especial confianza.

Sin que conste con certeza, es muy posible que en el verano de 1639 Baltasar Gracián fuera destinado a Zaragoza como confesor y acompañante del Virrey de Aragón, D. Francisco María Caraza Castriota

⁹⁴ M. Batllori y C. Peralta, *Baltasar Gracián en su vida y en sus obras*, cit. p. 47.

⁹⁵ M. Batllori, *La vida alternante de Baltasar Gracián*, cit., p. 28; y doc. 20, p. 67.

y Gonzaga, Duque de Nochera⁹⁶, militar napolitano que sirvió a España, cultivado aristócrata y sensible político. Entre ellos surgió pronto una gran afinidad espiritual e intelectual, por lo que sintonizaron bien, y surgió también una extraordinaria amistad, que se mantendría inquebrantable de por vida.

En la primavera de 1640 Gracián se trasladó a Madrid, acompañando al Duque de Nochera, que había sido llamado a la Corte, nombrado Virrey de Navarra e investido Grande de España⁹⁷. El inquieto jesuita tenía 39 años, con un libro publicado, el ya citado *El Héroe*, que ya se había hecho famoso, hasta el punto que el propio rey Felipe IV lo había leído y lo elogiaba sin reparo, conservando un ejemplar en su biblioteca. A este respecto circulaba por los medios literarios de la época una exquisita antítesis, muy de moda en ese tiempo, en la que se contraponía la brevedad de su tamaño y la magnitud de su contenido.

Pero Gracián, además de acompañar al Duque de Nochera, llegó a la Corte no a medrar ni a buscar apoyos para su ascenso social, ni a introducirse en el ambiente cortesano para alcanzar notoriedad; sólo buscaba conocer directamente y por propia experiencia el ambiente social, cultural, artístico y literario que existía en la Corte y en los alrededores de la capital del Reino. También quería ver y admirar sus ricos tesoros artísticos y culturales para así colmar su espíritu y ensanchar sus conocimientos.

La primera impresión que recibió fue complaciente y seductora, pues le impactó el fasto en el que la Corte existía. El palacio

⁹⁶ M. Batllori y C. Peralta, o. cit., p. 77, y 78.

⁹⁷ M. Batllori y C. Peralta, o. cit., p. 79; y E. Correa Calderón, o. cit., p. 44 y ss.

del Buen Retiro, centro político de las Españas, sobrepasaba para él todo lo imaginado, y no pudo menos que sentir asombro ante las múltiples riquezas que allí se acumulan. Valoró y admiró todo el acopio de arte y saber que en ella se observaba, tanto en las estancias reales como en las particulares de ciertos señores relevantes por sus saberes e inquietudes culturales. Y visitó varias casas, a las que fue invitado, pertenecientes a personajes de estos ambientes, tal como la casa del Duque de Veragua, la del Duque de Feria, la del sacerdote don Juan de Espina, que también poseían valiosas colecciones. Además conoció y entabló amistad con el poeta Antonio Hurtado de Mendoza, Secretario personal del rey Felipe IV, al que se le llamaba “el discreto de Palacio” y a quien alaba Gracián en distintas ocasiones y sin reservas en su obra *Agudeza y arte de ingenio*⁹⁸, y posteriormente, ya fallecido aquél, en *El Criticón*.

Aparte de todo esto conviene señalar que a Baltasar Gracián, Madrid le suscita una gran admiración artística, al tiempo que una repulsión moral por los modos y costumbres en que se desenvuelven las personas en la Corte. Pasada esta primera impresión, pronto se da cuenta que no es oro todo lo que reluce, y así lo cuenta a su amigo Lastanosa en una carta que le envía con fecha 14 de abril de 1640, en la que le dice que “todo es embeleco, mentiras, gente soberbia y vana, que les parece que no hay hombres ni mundo sino ellos”⁹⁹. Esto lo deduce observando la petulancia de los servidores, en el engaño y doblez de trato, en el oropel e

⁹⁸ B. Gracián, *Agudeza y Arte de ingenio*, discurso V, en *Obras Completas*, ed. Biblioteca Castro, t. II, p.340.

⁹⁹ Carta a Lastanosa, de fecha 28-4-1640, Cfr. *Obras Completas*, ed. Aguilar, cit., p. 1124. y ed. Biblioteca Castro, t. I, Introducción, p. XIII.

impudicia de las costumbres. Y en varias cartas que envía a sus amigos desde Madrid deja traslucir sin rodeos su incomodidad y su altanería.

Es de suponer que de estas perspicaces observaciones tomó notas y apuntes, las cuales, debidamente analizados y escudriñados en profundidad en extensas reflexiones y en pacientes meditaciones asistidas por su agudo ingenio, debieron servirles para describir, con sagacidad y mordacidad, una serie de ambientes mundanos que refleja en su obra de *El Criticón*. Ambientes que difícilmente podría haber imaginado ni observado en las sencillas, tranquilas y rutinarias costumbres de los habitantes de los medios provinciales y rurales donde habitualmente vivía. Igualmente les notifica y comenta, con satisfacción y no exento de orgullo, que ha encontrado en la biblioteca de palacio un ejemplar de su libro “*El Héroe*”, y que éste era leído y tenía gran acogida entre el público culto. También les informa de las últimas noticias políticas.

En el transcurso del mes de abril, el duque de Nochera marchó a Navarra y solicitó al Padre Provincial de Aragón que autorizara al P. Gracián a seguirle como confesor en Navarra, petición que fue aceptada y posteriormente ratificada por el Padre General Vitelleschi, si bien haciendo algunas reservas, que el Provincial no consideró trascendentes. Siguiendo su misma ruta, a finales de mayo, y también como confesor y acompañante del Duque de Nochera, se trasladó a Pamplona, residiendo en la casa que allí tenía la Compañía de Jesús. La convivencia con sus compañeros navarros durante los meses de junio y julio de 1640 no debió resultar muy gratificante, lo que, unido al recuerdo de otras experiencias soportadas en relación a otros Padres navarros con los que pudo coincidir en otros lugares, le generó la idea de ser gente simple, y así lo expresó en

sus obras, como cuando escribe: “Verás hombres más cortos que los mismos navarros, corpulentos, sin sustancia”¹⁰⁰; y también: “De Pamplona no se hizo mención por tener más de corta que de corte y, como es un punto, toda es puntos y puntillos Navarra”¹⁰¹. El menosprecio por las gentes de esta región sólo fue superado por el que mostró algún tiempo después por los valencianos.

En junio de 1640 se produjo la sangrienta sublevación de Cataluña contra el Gobierno de la Monarquía. El Conde Duque de Olivares, Ministro de Felipe IV, ordenó al Duque de Nochera que regresara a Aragón e hiciera frente a la revuelta con toda dureza, llevando a cabo un castigo ejemplar. Sin embargo, Nochera tuvo una actuación prudente y comprensiva, ya que pensaba que una represión dura induciría a los catalanes a pedir ayuda a los franceses (como así acabó ocurriendo); y por ello contravino las órdenes escritas que le eran enviadas desde la Corte. Como consecuencia de ello, en los últimos meses del año 1640 Gracián vuelve a Zaragoza y asiste al Duque de Nochera, Virrey de Aragón, que se encuentra enfermo.

Por esta época, muy posiblemente en noviembre de 1640, se publicó en Zaragoza la primera edición de su segunda obra, titulada “*El Político, Don Fernando el Católico*”, que dedicó al Duque de Nochera, su gran amigo y protector. Pero éste, debido a su oposición al Conde Duque de Olivares y a no cumplir con fidelidad las órdenes que le habían sido dadas, después de varios avatares fue destituido y conminado a volver a Madrid. Al llegar a la capital fue encarcelado el 10 de julio de

¹⁰⁰ Baltasar Gracián, *El Criticón*, parte I, crisis IV, ed. cit., t. I, p. 44.

¹⁰¹ *Ibídem*, crisis X, p. 141.

1641 en el castillo fortaleza de Pinto, acusado de alta traición, y murió en prisión un año después, el 12 de julio de 1642¹⁰². Igualmente en esta ocasión Baltasar Gracián no abandonó a su amigo, el Duque, pues en ese mismo mes de julio de 1641 regresó a Madrid por segunda vez, para estar a su lado en los momentos difíciles de su encarcelamiento.

Además de los servicios que presta a su mecenas, Baltasar Gracián ejercía el ministerio sacerdotal como predicador, obteniendo un gran renombre y prestigio por sus oportunos y elaborados sermones, que calaban muy hondo en los corazones de los fieles¹⁰³. Asimismo estableció contactos con sus hermanos de la Compañía de Jesús de los Estudios Reales de Madrid, entre los que se encontraba el ya famoso Juan Bautista de Ávila, que era el calificador del Supremo Consejo de la Santa General Inquisición, quien le fue de gran utilidad, ya que el 31 de octubre de ese año 1641 le extendió la aprobación de su obra *Arte de Ingenio*, anotando que no contenía cosa contraria a la santa fe católica romana y buenas costumbres, y que el autor deseaba publicar en la Corte, dándole a continuación licencia para poder imprimirla. Pero como había dedicado la obra al príncipe Baltasar Carlos, necesitó de una censura aprobatoria especial, que se le encomendó a Gil González Dávila, erudito e historiador, quien la otorgó el 10 de diciembre de 1641; y dado que con fecha 11 de febrero de 1642 se extendió la fe de erratas por el Dr. Francisco Murcia, es de suponer que saliera de la imprenta a finales de ese mismo mes o primeros de marzo, por lo que muy probablemente Gracián permanecería en Madrid hasta esas fechas.

¹⁰² M. Batllori y C. Peralta, o. cit., p. 81.

¹⁰³ Ibídem. p. 82, carta del padre Manuel Ortigas al cronista de Aragón Andrés de Uztarroz.

Igualmente fue muy bien acogido por todas las personas que formaban los círculos y ambientes selectos del saber y de las letras, siendo generalmente admirado y apreciado. Pese a todo ello, el ambiente de la Corte le repelía, pues contrastaba frontalmente con su espíritu sencillo, honrado, trabajador, austero, buscador de la verdad y de la justicia, además de ser constante e insaciable admirador de todo tipo de saber, especialmente en los campos del arte, la poesía y la literatura, por las que sentía una creciente inclinación. En síntesis, Baltasar Gracián compartió la política tolerante del Virrey de Aragón y Navarra, Duque de Nochera, no lo abandonó cuando cayó en desgracia y le mantuvo su lealtad y asistencia hasta su muerte. Posteriormente alabará su figura en varios pasajes de sus obras¹⁰⁴.

A principios del año 1642, muy posiblemente en el curso del mes de enero, Baltasar Gracián volvió a Zaragoza, ciudad en la que fue testigo de la espectacular llegada de Felipe IV para animar a las tropas allí desplegadas con motivo de la intentona secesionista de Cataluña. En carta de fecha 24 de junio de ese mismo año, que envió desde Zaragoza a sus compañeros jesuitas de Madrid, les comentaba la caída de Monzón en poder del Mariscal de la Mothe y también les manifiesta sus opiniones sobre la guerra de Cataluña¹⁰⁵. En otra carta, con fecha 29 de julio, les relataba la entrada en Zaragoza de Felipe IV y su cortejo, acompañado del Conde Duque de Olivares¹⁰⁶. Lo hace con gran detalle y buena dosis de crítica, ya que dice que el desfile lo hacen con gran fasto y boato, y

¹⁰⁴ *Agudeza y Arte de ingenio*, discurso LV, *Obras Completas*, ed. Cit. t. II, p. 707; *El Discreto*, cap. XV, ed.cit., t. II, p. 149; y *El Criticón*, parte II, crisis III, t. I, p. 259.

¹⁰⁵ Baltasar Gracián, *Obras Completas*, ed. Aguilar, cit., epistolario, p. 1126 y ss.

¹⁰⁶ *Ibídem*. p. 1129 y ss.

observa que esto es impropio e innecesario en un momento en que la unidad de España peligra, pues existe un ambiente de descontento general ante la inoperancia de los dirigentes políticos del momento, aprovechada por Francia, que, deseosa de su hegemonía, pretende debilitar la unidad de España apoyando los movimientos separatistas de algunas regiones, especialmente la catalana por su espíritu individualista, larvados por el descuido de sus débiles Gobiernos en los problemas reales de sus moradores.

Al final del verano de 1642, todavía en el mes de agosto, Baltasar Gracián fue nombrado Vicerrector del Colegio de Probación que la Compañía de Jesús tenía en Tarragona, que ya conocía y que le resultaba familiar, pues había residido en él siendo novicio desde 1619 a 1621. En realidad su verdadera función era la de Rector interino, ya que no había Rector en aquel momento, lo que además implicaba ser el Superior de la Casa, cargo de responsabilidad y confianza en unos momentos difíciles en que la guerra estaba presente, enfrentándose los defensores de la unidad y la Monarquía, pese a los defectos de ésta, contra los independentistas, mucho más partidarios de los franceses. El Colegio estaba muy próximo al campo de batalla. Todas estas circunstancias, unidas a sus relevantes dotes personales y a su prudente y equilibrada posición como partidario de la Monarquía y defensor de la política prudente del Duque de Nochera, debió pesar en el ánimo del padre Provincial Domingo Langa, quien conocía bien a Gracián desde la

época en que lo tuvo de alumno de Teología en Zaragoza, y estimó que era él la persona idónea para ese cargo¹⁰⁷.

Tarragona, por entonces, todavía no estaba sitiada, pero estaba muy cerca de la línea de fuego, y no faltaban nunca los toques a rebato, alarmas y escaramuzas, según le decía a su amigo Lastanosa en carta que le envía en fecha 6 de marzo de 1643¹⁰⁸. En el segundo cerco que sufrió Tarragona, que tuvo lugar entre el 22 de agosto y el 14 de septiembre de 1644, fue atacada por el ejército francés, aunque la embestida fue repelida con energía y valor por sus ciudadanos. Gracián cumplió sobradamente la delicada misión, muy especialmente cuando la ciudad fue cercada por las tropas francesas al mando del mariscal de La Mothe.

Fue también Gracián un decidido y valeroso protector y defensor de la población así como de los soldados, los cuales sufrieron muchas penalidades; tanto él como sus compañeros de la Compañía se volcaron en la ayuda y atención hospitalarias, así como en la asistencia espiritual en domicilios y en las trincheras, pues iban a predicar y confesar al lugar donde se encontraban. Así lo refieren en la carta Anua de la Casa de Probación de Tarragona del año 1642, que dice: “Los frutos han sido muchos y la mies abundantísima, con la ocasión de estar aquí los ejércitos de su Majestad católica. Muchos dejaron sus amigas. Otros se confesaron que hacía 4 y 8 años que no se confesaban. Restituyéronse muchas cosas de iglesias saqueadas”; “el mismo General, marqués de Torrecusa, todas las veces que había de salir a campaña, se venía a confesar y a comulgar a casa, dando ejemplo a los soldados, que

¹⁰⁷ M. Batllori y C. Peralta, o. cit., p. 87.

¹⁰⁸ B. Gracián, *Obras. Completas*, ed. Aguilar, cit., epistolario, p. 1131.

muchos le seguían, especialmente los cabos y señores”¹⁰⁹. Con motivo de estas contiendas bélicas, Gracián conoció a personas que consideraba dignas de relieve, y así las recordará después en sus obras, ensalzándolas, como cuando escribe: “Hizo tan plausible al excelentísimo Conde de Aguilar y Marqués de Hinojosa, segundo mecenas nuestro”¹¹⁰; y también “el belicoso y afortunado Marqués de Torrecusa en un romper las trincheras de Fuenterrabía, en un socorrer a Perpiñán y desbaratar campalmente tantas veces los bravos y numerosos ejércitos de Francia”¹¹¹.

Además de su intensa labor humanitaria y espiritual, Gracián no descuidó su interés por el trabajo de búsqueda, entre los despojos bélicos, de monedas y objetos antiguos, que recogió y envió a Lastanosa y a otros eruditos con los que le unía una estrecha amistad¹¹².

A consecuencia de las penurias y de los intensos trabajos de la guerra y del ambiente malsano que se respiraba en las líneas de fuego y en los hospitales, Baltasar Gracián cayó gravemente enfermo. Debido a ello, en 1644, acabada la lucha y levantado el asedio, la Compañía le trasladó a su casa de Valencia, donde permaneció una temporada en el hospital para reponerse de su enfermedad. Esto se conoce por una carta suya fechada en Valencia el 21 de diciembre de 1644 y dirigida a su gran amigo Francisco Andrés de Uztarroz¹¹³, en la que le manifiesta que disfruta del sosiego y de la dicha de poder gozar en la biblioteca del

¹⁰⁹ M. Batllori, *La vida alternante de Baltasar Gracián*, o. cit., documento 24, p. 69 y 70.

¹¹⁰ B. Gracián, *El Discreto*, realce XVI, ed. Biblioteca de Castro, Tomo II, p. 151.

¹¹¹ Cfr. *El Discreto*, realce XX, p. 166.

¹¹² Baltasar Gracián, *Obras Completas*, ed. Aguilar, cit. Epistolario, p.1131.

¹¹³ *Ibídem.*, Epistolario, p. 1134.

hospital de sus aficiones favoritas: los libros y la arqueología. Es de suponer que en estas largas horas de permanencia en la biblioteca debió de aplicarse intensamente en la preparación de su siguiente obra, *El Discreto*, que aparecerá posteriormente en Huesca en 1646.

En este periodo de tiempo Gracián ejerció sus funciones eclesiásticas, simultáneamente con su dedicación cultural, especialmente las de predicador, en la que había adquirido renombre por sus genialidades y agudezas. En uno de sus sermones se le ocurrió decir al público, con el fin de atraer su atención, que en la siguiente plática abriría una carta recibida del infierno, ligereza o indiscreción que, en sí no tenía mayor trascendencia, pero que, sin embargo, originó un gran revuelo dentro de la casa, debido a las relaciones poco cordiales y a las tensiones que existían entre los jesuitas valencianos y los de otras regiones por los motivos anteriormente indicados, cansados de los exacerbados nacionalismos. Esta ocurrencia propició la ocasión para que fuera amonestado por los censores de la Compañía y obligado a retractarse en público, lo que cumplió por obediencia, si bien debió dolerle bastante la torcida interpretación hecha de su metáfora como recurso oratorio; no olvidará esta humillación la cual pensó que había sido causada por una discreta y sofisticada animosidad de sus rivales oradores valencianos, que sentían no poder alcanzar el reconocimiento y prestigio logrado por él con su artificioso e ingenioso estilo.

De estas conductas mezquinas tomó buena nota en su interior y posteriormente las denunciará en su obra *El Criticón*, en la que con mordacidad satiriza el carácter valenciano, que considera terco y porfiado, y al que describe sarcásticamente diciendo: “Agradábala mucho

la alegre, florida y noble Valencia, llena de todo lo que no es sustancia”¹¹⁴; y en otro pasaje dice: “Si uno no quiere, dos no barajan; éste no tiene lugar en Valencia, porque allí, aunque uno no quiera empeñarse, le obligan y ha de porfiar aunque reviente de cuerdo”¹¹⁵.

A su vez, esta solapada denuncia de Valencia y de sus gentes sería contestada unos años después por la obra titulada “*Critica de Reflección y Censura de Cesuras*”, que fue publicada en 1658, en Valencia, por Bernardo Nogués, y firmada por el Dr. Sancho Terzón y Muela, profesor de matemáticas en la villa de Altura, obispado de Segorbe; si bien la opinión más generalizada apunta a que fue escrita por el padre Pablo de Rajas, en base a la forma y el estilo de su composición, aunque éste lo negó. Por entonces, Rajas era el Rector en el Colegio que los jesuitas tenían en Segorbe.

No obstante el contratiempo surgido con motivo del sermón anteriormente citado, Gracián continuó en la casa gozando de confianza y consideración, y fue designado por sus compañeros para asistir a la Congregación Provincial, que se convocó en el mes de junio de 1646 para designar a los electores que debían acompañar al Provincial a Roma para asistir a la Congregación General que debía elegir al sucesor del P. Vitelleschi, General de la Compañía, que había fallecido el 9 de febrero de 1645, según acta de fecha 25 de junio de 1645¹¹⁶.

¹¹⁴ *El Criticón*, parte I, crisis X, ed. cit., t. I, p. 140-141.

¹¹⁵ *Ibídem*, parte III, crisis VI, t. I, p. 555 y 556.

¹¹⁶ M. Batllori, *La vida alternante de Baltasar Gracián*, cit., documento nº 27, p. 75, y M. Batllori y C. Peralta, *Baltasar Gracián en su vida y en sus obras*, cit., p. 94.

Muy posiblemente, después de la Congregación y en el transcurso del verano de ese mismo año, Gracián fue nuevamente trasladado a Huesca, ya que su siguiente obra, *El Discreto* fue publicada en esta ciudad en el verano posterior de 1646, y necesariamente hubo de emplear un tiempo previo para su preparación, corrección, etc., e incluso para obtener la aprobación necesaria, que la firma el canónigo Salinas con fecha 30 de enero de 1646. Esta obra se la dedica al príncipe don Baltasar Carlos, hijo de Felipe IV, y en quien éste tenía puestas sus esperanzas; pero el destino truncó sus ilusiones, pues el príncipe murió el 9 de octubre de ese mismo año de 1646. Avala la hipótesis del traslado a Huesca en el verano de 1645, el hecho de que Gracián no alude, en carta alguna suya de esa época, haber visto en persona al príncipe Baltasar Carlos, lo que hubiera tenido ocasión de hacer si hubiese permanecido en Valencia, cuando entre noviembre y diciembre de 1645 Baltasar Carlos acudió a Valencia, donde fue jurado como príncipe heredero del Reino, de igual modo a como había hecho poco antes en el de Aragón¹¹⁷.

Poco después de salir a la luz pública *El Discreto*, en el mes de septiembre de 1646, Gracián fue nombrado capellán castrense del ejército del marqués de Leganés y enviado a Lérida, donde se encontraba este cuerpo de ejército con la misión de tomar la ciudad. Allí se volcó en atender y asistir a todos, humanitaria y espiritualmente, animando, consolando y exaltando el espíritu patrio entre los soldados. La ciudad fue tomada, pese a la inferioridad de los medios y efectivos militares con que contaban. El comportamiento de Gracián fue ejemplar y heroico, granjeándose entre el pueblo y el ejército el sobrenombre de *Padre de la*

¹¹⁷ Ibídem, cit., p. 94.

Victoria, pues así le llamaban todos, según el mismo escribe en carta que le envía con fecha 24 de noviembre de 1646 a un jesuita de Madrid. Se trata de un escrito extenso donde detalla minuciosamente aquella batalla; así, entre otras muchas cosas interesantes, escribe: “Cuando yo supe que íbamos a embestir, habiendo hecho alto todos los escuadrones enfrente de banderas, me fui de uno en uno y les hice una breve exhortación, arrodillándose todos, y llorando los maestros de campo, títulos y señores cuantos había. Luego los absolvía y les aplicaba el jubileo de las misiones que había publicado. Fue esto de tanta importancia, que se levantaban gritando todos: “Peleemos. ¡Viva el rey nuestro señor y la santa fe católica!”. Y arrojaban los sombreros. Venían a porfía por mí los maestros de campo a que les fuese a animar la gente, y absolverles; y hubo cabo [que dijo] que importó esto tanto como si les hubieran añadido 4.000 hombres más. Para esto me dejó el Señor solo, de todos los religiosos que envió su Majestad por el señor Patriarca, que todos enfermaron y otros hizo prisioneros el enemigo”¹¹⁸.

En esta campaña militar Gracián conoció y trató personalmente a hombres heroicos y valerosos, que luego recordará y ensalzará en *El Criticón*; a Pablo de Parada, a quien dedica la primera parte de la obra, y a otros soldados de fortuna, immortalizados en la Isla de la Inmortalidad, donde escribe: “Mordíanse, en llegando a esta ocasión, las manos algunos grandes señores al verse excluidos del reino de la Fama, y que eran admitidos algunos soldados de fortuna, un Julián Romero, un Villamayor y un capitán Calderón, honrado de los mismos

¹¹⁸ Cfr. *Obras Completas*, ed. Aguilar, cit., epistolario, p. 1135 y 1136.

enemigos”¹¹⁹. De Pablo de Parada dice a sus compañeros jesuitas de Madrid, en la carta anteriormente citada de fecha 24 de noviembre de 1646: “Embistió Pablo de Parada por el lado de Villanoveta con su tercio de la Guarda, que llaman el de *los guapos*; (es decir, de los valientes y temerarios) y él es el hombre más valiente y dichoso que tiene el rey. Es portugués -hermano del corregidor de Lisboa-, a quien los portugueses, en sus relaciones, llaman *el traidor de Parada*, y los nuestros deben llamar *el más leal y valeroso*, y a quien, después de Dios, se debe esta victoria. Todos lo confiesan así, y el marqués de Leganés le dijo cuando le abrazó: *al señor Pablo de Parada lo debemos todo*”¹²⁰.

La extraordinaria y brillante actuación de Gracián en la toma de Lérida agradó mucho a sus superiores, pues les unía una gran amistad con D. Diego Felipe de Guzmán, marqués de Leganés. Esta circunstancia debió ser tenida muy en cuenta y favoreció el permitir a Gracián volver a Huesca rápidamente, pues el 22 de diciembre de 1646, ya se encontraba allí¹²¹.

El 11 de Marzo de 1647 recibió la aprobación religiosa de su nueva obra titulada *Oráculo manual*, que la censura fray Gabriel Hernández, catedrático de Teología de la Universidad de Huesca, de la Orden de San Agustín; también, y con fecha 24 de marzo de 1647, recibió la aprobación de imprimirse, que firma el Dr. Juan Francisco Andrés, cronista del Reino de Aragón. El libro se editó por don

¹¹⁹ *El Criticón*, parte III, crisis XII, ed. cit., t.I, p. 666.

¹²⁰ Cfr. *Obras Completas*, ed. Aguilar, cit., epistolario, p. 1136 y 1137.

¹²¹ B. Gracián y C. Peralta, o. cit., p. 96.

Vincencio Juan de Lastanosa en la imprenta de Juan Nogués, en Huesca, en el curso de ese mismo año¹²².

En ese mismo año, con fecha 12 de septiembre de 1647, Gracián obtuvo la censura favorable a su siguiente obra, titulada *Agudeza y arte de ingenio*, que firma el mismo fray Gabriel Hernández, de la Orden de San Agustín, ahora catedrático de Sagrada Escritura de la Universidad de Huesca, por comisión del doctor Jerónimo de Arasqués, canónigo de la santa iglesia de Huesca, oficial eclesiástico y Vicario General de su obispado. Posteriormente, con fecha 7 de enero de 1648, fue firmada la censura para su impresión por el Dr. Juan Francisco Andrés, cronista del Reino de Aragón. El libro lo editó igualmente don Vincencio Juan de Lastanosa, en Huesca, saliendo poco después, el 30 de marzo de ese mismo año cien ejemplares para Madrid, junto con otros trescientos de *El Oráculo*, según consta por la carta de fecha 30 de marzo de 1648 que Gracián envía a Ustarroz¹²³. Este nuevo libro de *Agudeza y arte de ingenio*, es una reelaboración y ampliación de su anterior obra *Arte de ingenio*, publicada en Madrid en el año 1642, acompañada de sazonadas traducciones de epigramas de Marcial, que en buena medida le había facilitado su amigo el canónigo de la catedral de Huesca Dr. Manuel de Salina y Linaza, primo de D. Vincencio Juan de Lastanosa.

Gracián continuó en el Colegio de Huesca realizando las labores pastorales de predicador y confesor, y organizando y efectuando

¹²² De esta primera edición no se tenía ejemplar alguno, considerándose desaparecida; pero Romera-Navarro en 1939 tuvo noticia de que, al menos un ejemplar, había existido en Méjico; después de diversos avatares pudo localizarlo en poder de don Jorge Furt, notable gracianista, quien tuvo la gentileza de permitirle sacar a la luz en 1954 una edición crítica del *Oráculo*, que es la actualmente conocida.

¹²³ Cfr. *Obras Completas*, ed. Aguilar, cit., epistolario, p. 1145.

misiones por los pueblos aragoneses, al tiempo que cultivaba su mente y su espíritu con lecturas y con amenas tertulias con amigos eruditos en casa de D. Vincencio Juan de Lastanosa, ejercitándose, ¡cómo no!, en su afición a las letras; y preparando sus obras siguientes, especialmente la primera parte de *El Crítico*. En agosto de 1649 fue nuevamente a Valencia para participar en la Congregación Provincial, que tuvo lugar en aquella Casa Profesa el 22 de agosto de 1649¹²⁴.

El 7 de marzo de 1651 obtuvo licencia del P. Provincial Francisco Franco para publicar, con el título de *Predicación Fructuosa*, la colección de sermones misionales del P. Jerónimo Continente (sobrino o pariente del P. Pedro Continente, su protector y Provincial en dos etapas), ambos aragoneses y naturales de Azuara. Jerónimo Continente era muy conocido, pues se había distinguido como misionero rural. La obra fue preparada y prologada por Baltasar Gracián y dedicada al obispo de Huesca, don Esteban de Esmir.

En la Compañía de Jesús se llamaba por entonces predicación *fructuosa* a la predicación apostólica, sencilla, llana, dirigida al pueblo para remover sus conciencias hacia la práctica de la virtud y la piedad, en contraposición a la predicación de *estilo crítico y culto*, hecha más para recreación y lucimiento del predicador, pero que llegaba menos a los corazones sencillos. Esta práctica de lucimiento culto no era aconsejada por los Superiores, e incluso, en muchas ocasiones, quienes la ejercían eran amonestados¹²⁵.

¹²⁴ M. Batllori, *La vida alternante de Baltasar Gracián*, cit., documento 28, p. 76.

¹²⁵ M. Batllori y C. Peralta, o. cit., p. 158.

El 18 de abril de 1651 obtuvo la licencia para imprimir en Zaragoza *El Criticón*, firmada por don Antonio Liperi, clérigo regular, doctor en Teología y en ambos Derechos, por comisión del excelentísimo señor conde de Lemos y de Castro, Virrey y Capitán General de este Reino, pues no encontró nada que se opusiera a las regalías de Su Majestad. Poco tiempo después se imprimió en la casa de Juan Nogués, y a su costa la primera parte de *El Criticón*, que salió con el título: *En la primavera de la niñez y en el estío de la Juventud*, dedicada a don Pablo de Parada, General de Artillería y Gobernador de Tortosa, principal artífice del rechazo del mariscal de La Mothe en el asedio a Tarragona, y de su derrota al tomar Lérida.

En la obra aparece como autor García de Marlones, nueva treta de Gracián para ocultar su autoría y evitar así la preceptiva autorización de sus Superiores; pero esta vez no le valió, y pronto se le atribuyó, pues había una notable similitud con sus apellidos reales Gracián Morales. Pero además el P. Antonio Liperi, en su escrito de censura, decía con toda claridad que fue “compuesto por el P. Lorenzo Gracián”¹²⁶. Ello encendió los ánimos de alguno de sus compañeros y se quejaron al P. Provincial Francisco Franco.

En el mes de septiembre de 1651 Baltasar Gracián fue nombrado profesor de Escritura en la cátedra del Colegio de Zaragoza, cargo de prestigio e indicado para personas doctas y autorizadas, muy apetecido por muchos que se creían con más y mejores méritos que Gracián, a quien acusaban de poco idóneo para ese menester por haber burlado reiteradamente las normas de la Compañía y publicado varios

¹²⁶ *El Criticón*, parte I, censura, ed. cit., t. I, p. 3.

libros sin licencia, y muy en especial uno reciente, el titulado *El Criticón*; proceder que, según ellos, no constituía un buen ejemplo para los jóvenes hermanos estudiantes. A pesar de esas quejas, el P. Provincial Diego de Alastuey, también aragonés, mantuvo a Gracián en su cátedra, pues tenía plena confianza en él y le consideraba muy preparado, con unas dotes intelectuales excepcionales y superiores, responsable y de profunda religiosidad¹²⁷.

El 24 de febrero de 1653 don Diego Jerónimo de Sala, Vicario General, expidió en Zaragoza la licencia para imprimir la segunda parte de *El Criticón*, que se titula *En el otoño de la varonil edad*, dedicada al Serenísimo Señor don Juan de Austria. La censura regia fue encomendada a Uztarroz por don Luis Ejea y Talayero, regente de la Real Chancillería de Aragón, quien la firmó el 9 de marzo de 1653. Pocas fechas después, el 20 de marzo de 1653, el licenciado Josef Longo firmó la censura aprobación de esta obra, referida a su contenido literario. La obra se imprimió también en los talleres de Juan Nogués, en Huesca, firmada por Lorenzo Gracián.

El 2 de febrero de 1655, el padre Alastuey, Provincial de Aragón, extendió en Calatayud la licencia para publicar una nueva obra titulada *El Comulgatorio*, ocupándose también de gestionar las censuras aprobatorias de Roma. Esta es la única obra de Gracián de contenido religioso e igualmente la única que él reconoce como suya, según un comentario que hizo y en el que textualmente dijo: “Entre varios libros que se me han prohijado, este solo reconozco por mío, digo legítimo”¹²⁸.

¹²⁷ M. Batllori y C. Peralta, o. cit., p. 158 y ss.

¹²⁸ *Ibidem*, p. 160.

Con fecha 5 de mayo de 1657 se otorgó la licencia de impresión, firmada por el doctor don Pedro Fernández de Parga y Gayoso, Canónigo Lectoral de la Santa Iglesia Metropolitana y Vicario General de Madrid, para publicar en Madrid la III parte de *El Crítico*, titulada *En el invierno de la vejez*. Con fecha 5 de mayo de 1657 firmó fray Esteban Sánchez, de la Orden de Predicadores, la censura, que defiende extensamente la ortodoxia de las doce Crisis de que se compone esta tercera parte, escrita “para la reprensión de los vicios y séquito de la virtud”¹²⁹. El 10 de junio de 1657 la censuró favorablemente el P. Alonso Muñoz de Otalora, quien anota: “Y así, el interés de imprimirse es grande”¹³⁰. Se la dedicó a don Lorenzo Francés de Urgoyti, dignísimo y anciano deán de la Santa Iglesia de Sigüenza¹³¹. Se imprimió en los talleres de Pablo del Val, en Madrid, a costa del mercader Francisco Lamberto, que tenía despacho en la Carrera de San Jerónimo y salió a la luz a finales de junio de 1657.

La publicación de esta tercera parte debió agotar la paciencia de los Superiores de Baltasar Gracián al tiempo que avivó los ánimos de sus adversarios, de tal modo que, hacia mediados de enero de 1658, fue acusado de temerario e imprudente, siendo severamente castigado por el P. Provincial Jacinto Piquer, quien, a su vez, dio cuenta al Prepósito General, P. Goswin Nickel, en Roma, y le destituyó de su cátedra de Escritura así como de todos sus cargos, fue sometido a ayuno de pan y agua y desterrado al Colegio de Graus, pequeño y apartado¹³². Este

¹²⁹ *El Crítico*, parte III, censura, ed. cit., t. I, p. 439.

¹³⁰ *Ibíd.*, p. 442.

¹³¹ *Ibíd.*, p. 437 y ss.

¹³² M. Batllori, *La vida alternante de Baltasar Gracián*, cit., p. 48, y doc. 36, p. 79.

correctivo, tremendamente humillante, le hirió fuertemente, ya que se consideró injustamente tratado por sus compañeros, en especial por algunos que, ya en otras ocasiones, le habían mostrado una cierta animosidad. Todo esto le originó un fuerte abatimiento, que le sumió en un estado de tristeza y melancolía, hasta el punto de que, dirigiéndose por carta al P. Nickel, General de la Compañía, pidió que se le autorizase a abandonar la Compañía para ingresar en otra Orden¹³³.

Los ánimos se aplacaron, y cuando el P. Francisco Franco volvió a hacerse cargo del Rectorado de Zaragoza convenció al P. Piquer de lo excesiva y precipitada que había sido la reprensión. Debido a ello fue rehabilitado y enviado al Colegio de Tarazona, a mediados de abril de 1658, encomendándole cargos de la mayor confianza, tales como admonitor del Rector, consultor del Colegio y confesor y Padre espiritual de la comunidad¹³⁴. En este Colegio encontró un ambiente acogedor y familiar, lo que le ayudó, con el apoyo de su gran fe y profunda oración, a superar su bajo estado de ánimo, volviendo rápidamente a su actividad apostólica con el mismo celo e ilusión que antes. Aquí coincidió con el P. Tomás Muniesa, profesor de Filosofía, quien tiempo atrás había sido alumno de Gracián en la cátedra de Escritura del Colegio de Zaragoza. Desde un principio ambos congeniaron muy bien.

Todas estas vicisitudes y contrariedades minaron fuertemente la salud de Baltasar Gracián, hasta el punto de que no pudo asistir a la Congregación Provincial que se celebró en Calatayud en el mes de julio de ese año 1658, a pesar de que fue expresamente invitado. Los

¹³³ Ibídem, p. 49, y doc. 39, p.81-82.

¹³⁴ Ibídem, doc. 37, p. 80.

congregados excusaron su asistencia, dado su fragil estado de salud¹³⁵. Ésta continuó debilitándose y el día 6 de diciembre de 1658 Baltasar Gracián entregó su alma al Señor¹³⁶. Murió para el mundo y nació para la vida eterna, como les ocurre a los hombres grandes y a los santos. Pasó a la tan buscada y deseada por Critilo y Andrenio, *Isla de la Inmortalidad*. Posiblemente su cadáver fue enterrado en la fosa reservada a la Comunidad en la iglesia de la Compañía en Tarazona. No se conserva ninguna necrología ni tampoco el acta de su defunción.

No obstante, algún tiempo después de su muerte y a fin de perpetuar su memoria y ensalzar la figura de Baltasar Gracián Morales, los compañeros jesuitas del Colegio de Calatayud, en el que había ejercido su labor docente, acordaron encargar a un pintor un cuadro en el que se recogiera con la mayor aproximación y fidelidad posible la imagen de su persona, a cuyo pie plasmaron una inscripción en latín, muy ampulosa, al estilo barroco de aquel siglo XVII, en la que le dedican leyenda laudatoria de sus virtudes y de su gran talento, cuya traducción al castellano, realizada por don Juan Moneva y Puyol, transcribo literalmente:

“El P. Baltasar Gracián, porque ya desde su principio descollase, nació en Bel-Monte, cerca de Calatayud, limítrofe a Marcial en patria, próximo en ingenio, para mejorar aún, con pensamientos cristianos, a Bilbilis, ya cuasi exhausta de los gentilicios. Así, acrecida su agudeza por su ingenio nativo, escribió Arte de Ingenio, y con Arte hizo inteligible lo que precisa para entender las Artes. Escribió también Arte

¹³⁵ Ibídem, p. 50, y doc. 38, p. 81.

¹³⁶ Ibídem, doc. 42, p.83.

de Prudencia y en ella fue autodidacto. Escribió el Oráculo y lo fueron sus palabras. Y al escribir “El Héroe”, cumplió una obra heroica. Estos y otros escritos de él tuvieron por Mecenas Príncipes, la admiración fue su Juez, el Mundo su lector, la Eternidad su imprenta. Felipe III citaba con frecuencia, en la mesa, sus dichos, porque no faltaran sales a la regia comida. Mas quien con su pluma excitaba el aplauso, con su sermón en las misiones excitaba el llanto y avivaba el deseo de la muerte, por la cual fue arrebatado, día VI de diciembre de MDCLVIII. Pero aunque temporariamente difunto, lucirá por siempre”¹³⁷.

También es oportuno resaltar que en la inscripción anterior se citan los libros que escribió, pero curiosamente no se hace mención a *El Criticón*, su obra más conocida y la que más disgustos le causó.

Actualmente, el Ayuntamiento del lugar donde nació Baltasar Gracián Morales, llamado Belmonte de Gracián (antes Belmonte de Calatayud) recuerda el nacimiento de tan ilustre hijo, gloria del Municipio, de Aragón y de España, con una lápida colocada en la fachada principal. El texto de esta inscripción, cuyo autor es D.Juan Moneva y Puyol, es éste:

Baltasar Gracián y Morales

POR SU LINAJE INFANZÓN
POR SU VOCACIÓN JESUITA
POR SU ESTUDIO SABIO
POR MERCED DE DIOS
SOBERANO INGENIO

¹³⁷ José María López Landa, *El Ingenio de Gracián*.- Zaragoza, La Académica, MCMXXXIII, p. 18.

IV

Me permito apuntar que hasta ahora he presentado a Gracián más como literato que como pensador. Pero las investigaciones de los últimos años, en especial las de Jorge Manuel Ayala y Emilio Hidalgo Serna, han cambiado el criterio; a este respecto dice Ayala: “Gracián hace pensar, y este hecho lo universaliza como filósofo pensador”¹³⁸. Gracias a ellos el Gracián pensador, entendemos, no está agotado. La Historia del pensamiento español no está concluida, y si se contempla en profundidad se comprenderá mejor a quien sin duda es el gran pensador del siglo XVII, el más importante de España en ese siglo, el de mayor bagaje cultural y mejor vena filosófica. Por ello conviene hacer ahora una sucinta evaluación de su pensamiento, visto desde cuatro ángulos diferentes, pero decisivos, como son el de jesuita, como aragonés, como escritor y como pensador.

1.- El Gracián jesuita

Hablar de Gracián con frecuencia suena a complicado. De una forma generalizada se le considera hermético. Como dice Jorge M. Ayala “no es fácil dar con la clave interpretativa de Gracián: primero, porque él escribió para lectores cultos y presumía en ellos el conocimiento de sus fuentes. Pretendía deleitar al lector o auditor, llevándole a través del saber antiguo y de su tiempo, pero obligándole a

¹³⁸ Jorge M. Ayala, *Gracián, vida, estilo y reflexión*.- Madrid, Cincel, 1988, p. 35.

descubrir por sí mismo la gran cantidad de textos y de referencias a los que intencionadamente ocultaba su procedencia”¹³⁹.

Gracián es jesuita, pero además temperamentalmente es jesuita ignaciano. Por lo primero chocó con la ignorancia y la incompreensión de algunos compañeros suyos de residencia. La Crisis VII de la Segunda Parte de *El Criticón*, la carta a Lastanosa quejándose de que “no entienden el asunto ni el intento” de su *Criticón*, o la denominación de “padrastrós” dado a algunos de sus compañeros jesuitas, comprueban este choque. Su tan comentada rebeldía no tiene posiblemente otro origen que esta incompreensión.

La acusación de falta de intención religiosa en sus escritos y, por otra parte, la acusación de moral laicizante, son visiones parcialistas que no se pueden justificar en el conjunto de su obra. Gracián es un jesuita que asimiló de Ignacio de Loyola la gran voluntad psicológica y el humanismo por formación, pero sobre todo el método de los Ejercicios, ese arte o estrategia espiritual que permite seguir siendo cristiano en un mundo en el que hay que valerse de todas las habilidades humanas para no sucumbir ante él. A diferencia de otros jesuitas no veía la Compañía empeñada en cruzadas de fe al amparo de la espada, ni tampoco entregada a la contemplación, sino más bien pretender persuadir, dirigir, motivar e influir en la conducta de los hombres influyentes y a través de ellos en la sociedad.

Toda la obra de Gracián está dirigida a esa magna empresa: motivar la conducta de los hombres. Los héroes, los discretos y los

¹³⁹ Jorge Manuel Ayala, “Reflejo y Reflexión: Baltasar Gracián, un pensador universal”, en *Cuadernos Salmantinos*, VI, (1979), p.317.

políticos no serán ya los tradicionales cortesanos ganadores de batallas al amparo de las armas, sino hombres perfectos en lo humano. Los héroes lo serán por la virtud, por la heroicidad que supone el vivir en el mundo hostil y desquiciado. Esta visión graciana del *Miles Christi* ignaciano choca con la interpretación de otros compañeros jesuitas más defensores de lo contemplativo. La visión ignaciana, sumamente pragmática, es perfectamente asimilada por Gracián. El héroe debe acertar con la estrategia adecuada para conseguir algún éxito en este mundo, pero sin claudicar en su fe. Para ello se necesita voluntad y sobre todo inteligencia. Si en lo espiritual Gracián es un producto de la formación jesuítica de los Ejercicios Espirituales, en lo cultural asimila la conceptualización aristotélica-tomista plasmada en la *Ratio Studiorum* de Claudio Aquaviva. Pero Gracián no se podía limitar a reflejar todo esto. Él es, sobre todo, un hombre creador. Como dice J. M. Ayala: “Él es ese -enano de cuerpo, pero gigante de espíritu-, que con su poderosa mente transforma reflexivamente el mundo barroco de las apariencias, desmesuras y picardías, en un mundo habitable en lo temporal y esperanzado en lo cristiano”¹⁴⁰.

Por otra parte el oficio de confesor, que Gracián ejerció durante su ministerio sacerdotal, le permitió penetrar en los secretos del alma humana. El confesionario fue para él una fuente inagotable del conocimiento profundo que tuvo de las virtudes y de las debilidades humanas. El Gracián confesor, entiendo, no está suficientemente considerado y mucho menos debidamente estudiado.

¹⁴⁰ Jorge Manuel Ayala, “Reflejo y Reflexión: Baltasar Gracián, un pensador universal”, o. cit., p. 312.

2. – Un aragonés español y universal

Baltasar Gracián es un escritor universal, pero lleva en su alma el sello de su tierra. No escribió para sus paisanos, pero supo captar la esencia del mundo aragonés en el que nació y vivió la mayor parte de su vida. Cabe advertir, sin embargo, que su obra no es localista, no es aragonesista; pero si tiene rasgos plenamente aragoneses, entre ellos, la terquedad. Su personalidad no puede entenderse más que en el contexto en que se enclava. Este es el mundo jesuita, barroco y humanista, pero lo es también el solar aragonés. En su obra hay tal abundancia de referencias a Aragón, a los aragoneses, a la geografía y hasta la lexicografía regional, que a veces induce a pensar que es un aragonesista fanático. Nada más lejos de esto, pero también nada más cerca de la verdad que la constante presencia de lo aragonés en la obra de este ilustre jesuita belmontino.

Las citas, por otra parte abundantísimas, de personajes locales en la *Agudeza y arte de ingenio* es un tributo consciente a Aragón. Hay citas de autores secundarios, que, no siendo por sus orígenes aragoneses, quizá Gracián no citaría nunca. La *Agudeza*, junto a las numerosas citas de ejemplos agudos y conceptuosos de escritores latinos, castellanos, portugueses, italianos, etc., contiene la colección de traducciones de Salinas y una mina de referencias a personajes destacables en el horizonte literario de Aragón. El aragonesismo que hay en la obra de Gracián hay que entenderlo unido a la relación que mantuvo toda su vida con su amigo y mecenas Vincencio Juan de Lastanosa. Se percibe en los dos, detrás de unas miradas universales, un innegable interés patrio aragonés.

Lastanosa manifiesta con su decidida y continua protección a artistas aragoneses, tales como pintores, grabadores, impresores y escritores, un voluntarioso aragonesismo. La misma ayuda constante que dispensa a Gracián es muestra del vínculo regionalista que les une. El gran mecenas tenía una buena relación con los jesuitas. Prueba de ello son sus conexiones con los Padres Albert, catalán, y Roja, valenciano. Pero a ninguno de ellos mostró un apoyo material ni mantuvo una comunión espiritual tan grande como con Gracián. Las llaves de su biblioteca estaban siempre a disposición del escritor belmontino. Él mismo le sacó de las manos varios manuscritos para darlos a la imprenta, y presentó a los lectores algunas ediciones. Gracián participaba además asiduamente en las reuniones literarias celebradas en su gabinete-biblioteca.

Como ya he relatado, Gracián publicó en 1640 en Zaragoza, en la prensa de Diego Dormes, *El Político Don Fernando el Católico*, dedicado al Excmo. Señor don Francisco María Caraza Castriota y Gonzaga, duque de Nochera, Virrey de Aragón. En esta obra presenta un modelo de gobernante, una alusión a lo que debería ser la Monarquía española en el siglo XVII. Ve en el rey aragonés el modelo de lo que debe ser un estadista. Así en esta obra resalta que “fundó Fernando la mayor monarquía hasta hoy en religión, gobierno, valor, estados y riquezas, luego fue el mayor rey hasta hoy”¹⁴¹. Además Baltasar Gracián proviene de una familia con arraigo aragonés y, aunque su vida dentro de la Orden le llevó a regiones limítrofes, como Tarragona y Lérida, Gandía y Valencia, regresaba continuamente a su nativo Aragón, que llevaba

¹⁴¹ *El Político don Fernando el Católico, Obras Completas*, ed. cit., t. II, p. 49.

muy dentro de sí. Las lecturas y la cultura de Aragón le hicieron ver y apreciar la grandeza del Reino aragonés. Cuando nos acercamos a su obra, es preciso pues tener presente su aragonesismo, pero a la vez constatar fue español y universal.

3.- El literato y escritor

Gracián tuvo que conjugar su condición de jesuita con su vocación de escritor. Estas dos realidades las vivió siempre como algo compatible con su persona y con su condición religiosa. Pero la institución jesuítica no lo entendió así, y esta incomprensión produjo en él gran tensión y desgarró, una angustia vital seria y dura, que le aceleró la muerte. Pero a pesar de ello nunca quiso renunciar a su vocación de escritor. Preservó en todas sus obras esta condición y esta vocación de escritor sin por ello renunciar a la de ser hombre cristiano y religioso profeso. Toda su obra literaria es pura creación cerebral, puesto que no se limita a un adoctrinamiento religioso-moral. “Su sincera religiosidad y su ortodoxia aparecen incuestionables”, como dice Romera Navarro¹⁴².

De la Orden jesuítica toma Gracián lo que le convenía a su espíritu y prescindirá de lo que le repugne. La castidad y la pobreza le ha parecido bien observarlas; mas la obediencia ya era otra cosa. Rouveyre constata: “No se advierte en las obras de Gracián la pluma o el espíritu de un religioso. Leyéndolas, sin conocer nada de su biografía, no veo qué es lo que impedirá atribuirlos a un laico;...hace de la vida religiosa abstracción completa. Este cura se preocupa, no del cielo, sino del

¹⁴² M. Romera Navarro, *Estudios sobre Gracián* (Austin, Texas, 1950), p. 8.

mundo”¹⁴³. Este juicio de Rouveyre, sin lugar a dudas, vale para todas las obras de Gracián, excepto para *El Comulgatorio*, obra eminentemente religiosa. Prueba de todo ello es que publicó todas sus obras con pseudónimos, menos ésa, que la publicó con su nombre de pila. Tenía muy claro que su obra no era para la Orden jesuítica, sino para el mundo. Tenía una visión universal de su condición de escritor.

Guillermo de la Torre afirma: “Nada hay en él de místico, ascético o cosa parecida (en sus escritos)...; le gustan, más que los Padres de la Iglesia, Séneca, Marco Aurelio, Marcial. Sus máximas nunca avistan la meta del cielo, sino el triunfo en la tierra”. Y le describe de esta manera: “La distancia que toma respecto del mundo laico o profano sólo viene a ser, en definitiva, una aproximación más estrecha, una suerte de ardid para entenderlo mejor. Vive, pues, enclaustrado, pero en sociedad, atento en grado sumo al comportamiento de los hombres. Cree, sin duda, en un universo trascendente, pero su dominio es la realidad inmediata. Diríamos, en suma, que su trasmundo es mas bien un intramundo”¹⁴⁴.

Conviene evocar también la bipolaridad persona-erudición. En base a ella, M. Batllori clasifica su obra según predomine uno de estos polos. Así dice que “el predominio de lo personal sobre lo erudito da el sello a *El Héroe*, a *El Discreto* y al *Oráculo*. La hipertensión de lo erudito es patente en *El Político* y en *La Agudeza*; el equilibrio, la fusión armónica y perfecta de entrambos elementos bastaría, si otros méritos no tuviera, a dar la primacía a su obra máxima, *El Criticón*, como calcado en

¹⁴³ A. A. Rouveyre, *El Español B. Gracián y F. Nietzsche*, traducción de Ángel Pumarega (Madrid, ed. Biblos, 1918), p. 129.

¹⁴⁴ G. de la Torre, *La difícil universalidad española* (Madrid, Gredos, 1965), p. 57.

moldes de escuela, *El Comulgatorio* (1655) queda al margen de esta división bipolar”¹⁴⁵.

La condición de escritor sin sometimiento a la censura produjo a Baltasar Gracián, no sólo el choque con la Orden, sino también con la España oficial del siglo XVII. Su obra fue ignorada durante todo el siglo XVII y XVIII, cuando por Europa circulaba ya en traducciones, que culminaron con la excelente traducción al alemán hecha con mimo y pasión por el gran filósofo Arthur Schopenhauer al comienzo del siglo XIX. La España de entonces podía tener judíos, moros, acaso algunos herejes, pero no escritores independientes, ni siquiera protestantes.

4.- Un gran pensador y moralista

Creo que se ha escrito mucho sobre el Gracián escritor y sobre el Gracián literato; pero, aunque lo literario sea inseparable en su obra de lo moral y filosófico, estimo que se ha descuidado esta importante faceta: la de su producción filosófica, en especial como gran figura de la Filosofía moral.

Como pensador, la imagen de Gracián es la de un pensador de su tiempo, más en concreto del Barroco. Como hombre de su tiempo, se aúnan en su obra el hermetismo con el carácter aforístico o literario como modo expresivo. Ciertamente que entonces no se distinguían tan nítidamente los géneros literarios como hoy, ni tampoco los saberes. Así, Filosofía y Matemáticas iban unidos a los nombre de Descartes y de Leibniz; del mismo modo que Literatura y Teología se unían en un autor tan significativo como Calderón. Pero Gracián es además un

¹⁴⁵ M. Batllori y C. Peralta, o. cit., p. 44.

antimetafísico y como tal rechaza la Filosofía escolástica, tal como ésta se profesaba en España. Prefiere el estilo estético-literario sobre el puramente filosófico. Sin embargo, él mismo, en la introducción “A quien leyere” de *El Criticón*, reconoce el valor filosófico de su obra: “He procurado juntar lo seco de la Filosofía con lo entretenido de la invención”¹⁴⁶. Y en *El Héroe* escribe: “Hay intenciones con metafísica ponzoña que saben sutilmente transformar las prendas, malear las perfecciones y dar siniestra interpretación al más justificado empeño”¹⁴⁷.

Gracián utiliza la imagen calderoniana del mundo como teatro y de la vida como representación, donde cada uno desempeña un papel, y la vida es un engaño, una ficción. Cada uno ha dejado de ser persona para identificarse con el personaje que finge ser. Su papel como filósofo es adentrarse en esta realidad cifrada y desenmascararla, descifrarla, y el deseo siguiente es objetivarla. Hace un retrato plástico de los españoles de su tiempo: “Son muy juiciosos, no tan ingeniosos. Son valientes, pero tardos. Son leones, mas con cuartana. Muy generosos y aún perdidos. Parcos en el comer y sobrios en el beber, pero superfluos en el vestir. Abrazan todos los extranjeros, pero no estiman los propios. No son muy crecidos de cuerpo, pero de grande ánimo. Son poco apasionados por su patria, y trasplantados son mejores. Son muy allegados a la razón, pero arrimados a su dictamen. No son muy devotos, pero tenaces en su religión”¹⁴⁸.

El gran jesuita aragonés heredó de San Ignacio, más que el dominio de la palabra, el conocimiento psicológico del hombre.

¹⁴⁶ *El Criticón*, o. cit., parte I, t. I, p. 7.

¹⁴⁷ *El Héroe*, o. cit., primor XIX, t. II, p. 38 y 39.

¹⁴⁸ *El Criticón*, parte II, crisis III, t.I, p. 262.

Atendiendo a sus propios escritos revela cómo los clásicos han influido en él: “En cada uno de los autores de buen genio he atendido a imitar lo que siempre me agradó: las alegorías de Homero, las ficciones de Esopo, lo doctrinal de Séneca, lo juicioso de Luciano, las descripciones de Apuleyo, las moralidades de Plutarco, los empeños de Heliodoro, las suspensiones de Ariosto, las crisis del Boquelino y las mordacidades de Barclayo”¹⁴⁹.

Pero, como ya apunté, Gracián no se contenta con imitar, por encima de todo es creador. Así escribe en *Agudeza*: “Fácil es adelantar lo comenzado; arduo el inventar”¹⁵⁰ Un pensamiento semejante lo encontramos en *El Héroe*: “Es, pues, destreza no común inventar nueva senda para la excelencia, descubrir moderno rumbo para la celebridad. Son multiplicados los caminos que llevan a la singularidad, no todos sendereados”¹⁵¹.

El momento que vivió Gracián era ciertamente propicio para el pensar filosófico. Durante el Barroco español la realidad social se viene abajo y entra en una profunda crisis, que afectó profundamente a la sociedad de su tiempo. Todo su pensamiento intenta reflejar esta crisis. Pero él en modo alguno sucumbe ante ella, no claudica, y su obra, a la vez que refleja el análisis de esa crisis, por otra parte ofrece objetivamente, la búsqueda de una solución salvadora. Quiere galvanizar el mundo que le tocó vivir. Sueña con un mundo más humano, donde el hombre pueda vivir en sociedad sin renunciar a sus principios, encontrar sentido humano a la vida, contando con los medios humanos, pero sin

¹⁴⁹ *Ibíd.*, p. 7.

¹⁵⁰ *Agudeza y Arte de ingenio*, discurso I, ed. cit., t. II, p. 313.

¹⁵¹ *El Héroe*, primor VII, t. II, p. 20 y 21.

cerrarse a lo trascendente. El tema de la persona jalona todas sus obras. Para él la felicidad última es el filosofar y la última palabra de la Filosofía no puede ser otra que la muerte¹⁵².

V

El momento cultural e histórico de su tiempo

La época de Gracián, es decir, su momento histórico, conviene situarlo en el marco de las corrientes intelectuales dominantes por aquel entonces, que eran básicamente científicas, religiosas e ideológicas, junto a un cierto modo de expresión peculiar de sus connotaciones. En el plano político, económico y social, la España del siglo XVII, presenta una decadencia y ofrece una sensación de cansancio y derrota, pues se han quedado atrás las glorias del descubrimiento y conquista de América y la dominación política de Europa, que fue el objetivo de la política imperial de Carlos V y Felipe II. España había sufrido las derrotas de la Armada Invencible frente a los ingleses, en 1588, la pérdida de Flandes, que se independizó en 1609, la de Portugal, que se separó en 1640, y la del sur de Italia, Sicilia, que se pierde en 1647. Al propio tiempo ocurre la llamada Guerra de los treinta años, que tiene lugar entre 1618 y 1648, que termina con la Paz de Westfalia, en la que España pierde toda su influencia en los asuntos europeos, así como todos sus territorios y pretensiones de liderazgo en el concierto político de la época.

¹⁵² *El Discreto*, capítulo XXV, ed. cit. t. II, p.183.

A partir de Felipe II, durante el reinado de sus sucesores Felipe III (1598-1621) y Felipe IV (1621-1665), España decae en el terreno político y económico de una forma acelerada y continua, si bien se da un tremendo auge en el orden cultural, especialmente en las letras, originándose un periodo de gloria conocido como el Siglo de Oro literario.

En el orden religioso se vivían fuertes tensiones ideológicas surgidas en el siglo anterior tras la irrupción de la Reforma protestante iniciada por Martín Lutero y secundada por Zuinglio en Suiza y Calvino en Ginebra. Estas tensiones ocasionaron fuertes enfrentamientos políticos y sociales, que ocultaban una encendida lucha por la hegemonía del poder, y también un feroz ataque a la autoridad o magisterio de la Iglesia de Roma. En apoyo y defensa de ésta y de la doctrina católica, Ignacio de Loyola fundó la Compañía de Jesús en 1534, que además asumió la defensa del papado al vincularse con un voto especial de obediencia al Papa. Asimismo, y también para defender la fe católica Paulo III, con la aquiescencia del emperador Carlos V, convocó el Concilio de Trento, que se celebró en tres etapas entre los años 1545 y 1563, en cuyas resoluciones se establecieron las bases de la llamada Contrarreforma, liderada por Italia y España y por nuestros monarcas de la Casa de Austria, que aspiraban al mantenimiento del viejo sistema medieval de una única autoridad universal.

En el orden científico se había provocado un gran cambio de mentalidad con el Renacimiento, que había vuelto a poner al hombre y a la razón como centro de todo el devenir histórico, en oposición a las ideas dominantes de la Escolástica tardía. En el siglo XVII se consolidó

la nueva mentalidad positiva con progresiva implantación de la ciencia moderna. Galileo (1564-1642), mediante sus observaciones, descubrió la rotación del sol sobre su eje, corroborando con ello la teoría de Copérnico (1473-1543) sobre el heliocentrismo, en contra del geocentrismo establecido por Tolomeo, cuyas teorías eran las únicas aceptadas por la mayoría de los eruditos de Europa, que sólo creían en Aristóteles y que se venían manteniendo desde la antigüedad con apoyo en una exégesis literal de algunos textos del Antiguo Testamento y a la interpretación escolástica del Universo. Kepler (1571-1630), formuló las leyes experimentales del movimiento de los planetas alrededor del Sol, las que sirvieron a Newton (1642-1727) para descubrir las leyes de la gravitación universal. Por otra parte, Blas Pascal (1623-1662) formuló el principio de la Hidrostática, que lleva su nombre, y que dice que la presión aplicada a un punto de un fluido se transmite por igual a todos los puntos de éste; sobre este principio se basará después la teoría de la prensa hidráulica. Pero también otros sabios participan en el estudio científico de los fenómenos naturales, como los comienzos de la nueva ciencia se remontan a Francis Bacon (1561-1626), a quien se le considera además el fundador de la Epistemología moderna por haber establecido el nuevo método científico, experimental e inductivo seguido. Desde Bacon el método científico domina la época y ocasiona un profundo cambio de mentalidad, volviendo ahora sobre el predominio de la observación y la experimentación frente a la abstracción que dominaba antes. En Filosofía pura René Descartes (1596-1650) en su obra *Discurso del método*, publicada en 1637, da origen al racionalismo moderno y además fue el primero en expresar la unidad matemáticamente

mensurable del universo, sometido a leyes inmutables. Cuarenta años más tarde Baruch Spinoza (1632-1677) con su *Ética more geométrico tractata*, publicada en 1677, ya fallecido el autor, cambió el sentido de la Ética y fundamenta la conducta moral en la pura razón.

Todo ello influye en el pensamiento religioso y filosófico y da lugar a que crezca el número de escépticos y de transcendentalistas en ese momento histórico, a que se imponga el idealismo racionalista y a que reviva la Filosofía estoica y la visión senequista de la vida. Surgen así las contiendas dialécticas entre forma y materia, entre masa y energía, entre la razón y la pasión. El hombre se ve a sí mismo inmerso en un mundo misterioso, cuyas fuerzas naturales se esfuerza por descubrir, dominar y utilizarlas en su provecho y para su servicio. Para lograr tal fin, considera necesario e imprescindible que la razón prevalezca sobre la pasión y sobre la imaginación, pues a ésta se la considera sospechosa de alterar la voluntad.

Además del trasfondo histórico y de los descubrimientos científicos, que amplían y modifican la visión que el hombre tiene de su mundo y de la concepción religiosa e ideológica, para entender a Gracián deben tenerse en cuenta las corrientes literarias de esta época, ya que a un modo de pensar corresponde un modo de expresión. A este respecto en el panorama literario del Barroco español se distinguen dos líneas directivas: el culteranismo, cuya figura máxima es Luis de Góngora (1561-1627), y el conceptismo, cuyo principal representante es Francisco de Quevedo (1580-1645). Ambas direcciones confluyen amigablemente en nuestro autor Baltasar Gracián. Por eso conviene explicarlas sucintamente.

El culteranismo, fue un estilo literario desarrollado en España desde finales del siglo XVI y a lo largo de todo el siglo XVII, y se caracteriza, entre otros rasgos, por la riqueza de metáforas, el uso frecuente de cultismos y la complejidad sintáctica; por eso su estilo se califica un tanto de oscuro y afectado. Opera sobre la sensación y es puramente estético. El conceptismo, en cambio es un estilo literario caracterizado por la complicación conceptual; conviene advertir que, para los escritores de nuestro siglo de oro, *concepto* no significa “pensamiento profundo”, sino tan sólo “ingeniosidad,” o, como lo define Gracián, “acto de entendimiento”, y opera sobre el pensamiento abstracto. Es puramente racional. Implica el deseo de sorprender, se dirige al intelecto con imágenes que no conmueven emocionalmente, es una forma de intelectualizar una experiencia. Lo que interesa al conceptista es la relación de las palabras, relación que va desde asociaciones sutiles a juegos de palabras y de conceptos. Quiere relacionar ideas que están distanciadas y probar los límites de la palabra en su contexto. El conceptista tiene una mentalidad esencialmente dialéctica; la ambigüedad, con que se enfrenta el lector, no esta en la expresión sino en el pensamiento. Es algo que nadie como Gracián, como señala Arthur Schopenhauer en su presentación del *Oráculo Manual* en lengua alemana, ha sabido utilizar con mejor sutileza y maestría.

Capítulo II

La prudencia y la sagacidad en la forja de la grandeza del héroe y de la magnificencia del político

La primera cuestión que me planteé al iniciar este difícil trabajo de investigación fue preguntar: ¿Qué objetivo persigue Gracián en sus escritos, en sus obras? Entiendo que, como clérigo y además miembro de una Orden religiosa, la Compañía de Jesús, orientada desde sus orígenes al servicio de la Iglesia Católica y por ende al hombre, básicamente en dos líneas esenciales y complementarias, la pastoral y la educativa, infiero que su deseo fue atender a ambas con generosidad y denuesto a tenor de lo que se desprende de la lectura de sus escritos. Sin embargo, en este trabajo sólo pretendo examinar una pequeña parcela de la vertiente educativa o formativa del hombre, centrada en la prudencia y la sagacidad, virtudes primordiales de su Filosofía moral.

Baltasar Gracián intenta mejorar y perfeccionar al hombre para que logre alcanzar la felicidad en este mundo, y al final de sus días conseguir la salvación eterna. No hay que olvidar que él es un hombre de fe, a pesar de que en sus obras, salvo la titulada *El Comulgatorio*, no lo parezca, si bien es cierto que leídas en sus conjunto se desprende que la finalidad última que busca para el hombre es la inmortalidad, es decir, la

felicidad eterna que se obtiene, según la doctrina cristiana, con la salvación del alma; a ello alude en la máxima que dice: “En una palabra, santo, que es decirlo todo de una vez. Es la virtud cadena de todas las perfecciones, centro de las felicidades. Ella hace un sujeto *prudente*, atento, *sagaz*, cuerdo, sabio, valeroso, reportado, entero, feliz, plausible, verdadero y universal héroe. Tres *eses* hacen dichoso: santo, sano y sabio”¹.

La finalidad primera que Baltasar Gracián persigue en sus obras no es otra que mejorar y perfeccionar al hombre concreto para que éste a su vez cambie la sociedad en la que vive, superando deficiencias y mejorando sus costumbres y modos de vida. Es consciente de la dificultad de tal empresa y de las limitaciones que tiene para conseguirlo. No obstante, lo intenta, y para ello empieza por tratar de formar a una minoría de personas selectas, capaces y con deseos de superación, que, operando en los distintos ámbitos sociales serán el fermento que renueve la sociedad modificando hábitos, variando las costumbres que no llenan al hombre y le crean insatisfacción, duda y angustia vital.

Por todo ello Gracián decide dar el paso por la vía de la enseñanza, de la formación del hombre que tiene ideales de superación y grandeza. Desbroza el camino de complejos y miedos, sembrando ilusión y confianza para que el hombre de espíritu grande y esperanzado crea en sí mismo, en sus capacidades, en sus posibilidades de superación, mejora y perfeccionamiento por medio de su trabajo; así se desprende del consejo ignaciano, que dice: “Hanse de procurar los medios humanos

¹ *Oráculo manual y Arte de prudencia*, en *Obras Completas*, t. II (Madrid, Biblioteca de Castro 1993) máxima CCC, p. 303-304.

como si no hubiese divinos, y los divinos como si no hubiese humanos”², que Gracián recoge en uno de sus aforismos o máximas. Para lograrlo construye pilares básicos sobre los que va a levantar su sistema educativo y por los que desea transite el hombre que aspira a ser persona, es decir, que quiere vencer venciendo, para mejor servir a los demás y al propio tiempo triunfar en su actividad, de manera que pueda llegar un día a ingresar en la galería reservada para las grandes personas que alcanzan la fama y la inmortalidad.

Como el propio título de la tesis indica, ésta gira sobre dos ejes que son los criterios de prudencia y de sagacidad. Es a estos términos a los que preferentemente dedicaré la atención, procurando que ninguna de sus menciones se escape; pero como quiera que con frecuencia se refiere a estos criterios con otras palabras, como son inteligencia, entendimiento, razón, cordura, discreción, capacidad, talento, sabiduría, y algunas más, en relación con la prudencia, y agudeza, ingenio, sutileza, despejo, y otros sinónimos, en relación con la sagacidad, trataré de reflejar de la manera más nítida posible lo que con cada una de estas palabras quiere expresar.

Los consejos o normas prácticas los extrae Gracián de los principios éticos y morales de los grandes maestros clásicos que ha leído y de su propia experiencia vital, pues es un agudo y genial observador de todo lo que sucede en su entorno; pero también se apoya en sus profundas reflexiones y en sus especiales dotes psicológicas, ya que sabe escudriñar el interior del espíritu humano, tarea que pudo desarrollar de manera especial dada su condición de maestro, de educador, y sobre todo

² Ibídem, máxima CCLI, p. 286.

de confesor. Siguiendo su método de Filosofía práctica, todos los consejos que propone los apoya en hechos y acontecimientos históricos, que relata y trae a colación para demostrar su validez y eficacia dándoles un carácter experimental.

Gracián es un hombre que aspira a la grandeza y detesta la medianía; cree firmemente que el hombre es capaz de alcanzarla con el concurso de su voluntad y de su esfuerzo, ya que con ambas se logra el saber y se alcanza el valor, ingredientes necesarios para este menester, según escribe en una de sus máximas: “El saber y el valor alternan grandeza. Porque lo son, hacen inmortales: tanto es uno cuanto sabe, y el sabio todo lo puede. Hombre sin noticias, mundo a oscuras. Consejo y fuerzas, ojos y manos; sin valor, es estéril la sabiduría”³. Este gusto por la grandeza se advierte en su interés por la fama y la inmortalidad, que insertan en los dos principios anteriormente apuntados: el saber (conocimiento, letras), y el valor (hechos relevantes, grandiosos, heroicos). En el *Oráculo Manual y Arte de Prudencia* manifiesta que “tres cosas hacen un prodigio, y son el don máximo de la suma liberalidad: *ingenio* fecundo, *juicio* profundo y *gusto* relevantemente jocundo. Gran ventaja concebir bien, pero mayor discurrir bien, entendimiento del bueno”⁴.

Toda la obra escrita de Baltasar Gracián se puede agrupar en tres géneros: uno que comprende los tratados cortesanos, que pretenden modelar el hombre perfecto, al que pertenece *El Héroe*, *El Político* y *El Discreto*; otro de preceptiva literaria, que comprende el *Arte de Ingenio* y

³ Ibídem, máxima IV, p. 194.

⁴ Ibídem, máxima CCXCVIII, p. 303.

su posterior reelaboración en *Agudeza y Arte de Ingenio*; y un tercer género que intenta diseñar un sistema completo de actitud del hombre ante el mundo y la vida, en el que se inscriben el *Oráculo manual y Arte de prudencia* y *El Criticón*⁵. Quedaría aparte, como un apéndice, su única obra de carácter religioso, *El Comulgatorio*, que por lo demás no interesa para nuestro objetivo.

Esta nítida clasificación de toda la producción filosófica y literaria de Baltasar Gracián cronológicamente adaptada nos da la pauta y nos marca la ruta que debemos seguir en el análisis y comentario de todos aquellos lugares y pasajes en que se menciona o implícitamente se alude a la prudencia y a la sagacidad como criterios directivos de la razón práctica en su extensa obra escrita. Los tres libros que integran el primer género forman una trilogía con una unidad temática, que básicamente consiste en describir el prototipo perfecto del héroe, del político y del hombre discreto. No obstante esta unidad temática sustancial, en este capítulo nos ocupamos solamente de sus dos primeros libros, *El Héroe* y *El Político*, dejando para el capítulo siguiente el análisis del tercer libro, *El Discreto*, por ser una aplicación extensiva al hombre normal y corriente de las prendas y virtudes que deben adornar a aquellas dos figuras singulares, además de superar la extensión de los dos primeros libros.

El Héroe fue la primera obra escrita y publicada por Baltasar Gracián⁶. En ella pretende describir y recomendar las prendas que deben

⁵ Cfr. Ángel Valbuena Prat, *Historia de la Literatura Española* (Barcelona, Gustavo Gili, 1963), ed. 7ª, p. 655.

⁶ Su primera edición conocida data de 1637 y fue impresa en los talleres de Juan Nogués en Huesca. Pero la primera edición que se conserva es la impresa en Madrid en 1639

adornar a la figura del héroe, superando el perfil usual que ha identificado con las hazañas y victorias en el campo de las armas, para mostrarlo como un hombre cabal y perfecto superior al común de los mortales. Los modelos elegidos para la forja de su héroe pertenecen más al mundo de las letras que al de las armas, y consigue ensamblar y conciliar lo que considera mejor en cada uno de ellos para la fábrica de su héroe. Por eso confiesa: “Yo, copiando algunos primores de tan grandes maestros, intento bosquejarle héroe y universalmente prodigio. Para esto forjé este espejo; manual de cristales y de yerros míos”⁷. Baltasar Gracián da un contenido amplio a su héroe, pues agranda el concepto que hasta ese momento se tenía, lo completa con nuevos valores y lo abre a cualquier sector social, toda vez que en cualquier faceta de la vida se puede ser grande y alcanzar fama y gloria. El concepto de héroe que propone el sabio jesuita es el de un hombre despierto, inteligente, culto, prudente, valeroso, decidido, voluntarioso, trabajador, generoso, de gran corazón y buen gusto, es decir, un hombre cabal, lleno de prendas naturales y de otras muchas adquiridas o complementadas por medio de su voluntad y esfuerzo, pues cree que el héroe nace, pero también se hace. Dice al respecto: “No se nace hecho: vase de cada día perfeccionando en la persona, en el empleo, hasta llegar al punto del consumado ser, al complemento de prendas, de eminencias:

por Diego Díaz, que ha sido editada en edición facsímil con un excelente prólogo por Aurora Egido (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001). Existe además un manuscrito autógrafo anterior con numerosas correcciones y tachaduras, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid (manuscrito núm. 6643), y que ha sido recientemente editado en edición facsímil también con un extenso estudio preliminar por Aurora Egido (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001), cuyo texto difiere notablemente de su edición de 1639.

⁷ *El Héroe, Obras Completas*, ed. Biblioteca de Castro, cit., tomo II, p. 7.

conocerse ha en lo realzado del gusto, purificado del ingenio, en lo maduro del juicio, en lo defecado de la voluntad”⁸. En suma, se trata de un modelo de héroe nuevo y distinto, que supera y trasciende el concepto tradicional, pues lo universaliza para que triunfe en cualquier lugar y ámbito social. Quiere elevar al varón desde el plano corriente y vulgar de hombre normal hasta el nivel de excelencia, es decir, de un varón singular y capaz de alcanzar el éxito y la gloria.

Para escribir este su primer libro, Baltasar Gracián leyó numerosas obras clásicas y del mundo del Renacimiento, en especial del Humanismo cristiano, y se inspiró en algunos autores notables de una y otra época histórica, para lo cual pudo aprovechar los ricos fondos de la biblioteca particular de su amigo y mecenas Vincencio Juan de Lastanosa. Del mundo clásico es clara la influencia de los *Apotegmas* de Plutarco⁹, y del *Panegírico de Trajano* de Plinio el Joven, divulgados por la traducción de Francisco de Barreda¹⁰. Y entre otras del humanismo político cristiano cabe recordar la de quien había sido jesuita Giovanni Botero, *La Razón de Estado*¹¹, y algunas otras de la literatura cortesana, sobre todo *El Cortesano* de su homónimo Baltasar Castiglione¹². Conocía

⁸ *Oráculo manual y Arte de prudencia, Obras Completas*, ed. Biblioteca de Castro, cit. tomo II, máxima VI, p. 194.

⁹ Aunque Gracián probablemente no leía el griego, existían traducciones latinas de la obra de Plutarco, que seguramente pudo utilizar. Entre ellas cabe recordar la de Francisco Fidelfo: *Apophthegmata*, traducida en 1499 (Biblioteca Nacional de Madrid, sign. I-2,173), y *Apophthegmata*, trad. de Francisco Fidelfo, en 1470, que incluye los *Apophthegmata Lakonia* (Biblioteca Nacional de Madrid, sign. I-810).

¹⁰ Cfr. Francisco de Barreda, *El Mejor Príncipe Trajano Augusto. Su Filosofía Política, Moral y Económica; deducida y traduzida del Panegírico de Plinio, ilustrado con márgenes y discursos* (Madrid, Viuda de Cosme Delgado, 1622).

¹¹ *Della ragione di Stato* (Venézia, 1589, ed. definitiva 1598).

¹² Cfr. *El Cortesano*, trad. de Juan Boscán, en 1534, ed. M. Menéndez Pelayo (Madrid, CSIC, 1942).

también *El Príncipe* de N. Maquiavelo, del que sin embargo emite un juicio muy negativo, pues le nombra el “falso político llamado Maquiavelo”, y añade que sus aforismos “bien examinados no son otro que una confitada inmundicia de vicios y de pecados. Razones, no de Estado, sino de establo”¹³. Es de notar, sin embargo, que Gracián en *El Héroe* transforma el sentido de la expresión “razón de Estado” refiriéndola a la situación del héroe y del individuo singular, es decir, trasmuta el Estado como institución política en el estado como institución o condición del individuo. La estructura de *El Héroe* es simple, como corresponde a un libro breve, muy breve, de un “menino” como él prefiere llamarlo. Se divide en veinte unidades, a las que llama *Primores*, es decir, *prendas*, como él mismo dice repetidas veces, que deben adornar al héroe como cualidades definitorias de su personalidad. Primor significa también *excelencia*, lo más admirable de las cosas, aquello que más nos sorprende y, al contemplarlas, nos cautiva. Al elegir esta palabra como títulos en vez de “capítulos”, que conforman la estructura externa y también interna de su primer libro, Gracián quiere resaltar lo que significa cada uno de los primores que propone como prenda para la forja del varón excelso, elevándolo a la categoría de héroe, es decir, el hombre singular, cuya condición supera la de todos sus congéneres y preludia “el superhombre” de Frederick Nietzsche.

Apenas transcurridos tres años desde la aparición del primer libro de Gracián en 1640 publicaba un nuevo libro, *El Político*, similar en

¹³ *El Criticón, en Obras Completas*, ed. Biblioteca de Castro, t. I, 1ª parte, Crisis VII, p. 100-101; cfr. *infra*, p.131-132, 155, 172, 211 y 479-480.

tamaño e incluso en impresión tipográfica¹⁴. En ese mismo año vio la luz pública *Idea de un príncipe cristiano representada en cien empresas* de su contemporáneo Diego Saavedra Fajardo. Este segundo libro de Gracián en un principio debió formar parte del primero, pues es una aplicación de sus aforismos al campo de la política, lo que avala la tesis de quienes sostienen que fueron pensados como un solo libro. Lo que sí varía es su estructura pues fue escrito de una tirada sin más división que el punto y aparte, como si fuera una larga carta de texto continuo dirigida a su destinatario.

La gran diferencia interna entre *El Héroe* y *El Político* es que, mientras en el primero traza el perfil de su modelo *ideal*, en el segundo elige un modelo *real* y concreto en la persona de Fernando el Católico. Para ello volvió a bucear en la literatura clásica y buscó ejemplos en la Historia antigua y moderna con los que ilustrar su discurso narrativo y compararlos con su modelo de político y gobernante. Entre los antiguos recuerda a Ciro, cabeza del imperio persa, a Rómulo, fundador de Roma, a Alejandro Magno, creador del Imperio macedonio, a Julio César y a Trajano en la Roma clásica, y a Constantino y Clodoveo, entre otros, en la antigüedad cristiana. Y de los modernos evoca a Carlos V, a Francisco I de Francia y a Felipe II de España. Ninguno de ellos superó a Fernando para diseñar su perfil. Leyó también alguno de los hechos de la literatura política contemporánea sobre la

¹⁴ Fue impreso en Zaragoza por Diego Dormer en 1640. Ha sido editado en facsímil por Aurora Egido, con un extenso prólogo en el que da cuenta de las vicisitudes que condujeron al hallazgo de un ejemplar de esta primera impresión. (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2000). Seis años después, en 1646, apareció una edición oscense del editor habitual de Gracián, Juan Nogués, que es la edición hasta entonces conocida y divulgada.

formación del príncipe gobernante en torno a los típicos de espejo de príncipes y de reloj de príncipes. Entre ellos destacaban el *Norte de príncipes* de Juan Pablo Martyr Rizo, y el *Relox de Príncipes* de Antonio de Guevara, cronista real y consejero del emperador Carlos V. Pretendió con ello, no sólo presentar como modelo de político y gobernante a Fernando el Católico, sino también construir un breve manual de política. Así al menos lo vio él tres lustros después cuando publicó *El Criticón* y en su II parte, Crisis IV, lo consideró un libro pequeño, pero precioso, que revivía la reedición de la política iniciada por Platón en *La República* y confirmada ininterrumpidamente por otros tratadistas hasta la irrupción de la “malignidad de estos siglos”, que representaban los libros como *El Principie* de Maquiavelo y la *Razón de Estado* de Giovanni Botero.

No obstante, en el fondo *El Político* es más que nada un panegírico de Fernando el Católico, siguiendo la pauta del *Panegírico de Trajano* de Plinio el Joven, divulgado por Francisco de Barreda. Para fundamentar sus pretensiones y contar con avales que garantizaran su tesis, Gracián se inspiró en la literatura política reivindicativa del Reino de Aragón, singularmente en los *Anales de la Corona de Aragón* de Jerónimo Zurita. No le falta razón a M. Batllori cuando afirma que *El Político* de Gracián es “un breviario de la filosofía de la historia de la monarquía española, vista por un aragonés”¹⁵. Este tono apologético y reivindicativo es evidente desde el primer principio del pequeño libro, que anuncia toda la secuencia normativa de sus páginas, y hace que, a

¹⁵ Baltasar Gracián en su vida y en sus obras, por Miguel Batllori y Ceferino Peralta (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1969), p.70.

medida que se progresa en su lectura, el interés decae progresivamente para dejar un poso de desilusión y desconcierto cuando la lectura termina.

I

Como si quisiera dejar bien claro desde un principio que la prudencia y la sagacidad son los dos polos que acumulan mayor cantidad de energía en el desarrollo de la personalidad, y más en concreto en la formación del héroe, Baltasar Gracián estampa en la presentación de su primer libro *El Héroe* una declaración que cercena de raíz toda discusión al respecto. Como es bien sabido, y no menos celebrado, el jesuita aragonés comienza su advertencia al lector con este inigualable juego de conceptos contrapuestos: “Emprendo formar con un libro enano, un varón gigante, y, con breves períodos, inmortales hechos. Sacar un varón máximo; esto es milagro en perfección y, ya que no por naturaleza rey, por sus prendas es ventaja”¹⁶. Seguidamente menciona las seis cualidades que conforman la personalidad del héroe, tal como él lo prefigura, siendo las dos primeras la prudencia y la sagacidad. Dice en efecto: “Formáronle *prudente* Séneca, *sagaz*, Esopo, *belicoso*, Homero, Aristóteles, *filósofo*, Tácito, *político*, y *cortesano*, el Conde”¹⁷. Poco después matiza así su propósito: “Aquí tendrás una, no política, ni aún económica, sino una razón de estado de ti mismo, una brújula de marear a la excelencia, una arte de ser ínclito con pocas reglas de discreción. Escribo breve por tu

¹⁶ *El Héroe, Obras Completas*, ed. Biblioteca de Castro, cit., t. II, p. 7.

¹⁷ *Ibidem*.

mucho entender; corto, por mi poco pensar. Ni quiero detenerte porque pases adelante”¹⁸.

1

Después de este brillante y revelador exordio, a lo largo de veinte “primores” en que su libro se vertebra, Baltasar Gracián señala en los diferentes contextos, que el título de cada uno de los primores delimita, las diversas funciones que tanto la prudencia como la sagacidad deben desempeñar en la forja y modelación del héroe. Unas veces lo hace separadamente, otras conjuntamente, y en alguna que otra ocasión contraponiéndolas, bien refiriéndose a ellas expresamente, o bien recurriendo a sus sinónimos o a algunas de las cualidades que se asemejan a ellos, singularmente los que hemos mencionado anteriormente. Como es obvio, en algunos primores ambas están inscritas o se alude a ellas tan indistintamente que no merecen la pena detenerse a considerarlas.

a) El primer primor o capítulo se titula “Que el héroe practique incomprendibilidades de caudal”. Conviene ante todo explicar a qué llama aquí “caudal”. Esta palabra tiene varias acepciones, pero Gracián alude a las dos más comunes: la primera es la de abundancia o cantidad; la otra es la de riqueza, patrimonio, bienes de los que una persona puede disponer con arte y buen gusto. Y recomienda al héroe que se ejercite en “incomprendibilidades” de caudal. Con ello se refiere a que la abundancia

¹⁸ Ibídem; cfr. *supra*, p. 128, e *infra*, p. 155, 172, 211 y 479-480.

y la riqueza no sean fácilmente comprendidas ni descubiertas por los demás, para así despertar admiración por su genialidad y originalidad; ya que, si da a conocer el procedimiento, podría ser imitado e incluso superado por los demás, de modo que, desvelado el misterio, dejaría de ser considerado genial, para pasar a ser uno más, y perdería la capacidad de ser admirado. Con todo lo cual quiere señalar que, para ser hombre excelso y mantener esa línea de superioridad, no sólo es preciso serlo sino también parecerlo. Lo importante es lo que los demás creen u opinen de él óptimamente y con admiración. Por ello es necesario que practique continuamente acciones oportunas y originales, que deslumbren y creen una cierta aureola de superioridad, y que disuada a los posibles contrincantes de la tentación de imitarle o de querer aventajarle.

De nuevo encontramos una primera declaración, que alude implícitamente a la prudencia y a la sagacidad. Es ésta: “Sea esta la primera destreza en el arte de entendidos: medir el lugar con su artificio”¹⁹. Aquí Gracián está indicando que la persona que quiere superar a los demás, lo primero que ha de hacer es calibrar (medir) con su habilidad (artificio) y su discreción (prudencia) el lugar donde se sitúa y las personas con que se encuentra y sobre las que quiere ejercer su autoridad e influjo; pero el lugar no es sólo un espacio físico determinado con sus habitantes; es mucho más: son también sus costumbres, sus deseos, sus ilusiones, sus intereses, sus creencias, sus preocupaciones, su escala de valores, sus virtudes y sus vicios. Una vez percibido y contemplado todo esto, el héroe ha de cuantificarlo, analizarlo y valorarlo para determinar su alcance, es decir, para *calibrar* su dimensión y su

¹⁹ *Ibídem*, p. 9.

intensidad, de manera que, a partir de su debido conocimiento, sea capaz de dirigirlo y orientarlo hacia la meta perseguida, sin descuidar sus pretensiones y sus intereses.

Descrita la naturaleza de esta principal y singular destreza, que consiste en fomentar y practicar la incomprensibilidad de su capacidad natural que evite sondear su fondo, tarea que supone un continuo ejercicio de sagacidad y cautela, Gracián propone, como será habitual en todos sus primores, el modelo histórico de éste, que para él fue Fernando el Católico. Lo presenta así: “Fue jubilado en ésta, como en todos las demás destrezas, aquel gran rey primero del Nuevo Mundo, último de Aragón, si no el *non plus ultra* de sus heroicos reyes”; y a continuación lo califica de “centro de los rayos de la prudencia”²⁰.

En el primor segundo, titulado “Cifrar la voluntad”, lo que quiere decir que sólo se puede conocer sabiendo la clave conforme a lo que después dice de “sacramentar” la voluntad, es decir, ocultar, disimular la voluntad o el querer, Gracián evoca una nueva sutileza, que complementa la anteriormente descrita, pues también la conceptúa como “caudal”. Por ello aconseja: “Atienda, pues, el varón excelente, primero a violentar sus pasiones; cuando menos a solaparlas con tal destreza, que ninguna contratreta acierte a descifrar su voluntad”²¹.

Pero es con el primor tercero, dedicado a la inteligencia, “la mayor prenda de un héroe”, cuando la pluma de Baltasar Gracián se explaya combinando la prudencia y la sagacidad, o lo que es lo mismo, el juicio y el ingenio, la *sindéresis* y la agudeza. “Es lo mejor de lo visible

²⁰ *Ibíd.*, p. 10.

²¹ *Ibíd.*, p. 11.

el hombre, y en él el entendimiento”, afirma de entrada al tema; y explica: “Adécuese esta capital prenda de otras dos, fondo de juicio y elevación de ingenio, que forman un prodigio si se juntan”²². Se trata para él de una diferenciación que supera y mejora la clásica distinción de memoria y entendimiento de la Filosofía tradicional. He aquí sus palabras: “Señaló pródigamente la filosofía dos potencias al acordarse y al entender. Súfrasele a la política con más derecho introducir división entre el juicio y el ingenio, entre la sindéresis y la agudeza”. Y añade: “Sola esta distinción de inteligencias pasa la verdad escrupulosa, condenando tanta multiplicación de ingenio, a confusión de la mente con la voluntad”²³.

Es precisamente en este contexto cuando el elogio y la valoración de la prudencia y de la sagacidad, como criterios directivos de la razón práctica, alcanzan mayor esplendor. Dice, en efecto, Baltasar Gracián: “Es el juicio trono de la prudencia, es el ingenio esfera de la agudeza”; cuál de ellos debe prevalecer sobre el otro depende del gusto, como expresan estas palabras: “cuya eminencia, y cuya medianía deba preferirse, es pleito ante el tribunal del gusto”²⁴. Con palabras interpuestas y con variados circunloquios y ejemplos el jesuita aragonés se explaya exaltando las inefables bondades de una y otra virtud humana. Alaba sobre todo la prontitud en la acción y la sutileza de ingenio, y no duda en afirmar que “todo héroe participó exceso de ingenio”²⁵, pues a muchos campeones les valió más “una agudeza que todo el hierro de sus

²² Ibídem, p. 12.

²³ Ibídem, p. 12.

²⁴ Ibídem.

²⁵ Ibídem.

escuadrones armados, siendo premio de una agudeza una victoria”²⁶. La conclusión que de todo ello extrae se resume en esta frase: “La agudeza, si no reina, merece conreinar”²⁷.

b) En el quinto primor Baltasar Gracián se refiere al gusto, como cualidad que configura la grandeza del héroe, una cualidad que como antes en el primor tercero vendrá descrita como sustancia derivada de la primacía del juicio y de prudencia o del ingenio y la agudeza. Él habla aquí de “gusto relevante”. Pero cabe preguntar: ¿Qué entiende por gusto y por gusto relevante?. Parece que cuando se refiere al gusto, al “buen gusto” o al gusto relevante, está pensando en la capacidad de elegir entre cosas contrapuestas, una propiedad singular que añade un perfil a la prudencia y a la sagacidad, y que permite saber elegir entre lo bueno, lo mejor y lo más conveniente a cada situación concreta. Con dicha expresión hermana dos cualidades importantes, que proceden ambas del talento y conducen a la excelencia. Ciertamente el gusto tiene mucho de subjetivo; es una especie de cualidad estimativa que tiene alcances muy diversos, y que ayuda, a quien lo tiene, a saber discernir y elegir lo que resulta más apropiado o conveniente de entre los diversos hechos o cosas que concurren en un momento determinado, de modo que confiere un punto, diríamos, de perfección, con el cual se consigue la satisfacción y el agrado mayoritario. Y, al contrario, sin ese plus de perfección, únicamente se logra la insatisfacción. Este “gusto relevante” sirve básicamente a dos de los aspectos que conforman la conducta humana,

²⁶ *Ibíd.*, p. 13.

²⁷ *Ibíd.*

unos de tipo estético y otros de tipo moral, que hacen al hombre que los posee ser una persona estimada y valorada por su ejemplar modo de proceder en aquello que hace, pues a nadie disgusta y en todos levanta entusiasmo y admiración, produciendo ese efecto de supremacía que ostenta el héroe gracianesco.

Esta virtud tan exquisita del “gusto relevante” sólo es posible encontrarla en un espíritu prudente, despierto, agudo y sagaz. Gracián lo resume en esta magistral sentencia: “Ingenio sublime nunca crió gusto ratero”²⁸. Nadie pretende desafiar los límites establecidos por la naturaleza con la incorporación de otros elementos aportados por el hombre mediante su prudencia, que es la virtud de lo posible y conveniente en cada caso. Por eso Gracián advierte que, a pesar de ser el gusto ya bueno, ya malo, una cualidad que anida en los espíritus sagaces, también es algo que se adquiere o pierde, en buena medida, por contagio, esto es, se transmite mediante la intercomunicación personal y con el medio ambiente social en donde la persona se desenvuelve; de ahí su consejo de saber elegirlo para “topar con quien le tiene superlativo”²⁹, a fin de enriquecerse con su trato, evitando, de igual modo, al que le tiene vulgar, para no degradarse por su contaminación. También previene que el buen gusto no estriba en la excesiva alabanza o aplauso, sino en el criterio prudente y ponderado que sabe apreciar lo mejor de cada cosa y valorar en su justa medida toda acción humana, pues “la admiración es comúnmente sobrescrito de la ignorancia; no nace tanto de la perfección

²⁸ *Ibíd.*, p. 16.

²⁹ *Ibíd.*

de los objetos cuanto de la imperfección de los conceptos”³⁰. Hasta el punto que opina “que las obras de alabanza son menguas de capacidad, y el que alaba sobrado, o se burla de sí o de los otros”³¹. Por eso el buen gusto en el obrar humano consiste en ese equilibrio que proporciona el entendimiento mediante el saber, junto a la sagacidad a través de la intuición y la impronta de la espontaneidad, unidas ambas a la prudencia de la elección, asunto de suma importancia, como apunta al escribir: “Extremada elección la de la abeja, y qué mal gusto el de una mosca, pues en un mismo jardín solicita aquélla la fragancia y ésta la hediondez”³².

Igualmente Gracián aconseja al hombre, que busca el reconocimiento de su autoridad moral o profesional, que tenga buen gusto en todo cuanto manifieste, y que guarde un discreto silencio ante los asuntos o temas que le planteen y cuyos componentes no conozca a fondo y sobre materias que no domine, pues su precipitado pronunciamiento, al pretender saber más que nadie, puede dar al traste con el prestigio y buena reputación que de él emita la opinión pública, de manera que por una sola declaración desafortunada puede poner al descubierto su ignorancia o la debilidad de sus argumentos.

c) Unos de los capítulos o primores más ensalzados de *El Héroe* de Baltasar Gracián, atendiendo a la finalidad del libro, son el sexto, que se titula “Eminencia en lo mejor”, y el séptimo, que se refiere a la excelencia de ser el primero. Se trata obviamente de resaltar la relevancia

³⁰ Ibídem.

³¹ Ibídem, p. 17.

³² *El Discreto, Obras Completas*, ed. cit., t. II, p. 131.

que tiene para el héroe ser el mejor en todo; no importa en concreto en qué, pero sí que ha de ser el mejor, pues ello le va a proporcionar ser único, exclusivo, superior, y por tanto muy admirado e imprescindible, la persona en la que hay que fijarse siempre como referente para alcanzar la perfección humana, y, a ser posible, superarla con la contribución de algo que la aumente. Es verdad que la perfección absoluta “sólo se concede al primer Ser, que, por no recibirlo de otro, no sufre limitaciones”³³; pero la perfección humana, infinitamente más pobre e inferior, contiene una amplia sucesión de grados que el hombre puede escalar, a partir de las cualidades que la naturaleza le ha regalado, mediante la aportación de su esfuerzo y trabajo debidamente ordenados y dirigidos por su inteligencia, contando con sus variables de agudeza, sagacidad y prudencia.

Pero alcanzar el nivel de excelencia social entiende Gracián que no se requiere la suma de muchas cualidades humanas, sino la máxima perfección en algunas de ellas, pues esa peculiar rareza es la que otorga la particularidad del aprecio y el crédito de la fama. Así lo manifiesta cuando escribe: “Muchas medianías no bastan a agregar una grandeza, y sobra sola una eminencia a asegurar superioridad”³⁴. No obstante, las habilidades no se califican todas por igual, pues, aunque todas se estiman, son mucho más valoradas aquellas que por su rareza, por su peculiar objeto o por complicado y difícil proceso de alcanzar resulta más insólita su posesión. Pero si esa singularidad, además ocurre en un campo de la vida humana especialmente relevante y en un determinado lugar o momento propicio, su importancia y valor se

³³ *El Héroe, Obras Completas*, ed. cit., t. II, p. 18.

³⁴ *Ibíd.*, p. 19.

acrecienta y se alza con mayor reputación, logrando el grado de eminencia.

Como el camino de la superación es, en general, costoso y difícil, el moralista aragonés previene al hombre de esta singularidad, para que no se deje deslumbrar por lo llamativo, aparente y festivo, que la sociedad suele presentar como ideal de fortuna y éxito, advirtiéndole con suave agudeza que considere que “lo que tiene más de lo deleitable, tiene menos de lo heroico comúnmente”³⁵; con lo cual le está aconsejando que aprenda a moderarse y, hasta en ocasiones, privarse de lo que siendo lícito y bueno no le reportará triunfo. La consecución del éxito requiere muchas renunciaciones, pero al propio tiempo reporta muchas satisfacciones, puesto “que la eminencia es imán de voluntades, es hechizo del afecto”³⁶. Para alcanzar la eminencia es necesaria la sagacidad, pues sólo así podrá vislumbrar y aventajar a los contendientes mejores con elegancia y naturalidad, y también una buena dosis de prudencia, para saber ponderar sus méritos y valía, pues ese reconocimiento engrandece a la persona y la hace acreedora de esa elevación sobre lo mejor, la eminencia, a la cual ha de anhelar “el varón raro, con la seguridad de que lo que le costará de fatiga lo logrará de celebridad”³⁷.

Pese a todo, la forma de proceder de las personas, aún siendo excelente en sí, varía de unas a otras, y en esa diferencia es donde radica el punto que separa lo bueno de lo eminente. Descubrir esa peculiaridad es tarea difícil, que exige una extremada genialidad y una exquisita

³⁵ *Ibíd.*, p. 18.

³⁶ *Ibíd.*, p. 19.

³⁷ *Ibíd.*, p. 20.

prudencia, siendo por ello materia reservada a muy pocos, sólo a los verdaderamente grandes; pero aún así es posible roturar el campo de las cualidades personales y sembrar en él pequeñas semillas de grandeza, que pacientemente labradas pueden germinar y producir virtudes excelsas, capaces de alcanzar la eminencia. Esta posibilidad está abierta y al alcance de todo hombre que quiera troquelarse a sí mismo para mejorar, hacerse persona y ascender por la escala de la excelencia personal. Para ello el hombre tiene que cimentar su deseo de mejorar tanto en la instrucción cultural, es decir, en el estudio, para ampliar sus conocimientos, como en el ejercicio de ciertas técnicas o artes, que le permitan dominar las habilidades necesarias para lograr el triunfo.

Esta eminencia o supremacía en lo mejor implica obviamente ser el primero, que si se juntan duplican su eficacia. Dice al respecto Gracián: “Gran ventaja el ser primero, y si con eminencia, doblada. Gana en igualdad el que ganó de mano”³⁸. Esto supone rechazar la imitación, pues el que imita no es el primero, ni tampoco el mejor, y es un error confundir la estima o alabanza con la “primería”. Además, la gala no consiste en ser primero en el tiempo, “sino en ser el primero en la eminencia”. Los caminos que llevan a la singularidad son múltiples, no todos recorridos o “sendereados”, pero es “destreza no común”, que es tanto como decir sagacidad, “inventar nueva senda para la excelencia”. Aunque todas las virtudes son apetecibles y el varón singular debe por ello ser el primero en poseerlas en grado excelente, hay algunas que aventajan a las demás, y entre ellas está en primerísimo lugar la prudencia, de la que fue ejemplo sublime Felipe II, un elogio del rey de

³⁸ Ibídem.

España que repite con inusitada frecuencia en sus obras y que condensa en este juicio: “Y nuestro gran Filipo gobernó desde el trono de su prudencia todo el mundo, con pasmo de todos los siglos; y si el César, su invicto padre, fue un prodigio de esfuerzo, Filipo lo fue de la prudencia”³⁹.

d) La coronación de todas las prendas que modelan y enaltecen al héroe gracianesco es la *plausibilidad*, que incluye el reconocimiento general, no sólo de sus contemporáneos, sino también de las generaciones futuras. Utilizando de nuevo su habitual recurso literario de emparejar y contraponer personajes míticos o históricos para explicar la primacía de una virtud sobre otra, en este caso coloca la prudencia sobre la fama. Dice en efecto el moralista aragonés: “Dos patrias produjeron dos héroes: a Hércules, Tebas; a Catón, Roma [...] No admite controversia la ventaja que llevó Catón a Hércules, pues le excedió en prudencia, pero ganóle Hércules a Catón en fama. Más de arduo y primoroso tuvo el asunto de Catón, pues se empeñó en domeñar monstruos de costumbres, si Hércules de naturaleza, pero tuvo más de famoso el tebano”⁴⁰.

No obstante, Gracián reconoce que con frecuencia la plausibilidad no acompaña a los empleos u oficios más nobles, y que algunos, y no suelen ser los menos juiciosos o prudentes, prefieren el asunto o negocio primoroso al más plausible y la admiración de unas pocas personas selectas al aplauso de muchas personas vulgares, porque

³⁹ Ibídem, p. 21.

⁴⁰ Ibídem, p. 22.

lo arduo y lo penoso de un asunto superior sólo lo perciben pocos, pero eminentes, mientras que la facilidad de ser plausible y de lograr el aplauso tiende a vulgarizarse. Comparte a la discreción, que es tanto como decir a la prudencia, optar por la eminencia y la excelencia. Seguidamente Gracián habla del “Quilate rey”, es decir, de aquella prenda que ostenta el grado supremo como si fuera oro puro. Entiende que sería necio enfrentar directamente el valor y la agudeza para optar por uno de ellos. Cuál haya de ser el empleo u oficio que más conviene a una persona depende de las cualidades de cada sujeto y de sus inclinaciones y gustos personales, pues “son tan muchos los gustos como los empleos”. Sería absurdo pensar que se pudieran repartir los empleos u oficios desde una instancia superior, como por ejemplo, la de un monarca. Esta decisión compete a la prudencia. De ahí su consejo: “Procure, pues, el varón prudente halagar el gusto y atraerle sin violencias de despotiquez a medirse con las fuerzas, y, reconocida una vez la prenda relevante, empléela felizmente”⁴¹.

2

Diseñados los rasgos principales de su modelo de héroe, que culminan con la eminencia y la excelencia de ser el primero en su oficio, Baltasar Gracián agiliza su pincel para perfilar con trazos más finos su figura. Las nuevas prendas, ordenadas como perlas, que, debidamente engarzadas, mutuamente se complementan y embellecen, son agrupables en tres series, por este orden: primero, procurar el favor de la fortuna y la

⁴¹ Ibídem, p. 24.

gracia de las gentes; segundo, el despejo, el señorío y la simpatía como cualidades naturales; y tercero, la grandeza de ánimo, la carencia de afectación, la emulación de ideas y la paradoja crítica relacionadas con la posesión de la virtud.

a) Saber buscar el favor de la fortuna y guiarse por ella, como “reina tan soberana, inescrutable, inexorable, risueña con unos, esquiva con otros, ya madre, ya madrastra, no por pasión, sí por la arcanidad de inaccesibles juicios”, es una norma de conducta de gran utilidad práctica. Se trata de una sabia norma que la prudencia sugiere al héroe, por cuanto “regla es muy de maestros en la discreción política tener observada su fortuna y la de sus adherentes”⁴². Como también lo es la sagacidad, por cuanto encubre y disimula los defectos que su naturaleza le ha propiciado, como se desprende de dichos como éste: “Suple con oro la fealdad de la hija el sagaz padre, y el universal dora la fealdad del ingenio con ventura”⁴³.

Ignorar y despreciar el concurso de la fortuna supone, temeridad y extraña necesidad suprema, dice Gracián, pues “gran prenda es ser varón afortunado” y aventaja el contar con el aprecio de muchos. Nada mejor que recordar el dicho del poeta de las sentencias que, transformado en consejo “a los amantes de la prudencia”, es norma obligatoria de conducta: “Tu no hagas ni digas cosa alguna teniendo a la fortuna por contraria”. Por eso es parte “de este político primor saber

⁴² Ibídem, p. 25.

⁴³ Ibídem.

discernir los bien y mal afortunados para chocar o ceder en la competencia”⁴⁴.

Las consecuencias del olvido y menosprecio de la fortuna suelen ser según el moralista aragonés más desdichadas y funestas de lo previsto. De ello fue ejemplo el proceder de Francisco I de Francia en su enfrentamiento bélico con el emperador Carlos V, pues, en cuanto “afectó ignorar su fortuna y la del César”, pagó tan caro su temerario desafío, que “por delincuente de prudencia, fue condenado a prisión”⁴⁵.

Lo prudente y sabio es pues dejarse guiar y ganar por la fortuna, sabiendo prevenir la infalible declinación de su inquieta rueda. Entraña este proceder la “sutileza del tahúr”, que es tanto como decir la ventaja que conlleva ser muy experto en el juego y en las apuestas. No obstante, esto no supone exponerse sin reparo al riesgo que el azar conlleva, y saber retirarse a tiempo sin aventurarse a tentar a la fortuna, pues “hay hidrópicos de la suerte que no tienen ánimo para vencerse a sí mismos si les está bailando el agua la fortuna”⁴⁶.

Sustituir la sutileza por una desmesurada codicia acarreó a muchos el final de su felicidad. Y es que, querer acumular dichas en poco tiempo, excede los límites de la cordura y de la prudencia, puesto que “prosperidad muy aprisa, atropellándose unas a otras las felicidades, siempre fue sospechosa, porque suele la fortuna cercenar del tiempo lo que acumula del favor”⁴⁷.

⁴⁴ Ibídem, p. 25-26.

⁴⁵ Ibídem, p. 26.

⁴⁶ Ibídem, p. 27.

⁴⁷ Ibídem, p. 28.

Otra de las prendas que no dependen sólo de él, pero que debe procurar poseer el héroe, es la gracia de la gente, es decir, el ser estimado y querido, pues “poco es conquistar el entendimiento, si no se gana la voluntad”⁴⁸. Se trata de una cualidad que el héroe ha de cultivar habitualmente, sabiendo valorar y apreciar a las personas y en especial a la gente que le rodea, de modo que, si esta virtud no la tiene por naturaleza, necesariamente ha de adquirirla con la práctica constante y el esfuerzo para ser reconocido como superior y excelente. Aunque se trata de una prenda cuya posesión y disfrute no son una facultad personal del individuo, sino del favor de la gente, su consecución depende en gran medida de la habilidad en el trato y del ejercicio continuado de la sagacidad y de la prudencia.

Para conquistar el aprecio y el favor de la gente, y para que ésta le considere un ser superior y sobresaliente, es necesario que el héroe sepa manejar el hechizo de amar y ser amado donde quiera que esté, y también saber ganar su afecto, “porque la estima muñe la afición”⁴⁹; ya que la gente es muy proclive a sumarse a los éxitos y triunfos, pero también es tremendamente dura y despiadada en la reprobación de sus errores y fracasos, pues “es arrebatado el vulgo en proseguir, si furioso en perseguir”⁵⁰. Por todo ello, el héroe debe ser amable y cortés, apoyar y entusiasmar a la gente con su trabajo, reconocer pública y privadamente sus aciertos, ensalzar sus virtudes y reconocer sus bondades, silenciar discretamente sus fallos y sus errores, ayudarle a superar sus deficiencias y ser generoso y condescendiente perdonando sus descuidos y

⁴⁸ Ibídem.

⁴⁹ Ibídem, p. 29.

⁵⁰ Ibídem.

estimulando su afán de servicio. En suma, ser “honrador de todos, murmurador de ninguno”⁵¹. Además, el héroe debe ser cauto en sus palabras, pero fiel cumplidor de sus promesas, pues su descuido u olvido será causa de descrédito y dura condena. Y para mantener el aprecio y la gracia de la gente, Gracián aconseja al héroe que sepa granjearse la simpatía y el beneplácito de todo superior, y cuanto más sea el grado de superioridad tanto mejor, ya que una declaración favorable, aunque breve, de éste, le aportará mucho más crédito y apoyo que las ordinarias obras y manifestaciones de sus colaboradores más inmediatos. Por último ha de saber también conquistar la estima de aquellas personas que crean y sostienen la opinión pública, entre ellos los cronistas que relatan el acontecer diario, para que con sus crónicas y escritos resalten sus hazañas y sus buenas acciones, sepan transmitirlas a las generaciones futuras y elevarlas a la galería de la inmortalidad, alcanzando la fama que se merecen, tal como relata Gracián que decía Corvino, rey de Hungría: “Que la grandeza de un héroe consistía en dos cosas: en alargar la mano a las hazañas y a las plumas, porque caracteres de oro vinculan eternidad”⁵².

b) Uno de los primores del pequeño, pero gran libro, de Baltasar Gracián, que tiene una relación más estrecha con la prudencia y la sagacidad, es el titulado “El despejo”, un sustantivo que en gran medida ha caído en desuso, pero en la época del barroco era de uso frecuente. Para entenderlo en su justo significado es aconsejable recurrir al verbo

⁵¹ Ibídem, p. 29.

⁵² Ibídem, p. 30.

despejar, cuya acción nomina. Propiamente hablando expresa tanto como mente clara, desenvoltura y gallardía, y funciona como sinónimo de talento y de ingenio.

De entrada lo presenta en la escena con estas majestuosas pinceladas: “El despejo, alma de toda prenda, vida de toda perfección, gallardía de las acciones, gracia de las palabras y hechizo de todo buen gusto, lisonjea la inteligencia y extraña la explicación”. Y lo exalta con estos sublimes elogios: “Es un realce de los mismos realces y es una belleza formal. Las demás prendas adornan la naturaleza, pero el despejo realza las mismas prendas. De suerte que es perfección de la misma perfección, con trascendente beldad, con universal gracia”. Para concluir con esta difusa definición: “Consiste en una cierta airosidad, en una indecible gallardía, tanto en el decir como en el hacer, hasta en el discurrir”⁵³.

Como si estas alabanzas fueran poco para enaltecer lo que el despejo representa como prenda, el moralista aragonés añade algunas más, que lo sitúan en la cumbre de las cualidades personales. Así declara que “tiene de innato lo más” y no depende tanto de la observación, y que nunca se ha sujetado a precepto superior. La dificultad de definirlo con pocas palabras ha hecho que sean muchas las que se han utilizado para designar lo que representa, entre ellas la de garabato, por ser robador del gusto, brío por lo alentado, despejo por lo galán, y desenfadado por lo fácil. En su deseo de perfilar el despejo hasta el límite, añade que sería un agravio inasumible confundirlo con la facilidad, pues la supera y la deja muy atrás, y también se adelanta a la bizarría; efectivamente, todo

⁵³ *Ibíd.*, p. 30.

despejo “supone desembarazo, pero añade perfección”. Es tan indiscutible su primacía, que, sin él, la mejor ejecución o acción nace muerta, y la mayor perfección resulta desabrida, pues “no sólo sirve al ornato, sino que apoya lo importante”⁵⁴. Este gusto exacerbado por el barroco y por su juego de palabras y conceptos, que está presente en todas las obras de Gracián, ofrece aquí una de sus muestras más elocuentes.

Para que no cupiera albergar dudas de que en todo su discurso sobre el despejo esta latente la presencia de la prudencia, el escritor aragonés se refiere a ella expresamente por dos veces, con la intención de culminar su apología de esa virtud humana. Dice al respecto: “Porque, si es el alma de la hermosura, es espíritu de la prudencia”; “campea igualmente en un caudillo al lado del valor el despejo, y en un rey a par de la prudencia”. También es explícita su referencia a la destreza y a la agudeza, y con ella a la sagacidad, al decir del despejo que “hasta en la cátedra da bizarría a la agudeza”, y también en lo político⁵⁵.

Hay otro don personal natural, que debe poseer el héroe, al que Baltasar Gracián denomina “natural imperio”, es decir, dotes naturales para mandar con autoridad, cuyo ejercicio exige altas dosis de prudencia. Es, según él, una prenda tan sutil que corre el riesgo de pasar desapercibida sino es observada sin reparo. Al describirla la califica de “un señorío innato, una secreta fuerza de imperio, que se hace obedecer sin exterioridad de preceptos, sin arte de persuasión”⁵⁶. El varón que la posee es capaz de ejercer más autoridad con un amago que otros con

⁵⁴ Ibídem, p. 30-31.

⁵⁵ Ibídem, p. 31.

⁵⁶ Ibídem, p. 32.

órdenes expresas. Si le acompaña la eminencia del entendimiento y la grandeza del corazón, se convierte en el primer móvil en el mundo político. Sus mayores enemigos son el recelo de sí mismo y la desconfianza en su intrínseco valor.

En el campo de las relaciones sociales la simpatía y la antipatía suelen actuar como catalizadores del éxito y del fracaso. Gracián afirma que la simpatía es uno de los prodigios de la naturaleza y que causa admiración. Como tal “consiste en un parentesco de los corazones”, mientras que la antipatía consiste “en un divorcio de las voluntades”. Habla de “simpatía sublime”, que es estrella de la heroicidad, y distingue la simpatía activa, que es la que origina el momento, y la simpatía pasiva, que es la respuesta al encuentro. La primera es fácil en los varones magnos, pero la correlación es más rara, y no siempre se logra la correspondencia. En todo caso conocer y lograr la simpatía pasiva es asunto que compete a “la destreza en la discreción”, es decir, a la sagacidad combinada con la prudencia⁵⁷.

c) En los cinco últimos primores el héroe gracianesco se adorna con nuevas prendas, que embellecen y complementan las anteriormente descritas. Su mismo enunciado indica su carácter secundario, pero recuerda que son necesarias para lograr la perfección exigida. La primera de ellas es la constante renovación de la grandeza. Para que esta renovación sea posible, es imprescindible que los principios hayan sido óptimos, pues lógicamente no se puede renovar lo que no ha tenido buen comienzo. El amanecer del héroe ha de tener los esplendores del sol, y si

⁵⁷ *Ibídem*, p. 33-34.

siempre ha de poner esmero en que sus empresas ostenten grandeza, las del principio deben ser máximas, pues la enana “empresa pigmea” no “puede acreditar ser jayán” o alcanzar gran estatura. O como dice con otra sentencia de no menos sabor barroco: “Crece más en la primera aurora un cedro que un hisopo en todo un lustro, porque robustas primicias amagan gigantez”. Y esta conclusión, que incluye una apelación a la sagacidad y a la agudeza: “Es, pues, treta, tanto de águila como de fénix, el renovar la grandeza, el remozar la fama y volver a renacer al aplauso”⁵⁸.

Junto a la renovación de la grandeza, para que ésta no palidezca, el héroe ha de poner especial empeño en evitar la ostentación y la afectación, pues ésta es “el lastre de la grandeza”. La afectación consiste, según Gracián, en una alabanza de sí mismo, que como tal conduce al vituperio de sí mismo. “La perfección ha de estar en sí; la alabanza en los otros”, advierte el jesuita aragonés con su estilo sentencioso. Y es que toda prenda afectada es más violenta que natural, más aparente que verdadera. Si todos los narcisos son necios, los que lo son de ánimo o intencionadamente, tienen una necedad incurable, porque si en ellos el remedio es la misma enfermedad, siendo lo peor de ellos el pretender afectar que no afectan, como quien no sabe disimular el disimulo. De nuevo la conclusión remite a la mente despierta y sagaz: “Ésta llámese milagro de destrezas, que si otras por extravagantes sendas guían a la grandeza, ésta por opuesta [senda] conduce al trono de la fama, al dosel de la inmortalidad”⁵⁹.

⁵⁸ Ibídem, p. 34-35.

⁵⁹ Ibídem, p. 36-37.

Si bien la afectación u ostentación de las prendas que se poseen debe ser evitada, pues produce el efecto contrario al que se pretende, en cambio la emulación de las virtudes de otros héroes es positiva, y como tal debe ser intentada y practicada sin desmayo para acrecentar las cualidades propias y mejorarlas. Dice, en efecto, Baltasar Gracián: “Son los varones eminentes textos animados de la reputación, de quienes debe el varón culto tomar lecciones de grandeza, repitiendo sus hechos y construyendo sus hazañas”⁶⁰. Fueron muchos los héroes que imitaron a sus predecesores, como muestra la Historia antigua y moderna. Todos ellos han merecido la grandeza mediante la emulación y “con la grandeza la fama”. Pero no todos sus hechos son imitables, pues si algunos son “milagros de excelencia, otros son “antípodas de milagros”. De ahí su consejo al varón prudente: “Sepa el discreto graduarlos, y para esto tenga bien repasada la categoría de los héroes, el catálogo de la fama”; y “si el afortunado debe ser imitado por su felicidad, el discreto ha de serlo por su ingenio, y el despejado por su airosidad”⁶¹.

El penúltimo de los capítulos o primores de *El Héroe* se intitula “Paradoja crítica”, y anticipa el contenido de alguno de los mejores pasajes de *El Criticón* en cuanto destaca “el criticismo de España”. Es el último que se refiere expresamente a la prudencia como criterio directivo de la conducta práctica, y lo hace también por dos veces. Dice en efecto: “Es primor crítico deslizar venialmente en la prudencia, en el valor, para entretener la envidia, para cebar la

⁶⁰ Ibídem, p. 37.

⁶¹ Ibídem, p. 38.

malevolencia”⁶². Quiere con ello decir que a veces es conveniente cometer alguna leve imprudencia, que sirva de treta política, que ahuyente y roa a la envidia y ocupe y distraiga el veneno de la emulación ajena. Ese leve desliz actuará como triaca política o remedio eficaz por ser de la misma naturaleza, y en este caso como “contraveneno de prudencia”, en cuanto que, “naciendo de un achaque, tiene por efecto la salud”. Y es que a veces un pequeño defecto enaltece una figura, pues “una travesura de la naturaleza suele ser perfección de toda una hermosura”. Y “un lunar tal vez da campo a los realces de la belleza”⁶³.

Por mucho que se diga que Baltasar Gracián escribió este libro con mentalidad mundana y sin ninguna referencia a una idea religiosa, su último primor o capítulo muestra todo lo contrario. Está dedicado a la mejor joya de la corona y fénix de todas las prendas del héroe, que no es otra que la práctica de las virtudes morales cristianas, fuente de la felicidad y la grandeza. Por él desfilan una larga serie de héroes cristianos y de otros que, sin serlo, practicaron las mismas virtudes. El mayor de todos ellos, reconocido incluso por los gentiles e infieles, fue el sol de los ingenios, Agustín de Hipona, que redujo “toda la grandeza al fundamento de algunas virtudes morales”⁶⁴.

Si se tiene en cuenta que en este último primor Baltasar Gracián pretende refundir y aunar en una sola todas las prendas descritas en todos los primores anteriores, resulta indiscutible que el modelo de héroe que propone a sus contemporáneos y a las generaciones futuras no es el de un genio militar victorioso en todas sus batallas, ni es tampoco

⁶² Ibídem, p. 38.

⁶³ Ibídem, p. 39.

⁶⁴ Ibídem, p. 40.

un gobernante que sabe conducir a su pueblo, ni un hombre excepcional, adornado sólo con virtudes mundanas, sino que se trata de un hombre mortal ciertamente abstracto, ideal que no responde a un sujeto concreto, pero que por encima de todo debe ser un dechado de virtudes cristianas. De ahí la última recomendación, con la que clausura su “otro enano”, este inigualable juguete de grandeza y “melindre de discreción”. “¡Oh, pues, varón culto, pretendiente de la heroicidad! Nota el más importante primor, repara en la más constante destreza. No puede la grandeza fundarse en el pecado, que es nada, sino en Dios, que lo es todo. [...] Ser héroe del mundo, poco o nada es, ser héroe del cielo, es mucho”⁶⁵. En el manuscrito autógrafo ahora descifrado y publicado, que como se sabe es anterior a la primera edición que se conoce, añade este inciso entre las dos últimas frases: “y quien esta lejos de este señor, que es origen y el principio de la grandeza, lejos está de conseguirla”⁶⁶.

II

Que *El Político* de Baltasar Gracián es una continuación de su primer libro *El Héroe*, y que es además un panegírico de Fernando el Católico, lo confirman sus dos primeras frases: “Opongo un rey a todos los pasados; propongo un rey a todos los venideros: don Fernando el Católico, aquel gran maestro del arte de reinar, el oráculo mayor de la

⁶⁵ Ibídem, p. 41.

⁶⁶ Cfr. *El Héroe*, edición facsímil del autógrafo (manuscrito 6643 de la Biblioteca Nacional de Madrid), ed. y estudio preliminar de Aurora Egido (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001, p. 45 del facsímil.

razón de Estado”⁶⁷. Y para que no quede ninguna duda de cuál es el modelo real de su visión del político y de cuáles son los objetivos de su discurso ininterrumpido, explica a continuación: “Será éste [...], no tanto cuerpo de su historia cuanto alma de su política; no narración de sus hazañas, discurso sí de sus aciertos; crisis de muchos reyes, que no panegiris de uno solo”⁶⁸.

Para llevar a cabo esta tarea, Gracián describe el método que guiará su discurso. Indica que más que fijarse en sus hechos y en sus obras, elegirá y comentará alguno de sus aforismos, principalmente los más fáciles de entender y los más accesibles al público, pues los recónditos o que encierran dificultades de inteligencia prefiere dejarlos a quien presuma de poder entenderlos e interpretarlos. Señala además que su pluma no se moverá por el favonio o viento favorable de la lisonja, que nunca es aconsejable al tratar estos asuntos. Aunque a veces parezca que su empresa es una temeraria osadía, el caudal de noticias que de la persona real elogiabile tiene, disculpa y justifican cualquier amago de intrepidez al pronunciarse.

Esta exaltación inicial de la prudencia y también de la sagacidad como virtudes primordiales del quehacer político encuentran ya un eco sonoro en el doble dictamen de censura emitidos por el censor eclesiástico y estatal de su pequeño libro. De la primera es autor Pedro de Abella, quien en su breve dictamen consigna que se trata de un libro de gran valor que podrá servir de ejemplo a los príncipes y de idea a los monarcas por cuanto el autor ha demostrado al escribirlo “erudición

⁶⁷ *El Político don Fernando el Católico, Obras Completas*, ed. cit., t. II, p. 49; cfr. *supra*, p. 128 y 131-132, e *infra*, p. 172, 211 y 479-480.

⁶⁸ *Ibídem*.

curiosa, enseñanza advertida y política prudente”⁶⁹. Y en la censura edita, emitida por Juan Francisco Andrés de Uztarroz, uno de los epígonos del círculo de Vincencio Juan de Lastanosa, al referirse al Duque de Nochera, a quien esta dedicado el libro, declara: “cuya prudencia se acredita con acciones propias”⁷⁰.

En el desarrollo del discurso panegírico de Baltasar Gracián a Fernando el Católico, pese a que todo él se ofrece en continuada textura sin división alguna, podemos distinguir, para su mejor comprensión y comentario, cinco partes, no siempre fácilmente delimitables, debido precisamente a esa urdimbre ininterrumpida. La primera parte habla de la formación de los reinos y de la designación y educación del príncipe Fernando para gobernar el suyo; la segunda, la más sustanciosa sin duda, trata del ejercicio de la alta política como política de Estado y también de las relaciones con otros Estados; la tercera describe las cualidades y las prendas que debe poseer el príncipe para el acertado ejercicio de la acción política; la cuarta se refiere a la situación geográfica del reino, a la elección de sus colaboradores, del saber elegir una buena consorte y a otras mujeres que tienen en él gran influjo, como son la madre y las hermanas; y la quinta, finalmente compara a Fernando el Católico con otros príncipes y gobernantes y lo propone como modelo paradigmático de hombre de gobierno y hombre de Estado.

1.- Para regir un reino, y mucho más un imperio, con mano firme y con sabiduría política, son necesarias una serie de prendas personales y

⁶⁹ Ibídem, p. 45.

⁷⁰ Ibídem, p. 46.

de virtudes morales, entre las cuales Gracián destaca la capacidad y el valor por una parte y la prudencia y la sagacidad por otra. Pero en su opinión son estas dos últimas las que enaltecen y más engrandecen al príncipe y al gobernante. Dice al respecto: “Con el valor se consiguen las coronas, y con la prudencia se establecen. Sobróle a Alejandro la braveza para conquistar y faltóle la sagacidad para establecer”⁷¹.

No todos los reinos disponen de las mismas condiciones para ser gobernados. El jesuita aragonés entiende que existen al menos tres circunstancias que facilitan y contribuyen decisivamente a la mejor gobernabilidad de un reino; son éstas: la perfecta delimitación geográfica, la uniformidad de costumbres y la unidad de la lengua. Este es singularmente el caso de Francia. En otros Estados, en los que esas condiciones no se dan, la unión política y de gobierno es mucho más difícil y exige el concurso de la sagacidad política y prudentes dotes de ingenio. Es el caso de España. “En la monarquía de España” – dice – “donde las provincias son muchas, las naciones diferentes, las lenguas varias, las inclinaciones opuestas, los climas encontrados, así como es menester gran capacidad para conservar, así mucha para unir”⁷².

En ocasiones, para fundar un gran imperio y mantenerlo unido, es más necesaria y útil la sagacidad que el valor. En este contexto recuerda Baltasar Gracián a Ismael I (1487-1524) fundador del Imperio persa, quien recibió el título de *sha* o *sofi* en 1502 al fundar la dinastía *safawi*, en estos precisos términos: “Fue dos veces grande, por lo valeroso y lo sagaz, Ismael Sofi, pues fundó su Imperio de Persia, no de

⁷¹ Ibídem, p. 50.

⁷² Ibídem, p. 51.

las ruinas del otomano, sino de lo más florido de él”⁷³. Reconoce que a veces la sagacidad, para conseguir sus objetivos tiene que aliarse con la astucia, pues ésta tiene también su propio modo de fundar y de gobernar, pues sabe aprovechar mejor la ocasión.

Después de presentar varios modelos de los mejores príncipes y gobernantes que la Historia política ofrece, Baltasar Gracián retorna con gallardía a presentar el perfil de su modelo con estas magistrales pinceladas: “El claro sol que entre todos ellos brilla es el Católico Fernando, en quien depositaron, la naturaleza prendas, la fortuna favores y la fama aplausos. Copió el Cielo en él todas las mejores prendas de todos los fundadores monarcas, para componer un Imperio de todo lo mejor de las monarquías. Juntó muchas coronas en una y, no bastándole a su grandeza un mundo, su dicha y su capacidad le descubrieron otro. Aspiró a adornar su frente de las piedras orientales, así como de las perlas occidentales, que, si no lo consiguió en sus días, enseñó el camino a sus sucesores por el parentesco, que, donde no ha lugar la fuerza, lo ha la maña”⁷⁴.

Hecha esta exaltación primera de su héroe político, Baltasar Gracián inicia la presentación de su figura comenzando con su procedencia familiar y su entronque con la corona de Aragón: “Fue Fernando de la heroica prosapia de los reyes de Aragón, que fue siempre fecunda madre de héroes”⁷⁵. Esta evocación de la Corona de Aragón le sirve a Gracián como pretexto para elogiar a la familia real aragonesa, su grandeza histórica y las dotes que la distinguieron en su acción de

⁷³ *Ibíd*em, p. 52.

⁷⁴ *Ibíd*em, p. 52.

⁷⁵ *Ibíd*em.

gobierno. Señala que mientras otras prosapias y familias reales fueron “belicosísimas” y cifraron en el valor y en la audacia sus dotes de gobierno, la familia real aragonesa cifró su grandeza en la posesión y el ejercicio de las virtudes morales, imitando en esto a la casa de Austria y apartándose de los Valois, en Francia. Por todo ello estima que la familia real aragonesa no tiene nada que envidiar a otras casas reales, tanto antiguas como modernas; y para concluir su elogio emite este juicio histórico de muy elevado tono, en el que, entre otras prendas y cualidades que, según él, la enaltecen, ocupan un lugar preferente la sagacidad y la prudencia. Dice, en efecto: “La casa de los reyes de Aragón fue de príncipes eminentes en el gobierno. Todos a una mano selectos, políticos, *sagaces*, belicosos y *prudentes*, felicidad rara y envidiable de todos los demás reinos”⁷⁶.

Por muy digna y señorial que sea una casa real, perdería muy pronto su grandeza si no tuviera vástagos que perpetuaran su acción de gobierno, y si no cuidara con esmero la formación y preparación de sus herederos regios. En base a ello el jesuita aragonés describe con tintes acusados la providencial aparición del príncipe Fernando, llamado a engrandecerla por su propia condición de príncipe heredero y por las inigualables dotes de las que desde un principio dio muestras inequívocas. “Nació y crióse”, -dice el escritor belmontino- “no en el ocio ni entre las delicias del rey don Juan, su padre, sino en medio de los mayores aprietos. Las luminarias de su nacimiento fueron rayos de las

⁷⁶ *Ibíd.*, p. 53.

bombardas, y los regocijos de la Corte fueron triunfos de las multiplicadas victorias”⁷⁷.

Si honroso y pletórico de pronósticos favorables fue el nacimiento del príncipe Fernando, no menos venturosa y cuidada fue su educación y su formación para desempeñar con acierto y brillantez la misión que por su condición regia tenía asignada. Ambas fueron elegidas y estuvieron controladas directamente por su madre, doña Juana Enríquez, hija del almirante de Castilla Fadrique Enríquez, casada con Juan I de Navarra, y después II de Aragón, y reina de Aragón. Fue ella quien desde niño moldeó su personalidad y le proporcionó una amorosa pero austera educación desde su más tierna infancia. Lejos de proporcionarle una vida de regalo y aplauso, le acostumbró a la lucha diaria por la superación, forjando su carácter en la milicia, en un ambiente disciplinado que invitaba a ensalzar el honor, a fomentar el valor y a practicar la virtud, ejercitando el espíritu en el hábito del trabajo, de la lucha por ser el primero y mejor, así como en la aguda observación, reflexión y decisión, es decir, en la posesión de la sagacidad y de la prudencia que serán, a lo largo de su vida, los criterios que orientaran su labor de gobierno y el acierto en sus decisiones políticas. En este punto Gracián enfatiza: “De esta suerte se criaron todos los célebres monarcas: ésta es la educación de los héroes”⁷⁸ y prosigue: “Entregó Fernando la juventud a la milicia y la senectud a la política”⁷⁹, acorde con el desarrollo normal de la existencia humana, pues “piden las edades sus empleos: compete el valor a la mocedad y la prudencia a la

⁷⁷ Ibídem, p. 53.

⁷⁸ Ibídem, p. 54.

⁷⁹ Ibídem, p. 55.

vejez”, ya que “requieren las armas un grano de temeridad que no se encuaderna con la madurez”, en cambio “apetece la vejez todo lo contrario, ama la paz, porque el sosiego da leyes, reforma las costumbres, compone la república, establece el imperio”⁸⁰. “De una heroica educación sale un rey heroico”, repite Gracián como si quisiera elevar al máximo de su eficacia la educación que su madre procuró al niño Fernando, quien siendo menor de edad, presidió las Cortes de Aragón en Zaragoza, “supliendo la capacidad muy de hombre, la edad muy de niño”⁸¹ y aunque no podía rehuir la educación militar, su formación se orientó principalmente a las tareas de gobierno acorde con ello, “entregó Fernando la juventud a la milicia y la senectud a la política”; y si en sus primeros años atendió a conquistar, dedicó sus largos años de reinado a gobernar. Y es que vuelve a sentenciar Gracián: “Piden las edades sus empleos: compete el valor a la mocedad y la prudencia a la vejez”. Pero él avisa que Fernando nunca se sintió atraído por la audacia de la milicia, sino que eligió el oficio del buen gobierno; y es que “nunca los muy prudentes fueron grandes batalladores”. Como experto gobernante “amó la paz, porque el sosiego da leyes, reforma las costumbres (y) compone la república”⁸².

2.- La segunda secuencia que, a efectos de comprensión y mejor exposición cabe distinguir en el discurso panegírico de Baltasar Gracián sobre la figura de Fernando el Católico, trata, como ya indicamos en su acción de gobierno desde que muy joven, con sólo dieciséis años, accedió

⁸⁰ Ibídem, p. 55-56.

⁸¹ Ibídem, p. 54.

⁸² Ibídem, p. 55-56.

al trono de Sicilia (1468). “ilustre agüero de su gran cosecha de coronas”. Al año siguiente (1469) se casó con Isabel de Castilla, y al acceder ésta al trono (1474) entró también él en Castilla, “empresa más ardua que las de Alcides”, comenta Gracián con cierto dejo de encomio. Pero a su vez aprovecha el singular hecho histórico para ensalzar las dotes de buen gobernante de su héroe político: “Viose luego el exceso de su capacidad, la grandeza de su valor y conocióse que había de ser un prodigio político”⁸³.

Sin permitirse dilación alguna en su propósito de encumbrar a la máxima altura la capacidad para gobernar un gran reino, sin dejar espacio alguno a posibles errores, sobre todo en el comienzo, Gracián estampa con letras doradas, dignas de figurar en el frontispicio del más encopetado palacio este solemne presagio: “La llave de un feliz y acertado reinado consiste en el arrancar y, permítaseme decirlo así, en acertar a encarrilar”. Y a renglón seguido explica su veredicto con un ejemplo tan sencillo de comprender como literalmente bello, como es éste: “Por donde comenzó a correr el caudaloso río, por allí prosigue, que después es género de imposible el mudarle la corriente”⁸⁴.

Pero lo realmente imponderable, atendiendo al tema de nuestro estudio, es que tras este certero encarecimiento del buen comienzo de cualquier empresa de altos vuelos y en este caso de un reinado, que se prevé largo en el tiempo y extenso en el espacio, el escritor aragonés previene y alerta que todo el éxito de la gran empresa, logrando sortear las dificultades que se presentan, depende básicamente

⁸³ Ibídem, p. 56.

⁸⁴ Ibídem.

de la prudencia y de la sagacidad en su conducción y gestión. He aquí sus palabras, saturadas de sustancia y de inigualable expresividad: “Tienen los reyes grandes contrarios a los principios de su gobierno. Toda prudencia, toda atención, toda sagacidad aún no es bastante en este dificultoso punto. En las entradas de los caminos es el riesgo de errarlos, que, acertados una vez, con facilidad se prosiguen”⁸⁵.

Una de las decisiones más importantes, tanto para su persona como para su reino, que debe tomar un joven príncipe, haya o no accedido al trono, es elegir su cónyuge, es decir, la persona que haya de compartir con él los éxitos y los fracasos de su reinado. En este punto Fernando de Aragón supo elegir consorte, que además de ser de familia real como él mismo lo era, llegó a ser también heredera de un gran reino, además geográficamente contiguo al reino de Aragón. Así lo reconoce Baltasar Gracián con entusiasmo propio de quien se siente orgulloso de pertenecer también al reino de Aragón. Afirma al respecto el escritor belmontino: “Sorteó Fernando monarquía augusto, recíproca felicidad de parte del príncipe casar con monarquía igual a su capacidad y valor; de parte de la monarquía, alcanzar esposo igual a su grandeza y poder”⁸⁶. Para ser un gran rey hace falta tener un gran reino, es decir, un reino cuyo territorio sea suficientemente amplio para acoger su grandeza, pues un reino de espacio reducido difícilmente puede alcanzar peso, prestigio, influencia y poder en el consorcio de todos los reinos temporales. Por eso advierte acertadamente Gracián con una imagen muy apropiada para lo que quiere significar: “A una pequeña planta, cualquier pequeño vaso

⁸⁵ *Ibíd.*, p. 56.

⁸⁶ *Ibíd.*, p. 58.

le es campo espacioso; un árbol gigante, una empinada palma, un descollado cedro, hállase violentado en la vasija estrecha: no puede espaciarse, no puede campear”⁸⁷.

Esta grandeza del reino requiere “recíproca igualdad” del gobernante, pues así como “la pequeñez de un corto Estado” malogró a un estadista tan grande como prometía ser Carlos Manuel de Saboya, la mezquindad o mediocridad de un rey suele arruinar en pocos años la grandeza de su reino, como ha ocurrido tantas veces y en diferentes latitudes. Por todo ello es meridianamente evidente que “las grandes y dificultosas monarquías piden príncipes grandes en la capacidad y en el valor, y el de prendas grandes campea más en la monarquía grande”⁸⁸. Fue justamente lo que ocurrió con Fernando de Aragón y lo que le llevó a extender los límites de sus reinos. Anota Gracián: “Parecióle a Fernando estrechos sus hereditarios reinos de Aragón para sus dilatados deseos; y así anheló siempre a la grandeza y anchura de Castilla, y de allí a la monarquía de toda España, y aun a la universal de entrambos mundos”. Tuvo para lograrlo la fortuna a su favor, pues comenzó a reinar en cuarto creciente y en todo tiempo “reinó en creciente de imperio”, lo que ayuda mucho a consolidación de ambos, pues “depende mucho la grandeza o pequeñez de un rey del estado de la monarquía, que va mucho del reinar en su creciente al reinar en su menguante”⁸⁹.

El que un Imperio llegue a ser grande y mantenga su estabilidad durante largo tiempo depende en gran medida de que sus comienzos sean gobernados por “insignes reyes”, como sucedió en

⁸⁷ *Ibíd.*

⁸⁸ *Ibíd.*, p. 58-59.

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 59.

Roma, donde, entre sus primeros reyes, contó, además de con el “valeroso Rómulo”, con el “integérrimo” Marcio Anco y con el “sagaz Prisco”. A la vista de este ejemplo histórico parece totalmente exigible que “aquel primer calor nativo, con el que se formó el político cuerpo de un imperio”, dure por algún tiempo; merced a esta duración no cuantificada, “permanece aquella sustancia radical del poder, de la prudencia y del valor”⁹⁰, cuya prueba fáctica cuenta con numerosos y elocuentes ejemplos históricos, también en latitudes diversas y en civilizaciones tan diferentes como son la cristiana y la otomana. Como también abundan los casos que comprueban que de los malos inicios se siguen pronto la decadencia y la postración, y que no hay peor infelicidad para un príncipe que heredar un reino envejecido en el que ha decaído el valor, se ha desterrado la virtud y el vicio se ha entronizado.

Si el comienzo de su reinado fue bueno y pronto dio muestras de poseer dotes excepcionales de gobierno, en el ejercicio de su alto cargo durante más de cuatro décadas, contando sólo desde su acceso al trono de Aragón, Fernando fue un modelo ejemplar, no sólo como persona, sino también como rey y como hombre de Estado. Así lo declara literalmente Gracián: “Tuvo Fernando grandes virtudes de hombre, y en sumo las de rey”, tanto más dignas de elogio cuanto que “las prendas reales son sublimes y de orden superior”⁹¹. Lo contrario hubiera sido causa de gran infelicidad y de ruina del imperio, como sucedió en el gran Imperio romano, no bastando para remediarlo el disponer de excelentes maestros, como ocurrió con el caso de Nerón,

⁹⁰ *Ibíd.*, p. 59-60.

⁹¹ *Ibíd.*, p. 62.

pues “aunque previno el cielo un oráculo de prudencia para maestro de un monstruo de maldad”, “poco aprovechó la enseñanza donde repugnó la naturaleza”. Y hubiera sido aun mucho peor el final, si ese gran maestro y “oráculo de prudencia” no hubiera sido Séneca⁹².

Como todos los grandes príncipes y gobernantes también Fernando tuvo sus defectos, mucho más notorios y visibles en quien ejerce un alto cargo que en los subordinados y en las personas normales. Aún reconociendo el hecho, por otra parte inevitable, puesto que ningún ser humano es perfecto y nadie ejerce a la perfección su oficio, sea cual sea la naturaleza de éste, en el caso de Fernando estima Gracián que exageraron “algunos ligeros achaques los extranjeros, como interesados, y como si en él fueran culpables, porque prevaleció, los que en sus príncipes excusables, porque le cedieron”. Y añade esta premonición: “Si faltó, no fue por faltar, sino por contemporizar efectos de la ocasión, no del vicio; llevábalos el tiempo”. No obstante, reconoce también el belmontino que entre sus propios súbditos y partidarios se le achacaron deficiencias: “Notáronle también los propios algunas faltas, que no demasías”. Pero él, consciente de su talante y de su templanza y prudencia en el arte de gobernar, “templó con su moderación la prodigalidad de dos reyes sus predecesores, y, si fue templado para con los otros, mucho más para consigo”. De ahí la conclusión que extrae el tratadista belmontino de su enjuiciamiento y valoración de su héroe político como persona y en el ejercicio de sus funciones de rey y de hombre de Estado: “Fue universal en talentos, y singular en el gobernar.

⁹² Ibídem, p. 63.

Gran caudillo, gran consejero de sí mismo, gran juez, gran ecónomo, hasta gran prelado, pero máximo rey”⁹³.

Como ya he dicho, en cuanto teórico de la política, es decir, de lo que él llama su pequeña “Política” evocando algunos tratados clásicos, como la *República* de Platón, o modernos, como *El Príncipe* de N. Maquiavelo y la *Razón de Estado* de G. Botero⁹⁴, en Baltasar Gracián es una advertencia constante y también cortante la preeminencia de la acción de gobierno sobre la acción militar cuando se trata de describir y valorar el oficio y la misión de un rey. Lo reitera ahora con frase lapidaria: “La eminencia real no está en el pelear, sino en el gobernar”. Lo cual no supone menospreciar la milicia y su decisiva relevancia como salvaguarda y garantía del buen gobierno. Así lo reconoce expresamente en el desarrollo posterior de su discurso: “Heroica prenda es el militar valor de un rey; álzase con la plausibilidad”; pero en seguida advierte que, “bien examinado al político rigor, el oficio de un rey no es ser capitán, que a mucho más se extiende. Es universal la obligación, abarca muchas eminencias”⁹⁵, entre ellas la administración de justicia, el gobierno, la economía y todas las demás obligaciones reales. Como quiera que el rey como gobernante tampoco puede renunciar a la defensa de su reino y a recurrir al uso de las armas y a la movilización de las fuerzas militares cuando sea necesario; pero, para preservar la primacía de la función de gobierno, no tiene otro remedio que dirigirla y controlar las acciones militares frenando los ímpetus belicosos de sus mandos

⁹³ *Ibidem*, p. 64.

⁹⁴ Cfr. *El Criticón*, II parte, *Obras Completas*, Biblioteca Castro, t. I, Crisis IV, p. 292-293.

⁹⁵ *El Político*, ed. cit., p. 64-65.

militares. Sólo así logrará conseguir la victoria y alcanzar sus objetivos. “En esto fue sagacísimo Fernando”, dice Gracián, “pues llenó a España de triunfos y de riquezas. Peleando en un reino, triunfaba en los demás. Enriqueció a España temporal y espiritualmente. Adelantó la milicia y la justicia, aquélla con ejércitos, ésta con tribunales”⁹⁶.

En este sabio ajuste del gobernante a lo que su oficio por naturaleza le exige, fue también singular y único Fernando de Aragón: “Gobernó siempre a la ocasión”, que fue “el aforismo máximo de su política”. Lo explica el tratadista belmontino con este convincente razonamiento: “Corresponder el genio del príncipe al estado de la monarquía es suerte; violentarse, o templarse con él, prudencia. Tiene lo primero la ventaja de connatural, y con la facilidad asegura la duración; merece lo segundo la gloria de la industria”, es decir, del arte en la política⁹⁷. Y concluye su razonamiento con esta otra sentencia no menos propia de su agudeza política, que resume y corrobora su solución a la difícil cuestión planteada: “Si no es que la política, la sagacidad y el saber suplan la falta de pericia militar”⁹⁸.

Según se avanza en la lectura de su discurso panegírico se comprueba cada vez más que Baltasar Gracián quiere demostrar que su intención no es limitarse a ofrecer a sus lectores un ditirambo jactancioso de su héroe político, sino que a la vez pretende diseñar y elaborar un pequeño tratado de alta política de Estado. Por eso ahora, para enaltecer más a su héroe, afirma que la suya fue “era de grandes reyes”, y que por ello fue una era prodigiosa de la política, en la que “concurrió Fernando

⁹⁶ Ibídem, p. 65-66.

⁹⁷ Ibídem, p. 66.

⁹⁸ Ibídem, p. 68.

con príncipes de su genio, sagaces, atentos y políticos”. Si en otras épocas los reyes brillaron por ser marciales y guerreros, o por ser justos y religiosos, o por ser remisos y cautos, en esta era singular la política ocupó el primer plano. “Fue era de políticos, y Fernando el catedrático de Prima. Digo, político prudente, no político astuto, que es grande la diferencia”, tanto que se puede afirmar sin riesgo de equivocarse que “vulgar agravio es de la política el confundirla con la astucia”, puntualiza Gracián⁹⁹. Mientras que la astucia sabe fingir, engañar, disimular, sin reparar en el daño que causa sino sólo en el propio provecho, la verdadera política y no la política inútil o fingida atiende a conseguir beneficios sin perjudicar directamente al adversario e incluso al enemigo. Fue ciertamente una era gloriosa, tanto por su encrucijada histórica, último cuarto del siglo XV y las dos primeras décadas del siglo XVI, como por sus protagonistas. En ella “contemporizó Fernando con la política de un Luis XI, con la prudencia de un primer Maximiliano, con la sagacidad de un Alexandro VI, con la astucia de un Ludovico Moro”, pero, frente a todos ellos, “alzóse al cabo con la ganancia”¹⁰⁰. La conclusión final de toda esta retahíla de alegatos elogiosos, recíprocamente encadenados e indisociables, no podía ser más clara y diáfana, incluso con respecto a esta era extraordinaria de la política. Es ésta: “La verdadera y magistral política fue la de Fernando, segura y firme, que no se resolvía en fantásticas quimeras. Útil, pues le rindió reino por año. Honesta, pues le mereció el blasón de Católico. Conquistó

⁹⁹ Ibídem, p. 68.

¹⁰⁰ Ibídem.

reinos para Dios, coronas para tronos de su Cruz, provincias para campos de la Fe, y, al fin, él fue el que supo juntar la tierra con el cielo”¹⁰¹.

3.- Después de ponderar y enaltecer hasta límites inverosímiles la acción política y de gobierno de su héroe, y de compararlas con las de los coetáneos de su prodigiosa “era política”, Baltasar Gracián dedica algunas páginas memorables a enumerar y describir las dotes o “prendas” y las virtudes o cualidades que poseía y que le distinguieron tanto como hombre y como gobernante. “Fue rey de prendas y de ocasiones, cortadas éstas a medida de aquéllas”. Así comienza su encendida loa y, antes de proceder a enumerarlas, advierte sobre la necesidad de esa conjunción de unas y otras, de prendas y de ocasiones, para que no se malogre su eficacia. “Tuvieron algunos príncipes excelentes prendas, pero faltáronles las ocasiones de emplearlas. Al contrario, otros tuvieron las ocasiones y faltáronles los talentos, que no sé cuál condene por mayor infelicidad”. Esto nunca ocurrió en el caso de Fernando, cuyas “prendas” o dotes de gran gobernante gozaron de innumerables ocasiones para mostrarlas y hacer un uso cabal de todas ellas¹⁰².

“Su mayor prenda, y el sol de las demás, fue una prodigiosa capacidad, fundamento seguro de una real grandeza”. Cumplía con esto el gran rey Fernando la primera exigencia de su alto oficio y dignidad, porque, según Gracián, “el primario real constitutivo es una gran capacidad, y rey de mucha capacidad, rey de mucha sustancia”; lo cual no se refiere obviamente a la cavidad material, sino al comprender,

¹⁰¹ Ibídem, p. 69.

¹⁰² Ibídem, p. 70.

denotando que “el mayor atributo de un príncipe ha de ser el abarcar, el entender”¹⁰³, que incluye necesariamente el saber práctico. Es tanta la importancia que Gracián asigna a esta prenda intelectual, que consiste en comprender, abarcar, entender y saber práctico, que, en un alarde de concreción, enumera en cuatro puntos cuáles son sus propiedades. Son éstas, alineadas por orden de mayor alcance o entidad: a) “La capacidad constituye personas, la incapacidad monstruos”; b) “es la capacidad el fundamento de la política, aquella gran arte de ser rey, que no hace asiento sino en los grandes juicios”; c) “es la capacidad seno de la prudencia, sin la cual, ni el empleo, ni el ejercicio, ni los años, sacan jamás maestros”; y d) “es la capacidad la otra columna, que, ladeada del valor, asegura entrambas la reputación”. Pero en competencia con el valor, la otra columna que sustenta la grandeza de la monarquía, “gana siempre la primera”, es decir, la capacidad. Por eso, Felipe II de España, aunque “comenzó valiente, acabó prudente”¹⁰⁴.

Todavía no se contenta el tratadista belmontino con esta previa conceptualización de la capacidad como caudal intelectual y de su eficacia operativa en el ámbito de la política, y, como si quisiera mostrar todas sus virtualidades, vuelve a conceptualarla en función de su operatividad. “Consiste esta nunca asaz encarecida prenda en dos facultades eminentes: prontitud en la inteligencia y madurez en el juicio; precede la comprensión a la resolución, y la inteligencia aurora es de la prudencia”. De estas virtualidades operativas que la capacidad entraña y que transmite a los políticos que por naturaleza la poseen, resultan una

¹⁰³ *Ibíd.*

¹⁰⁴ *Ibíd.*, p. 71.

serie de modelos de príncipes y soberanos, que el escritor aragonés enumera por este orden: a) “Un príncipe comprensivo”, como lo fue Casimiro el Grande de Polonia; b) “un príncipe prudente, cuyo gran juicio es el contraste de todo gran caudal”; c) “un príncipe sagaz, Argos real que todo lo previene”; d) “un príncipe penetrante”, “zahorí de la mayor profundidad”, como lo fue Enrique IV de Francia; e) “un príncipe vivo, que todo lo ve, todo lo oye, todo lo huele, todo lo toca”; f) un príncipe atento”, que siempre tiene abiertos los ojos a lo que en la realidad ocurre o a su apariencia, de lo que fue modelo Felipe II, a quien recuerda con esta cálida evocación de su figura real: “¡Oh atención la del prudente Filipo de las Españas”; g) y en fin, “un príncipe sensible, que le piquen, que le lastimen las pérdidas en lo vivo del corazón”, para que no haga de la indolencia “paradoja razón de Estado”, ni “magnanimidad de la insensibilidad”¹⁰⁵.

La conclusión de todo este muestrario de modelos de príncipes y gobernantes, no por esperado, podía dejar de sorprender, puesto que, con frases cortantes y formulación muy precisa, el tratadista de una tan pequeña cuanto ambiciosa “Política”, con la que quiere emular a los mejores tratadistas clásicos y modernos, atribuye no una sino todas esas virtudes, que individualmente configuran a su modelo de gobernante político, a su insuperable héroe. Dice en efecto: “Este príncipe comprensivo, prudente, sagaz, penetrante, vivo, atento, sensible y, en una palabra, sabio, fue el Católico Fernando, el rey que de mayor capacidad ha habido, calificada con los hechos, ejercitada en tantas ocasiones; fue útil su saber, y, aunque le sobró valor, jugó de maña”. Y, como si

¹⁰⁵ Ibídem, p. 71-73; cfr. *supra*, p. 128, 131-132, 155, e *infra*, p. 211 y 479-480.

quisiera resaltar más su prudencia, pues su sagacidad quedaba sobradamente destacada tanto con el uso del calificativo “sagaz” como con otros adjetivos sinónimos, termina así su dictamen: “No fue afortunado Fernando, sino prudente, que la prudencia es madre de la buena dicha. Comúnmente, es feliz, así como la imprudencia es desgraciada: todos los más prudentes príncipes fueron muy afortunados”¹⁰⁶.

4.- Es “célebre cuestión política”, escribe Gracián, “si el príncipe ha de asistir en un centro por presencia y en todas partes por potencia y por noticia, o si, como el sol, ha de ir discurriendo por todo el horizonte de su imperio, ilustrando, influyendo y vivificando”¹⁰⁷. En último término la cuestión se reduce a elegir un centro que como capital sea su residencia permanente, o si puede tener varias, o al menos un par de ellas, como hicieron los políticos reyes de China con las ciudades de Panquin y Nanquin. Su dictamen es que más bien se debe optar por un solo centro real de mando. Así lo hicieron a lo largo de la historia la gran mayoría de las monarquías y de los gobiernos que eligieron como capital a la ciudad más importante o la más apropiada, cuya notoriedad quedó por ello consagrada. En el caso de Fernando prefirió dejar esa elección a sus sucesores, quienes, una vez asentada la monarquía única, “escogieron Madrid, por ser centro de España y por lo saludable de su terreno”¹⁰⁸. Y entre los dos extremos de recorrer continuamente el territorio de su reino y acompañar a sus ejércitos allí donde éstos hubieran de librar batalla,

¹⁰⁶ *Ibídem*, p. 73-74.

¹⁰⁷ *Ibídem*, p. 77-78

¹⁰⁸ *Ibídem*, p. 82.

“halló el medio el prudentísimo Fernando: ni todo era caminar, como Adriano, ni todo holgar, como Galieno”¹⁰⁹.

Un rey o un gobernante de gran capacidad, también debe ser de gran elección. Y la primera elección acertada en la que debe poner el mayor esmero, es en la elección de sus ministros. De hecho son muchos los que atribuyen la suerte de un rey y de un gobernante a “tener buenos ministros”; es más, a tener “prudencia en saberlos escoger, o ciencia en saberlos hacer”, como hacia Felipe II el Prudente¹¹⁰.

Con ser importante la elección de sus ministros para todo rey o gobernante para el buen hacer de su gobierno, la elección de mayor alcance y relevancia es la de su consorte. De hecho “lo que más ayudó a Fernando para ser príncipe consumado de felicidad y de valor fueron las esclarecidas y heroicas prendas de la nunca bastantemente alabada reina doña Isabel, su católica consorte, aquella gran princesa que, siendo mujer, excedió los límites de varón”. Abundando en su razonamiento, formula Gracián en este contexto otra de sus grandes proclamas en estas contundentes afirmaciones: “Acarrea mucho bien la buena y prudente mujer, así como la imprudente mucho mal”. Esta alabanza de la mujer consorte la extiende también Gracián a la buena y prudente madre: “¡Dichoso el príncipe -escribe-, a quien una prudente y santa madre le saca segunda vez a la luz de la virtud y, como cristiana osa, le va formando e informando!”¹¹¹.

¹⁰⁹ Ibídem, p. 80.

¹¹⁰ Ibídem, p. 83.

¹¹¹ Ibídem, p. 84.

Llegado a este punto, el referente a la elección de las mujeres que deben rodear al rey en las tareas de gobierno, Baltasar Gracián ofrece una muestra más de su innata prevención contra el sexo femenino, que llegará a su máxima expresión en varias páginas de *El Criticón*, como tendremos ocasión de ver en el último capítulo. Dice al respecto: “Reinan comúnmente en este sexo las pasiones de tal modo, que no dejan lugar al consejo, a la espera, a la prudencia, partes esenciales del gobierno, y con la potencia se aumenta su tiranía”. No obstante, en esta ocasión atempera notablemente su juicio peyorativo, hasta tal punto que cuando ocurre lo contrario se convierte en elogio y en alabanza suya. Así dice: “Pero la que por su corregido natural salió sabia, y prudente, lo fue con extremo, y ordinariamente, las muy varoniles fueron muy prudentes”. Esta singular ayuda que una mujer puede prestar a un príncipe gobernante es principalmente notoria cuando se trata de su consorte, la cual, si demuestra tener también buena capacidad para los asuntos de gobierno, debe darle “lugar de conreinar, más siempre con templanza”; tal ocurrió con Ramiro I de Castilla, quien fue sabiamente “ayudado de la prudencia y valor de la reina doña Urraca, su mujer”; y todavía mucho más notoria fue esa ayuda en el caso del rey Juan II de Aragón, esposo de la reina doña Juana; era tal la capacidad de ésta, que en todas las labores de gobierno “dividíanse el trabajo entrambos”¹¹².

Cuando el príncipe gobernante no tiene una buena esposa o madre que le aconseje en sus tareas de gobierno puede suplir esta falta si puede contar con “una hermana prudente, cuerda y sagaz”, que ocupe el lugar de la esposa o de la madre. Tal fue el caso de Enrique I de Castilla,

¹¹² *Ibídem*, p. 85.

quien contó con el consejo y la ayuda inestimable de “la esclarecida reina de León doña Berenguela, su hermana, que, mientras le asistió gozó de tranquilidad Castilla”¹¹³.

5.- La quinta y última secuencia que, a efectos de una mejor comprensión y exposición cabe distinguir en el largo panegírico de Baltasar Gracián sobre su héroe político, contiene un elogio final y omnicomprendido de todo su reinado y de su, para él, inigualable acción política y visión política. “Llegó Fernando a donde pocos llegaron, al extremo de la política”, sentencia el tratadista belmontino; y añade que con ello logró “hacer de su gobierno dependencia, a que conociese la monarquía que ella le había de menester a él, y no al contrario”. Todo esto lo consiguió por sus grandes dotes de gobernante, pero sobre todo por su prudencia, hasta el punto que, quienes habiendo sido favorecidos le fueron ingratos, “buscáronle agraviado, pero prudente, y juzgaron por mayor mal carecer de sus acertados dictámenes que sujetarse a su indignada prudencia”¹¹⁴.

La otra acción de gobierno de Fernando, primero en su reino de Aragón y después en la consolidación de su unión con Castilla, fue perfecta “en todo género de adorno, cultura y perfección política”, proclama el jesuita aragonés. Y olvidando un poco la contribución de su consorte, la reina de Castilla, a la que parece gusta más presentar como eximia colaboradora y consorte, opina que el sólo logró para España lo que otros muchos hicieron en Italia. “Él la hizo “religiosa”, “valerosa”,

¹¹³ *Ibíd.*, p. 85.

¹¹⁴ *Ibíd.*, p. 86.

“majestuosa”, “rica”, “sabia”, y la puso al frente del mundo civilizado de su época, afirma sin titubeos, “de suerte que, con mucha razón, el prudentísimo Filipo, su nieto, haciendo cortesía a sus retratos, añadía: a éste lo debemos todo”¹¹⁵.

Juntando una vez más la prudencia con la sagacidad, aunque ésta aparezca encubierta bajo el nombre de sutileza, entiende Gracián que fue tal el uso diario que de una y otra hizo su héroe, que, como otros príncipes muy prudentes, “de algunos simples y de locos hicieron [...] oráculos de verdad”, y lograron con ello que pregonasen entre propios y extraños las virtudes de su héroe. Y concluye Gracián: “Esta fue la relevante sutileza de Fernando y corona de su política”¹¹⁶.

“Murió Fernando a los sesenta y cuatro años de edad y a los cuarenta de su reinado”, recuerda el agudo belmontino, contando sólo al parecer los años en que reinó en Aragón y Castilla por la unión de ambos reinos, más los años en que fue regente de Castilla. “Pero no murió Fernando, que los famosos varones nunca mueren”. Y logró que su nombre perviviera con “fama de honor, de heroicidad y de lucimiento” en los diversos coros de grandes reyes y gobernantes, entre ellos “en el de una sacra católica piedad”, “en el de los valerosos”, “en el de los magnos”, “en el de los sabios”, “en el de los políticos”, y en especial “en el de los prudentes”, “en el de los felicísimos” y “en el de los justicieros”. Y resumiéndolos todos en una agenda continua y secuenciosa, termina así su apología como en él suele ser costumbre. “Finalmente, en todos los catálogos del aplauso y de la fama halló a nuestro universal Fernando por

¹¹⁵ *Ibíd.*, p. 86-87.

¹¹⁶ *Ibíd.*, p. 88.

católico, valeroso, magnánimo, político, prudente, sabio, amado, justiciero, feliz y universal héroe”¹¹⁷.

Para que la obra política de este “perfectísimo dechado de monarcas” no se malograra ni pereciera en el olvido, guiado siempre por su habitual prudencia y su sin par sagacidad, supo transmitir un legado a la gran Casa de Austria, a la que Baltasar Gracián colma de elogios y considera elegida por Dios para ser “riquísimo minero de santos”, y en cuyo emblema figura su santo nombre al lado del de sus reyes. “Ésta, pues, escogió el católico y sabio rey para sucesora augusta de su católico celo, para heredera de su gran potencia, para conservadora de su prudente gobierno, para dilatadora de su felicísima monarquía, que el Cielo haga universal. Amén”¹¹⁸. Así termina el panegírico graciano a su gran héroe político, concebido también por él como su “pequeño” tratado de Política, en cuyas páginas la prudencia y la sagacidad, junto con sus virtudes concomitantes, operan y soportan, como ejes conductores, la acción política y de gobierno, y constituyen la columna que vertebra en unidad ininterrumpida todo su dilatado discurso.

¹¹⁷ Ibídem, p. 88-90.

¹¹⁸ Ibídem, p. 90.

Capítulo III

Sé sagaz y prudente, primer imperativo del varón perfecto

“Sagaz anotomía, mirar las cosas por dentro”
(*El Discreto*, 1646, edición facsímil, 2001, p.7).

Con la publicación de *El Discreto*, que forma, junto con *El Héroe* y *El Político don Fernando el Católico*, la singular trilogía de Baltasar Gracián, concluye el programa diseñado para enseñar al hombre a conducirse en la vida y lograr alcanzar la perfección máxima propia de su estado y condición social. Esta trilogía comienza con *El Héroe*, dedicado a forjar un prototipo de hombre de excepción, proponiéndole ejercitarse en la práctica de una serie de reglas o “artificios” que le ayuden a conseguirlo, es decir, a ser un hombre completo, cabal, inteligente, sagaz, prudente, etc., en resumen un autentico héroe por su valía y excepcionalidad. Continúa después con *El Político don Fernando el Católico*, en el que describe al gobernante perfecto, y que él concreta y humaniza en la persona de don Fernando II de Aragón, a quien presenta como modelo de buen gobernante y excepcional político, que sirva de referente a todos aquellos que deben regir los destinos de un pueblo y se

ocupan de su dirección y gobierno, con el fin de alcanzar el mayor bienestar político y social. Y termina con *El Discreto*, obra que pretende hacer extensiva a cualquier estamento social la posibilidad de ser un hombre perfecto.

Mientras que los dos primeros libros que conforman esta singular trilogía fueron preparados y escritos en poco tiempo, *El Discreto* tuvo una gestación lenta, de al menos cinco largos años, pues consta que el autor comenzó a diseñarlo en 1640, tras la publicación de *El Político*, y no vio la luz pública hasta finales de agosto de 1646, dado a la imprenta por su editor habitual Juan Nogués en Huesca¹. No existe, como algún tiempo se supuso, una edición anterior datada en el año 1645. Hubo en cambio una segunda edición en 1647 en Barcelona a cargo del impresor Pedro Iuan Dexen; y también existe una segunda impresión en Huesca del mismo año 1647, por el mismo editor de la *princeps*, Juan Nogués. Y otras dos ediciones en Coimbra en 1647 y 1656, a cargo del impresor Thomé Carvalho, y otra en Amsterdam en 1665, debida al impresor Pedro le Grand².

La edición príncipe de *El Discreto*, publicada en el año 1646 en la ciudad de Huesca, contó con el valioso patrocinio de don Vincencio Juan de Lastanosa, como había ocurrido con *El Héroe* y *El Político*, figurando como autor Lorenzo Gracián. Apareció probablemente en el mes de agosto de dicho año, como se deduce de la dedicatoria que el mismo Lastanosa, promotor de la publicación, hace al entonces heredero

¹ Ha sido reeditado en edición facsímil con prólogo de Aurora Egido (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001), que reproduce el ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid, signatura R-13660.

² Cfr. la edición facsímil de Aurora Egido antes citada, p. XII-XIV.

de la Corona, Príncipe de las Españas y del Nuevo Mundo, Baltasar Carlos, quien, como se sabe, murió en Zaragoza, de manera inesperada, el 9 de Octubre de 1646; además esta datación aparece avalada en una carta de fecha 8 de Septiembre de 1646, que le dirige don Rodrigo Méndez Silva a don Juan Francisco Andrés de Uztarroz, cronista del reino de Aragón, en la que le pide un ejemplar de *El Discreto*³, lo que demuestra que en ese momento ya se había publicado la obra; por otra parte, el propio Lastanosa, en una advertencia u observación que se permite hacer a los lectores, en el prólogo a la obra, se refiere a la excelentísima señora Condesa de Aranda, a quien califica de “la fénix de nuestro siglo para toda una eternidad”, lo que implica que ya había fallecido, óbito que tuvo lugar en los primeras fechas del mes de julio de ese año de 1646⁴.

Aunque parezca paradójico, este nuevo libro de Baltasar, *El Discreto*, tuvo una aceptación universal, debido a que el prototipo de hombre que en él se contempla y describe no es un hombre abstracto excepcional, como ocurría en *El Héroe*, ni tampoco un hombre real singular, como ocurría con *El Político don Fernando el Católico*, sino que es un prototipo de hombre perteneciente a cualquier estamento social. Prueba de este reconocimiento y aceptación general de *El Discreto* son las traducciones que de él se hicieron al italiano, al francés, al inglés y al alemán, con títulos tan significativos como estos: *L’Uomo universale* (Venecia, 1679 y 1725), *L’homme universel* (Paris, 1723), *The*

³ Cfr. Ricardo del Arco, *La erudición española en el siglo XVII*, (Madrid, CSIC., 1950), t. I, p. 442.

⁴ Cfr. Baltasar Gracián, *Obras Completas*, ed. de Arturo del Hoyo, (Madrid, Aguilar, 1967), 3ª ed., p. LVII, nota 2.

Complett Gentleman (Londres, 1726) y *Der Vollkommene Mensch* (Augsburg, 1729) o *El hombre perfecto*⁵.

Entre *El Político* (1640) y *El Discreto* Baltasar Gracián escribió y publicó el *Arte de Ingenio, tratado de la agudeza* (1642). Por eso, cuando Vincencio Juan de Lastanosa, que se atribuye la publicación del libro, escribe el prólogo a los futuros lectores, comienza diciendo: “El cuarto (que es calidad) de los trabajos de un amigo doy al lucimiento”⁶. Pero además Lastanosa hace referencia en el mismo prólogo a otros dos libros escritos por su amigo en esos años, que nunca fueron publicados, y a los que simplemente cita como *El Atento* y *El Galante*. Dice, en efecto, al tratar de elogiar el nuevo libro: “Ninguno, pues, de los que le preceden, juzgaría que le espanta, si los que le siguen, especialmente un *Atento* y un *Galante*, que vienen ya a los alcances y le han de pasar a *non plus ultra*”⁷. Que estos dos supuestos libros fueron escritos por Gracián se confirma por cuanto él mismo se refiere a ellos en las páginas de *El Discreto*. Así alude al primero en tres ocasiones, concretamente en el realce o capítulo segundo, donde escribe: “Bien es verdad que el varón sabio ha de ir deteniéndose, y más donde no conoce; entra con recato sondando los fondos, especialmente si presiente profundidad, como lo encargaremos en nuestros *Avisos al Varón Atento*”⁸. Esta misma referencia se repite al final del realce o capítulo VIII, donde puede leerse: “Y con esto vamos uno a su historia, digo, a la *Zaragoza antigua*, tan

⁵ Cfr. la edición facsímil de Aurora Egido, cit., p. XXI. En *Baltasar Gracián, su vida y su obra*, de Evaristo Correa, (Madrid, Gredos, 1970), en la bibliografía de Gracian, p. 339-340, hay varios más.

⁶ Cfr. *El Discreto, Obras Completas* (Madrid, Biblioteca Castro, 1993), t. II p. 97.

⁷ *Ibíd.*

⁸ *Ibíd.*, p. 106.

deseada de la curiosidad cuanto ilustrada de la erudición, y yo, a mi filosofía de *El Varón Atento*”⁹. Y por último encuentro una nueva referencia más explícita en el realce o capítulo XI, con estas palabras: “Gran lección es ésta del saberse hacer estimar, de saber vender una eminencia, afectando el encubrirla, para conservarla y aun aumentarla con el deseo, que en los *Avisos al Varón Atento* se discurrirá con enseñanza”¹⁰. Por lo que respecta a *El Galante* no encuentro en *El Discreto*, ninguna referencia explícita a este nuevo libro, pero sí una alusión implícita cuando en el realce o capítulo I, que trata del genio y el ingenio, dice lo siguiente: “Pero el galante genio se vio sublimado a deidad en aquel, no solamente cojo, sino ciego tiempo, para exageración de su importancia a precio de su eminencia”¹¹. Además dedica todo el realce o capítulo IV a la galantería, entendida no tanto como cortejo a las personas del sexo femenino, cuanto como bizarría, gentileza, clemencia y magnanimidad del varón perfecto ante sus semejantes. Esto probaría que ambos supuestos libros de Gracián, dados por perdidos, fueran incluidos, en todo o en parte, en el nuevo libro *El Discreto*, y sobre todo como enseguida veremos, en el *Oráculo manual y Arte de prudencia*.

La crítica especializada en Gracián está más o menos de acuerdo, en base a estas pruebas, que estos dos libros realmente existieron. Y también suelen estarlo en que ambos libros fueron incorporados, parcial o totalmente, bien en *El Discreto*, o bien en el *Oráculo manual y Arte de prudencia*, o incluso en *El Criticón*. A partir de aquí las opiniones son muy dispares. Así, por ejemplo, Miguel

⁹ Ibídem, p. 126.

¹⁰ Ibídem, p. 134-135.

¹¹ Ibídem, p. 102.

Romera-Navarro en un principio pensó que los *Avisos al Varón Atento* habían sido refundidos, al menos parcialmente, en la obra principal de Gracián, *El Criticón*. Pero años después modificó su criterio debido a las críticas de otros especialistas y se adhirió a las opiniones de quienes pensaban que ambos libros habían sido refundidos o bien en *El Discreto* o sobre todo en el *Oráculo manual y Arte de prudencia*. Según él, al elaborar *El Oráculo manual*, Gracián utilizó sus libros y manuscritos anteriores, recogiendo sus ideas y desarrollándolas libremente, y a veces copiándolas literalmente. Así lo expone en el prólogo que presenta en la edición crítica y comentada que él hace a la obra *Oráculo manual y Arte de prudencia*, en donde escribe, en su apartado 4 y a modo de epígrafe o título, lo siguiente: “*El Oráculo, libro nuevo, no una recopilación*”, para después exponer el motivo en donde fundamenta su opinión, “de los 300 aforismos del *Oráculo*, solamente 72 proceden de otros libros gracianos: 44 proceden del *Discreto*, 23 del *Héroe*, 2 del *Criticón*, 1 del *Héroe* y *Político* juntamente, 1 del *Héroe* y *Discreto* y 1 del *Político* y *Discreto*. Nada más que un aforismo está transcrito literalmente, el 131. Y hay veintiuno de transcripción casi literal. Todos los demás están con nueva redacción y nuevos conceptos adicionales, reconociéndose la fuente de una, dos o tres frases, solamente, a veces sólo en el epígrafe” y sigue escribiendo: “quedan, pues, 228 aforismos sin fuente conocida, que no proceden, más o menos literalmente, de las obras impresas de Gracián”, pero además añade: “que la novedad de éstos, y el hecho de que 50 más están elaborados con propio estilo” le lleva a concluir en su afirmación de que el *Oráculo* es un nuevo libro de Gracián. Y apunta al respecto: “Notemos que entre esos manuscritos estaba el de los *Avisos al varón*

atento. A juzgar por el título, su materia era la misma del *Oráculo*: advertencias, apreciaciones y reglas de la prudencia, es decir, avisos para formar un varón prudente. Su forma de presentación, en *avisos* o consejos, tenía que ser la misma, también, del *Oráculo*. Y su mismo título de *Avisos al varón atento*, esto es, al varón prudente, podría ser reemplazado con cabal propiedad, en nombre y asunto, por el *Oráculo manual y Arte de prudencia* que lleva el nuestro. Nótase en éste, asimismo, el uso frecuentísimo de la voz *atento* con el significado de *prudente* o *discreto*. Y hasta algún aforismo, el 144, es calificado de *aviso* precisamente. Si más de tres cuartas partes del *Oráculo* no proceden de fuente precisa que nos sea conocida, ¿será mucho suponer que en él entró íntegro o en gran parte el manuscrito de *Avisos al varón atento*?¹².

Por su parte, Arturo del Hoyo opina que el primero de los supuestos libros perdidos, *Avisos al varón atento*, fue incluido casi literalmente en el *Oráculo manual y Arte de prudencia*; en cambio, del otro libro, *El Galante*, nada dice al respecto. Del Hoyo fundamenta su opinión de esta manera: “Precisamente el gran número de “avisos” incorporados al *Oráculo manual* da que pensar. Si en el *Oráculo* “está” el *Atento*, es porque los aforismos del *Oráculo manual* no son otra cosa que los “avisos” de *El Atento*”. Y añade lo siguiente: “Al admitir que el *Oráculo* estaba formado por extractos de varias obras de Gracián, los *Avisos al varón atento* pasaban a ser una de tantas. Sin embargo, el *Oráculo* no se hizo con simples extractos más o menos elaborados, como

¹² *Oráculo manual y Arte de prudencia*, edición crítica y comentada por Miguel Romera-Navarro (Madrid, CSIC, 1954), ed. facsimil de la edición de 1954, (Madrid, CSIC, 2003) p. XXV-XXVIII.

más adelante se verá. Y los *Avisos al varón atento* no están incorporados al *Oráculo*, sino que, digámoslo en una palabra, son el *Oráculo* mismo”. Y concluye Arturo del Hoyo: “Atento y prudente, en Gracián, viene a ser cosa semejante: la atención es una táctica de la prudencia: una técnica, un arte de la prudencia. Para alcanzar la prudencia, Gracián propone los aforismos o reglas del *Oráculo*: al fin y al cabo, avisos de atención para quien desee alcanzar la prudencia”¹³.

Muy distinto es el caso del gran bibliógrafo y experto en temas aragonesistas Ricardo del Arco y Garay, propiamente él no se ocupó de la cuestión aquí planteada respecto a la existencia de los dos libros inéditos aquí mencionados, pero da por supuesto que si existieron, aunque no los cite por su nombre y es que lo que realmente le interesa al estudiar las relaciones de Gracián con su mecenas don Vincencio Juan de Lastanosa en defender la tesis de que el *Oráculo manual y Arte de prudencia* fue obra de este último, al reunir y refundir en ese libro los numerosos dichos y aforismos dispersos en las obras anteriores del escritor belmontino. Esta atribución de la paternidad del *Oráculo* a Lastanosa la hace Ricardo del Arco con la mejor buena fe, pero sin argumentos objetivos sólidos en que apoyarse, sino posiblemente por una cuestión subjetiva de simpatía y afecto hacia una persona de relieve cultural, económico, social y político de su tiempo, a quien por ello ensalza sobremanera en sus trabajos de investigación como un preclaro hijo de Huesca, exponente típico del Renacimiento aragonés por sus inquietudes culturales y por su valiosísima labor de mecenazgo a algunas

¹³ *Obras Completas* de Baltasar Gracián, con estudio preliminar de Arturo del Hoyo, (Madrid, Aguilar, 1967), 3ª ed., p. CLIII.

de las personas que acudían a su riquísima biblioteca. De hecho son observables en él una cierta inseguridad incluso contradicción en la defensa de su tesis puesto que por un lado afirma que “Lastanosa recopila” y por otro dice refiriéndose a la obra *Oráculo manual y Arte de prudencia*: “créola, exclusivamente de Lastanosa”. No obstante, donde básicamente fundamente la autoría en Lastanosa es en el “Aviso al lector” que hace en el *Oráculo* en donde escribe: “una cosa me has de agradecer [...] el ofrecerte de un rasgo todos los doce Gracianes” lo que equivale a confesar que actúa como mero recopilador, seleccionando los aforismos que considera de mayor calidad y hondura entre los muchos que se hallan desperdigados a lo largo de las obras que tanto estima de Gracián, su amigo. Opina que debido a que Lastanosa había patrocinado la edición de la mayor parte de las obras de Gracián e incluso alguna de ellas, como es el caso de *El Héroe*, lo había hecho en contra de la voluntad de Gracián, como tiene declarado su hijo Vincencio Antonio de Lastanosa, podía permitirse la licencia de extraer de las obras que iba dando a la imprenta o incluso de las que tenía en su poder inéditas, aquellos fragmentos o partes que consideraba más interesantes, de mayor calidad y hondura, así como modificarlos reduciéndolos o acomodándolos al conjunto de la obra para que ésta tuviera la coordinación precisa y resultara coherente. Pero es aquí precisamente cuando Ricardo del Arco alude veladamente a otras obras o escritos inéditos de Gracián, que muy bien pudieron ser *El Atento* y *El Galante* y que fueron utilizados por Lastanosa para su colección de aforismos del *Oráculo manual y Arte de prudencia*. Dice, en efecto, el gran bibliógrafo aragonés, que habiendo sido el editor de la mayor parte de sus obras,

incluso “contra su voluntad” muy bien podía permitirse extractar de ellas, y también de los inéditos, que esperaban en su mesa de trabajo para ser publicados los fragmentos y frases que consideraba más llamativos, incluso aumentando o reduciendo el texto original de los inéditos gracianos como también lo hacía de los libros publicados¹⁴.

Digamos, por último, que Evaristo Correa Calderón también es partidario de la incorporación de *El Atento* al *Oráculo manual y Arte de prudencia*, que por su parte extiende al otro libro, también supuestamente perdido, *El Galante*. Basa su opinión en un argumento sencillo, pero totalmente deductivo de la lectura de estas obras en donde se dice: “No basta para atento no ser entrometido, mas es menester que no le entremetan”; “Huya el atento de ser registro de infamias, que es ser aborrecido padrón y, aunque vivo, desalmado”; “El atento siempre está de parte de la razón, no de la pasión”; “Nunca el atento se dé por entendido, ni descubra su mal, o personal o heredado”; “*Hablar de atento*, con los émulos, por cautela; con los demás, por decencia”; “Tantéanse las voluntades de esta suerte, y sabe el atento dónde tiene los pies”; “Los riesgos de la retentiva son la ajena tentativa, el contradecir para torcer, el tirar varillas para hacer. Saldrá aquí el atento más cerrado. Las cosas se han de hacer no se han de decir, y las que se han de decir no se han de hacer”; “Conozca el atento estas sutilezas del llegar y no le cause desmayo la exageración del uno ni engreimiento la lisonja del

¹⁴ Ricardo del Arco: *Gracián y su colaborador y mecenas, en Baltasar Gracián, curso monográfico*, año 1922 (Zaragoza, 1926), p. 131-158, reeditado en el libro *La erudición aragonesa en el siglo XVII en torno a Lastanosa*, ed. Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos (Madrid, 1934) p. 293-296. Cfr. Adolphe Coster, *Baltasar Gracián*, con traducción y notas de Ricardo del Arco, (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1947), p. 42-43 y 47.

otro”; “Atención al que llega de segunda intención”; “Nunca obrar por tema, sino por atención”; “Entienda el atento que nadie le busca a él, sino su interés en él y por él”. Igual razonamiento extiende a *El Galante*. Por todo ello sostiene que Gracián tal vez fue plasmando en dos pequeños tratados en frases cortas y en ideas sintéticas, que pacientemente elaboraba sobre lo que entendía debía ser el *varón atento*, es decir, el hombre vigilante de sus actitudes, de sus pensamientos, de sus reacciones, o sobre el *hombre galante*, esto es, sobre el hombre con muchas cualidades o *galas*, prototipo del hombre de mundo en la época del Renacimiento, pero no debió parecerle suficiente materia para su publicación como obras independientes y decidió unir las acompañándolas de otras máximas extraídas de sus obras anteriores para formar en su conjunto la nueva obra de *Oráculo manual y Arte de prudencia*¹⁵.

Sea de ello lo que fuere, estas y otras opiniones discrepantes acreditan suficientemente que Baltasar Gracián, antes de publicar *El Discreto*, había escrito otros dos libros conocidos con los nombres de *Avisos al Varón Atento*, o simplemente *El Atento*, y *El Galante*¹⁶.

I

Para comprender *El Discreto* y para valorar su calidad como código ético de alta moral mundana en el inconfundible marco de la

¹⁵ Cfr. E. Correa Calderón, “Hipótesis sobre el *Oráculo Manual*”, en *Revista de Filología Española* (Madrid), 28 (1944), p. 66-73.

¹⁶ Cfr. sobre todo ello Juan Luis Alborg, *Historia de la Literatura Española*, t. II, *Época Barroca*, 5ª reimpresión de la 1ª ed. de 1967.- Madrid, Gredos, 1987, p. 856-857.

literatura barroca sobre el género, como trasfondo del tema que nos ocupa, es preciso analizar previamente algunos de los aspectos genéricos que caracterizan este libro de Baltasar Gracián, como son su contenido y su finalidad, su estructura interna, su división en pequeños capítulos, a los que denomina “realces”, su falta de organización y trabazón internas, sus fuentes, su proyección en *El Criticón*, y su influencia posterior principalmente en los tratadistas y ensayistas de moral mundana.

El Discreto vio la luz por primera vez en el año 1646, en Huesca, en la imprenta de Juan Nogués, bajo el patrocinio de don Vincencio Juan de Lastanosa, gran mecenas del arte y la cultura aragonesa, amigo personal de Baltasar Gracián y promotor de la publicación de casi todas sus obras; sin embargo aparecía como autor Lorenzo Gracián, de igual modo a como había sucedido con las obras anteriores ya editadas. En él aparece primeramente una dedicatoria dirigida al Serenísimo Señor don Baltasar Carlos, Príncipe de las Españas y del Nuevo Mundo, que firma don Vincencio Juan de Lastanosa, promotor y financiador de la edición. A continuación le sigue el texto de Aprobación eclesiástica, que suscribe el doctor don Manuel de Salinas y Lizana, Canónigo de la santa Iglesia de Huesca, en el que manifiesta se trata de un libro que “enseña a un hombre a ser perfecto en todo”, y advierte que se trata de una obra, “no para ocupar las horas, sino para lograrlas”, pues “excita el entendimiento”¹⁷. Le sigue después la licencia de impresión, que firma el doctor Jerónimo Arasqües, Oficial y Vicario General, figurando a continuación la Aprobación o licencia gubernamental de publicación, que suscribe don Juan Francisco Andrés

¹⁷ *El Discreto, Obras Completas*, ed. cit., t. II, p. 94-95.

de Uztarroz. Le sigue, a modo de preámbulo o presentación, un prefacio dirigido “A los lectores”, que firma don Vincencio Juan de Lastanosa, en el que hace una glosa laudatoria de las obras ya publicadas de Gracián, al tiempo que ensalza con vehemencia otras dos próximas a publicar tituladas *El Atento* y *El Galante*, de las que ya he hablado anteriormente, y que él estima han de superar a las anteriores; al propio tiempo silencia el origen o gestación de la presente, la cual, como más adelante se indica, tuvo como base el cuerpo de otra principal anunciada al publicar *El Héroe*, que tenía el propósito de titular *El Ministro Real*. Siguiendo el orden secuencial de la obra aparece un soneto acróstico al autor, que suscribe el ya citado doctor don Manuel de Salinas y Lizana, Canónigo de la santa Iglesia de Huesca, por el que, con toda elegancia y discreción, da a conocer el verdadero autor de la obra, *BALTHASAR GRACYAN*, que él oculta bajo el pseudónimo de Lorenzo Gracián, su hermano, para así eludir la oportuna autorización de los superiores de su orden, a la que estaba obligado en razón a sus votos. A continuación se incluye un Epigrama del doctor Juan Francisco Andrés de Uztarroz, dedicado al patrocinador de la obra don Vincencio Juan de Lastanosa.

He apuntado más arriba que esta obra de *El Discreto*, al parecer, esta elaborada o construida a partir del contenido de la que años antes había anunciado estaba preparando para dar a conocer como *El Ministro Real*, para completar con ella su trilogía, que inició con *El Héroe*, que describe la persona humana excepcional, pero no entendida como mítica o *cuasi* divina, tal como se la había concebido desde la antigüedad; le siguió *El Político*, que personifica en don Fernando el Católico, y que perfila el tipo de gobernante ideal, para concluir con el

héroe doméstico, cortesano o social, es decir, con el hombre culto de cualquier ambiente o extracto social, que pretendiera ser modelo de su status y de su posición social. En la censura de *El Político*, el doctor don Andrés de Uztarroz manifiesta que dicha obra “previene al *Ministro Real*”, como obra de próxima aparición, lo cual quiere decir que en el año 1640 ya la tendría bastante avanzada, puesto que *El Político* se publicó en ese mismo año; pero pese a ese anuncio de su publicación, la obra no llegó a ver la luz pública, desconociéndose las verdaderas razones que Gracián debió sopesar para retrasarla. A este respecto Miguel Batllori opina que la sublevación de Cataluña contra el Gobierno de la Monarquía, que dirigía el Conde Duque de Olivares, Ministro de Felipe IV, quien aplicó una dura política represiva, muy contraria a la que estimaban tanto el Duque de Nochera, a la sazón Virrey de Navarra, y el propio Gracián, amigo del anterior, debió enfriar sobremanera la admiración que hasta entonces había sentido por la persona del Conde Duque, y por ello abandonó el proseguir con el trabajo proyectado para ser publicado bajo el título del *Ministro Real* como apología de su persona de hombre excepcional. Pasado un tiempo, y superadas las tensiones políticas del momento, debió retomar el trabajo aparcado, completándolo con algunos realces más, y publicarlo con un título más abierto que amparase a todo tipo de personas de cualquier ámbito o actividad social que tuvieran un cierto nivel social y, sobre todo, inquietudes y espíritu de superación¹⁸; su intención era presentar el paradigma del hombre moderno y completo, que encarnase las virtudes

¹⁸ M. Batllori y C. Peralta, *Baltasar Gracián en su vida y en sus obras* (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1969), p. 78-79.

necesarias para renovar la sociedad de su tiempo, superando así el modelo de hombre surgido del Renacimiento italiano, que Castiglione había difundido con su obra *El Cortesano*, de gran influencia en toda Europa, pero limitado a un ambiente selecto de la nobleza o de elevado nivel económico social, y ampliándolo a todo tipo de personas, pues “enseña a un hombre a ser perfecto en todo”¹⁹. Sin embargo, Eugenio Asensio opina que la obra el *Ministro Real* posiblemente sirvió para la elaboración del *Oráculo*; pero deja abierta la puerta a otras posibilidades, ya que plantea las interrogantes siguientes: “¿Por qué no publicó -y acaso ni siquiera acabó- el libro planeado? ¿Influyeron en su renuncia las sublevaciones de Cataluña y Portugal, el cuarteamiento del Imperio español, el descrédito de los ministros reales? ¿Qué fragmentos han sido utilizados para el mosaico del *Oráculo manual*?”. Si afirma que “Gracián tenía empezados, adelantados o terminados doce tratados de los que algunos ni de nombre nos son conocidos. No hay argumento más sujeto a quiebras que el *argumentum silentii*, ya que basta un sólo testimonio para derribar un castillo de naipes. El testimonio lo he encontrado en una pieza preliminar de la edición *princeps* de *El Político*, la cual nos informa de que Gracián el año 1640 estaba preparando para la imprenta una obra denominada *Ministro Real*, y “tan adelantada, que Uztarroz lo anuncia como de próxima aparición”²⁰.

Esta obra *El Discreto*, fue concebida como un “arte de Entendidos”²¹, según advierte a los lectores en el preámbulo don

¹⁹ *El Discreto*, ed. facsímil de Aurora Egido, cit., p. XIX.

²⁰ Eugenio Asensio, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, ed. El Colegio de México (México, D.F., 1958), año XII, núms. 3-4, p. 390-394.

²¹ *El Discreto*, cit. p. 98.

Vincencio Juan de Lastanosa, pero entendiendo la palabra “*arte*” en el sentido que tenía en el siglo XVII, es decir, como habilidad o cualidad para saber desenvolverse con acierto y éxito en cualquier ámbito de la sociedad humana de manera *sagaz* y *prudente*, sabiendo extraer y aprovechar con sencillez y naturalidad la esencia de las cosas, resolviendo y propiciando actitudes positivas en el comportamiento de las personas, anticipándose y eludiendo las negativas, soslayando agresiones y fricciones. Tarea que frecuentemente no resulta nada fácil, ya que, si bien es cierto que “no se oponen la virtud y la discreción”²², también conviene recordar que resulta complicado en muchas ocasiones “discernir entre discretos y necios”²³.

a) Sobre el contenido de la obra, el doctor Salinas manifiesta que su lectura le llenó de admiración y cuidado, es decir, le agradó y le hizo pensar y reflexionar, o lo que es lo mismo, agudizar el ingenio “para no ocupar el tiempo sin lograrle”, y así poder captar en toda su amplitud y profundidad el contenido de su mensaje, tal como declara al escribir: “Hay distancia de lo que percibe el oído a lo que penetra el entendimiento”; y continúa en esta línea de alabanza remarcando que “el entendimiento siempre busca proporcionado el objeto”, razón por la que estima que esta obra de *El Discreto* se orienta a todo hombre que pueda leerla, y que, si “le halla entendido”, es decir, con capacidad de comprender y captar su contenido, cualidad que “es prenda del natural” ser del hombre, le sirva de apoyo en el arte de perfeccionarse como

²² Ibídem, realce XVIII, p. 158.

²³ Ibídem, realce XIX, p. 164.

persona. Señala además que la obra está escrita con un estilo “lacónico y divinizado”, que tiene “hasta en la puntuación misterios”. Igualmente apunta que se trata de una obra, “no para ocupar las horas, sino para lograrlas”, es decir, no para el entretenimiento sino para la instrucción e ilustración, ya que estimula y “excita el entendimiento”, objetivo principal de la didáctica de Gracián²⁴.

La pretensión de Gracián, a través de sus obras, es la difusión y aplicación de su filosofía, fundamentalmente moral, llamada también Filosofía práctica, a la vida real y ordinaria; en ella profundiza y estudia el comportamiento humano, tanto a nivel individual como colectivo. Ofrece alternativas a la generación de su tiempo, que permiten superar la crisis de valores y conflictos sociales y políticos que aquejaban a aquella sociedad barroca, abriendo puertas a la esperanza de una mejor y más próspera convivencia, y sobre todo que, sembrando ilusión de que el cambio y la victoria, es posible si el hombre, aplicando la razón y el sentido común, se lo propone. Por ello todas sus obras están dirigidas al hombre capaz y culto, que quiera ser modelo para sus semejantes. Por eso *El Discreto* en el que presenta un modelo de hombre válido para cualquier faceta o ámbito social, pues se dirige a todos, ofrece unas propuestas menos heroicas pero más realistas, aptas para cualquier lugar y persona, en donde la discreción, y con ella la prudencia y la sagacidad, encarnan el triunfo de la inteligencia en todos sus actos, para lograr lo que llama el “hombre en su punto”.

²⁴ Baltasar Gracián, *El Discreto*, en *Obras Completas*, ed. Biblioteca de Castro, cit.,t.II, p. 94 -95.

Gracián, a través de estas tres obras citadas, amplía y da un giro importante al concepto que anteriormente se tenían acerca del hombre excepcional, es decir, del héroe, en sentido mítico o fantástico, o del político, como arquetipo del gobernante ideal, y el del cortesano, como el hombre de modos elegantes que ha reemplazado el arnés o la espada por la nueva vestimenta de una cuidada formación cultural y de una refinada educación palaciega, que se impone como secuela del movimiento cultural conocido como el Renacimiento, y que magistralmente recoge Castiglione en su obra *El Cortesano*, en donde plasma la nueva figura del hombre de mundo, avisado y entendido. Este nuevo tipo de hombre mundano surge al derrumbarse el ideal del caballero medieval, anclado en la estructura del régimen político medieval, que es sustituido por una monarquía fuerte, políticamente poderosa y organizada, que da lugar a una mayor centralización del poder en torno al palacio real, residencia habitual y estable del soberano, creando así un estamento o cohorte social que ayuda y colabora con el rey en sus labores administrativas y de gobierno. De ahí que se les llame “cortesano”. Este tipo de hombre, más culto y refinado, sustituye y sucede a las figuras anteriores del hidalgo o caballero que estaba al servicio del señor feudal, dispuesto sobre todo a colaborar y apoyar las campañas militares, ya de ataque o de defensa, para el mantenimiento o ensanche del territorio sobre el que el soberano ejercía su autoridad.

Es preciso subrayar que Gracián da un paso importante hacia adelante, pues amplía el concepto de “cortesano”, acuñado en el los albores del siglo XVI, para actualizarlo al sentir del XVII, y sobre todo anticipándose y presentándolo de cara al siglo XVIII como nuevo modelo

del hombre real y moderno, que ha de fundamentar todas sus acciones en el uso selectivo de la razón y el sentido común, sin por ello olvidar que aquéllas han de orientarse a fines, es decir, añadiendo a la anterior noción una nueva dimensión que engrandece y perfecciona al hombre, pues le sitúa en el plano moral y trascendente al que aspira todo ser humano, mucho más si desea llegar a ser un gran hombre. Con estos elementos crea la figura de el “discreto”, un tipo de hombre que, maximizando su capacidad natural de razonar, y ayudándose de ciertas reglas o artificios, aprende a superarse y a dominarse, controlando sus naturales impulsos. Mediante su ejercicio continuado los canaliza en reacciones sagaces y prudentes, que sorprenden y admiran en su entorno social, pues con sencillez y discreción acierta a sondear y descubrir los deseos e intenciones de sus contendientes, al tiempo que interpreta y respeta sus voluntades, buscando con ello, además del bien general, su triunfo personal, y logrando así alcanzar la meta final de la inmortalidad. Gracián resume toda esta filosofía práctica del cortesano cuando propone esta consigna en *El Criticón*: “Esta filosofía cortesana, el curso de tu vida en un discurso, te presento hoy, lector juicioso, no malicioso”²⁵.

Para Gracián “discreto” no es sinónimo de mediocre, sino que más bien equivale a hombre brillante; no es el héroe general, ni el héroe político, es propiamente el héroe doméstico, cortesano o social; es el hombre cuerdo, vivo, despierto, sagaz y también prudente, que sabe escuchar y ponderar las cosas situando cada una en su lugar apropiado y que se sirve con habilidad del juicio, de la sagacidad y de la prudencia, que estimula su entendimiento para conocer y distinguir a fondo las cosas

²⁵ Baltasar Gracián, *El Criticón*, en *Obras Completas*, ed. cit., t. I. p. 7.

y las situaciones, que sabe encontrar con serenidad y prontitud las salidas y soluciones más convenientes a cada situación, ya que con su agudeza de ingenio y buen gusto sabe elegir las más adecuadas y oportunas. Este ideal que anida e impera *El Discreto*, lleva dentro de sí otro orden de valores, que definen y conforman al “cortesano” del siglo XVII; es decir, que configuran y enaltecen el nuevo tipo de hombre mundano, que sustancialmente “sabe hermanar, en la vida y la sociedad, el genio con el ingenio, la grandeza de alma y de acción con la elegancia del trato y finura de ademanes”,²⁶

b) La trama argumental de *El Discreto* es, en cierto modo, similar a la de sus dos obras anteriores, especialmente a la primera *El Héroe*, si bien conviene anotar que introduce una diferencia muy significativa, ya que el prototipo de hombre mundano que presenta no es el de un hombre heroico, singular y de excepción, sino el de un hombre real, que convive con sus semejantes en un entorno social común y ordinario, ejerciendo cualquier oficio o profesión, pero eso sí, dotado de gran capacidad de acción y de discernimiento, de inteligencia, de voluntad o capacidad volitiva, y poseyendo una adecuada formación para el oficio o profesión que ejerce; es decir, diseña un tipo de hombre mundano en el que la sagacidad y la prudencia brillan por doquier y presiden todas sus acciones, sus modos y sus tiempos.

La estructura externa de *El Discreto* se ordena en apartados o capítulos y es bastante similar a la de *El Héroe*. Son en total veinticinco

²⁶ Ángel Valbuena Prat, *Historia de la Literatura Española*, t. II, 8ª edición, (Barcelona, Gustavo Gili, 1968), p. 657.

capítulos a los que ahora denomina “realces”, mientras que en su primer libro, *El Héroe*, los denominaba “primores”. Con ello quiere significar el diferente contenido de unos y otros. En los “primores” se hacía alusión a las virtudes o cualidades primordiales que debía poseer o procurar adquirir el héroe, en cuanto prototipo del hombre ideal, del hombre excepcional que anhela alcanzar la cima de la grandeza humana mundana; en tanto que en los “realces” presenta y describe las virtudes o cualidades que han de adornar al hombre que aspira a la discreción, es decir, aquellas virtudes o cualidades que debe poseer y ejercitar el prototipo de hombre de la vida social ordinaria en cualquiera de sus profesiones, en cuanto quiere erigirse en modelo de quienes participan de su condición y de su status social. En cada uno de esos capítulos o realces expone y explica cuales son esas cualidades o virtudes mundanas que han de distinguir al hombre que quiere significarse y presentarse como modelo de excelencia en su profesión u oficio.

c) El orden en que aparecen distribuidos los veinticinco realces no se corresponde en absoluto con la importancia de su contenido, ni tampoco con la jerarquía de los principios valorativos en que se inspiran, ni finalmente con la oportunidad o con la conveniencia en su explicación; simplemente los coloca sin orden alguno secuencial ni vinculación aparente a una línea temática objetiva o conscientemente preestablecida. Tampoco se guía por los estilos literarios que en cada uno de ellos utiliza, ya que los encadena de forma alternativa y en cierto modo arbitraria; en su descargo hay que decir que la materia que en cada uno de ellos trata tiene valor por sí misma y no exige necesariamente que los coloque en un

orden predeterminado. Todos son importantes, y en la práctica pueden ser leídos por separado y según el orden que cada lector prefiera, sin que por ello pierdan profundidad.

Comparado con el de *El Héroe*, el estilo literario de *El Discreto* es más vivo y menos forzado, presenta una mayor agilidad y elasticidad formal y también una mayor variedad de géneros, entre ellos el discurso académico, la alegoría, la carta, el diálogo, la sátira, el apólogo, la ficción heroica, la apología y la fábula, todas las cuales dan vida exuberante al relato y conforman en su conjunto la estructura interna de esta obra singular

Únicamente el último realce, puede decirse que sintetiza o recopila todos los anteriores, ya que presenta esquematizada la vida del discreto, es decir, la de cualquier persona que aspire a la perfección en su condición y status social. La presenta dividida en cuatro etapas sucesivas, de igual modo a como la naturaleza presenta el ciclo vital anual en cuatro estaciones, empezando por la niñez, que se corresponde con la primavera, el despertar alegre a la vida; seguido de la juventud que asimila al estío, en donde el calor abrasador del verano, una vez granados los frutos, seca y quema las débiles y frágiles hierbas; para continuar con la mediana edad o madurez, que equipara al otoño, tiempo de recoger y guardar los frutos producidos, consecuencia de la siembra y su cultivo, terminando con la vejez que asocia al invierno, tiempo de frío, de recogimiento, de reflexión, donde el ciclo vital concluye y nos conduce a la muerte para así poder nacer en otro nuevo ciclo de vida imperecedera, en una nueva y eterna primavera de gloria e inmortalidad. Es un anticipo de las cuatro etapas de la vida del hombre, que vertebrará su obra principal *El*

Criticón, como describiré ampliamente en el capítulo quinto. La semilla ha de morir para dar vida de nuevo, dando así continuidad al ciclo permanente de la vida.

d) Al componer *El Discreto*, Baltasar Gracián comenzó a utilizar una gran variedad de fuentes, que después ampliaría considerablemente en su obra principal *El Criticón*. Pero los que le sirvieron de inspiración y de modelo en este libro fueron *El Cortesano* de su homónimo Baltasar Castiglione y algunos otros autores contemporáneos, como el francés [Nicolás Faret y el italiano Della Casa]. Una comparación cuidadosa de *El Cortesano* con *El Discreto* revelaría hasta qué punto es deudor de Castiglione y en qué medida le supera al trazar la imagen ideal del hombre mundano que ambos pretenden ensalzar. En sustancia se podría decir que *El Discreto* es una nueva versión actualizada a su época de lo que representó *El Cortesano* en la suya. La principal diferencia quizá consista en que añade una dimensión moral nueva, que revitaliza el esfuerzo y la lucha del hombre consigo mismo tanto para sobresalir como para triunfar en la vida mundana, sin por ello olvidar el ideal cristiano.

II

Como ya dije, *El Discreto* consta de veinticinco realces o capítulos, con los más variados tópicos y géneros literarios, sin ninguna organización interna que acredite su sucesión, de tal modo que no se ve razón alguna por qué unos títulos están colocados antes o después de otros. No obstante, para su análisis, con vistas a señalar la presencia en

ellos de los principios de prudencia y sagacidad como criterios orientadores de la razón práctica, podemos agruparlos en tres series o bloques. La primera serie comprende los seis primeros títulos o realces, sin ninguna ordenación interna que justifique su colocación. En una segunda serie pueden agruparse los nueve títulos escritos en los géneros de cartas, diálogos y sátiras. Y en un tercer bloque o serie se ubican los otros nueve títulos restantes con sus respectivos tópicos, quedando para el final el último realce o capítulo, que supone una recapitulación de todos los anteriores.

1.- Los seis tópicos que componen la primera serie son los siguientes: genio e ingenio, del señorío en el decir y en el hacer, hombre de espera, la galantería, hombre de plausibles noticias y no ser desigual. El género literario en que se ofrecen al público lector es distinto en cada uno: desde el elogio y la apología al razonamiento académico y la crisis, pasando por la alegoría y el memorial. En todos ellos la mención de la prudencia y de la sagacidad es más o menos explícita, por supuesto que más de la primera que de la segunda.

El primero de los realces o capítulos, que versa sobre el tópico “genio e ingenio”, sirve en realidad de pórtico a todo el libro, siendo, junto con el último, los únicos que parecen justificar el lugar que ocupan dentro del conjunto. Cuando Gracián habla de genio e ingenio en conjunción paralela, algo que ya había hecho en sus obras anteriores, entiende que se trata de dos prendas que son como “los dos ejes del lucimiento discreto” y que deben darse juntos, pues “el uno sin el otro fue en muchos felicidad a medias”. Ambos a dos “son culto ornamento

del alma, realces cultos”. Poseyéndolos conjuntamente el hombre realza su dignidad y se distancia de las bestias, y le permiten comprender o penetrar hasta el interior de las cosas. Es precisamente aquí cuando anota la frase que hemos elegido como lema de este capítulo: “Sagaz anotomía mirar las cosas por dentro”, que él añade como una especie de corolario al dictamen crítico de la vulpeja, que dice: ¡Oh, testa hermosa, más no tiene interior!”²⁷, cuyos orígenes se remontan al poeta griego Píndaro, quien en uno de sus más celebrados versos escribió: “Qué hermosa cabeza, mas, ¡oh dolor!, no tiene cerebro”.

En su elogio de esta cualidad natural, que “nace de la sublime naturaleza”, se refiere Gracián al “galante genio” y al “genio singular, pero no anómalo”; y a la vez advierte que no es el mismo para todos los empleos, como tampoco cualquier ingenio sirve para todos los puestos; por ello, ni uno ni otro han de barajarse bajo el impulso de la pasión, pues sería grave error que “vistiera prudente toga” quien esta destinado a vestir el arnés. De ahí su consejo: “Comience por sí mismo el discreto a saber, sabiéndose”, es decir, conociendo qué empleo u oficio le conviene, puesto que, “siempre fue desdicha el violentar la cordura” y remar “contra la corriente del gusto, del ingenio y de su estrella”, teniendo en cuenta que “suele ser más contrario el porte al genio que el clima al temperamento”²⁸.

Si bien es cierto que el genio y el ingenio han de ir siempre juntos, no deben confundirse, y es gran dicha del varón atento y galante saber combinarlos adecuándolos a su oficio. “Cuál sea preferible en caso

²⁷ *El Discreto*, ed. cit. t., II, p. 101-102.

²⁸ *Ibíd.*, p. 102-103.

de carencia o cuál sea ventajoso en el exceso, el buen genio o el ingenio, hace sospechoso el juicio”, sentencia Gracián; lo que es tanto como decir que no es fácil acertar en la respuesta y mucho menos que ésta sea siempre la misma en favor de uno o del otro. Por ello se ha de ser prudente y sagaz a la hora de dar preferencia de uno en detrimento del otro, pues han sido muchos los que malograron su dicha “errando la vocación de su genio y de su ingenio”²⁹.

El segundo realce se intitula “del señorío en el decir y en el hacer”, y se encuadra en el género “discurso académico”. Este señorío se demuestra según Gracián en saber elegir el justo medio huyendo de los extremos. “Andan los más de los hombres por extremos”, afirma con tono sentencioso. Unos, por desconfiar de sí mismos, temen adoptar cualquier tipo de iniciativa; en cambio otros ostentan una plena satisfacción de sí mismos y están tan orgullosos de sus decisiones, y “viven tan pagados de todas sus acciones”, que nunca han dudado de ellas o las han condicionado. “Entre estos dos extremos de imprudencia se halla el seguro medio de cordura”, que “consiste en una audacia discreta”, proclama el moralista aragonés. No se trata, dice, de aquella natural superioridad que sólo posee el Héroe, “sino de una cuerda intrepidez, contraria al deslucido encogimiento, fundada, o en la comprensión de las materias, o en la autoridad de los años, o en la calificación de las dignidades”³⁰.

Esta superioridad, que a su vez genera el señorío, facilita el lucimiento y hace que cualquier medianía, que sepa ejercerlo, parezca

²⁹ Ibídem, p. 104.

³⁰ Ibídem, p. 104-105.

una eminencia, y consiga la aceptación general, incluso de los más críticos. Y es que, “el que entra con señorío, ya en la conversación, ya en el razonamiento, hácese mucho lugar y gana de antemano el respeto, pero el que llega con temor, él mismo se condena de desconfiado y se confiesa vencido; con su desconfianza da pie al desprecio de los otros, por lo menos a la poca estimación”. Para conseguir sus objetivos, el “varón sabio” nunca ha de precipitarse en el decir y en el hacer, sino que más bien ha de procurar detenerse, valorando las circunstancias y sondeando los fondos, sobre todo si éstos tienen cierta profundidad. Esta “señoril audacia”, que evita a la vez la precipitación y el engreimiento, es la que ha de cultivar el discreto, teniendo en cuenta que “aquí importa mucho la templanza” como aliada natural de la prudencia³¹.

Este “superior realce” brilla en todos los sujetos que aspiran a ejercer la discreción, cualquiera que sea su oficio o empleo; pero es más notorio en aquellos que desempeñan un oficio de mayor o menor relieve social, como es el orador, el abogado, el diplomático, y otros oficios de igual o superior rango. Incluso trasciende a los individuos y es aplicable a las sociedades y también a las naciones. “Hay naciones enteras majestuosas, así como otras sagaces y despiertas”, asegura el jesuita belmontino. Y entre todas ellas “la española es por naturaleza señoril”, en ella “parece soberbia lo que no es sino un señorío connatural”. Y es que “nace en los españoles la gravedad del genio, no de la afectación”, una propiedad que la distingue de otras naciones³².

³¹ *Ibíd.*, p. 106.

³² *Ibíd.*, p. 107.

Este “espíritu señorial”, que adorna y distingue al varón discreto, informado por las reglas de la prudencia y de la sagacidad, se extiende a todas sus acciones, incluso las más comunes y ordinarias, hasta tal punto que todo lo vence y sobrepuja, y contagia a los demás, aunque éstos posean mayores prendas de ciencia, de nobleza y aun de entereza. Por eso mismo, este “coronado realce” del señorío en el decir y en el obrar, en cuanto es el rey de los demás realces, “lleva consigo gran séquito de prendas”; entre ellas están presentes en su cortejo “el despejo, la bizarría de acciones, la plausibilidad y ostentación, con otras muchas de este lucimiento”. El más preclaro modelo de todas estas prendas, que acompañan y distinguen al señorío, fue, según el moralista aragonés, don Fernando de Borja, nieto de Francisco del Borja, el Duque santo, de quien heredó los bienes de su diestra, entre ellos “su prudencia y su entereza”. Pero conviene también tener muy presente, anota seguidamente, que esta natural grandeza del señorío y de las prendas, que en apretado cortejo le acompañan, pueden degenerar “por exceso, en afectación, en temeridad imprudente”, o confundirse con otros “grandes padrastros de la discreción y de la cordura”³³. Así concluye el denso discurso académico sobre el señorío en el decir y en el hacer del escritor belmontino.

2.- Escrito en el género de la alegoría, el realce tercero es una de las mejores joyas literarias de Baltasar Gracián, en el que además anticipa la trama alegórica que desarrollará en *El Criticón* con sus numerosas personificaciones. Está dedicado a la Espera, entendida en el

³³ *El Discreto*, ed. cit. t., II, p. 107-108.

sentido de esperar y no tanto como esperanza, aunque sea su pariente. “En un carro y en un trono, fabricado éste de conchas de tortugas, arrastrado aquél de rémoras, iba caminando la Espera por los espaciosos campos del Tiempo al palacio de la Ocasión”³⁴. Así comienza la narración de este suceso que por su perfección y belleza se asemeja a un cuento de hadas. La Espera, con mayúscula, se presenta personificada como una misteriosa deidad o un personaje mítico. El relato se inicia con la descripción de la figura física y del vestido y el porte de la protagonista de la escena tras la marcha emprendida en su caminar por los anchurosos prados del Tiempo hacia el palacio de la Ocasión, hecha sin apresuramiento sino más bien con “majestuosa pausa”. Su aspecto era venerable, con severa y espaciosa frente, destacándose en su faz la “nariz grande, prudente desahogo de los arrebatamientos de la irascible y de las llamaradas de la concupiscible”³⁵. Nótese al respecto que la nariz y el olfato son para Gracián, entre los cinco sentidos del hombre, el que representa a la sagacidad, como explicará en *El Criticón*. Y prosigue la descripción de su aspecto físico señalando estos trazos: “Pequeña boca, con labios de vaso atesorador, que no permiten salir fuera el menor indicio del reconcentrado sentimiento porque no descubra cortedades del caudal; dilatado el pecho, donde se maduran y aun podrecen los secretos”[...], y ,“sobre todo, un corazón de un mar, donde quepan las avenidas de pasiones y donde se contengan las más furiosas tempestades,

³⁴ Ibídem, p. 108.

³⁵ Ibídem, p. 108-109.

sin dar bramidos, sin romper sus olas, sin arrojar espumas, sin traspasar ni un punto los límites de la razón”³⁶.

Más breve, pero no menos interesante para nuestro tema, es la descripción del vestir y del porte. “Su vestir no era de gala, sino de decencia”, conforme a las reglas del decoro. Su color propio era el de la Esperanza, que aparece también personificada y por ende con mayúscula, como las demás personificaciones. Y en cuanto a su porte cabe decir que “ceñía sus sienes, por vencedora y por reina, que quien supo disimular supo reinar, con una rama del moral prudente”³⁷.

Si la descripción de la figura física de la Espera como protagonista del fabuloso cuento no podía ser más significativa para nuestro propósito, con remarcado señalamiento tanto de la prudencia como de la sagacidad como propiedades de su natural condición, la descripción del séquito y del cortejo que acompañaban a la mítica carroza de la protagonista, no sólo no desmerece de aquélla, sino que en cierto modo la supera. “Conducía la Prudencia el grave séquito”. Así continúa el relato, en el que la Prudencia aparece también personificada y con mayúscula. Casi todos los componentes del séquito eran hombres, salvo algunas raras mujeres, todos con báculo por ser ancianos y peregrinos, y la mayoría eran gente de gobierno. En él ocupaban los mayores puestos los italianos, no por haber sido señores del mundo, sino porque supieron serlo; muchos españoles, pocos franceses, y algunos alemanes y polacos por su “política juiciosa”. Pero había un gran espacio vacío, “que se decía haber sido de la prudentísima nación inglesa”, que dejó de pertenecer a la

³⁶ Ibídem, p. 109.

³⁷ Ibídem, p. 109.

comitiva desde que su rey Enrique VIII desafió a la cordura y a la entereza, hermanas de la prudencia. En el cortejo iban “algunos grandes hombres”, todos ejemplo de cordura y de templanza; y lo formaban también “muchos filósofos y sabios, catedráticos de ejemplo y maestros de experiencia”³⁸. Prosigue la descripción del cortejo y de la marcha de la procesión gobernada por el Tiempo, contando que cerraba por retaguardia la Sazón, “ladeada del Consejo, del Pensar, de la Madurez y del Seso”, personificaciones todas ellas emparentadas con la Prudencia. Era ya muy tarde cuando llegó un escuadrón de monstruos, decidido a impedir la triunfal y pomposa marcha; estaba compuesto por “el indiscreto Empeño, la Aceleración imprudente, la necia Facilidad y el vulgar Atropellamiento”, además de por “la Inconsideración, la Prisa y el Ahogo, toda gente del vulgacho de la Imprudencia”³⁹. Hasta aquí el relato de la marcha.

Llegado que hubo este momento, percibiendo la Espera el grave riesgo que corrían si proseguían la marcha al no llevar armas y pretender su caminar pacíficamente, apeló a la Detención, para que ordenara a la comitiva detenerse y pidió a la Disimulación que los entretuviese, mientras élla convocaba a los sabios y a la gente de gobierno que formaban el cortejo, para que discurriesen sobre lo que deberían hacer; la deliberación transcurrió “con prolijidad, muy a la española”, pero con singular provecho y no menor éxito. Entre los participantes en la deliberación, en su mayoría españoles, destacó en su parlamento el rey Juan II de Aragón, quien demostró que siempre había

³⁸ *Ibíd.*, y p. 109-110.

³⁹ *Ibíd.*, p. 110.

conseguido más la tardanza española que la cólera francesa, pues, anota el autor entre paréntesis, “hay naciones de Espera, y ésta lo es por extremo, y de la Prudencia”. En la prolija discusión que se libró “dijeron todos mucho en breve”, y se elogió la detención, el saber parar antes de decidir, ya que “la aceleración siempre pare hijos abortivos”, mientras que la Espera “es muy fecunda en aciertos”. De ello fue ejemplo y lucimiento Carlos V de Alemania, quien consiguió más con la espera que con las armas. “Este suceso contó el Juicio al Desengaño, como quien se halló presente”. Así termina este bello relato de ficción mágica el polígrafo belmontino⁴⁰.

3.- Sin llegar a ofrecer la exuberancia metafórica que para nuestro tema ofrece la alegoría que acabamos de reseñar, en los tres realces siguientes abundan también las referencias a la prudencia y a la sagacidad, como virtudes necesarias del varón discreto. El primero de ellos, que trata de la galantería y del varón galante, y que como hemos apuntado demuestra ser una parte importante del supuesto libro perdido titulado *El Galante*, está concebido como un “memorial a la discreción”, por lo que la presencia de la prudencia es evidente. También lo es, aunque en menor medida, el elogio del espíritu sagaz.

Como ya apuntamos previamente, Baltasar Gracián entiende la galantería como bazarria, a veces heroica, que va desde la magnanimidad a la generosidad, a la clemencia y a la gentileza, virtudes todas ellas que combinan y reclaman prudencia y sagacidad a partes iguales. Es, según él, un realce nada común, muy singular en los sujetos

⁴⁰ Ibídem, p. 110-111.

aunque universal en los objetos. Es bizarría de las almas, más reluciente que la de los cuerpos, cuya belleza interior es fuente del buen juicio; su esfera es la generosidad, tanto más notoria cuanto más impensada e imprevista, sobre todo cuando sustituye a la clemencia, a veces inaudita a la, para todos lógica y por todos esperada, venganza de una afrenta; al ser magnánima es también política, hasta el punto de ser “la gala de la mayor razón de Estado”; su mejor émula es la envidia, a la que vence por anticipación, aunque pierda de su derecho y transforme en gentileza lo que pudiera haber sido un vulgar desaire; es “gran consorte del despejo, y muy favorecida de él, adelantando siempre las acciones”, sin oscurecer la discreción, “pero siempre con templanza”⁴¹.

Este encumbrado elogio de la discreción en forma de “memorial” se repite en el realce siguiente, presentado como “razonamiento académico” sobre el hombre de plausibles noticias, que es tanto como decir de amplios conocimientos prácticos. En él coloca a la discreción por encima del valor y pretende demostrar que con ella se consiguen mayores éxitos que con el valor. En el fondo presupone “una cierta sabiduría cortesana” y una “sabrosa erudición”, y se comunica de unos hombres a otros “en la erudita conversación” y no como una ciencia aprendida en los libros. No obstante, “goza de los suavísimos frutos del estudio, registrando lo ingenioso en los libros, lo curioso en avisos, lo juicioso en discursos y lo picante en sátiras”⁴².

Pese a su universalidad, en cuanto que se extiende a todo lo noticiable, “su mayor realce es una juiciosa comprensión de los sujetos,

⁴¹ *El Discreto*, ed. cit. t., II, p. 112-113; cfr. *supra*, p. 128, 131-132, 155, 172, e *infra*, p. 479-480.

⁴² *Ibíd.*, p. 114-115.

una penetrante cognición de los principales personajes de esta actual tragicomedia de todo el universo”. Debido a ello, “conoce en cada reino y provincia los varones eminentes por sabios, valerosos, prudentes, galantes, entendidos, y, sobre todo, santos”. Esta singular perspicacia cognitiva se extiende también a todos los objetos, “y con esta moral anatomía puede hacer concepto de las cosas y ajustar el crédito a la verdad”. En suma, “esta cognición superiormente culta sirve para mejor apreciar los dichos y los hechos, procurando siempre de sacar la enseñanza; si no la admiración, por lo menos la noticia”. En particular y “sobre todo tiene una tan sazónada como curiosa copia de todos los buenos dichos y galantes hechos”, y en especial de “las sentencias de los prudentes”⁴³.

Ésta, por él llamada “ciencia usual” y también “arte de conversar”, tiene más ventajas según Gracián que las denominadas “liberales” “todas juntas”. Ciertamente no las excluye, sino que más bien las presupone como su base. Porque, “así como la cortesía asienta muy bien sobre el tener, así esta parte de la discreción sobre alguna otra grande eminencia cae como esmalte”, pues “es la hermosura formal de todas, realce del mismo saber, ostentación del alma”. Los “varones eminentes” que han poseído “esta galante facultad”, y que han sido “tan raros como eminentes, tesoreros de la curiosidad, emporios de la erudición cortesana”, con sus dichos y sus hechos dieron tal realce a la condición humana, que si no se hubieran observado primero y

⁴³ Ibídem, p. 116.

conservado después, “hubiéramos carecido del mayor tesoro del entendimiento, verdadera riqueza de la vida superior”⁴⁴.

No es fácil, según Gracián, encontrar modelos que hayan sido o sean poseedores cabales de esta singular prenda. Por eso mismo aconseja y prescribe: “Cuando encuentres con algún valiente genio de éstos, que entre millares será alguno, aunque lo busques con la antorcha al mediodía, logra la ocasión, disfruta las sazonadas delicias de la erudición, que si con hambre solicitamos los libros ingeniosos y discretos, con fruición se han de lograr los mismos oráculos de lo discreto, de lo juicioso, sazonado y entendido”. Mas en este quehacer de búsqueda no conviene divagar por el mundo sin criterio, pues quien así procede vuelve tan vacío como se fue, sobre todo si no tiene capacidad de observación y de discernimiento; todo lo contrario suele hacer el discreto, quien, “como la gustosa abeja, viene libando el noticioso néctar que entresacó de lo más florido, que es lo más granado”⁴⁵.

Entre los vicios o achaques de grandes sujetos señala Gracián en el sexto realce de su libro el ser desigual, es decir, ser inestable, mudable, variable, unos por naturaleza, otros por afectación. Tal desigualdad no se funda en la razón, sino que es obra del azar o de la voluntad. Tampoco depende de causas o de méritos, pues que las cosas muden es natural y comprensible, y hasta refleja cordura. Pero no el carácter de las personas, en las que lo antojadizo se torna en trivial achaque. Por el contrario, el varón cuerdo siempre es igual, que es tanto como decir estable, constante, inalterable, y cuando las circunstancias

⁴⁴ Ibídem, p. 116-117.

⁴⁵ Ibídem, p. 117.

imponen mudanza, no es en él tanto síntoma de inestabilidad cuanto de urgencia. Todo ello es fruto maduro de la prudencia. No es extraño, por tanto, que el escritor belmontino exclame exultante: “¡Oh, el prudente! ¡Qué tranquilo costea las puntas y los esteros! ¡Qué señor mide los golfos! Ni se paga de sus finezas, ni se rinde a sus sequedades, porque no se le hace nueva cualquier mudanza en sus extremos”⁴⁶.

Estos altibajos y cambios de actitud no sólo se dan en las personas sino también en las virtudes, hasta tal punto que alguna persona sea en ciertas ocasiones el centro de todas las virtudes y en otras de todos los vicios. En esos casos lo moral sigue el curso de lo natural. Esta desigualdad es tanto más censurable cuanto más define a la persona. Y es que, “en materia de cordura, todo altibajo es fealdad”, sentencia el moralista aragonés⁴⁷.

III

Como ya quedó indicado, cabe distinguir en *El Discreto* un segundo grupo de realces o capítulos, que utilizan los géneros de cartas, de diálogos y de sátiras para desarrollar un tema. En conjunto alcanzan la cifra de nueve. Su unión y su relación están justificados, no tanto por la secuencia temática y argumental que pudieran servir de guía para su ordenación, cuanto por el subgénero literario elegido para su presentación.

⁴⁶ Ibídem, p. 118.

⁴⁷ Ibídem, p. 120.

1.- De los tres realces o capítulos escritos en forma de carta la primera esta dirigida a don Vincencio Juan de Lastanosa, el gran mecenas del autor. Su tema es el hombre universal o, como dice el título, el hombre de todas horas, o el “varón de todos los ratos”, tomada la expresión en sentido moral, conforme a esta máxima tan graciana: “Hizo la naturaleza al hombre un compendio de todo lo natural; haga lo mismo el arte de todo lo moral”⁴⁸. Quiere decir con ello que el varón discreto debe tener capacidad para desempeñar la más amplia variedad de empleos, y estar disponible, no sólo en un momento dado, sino siempre que sea exigible. Es por tanto un tipo de hombre universal, de genio y de ingenio, hombre de todas horas, siempre de sazón y de ocasión. “Nace esta universalidad de voluntad y de entendimiento de un espíritu capaz, con ambiciones de infinito; un gran gusto para todo, que no es vulgar arte saber gozar de las cosas y un buen lograr todo lo bueno”⁴⁹. En realidad, de lo que se trata es de saber aceptar y dominar las circunstancias y las contingencias que en el transcurso de su vida ha de soportar y sortear el varón discreto, guiado siempre por el ejercicio lúcido de la razón práctica, que en cada momento dictamina como debe comportarse para obrar rectamente.

La segunda carta está dirigida a don Juan Orencio de Lastanosa, canónigo de Huesca, singular amigo del autor. Versa sobre “el hombre de buen deajo”, que es tanto como decir que causa una impresión agradable. Se trata del prototipo del hombre ecuánime y estable, que mantiene la calma ante todo lo que en su entorno vital acaece, y evita ser

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 121.

⁴⁹ *Ibíd.*, p. 121.

dominado por actitudes extremas. Ante cuya serena conducta exclama el ilustre belmontino: “¡Oh, gran extremo de la prudencia la atención a los extremos, al acabar bien, poniendo más la mira en la felicidad de la salida que en el aplauso de la entrada!”⁵⁰.

Todo el contenido de este realce, que hace el número doce del libro, se arquea y gira en torno a dos puertas, que representan la entrada y la salida en los cargos, en los negocios y en todos los asuntos en que la vida humana se ve envuelta. Para que el éxito sea completo, debe ser exitosa tanto la entrada como la salida. Algunos suelen ser muy felices en los comienzos, ya sea al acceder a un cargo, ya sea al iniciar una amistad o cualquier otra ocupación o relación similar; pero también suelen tener trágicos finales y dejos muy amargos. La gran regla de oro del saber comenzar y acabar consiste en entrar con buen tino y salir con buen nombre, como aquel romano que dijo de sí mismo que había accedido a todas las dignidades y cargos antes de desearlos y todos los había dejado antes que otros los deseasen. Lo primero, comenta Gracián, fue obra de la suerte; pero lo segundo fue fruto “de una singular prudencia”⁵¹.

Para que el final sea feliz en cualquier negocio o asunto ayuda mucho que el buen modo del ejercicio se vea acompañado por el buen dejo, de tal manera “que la común aclamación del entrar se convierta en universal sentimiento del salir”, señala el moralista aragonés. En vista de lo cual aconseja: “Nunca se ha de acabar con rompimiento, ya sea amistad, ya sea favor, empleo o cargo; que toda quiebra ofende la

⁵⁰ Ibídem, p. 137.

⁵¹ Ibídem.

reputación, además de la pena que causa”⁵². A veces es la suerte la que determina el fin y que éste sea malo o imprevisto; pero en multitud de ocasiones es la cordura quien lo decide, y por tanto es el propio sujeto.

El tercero y último realce o capítulo en forma de carta corresponde al numero veintidós de *El Discreto* y trata “del modo y del agrado”. La carta está dirigida a don Bartolomé de Morlanes, capellán real de la iglesia, hoy basílica, de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza. Hablar del modo y del agrado en un manual de alta conducta, como pretende ser éste, no deja de parecer llamativo a primera vista; pero, cuando se examina la secuencia del discurso, resulta ser sumamente acertado. Es el propio Gracián quien da la razón de ello cuando, antes de ocuparse del modo y del agrado en particular, hace esta advertencia: “Tanto se requiere en las cosas la circunstancia como la sustancia”; porque “lo primero con que topamos no son las esencias de las cosas sino las apariencias; por lo exterior se viene en conocimiento de lo interior, y por la corteza del trato sacamos el fruto del caudal, que aun a la persona que no conocemos por el porte la juzgamos”⁵³.

Para Baltasar Gracián el *modo* o el *cómo* se actúa o se ejerce un oficio o se desempeña un cargo es una prenda cuya falta es inexcusable, porque no es innata, y se puede y debe adquirir; se trata de una “formalidad importantísima” sin la cual el valor, el saber y el poder pierden calidad y se desvirtúan grandemente; es una “de las bellezas trascendentales a todas las acciones y empleos”, afirma el escritor belmontino, Y añade: “Fuerte es la verdad, valiente la razón, poderosa la

⁵² *Ibíd.* p. 137.

⁵³ *Ibíd.* p. 171.

justicia, pero sin un buen modo todo se desluce, así como con él todo se adelanta”. Materias graves y muy importantes se malograron por un *mal modo*, mientras otras muchas ya desahuciadas se mejoraron y concluyeron por un *buen modo*⁵⁴.

Este encarecimiento del modo en el actuar, cualquiera que sea su objeto, es llevado por el jesuita aragonés a extremos insospechados, que resaltan su utilidad. Por eso no duda en afirmar: “Cosas hay que valen poco por su ser y se estiman por su modo”. Esto se aprecia más claramente en los empleos que exigen ingenio, y en el modo de decir las cosas, por muy sabidas que éstas sean. Muchas cosas, de por sí vulgares y ordinarias, pasaron a ser consideradas excelentes por el modo, mientras que otras escogidas y selectas perdieron toda o gran parte de su estimación por el modo con que fueron tratadas. “Préciase de discreto y lo es”, sentencia el belmontino con su habitual laconismo conceptista. Y añade: “Tanta diferencia e importancia puede caber en el cómo”, que cuando es bueno, todo lo enaltece, y, cuando es malo, todo lo afecta y degrada⁵⁵.

Si esto ocurre con el modo, algo similar sucede con el agrado, sobre todo el agrado en el semblante, como reflejo del ánimo y del interior de la persona. Aunque puede ser también una amabilidad natural, muchas veces es fruto de la destreza y del saber comportarse, de manera tal que en determinadas ocasiones suple faltas esenciales y supera en eficacia a su natural posesión. En su forma de actuar se puede decir que es inseparable del modo, pues una apariencia agradable es parte

⁵⁴ Ibídem, p. 171.

⁵⁵ Ibídem, p. 172.

sustancial de los buenos modos, mientras que un semblante hostil y mal encarado es la antesala de los malos modos. En uno y otro caso la prudencia y la sagacidad, disfrazadas de discreción, juegan un papel determinante.

2.- Dos son los realces o capítulos de *El Discreto*, escritos por Baltasar Gracián en forma de diálogo, un subgénero literario del que se sirve para desarrollar dos temas bastante afines entre sí, aunque los coloque a una relativa distancia el uno del otro, pues del primero se ocupa en el número ocho y del segundo en el número diecisiete. En ambos capítulos la técnica literaria es la misma: un diálogo entre el autor y otra persona de cierta relevancia social, que pertenecería al mismo círculo de amigos del mecenas oscense Vincencio Juan de Lastanosa.

El primero de estas dos piezas literarias en forma de diálogo tiene como interlocutor a Juan Francisco Andrés de Uztarroz, el mismo que expidió la aprobación de la edición del libro. El título de este realce es “el buen entendedor”, que remite a un refrán bastante común y popular. El diálogo comienza precisamente haciendo referencia al dicho popular “al buen entendedor, pocas palabras”, que sirve al autor para cambiar el orden de las palabras haciendo un retruécano, una de las figuras retóricas que abunda en sus obras, y escribir que sería más acertado decir que, “a pocas palabras, buen entendedor”, sugerencia que su interlocutor remata afirmando que “las verdades que más nos importan vienen siempre a medio decir”⁵⁶.

⁵⁶ Cfr. *El Discreto*, ed. cit. t., II, p. 123.

Como era de suponer, el título elegido era muy propicio para exaltar y enaltecer la sagacidad. Y la verdad que el desarrollo del tema, no sólo no defrauda a este respecto, sino que entraña un ardiente elogio de esta virtud singular. En el transcurso del diálogo, ante la advertencia y la cautela de su interlocutor frente al posible engaño, pondera el autor que la inteligencia se ha de ajustar a la materia y ser todo lo sutil que su comprensión requiere. Y en consecuencia con ello declara: “Lo que la lisonja se adelanta en el que dice, la sagacidad lo desande en el que oye, que siempre fue la mitad menos lo real de lo imaginado”⁵⁷.

De ordinario este espíritu sagaz suele estar acompañado de la cordura, para no tener que apelar al desengaño. “Va el cuerdo en los puntos vidriosos con gran tiento”, vuelve a intervenir el autor en el diálogo, hasta el punto de que, “cuando la materia es más liviana, da pasos de plomo en el apuntar, con lengua de pluma en el pasar”⁵⁸.

Y en otro pasaje memorable del diálogo, ante el modelo de destreza del médico que suele tomar el pulso en el aliento y la perspicacia del atento metafísico que sabe penetrar en el interior, ante el reparo del autor, advirtiéndole que el saber nunca daña, replica el interlocutor: “Pero tal vez da pena, y así como previene la cordura el qué dirán, la sagacidad ha de observar el qué dijeron”. El comentario es contundente: “Saltea insidiosa esfinge el camino de la vida, y el que no es entendido es perdido”. Y termina con esta sutil sentencia: “Enigma es, y dificultoso, esto de conocerse un hombre”⁵⁹.

⁵⁷ Ibídem, p. 124.

⁵⁸ Ibídem.

⁵⁹ Ibídem, p. 125.

En el segundo realce en forma de diálogo el interlocutor es Manuel Salinas Lizana, tan ligado al autor por su amistad cuanto después adversario por su desencuentro. Debido a su cargo de canónigo de la catedral de Huesca, interviene en el diálogo con el apelativo de “canónigo”. El título es esta vez el “hombre en su punto”, que guarda una estrecha relación con el tema del primer diálogo. Y si este primer diálogo era un canto sonoro a la sagacidad, el segundo es una balada o canción de ritmo lento y popular a la prudencia con que suele proceder el varón entendido.

Las cosas, para llegar a su perfección, argumenta el canónigo, requieren tiempo, y las que presto llegan a conseguirla, valen poco y duran menos, como ocurre con las flores; mientras que las que tardan en adquirir su perfección, como el diamante, apelan a lo eterno. Así sucede con los hombres, replica el autor, que se perfeccionan día a día con el paso del tiempo, lo mismo en lo natural que en lo moral, “hasta llegar al deseado complemento de la *sindéresis*”, como símbolo del buen juicio y compendio de la medida y la prudencia. Este progresivo perfeccionamiento del hombre con el paso del tiempo, no sólo ocurre en el cuerpo, sino también y sobre todo en el ánimo. Es precisamente en este contexto cuando por boca del autor, que sigue apasionando el diálogo con su interlocutor, nos regala otra de sus sentencias memorables. Es ésta: “Gran médico es el tiempo, por lo viejo y por lo experimentado”⁶⁰. Y es que es en la mayor edad cuando son también mayores y más elevados los pensamientos: “Reálzase el gusto, purifícase el ingenio, sazónase el juicio, defécase la voluntad, y al fin hombre

⁶⁰ *Ibíd.*, p. 154.

hecho, varón en su punto, es agradable y aun apetecible al comercio de los entendidos. Conforta con sus consejos, calienta con su eficacia, deleita con su discurso, y todo él huele a una muy viril generosidad”⁶¹.

Es también en esta edad de madurez, en la que el hombre alcanza su mayor perfección, cuando, guiado por la prudencia, sabe enmendar sus errores. Dice Gracián al respecto, en nombre propio y por cuanto es el autor quien ahora interviene en el diálogo: “Revuelve después ya cuerdo sobre sus pasadas imperfecciones, reconoce ya con seso los borrones de su ignorancia o imprudencia, acusa su mal gusto y ríese de sí mismo liviano, ahora grave, condenando con juiciosa refleja los apasionados desaciertos, en los elementos de su imperfección”⁶².

Esta inigualable loa de la prudencia continúa por boca del canónigo al ponderar el progreso en el logro de la perfección, muy desigual según los sujetos, pero aplicable a cualquier materia y a todos los estados y profesiones del hombre. Puesto “que no sólo en la perfección común de la prudencia se van haciendo los hombres, sino en las singulares de cada estado y empleo”⁶³. Y es que nunca se nace hecho. Por el contrario, es “gran asunto de la prudencia y de la experiencia, que son menester mil perfecciones para que llegue a tan grande complemento”. Y esto ocurre en todas las profesiones y oficios, en los que “todos se van haciendo, hasta llegar al punto de su perfección”. Para alcanzarla, a parte de lo que la naturaleza proporciona, se requiere mucho trabajo y mucho esfuerzo. Ya al final del diálogo, vuelve a intervenir el canónigo en estos términos: “La experiencia fiel, la observación juiciosa,

⁶¹ *Ibíd*em, p. 155.

⁶² *Ibíd*em.

⁶³ *Ibíd*em.

el manejo de materias sublimes, la variedad de empleos; todas estas cosas vienen a sacar un hombre consumado, varón hecho y perfecto; y conócese en lo acertado de su juicio, en lo sazonado de su gusto; habla con atención, obra con detención; sabio en dichos, cuerdo en hechos, centro de toda perfección”⁶⁴.

3.- Los realces escritos bajo la forma de sátira son cuatro. El primero de ellos, que corresponde al número nueve del total, versa sobre el tópico “no estar siempre de burlas”, y comienza con esta alabanza de la prudencia: “Es muy seria la prudencia, y la gravedad concilia veneración; de dos extremos, más seguro es el genio majestuoso”⁶⁵.

Nada hay mas contrario a la prudencia en la conversación y en el trato humano que estar siempre de burlas y de fisga, porque, quien así lo hace, no es hombre de veras, por mucho que a veces simule discreción. El burlarse de otro es tratarle como un inferior y quienes optan por ese proceder no hablan nunca con juicio, que es tanto como no tenerle. Lo mismo cabe decir de quienes pretenden con ello presumir de graciosos y chistosos, que acaban por resultar molestos y aborrecibles. “Ganan fama de decidores y pierden el crédito de prudentes”, sentencia Gracián con sus habituales concisión y agudeza.

Las gracias y mucho más las burlas tienen, como todas las cosas, su propio tiempo, que nunca debe sobrepasarse. A veces pueden ser aceptables, sobre todo cuando proceden de un connatural ingenio, máxime si se templan con la cordura, en cuyo caso serán una prenda más

⁶⁴ Ibídem, p. 156.

⁶⁵ Ibídem, p. 126.

y no un defecto reprochable. “Un grano de donosidad es plausible”⁶⁶, pero, cuando se abusa de ello, es censurable.

“Hay donosos y hay burlescos”, prosigue Gracián en su sátira, y la diferencia entre ambos tipos de conducta es mucha. Los primeros dejan en buen lugar la cordura y piden la venia al decoro antes de pronunciarse. Y es que “los hombres cuerdos y prudentes siempre hicieron muy poca merced a las gracias, y una sola bastaba para perder la real [gracia] del Católico Prudente”. Por mucho que los que abusan de las burlas y de los chistes se toleren entre ellos y aun se busquen, “el varón prudente no puede violentarse”, y ha de orientar su conducta con otros criterios más acordes con su condición⁶⁷.

La segunda sátira, con el rebuscado título “no ser malilla”, versa sobre el abuso del querer serlo todo y pretender ocuparlo todo. Cuando el uso de lo bueno se convierte en abuso, y lo tenido por excelente se hace común o vulgar, pierden toda su estima y su misma bondad y excelencia son causa de su ruina. Es lo que ocurre con el hombre que, al contrario del que parece no servir para nada, se cree que vale para todo. Como siempre, la virtud suele consistir en el justo medio. Por eso es muy apropiada aquí esta exclamación: “¡Oh, gran cordura la de un buen medio!”⁶⁸, que encarna la actitud del varón prudente y discreto que sabe huir de los extremos. Son también ejemplo elocuente de este tipo de hombre “malilla”, aquellos, “ni pocos ni cuerdos”, pero si “sobresalidos” y “amigos de que todos los llamen y los busquen”. Todo encuentro con ellos supone un desaire y oír hablar siempre de ellos

⁶⁶ Ibídem, p. 127.

⁶⁷ Ibídem, p. 128-129.

⁶⁸ Ibídem, p. 133.

resulta insoportable. Por querer dar gusto a todos, cosa harto imposible, llegan a disgustar a todos; en ellos “el querer campear no viene a ser realce, sino tope”. Chocan frontalmente con el decoro, que es delicado por esencia y quebradizo como el vidrio. Este abuso reprobable alcanza su más alto grado cuando incentiva la publicidad y busca ser su protagonista. “Quieren algunos ser siempre los gallos de la publicidad, y cantan tanto, que enfadan”, dice Gracián con su dejo de ironía aplicable como pocas de las suyas a la actualidad. Frente a ellos elogia y con entusiasmo la que llama “excelente rareza”, y anota: “Al paso que un varón excelente, ya en el valor, ya en el saber, o sea en la entereza, o sea en prudencia, se retira, se hace codiciable”. Con esta acertada conclusión: “Toda templanza es saludable, y más de apariencia, que conserva la vida a la reputación”⁶⁹.

Todo este cúmulo de inconvenientes del querer estar en todo, que genera la desestima y el desprecio de los demás, está más presente en sujetos con cierto relieve social, ya sea por el cargo u oficio que desempeñan, ya sea por su procedencia familiar. Para no prevenir esas consecuencias es preciso aprender y practicar esa gran lección “de saberse hacer estimar, de saber vender una eminencia, afectando el encubrirlo, para conservarlo y aun aumentarlo”; lo cual exige un ejercicio de sutileza, pariente de la sagacidad⁷⁰.

Esta diatriba contra la ostentación y la exhibición personal continúa en la tercera de las sátiras que Gracián incluye en su libro, cuyo título, “contra la figurería”, no podía ser más expresivo. “Así como hay

⁶⁹ Ibídem, p. 133-134.

⁷⁰ Ibídem, p. 134-135.

prendas plausibles, así también hay defectos muy salidos”, y éste de la figurería es uno de los más notorios. Con frecuencia se disfraza de afectación y se manifiesta como una “extravagante singularidad”, ya sea en el vestir y en la apariencia pública, ya sea en el porte y en el trato⁷¹. Tales impertinencias terminan por provocar el rechazo social y promueven el aislamiento, consecuencias ambas que degradan a la persona.

Esta “ridícula singularidad”, como Gracián la califica, y también “singularidad frívola”, no casa con el buen gusto ni con el ingenio. Por eso es ajena a una mente selecta, y es más admisible en los “varones cuerdos y juiciosos”, que es tanto como decir en quienes se guían por la prudencia. Resulta además paradójica y anómala, si se tiene en cuenta que “la mayor figurería es la del entendimiento”. Aparte de la cordura, remedio común de todos los males, importa mucho para prevenirla observar el porte y la manera de presentarse de cualquier afectado por ese vicio, contemplar y examinar sus yerros, ponderando lo feo y lo ridículo que representan. Frente a esta fantasmagoría aborrecible nada es más útil y eficaz que seguir el dictamen de la razón práctica. “Sea el decir con juicio, el obrar con decoro”, recomienda con finura propia de su connatural agudeza y sentido práctico de la vida el escritor belmontino⁷².

La cuarta y última sátira es “contra la hazañería”, título que indica que se trata de un complemento lógico y secuencial de los dos anteriores. Y es que, mientras algunas prendas o virtudes se emparejan y

⁷¹ Ibídem, p. 149-150.

⁷² Ibídem, p. 152.

acompañan, lo mismo ocurre con los vicios y defectos, tanto más cuanto más vulgares y más conocidos por ser más descarados. Por eso suelen ser fácilmente evitables por cualquiera que sea “medianamente discreto”. Pero hay otros defectos, que aparecen tan disimulados por presentarse revestidos con una capa de perfección, que muchos los confunden con una virtud. Uno de estos defectos es precisamente la hazañería, muy propia de algunos personajes, especialmente en el mundo de las armas y también en el de las letras, e incluso en quienes aspiran a ser modelos de virtudes e incluso en quienes pretenden ser héroes. “Todas sus cosas son las primeras del mundo y todas sus acciones hazañas”, observa con gracejo el moralista aragonés⁷³.

Para aclarar bien las cosas y evitar malentendidos, Gracián distingue claramente a los hazañosos de los hazañeros, y estima que hay gran diferencia entre unos y otros. Son estos últimos, los hazañeros, los que practican la hazañería, que él repudia; mientras que los primeros, los hazañosos, corresponden a aquellos que a lo largo de su vida realizaron actos que se consideran hazañas. Por eso es siempre una virtud, que requiere siempre una cierta eminencia, mientras que la hazañería es un vicio, que “nace de una desvanecida poquedad y de una abatida hinchazón” y es fruto de una jactancia intolerable, contraria a la verdad y al buen porte, y se contenta sólo con la apariencia. A diferencia de quienes así se conducen en la vida, “los varones cuerdos aspiran antes a ser grandes que a parecerlo”⁷⁴.

⁷³ *Ibíd.*, p. 165-166.

⁷⁴ *Ibíd.*, p. 166.

Una atenta observación de la realidad histórica y de la vida social permite distinguir claramente las verdaderas hazañas de la hazañería. Las primeras han sido objeto de investigación histórica o se han adquirido relieve por su notoriedad social, y son causa de admiración y de estima social, mientras que la hazañería genera desprecio y en ciertos casos desengaño. Sus supuestas hazañas son siempre “hormiguillas del honor”, más paja que grano. Entre los sujetos que la practican incluye Gracián a “los políticos”, siempre violentados por la dependencia que buscan y procuran la “afectada alabanza”, y suelen ser “lisonjeros de malicia”⁷⁵. Una muestra más, sobradamente elocuente, de la actualidad, a veces demasiado recóndita, de *El Discreto* de Baltasar Gracián.

IV

En la distribución que he hecho, para su mejor análisis, de los veinticinco realces o capítulos que componen *El Discreto*, hay un tercer grupo, que corresponde en su mayoría a los últimos, que recurren a ciertas figuras retóricas, como son el encomio, el apólogo, la inventiva, el problema, la ficción heroica, la apología, el emblema, la fábula y el panegiris, es decir, nueve realces en total, tantos como los del segundo grupo. Entre ellos, a su vez, cabe distinguir tres tipos por su afinidad temática: los titulados encomio, inventiva y problema, que describen tres cualidades del varón discreto; los ofrecidos en forma de apólogo, ficción heroica y fábula, y los que concibe como apología, emblema y panegiris

⁷⁵ Ibídem, p. 167.

del juicio, la inteligencia y la discreción. Queda para el final, como ya advertimos, el último realce o capítulo, que pretende ser una síntesis de todos los anteriores, y que preludia la configuración de su obra principal *El Criticón*.

1.- El primero de estos realces temáticamente afines corresponde al capítulo décimo, intitulado encomio, que trata “del hombre de buena elección”, cualidad esta de la “sabía elección” que encarna y sintetiza todo el saber práctico. No es ésta, opina Gracián, una cualidad demasiado común, a pesar de que no puede haber don más grande para la razón práctica que el saber elegir, pues “no bastan ni el estudio ni el ingenio donde falta la elección”⁷⁶.

Esta capacidad, en cierto modo connatural, de saber elegir, es insustituible y difícilmente encuentra remedio si falla en tres asuntos, que son: en primer lugar la alta dirección política, pues ella es la llave de la verdadera razón de Estado, y su yerro genera descrédito, mientras que, si acierta, acrecienta la reputación; en segundo lugar es pieza clave cuando se trata de elegir empleo, profesión u estado, porque de su acierto en estas tres áreas depende en gran medida la felicidad del hombre; y en tercer lugar es decisiva en la elección de los amigos y también en cierta medida familiares, que son “ayudantes del vivir”, aunque las más de las veces resulten “enemigos no excusados”⁷⁷.

La buena elección presupone buen gusto, pues con él todo suele salir bien, mientras que “un mal gusto todo lo desazona, y las

⁷⁶ Cfr. *El Discreto*, ed. cit. t., II, p. 129.

⁷⁷ *Ibíd.*, p. 132.

mismas cosas excelentes por su perfección las malogra por su mala disposición”. Quienes son de tal condición, son “enfermos del gusto”, “lisiados del juicio”, lo que les lleva a sumar desaciertos, amontonando males sobre males. Lo mismo ocurre, aunque por supuesto en menor medida, a quienes tienen “destemplado el gusto” para unas cosas, aunque para otras lo tengan en su punto, pues “lo ordinario es que el que tiene depravada la raíz lleve desazonado todo el fruto”⁷⁸.

Además del buen gusto se precisa “una adecuada comprensión de todas las circunstancias que se requieren para el acierto individual”, comenzando por la ocasión, “que es la primera regla del acertar”, y continuando con la conveniencia y con los medios disponibles para ejecutarla. El mayor obstáculo de la buena elección es la pasión, “enemiga declarada de la cordura”, pues se guía más por el antojo que por el acierto⁷⁹.

Toda esta guía para saber elegir está impregnada de máximas de prudencia, pero es al final del trayecto cuando el autor recapitula e intenta reafirmar los principales asuntos que requieren una elección acertada, cuando la prudencia aparece expresamente invocada. “Los asuntos de la elección son muchos y sublimes”, advierte el moralista aragonés. Entre ellos insiste ahora en la elección “de los empleos y los estados, delecto de toda una vida, donde se acierta o yerra para siempre”. El mayor inconveniente es que, tanto éstas como la mayoría de “las resoluciones más importantes, se toman en la primera edad”, es decir, según su acostumbrada tipificación, en la primavera de la juventud

⁷⁸ *Ibíd.*, p. 131.

⁷⁹ *Ibíd.*

“cuando aún no fueran bastantes la mayor prudencia y la más sazónada madurez”. No debe ser menor el empeño, continúa el belmontino, en “escoger los amigos, que han de ser de elección y no de acaso; acción muy de la prudencia, y en los más de la contingencia”. Y también los familiares, aunque en ciertos casos, como son los hijos, la elección no decide, aunque sí ayuda a prevenir los peligros y los desfavores de la naturaleza y de la fortuna. Todo este encomio de la elección concluye con esta consigna en la que avisa que “no hay perfección donde no hay elección”, lo cual incluye “dos ventajas: el poder elegir y elegir bien”, y por ello, para lograr el acierto en la elección, conviene a veces acudir al consejo y al ejemplo de otros, puesto que “se ha de oír a los que saben para acertar”⁸⁰.

Conceptuado como una “invectiva”, que es tanto como decir un discurso o escrito que implica una censura moral o una diatriba contra alguien, el realce que hace el número catorce se titula “no rendirse al humor”. El saber sortear las vulgares y peregrinas impresiones es indicio del mayor señorío de sí mismo. “Una gran capacidad no se rinde a la vulgar alternación de los humores, ni aun de los afectos; siempre se mantiene superior a tan material destemplanza”, advierte Baltasar Gracián. Y “es efecto grande de *la prudencia* la reflexión sobre sí, un reconocer su actual disposición, que es un proceder como señor de su ánimo”⁸¹.

Quienes se dejan llevar por los vaivenes del humor se someten a su tiranía implacable. Por ello importa mucho “conocer esta

⁸⁰ *Ibíd.*, p. 132.

⁸¹ *Ibíd.*, p. 145.

destemplanza del humor para vencerla”; y es preferible pasar al otro extremo, “si se ha de dejar alguna vez la acertada medianía para ajustar el fiel de la prudencia”⁸². Cuando el gusto se equivoca, debe intervenir el juicio para corregirlo. Una destemplanza ocasional o pasajera puede ser aceptable, “pero la perennal destemplanza, y con todo género de personas” resulta intolerable. De ello debe estar precavido el varón discreto y “mire desde la talanquera de su cordura los toros de la necedad ajena”⁸³.

El realce siguiente, intitulado “tener buenos repentes” y propuesto como “problema”, es el reverso del anterior, pues supone una alabanza de la rapidez en la resolución, porque “realces de prontitud salieron siempre de remotes de ingenio”. Aunque las obras no se miden por su presteza o tardanza, sino por su perfección, no puede negarse que, “si a todo acierto se le debe estimación, a los repentinos, aplauso”, pues ostentan una doble eminencia, por la prontitud y por la felicidad. En ellos ciertamente “suple la vivacidad del ingenio la profundidad del juicio”. Estos buenos repentes suscitan merecida admiración y por eso son plausibles, y la lealtad de su prontitud sustituye con ventaja al consejo y a la providencia, a la madurez y a la espera, que son la fianza del acierto⁸⁴.

Esta premura en la resolución no excluye sino que más bien incluye *la prudencia*. “Después que la providencia previene, *la prudencia* dispone” y ordena la ejecución. Por mucho que algunos atribuyen el acierto en estos casos a la ventura, debieran también hacerlo a “una

⁸² Ibídem.

⁸³ Ibídem, p. 146.

⁸⁴ Ibídem, p. 147.

perspicacia prodigiosa”, a una sagacidad incierta. Cuando no hay tiempo para detenerse a pensar la decisión, aparecen el señorío y el despejo para suplirlo. Esta vivacidad portentosa y esta perspicacia connatural son la fuente que aumenta “la inteligencia y, sutalizando el ingenio, engorda sustancialmente la prudencia”⁸⁵.

Si la prontitud en los hechos merece admiración y respeto, también es plausible en los dichos, porque también en ellos la presteza del efecto “arguye eminente actividad en la causa; en los conceptos, sutileza; en los aciertos, cordura, tanto más estimable cuanto va de lo agudo a lo prudente, del ingenio al juicio”, es decir, que la sagacidad precede y genera la prudencia y conjuga lo ingenioso y lo cuerdo⁸⁶.

2.- Como ya he anotado, hay una segunda especie de realces en este tramo final de la obra graciana, que se asemejan entre sí por el carácter ingenioso de la narración. El primero de ellos presentado como “apólogo”, es decir, como un relato alegórico similar a la fábula, del que se extrae una enseñanza moral. Versa sobre la ostentación y envidia que provoca, lo que implica una singular perspicacia o agudeza visual. El protagonista es el pavo real, al que Gracián llama el *Pavón de Juno*, nombre latino de la diosa Heres, esposa de Zeus, que compitió con otras dos diosas por el título de la más bella del Olimpo en el juicio de París. Esta bella ave, el pavo real, es el símbolo vivo de la ostentación, por gustar de exhibir su vistoso plumaje de brillantes colores azules, verdes, amarillos y blancos. La reiterada ostentación de su belleza suscitó, según

⁸⁵ Ibídem, p. 148.

⁸⁶ Ibídem, p. 149

el relato de Gracián, la envidia de la corneja, a la que se sumaron de inmediato el cuervo y la picaza, nombre vulgar de la urraca, quienes elevaron sus quejas a la asamblea de la república de todos los animales. Reunida ésta, tras oír a ambas partes, se impuso la autoridad del león, quien propuso moderación y que se sometiera el caso al arbitrio de un tercero, que sería la vulpeja, por sabia y por desapasionada. Estudiada la causa, la vulpeja, “*muy a lo sagaz*”, emitió el exigido dictamen de arbitraje con su correspondiente fallo⁸⁷.

En su sagaz y astuta fundamentación del fallo, la vulpeja ponderó por una parte que las cosas suelen ser valoradas más que por lo que son, por lo que parecen, y en eso consiste la verdad de la ostentación, pues lo que se oculta al lucimiento termina despreciado. Pero por otra parte señaló “que ningún realce pide ser menos afectado que la ostentación”, por lo cual ésta “ha de ser muy templada y muy de la ocasión”, y que “tal vez un *prudente disimulo* es plausible alarde del valor”⁸⁸.

En su última consideración, anticipatoria del fallo, la vulpeja advierte que sería una violencia inaceptable concederle al pavo real la hermosura y negarle el alarde, porque ni la sabia naturaleza lo permite, ni su providencia lo autoriza.

Sus preceptos deben ser respetados, siempre que “la razón política” no aconseja lo contrario. Pero, por otra parte, propuso que, para hallar un buen remedio a la vana ostentación, se ordene al pavo real que, siempre que despliegue la belleza de sus alas, sea obligado a fijar la vista

⁸⁷ Cfr. *El Discreto*, ed. cit. t., II, p. 141-142.

⁸⁸ *Ibíd.*, p. 143.

en la fealdad de sus pies, con lo cual se moderarán sus ansias de ostentación. El relato termina diciendo que todos los componentes de la asamblea aplaudieron el fallo de la vulpeja, y con ello se disolvió la reunión⁸⁹. Aunque no se añada la consabida moraleja, ésta es fácilmente deducible del conjunto del relato.

Escrito como ficción heroica, el realce decimoctavo trata “de la cultura y el aliño”, y en él vuelven a aparecer las personificaciones de virtudes, que anticipan la trama de *El Criticón*. La cultura tiene por padre el Artificio, escrito con mayúscula, lo que revela su personificación, a la que siguieron otras de igual condición. Pero aún siendo prenda de gran valor, a veces necesita ser adornada con el aliño para que agrade al gusto. Su madre fue la Buena Disposición, segunda personificación del relato, que también requiere ser sazónada por el aliño. Y fueron sus hermanos el Despejo, el Buen Gusto y el Decoro, nuevas personificaciones, que implícitamente aluden a la sagacidad y a la prudencia. Por último, sus hijos son el Agrado y el Provecho, que completan la familia. Tanto aquéllos como éstos exigen también ser perfeccionados por el aliño, circunstancia “que arguye tal vez mucha sustancia, porque nace de capacidad”. Todos ellos juntos y en familia hacen posible “este cultísimo realce del varón discreto”, que es a la vez culto, lúcido, práctico y erudito, sabiendo conciliar la cultura y el aliño⁹⁰.

En otro no menos artificioso realce escrito como fábula, y que trata del arte para ser dichoso, abundan aún más las personificaciones imaginarias. Comienza con la Fortuna, de quien se quejaba el más

⁸⁹ Ibídem, p. 144.

⁹⁰ Ibídem, p. 157-161.

simple de los animales, que resulta ser el asno, y que un buen día, “aconsejado de muchos y acompañado de ninguno”, pidió audiencia personal a Júpiter para exponerle sus quejas contra la Fortuna. Escuchadas éstas, y concedido el turno de audiencia a la Fortuna para que hablara en su descargo, el soberano del Olimpo dictó este solemne veredicto, en el que la sagacidad y la prudencia son invocadas expresamente más de una vez: “Infeliz bruto, nunca vos fuerais tan desgraciado, si fuerais más avisado. Andad, y procurad ser de hoy en adelante despierto como el León, *prudente* como el Elefante, *astuto* como la Vulpeja y *cauto* como el Lobo. Disponed bien de los medios, y conseguiréis vuestros intentos; y desengañense todos los mortales, dijo alzando la voz, que no hay más dicha ni más desdicha que *prudencia* o *imprudencia*”⁹¹.

3.- “El varón juicioso y notante [...] luego se hace señor de cualquier sujeto y objeto”, se lee en el primero de los reales que conforman la última unidad temática dentro del conjunto del tercer grupo. Son muy pocos, y por eso son singulares los que poseen estas virtudes. Quien las ejerce es “Argos al atender y lince al entender”, lo que supone un alto grado de *sagacidad*, por cuanto sondea atento los fondos de mayor profundidad. No es extraño que por ello Gracián aluda a la “ventanilla del pecho humano”, que diseñó Momo, el dios de la burla, y que después describirá en la Primera Parte, crisis XI de su obra principal *El Criticón*.; también alude a ella en *El Discreto*, realce XIX, en *El Oráculo manual*, máxima 222 y en *Agudeza y Arte de ingenio*,

⁹¹ Ibídem, p. 171-176.

discurso 23. A través de esa ventanilla, los zahoríes de corazones pueden penetrar en lo más recóndito del ser humano⁹².

Este encomio inicial de la perspicacia y de la sagacidad con una apología dedicada al hombre juicioso y notante, que es tanto como decir prudente y sagaz, se convierte poco después en una exaltación aún mayor de la prudencia como virtud primordial del varón discreto. “Todo grande hombre fue juicioso, así como todo juicioso fue grande”, afirma el moralista aragonés ensayando una vez más su tono sentencioso. Y continúa: “Bueno es ser noticioso, pero no basta; es menester ser juicioso”⁹³. Esta eminente prenda del buen juicio es lo más opuesto que pueda haber a la vulgaridad, porque el vulgo fue siempre malicioso, pero no juicioso. Lo realmente curioso es cuando dos sujetos juiciosos “se embisten a la par”. Aquí la imaginación del belmontino se eleva a cotas inesperadas, lo que supone un lujo para nuestro tema. Escribe al respecto en una sucesión lineal de exclamaciones que parecen exigirse mutuamente: “¡Con qué destreza se acometen! ¡Qué precisión en los tientos! ¡Qué atención a la razón! ¡Qué examen de la palabra!”. Y concluye: “Van brujuleando el ánimo, sondando los afectos, pesando *la prudencia*”. Y en seguida un nuevo guiño a la sagacidad, para que no aparezca descolgada del relato; “De esta suerte van haciendo anotomía del ánimo, examen del caudal”, que “no hay halcón que haga más puntas a la presa, ni Argos que más ojos multiplique, como ellos atenciones a la ajena intención, de modo que hacen anotomía de un sujeto hasta las

⁹² Cfr. *El Discreto*, ed. cit. t., II, p. 161; cfr. *infra*, p. 289, 411 y 517-518.

⁹³ *Ibídem*.

entrañas y luego le definen por propiedades y esencia”⁹⁴. Recordemos al respecto el dicho que he elegido como línea del capítulo: “*Sagaz anotomía, mirar las cosas por dentro*”.

Prosiguiendo la descripción del notante y la fuerza de este tipo selecto de varones juiciosos, pondera Gracián su recato, su capacidad observadora y su magisterio cuando se consigue su amistad: “¡Oh, lo que enseñan!; ¡oh, lo que iluminan!”, exclama nuevamente y termina con esta certera ponderación: “Admírase en ellos ya el extravagante reparo, ya la profunda observación, la sutil nota, *la juiciosa crisis*, el valiente concebir, *el prudente discurrir*, lo mucho que se les ofrece y lo poco que se les pasa”⁹⁵.

Esta eminente prenda del sano y acreditado juicio, crisol de su fineza, puede lucir donde quiera se encuentre. Es prenda muy calificada, tanto en sus raíces como en su desarrollo, pues la sustenta la sustancial entereza. Y es tal su eficacia, que vale más un sí de un valiente juicioso que toda la aclamación del vulgo y el aplauso del mundanal ruido. No suele estar sola, pues requiere o supone poseer otros muchos realces, que apuntan a lo comprensivo, lo noticioso y lo profundo. Quienes la ejercen, son oráculos de la verdad; y se empareja con *la discreción*, que no es sólo especulativa, sino muy práctica, especialmente en los que ejercen el mando, porque a la luz de ella pueden descubrir los talentos y medir la capacidad de cada sujeto para los diversos empleos y oficios; saben dirigirlos con arte y no por suerte, y saben distinguir la eminencia de la medianía. Además de su capacidad para comprender los objetos y

⁹⁴ Ibídem, p. 162.

⁹⁵ Ibídem, p. 163.

saber discernir los sujetos, su mayor provecho es que permite discernir “entre discretos y necios, singulares y vulgares, para la elección de los íntimos”, que es el mayor asunto y el que más cuidado reclama⁹⁶.

Muy afín a este realce, hasta el punto de parecer su continuación, es el dedicado al hombre “diligente e inteligente”, presentado como emblema. Se trata de dos tipos de hombre, que la naturaleza formó, pero que el arte fundió en uno, para que de ellos resultara el *varón juicioso*. Si se pregunta quien prevalece de los dos o cuál lleva a cuál, la contestación es que ninguno de los dos, pues de su unión resulta un nuevo tipo de hombre. “Tanto necesita la diligencia de la inteligencia como al contrario. La una sin la otra valen poco, y juntas pueden mucho. Ésta ejecuta pronta lo que aquélla, detenida, medita y corona una diligente ejecución los aciertos de una bienintencionada atención”⁹⁷.

Hay hombres muy diligentes, que obran grandes cosas, que son ejecutivos y eficaces, pero nada inteligentes, observa Gracián al tratar de explicar esta necesaria unión y dependencia de la diligencia y de la inteligencia. El mayor riesgo que corre este tipo de hombre es precisamente el correr, apunta el jesuita aragonés para que no se olvide su proclividad al juego de conceptos y de palabras. Es más, llega a afirmar que es pasión de necios el ser muy diligentes, que corren pero no discurren, y ni siquiera advierten que no advierten. Pero tampoco goza de mejores venturas una gran inteligencia sin ejecución, como flor que se marchita ahogando el fruto. Quienes así proceden resuelven ciertamente

⁹⁶ Ibídem, p. 164.

⁹⁷ Cfr. *El Discreto*, ed. cit. t. II, p. 168.

con extremada sindéresis y saben elegir bien lo que conviene hacer, pero se pierden en la ejecución, “malogrando lo excelente de sus dictámenes con la ineficacia de su remisión”⁹⁸.

Lo ideal es también aquí la propuesta conjunción de diligencia e inteligencia. Supone saber unir la presteza con la detención, haciendo realidad “aquel excedido exceso que entre sí mantienen los valerosos españoles y los belicosos franceses, igualando el Cielo la competencia, contrapesando *la prudencia* española a la presteza francesa”⁹⁹.

Completa este trío de realces, dedicados a ponderar la grandeza del hombre que posee estas dotes, el penúltimo realce del libro, intitulado “corona de la discreción”, expuesto en clave panegírica. En él las personificaciones encarnan las más variadas y “las más sublimes prendas de un varón consumadamente perfecto”, entre ellas el Despejo, lo Juicioso, lo Agudo, lo Práctico y lo Atento, y que están todas ellas más o menos emparentadas con la sagacidad y la prudencia, en competencia con otras muchas prendas “de este porte y grandeza”¹⁰⁰.

En esta apasionada competencia entre las diversas prendas y entre sus realces, prodigios de eminencia, “convinieron todos y remitiéronse al acierto de una sabia, *prudente* y justísima sentencia”, y convinieron que el único tribunal era la Verdad, quien, tras ser rogada, aceptó el cargo. Oídas todas las partes, pronunció su sentencia, en la que, después de alabar al varón culto y también al discreto, falló que la primera de todas las prendas no era otra que el decir la verdad,

⁹⁸ Ibídem, p. 168-169.

⁹⁹ Ibídem, p. 170.

¹⁰⁰ Ibídem, p. 176-177.

“esplendor de la heroicidad y de la discreción complemento”, alabada y ensalzada por todos los sabios que en el mundo han sido¹⁰¹.

Pensado como reflejo de todas las anteriores, el último realce o capítulo de *El Discreto* pretende ser una síntesis de todo lo en ellos expuesto. De ahí que su título sea “culto repartición de la vida de un discreto”. Mas en realidad es un preámbulo de la última obra de Gracián, *El Criticón*. Pues en él se distinguen y brevemente se descubren las cuatro edades de la vida del hombre, equivalentes a las cuatro estaciones del año, la alegre niñez a la primavera, la tormentosa mocedad al caluroso estío, la edad varonil al deseado otoño, y la decrepitud de la vejez al helado invierno¹⁰².

Más ajustado para su propósito inmediato le parece a Gracián el gusto de un varón galante, que repartió la comedia de la vida humana en tres estaciones, empleando la primera en hablar con los muertos, es decir, con los libros para aprender de ellos, siguiendo sus diversas materias. Los más agradables fueron los de Filosofía y, entre éstos, los de Filosofía Moral. De hecho “gustó más de la moral, pasto de muy hombres, para dar vida a *la prudencia*”. Algo le cautivó también la Astrología, pues por ella “supo lo que permite la cordura”. Con todo ello consiguió “una noticiosa universalidad, de suerte que la Filosofía Moral le hizo *prudente*; la Natural, sabio; la Historia, avisado; la Poesía, *ingenioso*; la Retórica, elocuente; la Humanidad, discreto”, y así sucesivamente¹⁰³. El segundo tercio de la vida lo empleó el discreto en peregrinar y recorrió todas “las políticas provincias” del mundo

¹⁰¹ *Ibídem*, p. 178-179.

¹⁰² *Ibídem*, p. 179.

¹⁰³ *Ibídem*, p. 180.

conocido. Y la tercera jornada la empleó en meditar todo lo que había leído y visto, y que había llegado “a la aduana del entendimiento”, donde todo se registra, por las puertas de los sentidos. Es él quien “pondera, juzga, discurre”, lo que *la prudencia* “rumia después meditando”, a la vez que “desmenuza los objetos y “desentraña las cosas” utilizando *la sagacidad*, pero sin dejarse avasallar por ella, porque “importa mucho *la prudente* reflexión sobre las cosas” y “es corona de la discreción el saber filosofar, sacando de todo, como solícita abeja, o la miel del gustoso provecho o la cera para la luz del desengaño”¹⁰⁴.

¹⁰⁴ Ibidem, p. 182-183.

Capítulo IV

Entre dos libros sobre la agudeza y el ingenio: El Oráculo manual o Arte de prudencia

Tras haber publicado sus dos “meninos” *El Héroe* y *El Político* en 1637 y 1640 respectivamente, en 1642 salió a la luz pública un libro más extenso y en mayor tamaño, titulado *Arte de ingenio. Tratado de la agudeza* en el que se explican todos los modos y diferencias de conceptos¹. Parece ser que fue escrito y redactado durante varios años y en diversos lugares, pues en los años previos a su publicación Baltasar Gracián hubo de residir por disposición de sus superiores en Gandía, Zaragoza, Lérida y Huesca, donde seguramente le dio la versión definitiva.

Transcurridos cinco años, en 1647, comenzó a imprimirse una nueva versión, ampliamente reelaborada de esta obra, que sin embargo

¹ Como puede leerse en la portada, fue publicado “en Madrid, por Juan Sánchez, año 1642”. Ha sido reproducido en edición facsímil cuidada por Aurora Egido (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2005), con un extenso estudio preliminar, tomando como base un ejemplar propiedad del bibliófilo zaragozano Vicente Martínez Tejero, y los conservados en la Biblioteca Menéndez Pelayo (signatura 1043) y en la Biblioteca Nacional de Madrid (signatura R-15.000), que ya había sido utilizado por Emilio Blanco en su reciente edición (Madrid, Cátedra, 1998).

no fue publicada hasta el año siguiente, 1648, con un nuevo título: *Agudeza y Arte de ingenio. En que se explican todos los modos y diferencias de conceptos, con exemplares escogidos de lo más bien dicho, así sacro, como humano*². Ambas ediciones, la princeps de 1642 y la ampliamente reelaborada de 1648 forman un todo unitario, y no pueden entenderse la una sin la otra, a pesar de sus peculiaridades tanto en relación con su formato como en relación a su contenido, mucho más amplio en la titulada *Agudeza y Arte de Ingenio*, que por otra parte suele ser la única que se tiene en cuenta cuando se habla del tema.

Entre estos dos libros, que versan sobre un mismo tema y que apuntan directamente a la sagacidad, en cuanto a sinónimo de la agudeza, aunque sea en la formación y el uso de los conceptos, sin por ello olvidar la cordura y la prudencia, apareció el que para muchos es el libro más famoso y conocido de Baltasar Gracián, el *Oráculo manual y Arte de prudencia*, que se refiere directa y frontalmente a la prudencia sin por ello dejar en la región del olvido a la sagacidad y a la perspicacia o agudeza en el obrar. Fue publicado en 1647 con el referido título *Oráculo manual y Arte de prudencia, sacado de los aforismos* que se discurren en las obras de Lorenzo Gracián³. Como a continuación se dice que la obra

² Fue impresa en Huesca por Juan Nogués, año 1648. Ha sido también reeditada en edición facsímil con un amplísimo estudio preliminar por Aurora Egido (Zaragoza, Institución Fernando el Católico. 2007) tomando como base un ejemplar propiedad del Gobierno de Aragón, que antes había pertenecido al bibliófilo zaragozano Vicente Martínez Tejero.

³ Fue también impresa en Huesca, por Juan Nogués, año 1647, ajustándose a la legislación del Reino de Aragón, como la *Agudeza y Arte de Ingenio*, mientras que la primera edición de esta última obra publicada en 1642, se sometió a la legislación del Reino de Castilla, al ser impresa en Madrid por Juan Sánchez. Hay también una edición facsímil, con un sustancioso prólogo en el que se da cuenta de sus ejemplares y de su contenido, a cargo de Aurora Egido (Zaragoza, Institución Fernando el

la publica D. Vincencio Juan de Lastanosa, se ha discutido mucho si fue éste el autor, porque el mismo figura también como quien la dedica a D. Luis Méndez de Haro. Pero la realidad es que de los trescientos aforismos de que consta el libro, sólo setenta y dos se encuentran formulados en las obras anteriores de Gracián, publicadas, como es sabido, con el nombre de su hermano Lorenzo Gracián para evitar la censura de su Orden; y de ellos solamente quince presentan un enunciado equivalente literalmente, pues todos los restantes ostentan una reformulación diferente a la que pudiera rastrearse en las obras anteriores. Aún así quedan todavía doscientos veintiocho aforismos, con sus correspondientes glosas, que no tienen formulación alguna en los libros de Gracián publicados anteriormente. Por otra parte el mismo Gracián en la dedicatoria de su libro *El Comulgatorio*, aparecido éste si con licencia de su Orden en 1655 y en el que figura su propio nombre como autor, declara que escribió un libro sobre el *Arte de prudencia*. Por todo lo cual, además del estilo y de la distribución de los aforismos, en número redondo de 300, y sus correspondientes glosas, no cabe dudar de la autoría de este nuevo libro⁴.

Tanto los dos libros sobre la *Agudeza* y el *Ingenio* como el *Oráculo manual* y *Arte de prudencia* son obras de madurez o escritos en la edad varonil, como le gustaba llamarla el autor, pues cuando fueron escritos tenía ya más de cuarenta años. En las tres ocasiones se comprueba además que no fueron parte de la improvisación, ni tampoco de la inercia, alimentada por el éxito de sus libros anteriores, sino que

Católico, 2001.

⁴ Cfr. sobre ello Baltasar Gracián, *Obras Completas*, ed. cit., t. II, introducción de Emilio Blanco, p. XXIV-XXV.

fueron obras concienzudamente pensadas y planeadas y que certifican una dedicación envidiable a la lectura de grandes obras, a la recogida de materiales y a la búsqueda de textos y de ejemplos con lo que afianzar su discurso y sus opiniones. Si en los dos primeros prevalece el ingenio, equivalente a la sagacidad, aunque fuera primordialmente orientado al orden de los conceptos, en el dedicado al arte de la prudencia prima esta voluntad como criterio directivo de la razón práctica y de la conducta humana. En ambos casos se trataba de encontrar reglas que sirvieran de paradigma normativo para regular el modo de proceder del hombre culto e ilustrado como nuevo prototipo de excelencia humana.

Para poder comprender e interpretar debidamente el contenido de estos libros, además de las introducciones a cada una de sus ediciones principales, contamos con valiosos estudios particulares sobre cada uno de ellos. Los referentes al primer libro sobre el *Arte de ingenio. Tratado de la agudeza* son muchos menos en comparación con los que se ocupan de la segunda versión notablemente ampliada, la *Agudeza y Arte de ingenio*; pero no por ello carecen de utilidad ni deben ser preteridos. Hay además trabajos de gran valor en los que se examinan y comparan las dos versiones, que aclaran hasta qué punto se trata de dos libros distintos y no de una simple ampliación del segundo con respecto al primero. Conviene, en efecto, tener en cuenta que este segundo libro lo componen nada menos que sesenta y tres discursos frente a los cincuenta discursos del primer libro, muchos de los cuales acrecientan de tal manera su texto que en algunos casos lo duplican. Mucho más numerosos son los estudios particulares sobre el *Oráculo manual y Arte de prudencia*, lo que es de agradecer sinceramente porque inciden directamente en el tema de

nuestro estudio. También lo han sido las traducciones a diversas lenguas, algunas tan meritorias como la producida de Amelot de la Houssaie⁵ a la que se debe la numeración de los trescientos aforismos aunque él los denominó “maximes”, y más aún la alemana de Arthur Schopenhauer con el título *Hand-Orakel und Kunst der Weltklugheit*, que data del año 1861, cuyos términos en determinadas ocasiones se puede decir que ayudan considerablemente a captar en su plenitud la riqueza de contenido de los vocablos del original español.

El hecho de que la segunda versión de la *Agudeza* y el *Oráculo manual* fueran preparados y escritos en los mismos años, entre 1644 y 1647, refuerzan la tesis de la unidad intencional de los tres libros cifrada en la unión del ingenio y la prudencia y es que, como observa Aurora Egido “entre *Arte de ingenio* (1642), *Oráculo manual* y *Arte de prudencia* (1647), y la *Agudeza y Arte de ingenio* (1648), hay un obvio común denominador, que no es otro que el “arte”; aspecto que conviene tener en cuenta por lo que supone frente al resto de las obras gracianas, con títulos singulares adscritos a un nombre común o propio, como en el caso de *El Político don Fernando el Católico*, mientras que en la triada susodicha aparece la voluntad de reglar y ordenar nuevas disciplinas no codificadas por la tradición como eran precisamente las del ingenio y las de la prudencia⁶. La clave que denota esa unión es la palabra “Arte” que figura en el título de las dos versiones de la *Agudeza* y del *Oráculo manual* y que son aplicadas en sentido unívoco tanto al ingenio como a la prudencia. Este sentido unívoco no es otro que el que primaba en la

⁵ Con el título *L’homme de cour* (Paris, 1684).

⁶ Cfr. la introducción a la edición facsímil de *Agudeza y Arte de ingenio* (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2007), p. LXXVIII.

mentalidad literaria de la época y que recogía el intento de la tradición humanística de codificar un elenco de reglas que sirvieran de pauta al ejercicio del ingenio y a la práctica de la prudencia, motivadas ambas con evidentes connotaciones morales, algo que para Gracián era un elemento esencial en todos sus libros.

Con estas precisas connotaciones preliminares, en este capítulo pretendemos reseñar, analizar y comentar los numerosos pasajes de las obras de Gracián sobre el *Arte del ingenio* y el *Arte de la prudencia* en los que la sagacidad y la prudencia y sus criterios o virtudes concomitantes están explícita o veladamente presentes y ofrecen abundante material para un adecuado desarrollo del tema. Naturalmente que, como ya quedó apuntado, esta incidencia es mucho menor en los dos libros dedicados al ingenio y a la agudeza por cuanto estas dos cualidades intelectuales se orientan primordialmente a la lógica de los conceptos y a la preceptiva literaria, aunque no falten referencias a los hechos; y además se centran casi exclusivamente en la agudeza y el ingenio -no se olvide que agudeza es sinónimo de sagacidad y el ingenio de perspicacia- si bien en algunas ocasiones aluden también a la cordura y a la prudencia. Por contra en el *Oráculo manual*, concebido como arte de prudencia, es esta virtud la que predomina por doquier y está presente en muchos de los aforismos, a veces con cierta reiteración; pero tampoco faltan las alusiones reiteradas a la sagacidad y a sus congéneres, con sentencias y enunciados dignos de ser enmarcados en un índice selecto de máximas de conducta práctica.

I

Que en los dos libros sobre el ingenio y la agudeza Baltasar Gracián no se limita a la lógica de los conceptos y a la preceptiva literaria sino que quiere proyectar ambas cualidades al ámbito de la conducta práctica lo demuestra en primer lugar el amplísimo significado que da al término concepto, reductible como tal al ámbito de la Lógica y de la Retórica y que sobrepasan en gran medida lo que en sentido estricto se entiende por concepto como acto de la mente y del pensamiento correlativo a la idea y como aprehensión de la realidad captada. En segundo lugar lo confirma la siguiente cantidad de conceptos que desfilan por su obra aplicables a los más variados campos de la actividad humana, tanto en el ámbito sagrado como en el profano, cuya enumeración sería tarea no fácilmente realizable. Pero sobre todo comprueba esa intención de amplio espectro su esmero en explicar el alcance de las dos palabras ingenio y agudeza que figuran en el título de ambos libros y que proliferan por doquier a lo largo del texto de los cincuenta y sesenta y tres discursos que respectivamente los componen. De ello es una muestra elocuente el juicio que emitió el censor Gil González Dávila con fecha 8 de Noviembre de 1641 al recomendar la licencia de impresión de la primera versión del libro, diciendo que el autor “con señalado ingenio, agudeza y sal, con que hace su discurso más agradable y festivo con dichos y hechos de señalados varones”⁷.

⁷ Cfr. *Arte de Ingenio. Tratado de la Agudeza*, edición facsímil de la edición princeps de 1642, cit. p.3.

Esta conjunción de dichos y hechos impregna toda la obra graciana en sus dos versiones impresas, la primera más reducida y la segunda notablemente ampliada y reelaborada. Y se agranda visiblemente por cuanto la intención que preside su composición no se basa en una contraposición de la naturaleza y el artificio, ni mucho menos de ingenio y arte, sino que pretende conjugarlos, combinarlos y aunarlos en cuanto intenta mostrar y explicar el arte de ingenio o cómo actúa el ingenio cuando es reglado por el arte. Que por lo demás no es un arte cualquiera, sino un arte-rey, repitiendo una expresión acuñada por él y que le era familiar desde sus primeras obras, *El Héroe* y *El Político*, y que consagrará después en *El Discreto* y en el *Oráculo manual*. Con los calificativos quiere ensalzar el arte del ingenio y elevarlo a la condición de realeza, con claras connotaciones que evocan su familiaridad con la monarquía española, concretada esta vez en la dedicatoria del *Arte de ingenio* al príncipe Baltasar Carlos, primogénito de Felipe IV y heredero del trono.

La unión de dichos y hechos, de *dicta* y *facta*, y con ella la combinación armónica del ingenio y del genio, nunca entendidos como contrapuestos, iluminan con luz esplendorosa toda la trama de esta obra. Y es que lo que Gracián pretende en el fondo es “crear un marco teórico y práctico al ingenio”⁸, es decir, a la agudeza y a la sagacidad, como a su vez haría con respecto a la prudencia en el *Oráculo manual*. Con ello Gracián “sale a la palestra como quien descubre un continente inexplorado, aunque desde el Renacimiento anduviesen dispersas por

⁸ Cfr. la introducción de Aurora Egido a la citada edición facsímil de *Arte de Ingenio*, p. XXXVIII

doquier las observaciones sobre el ingenio y la agudeza en diversidad de autores y países, habiendo una continuidad cada vez más intensa al respecto en el siglo siguiente”⁹.

1.- Esta unión circunstancial de dichos y hechos, de pensamiento, palabra y acción, que persiste con mayor o menor claridad a lo largo de toda su obra, aparece ya dibujada con perfiles peculiares en la advertencia al lector, que comienza con esta declaración de intenciones: “He destinado algunos de mis trabajos al juicio, y poco al *Arte de prudencia*; éste dedico al Ingenio, la agudeza en arte, teórica flamante, que aunque se traslucen algunas de sus sutilezas en la Retórica, aún no llegan a vislumbres [...]. Vélese la agudeza de los tropos y figuras retóricas, como de instrumentos para expresar cultamente sus conceptos, pero contiénense ellos a la raya de fundamentos materiales de sutileza, y cuando más, de adornos del pensamiento”¹⁰. Y en la dedicatoria al Conde de Aranda, que en la versión ampliada y definitiva precede al prólogo al lector, señala la estrecha vinculación de la agudeza, que es tanto como decir de la sagacidad intelectual, con la prudencia, con estas palabras: “Conságrase la Agudeza en arte a la Prudencia en vínculo, en herencia, para que asegure la realidad de lo sumo de Naturaleza, de Fortuna, de Fama”¹¹.

⁹ Ibídem, p. XXXIX, con selecta cita bibliográfica en la que la autora basa tal apreciación.

¹⁰ Cfr. *Agudeza y Arte de ingenio*, en *Obras Completas*, ed. Biblioteca de Castro, t. II (Madrid, 1993), p. 311. En adelante las citas textuales se harán por esta edición y se refieren, por tanto, exclusivamente al texto de la segunda y definitiva versión de su *Agudeza y Arte de ingenio*.

¹¹ Ibídem, p. 310.

Para fundamentar debidamente toda la trama argumentativa de su obra, Baltasar Gracián dedica los primeros discursos a subrayar el potencial y el alcance de la agudeza. Ya en el discurso primero, titulado “panegírico al arte y al objeto” señala la dificultad de definirla. Dice al respecto: “Hallaron los antiguos método al silogismo, arte al tropo; sellaron la agudeza, o por no ofenderla, o por desahuciarla, remitiéndola a sola la valentía del ingenio. Contentábanse con admirarla... No pasaban a observarla, con que no se halla reflexión, cuanto menos definición”¹². Y en el punto álgido de su discurso nos regala este primor sin par: “Es la agudeza pasto del alma”¹³, de tan amplia significación, que corona con esta otra de no menor belleza: “Tiene cada potencia un rey entre sus actos, y un otro entre sus objetos; entre los de la mente reina el concepto, triunfa la agudeza”¹⁴. Y esta última precisión: “Entendimiento sin agudeza ni conceptos es sol sin luz, sin rayos, y cuantos brillan en las celestes lumberras son materiales con los del ingenio”¹⁵.

La mayor excelencia de la agudeza para Gracián consiste en su variedad, porque, según él, la uniformidad limita, mientras que la variedad dilata y expande su potencialidad. Sin apenas percatarse de que incurre en exageración desmedida, para resaltar la gran variedad de modos y de formas en que la agudeza, y con ella la sutileza y la sagacidad, se manifiesta en el pensar y en el obrar, pasando por el decir, llega a afirmar: “No brillan tantos astros en el firmamento, campean flores en el prado, cuantas se alternan sutilezas en una fecunda

¹² Ibídem, p. 313.

¹³ Ibídem, p. 314.

¹⁴ Ibídem, p. 315.

¹⁵ Ibídem, p. 316.

inteligencia”¹⁶. Tratando de reducir esta amplia variedad en una dosificación nítida, propone una primera distinción de dos grandes géneros, a los que denomina agudeza de perspicacia y agudeza de artificio. Es ésta la que es objeto preferente de su obra en cuanto se equipara al arte de ingenio. La cual divide a su vez en tres especies, que cubren todo su campo operativo y que son éstas: la agudeza de concepto, que consiste en la sutileza del pensar; la agudeza verbal, que consiste en la elección de las palabras, de tal modo que si se suprime no queda alma en ella ni pueden traducirse a otra lengua; y la tercera es la agudeza de acción, la más importante para nuestro objetivo, que cuando es pronta, es hija del ingenio y de la que tantos ejemplos históricos existen, entre los que selecciona los más notorios; en todos estos ejemplos de agudeza de acción y en otros muchos que pudieran citarse hay una situación sagaz que en algunos llega a ser intención misteriosa, que merece un tratamiento especial, como hará en otro lugar de su obra.

Aparte de otras especies de agudeza que se refieren más bien a los conceptos, Gracián propone otra distinción de gran utilidad, que es la agudeza pura y agudeza mixta, según que operen con sólo concepto o acción o que concurran en ella dos o tres modos de sutileza y que pueden afectar tanto a los conceptos como a las palabras y a las acciones.

A partir de aquí las referencias explícitas a la sagacidad y a la prudencia como criterios directivos de la conducta práctica son escasas. Y es que la *Agudeza y Arte de ingenio* se convierte en una extensa antología de textos en su mayoría en verso tanto de los poetas clásicos como de los modernos, aunque también existen textos en prosa con sus

¹⁶ *Ibíd.*, p. 321.

correspondientes glosas y comentarios, en los que priman la agudeza conceptual y la agudeza verbal, aunque en numerosas ocasiones están implícitos en ellos modelos y propuestas de acción y de conducta. Por otra parte como quiera que son numerosos los ejemplos que se evocan o describen en los textos, tanto en verso como en prosa, para ilustrar las diversas formas y los modos de agudeza y de la sutileza, sin repercusión práctica, en cuanto incluyen una invitación a imitarlos o al menos a admirarlos, no se puede soslayar y es que, como dice J.L. Alborg, la “adoración por la agudeza” lleva al escritor aragonés a sacrificarlo todo en aras de su, para él, indiscutible excelencia y de su incidencia en todos los ámbitos; para lograrlo “ha espigado y glosado tantas agudezas y de tonos tan diferentes, que nos parece imposible sistematizar una doctrina; en realidad se trata del desfile de un variadísimo muestrario literario que va siendo examinado bajo el aspecto de lo agudo, pero en forma casuística y anecdótica”¹⁷. Por eso resulta harto difícil establecer límites claros entre los campos de la lógica y de la pura preceptiva literaria por una parte y el de la invitación a la acción, por otra.

No obstante este evidente e indesfigurable objetivo de antología literaria que esta obra de Gracián presenta, con referencias, implícitas o explícitas, a su aplicación a la conducta práctica y al “arte de vivir” son constantes. Ya en el discurso cuarto que se ocupa de la primera especie de conceptos, los que se forman por correspondencia y proporción, encontramos esta consigna inicial claramente aplicable al ámbito de la acción práctica: “Privilegio es de ciencia reducir a principios

¹⁷ Cfr. Juan Luis Alborg, *Historia de la Literatura Española*, t. II, *Época Barroca*, 5ª reimpresión de la 1ª ed. de 1967.- Madrid, Gredos, 1987, p. 869-870.

generales su enseñanza; son las máximas doctrinales, lo que el nombre dice, cabezas y como fuentes del discurrir, los fundamentos del enseñar; comience, pues, por un principio real la arte reina.”, es decir, el arte rey, que no es otro que el arte del ingenio o agudeza, cercanamente emparentada con la sagacidad y con la prudencia. Y explica el autor que es el sujeto quien discurre y pondera, al moverse entre “líneas de ponderación y sutileza” en torno “a las entidades que lo rodean” que es tanto como decir con sus circunstancias, “como son sus causas, sus efectos, atributos, calidades, contingencias”, etc., que el agente compara, exprime y pondera, y es precisamente la sutileza¹⁸.

Pero no faltan tampoco en esta singular obra graciana, aparentemente ajena al tema de nuestro estudio, las referencias explícitas a la prudencia y a la sagacidad como criterios directivos de la razón práctica. Así, por ejemplo, cuando pone como modelo o prototipo de esas virtudes a determinados personajes históricos, como la alusión repetida al “prudente Filipo”, que reinó en España con el nombre de Felipe II; o cuando recuerda la habilidad fruto de una mente pronta y sagaz, de algunos otros personajes históricos como Carlos V, para deshacerse de sus enemigos; o cuando elogia al poeta aragonés Bartolomé Leonardo de quien dice que competían en él “lo ingenioso y lo prudente” (discurso XIV)¹⁹. Tenemos, sin embargo, que llegar al discurso veintitrés para encontrar juntas y emparejadas la prudencia y la sagacidad. Es en un amplio comentario en el marco de la agudeza como paradoja, de la que trata este discurso, en el que pone como ejemplo de paradójico dictamen,

¹⁸ Cfr. *Agudeza y Arte de ingenio*, ed. cit., p. 328.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 422.

por una ingeniosa ficción, al príncipe don Juan Manuel, hijo del infante don Manuel y nieto del rey Fernando III, a quien califica de “inventivo, prudente y muy sazonado”, para después emitir este contundente juicio: “Este sabio príncipe puso la moral enseñanza de la prudencia y la sagacidad en algunas historias, parte verdaderas, parte fingidas, y compuso aquel erudito, magistral y entretenido libro, intitulado *El Conde de Lucanor*, digno de la librería délfica”²⁰. No podía expresarse mejor esta concurrencia amigable de la prudencia y de la sagacidad como criterios orientadores del “arte de vivir” para lograr la excelencia humana.

Esta referencia simultánea a la prudencia y a la sagacidad aparece de una manera no tan clara en algunos otros pasajes de la obra graciana; y decimos velada porque la palabra sagacidad es sustituida por sus sinónimas agudeza, sutileza y perspicacia. Tal ocurre, por citar el pasaje más notorio, con el inicio del discurso veintiocho, dedicado a las crisis juiciosas, en el que dice que: “Las juiciosas calificaciones participan igualmente de la prudencia y de la sutileza. Consiste su artificio en un juicio profundo, en una censura recóndita y nada vulgar, ya de los yerros, ya de los aciertos”²¹. Y poco después, hablando de las cuatro edades del hombre, anticipándose a lo que sería la trama novelesca de su obra *El Criticón*, al hacer el elogio de la verdad, opina que “hay unas verdades plausibles y gustosas, que participan igualmente de la agudeza y de la prudencia” como la que encierra aquel epigrama de Marcial, en el que advierte que siempre serás pobre, si eres pobre, porque

²⁰ Ibídem, p. 490.

²¹ Ibídem, p. 533.

bienes sólo se dan a los ricos²². Poco después en el discurso siguiente, al ensalzar la santidad de vida, dice que “la santidad es muy prudente, discreta y sabia, y todo lo es en eminencia”²³; al tiempo que resalta la “prudente paradoja” contenida en la “sagaz empresa” del “*Festina lente*”, avanza lentamente²⁴ y a la vez ensalza la sabia sentencia de Tucídides “*Plerumque foelix est prudentia*”²⁵, y califica a la filosofía moral estoica de filosofía prudente, cuyas máximas suelen ser tan juiciosas como plausibles.

Es, sin embargo, en el discurso treinta que trata de los dichos heroicos, donde la vinculación de la prudencia con la agudeza o sagacidad adquiere mayor relieve. Estos dichos, equiparables a las sentencias que expresan la profundidad de la mente y lo sustancial de la inteligencia suelen contener máximas reales que concitan una obligación. Entre los ejemplos que lo confirman recuerda Gracián el del Papa León X, cuando dijo que había tres cosas que “acarrear a un príncipe gloria y felicidad: el consultar con amigos prudentes, el no olvidarse de los amigos ausentes y el no pasar por alto sospecha alguna que concierna con la vida o con el reino”²⁶. Muchos de estos dichos entrañan profundidad y grandeza que es indicio de la del corazón. Cuando el dicho es sublime y oportuno causa admiración y genera crédito inmortal. Y en algunos casos van acompañados de una acción notoria en la que lo sentencioso del dicho es alma y explicación del hecho. “Pero cuando un dicho de éstos,

²² Ibídem, p. 541.

²³ Ibídem, p. 551.

²⁴ Ibídem, p. 552.

²⁵ Ibídem, p. 555.

²⁶ Ibídem, p. 558.

que son máximas de la prudencia, junta también la agudeza”, se duplica su valor y la estimación que suscita. Tal fue el proceder del obispo de Huesca Esteban de Esmir, quien “con igual prudencia que agudeza ponderaba un día que es menester gran seso para gobernar locos y mucho saber para regir ignorantes”²⁷. En muchas citas aparecen soberanamente enaltecida la unión de la prudencia con la agudeza, que es tanto como decir de la sagacidad.

La vertiente práctica de la agudeza, y con ella de la sagacidad, late profundamente, está presente constantemente en algunos de los últimos discursos que componen la primera parte de esta singular obra de Gracián. Así, por ejemplo, en el discurso treinta y nueve, que se ocupa de los problemas conceptuosos y cuestiones ingeniosas, que comienza con esta sabia advertencia: “Toda dificultad solicita el discurso y es agradable pasto del ingenio; con la proposición suspende y con la ingeniosa salida satisface; pero entre todos los problemas morales y panegíricos suelen ser muy agradables y plausibles”²⁸. Y el discurso siguiente, el cuarenta, que trata de la agudeza enigmática, lo inicia con esta constatación que entraña la misma consecuencia. “Son muy semejantes a los problemas los enigmas; fórmanse por una dificultosa pregunta; cuanto más morales son, más celebres”²⁹.

Y volvemos a encontrar de nuevo la combinación de prudencia y sagacidad, aunque aquí no utilice esta palabra sino sus sinónimos ingenio y agudeza, en el discurso cuarenta y tres, que trata de las observaciones sublimes y de las máximas prudenciales, uno de los

²⁷ Ibídem, p. 559.

²⁸ Ibídem, p. 618.

²⁹ Ibídem, p. 625.

capítulos más diáfanos de su obra y de mayor relevancia para el tema de nuestro estudio. De ello es prueba evidente esta afirmación inicial tan clarividente y testimonial como ésta, que resume todo el contenido de su obra: “Parecerá esta obra más del juicio que del ingenio, pero de entrambos participa”³⁰. Y después de ensalzar la “prudencia humana” al emular la sentencia bíblica sobre la vanidad de las vanidades, y todo vanidad, como hizo el poeta latino Flaco Aulo Persio en su famoso verso: “*O curas hominum, o quantum est in rebus inane!*”, que quiere decir: “Oh cuidados de los hombres, oh cuánto de inane hay en las cosas!”, señala que las máximas morales, que se refieren al desengaño, “son muy estimadas de los varones prudentes y maduros”, porque” juntan lo útil con lo gustoso de la verdad”³¹. Prosiguiendo en esta misma línea de combinación de la sagacidad y la prudencia como criterios directivos de la conducta práctica, recuerda que “hasta el entretenido y salado Marcial usaba de esta agudeza sustancial y grave”, que le llevó a mezclar algunos epigramas doctrinales entre sus numerosos epigramas satíricos y burlescos”³².

Muchas máximas prudenciales se expresan mediante aforismos. De entre ellos Gracián señala que “hay unos avisos o aforismos prudenciales, heroicos y sublimes, dignos de toda estimación por su realzada enseñanza”³³, y comenta algunos ejemplos que comprueban su afirmación. Otros tienen naturaleza política, como los recogidos por G. Botero en su “erudita y grave *Razón de Estado* o los

³⁰ Ibídem, p. 637.

³¹ Ibídem.

³² Ibídem, p. 640.

³³ Ibídem, p. 641.

contenidos en los *Avisos notables de prudencia*, tan estimados por “el sabio y prudente”³⁴ Felipe II, rey de España. Pero también hay otras observaciones y máximas que se expresan en refranes y que son sumamente estimados y provechosos para dirigir la conducta práctica.

Entre las muchas especies de agudeza descritas y examinadas por Gracián en su obra, hay dos modalidades parejas que merecen especial atención en nuestro estudio: son los que llama agudeza por desempeño en el hecho y agudeza por desempeño en el dicho. La palabra desempeño significa en estos casos salida de una dificultad. Si en las demás sutilezas o agudezas el ingenio discurre, en éstos vuela y nunca cede al peso ni se rinde al ahogo hasta que obtiene el éxito en su empeño. En el caso de la agudeza por desempeño en el hecho se trata de una “acertada perspicacidad” que “mide y vence”, pues en ella, sitiada la inteligencia por una perplejidad, “asistida de su prontitud, halla la extraordinaria salida”³⁵. Gracián la define de este modo: “Consiste el sutilísimo artificio de esta especie de agudeza en hallar el único medio con que salir de la dificultad, en descubrir el raro modo con que desempeñarse”. Y explica que no se trata de un artificio que se sujete a preceptos, “por ser tanta su variedad y depender los medios de las ocasiones”, que son fruto comúnmente de “una despejada prontitud”, de “una imperturbable perspicacia, que como tal halló siempre los medios muy a mano”. Esta búsqueda exitosa de una salida ante cualquier dificultad es más notable cuando ésta es consecuencia de un error o de una circunstancia imprevista, pues “es gran refugio de un yerro la

³⁴ Ibidem, p. 641.

³⁵ Ibídem, p. 650.

prontitud y remedia con ventaja cualquier desaire”³⁶. Cuando la dificultad es doble y cuando incluye contradicción, “es más estimable la ingeniosa salida”. Y cuando se trata de “dificultades apretantes” y es tan “acertada la salida”, se debe reconocer el extraordinario auxilio que su desempeño supone³⁷.

Estas mismas cualidades adornan la agudeza por desempeño en el dicho. No en vano, se ha discutido desde antiguo cual posea mayor eminencia, si el hecho o el dicho, y quienes merecen más reputación, “los que discurren o los que obran, los sabios o los valerosos”. De todos modos Gracián considera que “son más los desempeños por el dicho” y explica que se recurre a ellos “por una razón tan relevante”, como “pronta e impensada”, y mientras que “en los desempeños por la obra sale de la dificultad el ingenio, hallando el único medio, en éstos se desempeña con la razón sutil y adecuada”. Con todo advierte seriamente que “no basta dar cualquier razón para que se salga bien, sino que es menester que incluya sutileza”³⁸.

Hay en todo este muestrario de las muchas especies de agudeza, obtenidas de ejemplos que ilustran la doctrina expuesta, una intención clara de patentizar los vínculos que existen entre el dicho y el hecho, entre el concepto y la acción, como revela el siguiente discurso, que versa sobre las acciones ingeniosas por invención. Su mismo nombre, explica Gracián, “ilustra este modo de agudeza, pues exprime novedad artificiosa del ingenio y obra grande de la inventiva”. Y a renglón seguido estampa esta rotunda sentencia, cual si de oráculo mítico

³⁶ *Ibíd.*, p. 650-651.

³⁷ *Ibíd.*, p. 653.

³⁸ *Ibíd.*, p. 655-656.

se tratara: “No siempre se queda la sutileza en el concepto, comuníquese a las acciones”; y además puntualiza que “son muchos y primorosos sus asuntos”³⁹.

Discurriendo por los diversos tipos de acciones, que le parece necesario distinguir para ilustrar y ejemplificar su sentencia, menciona en primer lugar “las acciones misteriosas y significativas, que se valen de la ingeniosa invención para expresar con plausibilidad su intento”. Y entre los diversos ejemplos explicativos propone el de “la prudente y cauta enseñanza de aquel abad que, sacando las tijeras de su estuche, fue igualando el arrayán y descabezando los pimpollos que sobresalían”. Y pregunta dónde hubo más viveza de ingenio, si en el que le entendió o en el que se dio a entender”⁴⁰. Otro tipo señalado de acciones ingeniosas son aquellas que “ponen todo el artificio de su invención en el ardid, y se llaman comúnmente estratagemas”. Debido a este tipo de acciones, Gracián recuerda que algunos han reducido toda la agudeza a la astucia, lo que no deja de ser paradójico. Tratando de explicar su naturaleza afirma que “consiste su primor en una ejecución no esperada, que es un sutilísimo medio para vencer y salir con el intento”. Entre ellos entiende que prevalecen las del arte militar. Y entre estos los más célebres son los heroicos, que sirven para “ostentar plausiblemente alguna gran prenda del ánimo, como la magnificencia, el valor, la liberalidad, la prudencia”⁴¹.

³⁹ Ibídem, p. 657.

⁴⁰ Ibídem, p. 657-658.

⁴¹ Ibídem, p. 659-660.

2.- La segunda parte de la versión definitiva de su tratado sobre la agudeza y arte de ingenio comienza dedicando una serie de seis discursos a la que Gracián llama agudeza compuesta. Como ya anoté al principio de este capítulo esta segunda parte es mucho más breve, pues consta de sólo trece capítulos o discursos frente a los cincuenta de la primera parte. No obstante en ella encontramos también varias referencias explícitas, algunas conjuntas, a la prudencia y a la sagacidad y abundan las referencias implícitas y ocasionales.

Por agudeza compuesta entiende Gracián aquélla en que se engarzan dos o más elementos para lograr el resultado buscado. Distingue ante todo dos formas: la agudeza suelta y la agudeza encadenada. Y explica que “la suelta es aquélla en la cual, aunque se levanten tres y cuatro y muchos asuntos de un sujeto” -entiéndase de un objeto- “ya en encomio, ya en ponderación, pero no se unen unos con otros, sino que libremente se levantan y sin correlación se discurren”, es decir, que se trata de “agregado de asuntos y de agudezas, sin unirse entre sí” mas que por el objeto en cuestión. En cambio la agudeza “encadenada en una traza es aquélla en que los asuntos, así de panegiris, como de ponderación suasoria, se unen entre sí como partes, para componer un todo”⁴².

Este tipo de agudeza siempre ha existido en España en opinión del jesuita aragonés. Entre otros motivos, porque “en España siempre hubo libertad de ingenio, o por gravedad, o por nativa cólera de

⁴² *Agudeza y Arte de Ingenio*, en *Obras Completas*, ed. Biblioteca de Castro, t. II (Madrid, Turner, 1993), p. 681.

la nación, que no por falta de inventiva”⁴³. Sus dos primeros grandes ingenios fueron “Séneca en lo juicioso” es decir, en la ponderación y “Marcial en lo agudo” que es tanto como decir en la sagacidad. Fueron ellos quienes “fundaron esta opinión” y “acreditaron este gusto”. Y explica el por qué: “Prudente aquél, nunca pudo sujetarse a los rigores de un discurso, a la afectación de una traza, y si los émulos apodaron ‘arena sin cal’ (menos mal dijeran granos de oro sin liga) el raudal de su doctrina, los apasionados lo aclamaron por gravedad española, opuesta en todo a los juguetes de la invención griega”. Por su parte Marcial, maestro de agudezas, no se sujetó a los ataduras de un sólo género literario, sino que, con “extremada prontitud”, “se remontó libre en todo género y modos de agudeza, cuantos se eternizan en sus epigramas”⁴⁴.

En este contexto Gracián escribe una frase que merecería ser esculpida en cualquier centro de ejercicio del poder. Es ésta: “Socorra la razón a la autoridad”. Y ejemplifica diciendo que “un ingenio anómalo siempre fue mayor porque se deja llevar del connatural ímpetu en el discurrir y de la valentía en el sutilizar, que el atarse a la prolijidad de un discurso y a la dependencia de una traza le embaraza y le limita”⁴⁵.

Tratando de dosificar lo que distingue en esencia a la agudeza compuesta, explica Gracián que lo compuesto no se puede confundir con lo agregado y que éste no se puede anteponer a aquél, como tampoco se debe preferir la parte al todo, ni la confusión imperfecta al compuesto perfecto y aliñado. “Siempre un todo, así en la composición física, como en la artificial, es lo más noble”, “y si bien su perfección resulta de la de

⁴³ Ibídem, p. 682.

⁴⁴ Ibídem.

⁴⁵ Ibídem, p. 682-683.

las partes, pero añade él la mayor de la primorosa unión”⁴⁶. Es, por cierto, una aplicación ingeniosa del axioma el todo es mayor que la suma de las partes. Esta preferencia por la “agudeza aliñada” frente a la descompuesta y desatada es para Gracián un principio que debe gravitar tanto en el discurso como en la acción. Además hay que tener presente que la composición aumenta la agudeza, “porque la virtud unida crece” y la que actúa sola “no pasará de la mediocridad”, mientras que unida a otras “llega a ser delicadeza”; “y no sólo no carece de variedad, sino que antes la dobla, ya por las muchas combinaciones de las agudezas parciales, ya por la multitud de modos y géneros de uniones”. Por eso, tanto la ingeniosa Grecia como la Roma sabia estimaron “siempre por de más arte y primor la agudeza compuesta” frente a la agudeza particular⁴⁷.

Prosiguiendo su análisis de la agudeza compuesta, Gracián distingue dos nuevas maneras de ella, equivalentes a otros dos géneros de compuestos: el que se compone de conceptos incomplejos y el que se genera por ficción, que originan a la agudeza incompleja y a la agudeza por ficción. Al tratar de la primera se mantiene propiamente en el plano lógico y en el retórico, pero no faltan las incursiones más o menos claras en el terreno de la acción, con algunas certeras pinceladas como cuando habla de los “discursos persuasivos” y de los “discursos morales” y juntamente con ello de la “eficacia persuasiva” de los artificios retóricos. Es en cambio cuando trata de la agudeza compuesta por ficción cuando la presencia de la prudencia y de la sagacidad es patente con referencia

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 683.

⁴⁷ *Ibíd.*, p. 683-685.

explícita a una y otra expresamente relacionadas en dos pasajes que por supuesto debemos y queremos exponer y comentar someramente.

Como ya había hecho en otras ocasiones tanto en *El Discreto* como en la *Agudeza y Arte de ingenio*, el moralista aragonés introduce aquí el género alegórico en el que abundan las personificaciones de las virtudes y de los vicios, preludio de su amplia escenificación que hará en su obra más extensa *El Criticón*. Es concretamente en el discurso cincuenta y cinco, el primero de los dedicados a la agudeza compuesta fingida en el que, entre otros, en una tupida trama alegórica, personifica a la Verdad y a la Mentira junto con el Gusto y la Agudeza. “Es la Verdad esposa legítima del Entendimiento”, comienza el discurso; “pero la Mentira, su gran émula, emprendió desterrarla de su tálamo y derribarla de su trono”. Para lograrlo comenzó a desacreditarla tachándola de “grosera, desaliñada, desabrida y necia” al tiempo que ella se vendía a sí mismo como “cortesana, discreta, bizarra y apacible, y si bien por naturaleza fea, procuró desmentir sus faltas con sus afeites⁴⁸. Para solucionar el pleito, terció el Gusto, que, en arreglarlo, lo tiranizó. Fue entonces cuando la Verdad viéndose despreciada y aún perseguida, acudió a la Agudeza, solicitándole consejo y remedio ante su penosa situación. Y este fue su elocuente mensaje: “Verdad amiga, dijo la Agudeza, no hay manjar más desabrido en estos estragados tiempos que un desengaño a secas , mas, ¡qué digo desabrido!, no hay bocado más amargo que una verdad desnuda. La luz que derechamente hiere atormenta los ojos de un águila, de un lince, cuanto más los que flaquean”. Y continúa el mensaje con esta alusión explícita a la

⁴⁸ Ibídem, p. 703.

sagacidad, seguida de otra implícita a la prudencia: “Para esto inventaron los *sagaces* médicos del ánimo el arte de dorar las verdades, de azucarar los desengaños. Quiero decir (y observadme bien esta lección, estimadme este consejo) que os hagáis política; vestíos al uso del mismo Engaño, disfrazaos con sus mismos arreos, que con eso yo os aseguro el remedio, y aún el vencimiento”. La trama alegórica concluye como era de esperar: “Abrió los ojos la Verdad, dio desde entonces en andar con artificio, usa de las invenciones, introdúcese por rodeos, vence con estratagemas, pinta lejos lo que está muy cerca, habla de lo presente en lo pasado, propone en aquel sujeto lo que quiere condenar en éste, apunta a uno para dar en otro, deslumbra las pasiones, desmiente los afectos y, por ingenioso circunloquio, viene siempre a parar en el punto de su intención”⁴⁹. En el fondo una sabia combinación de la sagacidad y de la prudencia, como faros orientadores ante la tormenta desencadenada en el mar proceloso de la vida cotidiana, para salir tan campante, y vencer los obstáculos imprevistos y las trampas de los enemigos.

Dos discursos más adelante, concretamente en el cincuenta y siete, vuelven a aparecer estrechamente relacionados, y esta vez con mención explícita de ambos, la sagacidad y la prudencia. Sigue tratándose de agudeza fingida, en este caso de unas nuevas especies, debidas a la prodigiosa fecundidad de la inventiva, que halla diversos modos de ficción para expresar su pensamiento. Al pretender enumerarlas, afirma Gracián: “Por cuentos y por chistes han intentado algunos sabios el introducir la moral filosofía y comunicar sus desengaños a la razón; es de gran artificio, porque con la añagaza de la

⁴⁹ *Ibíd.*, p. 703-704.

dulzura de la narración, se va entrando la *sagacidad* y la *enseñanza prudente*”⁵⁰. Y pone como modelo de tal género literario al Infante don Juan Manuel y su libro *El Conde de Lucanor*.

Al tratar de la erudición en los discursos siguientes, Gracián ofrece algunos destellos que apuntan directamente tanto a la prudencia como a la sagacidad como criterios directivos de la conducta. Por ejemplo éste con el que comienza el discurso cincuenta y ocho: “Vívase con el entendimiento, y tanto se vive, cuanto se sabe”⁵¹. O este otro: “Cuando concurren lo realzado del asunto, la agudeza de la invención y la variedad de la escogida erudición, hacen un todo muy perfecto”. Y este otro con el que comienza el discurso siguiente: “No basta la sabia y selecta erudición, requiérese lo más ingenioso y necesario, que es la acertada aplicación de ella”⁵².

El último de los discursos o capítulo del libro sobre el ingenio y la agudeza en sus dos versiones versa sobre las cuatro causas de la agudeza según la clasificación aristotélica, cuya importancia para nuestro estudio es indiscutible. Esto supuesto, entiende Gracián que la principal y primera es el ingenio, como causa eficiente, pues “todas sin él no bastan, y él basta sin todas; ayudado de las demás, intenta excesos y consigue prodigios, mucho mejor si fuere inventivo y fecundo; es perenne manantial de conceptos y un continuo mineral de sutilezas”⁵³. Si tenemos en cuenta que el ingenio se emparenta con la sagacidad, podemos calibrar la importancia de estas afirmaciones para nuestro tema,

⁵⁰ Ibídem, p. 720.

⁵¹ Ibídem, p. 726.

⁵² Ibídem, p. 728 y 730.

⁵³ Ibídem, p. 760.

lo que se confirma cuando a renglón seguido nos regala esta perla, en la que confronta al juicio, es decir, a la prudencia, con el ingenio o sagacidad: “Dicen que la naturaleza hurtó al juicio todo lo que aventajó el ingenio, en que se funda aquella paradoja de Séneca, que todo ingenio grande tiene un grano de demencia”⁵⁴. Y en su empeño por describir todas las modalidades del ingenio, y con él, obviamente, el de la sagacidad, su pariente más próximo, el moralista belmontino nos ofrece este acabado retrato: “Suele estar de día y tener vez, de modo que él mismo se desconoce; al térase con las extrínsecas y aun materiales impresiones; vive a los confines del afecto, a la raya de la voluntad y es mal vecindado él de las pasiones. Depende también de la edad; niñea y caduca con ella; su extremado vigor está en el medio; hasta los sesenta años es el crecer, desde allí adelante ya flaquea, y conócese bien en las obras de los más grandes hombres; hasta los cuarenta años no está del todo hecho, y aunque a veces más picante, pero no tan sazonado, que es gran perfección la madurez; de modo que su florecer son veinte años, y si pareciere poco, sean treinta”⁵⁵.

Merece la pena detenerse un instante en el análisis de esta descripción del ingenio, como causa eficiente de la agudeza, y con ella de la sagacidad, porque estamos ante una de las páginas más brillantes y sutiles de este gran libro graciano. Para mostrar su eficacia, pregunta cual será más codiciable si el ingenio pronto, o el profundo y pensado. Reconoce que consta la diferencia entre ellos pero no así la ventaja de uno sobre el otro. Y es que los ingenios se reconcentran “con fondos de

⁵⁴ *Ibíd.*

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 760-761.

discurrir”, o dicho de una manera más plástica “con enseñadas de pensar”. El ingenio pronto es comparable a la “pronta avenida de un arroyo”, pero no dura, no tiene perennidad y, con la misma facilidad que irrumpe, cesa y desmaya; mientras que “un río grande y profundo muévase sin ruido y lleva perennes golfos de caudal”, como ocurre en el ingenio profundo y pensado, fruto maduro de la reflexión. Por eso mismo los grandes “milagros del ingenio siempre fueron repensados” y “dura poco lo que presto tiene ser”. Y apunta como razón convincente la de que “débesele más en las prontitudes a la ventura que a la perspicacia”, que es tanto como decir a la sagacidad. No obstante esta ventaja del ingenio juicioso y ponderado, Gracián advierte que “el ingenio pronto siempre está a punto de agudeza con seguridad de salir”, como el águila que reina en el aire por la presteza, y el león en la campiña por la agilidad⁵⁶.

La segunda causa del ingenio, es decir, la causa material, radica en los objetos mismos, especialmente en los misterios, reparos, crisis y demás circunstancias con que el ingenio opera, “llega y levanta la caza”, pues todas ellas son objeto de presa para el ingenio. Aquí juega un papel decisivo la elección, ya que el ingenio ha de preferir las cosas sublimes, en las que puedan salir a la luz los asuntos “y no que la vileza de la materia avergüence los primores del artificio”⁵⁷.

La tercera causa de la agudeza, la causa formal o ejemplar, consiste según el moralista belmontino en saber imitar los hechos y los dichos que nos han precedido cuando éstos son dignos de admiración y

⁵⁶ Ibídem, p. 761.

⁵⁷ Ibídem, p. 761-762.

de loa, puesto que es conveniente y hasta necesario “proponer las mejores ideas en cualquier empleo del ingenio”. No obstante observa que la felicidad en la imitación opera en razón inversa a su grandeza y eminencia, y que la verdadera “destreza está en transfigurar los pensamientos, en trasponer los asuntos”, pues “hay ingenios gitanos de agudeza”⁵⁸.

Y por último la causa final de la agudeza, la cuarta y última según el patrón aristotélico. El pensador aragonés la señala irónicamente con estas palabras: “Es el arte cuarta y moderna causa de la sutileza”. Y recreándose en su formación literaria escribe esta bella frase: “Celebre la poesía la fuente de su monte, blasone la agudeza la fuente de su mente”. Para terminar con esta sentencia que entraña un nuevo y sublime hermanamiento de la prudencia y de la sagacidad: “Corone al juicio el arte de prudencia, lauree al ingenio el arte de agudeza”⁵⁹.

II

Si bien es verdad que en las dos versiones del libro sobre la agudeza y el ingenio, predomina, como es lógico, el tratamiento de la sagacidad, aunque sea encubierta bajo el ropaje de dos términos de mayor alcance y contenido como es los de ingenio y agudeza, aunque sea con un objetivo primordialmente conceptista y retórico, en el *Oráculo manual*, publicado entre sus dos versiones, es la prudencia la que campea en el horizonte y además con pretensiones directas de recomendar la

⁵⁸ Ibídem, p. 762-763.

⁵⁹ Ibídem, p. 763.

conducta moral. En ambos casos se trata de describir un arte, concebido como técnica depurada para obtener un resultado previamente intuido y apetecible, en el primer caso del arte del ingenio y en el segundo del arte de la prudencia. No obstante, como ya observamos repetidas veces, ni el primer libro, por mucho que predominen de manera abundante la agudeza y el ingenio, y con ellos la sagacidad, está ausente la consideración de la prudencia, sobre todo cuando se trata de cuestiones prácticas, no tanto del decir cuanto del hacer; ni tampoco en el segundo libro, por mucho que se conciba como un arte de prudencia y sea constante la presencia de ésta en todas sus páginas, tampoco se olvida la sagacidad y la sutileza, cuyas menciones son tan frecuentes y reiteradas como las de la prudencia y la cordura en el tratado sobre la agudeza y el ingenio. Veamos el mejor modo de demostrarlo analizando pausadamente los trescientos aforismos que componen el *Oráculo manual*.

1.- Aunque se puede afirmar que la prudencia está presente de una u otra manera en todos los aforismos del *Oráculo manual*, su mención expresa no aparece hasta el aforismo veintiuno. No obstante ya en la glosa del aforismo tercero, que reza “llevar las cosas con suspensión”, se alude a ella diciendo que “es el recatado silencio sagrado de la cordura” e invita a imitar “el proceder divino para hacer estar a la mira y al desvelo”⁶⁰. En cambio, la sagacidad aparece ya claramente en el aforismo quinto, titulado “hacer depender”, y con este comentario: “No hace el

⁶⁰ Cfr. *Oráculo manual y Arte de prudencia*, en *Obras Completas*, ed. Biblioteca de Castro, t. II (Madrid, Turner, 1993), p. 193-194.

numen el que lo dora, sino el que lo adora. El sagaz más quiere necesitados de sí que agradecidos”⁶¹. Y en el aforismo siguiente, el sexto, cuya formulación es: “hombre en su punto” se combinan hábilmente, con veladas palabras, ambas cualidades, la sagacidad y la prudencia, al advertir que el hombre no nace hecho, sino que se va perfeccionando cada día hasta llegar al punto álgido, tanto como persona como en el empleo y en la eminencia, para lograr lo cual “conocerse ha en lo realzado del gusto, purificado del ingenio, en lo maduro del juicio”, aunque “algunos nunca llegan a ser cabales: fáltales siempre un algo; tardan otros en hacerse. El varón consumado, sabio en dichos, cuerdo en hechos, es admitido y aun deseado del singular comercio de los discretos”⁶². Esta misma correlación de los dos criterios se repite en el aforismo siguiente, en el que, al comentar el encabezamiento “excusar las victorias del patrón” o no ensalzar en exceso o adular a la superioridad, observa que, “bien se hallará quien quiera ceder en la dicha y en el genio, pero en el ingenio ninguno, cuanto menos en una soberanía”, y concluye: “Enséñannos esta sutileza los astros con dicha; que, aunque hijos y brillantes, nunca se atreven a los lucimientos del sol”⁶³.

Anotamos de paso una observación muy importante y muy conveniente para nuestro objetivo, y es que Arthur Schopenhauer, en su traducción del gran libro de Gracián, traduce “sagaz” por “klug”, lo mismo que prudente. Y de la misma manera traduce “sagacidad” por “klugheit”, lo mismo que prudencia, y también esta palabra que utiliza

⁶¹ Ibídem, p. 194.

⁶² Ibídem, p. 194-195.

⁶³ Ibídem, p. 195.

para traducir “cordura”⁶⁴. Lo lógico hubiera sido que tradujera “sagaz” por “scharfsinnig” y “sagacidad” por “scharfsinn”, como hace con “agudeza” y “sutileza”, y que reservara “klug” y “Klugheit” para “prudente” y “prudencia” respectivamente. Quizá ésta y otras ligerezas notorias se deban a que el filósofo alemán se sirvió de una traducción francesa previa de la obra de Gracián y no tanto del original español.

Hay también varias veladas invocaciones conjuntas de la prudencia y la sagacidad apelando a la destreza y a la discreción, como cuando el moralista belmontino llama “victoriosa destreza corregir, o por lo menos desmentir” los desdorsos y defectos de la nación propia; o cuando, comentando el refrán “tratar con quien se pueda aprender”, indica que “hay señores acreditados de discretos que, a más de ser ellos oráculos de toda grandeza con su ejemplo y en su trato, el cortejo de los que los asisten es una cortesana academia de toda buena y galante discreción”⁶⁵.

Una de las más explícitas y también más célebres apelaciones a la sagacidad como criterio determinante de la conducta cuando interviene, la encontramos en la glosa al principio “obrar con intención” donde Gracián afirma categóricamente: “Milicia es la vida del hombre contra la malicia del hombre; pelea la sagacidad con estratagemas de intención. Nunca obra lo que indica: apunta, sí, para deslumbrar; amaga al aire con destreza, [...] atenta siempre a desmentir. Echa una intención para asegurarse de la émula atención, y revuelve luego contra ella,

⁶⁴ Cfr. Baltasar Gracián. *Hand-Orakel und Kunst der Weltklugheit*.- Aus dem Spanischen von Arthur Schopenhauer (Zürich, Diogenes Verlag, 1993).

⁶⁵ Cfr. *Oráculo manual y Arte de prudencia*, ed. cit., p. 196.

venciendo por lo impensado”⁶⁶. Y prosigue el largo comentario al lema prefijado mostrando todos los ardides de que la sagacidad se sirve para triunfar con sus estratagemas, incluido el cuidado recurso a la observación, entendiendo su perspicacia.

Como ya advertimos, a pesar de que en muchos aforismos parecen quedar relegados a la prudencia y a la sagacidad como criterios orientadores de la conducta, lo cierto es que, incluso en los aparentemente más opacos, nunca faltan alusiones más o menos veladas a una y otra. Así, por ejemplo, cuando al hablar del “variar de tenor en el obrar”, apunta esta singular agudeza: “Está a la espera la malicia; gran sutileza es menester para desmentirla. Nunca juega el tahúr la pieza que el contrario presume, y menos la que desea”. O cuando previene contra la sobrada expectación y aconseja cortar las alas al deseo y a la imaginación, pues “la esperanza es gran falsificadora de la verdad: corríjala la cordura, procurando que sea superior la fruición al deseo”. O cuando al hablar del “hombre en su siglo” observa que “no todos tuvieron el que merecían” y que “fueron dignos algunos de mejor siglo”, y que se debe tener muy en cuenta que “tienen las cosas su vez”⁶⁷.

2.- La primera mención explícita de la prudencia en el *Oráculo manual*, aparte del título, la encontramos en el aforismo veintiuno, que se intitula “arte para ser dichoso”, comenta Gracián que algunos pretenden alcanzar la dicha confiando en la fortuna, mientras otros, con mejor tino, “pasan adelante y válense de la cuerda audacia”. Pero enseguida observa

⁶⁶ Ibídem, p. 197.

⁶⁷ Ibídem, p. 198-200.

que, “bien filosofado”, no hay mejor elección que la virtud y la atención, “porque no hay más dicha ni más desdicha que la prudencia o imprudencia”⁶⁸. Y poco después, en el aforismo veinticuatro, que trata del “templar la imaginación”, aconseja hacerlo “unas veces corrigiéndola, otras ayudándola, que es el todo para la felicidad, y aun ajusta la cordura”. Conviene ante todo evitar que la imaginación conduzca a la tiranía, “que obra, y aun suele señorearse de la vida” e impedir que acarree incontables penas y que se instale como “verdugo casero”, o que engañe con felicidades y aventuras pasajeras, pues “todo esto puede, si no la enfrena la prudentísima sindéresis”⁶⁹.

Merece también la mayor atención su glosa al lema “hombre de entereza”, que encabeza el número veintinueve. Quien consigue tal cualificación actúa siempre conforme a la razón “con tal tesón de su propósito, que ni la pasión vulgar ni la violencia tirana le obliguen jamás a pisar la raya de la razón”, que es tanto como decir a transgredir el dictamen de la prudencia y de la cordura. Para ello suele evitar los riesgos que comportan la amistad, el poder y la propia conveniencia, y no sucumbir nunca ante sus halagos, pues “el constante varón juzga por especie de traición el disimulo, préciase más de la tenacidad que de la sagacidad, hállase donde la verdad se halla”, y en el número siguiente menciona al respecto que “son muchas las sectas del capricho, y de todas ha de huir el varón cuerdo”⁷⁰.

En este contexto normativo, que a medida que avanza el libro se hace más patente, al referirse a la sabia elección de los afortunados

⁶⁸ Ibídem, p. 200.

⁶⁹ Ibídem, p. 201.

⁷⁰ Ibídem, p. 203.

para seguir su consejo y conocer a los desdichados para huir de ellos, el moralista aragonés recomienda que en caso de duda, “aciertó es llegar a los sabios y prudentes, que tarde o temprano topan con la ventura”⁷¹. Hay en todos estos aforismos una alusión constante a la cordura, al sano juicio, al despejo, a la sutilidad y a no confiar demasiado en la buena suerte, pues “cánsase la fortuna de llevar a uno a cuestras tan a la larga”; es preciso además, conocer las cosas en su punto y en su sazón, puesto que, “hasta en los frutos del entendimiento hay ese punto de madurez” e “importa conocerla para la estimación y el ejercicio”. Este continuado ejercicio del entendimiento es tanto más necesario cuanto que “no pensando, se pierden todos los necios: nunca conciben en las cosas la mitad”⁷². Y es que “la reflexión en el proceder es gran ventaja en el obrar”, y “la mayor perfección de las acciones está afianzada del señorío con que se ejecutan”⁷³.

Entre las máximas prudenciales que jalonan el discurso del moralista belmontino en esta obra abundan las que se dirigen directamente al agente para saber conducirse tanto en situaciones difíciles como en las normales de la vida cotidiana. Una de ellas aconseja “huir de los empeños”, que es tanto como decir del exceso de obligaciones. Esta sabia recomendación entiende Gracián que “es de los primeros asuntos de la prudencia”, y por cuanto entrañan “tentaciones de juicio” es “más seguro el huirlas que el vencerlas” y no hay mejor medio para salir airoso que dejarse guiar por la cordura, pues “el que camina a la luz de la razón

⁷¹ Ibídem, p. 204.

⁷² Ibídem, p. 205 a 207.

⁷³ Ibídem, p. 209.

siempre va muy sobre el caso”⁷⁴. Otra de las medidas eficaces para salir airoso de estas situaciones complicadas consiste en procurar ser “hombre con fondos”, que es lo que enaltece a la persona, es decir, tener en “más lo interior que lo exterior en todo”. Nunca conviene ser hombre de fachada, como aquellos edificios que tienen “la entrada de palacio y de choza la habitación”. Tal tipo de hombre solo engaña a quienes tienen como él “la vista superficial, pero no a la astucia, que, como mira por dentro, los halla vaciados para ser fábula de los discretos”⁷⁵. En cambio el “hombre juicioso y notante” domina los objetos y no éstos a él, sabe sondear “el fondo de la mayor profundidad” y “sabe hacer anatomía de un caudal con perfección”. Como gran observador, es “gran descifrador de la más recatada interioridad. Nota acre, concibe sutil, infiere juicioso: todo lo descubre, advierte, alcanza y comprende”⁷⁶.

Este tipo de hombre prudente, juicioso y sagaz, que Gracián presenta adornado de estas y otras prendas como prototipo del hombre perfecto, posee además otras dotes y cautelas que debe cultivar y preservar con esmero y cuidado sumos. La primera de ellas es que nunca debe perderse el respeto a sí mismo, ni rozar consigo a solas, pues su misma entereza debe ser “norma propia de su rectitud” en el obrar y debe llevarle a evitar cualquier conducta impropia “más por el temor de su cordura que por el rigor de la ajena autoridad”, como si fuera un ayo imaginario de Séneca, el maestro de la prudencia. Debe también ser “hombre de buena elección”, que “supone el buen gusto y el rectísimo dictamen”, pues “no bastan el estudio ni el ingenio”. Esta consigna es

⁷⁴ *Ibíd*em, p. 209-210.

⁷⁵ *Ibíd*em, p. 210.

⁷⁶ *Ibíd*em.

tanto más imperiosa cuanto que “muchos, de ingenio fecundo y sutil, de juicio acre, estudiosos y noticiosos también, en llegando al elegir, se pierden”. A todo ello presta una ayuda insustituible el consejo de “nunca descomponerse”, puesto que es “gran asunto de la cordura, nunca desbaratarse”. Cualquier concesión contraria quebranta la cordura, y no hay mejor prenda en este asunto que ser “tan señor de sí y tan grande” que nadie pueda censurarle.⁷⁷

Como complemento de estas consignas negativas Gracián propone otra serie de máximas positivas, que unidas a las anteriores completan la imagen del tipo de hombre perfecto que se guía por la prudencia y la cordura, y se apoya en la sagacidad y el ingenio para alcanzar la perfección deseada. La primera de estas máximas positivas consiste en ser “diligente e inteligente”. La razón estriba en que “la diligencia ejecuta presto lo que la inteligencia prolijamente piensa”, la prisa es pasión necia y mala consejera y lleva a obrar sin reparo, mientras que “al contrario, los sabios suelen pecar de detenidos”, pero no se debe olvidar que “la presteza es madre de la dicha” y que “obró mucho el que nada dejó para mañana”. Para no perecer en el empeño y saber llegar a tiempo en cada situación concreta, es preciso a veces poner “bríos a lo cuerdo”, es decir, comunicar energía con que realizar la acción, sin ceder ni un ápice ante las dificultades que surjan, pues “el brío del ánimo excede al del cuerpo; es como la espada, ha de ir siempre envainada en su cordura para la ocasión”. Es más, “es el resguardo de la persona”, pues “más daña el descaecimiento del ánimo que el del cuerpo”⁷⁸.

⁷⁷ *Ibíd.*, p. 211.

⁷⁸ *Ibíd.*, p. 211-212.

Esta sabia combinación de diligencia e inteligencia, de premura y reflexión, de prontitud y mesura inunda con el caudal de su corriente estas páginas de la gran obra graciana. Así, en otro de sus aforismos, intitulado “hombre de espera”, aconseja no apresurarse ni apasionarse nunca, siendo primero señor de sí para después serlo de los demás, y es que “la detención prudente sazona los aciertos y madura los secretos”. Lo cual no impide “tener buenos repentés”, que “nacen de una prontitud feliz” y son fruto “de su vivacidad y despejo”. En ciertas ocasiones lo mejor es actuar con prontitud y “son plausibles los prestos, porque arguyen prodigiosa capacidad: en los conceptos, sutileza; en las obras, cordura”. No obstante hay que reconocer que “más seguros son los pensados”, porque lo que se hace presto es bueno si sale bien, pero sin olvidar que “lo que luego se hace, luego se deshace”⁷⁹.

3.- Son tantas las referencias implícitas a la prudencia y al sano juicio, y también a la sagacidad y al ingenio, en este primer bloque de cien aforismos del *Oráculo manual*, que es aconsejable centrarse en las menciones explícitas para no resultar prolijo y a la postre cansino al reseñarlos. Entre ellos conviene resaltar al respecto, el aforismo número sesenta, titulado “buenos dictámenes”, al glosarlo, apunta Gracián: “Nácense algunos prudentes; entran con esta ventaja de la sindéresis connatural en la sabiduría, y así tienen la mitad andada para los aciertos”. Y añade: “Con la edad y la experiencia viene a sazonzarse del todo la razón, y llegan a un juicio muy templado; abominan de todo capricho, como de tentación de la cordura, y más en materias de Estado, donde por

⁷⁹ Ibídem, p. 212-213.

la suma importancia se requiere la total seguridad”⁸⁰. Siguen después varios aforismos, presentes por de una y otra manera en sus obras anteriores, principalmente en *El Héroe* y en *El Discreto*, en los que alternan las referencias a la sutileza y a la prudencia o a la cordura, como cuando, al explicar el dicho “obrar con buenos instrumentos”; avisa de que algunos quieren “que campee el extremo de su sutileza en la ruindad de los instrumentos”, lo que encubre una peligrosa satisfacción. O cuando, al comentar el lema “excelencia de primero”, observa que “sutileza fue de prodigiosos inventar rumbo nuevo para las eminencias, con tal que asegure primero la cordura los empeños”⁸¹. Para culminar con estos avisos para saber evitar pesares: “Es cordura provechosa ahorrar de disgustos. La prudencia evita muchos, es Lucina de la felicidad, y por eso del contento”⁸².

De nuevo volvemos a encontrar esta perfecta alternancia de la sutileza y la prudencia en dos aforismos consecutivos que versan respectivamente sobre el buen entendimiento y el no rendirse a lo vulgar. Recuerda Gracián con respecto a lo primero que “una de las mayores ventajas de la mente es el ofrecérsele lo que importa”, ya que “por falta de esto dejan de hacerse muchos aciertos”. Y advierte: “Es urgente esta sutileza, cuando toca en utilidad del que despierta”. Y en relación con el consejo de no rendirse a los vulgares humores, recuerda que “es lección de advertencia la reflexión sobre sí” y saber “hallar entre el natural y el arte el fiel de la sindéresis”. Y hablando de la necesidad de ser “hombre de resolución” y no escudarse en la promoción ajena para todo, señala

⁸⁰ Ibídem, p. 214.

⁸¹ Ibídem, p. 215

⁸² Ibídem.

que la irresolución no siempre nace “de la perplejidad del juicio, pues lo tienen perspicaz, cuanto de la ineficacia”⁸³.

Hay todavía un par de referencias sucesivas a la prudencia y a la sutilidad en sendos aforismos. Así al aconsejar no estar siempre de burlas sentencia Gracián: “Conócese la prudencia en lo serio, que está más acreditado que lo ingenioso”. Mientras que al comentar el dicho “saber hacerse a todos” y congeniar con todos, cualquiera sea su manera de ser, concluye: “Requiere esta gran sutileza del vivir un gran caudal; menos dificultosa al varón universal de ingenio en noticias y de genio en gustos”⁸⁴. Pero es al glosar el aforismo siguiente, el que lleva el número setenta y ocho, que trata del “arte en el intentar”, tras recordar las ventajas de la cordura y de sus guardianes la advertencia y el recato, en tanto que el “arrojamiento” y la precipitación están condenados por la discreción a desplome, cuando nos topamos con uno de los más sutiles emparejamientos de la prudencia y la sagacidad, habitualmente personificados en una tan lacónica como elocuente sentencia como ésta: “Vaya intentando la sagacidad y ganando tierra la prudencia”⁸⁵. Como es su costumbre, siguen a esta referencia explícita otras a la sagacidad y a la prudencia, otras muchas al ingenio y a la cordura, a saber elegir el medio adecuado a cada caso, al arte de vivir y a la entereza, para llegar a otra máxima prudencial que aconseja “obrar siempre sin escrúpulos de imprudencia”, porque la simple sospecha de desacierto en el obrar evidencia la inseguridad del agente. “Son peligrosas las acciones en duda de prudencia”, comenta Gracián; y añade que en esos casos “más segura

⁸³ Ibídem, p. 217-219.

⁸⁴ Ibídem, p. 220-221.

⁸⁵ Ibídem, p. 221.

sería la omisión”. Y remata su argumento con esta constatación práctica: “No admite probabilidades la cordura; siempre camina al mediodía de la luz de la razón”. Por eso es conveniente guiarse siempre por el sentido común, teniendo en cuenta que “más vale un grano de cordura que arrobas de sutileza”⁸⁶. Toda esta cadena interminable de llamadas a la prudencia, combinada con el ingenio y la sagacidad en el decidir, encuentran un nuevo molde en la *sindéresis*, o como Gracián prefiere llamarla “la gran *sindéresis*”, entendida como capacidad natural para dictaminar rectamente. Es, según él, “el trono de la razón, base de la prudencia, que en fe de ella cuesta poco el acertar”. Y la explica de esta manera: “Consiste en una connatural propensión a todo lo más conforme a la razón, casándose siempre con lo más acertado”⁸⁷.

El número cien de la colección de aforismos alcanza la tercera parte del total y aunque no supone una cisura o separación con los que le siguen, sí permite entenderlo como un primer bloque, dada la proclividad del autor a elegir números redondos múltiplos de cinco para computar el conjunto. Está dedicado al desengaño en cuanto emparentado con la cautela y con el desencanto, formas desfiguradas de la prudencia como virtud mundana. Considera que el “varón desengañado”, como él lo titula de acuerdo con su clara intención de escribir sólo para varones olvidando o ignorando al sexo femenino, es, entre otras cosas, “cristiano sabio, cortesano filósofo”; con su lenguaje castizo y extremadamente lacónico anota que “vive desautorizada la ciencia de los cuerdos”, y que, a pesar de haber sido introducida por Séneca en Roma y haberse

⁸⁶ *Ibíd.*, p. 226.

⁸⁷ *Ibíd.*, p. 227.

conservado como cortesana, es considerada impertinente. Y concluye su comentario sobre el desengaño con esta solemne sentencia: “Pero siempre el desengaño fue pasto de la prudencia, delicias de la entereza”⁸⁸.

III

En los cien aforismos siguientes del *Oráculo manual y Arte de prudencia* las constantes son las mismas que las reseñadas en los cien primeros: prosigue en prosa conceptista, el gusto exacerbado por el retruécano, por la elipsis, a veces demasiado forzada y por otras figuras lógicas y retóricas como la reiteración de las antítesis y de las paradojas, el laconismo de la expresión y el empeño en propiciar un amplio repertorio de apotegmas o máximas de conducta moral de raíces meramente humanas. Para conseguirlo elige como patrón y guía la virtud de la prudencia, reforzada por la discreción y la cordura, y acompañada muy de cerca por la sagacidad, a su vez apoyada por la agudeza y la sutileza, y todas ellas coreadas por otras “prendas” o virtudes que le son muy familiares, como el ingenio, la destreza y el despejo. El conjunto que forma todo este cortejo no puede ser más expresivo, si bien los aforismos en que estas virtudes aparecen explícitamente citadas apenas llega a una cuarta parte del total.

1.- Retornando al hilo conductor dejado suelto en el aforismo cien, que ensalza el gran papel desempeñado por la prudencia ante el

⁸⁸ Ibídem, p. 228.

desengaño, en el aforismo ciento dos que alude a la disposición de un gran estómago para acoger grandes bocados de fortuna, nos topamos con la sorprendente pero ingeniosa afirmación de que “en el cuerpo de la prudencia no es lo menos importante un gran buche”, puesto “que de grandes partes se compone una gran capacidad”; lo que sugiere la conveniencia de poseer grandes dotes de prudencia y contar en su mente con un amplio espacio para alojarla. En consecuencia con ello aconseja el ilustre jesuita: “muestre, pues, el varón grande que aún le quedan ensanches para cosas mayores, y huya con especial cuidado de todo lo que pueda dar indicio de angosto corazón”⁸⁹.

Si continuamos la atenta lectura y el análisis detenido del gran libro graciano de moral mundana, no tenemos otra opción, si queremos ser fieles al plan propuesto, que seleccionar y subrayar frases tan pertinentes como éstas: “sublimidad de acciones, remonte de pensamientos”, para enaltecer la grandeza humana; “excuse el discreto el embarazar, y mucho menos a grandes personajes, que viven muy ocupados”, al comentar el lema “no cansar”; “es gran destreza saberse atemperar”, recuerda al explicar el dicho “saberse ladear” como atajo para ser persona; “máxima es de cuerdos dejar las cosas antes que” te dejen, al glosar el proverbio “no aguardar a ser sol que se pone” “todo lo facilita y suple la benevolencia”; que “no siempre supone las prendas, sino que las pone, como el valor, la entereza, la sabiduría, hasta la discreción”; o este otro: “No hay buen trato con la ruindad, porque no se halla obligada a la entereza”, al aconsejar con que gente se ha de tratar; o cuando, al recomendar “nunca hablar de sí”, recuerda que, “siendo culpa

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 229.

de cordura en el que dice, es pena de los que oyen”, lo que hace extensible a los presentes en la conversación, ya que “el mismo inconveniente de cordura tiene el hablar de los presentes, por el peligro de dar en uno de dos escollos: de lisonja o vituperio”; y principalmente estas dos máximas de vida práctica, cifradas en la discreción: “viva el discreto como puede, si no como querría”, y “nunca el discreto se ha de dar por entendido de sus méritos, que el mismo descuido despierta en los otros la atención”⁹⁰.

Después de este elenco de reenvíos más o menos expesos a la prudencia en el obrar, y más diluidos a la sagacidad, observamos con gozo otra mención explícita de ésta, que no podía ser más elocuente. Es al hablar del necio que no sabe cómo encubrir su necesidad. Dice Gracián: “Todos los hombres yerran, pero con esta diferencia: que los sagaces desmienten las hechas, y los necios mientan las por hacer”⁹¹, y este elogio del despejo, que recuerda uno de los mejores primores de *El Héroe* y de los realces de *El Discreto*: “Es vida de las prendas, aliento del decir, alma del hacer, realce de los mismos realces. Las demás perfecciones son ornato de la naturaleza, pero el despejo lo es de las mismas perfecciones”⁹².

2.- En su incansable afán de recopilar proverbios y dichos para ilustrar y enriquecer su culta obra, Baltasar Gracián recurre insistentemente a la tradición cristiana y profana y a la literatura clásica y contemporánea, que después retoca, modifica o amplía a su libérrimo

⁹⁰ Ibídem, p. 230, 231, 232, 233, 235, 237 y 238.

⁹¹ Ibídem, p. 239

⁹² Ibídem.

albedrío. Por eso algunos los transcribe en forma breve y concisa, como éstos: “nunca quejarse” “hacer y hacer parecer”: “usar del reconsejo”, etc. Mientras que otros los ofrece en una formulación compleja y a veces excesivamente alambicada o abusivamente rebuscada, como estos dos: “No tenga espíritu de contradicción, que es cargarse de necesidad y de enfado”, y “ponerse bien en las materias, tomar el pulso luego a los negocios”. Y en sus respectivas glosas o comentarios incluye sentencias tan sustanciosas como éstas, con marcado sabor de máximas prudenciales: “El varón atento nunca publique ni desaires ni defectos”; “si es en materia de dar, se estima más el don en fe de la cordura que en el gusto de la presteza”; “si es sola la cordura, será tenuta por locura”; el que tiene espíritu de contradicción, “conjurarse ha contra él la cordura”; y, por último, esta otra al explicar el “arte de dejar estar”: “Hay torbellinos en el humano trato, tempestades de voluntad: entonces es cordura retirarse al seguro puerto del dar vado”⁹³.

Como no siempre la fortuna es propicia, Gracián avisa que es necesario conocer el día aciago para orillar la mala suerte sabiendo retirarse a tiempo, puesto que “hasta en el entendimiento hay vez, que ninguno supo a todas horas” y es gran “ventura acertar a discurrir”. La misma discreción se desmiente a si misma, “ya cediendo, ya excediéndose”. Pero si bien es cierto que hay días en que parece que todo sale mal, en otros todo parece salir bien cuando “el ingenio está de vez, el genio de temple y todo de estrella”. Por ello “el varón juicioso” debe saber discernir lo malo de lo bueno, que se alternan en la vida con

⁹³ *Ibíd.*, p. 240-243.

inusitada frecuencia. Y el saber topar “con lo bueno en cada cosa, es dicha del buen gusto”⁹⁴.

Una de las máximas gracianas más citadas, pero no por ello más vulgares, es la de “no escucharse”, como queriendo agradarse a si mismo; pues “si hablarse a solas es locura, escucharse delante de otros será doblada”. No menos censurable es apoyarse en muletillas o entredichos como el bordón del “¿digo algo?”, o en “aquel ¿eh? que aporrea a los que escuchan”, o equivalentes al tan usado recurso “no se si me explico” que, pretendiendo apurar la cordura, suscitan el aplauso del necio y la repulsa del oyente inteligente⁹⁵.

En esta continua liza de acertar en el dictamen de la razón práctica para obrar con cordura, Gracián ofrece nuevos consejos, en los que compiten a porfía la prudencia y la sagacidad junto con sus virtudes afines. Así cuando aconseja no seguir nunca por tema el peor partido, avisa que con relativa frecuencia “fue astucia del contrario anticiparse a lo mejor, y necedad suya oponérsele tarde con lo peor”, por buscar el riesgo con censurable audacia, sin percatarse de que “el atento siempre está de parte de la razón, no de la pasión, o anticipándose antes o mejorándose después”⁹⁶.

Otro gran peligro que acecha a quien procede sin la debida cautela es caer en lo paradójico por huir de lo vulgar, incurriendo así en un grave engaño, que admira lo nuevo y lo picante. En los asuntos comunes este proceder es una “especie de embeleco y, en materias políticas, ruina de los Estados”. Se trata de una elección de “los que no

⁹⁴ Ibídem, p. 243-244.

⁹⁵ Ibídem, p. 244-245.

⁹⁶ Ibídem, p. 245.

pueden llegar, o no se atreven, a lo heroico por el camino de la virtud”. Pero esa errónea elección “arguyen destemplanza en el dictamen, y por eso tan opuesto a la prudencia”⁹⁷.

A veces la utilidad buscada es una loable estratagema para conseguir lo que se pretende, hábil artimaña que Gracián equipara a la “santa astucia de los cristianos maestros” cuando tratan de las materias del cielo. En el fondo consiste en “un importante disimulo, porque sirve de cebo la concebida utilidad” para conseguir lo que se pretende. Es un aviso que pertenece “a los de segunda intención, que todos son de la quinta sutileza”⁹⁸.

Hay entre los postulados de la razón práctica propuestos por el jesuita aragonés uno tan singular en su formulación y expresividad, que encarna la quinta esencia de la sagacidad y de la sutileza. Es el que prescribe “mirar por dentro”, que encontramos mejor formulado en *El Discreto* como “mirar las cosas por dentro” como he expuesto ya, y que se repite ilustrado con la imagen de la ventana en el pecho en su obra cumbre *El Criticón*⁹⁹. Aquí lo explica de esta manera: “Hállanse de ordinario ser muy otras las cosas de lo que parecían, y la ignorancia, que no pasó de la corteza, se convierte en desengaño cuando se penetra al interior”. Sólo los perspicaces logran burlar el engaño, mientras que “el acierto vive retirado a su interior para ser más estimado de sabios y discretos”. Y poco después, en el aforismo ciento cincuenta, intitulado “saber vender sus cosas”, vuelve sobre el tema y advierte de que “no

⁹⁷ Ibídem, p. 245-246.

⁹⁸ Ibídem, p. 246.

⁹⁹ Cfr. *El Criticón*, ed. cit., Parte I, crisis XI, p. 165; cfr. *supra*, p. 236-237, e *infra*, p. 411 y 517-518.

basta la intrínseca bondad de ellas, que no todos muerden la sustancia ni miran por dentro¹⁰⁰.

Esta insistencia momentánea en la necesidad de la sagacidad no supone, ni mucho menos, haber dejado de lado o haber puesto entre paréntesis a la prudencia. Muy al contrario, al aconsejar al varón perfecto no ser irascible, pues no hay nadie tan perfecto que alguna vez no necesite de advertencia y del amigable aviso, y hasta el más entero ha de tener una puerta abierta a la amistad, y tener un amigo, que pueda con desembarazo avisarle y aun castigarle. Y concluye su razonamiento con esta sutil contraseña: “La satisfacción le ha de poner en esta autoridad, y el gran concepto de su fidelidad y prudencia”¹⁰¹.

Como si quisiera reafirmar esta preeminencia compartida de la prudencia en la orientación de la conducta, al comentar el aforismo que aconseja “no ser fácil ni en creer ni en querer”, el eximio moralista aragonés previene contra la ligereza en ambos campos para no incurrir en el engaño, y recomienda vivamente el proceder pensado y la madurez en el juicio. La razón es que, como enseña la sabiduría práctica, “la suspensión del juicio es cuerda en el que oye, y remítase de fe al autor que dice: También es especie de imprudencia la facilidad en el querer”. Esta seria recomendación se repite en el aforismo siguiente, que trata del dominio de sí mismo y del arte de controlar y dirigir el apasionarse. De entrada el escritor belmontino propone esta norma de obligado cumplimiento, cargada de sentido práctico y de oportuna prevención para evitar posibles males e inevitables o irremediables consecuencias: “Si es

¹⁰⁰ Ibídem, p. 246-247 y 248.

¹⁰¹ Ibídem, p. 247.

posible, prevenga la prudente reflexión la vulgaridad del ímpetu; no le será dificultoso al que fuere prudente”. Advierte al respecto que el primer paso del apasionarse es darse cuenta de que se apasiona, por lo que aconseja al actor que “sepa parar bien y a su tiempo, que lo más dificultoso del correr está en el parar”; y es gran prueba de juicio y madurez conservarse cuerdo en los trances difíciles. De ahí la moraleja que resume el dictamen de la razón práctica en la hora de prevenir y dominar el apasionamiento: “Todo exceso de pasión degenera de lo racional, pero con esta magistral atención nunca atropellará la razón ni pisará los términos de la sindéresis”¹⁰².

3.- En una serie prolongada y hábilmente ordenada de aforismos, que contienen propuestas prácticas muy precisas, que, entre otras, se refieren a opciones tan relevantes como son la elección de los amigos, el no dejarse engañar en las personas en asunto tan importante para conducir la propia vida; el saber usar de los amigos ejerciendo al más alto nivel el arte de la discreción, pero teniendo en cuenta a la vez que no existe desierto más inhóspito como es el de vivir sin amigos y que la amistad verdadera multiplica los bienes y dispersa los males; el evitar el compadreo con los necios para mantenerse inmune frente a la necesidad y a la impaciencia; hablar siempre atento con los émulo por cautela y con los demás por decencia; conocer los defectos propios y ajenos para lograr corregirlos o evitarlos; y, por último, saber triunfar ante la emulación y frente a la malevolencia, porque “poco es ya el desprecio, aunque

¹⁰² Ibídem, p. 250.

prudente”¹⁰³. Toda una retahíla de consignas prácticas en las que la prudencia y la madurez de juicio conducen acertadamente el proceder del varón perfecto.

En el compuesto entramado de máximas sapienciales que conforman y configuran en su específica singularidad este tramo de *El Oráculo manual y Arte de prudencia*, aparecen de vez en cuando algunas hilaturas trenzadas como si fueran cuerdas de mayor grosor, que otorgan consistencia y dan soporte a toda la trama, como queriendo recordar que todas las fibras e hilos terminan más o menos mediatamente en dos cordones neurálgicos, que son precisamente la prudencia y la sagacidad. Es lo que ocurre cuando, refiriéndose a la compasión por la desgracia ajena y por los infelices, Gracián censura acremente a quienes utilizan la compasión para conseguir el favor de la gente, resaltando su aparente magnanimidad, con lo que logran trocar la venganza de ensalzado en compasión del caído. Pero para no caer en tan taimado ardid, el moralista aragonés aconseja que “el sagaz atienda al barajar de la suerte”. Pues “hay algunos que nunca van sino con los desdichados, y ladean hoy por infeliz al que huyeron ayer por afortunado”; y concluye con la sabia advertencia de que el modo de proceder “arguye tal vez nobleza del natural, pero no sagacidad”¹⁰⁴.

En su empeño por ordenar cabalmente la vida toda del varón prudente y sagaz, Baltasar Gracián acumula sin desmayo nuevas máximas sapienciales, que refuerzan las ya expuestas o añaden matices que no habían sido convenientemente resaltados. Habla, por ejemplo, de

¹⁰³ Ibídem, p. 253.

¹⁰⁴ Cfr. *Oráculo manual y Arte de prudencia*, ed. cit., p. 253-254.

la prevención máxima en el pedir, el querer y el gobernar; recomienda ser generoso, ya que “el hombre de bien nunca se vale de armas vedadas”; e insiste en que las palabras han de ser prenda de las obras y sólo así tendrán valor; advierte que el varón discreto de todo sale con victoria, hasta de las estrellas; que “donde falta la sindéresis no queda lugar para la dirección”; que el proceder de la cordura siempre apuesta por lo seguro; que no se ha de emplear mucha confianza en pocas cosas, lo cual sería desperdicio de la gracia, puesto que “la sagrada áncora se reserva siempre para el último riesgo”; que el hombre despierto no dilapida la atención y “procede con tal detención que da tiempo a la prudencia para retirarse con tiempo” y asegurarse el crédito; que no se debe ser de vidrio en el trato sino cortés y afable, sobre todo con los amigos; y finalmente aconseja “no vivir a prisa”, como buscando adelantarse al común correr del tiempo, mediante un atropellamiento genial, con el que lograr devorar en un día lo que apenas se podría digerir en toda la vida. Para coronar su duro alegato, el moralista belmontino stampa dos sentencias tan jugosas como éstas: “Son más los días que las dichas. En el gozar, a espacio; en el obrar, a prisa”¹⁰⁵.

Sólo quien haga suyas estas propuestas, uniéndolas en un haz de sabios consejos con las anteriormente expuestas y sea capaz de llevarlos a la práctica sin lapsos ni dilaciones, conseguirá alcanzar la meta prefijada por la gran obra graciana, que no es otra que la de ser “hombre sustancial”, como dice el aforismo ciento setenta y cinco, pues, como explica en su glosa, “infeliz es la eminencia que no se funda en la sustancia”. A ello ayudará decisivamente el saber propio o el escuchar a

¹⁰⁵ Ibídem, p. 254-258.

quien sabe, pues, sin entendimiento, o propio o prestado, no se puede vivir, y a veces los oráculos de cordura viven ociosos, porque nadie los consulta, despreciando la grandeza del sabio consejo. Además no es prudente ni tampoco supone “cordura salir a recibir los males, pero sí salirles al encuentro para vencerlos”. Hay otro gran apoyo para conseguir ser “hombre sustancial”, que es poseer un hondo señorío de sí mismo, ya que “en la templanza interior consiste la salud de la prudencia”. Pero también aquí ha de entrar en escena la sagacidad y el ingenio, pues, como reza el aforismo siguiente, “un grano de audacia con todos es importante cordura”. Lo que implica que, por muy perfecto que se sea, “ninguno excede los cortos límites de hombre; todos tienen su *si no*, unos en el ingenio, otros en el genio”. A desfigurar esta verdad sustancial contribuye con su ímpetu irresponsable la imaginación, que se adelanta siempre y pinta las cosas mucho más de lo que son, sobre todo cuando se trata de las cosas propias. Por eso el serio aviso de Gracián a quien aspire a ser “hombre sustancial”: “Corríjala la razón, tan desengañada a experiencias”¹⁰⁶.

Aunque en realidad en esta obra de Gracián, a pesar de su carácter de prontuario o *vademécum* para espíritus selectos cultores de una moral mundana, son demasiado frecuentes las reiteraciones y las repeticiones de unos mismos tópicos. Esto confirma que fue escrita sobre la base de una amplia serie de aforismos y de dichos extraídos de las obras anteriores del autor, a la que se fueron acumulando por adición sucesiva materiales, notas y apuntes varios, de numerosas lecturas de libros clásicos y contemporáneos, recogidos con hojas y recuerdos en uno

¹⁰⁶ Ibídem, p.258-261.

o más cartapacios para incorporarlos sin un plan definido a la versión final de la obra. Así ocurre, por citar uno de los ejemplos más llamativos, con el aforismo “conocer los defectos”, que encontramos repetido literalmente tanto como título como en las glosas o comentarios; o con el que reza: “atención al que entra con la ajena por salir con la suya”, con la consabida glosa “no hay reparo para la astucia como la advertencia”, o el que aconseja “concebir de sí y de sus cosas cuerdamente”, con la prevención frente a la imaginación, que busca el propio provecho y la cautelosa advertencia; “corrija la cordura semejantes desaciertos”; o los no menos manoseados tópicos “saber estimar”, “conocer su estrella”, “nunca embarazarse con necios”, “saberse trasplantar”, y “saberse hacer lugar a lo cuerdo” y no a lo entremetido, con todas sus sustanciosas glosas, que repiten conceptos a los que el lector asiduo se siente pronto habituado¹⁰⁷.

IV

En los últimos cien aforismos del *Oráculo manual* persisten las mismas características de estilo conceptista y concisión extremada, sin variar ni un ápice su base estructural, consistente en un enunciado en forma de título seguido de su correspondiente glosa o comentario más o menos amplio según la facundia del autor. Si acaso se puede observar una mayor variedad de enunciados en virtud de una mayor mezcla de géneros de dicción, que en las máximas sentenciosas añaden los refranes y otros dichos más o menos populares o provenientes del código moral

¹⁰⁷ Ibídem, p. 262-267.

de las clases cultas, sin que falten tampoco proposiciones más o menos ampulosas que en su mismo enunciado incluyen ya la explicación de su contenido.

1.- De las más abusivamente reiteradas máximas prudenciales quizá las más frecuentes, como ya he señalado, son las relativas a la necedad y a los peligros que acarrea el confesar y congeniar con necios. Usando magistralmente la hipérbole para causar mayor impacto, y buscando el aplauso y el regocijo de sus lectores más adictos, pronuncia Gracián este veredicto, tan implacable como poco verosímil, al frente de su nueva serie de aforismos: “son tontos todos los que lo parecen y la mitad de los que no lo parecen”, que rubrica con estos comentarios: “Alzóse con el mundo la necedad”; “el mayor necio es el que no se lo piensa y a todos los otros define”; “con estar todo el mundo lleno de necios, ninguno hay que se lo piense, ni aun lo recele”¹⁰⁸.

La contrapartida a esta visión excesivamente pesimista del mundo humano está representada por la minoría ilustrada de quienes se atienen al dictamen del aforismo siguiente, que proclama que “dichos y hechos hacen un varón consumado”, otra de las consignas que son habituales en su prosa conceptista. A la vez concreta que “las palabras son sombra de los hechos”; y puntualiza: “son aquéllas las hembras, y éstos los varones”, dejando constancia de su reconocida misoginia. También lo es su pesimismo sociológico al resaltar la abundancia de las medianías y la escasez de las eminencias: “Las medianías son ordinarias en número y aprecio; la eminencias, raras en todo, porque piden

¹⁰⁸ Ibídem, p. 268.

complemento de perfección”¹⁰⁹. Es a éstas, que constituyen en el mundo una minoría selecta y privilegiada, a las que se dirigen sus máximas de pensamiento y acción.

El dominio de las pasiones es otro de los lugares comunes del moralista aragonés, cuyos ímpetus desenfrenados son “deslizaderos de la cordura”, con el riesgo de perderse. Mucha reflexión es necesaria para dominarlas y salir al encuentro de quienes las ensalzan, pues con excesiva frecuencia “traza la ajena astuta intención estas tentaciones de prudencia para descubrir tierra o ánimo”, disimulando el peligro que en su seno anida¹¹⁰. Para obviar este peligro es máxima de gran cordura “saber contradecir”, ya que, por muy grande y astuta que sea la treta del tentar, “un desprecio sagaz de la misteriosa palabra del otro, da caza a los secretos más profundos”¹¹¹.

Esta actitud sagaz y precavida es también exigible para descubrir a quien se acerca con segunda intención, pues, si uno propone, es otro el que resuelve y “revuelve con sutileza a dar en el blanco de su intención”¹¹².

2.- La larga serie de máximas sapienciales con que Gracián constituye e ilustra sus aforismos prosigue imparable hasta la meta prefijada: proporcionar al varón perfecto normas y reglas de conducta que posibiliten su realización plena y susciten la admiración de sus semejantes. Las que ahora propone son breves en su formulación pero

¹⁰⁹ *Ibídem*.

¹¹⁰ *Ibídem*, p. 270.

¹¹¹ *Ibídem*, p. 272.

¹¹² *Ibídem*, p. 273.

sublimes en calidad. He aquí algunos ejemplos, en los que la prudencia y la sagacidad compiten por ser primera: “Antes prudente que astuto”; “La sinceridad no dé en el extremo de simplicidad, ni la sagacidad, de astucia”; “a falta de fuerza, destreza”; “hombre detenido, evidencia de prudente”; “para ser señor de sí, es menester ir sobre sí”; “saber repartir su vida a lo discreto”; “abrir los ojos con tiempo”; “tener un punto de negociante”; “nunca se ha de fiar, pero, si alguna vez, sea con tal arte que pueda ceder la prudencia a la cautela”; “saber pedir”; “conocer la pieza que le falta”, sin la cual nunca se llega al colmo del perfecto ser; “no ser reagudo, más importa, prudencial”; “mate, pues, el sagaz la caza, no se le vaya todo en levantarla”; y otras muchas de más amplio artificio, como ésta en que la prudencia y la sagacidad se conjugan en abierta consonancia: “No ser del todo columbino; altérnense la calidez de la serpiente con la candidez de la paloma”; y con este corolario: “Muéstrese tan extremada la sagacidad para el recelo como la astucia para el enredo, y no quiera uno ser tan hombre de bien que ocasione al otro el serlo de mal; sea uno mixto de paloma y de serpiente; no monstruo, sino prodigio”¹¹³.

Hay otros aforismos que rememoran sentencias y dichos plasmados en alguna de sus obras anteriores, como éste: “discurrir tal vez a lo singular y fuera de lo común, arguye superioridad de caudal”; o este otro: “nunca dar satisfacción a quien no la pedía”, pues “la excusa anticipada despierta el recelo que dormía”; y el que recomienda “no

¹¹³ Cfr. *Oráculo manual y Arte de prudencia*, ed. cit., p. 275-284.

allanarse sobrado en el concepto”, pues “siempre se ha de mostrar uno más sabio y prudente de lo que requiere aquél con quien trata”¹¹⁴.

Una de las cautelas que de manera reiterada también recomienda Gracián a sus admiradores es la de “ir siempre prevenidos”; y especifica: “contra los descorteses, porfiados, presumidos y todo género de necios. Encuéntranse muchos, y la cordura está en no encontrarse con ellos”. La razón está en que “varón prevenido de cordura no será combatido de impertinencia”. Y en las disputas y discusiones “nunca llegar a rompimiento”, y supone falta de inteligencia condenar a todos, “o en los principios, de falta de providencia, o en los fines, de espera, y siempre, de cordura”. Es también regla de buen entendedor “buscar a quien le ayude a llevar las infelicidades”, con este comentario sarcástico, que evoca su opinión de ciertos médicos, que reitera después en *El Criticón*: “Por eso el médico sagaz, ya que erró la cura, no yerra en buscar quien, a título de consulta, le ayude a llevar el ataúd; repátese el peso y el pesar, que la desdicha a solas se redobra para intolerable”. Y cierra este ramillete de aforismos, centrados en la prevención, con el que dedica a “prevenir las injurias y hacer de ellas favores”; y da la razón: “más sagacidad es evitarlas que vengarlas”¹¹⁵.

3.- Las últimas entregas de aforismos, más que evidenciar que están pensadas para rematar sin fisuras un plan preconcebido, al que es preciso dar término poniendo las últimas varillas que faltaban para que el conjunto de la impresión de haber alcanzado la perfección, muestran que

¹¹⁴ *Ibíd.*, p. 284-287.

¹¹⁵ *Ibíd.*, p. 288-289.

estamos ante un simple agregado de elementos contruidos con los mismos materiales que las precedentes, y con la única finalidad ostensible de alcanzar un número redondo y con cierto reclamo mítico: los trescientos. Lo cual no quiere decir que no aporten novedad alguna. Una de estas novedades es la recomendación de evitar los días de descuido y saber ser diligente y huir de la confianza infundada. Para lograrlo, “siempre han de estar a prueba el ingenio, la cordura y el valor, hasta la belleza, porque el día de su confianza será el de su descrédito”. Si preciso fuera, no hay que tener reposo en reforzar el cuidado con la astucia, pues ello conlleva gran acopio de sagacidad. En consonancia con todo esto conviene tener presente que “es más cuerda la seguridad que la singularidad”, y que se debe saber hacer uso de la ostentación para no provocar desconfianza. Para ser respetable, “ha de ser muy templada, porque no dé en vulgar, y con los cuerdos está algo desacreditada su demasía”. Más todavía, el varón perfecto no debe olvidar “que el sabio disimulo es el más plausible alarde”, y que ha de ser “gran destreza suya no descubrir toda la perfección de una vez, sino por brújula ir la pintando, y siempre adelantando”¹¹⁶.

La inventiva, entendida como capacidad creativa pero guiada por la cordura, es otra referencia novedosa del último tramo de aforismos recogidos en el *Oráculo manual*. “Arguye exceso de ingenio”, por eso es más bien propia de ingeniosos, mientras que la buena elección lo es de los prudentes. Por ello es peligrosa en los asuntos del juicio, en tanto que es loable en los del ingenio. Lo que ya no es novedad sino repetición reiterada es la cordura del obrar apasionado, pues todo lo errará, ya que la

¹¹⁶ Ibídem, p. 291-296.

pasión destierra a la razón. De ahí el consejo graciano: “sustituya entonces un tercero prudente, que lo será, si (es) desapasionado”. También suena a máxima repetida el “vivir a la ocasión”, sobre todo en el gobernar y en el discurrir. Pues “el sabio sabe que el norte de la prudencia consiste en portarse a la ocasión”. Por eso es máxima de gran cordura saber usar la tentativa, en la que compita “la atención del juicioso con la detención del recatado”¹¹⁷. Otra de las prendas que deben adornar al hombre cabal es la madurez, pues es la armazón y decoro de todas las demás y el “hombre muy hecho”, “tanto tiene de persona cuanto de madurez”. De ahí que el “varón grande” haya de ser “varón de prendas” y además “majestuosas”. Sólo alcanzará la categoría de “héroe” imitando a Dios, en quien todo es infinito, todo inmenso; y es que en el héroe, resalta Gracián evocando su primera obra, “todo ha de ser grande y majestuoso, de suerte que todas sus acciones y aun razones vayan revestidas de una trascendente, grandiosa majestad”¹¹⁸.

Los tres últimos aforismos con sus respectivas glosas si que parecen haber sido elegidos para poder concluir la larga serie de trescientos. He aquí el primero de ellos: “Tres cosas hacen un prodigio, y son el don máximo de la suma liberalidad: ingenio fecundo, juicio profundo y gusto relevantemente jocundo”. Y prosigue la glosa: “Gran ventaja concebir bien, pero mayor discurrir bien, entendimiento del bueno. El ingenio no ha de estar en el espinazo, que sería más laborioso que agudo. Pensar bien es el fruto de la racionalidad”. Mucho más débil y opaco es el aforismo siguiente, el penúltimo de la serie, que recomienda

¹¹⁷ *Ibíd.*, p. 298-300.

¹¹⁸ *Ibíd.*, p. 301-302.

“dejar con hambre”, que es tanto como decir dejar el néctar en los labios, pues el deseo es medida de la estimación. Y por fin el último aforismo, que pone broche de oro a la larga serie de los trescientos, y que invita a ser “en una palabra, santo, que es decirlo todo de una vez”, porque la virtud, en este caso cristiana y no simplemente mundana o cortesana, es “cadena de todas las perfecciones, centro de las felicidades”. Y el último comentario, que por sí solo justifica el acierto en la elección del tema objeto de estudio en este trabajo, porque junta en armonía perfecta la prudencia y la sagacidad con sus congéneres como criterios directivos de la razón práctica y como guía para conseguir la máxima perfección humana. Dice así: “Ella” -la virtud- “hace un sujeto prudente, atento, sagaz, cuerdo, sabio, valeroso, reportado, entero, feliz, plausible, verdadero y universal héroe”. Y este veredicto final: “Tres *eses* hacen dichoso: santo, sano y sabio”¹¹⁹.

¹¹⁹ *Ibíd.*, p. 303-304.

Capítulo V

La obra cumbre de Gracián. Análisis de su estructura y de su trama interna en relación con nuestro tema.

La última obra de Baltasar Gracián Morales, *El Criticón*, es toda ella una obra de madurez. Su primer tomo se publicó en 1651 cuando el autor había cumplido ya los cincuenta años. Es una obra extensa, pues consta de tres tomos correspondientes a otras tantas partes, el segundo aparecido en 1653 y el tercero en 1657. En gran medida es la coronación de todas sus obras anteriores, tanto por su argumento como por su amplitud. Considerada en su estructura interna, la principal diferencia con las anteriores consiste en que utiliza el género de la novela, retrocediendo en cierto modo a la época dorada de la literatura española y siendo en este sentido un caso especial en la literatura del barroco español tardío. “Contemplada y cotejada dentro del conjunto de su producción -dice Santos Alonso- *El Criticón* significa la culminación espléndida de un proceso irrepetible y el colofón que recoge y encierra, en forma de novela, el extenso universo ideológico y artístico desplegado hasta entonces por el autor: su aspiración a la excelencia, que lleva pareja

la crítica mordaz, su desencanto y su pesimismo como respuesta al desengaño de la vida, su escritura eminente al lado de un estilo original e irrepetible, y todo ello en grado sumo. Por su contenido, se trata, sin duda, de una de las más altas y profundas reflexiones literarias escritas sobre la condición y la existencia humanas, y por su forma, de la última gran obra del Barroco español que recoge, como un paradigma en forma narrativa, todos los mecanismos lingüísticos y retóricos que constituyen sus señas de identidad”.¹

Se trata en definitiva de una obra en la que el autor plasma el pensamiento ya expuesto en sus obras anteriores, perfilándolo, ampliándolo y presentándolo bajo un singular contexto de fabulación, por la que desliza toda su visión filosófico-práctica del mundo en forma de epopeya didáctico-moral, en la que confluyen y se ensamblan invención, erudición, concepto, alegoría, ficción, metáfora, emblema, estilo personal, desengaño, sátira social, moraleja, enseñanza o consejo, ampliando así todo su espectro como creador.

I

Para poder comprender debidamente la obra cumbre de Baltasar Gracián es preciso señalar las partes en que se divide, hacer referencia a sus primeras ediciones y describir brevemente el contenido de cada una. Además es imprescindible presentar y analizar su estructura externa, con sus divisiones en capítulos, llamados aquí crisis,

¹ Cfr. *Obras Completas* de Baltasar Gracián, edición, introducción y notas de Santos Alonso (Madrid, Cátedra 2011), p. 40.

completando lo dicho previamente sobre su contenido. Y por último, pero no por ello de menor importancia para poder calibrar la calidad de la obra, es imprescindible ocuparse con cierta amplitud de las fuentes que le sirvieron de arsenal de materiales para componer su gran obra.

1

Como ya he anticipado, *El Criticón* está estructurado en tres partes. La primera de ellas se titula *En la primavera de la niñez y en el estío de la juventud*². Vio la luz pública en Zaragoza, en el verano de 1651, posiblemente en septiembre, editada en la imprenta de Juan Nogués, y a su costa, en formato de 8º; contiene en sus cuatro primeras hojas la carátula, licencia de impresión, dedicatoria, prólogo, que dirige “a quien leyere”, y una relación de erratas, firmando como autor García de Marlonés, nuevo pseudónimo que utiliza para ocultar su verdadera autoría y que en realidad es el anagrama, algo deformado, de sus apellidos familiares, Gracián Morales², eludiendo así la obligación a la que estaba sujeto, mediante voto, en razón de su pertenencia a la Compañía de Jesús, de obtener autorización de sus superiores para hacer público cualquier libro o trabajo literario. A continuación sigue el texto de la obra que ocupa un total de 288 páginas. Un ejemplar de esta edición *princeps* se encuentra en la Biblioteca Nacional con signatura R/34.741, moderna, y con el núm. 5-5213, antiguo.

² Aurora Egido, *El Criticón*, ed. facsímil, Institución Fernando el Católico (Zaragoza, 2009), estudio preliminar, t. I, p. XLVIII.

La segunda parte se titula “*En el otoño de la edad varonil*”. Fue publicada en Huesca, en el año 1653, siendo también editada por la imprenta de Juan Nogués, en formato de 8º; contiene, en sus ocho primeras hojas, la carátula, la dedicatoria, la licencia, la censura de publicación, la censura crítica, una relación de erratas, índice de las crisis e índice de las crisis de la tercera parte, que anticipa ya aquí; a continuación sigue el texto de la obra, que ocupa 288 páginas. Figura como autor Lorenzo Gracián, nombre ya conocido y acreditado por publicaciones anteriores, que habían sido muy bien acogidas por el público, según declaración de su hermano Felipe Gracián, religioso de los clérigos menores, que escribe, en una carta de fecha 14 de mayo de 1639, “lo lindamente” que se vendían en Madrid los libros de su hermano jesuita, carta publicada por los señores Garcés y Laplana³. En la parte inferior de la portada se hace mención a la colaboración de don Francisco Lamberto, mercader de libros en cuya casa se vende. Un ejemplar de esta edición se encuentra en la Biblioteca Nacional con signatura R/34750, moderna, y el núm. Ri-303, antigua⁴.

No obstante lo anterior, es muy posible que esta segunda parte se publicara en Zaragoza y no en Huesca, según se desprende de la investigación realizada por Carlos Garcés Manau y Enrique Laplana Gil, publicado bajo el título “Baltasar Gracián: cartas y noticias desconocidas”, en *Voz y Letra*, XIII/2, 2002, p.61-77, quienes dieron a conocer, entre otros fragmentos, uno relativo a una carta de Juan Francisco Andrés de Uztarroz a Lastanosa (Ms.18727-8 de la Biblioteca

³ Ibídem, t. II, p. XVIII.

⁴ Ibídem, t. II, p. XXVI.

Nacional, que dice así: “El padre Baltasar Gracián imprime la segunda parte de su *Criticón*, y porque no la güelan los hurones soy yo el que llevo y traigo las pruebas. Bueno se va vuestra merced de elogios debajo del anagrama de su apellido. Mejor ha de parecer esta segunda parte que la primera y porque haya deseos de la tercera, pondrá los títulos de las crisis. Dios guarde a vuestra merced muchos años como puede y deseo. Zaragoza, 3 de abril 1653”⁵.

Dicha carta pone de manifiesto, una vez más, la cautela con la que actuaba Gracián ante las dificultades que venía encontrando dentro de su Orden religiosa para desarrollar su afición literaria, contrariedad que ya había declarado a su gran amigo y mecenas don Vincencio Juan de Lastanosa en una carta enviada desde Zaragoza el 12 de junio de 1652, en la que le decía: “Me impiden que imprima y no me faltan envidiosos; pero yo todo lo llevo con paciencia y no pierdo la gana de comer, cenar, dormir, etc.”⁶; pues ellos, por diversos motivos, no entendían ni alcanzaban a descubrir el verdadero contenido de sus obras, así como tampoco el sentido y finalidad educativa que con ellas perseguía; sensación que manifiesta a su amigo Lastanosa, algún tiempo después, en otra carta que le dirige desde Zaragoza, con fecha 18 de febrero de 1655, en la que se lamenta de la incomprensión y encono que percibe de sus compañeros jesuitas, residentes en la misma casa, pues le dice que: “sus padrastrós, como no entienden el asunto ni el intento, con sólo el nombre de *Criticón* se quedan, y con brava ojeriza contra él”⁷.

⁵ Ibídem, p. XV-XVI.

⁶ Baltasar Gracián, *Obras Completas*, con estudio preliminar de Arturo del Hoyo, ed. Aguilar (Madrid, 1967), p. 1155.

⁷ Ibídem, p. 1157.

Además de lo anteriormente expuesto, esta hipótesis se apoya también en el hecho de que tanto la licencia para su impresión como la censura de publicación y la censura crítica están todas ellas firmadas en Zaragoza, en un espacio de tiempo comprendido entre el 24 de febrero y el 20 de marzo de 1653, unas fechas antes de la carta citada más arriba, por lo que es fácil colegir que, en efecto, se imprimió en Zaragoza; pero para evitar sospechas y en aras de un mayor disimulo, Gracián debió optar por estampar como origen de dicha publicación la ciudad de Huesca, alejándola así de su cercanía y situándola en el entorno de Lastanosa y de sus más fieles amigos.⁸

También contribuye a corroborar que esta segunda parte de *El Criticón* se editó en Zaragoza y no en Huesca, como dice el pie de imprenta, otro fragmento de una carta dirigida desde Zaragoza, el 27 de mayo de 1653, por Juan Francisco Andrés de Uztarroz a don Vincencio Juan de Lastanosa, en la que le dice: “No sé si los Criticones sacaremos al coste, que su autor, como muy aficionado a los ahorros de su patria Bilbilis, diome dos: para vuestra merced uno y otro para el señor canónigo Lastanosa, pero vuestra merced quedará servido, a quien guarde Dios muchos años como puede y deseo” (manuscrito 18727-16 de la Biblioteca Nacional). Del contenido de esta carta se desprende el testimonio de que antes del 27 de mayo de 1653 ya estaba el libro publicado y en Zaragoza, pues de haberse publicado en Huesca no es lógico que Uztarroz le enviase desde Zaragoza dos ejemplares del mismo

⁸ *Ibídem.*

a Lastanosa, que residía en Huesca, cuando él los habría podido obtener directamente desde la imprenta.⁹.

Por último, cabe reseñar que José Enrique Laplana, en el trabajo que publicó en 2002 y al que me he referido en párrafos anteriores, dice que al 3 de abril de 1653, la segunda parte de *El Criticón* estaba todavía en la imprenta de Juan Nogués, en Zaragoza; circunstancia que concuerda con el hecho de que Nogués por aquella época publicaba todos sus libros en Zaragoza¹⁰, ya que estaba establecido en dicha ciudad desde 1650¹¹, siendo éste, el de Gracián, el único que se dice hacerlo desde Huesca; por tanto, esta cuestión es altamente improbable, toda vez que trasladar un taller de una ciudad a otra resulta costoso y supone un gran trastorno para luego publicar sólo un libro.

En base a lo anteriormente expuesto, el sentido común y las más elemental lógica nos lleva concluir que, en efecto, esta segunda parte fue publicada en Zaragoza; pero Baltasar Gracián, sometido en su colegio a una férrea vigilancia de sus actividades literarias, debió optar por sugerir a la imprenta que estampara como lugar de publicación la ciudad de Huesca, alejando así de su entorno la posible relación que pudieran atribuirle en tal publicación, e igualmente su autoría, tratando con ello de desorientar a sus compañeros y superiores y al mismo tiempo de disimular su astucia y evitar sospechas.

De esta segunda parte Jaime Moll ha localizado un ejemplar de una edición contrahecha, que hoy llamaríamos pirata, que se encuentra

⁹ Aurora Egido, *El Criticón*, ed. facsímil, Institución Fernando el Católico (Zaragoza, 2009), estudio preliminar, t. II, p. XIX.

¹⁰ *Ibíd.*, p. XVI.

¹¹ *Ibíd.*, p. XLII.

en la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense, Filología, Res. 851¹².

La tercera parte de *El Criticón* se titula “*En el invierno de la vejez*”. Fue publicada en el año 1657 en Madrid, editada por Pablo del Val y a costa de Francisco Lamberto, indicando que se vende en su casa, sita en la Carrera de San Jerónimo. Figura también como autor Lorenzo Gracián. Está impresa en formato de 8º; contiene en sus ocho primeras hojas la carátula, la dedicatoria, la censura de publicación, la aprobación eclesiástica; a continuación sigue otra hoja con la declaración del privilegio de impresión de Francisco Lamberto, el pago de la tasa correspondiente y también la relación de erratas, y otra que contiene un aviso a los lectores, seguida de otra con el índice de las crisis; a continuación sigue el texto de la obra, que ocupa 350 páginas, más una final, con la fecha y los datos editoriales de la licencia de impresión. Un ejemplar de esta edición *princeps* se encuentra en la Biblioteca Nacional Histórica “Marqués de Valdecilla” de la Universidad Complutense de Madrid, con signatura FFL Res. 852, encuadernado en pergamino y con registros manuscritos y sellados. En la portada de este ejemplar figura manuscrito, debajo del título e intercalado entre éste, el nombre de un antiguo poseedor de dicho ejemplar (fr. Joannis Morton), diciéndose igualmente más abajo que “son de la librería del Convento de Logroño”, figurando además la firma, con su rúbrica, de Julio Cejador; también aparece un sello ovalado de su *ex libris*, que dice “Biblioteca de J. Cejador”. Asimismo figura, aunque tachado, pero que puede leerse, el

¹² Jaime Moll, *Libros Libres de Baltasar Gracián* (Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2001, p. 92.

nombre de otro posible propietario del mismo y dice así “Es de Juan...”¹³. Ello revela que dicho libro a lo largo del tiempo había pasado por las manos de distintos propietarios. Jaime Moll, en sus investigaciones ha localizado, además de este último ejemplar citado, otros dos más en la Biblioteca Nacional de Francia¹⁴. Existe otro ejemplar, que carece de portada, de una edición contrahecha, que se encuentra en la Biblioteca Nacional, de Madrid, con signatura R/34.751, moderna, y la núm.5-5276, antigua.

Debido a que esta obra de *El Criticón. Primera parte. En la primavera de la niñez y en el estío de la juventud*, fue muy bien acogida por el público desde el principio, al publicarse en Zaragoza esta primera parte en el verano de 1651, es muy posible que la edición se agotase rápidamente y que el autor pensase en reeditarla para atender a su demanda con prontitud; pero también conviene considerar que poco tiempo después, en septiembre de ese mismo año, se consagró el nuevo templo edificado del Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, cuya primera piedra había sido colocada en 1623 por el propio Felipe IV, rey de España, pocos meses después de ascender al trono, teniendo ahora el honor de asistir en 1651 a su inauguración; con tal motivo se organizaron diversos festejos recreativos, actos culturales y religiosos, para celebrar tan importante acontecimiento, los cuales tuvieron lugar entre el sábado 23 de septiembre, día que ofició la consagración el Nuncio don Julio Raspelosi, bajo la advocación de san Francisco Javier, y el martes 3 de octubre. Durante los diversos actos religiosos programados hubo una

¹³ Aurora Egido, *El Criticón*, ed. facsímil, Institución Fernando el Católico (Zaragoza, 2009), estudio preliminar, t. III, p. XXX-XXXI.

¹⁴ Jaime Moll, *Libros Libres de Baltasar Gracián*, cit., p. 91.

serie de sermones pronunciados por los más destacados y apreciados predicadores del momento, entre los que es muy probable se encontrase Gracián, ya que poco tiempo antes y durante su estancia en Madrid había dejado muy buen recuerdo entre los fieles de todos los estamentos sociales, especialmente entre los más relevantes y cultos, por sus magníficas pláticas llenas de originalidad, agudeza e ingenio¹⁵.

Posiblemente Gracián permaneció en Madrid un corto período de tiempo, comprendido entre los días finales de agosto y el curso del mes de septiembre, debiendo abandonarlo unos días para asistir en Zaragoza a la Congregación Provincial de la Compañía, que tuvo lugar entre el 17 y el 23 de septiembre de 1651¹⁶. Además de atender a sus obligaciones religiosas, debió aprovechar su breve estancia en la Corte para mantener algunos contactos con diversas personalidades del mundo de las letras, su gran pasión, entre las que ya era conocido, las cuales estarían interesadas por leer su reciente publicación, aparecida, poco antes, en Zaragoza, y que seguramente no era fácil de conseguir en Madrid; si a ello se añade el interés que puede suscitar a cualquier librero la posibilidad de editar una obra por la que había curiosidad en leer, es fácil concluir que llegase a un acuerdo con Catalina de la Peña, viuda del

¹⁵ Ricardo del Arco y Garay, *La erudición española en el siglo XVII y el cronista de Aragón Andrés de Uztarroz*, t.II, (Madrid, CSIC., 1950), p. 745, en donde publica una carta fechada en Madrid el 9 de Septiembre de 1.651, que le dirige el padre jesuita Manuel Hortigas a Andrés de Uztarroz, cronista de Aragón, en la que le cuenta “el gran éxito que como orador sagrado había obtenido en la corte el padre Baltasar Gracián” con sus sermones, predicando en todas las fiestas y con la “iglesia llena, afuera más de tres mil personas”, cuyo manuscrito se encuentra en la Biblioteca Nacional de España, con el núm. 8.390, f. 655; José Simón Díaz, *Historia del Colegio Imperial de Madrid* (Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1992) p. 110; cfr. *infra*, p. 338 y 379

¹⁶ Miguel Batllori, *La vida alternante de Baltasar Gracián*, ed. Michele Pisan (Roma, 1949), p. 13, y doc. 29, p. 77.

mercader de libros Roberto Lorenzo, quien contrajo nuevo matrimonio el 10 de septiembre de 1651 con Francisco Lamberto, maestro librero, oficial de la librería que Catalina había heredado de su fallecido esposo, sita en la Carrera de San Jerónimo, de Madrid, y que ésta entregó como dote a su nuevo marido. Es lógico pensar que Gracián debía conocer a Catalina, por ser la viuda de Roberto Lorenzo, quien había sido durante varios años el distribuidor de sus obras, en el reino de Castilla, según él mismo deja constancia en carta que le dirigió a Uztarroz desde Huesca con fecha 30 marzo de 1648, en la que le indica le envía 100 ejemplares de *Artes* y otros 300 de *Oráculos* para que los envíe a Madrid a Roberto Lorenzo, mercader de libros¹⁷.

En virtud de este acuerdo, Catalina de la Peña procedió a reeditar a su cargo *El Criticón, primera parte*, en 1651, en la imprenta de Pablo del Val, sita en Madrid, utilizando el mismo texto y formato de la edición *princeps* realizada por Juan Nogués, en Huesca, poco antes, dentro de ese mismo año, pero con dos curiosas diferencias importantes en su portada: una, ya no aparece como autor García de Marlonés, sino que figura Lorenzo Gracián; posiblemente este cambio fuera una exigencia del nuevo editor, quien, pensando en su negocio, veía más conveniente utilizar el nombre ya conocido y acreditado de Lorenzo Gracián en lugar de otro nuevo ignorado por el público; la otra es que, después del nombre del impresor Juan Nogués, figuraba la expresión “y a su costa”, la cual ahora desaparece, y en su lugar se añade: “véndese en la Carrera de San Jerónimo, en casa de Francisco Lamberto, mercader de

¹⁷ Arturo del Hoyo, *Obras Completas* de Baltasar Gracián, 3ª ed. (Madrid, Aguilar, 1967), en su estudio preliminar da a conocer dicha carta, p. 1145-6.

libros”. Ambas modificaciones son claramente de tipo comercial, puesto que el nuevo editor quería asegurarse la mayor venta posible¹⁸.

La existencia de esta segunda edición de *El Criticón, primera parte, en la primavera de la niñez y en el estío de la juventud*, realizada en Madrid el año 1651, pocos meses después de su inicial publicación en Zaragoza y dentro del mismo año, se hace en idéntico formato a la primera edición de Huesca, es decir, en formato de 8º, con 4 hojas preliminares y el texto en 288 páginas. Esta segunda edición fue constatada por Jaime Moll en sus investigaciones, habiendo localizado un ejemplar de la misma en la Real Biblioteca Danesa de Copenhague, en el cual figura una anotación manuscrita, firmada por Gothelffe, en cuyo texto se lee: “Este libro à conprado à Madrid en el año de su impresión”. También ha localizado otro ejemplar de esta publicación, sin portada, en la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense, Filología, Res. 850, y otro más de la misma en la Biblioteca Nacional de París. Asimismo ha localizado otro ejemplar de la segunda edición de esta primera parte, que supone edición contrahecha, en la Biblioteca de la Universidad de Illinois¹⁹.

Posteriormente se hicieron una serie de reediciones. En el año 1656 se publicó la primera parte de *El Criticón*, titulada *En la primavera de la niñez y en el estío de la juventud*, en Lisboa, en la imprenta de Henrique Valente de Oliveira, en idéntico formato a la primera edición de Zaragoza, es decir, en 8º, con 4 hojas preliminares y el texto en 288

¹⁸ Aurora Egido, *El Criticón*, edición facsímil, t. I. (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2009), p. XXVIII-XXIX y LIX-LX.

¹⁹ Jaime Moll, *Libros Libres de Baltasar Gracián*, cit., p. 90-92.

páginas. De dicha publicación existe un ejemplar en la Biblioteca Nacional de Lisboa.

En el año 1657 se publicó la segunda parte de *El Criticón*, titulada *En el otoño de la varonil edad*, en Lisboa, también en la imprenta de Henrique Valente de Oliveira, en idéntico formato a la primera edición de Huesca, es decir, en 8º, con 8 hojas preliminares y el texto en 288 páginas. De dicha publicación existe un ejemplar en la Biblioteca Nacional de Lisboa.

En el año 1658 se publicó la primera parte de *El Criticón* en Madrid, editado por Pablo del Val, quien había publicado el año anterior y por primera vez la tercera parte de esta obra, titulada *El Criticón. En el invierno de la vejez*; esta reedición o segunda edición de la primera parte realizada en Madrid, se hizo en idéntico formato a la primera edición de Huesca, es decir, en formato de 8º, con 4 hojas preliminares y el texto en 288 páginas. De dicha publicación existe un ejemplar, sin portada, en la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense, Filología, Res. 850, y otro más en la Biblioteca Nacional de París.

La tercera parte, titulada *El Criticón. En el invierno de la vejez*, se publicó en igual formato, en Lisboa, por la imprenta de Henrique Valente de Oliveira, en el año 1661. Existe un ejemplar en la Biblioteca Nacional de Lisboa.

Por primera vez se publican juntas las tres partes de la obra, presentándola en un solo volumen con el título de *El Criticón*, editado en Barcelona en el año 1664, por Antonio Lacavallería, uno de cuyos ejemplares se encuentra en la Biblioteca Nacional de España, con

signatura R/20.999²⁰. Esta obra, en sus tres partes, se presentó al público en un formato de octavo, es decir, algo mayor que las anteriores, que ya había publicado y que lo fueron en tamaño dieciseisavo, a excepción del *Oráculo*, que lo fue en veinticuatroavo. Este nuevo formato en mayor tamaño suponía una innovación sobre la costumbre existente desde el Renacimiento y que se prolongó hasta los siglos XVI y XVII de usar un tamaño pequeño, denominado “menino”, que permitía llevarlo en el bolsillo. Este gusto por lo diminuto viene de antiguo, pues ya Marcial (*Marcus Valerius Martialis*), poeta latino de origen hispano (*Bilbilis*, cerca de la actual Calatayud, años 40-104 de nuestra era), siglo I, por el que Gracián, nacido en la misma comarca, sentía gran admiración, pues fue hombre de gran ingenio, agudo y sutil, que supo mezclar en sus escritos la sal y la hiel junto con el candor, creador de un subgénero literario llamado “epigrama”, consistente en una composición poética breve, en la que, con precisión y agudeza, se expresa un solo pensamiento principal, generalmente satírico o festivo; en su obra *Epigramas*, I, 2 “habla del libro que cabe en una sola mano”²¹.

2

La *estructura externa* de *El Criticón* es idéntica en sus tres partes. Cada parte se divide en capítulos, a los que llama “crisis”, en las que va

²⁰ Aurora Egido, *El Criticón*, edición facsímil, t. I. (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2009), p. XLI-XLII.

²¹ *El Discreto*, edición facsímil del ejemplar existente en la Biblioteca Nacional de España, en Madrid, con signatura R-13660, con prólogo de Aurora Egido, (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001), p. X-XI.

presentando distintos escenarios por los que discurre la vida de cualquier hombre, mostrando la lucha interna entre el deseo o inclinación natural, que aflora a través de sus sentidos, y la cautela que brota de su razón o juicio auxiliado por la sagacidad y la prudencia, para ir sorteando con acierto las sucesivas y tentadoras propuestas que brinda el discurrir de la vida humana.

La razón por la que llama “crisis” a sus capítulos no la declara; pero entiendo que con ello quiere hacer alusión a la encrucijada o concurrencia de distintas opciones, que presenta el discurrir por la vida, y en las que necesariamente hemos de optar por unas en detrimento de otras, situación que nos crea dificultad por la duda que surge en acertar su elección de cómo obrar, momento en el que es necesario formar un “juicio” o “criterio”, que nos dicte lo que es acertado; pues el curso de la vida es único y no permite volver sobre lo ya transitado para cambiarlo; en realidad Gracián entiende el proceso vital como un continuo discurrir de opuestos, que en unos casos hay que saber combinar y en otros decantarse por el más conveniente. Ese momento clave o decisivo de la opción es lo que llama “crisis”, es decir, el punto de inflexión, de discernimiento o juicio, a partir del cual se produce un cambio. Precisamente éste es uno de los objetivos de la obra, pues en ella expone literariamente las principales y trascendentes secuencias de la vida de cualquier ser humano, con la finalidad de que todo el que las lea pueda interiorizarlas y reflexionar sobre ellas, para que, mediante el razonamiento ponderado, cada uno se forme su propio criterio o juicio, que le permita extraer de cada una de ellas su propia moraleja.

Como ya expuse, Baltasar Gracián divide el curso de la vida humana en cuatro etapas: la niñez, que representa la primavera; la juventud, que corresponde al estío o verano; la madurez, que equivale al otoño; y la vejez, que representa el invierno. Son cuatro etapas relevantes, que describe en treinta y ocho secuencias o capítulos, a los que, como antes señalé, llama “crisis”, que distribuye de manera casi simétrica entre las tres partes de que consta la obra y que fueron publicadas sucesivamente en tres libros distintos. Conviene hacer referencia a la existencia de una clara simetría en la presentación de los tres libros; porque tanto en el número de “crisis” o capítulos, como en el número de las páginas que ocupan, hay una cierta igualdad, queriendo ofrecer una sensación de equilibrio y tal vez resaltar que las tres partes son de igual importancia. En la primera parte muestra las dos etapas iniciales de la vida: *la primavera de la niñez, y en el estío de la juventud*; en la segunda parte muestra *el otoño de la edad varonil*, ambas en su primera edición; constan de trece “crisis” o capítulos, que ocupan un total de 288 páginas cada parte; y en la tercera parte muestra *el invierno de la vejez*, e igualmente en su primera edición, consta de sólo doce “crisis” o capítulos; pero, sin embargo, es bastante más extensa, pues ocupa un total de 350 páginas.

El antecedente más inmediato a esta obra se encuentra en *El Discreto*, en donde el último realce o capítulo lo titula “Culta repartición de la vida de un discreto”, diseño y prelude de la estructura interna de *El Criticón*. En él escribe: “La misma naturaleza, atenta, proporcionó el vivir del hombre con el caminar del sol, las estaciones del año con las de la vida, y los cuatro tiempos de aquél con las cuatro edades de ésta”. Y

prosigue: “Comienza la primavera en la niñez alegre, tiernas flores en esperanzas frágiles. Síguese el estío caluroso y destemplado de la mocedad, de todas maneras peligroso, por lo ardiente de la sangre y tempestuoso de las pasiones. Entra después el deseado otoño de la varonil edad, coronado de sazónados frutos, en dictámenes, en sentencias y en aciertos. Acaba con todo el invierno helado de la vejez: cáense las hojas de los bríos, blanquea la nieve de las canas, hiélanse los arroyos de las venas, todo se desnuda de dientes y de cabellos, y tiembla la vida de su cercana muerte”²². Cierra y termina este capítulo o realce con la siguiente frase, que sintetiza todo el contenido del mismo: “Es corona de la discreción el saber filosofar, sacando de todo, como solícita abeja, o la miel del gustoso provecho o la cera para luz del desengaño”, y a continuación concluye: “La misma filosofía no es otro que meditación de la muerte”²³.

La primera parte está dedicada al valeroso don Pablo de Parada, de la Orden de Christo, General de Artillería y Gobernador de Tortosa, hombre a la sazón joven, pero de acreditado prestigio, por lo que resulta muy apropiada su dedicación en cuanto armoniza la juventud de éste con el periodo primero de “niñez y juventud” de uno de los protagonistas de la obra. Concuerta también muy bien con los dos títulos con que contaba dicho señor, General de Artillería y Gobernador de Tortosa, de los que se hizo acreedor por su valor y heroicidad en diversas campañas militares, especialmente en la defensa del segundo cerco a que sometió Tarragona el mariscal de La Mothe, en su apoyo a los rebeldes

²² *El Discreto*, en *Obras Completas* ed. cit., p. 179.

²³ *Ibíd.*, p. 183.

catalanes partidarios de su adhesión al rey Luis XIV de Francia, y cuyo cerco intentó romper por la puerta de San Francisco, siendo valerosa y hábilmente repelido por las tropas que comandaba don Pablo de Parada. El propio Gracián colaboró activamente en la batalla, enardeciendo a las tropas y asistiéndolas en campaña, tanto espiritual como humanamente, en el alivio de sus heridas y desgarros, hasta el punto de que fue apodado como el Padre de la batalla. Durante la contienda se conocieron Parada y Gracián, admirándose mutuamente por su inteligencia, valor y entrega al servicio de la causa del Rey de España y por ende al reino de Aragón.

La censura o permiso aprobando la publicación de esta Primera parte, la firma en Zaragoza, con fecha 6 de Junio de 1651, don Antonio Liperi, natural de Cerdeña, clérigo regular y doctor en Teología y en ambos Derechos, Canónico y Civil, y lo hace por comisión o encargo del excelentísimo señor don Francisco Fernández de Castro, Conde de Lemos, a la sazón Virrey y Capitán General del Reino de Aragón.

Estimo oportuno reseñar aquí que Baltasar Gracián sentía por don Francisco Fernández de Castro, Conde de Lemos, una gran admiración, considerándole héroe universal y discretísimo conocedor de todas las artes liberales. De ello dejó constancia pública en su anterior obra, *El Discreto*, donde le propina este elogio: “En cuyo bien repartido gusto tienen vez todos los liberales empleos”, es decir, que se trata de “el hombre de todas horas”, el hombre perfecto, que sabe estar y

comportarse en todo lugar y circunstancia. “Héroe verdaderamente universal para todo tiempo, para todo gusto y para todo empleo”²⁴.

A continuación, y a modo de prefacio a la obra, se dirige a todos los lectores bajo el epígrafe de “A quien leyere”. En él traza las líneas directivas que enmarcan el contenido de la obra, las fuentes en que ha bebido para elaborarla, así como los fines que pretende.

Manifiesta que va dirigida a toda persona de buena voluntad y con capacidad de juicio, a quien presenta un modo de conducirse por la vida, en la que, partiendo de la razón y sirviéndose de la sagacidad y de la prudencia, le permita encontrar las claves de interpretación de los obstáculos cifrados de este mundo, para mejor desarrollar las capacidades personales en el arte del bien hacer, del bien entender y del mejor servir, teniendo presente en todo momento que el discurrir de la vida es un continuo peregrinar en busca de la felicidad y de la gloria. Por ello dice que se trata de una *Filosofía cortesana*, es decir, *mundana*, *práctica*, al alcance de todo el que quiera lograr superar la mera condición de hombre para llegar a ser persona, es decir, dueño y señor de sí mismo.

Asimismo declara que ha pretendido hacer una obra de trasfondo, es decir, de contenido y de principios filosóficos fundamentales, pero al mismo tiempo desenfadada y amena para hacer atractiva su lectura, y sobre todo despertar en el lector la curiosidad y el interés por descubrirse a sí mismo, con el fin de que pueda mejorar en su proceder cotidiano aquello que no le resulte grato ni atractivo, si ello fuese su deseo y voluntad. Así escribe: “He procurado juntar lo seco de la

²⁴ *El Discreto*, ed. cit., t. II, p. 123.

filosofía con lo entretenido de la invención, lo picante de la sátira con lo dulce de la épica”²⁵.

A continuación presenta un breve boceto de las fuentes de que se ha servido, declarando que sigue e imita a los grandes maestros, tomando de cada uno de ellos lo que considera mejor y le resulta de más utilidad y agrado. Escribe al respecto: “He atendido a imitar lo que siempre me agradó, las alegorías de Homero, las ficciones de Esopo, lo doctrinal de Séneca, lo juicioso de Luciano, las descripciones de Apuleyo; las moralidades de Plutarco, los empeños de Heliodoro, las suspensiones de Ariosto, las crisis de Trajano Boccalini y las moralidades de J.Barclay”-Barclay-²⁶. De ello trataré específicamente más adelante.

Ya en esta Primera parte esta obra viene a ser el compendio y culminación de toda la proyección filosófica, literaria y didáctica, que Gracián ofrece a sus lectores para ayudarles a superar las corrientes de pensamiento renacentista, aun bastante influidas por la doctrina teocentrista medieval, para situarles ante la modernidad, que reclamaba cada vez más el uso de la razón como criterio para descubrir los secretos de la madre naturaleza, así como también los modos y maneras de organizar y perfeccionar los comportamientos humanos y de los grupos sociales, sin por ello desdeñar ni olvidar que el hombre es un ser finito pero con proyección infinita, que alcanza su plena felicidad cuando traspasa el velo que oculta su peregrinar por el mundo y se encuentra ante

²⁵ *El Criticón*, en *Obras Completas*, ed. cit., t. I, p. 7.

²⁶ *Ibídem*.- John Barclay (1582-1621) fue autor, entre otras, de una novela extremadamente popular titulada *Argenis* (1621), referida a eventos históricos reales y a personajes bajo el velo de la alegoría; fue también autor de una sátira titulada *Euphormionis Satyricon*, además de legar a la posteridad una colección de poemas en latín con el título de *Sylvae*. Cfr. *infra*, p. 335.

lo que él llama “la isla de la Inmortalidad”²⁷, abierta a todos, pero no accesible a todos.

Conviene advertir desde ahora que esta idea de repartir la vida del hombre en etapas asimiladas a las estaciones del año había sido utilizada ya por algunos autores clásicos de la literatura antigua, como Pitágoras, Horacio u Ovidio, que Gracián conocía bien, según lo expresa en el aviso que hace a los lectores al principio de la obra, aunque a éstos no los mencione expresamente. Igualmente, en la literatura más próxima y cercana a su tiempo se encuentra en Luis de Góngora, a quien se refiere don José Pellicer de Salas, escritor aragonés y coetáneo de Gracián, quien en su obra *Lecciones solemnes a las obras de don Luis de Góngora*, publicada en 1630, escribe lo siguiente: “Aquí feneció don Luis de Góngora la soledad primera, en la que dexa pintada la Juventud, a que moralmente atendió, pues su principal intención fue en quatro Soledades describir las quatro Edades del hombre. En la primera, la Juventud, con amores, prados, juegos, bodas y alegrías. En la segunda, la Adolescencia, con pescas, cetrería, navegaciones. En la tercera, la Virilidad, con monterías, caças, prudencia y economía. En la cuarta, la Senectud, y allí Política y Gobierno”²⁸, trabajo que sin duda debió conocer Gracián por tratarse de un erudito escritor y aragonés, persona de gran relieve social, que fue, entre otras cosas, consejero real y cronista honorífico de Aragón en 1640.

²⁷ *Ibíd.*, p. 651.

²⁸ *Baltasar Gracia. Su vida y su obra*, de Evaristo Correa Calderón, 2ª edición aumentada (Madrid, Gredos, 1970), p.185.

Otro eje central sobre el que gira la obra de *El Criticón* es la idea de el caminar o el peregrinaje continuo de sus dos protagonistas, que van en busca de la ansiada felicidad, tema que desarrollaré más adelante; ahora sólo quiero centrarme en la idea de “caminar”, de “avanzar”, de “seguir adelante”, por ser ésta una de las principales peculiaridades que tiene su primera manifestación en la filosofía de Heráclito con su idea del devenir continuo del flujo permanente. Conviene resaltar ya desde ahora, que esta idea de representar la vida del hombre como un continuo peregrinar, sobre la que más adelante volveremos a hablar, se encuentra en muchos textos tanto antiguos como próximos a Gracián. A título de ejemplo, por ahora sólo me voy a referir tres autores anteriores a Gracián que emplean en sus obras la metáfora del caminar por la vida en busca de la dicha. En orden de aparición tenemos primero a Justo de Lipsio, con su obra *El Libro de la Constancia*, publicada en 1584, en donde expone el viaje de la vida humana que todos los enfermos del ánimo realizan, cambiando de una tierra a otra constantemente; en segundo lugar tenemos a Lope de Vega, con su obra *El Peregrino en su Patria*, publicada en 1604, en la que relata las aventuras y calamidades que pasan sus protagonistas Pánfilo y Nise, enamorados; y por último cabe citar a Miguel de Cervantes en su obra *Los Trabajos de Persiles y Segismunda*, publicada en 1617, en la que narra las peripecias y avatares de dos jóvenes príncipes nórdicos que peregrinan por varios lugares del mundo hasta llegar a Roma, en donde contraen matrimonio.

También es oportuno apuntar que, junto con las dos corrientes realista e idealista, se encuentra una tercera que es la alegórica, en cierto

modo parecida a la idealista, pero distinta, con vida independiente y propia, en la que se hace patente una enseñanza basada en la ficción, técnica ya utilizada desde antiguo, pero con un especial relieve en el Barroco.

3

Después de describir la división en tres partes y de reseñar las diversas ediciones de la obra cumbre de Baltasar Gracián, y una vez analizada debidamente su estructura externa, es necesario ocuparse de otro de los puntos clave para comprender esta magna obra, que no es otro que el concerniente a las *fuentes* en que se inspiró para elaborarla.

Como él mismo deja entrever, Baltasar Gracián, ávido y atento lector, tenía una gran capacidad para utilizar los libros como fuente en la que bebía y recogía los materiales que le permitieran llenar de contenido su trama novelesca. Para lograr este objetivo pudo disponer de los abundantes fondos bibliográficos de la biblioteca que Vincencio Juan de Lastanosa tenía en su mansión solariega de Huesca, hoy por desgracia desaparecida, sin que se sepa a dónde fue a parar tanta riqueza bibliográfica, que se extendía desde los clásicos griegos y latinos hasta la abundante literatura teológica y filosófica medieval y renacentista. Incluso contaba con una gran cantidad de obras y de fondos de la época premoderna y de la modernidad anterior a Gracián. Este riquísimo tesoro bibliográfico, que abarcaba todos los géneros hasta entonces conocidos, fue utilizado con avidez por el escritor belmontino, como se comprueba cada vez que se analiza o simplemente se lee con atención su extensa obra.

El propio Gracián reconoce de forma velada reiteradamente la utilización de ideas y conceptos de otros autores, que él reelabora y a los que suele dar una forma nueva, aumentando o reforzando su contenido inicial, sin desmerecer por ello la originalidad propia que supone ampliar su campo de acción. Así lo declaraba cuando escribió en *El Discreto*: “Vese esto más en los empleos del ingenio, que, aunque sean las cosas muy sabidas, si el modo del decirlas en el retórico y del escribirlas en el historiador fuere nuevo, las hace apetecibles”. Abundando en esta premonición, señala que, “cuando las cosas son selectas, no cansa el repetirlas hasta siete veces; pero, aunque no enfadan, no admiran, y es menester guisarlas de otra manera para que soliciten la atención; es lisonjera la novedad, hechiza el gusto, y con sólo variar de sainete se renuevan los objetos, que es gran arte de agradar”. Y puntualiza: “¡Cuántas cosas muy vulgares y ordinarias las pudo realzar a nuevas y excelentes, y las vendió a precio de gusto y de admiración! Y, al contrario, por escogidas que sean, sin este sainete no pican el gusto ni consiguen el agrado”²⁹.

Pero este modo de recolectar y acopiar ideas de autores anteriores, para después darles nueva forma, realzando o transmutando su contenido, no equivale a copiar o apropiarse de las genialidades de otros, sino que supone perforar más hondamente su campo para descubrir riquezas ocultas. Así lo expresa el propio Gracián cuando, al explicar las cuatro causas de la agudeza, escribía: “Gran felicidad conocer los primeros autores en su clase, y más los modernos, que no están aún purificados del tiempo [...]. Suele faltarle de eminencia a la imitación lo

²⁹ Baltasar Gracián, *El Discreto*, ed. cit., t. II, p.172.

que alcanza de facilidad; no ha de pasar los límites del seguir, que sería latrocinio [...]. La destreza está en transfigurar los pensamientos, en trasponer los asuntos, que siquiera se le debe el disfraz de la acomodación al segundo, y tal vez el aliño, que hay ingenios gitanos de agudeza”³⁰.

Desde esta perspectiva procedimental, unida a su gran ingenio, se puede explicar su capacidad creativa y el estilo de su prosa bastante artificiosa y retórica, con un lenguaje típico de la época barroca, pues se observa que sus formas expresivas no son fruto de la intuición o improvisación, sino de un gran trabajo de elaboración conceptual y lingüístico, previamente meditado y estudiado, y sabiamente perfilado.

a) Es fácil imaginarse que las fuentes en las que Gracián parece haberse inspirado son muchas y muy diversas y de distintas épocas. Tenemos en primer lugar las fuentes bíblicas, con toda la literatura en torno a ellas, en la medida en que fueron utilizadas o conocidas por Gracián. Entre los libros bíblicos del canon usual en su tiempo destacan los libros principales del Antiguo Testamento, comenzando por el Génesis y los otros cuatro libros que componen el Pentateuco. También son muy frecuentes las alusiones explícitas o más o menos implícitas a los libros sapienciales, principalmente a *El Eclesiastés* y a los *Proverbios*. En cierto modo se puede decir que Gracián era un experto en esta materia, pues no en vano había sido lector de Escritura en el Colegio de los Jesuitas de Zaragoza. Por supuesto que conocía también, y

³⁰ *Ibídem, Agudeza y arte de ingenio*, ed. cit., t. II, p. 762 y 763.

seguramente mejor, los libros del Nuevo Testamento, en especial los cuatro Evangelios y muy en particular el Evangelio según S. Mateo.

Otra gran fuente en la que Gracián se inspira reiteradamente son los clásicos griegos y latinos, tanto filósofos como literatos, tanto prosistas como poetas, que demuestra conocer ampliamente. De entre los clásicos griegos conviene reseñar en primer lugar, y de un modo destacado, a Homero, siguiendo con Herodoto, Tucídides, Diógenes, Esopo y los tres grandes maestros de la tragedia griega, Sófocles, Esquilo y Eurípides. Entre los filósofos recurre con frecuencia a Platón y Aristóteles, sin olvidar por ello a Sócrates y a los principales presocráticos, particularmente a Heráclito. Pero sobre todo recurre siempre que puede a los tratadistas de cuestiones morales, como, por ejemplo, Plutarco. De este autor, que vivió entre el I y II siglo de nuestra era, debió tomar muchas notas al leer sus libros, especialmente los *morales*, conocidas por el nombre latino de *Moralia*, en las que se recogen gran cantidad de apogemas, es decir, dichos breves y sentenciosos. Y utilizó también su otra obra conocida con el título *Vidas paralelas*. De Luciano de Samosata es muy probable que se fijase en su gran imaginación e igualmente en sus abundantes y mordaces ironías, así como en las humorísticas deformaciones. Igualmente debió tomar nota de muchas de las sentencias recogidas en *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, de Diógenes Laercio

No obstante hay que anotar que no a todos estos autores concede igual importancia. Menciona ciertamente a Homero como uno de sus más grandes inspiradores, aunque no parece que tome muchas cosas de él; en cambio a Heráclito lo cita más veces y parece

desprenderse la impresión de que ejerce una mayor influencia, singularmente en todo aquello que se refiere a la actitud pesimista del hombre que imperaba en la época de crisis generalizada, que le tocó vivir en los momentos de la decadencia política y militar de la España de su tiempo, y en la atención que presta a lo humano y a lo concreto. De Platón y de Aristóteles son numerosas las citas y remisiones; recuerda concretamente a Platón en los elogios que hace de la sabiduría y la prudencia, fundamento y base de la conjunción de las virtudes morales. De Diógenes parece agraderle la actitud escéptica ante la vida; y de Plutarco destaca sobre todo su deseo de liberación y de dominio de sí mismo.

Entre los clásicos latinos es conveniente recordar a los tres grandes poetas Virgilio, Horacio y Ovidio, a los que posiblemente leyó en sus escritos originales, pues conocía y dominaba con bastante soltura el latín, lo que le permitía aprehender toda la hondura de su pensamiento y el amplio campo de matices de su obra poética. Entre los prosistas conocía perfectamente a Julio César; pero su autor preferido fue Marco Tulio Cicerón. Por él tuvo acceso a los grandes maestros latinos de la Moral y de la Ética, como Marco Aurelio y sobre todo Séneca, cuya filosofía moral gravita como una piedra rocosa en toda su obra. Por esta vía llegó al conocimiento del gran epigramista Marco Valerio Marcial, cuyo origen aragonés pesa decididamente en su preferencia por la sabiduría moral contenida en sus célebres epigramas, un subgénero literario unido indefectiblemente a su nombre, por la expresividad consustancial a ellos mediante el recurso a frases concisas, certeras, y a veces críticas, con un densísimo contenido conceptual. Por último hay

que mencionar a Plinio el Joven, autor del famoso *Panegírico a Trajano* y de una serie de *Epístolas*; y es preciso aludir también a otro autor hispano-latino de origen aragonés, Marco Aurelio Prudencio, quien en su obra *Psicomaquia* presenta de forma alegórica y abstracta las virtudes y los vicios personificados en combate continuo en el alma humana.

b) Así pues la literatura clásica griega y latina es una fuente primordial de primer orden para elaborar su obra cumbre. Baltasar Gracián bebió en ella con insaciable avidez. Y se puede decir que no menor importancia tuvo para él la literatura medieval y premoderna. Entre los escritores de la Edad Media cabe recordar al Arcipreste de Hita, Juan Ruiz (? – 1283) con su obra el *Libro del Buen Amor y las Disputas del Agua y del Vino, del Alma y del Cuerpo*, o en la *Batalla de don Carnal y doña Cuaresma*, en la que relata de forma alegórica la batalla que libran la carne (pecado) y la cuaresma (penitencia). En esta misma línea se sitúa Raimundo Lulio (1232-1316) y su obra *Blanquerna*, novela biográfica que contiene muchos apólogos y reflexiones morales. Algo similar ocurre con el príncipe don Juan Manuel (1282-1348), a quien Gracián cita en varias ocasiones elogiando su obra *El Conde Lucanor*, de la que es muy probable que tomara notas de los apólogos que contiene, en especial de la enseñanza moral que incluyen y del modo tan sencillo y hábil con el que educan. Y por último es necesario citar a Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana (1398-1458), con su obra el *Infierno de los Enamorados*, en la que recoge decires o historietas que narran secuencias de la vida ordinaria. También el filósofo árabe Abentofail,

con su obra *Risala de Hayy ibn Yaqzan*, del que más adelante me ocuparé *ex profeso*.

Fuera de España, pero dentro de la Europa cristiana, es inevitable la referencia a Italia, comenzando por su gran poeta Dante Alighieri (1265-1321), el autor de la *Divina Comedia*, siguiendo con Francesco Petrarca (1304-1374) y con Giovanni Boccaccio (1313-1375), por sus incomparables cuentos.

Continuando con los autores españoles de la época medieval tardía y premoderna es oportuno citar a Juan de Mena (1411-1456) y su obra el *Laberinto de la Fortuna*, cuya metáfora de las ruedas es posiblemente la que sirvió a Gracián para diseñar y desarrollar la crisis X de la tercera parte de *El Criticón*, titulada la *Rueda del Tiempo*. Algo similar ocurre con Alfonso de la Torre (? – 1460), con su obra la *Danza de la Muerte* o la *Visión Deleitable de la Filosofía*, en la que, recurriendo a la alegoría, expone la suma científica de su época personificando conceptos abstractos. Tal vez de ella tomó Gracián la expresión *suegra de la vida*, que aplica a la *muerte*, y que figura en el título de la crisis XI de la tercera parte de *El Criticón*. También demuestra conocer a Gil Vicente (1465-1536), por su obra el *Auto das Barcas*, y a Alfonso Valdés (1490-1532), por su obra *Diálogo de Mercurio y Carón*. También de esta época, y en relación con el tema de la personificación de sustantivos abstractos, es oportuno señalar a Juan Alfonso de Baena (1404-1454), con su obra el *Cancionero de Baena*, en el que éste presenta las controversias que mantuvieron la Dolencia y la Vejez, el Destierro y la Pobreza, o la Soberbia y la Mesura. Por último, y volviendo al tema de las personificaciones, cabe citar aquí a Cristóbal de Castillejo (1480-

1550) y sus poemas de *Diálogos entre la Verdad y la Lisonja o entre la Memoria y el Olvido*, de los que Gracián debió tomar muchas notas para ilustrar su gran obra.

Hay también cinco autores de la Europa Cristiana en los albores de la Edad Moderna, cuyas obras influyen de manera más o menos notoria en el autor de *El Criticón*. Son Nicolás Maquiavelo (1469-1527), con su obra capital *El Príncipe*, publicada en 1515, Baltasar de Castiglione (1478-1529), con *El Cortesano*, a Andrea Alciato (1492-1550) con su colección de *Emblemas*, a Ludovico Ariosto (1474-1533) y el holandés Erasmo de Rotterdam (1466-1536), por su conocida obra *Manual del caballero cristiano*.

c) Ya en la Edad Moderna es necesario hacer referencia a Cristóbal de Villalón (1501-1560) y a su obra *El Crotalón*, así como a Juan Boscán (1493-1542), a Garcilaso de la Vega (1501-1536), a Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575) y a Mateo Alemán (1547-1615) por su novela *Guzmán de Alfarache*, en la que recurre a los apólogos para enseñar y marcar el camino itinerante del hombre a lo largo de su vida y en especial en todo aquello que se refiere a su comportamiento o actitud individual y social; su influencia en *El Criticón* es notable, pues en esta obra aparecen todos los simbolismos profanos y religiosos, tanto orientales como clásicos, con todos los cuales construye esa gran fantasmagoría, que Correa afirma “es una suerte de Divina Comedia personificada del siglo barroco”³¹.

³¹ E. Correa Calderón, *Baltasar Gracián. Su vida y su obra*, cit., p. 184.

Avanzando en la época moderna es necesario recordar a fray Antonio de Guevara (1480-1545), predicador y cronista de Carlos V de España, de quien dice Correa Calderón que encontró “frecuentes préstamos en las obras de Gracián, especialmente de sus obras *Menosprecio de corte y alabanza de la aldea*, *Epístolas familiares* y en *Una década de Césares*, es, a saber, *las vidas de diez emperadores romanos que imperaron en los tiempos del buen Marco Aurelio*”, autor al que nunca cita, como es su costumbre, pero cuyas obras utiliza sin inconveniente alguno, tomando de ellas conceptos e incluso expresiones que acomoda a su técnica literaria. Lo mismo hace con fray Luis de Granada (1504-1588), de quien “utiliza con cierta frecuencia la *Introducción al símbolo de la Fe*, sin que le nombre en ocasión alguna”³²; con S. Ignacio de Loyola (1491-1556), fundador de la Compañía a la que pertenecía Gracián, por sus *Ejercicios Espirituales* y por la formación que recibió en ella, plenamente saturada de espíritu ignaciano. Miguel de Cervantes (1547-1616) es otro de los autores que influyeron en Gracián, y aunque apenas lo menciona, tiene muy en cuenta sus obras y su estilo, especialmente la ya citada *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, pero sobre todo *El Quijote*, obra en la que el peregrinar en busca del ideal y de la ventura constituye el eje central de su trama novelesca, como ocurre también en *El Criticón*. Hay que suponer que se inspiró también en esas mismas obras para tratar el gran tema del desengaño, que, aunque procedía de tiempo antiguo, contaba con una tradición viva en los grandes autores de la época. Tradición que se acrecentó en algunos autores más o menos contemporáneos al

³² *Ibíd.*, p. 276-277.

belmontino, como puede observarse en el mercedario fray Alonso Remón (1561-1632) con *La Casa de la Razón y el Desengaño*, y en el jesuita Juan Eusebio Nierenberg (1595-1658) en su obra *Diferencia entre lo Temporal y Eterno, crisol de desengaños*

No estará de más hacer una breve referencia a la gran literatura de la mística española. En especial es preciso aludir a la gran escritora mística Teresa de Cepeda y Ahumada (1515-1582) y a su obra *Las Moradas*, de la que es muy posible que Gracián tomara el símil del *castillo interior*, para ubicar en lugar elevado y difícil de acceder, en base al esfuerzo y a la constancia, al castillo de la virtud, es decir, a Virtelia, tema del que se ocupa en la segunda parte de *El Criticón*, concretamente en la crisis VII, titulada *El Yermo de Hipocrinda*. Y no deben olvidarse otros dos grandes escritores místicos, como son S. Juan de Ávila (1500-1569) y S. Juan de la Cruz (1542-1591).

Es incuestionable que el escritor belmontino tenía una gran atracción por la obra de Michel E. de Montaigne (1533-1592), los famosos *Essais*, con la que creó el género ensayístico, por su tratamiento de las cuestiones morales y por su notorio escepticismo. Y parece seguro que conoció también a René Descartes (1596-1650), en especial su gran obra *Discurso del método*, pues en el capítulo I de la primera parte de *El Criticón* formula la gran pregunta que resuelve la duda metódica con palabras casi idénticas a las de “pienso, luego existo”, puestas en boca de Andrenio; son exactamente éstas: “¿Qué es esto?, decía. ¿Soy o no soy? Pero, pues vivo, pues conozco y advierto, ser tengo. Mas si soy, ¿quién

soy yo? ¿Quién me ha dado este ser y para que me lo ha dado?³³. Y entre los autores ingleses hay que referirse necesariamente a John Barclay (1582-1621), “*Barclayo*”, como él le llama en algún momento con cierto desdén, aunque utilizó mucho su obra *Argenis*³⁴.

Entre los demás autores europeos de esta época conviene recordar a Traiano Boccalini (1556-1613), con sus *Avisos del Parnaso* o *Ragguagli di Parnaso*, que contienen una sátira fina, a los que Gracián alude en algunas ocasiones; también a Giovanni Botero (1533-1616), ex jesuita, por su obra *La Ragione dello Stato*, sin olvidar al francés Jean Bodin (1529-1596) con su obra *Les six livres de la République*; con menor relevancia hay que citar a Nicolás Faret (1596-1650) y su libro *L'Honneste-Homme*, del que es probable que tomara la expresión “palabras de seda”³⁵, que figura en *El Criticón*.

En la modernidad contemporánea a Gracián, la era del barroco, es oportuno señalar al ya citado Luis de Góngora (1561-1627) y sus *Soledades*, así como a Pellicer de Salas (1602-1679) y sus *Lecciones solemnes a la obras de Luis de Góngora*, en las que el belmontino pudo inspirarse para dividir la vida del hombre en cuatro etapas, aunque, como ya advertimos, no es una idea original de Góngora, pues se encontraba ya en Pitágoras y en los poetas clásicos latinos Horacio y Ovidio. En un plano diferente conviene recordar de modo especial a Francisco de Quevedo (1580-1645) y sus diversas obras, en especial los *Sueños*, y a Pedro Calderón de la Barca (1600-1681) y sus autos sacramentales, en

³³ B. Gracián, *El Criticón*, ed. cit., t. I, parte I, crisis I, p. 14; cfr. *infra*, p.342 y 421.

³⁴ Cfr. *supra*, p. 322.

³⁵ B. Gracián, *El Criticón*, ed. cit., t.I, parte I, crisis XI, p. 168 y en parte II, crisis X, p. 383.

particular *El gran teatro del mundo* y la *Vida es sueño*. Aunque de menos entidad, es preciso referirse también a Fernández de Ribera (1579-1631) y a su obra el *Mesón del Mundo*, a Suárez de Figueroa (1571-1644) por *El Pasajero*, y a Gabriel de la Gasca y Espinosa, con su obra *Manual de avisos al perfecto cortesano* (publicada en 1631), de donde, según Correa Calderón, siguiendo la opinión de Otis H. Green,³⁶ el belmontino pudo tomar la palabra “crisi”, que le sirve para titular todos los capítulos que su obra consta.

d) Un género típicamente hispano, del que Baltasar Gracián hizo uso frecuente, y hasta se puede decir que en cierto modo abusó, es el de la novela picaresca. Lo más notable que la obra del jesuita belmontino tiene de común con las novelas picarescas y con los libros de caballerías se concentra en la sucesión de alegorías, que consisten en presentar figuradamente los casos que ocurren en el transcurso de la vida y en este caso el continuo peregrinaje que la representa. Si bien es verdad que esto nada o muy poco tiene que ver con la vida del pícaro, y sí en cambio con la del caballero andante, que va en busca de un ideal de justicia, también puede equipararse al ideal de los místicos, que peregrinan la vida en busca de la perfección interior. Aunque parezca chocante, todos ellos tienen un objetivo común, que es la lucha contra las dificultades y contrariedades que la vida presenta, venciendo obstáculos, riesgos y afectos. El objetivo que Gracián quiere alcanzar es el perfeccionamiento o mejora del hombre para hacerlo persona cabal. Pero, si bien se piensa, en el fondo, tanto la lucha de los místicos, como la de los caballeros

³⁶ E. Correa Calderón, *Baltasar Gracián. Su vida y su obra*, cit., p. 281, nota 31.

andantes, y en este caso la de los peregrinos Critilo y Andrenio, es siempre contra sí mismos, contra sus deseos y apetencias naturales como seres humanos, es decir, es más una lucha en busca de lo ideal que contra lo real, y de lo particular contra lo general, en suma, de lo moral o ético contra lo vulgar y ordinario de la vida.

Los cuentos populares, que circulaban con gran facilidad de extenderse a muchos lugares distantes entre sí por obra de los mercaderes, de las expediciones militares y de las migraciones de pueblos o de los viajes de aventureros, se pueden agrupar en un género literario fantástico, curioso e intrigante, que se presta a la representación alegórica e imaginaria, y que permite hacer visibles realidades tangibles, exponiendo, enseñando o denunciando, directa e indirectamente, conductas y comportamientos reales, tanto individuales como sociales, sin mencionar a personas, lugares o tiempos, pero describiendo los hechos y extrayendo de ellos una enseñanza o moraleja que sirve para instruir a cuantos lo escuchan o leen. Es un género que, junto con el apotegma, la sentencia o la máxima, utilizó con relativa frecuencia el escritor belmontino; es muy probable que lo aprendiera en los colegios jesuitas, en los que su uso era frecuente para la formación de los jóvenes mediante representaciones teatrales y literarias, que realizaban durante el curso escolar en determinadas fiestas, y que enseñaban actitudes y conductas ejemplarizantes, ridiculizando a su vez las que convenía evitar.

Como gran maestro y experto en la técnica de la escenografía es necesario recordar a Cosme Lotti, ingeniero florentino, quien vino a España contratado por el Conde Duque de Olivares para embellecer la

Corte con estancias y jardines, y para dar brillo y esplendor a las numerosas representaciones teatrales que tenían lugar en la Corte de Felipe IV, muchas de ellas escritas por la pluma de Calderón de la Barca y por otros autores contemporáneos, que eran servidas al público envueltas bajo el manto de la alegoría, muy de moda en la época del barroco. Lotti se encargó a veces de su escenificación, pues realizó grandes y bellos montajes, muy aplaudidos por el público, con los que consiguió muchos éxitos y justa fama³⁷. Gracián debió tener conocimiento de estas escenificaciones artísticas por sus compañeros jesuitas; e incluso es muy probable que presenciara alguna de estas representaciones en Madrid con motivo de las fiestas que organizó la Compañía de Jesús desde el 27 de Septiembre hasta el 5 de Octubre de 1640, para celebrar el centenario de su fundación y que tuvieron lugar en el Colegio Imperial, sito en la calle Toledo, junto a San Isidro, antigua catedral de Madrid³⁸.

Es preciso mencionar por último la dedicatoria que hace Santiago Martín Redondo, mercader de libros, al patriarca de las Indias Antonio Manrique de Guzmán, en el primer volumen de la segunda publicación de las obras completas de Lorenzo Gracián, que hizo a su costa y que se imprimió en Madrid en 1674 en la Imprenta Real³⁹. De este volumen se conserva un ejemplar en la Biblioteca Nacional con la signatura R.23.339, procedente de los *ex libris* de la Biblioteca de los

³⁷ Javier Huerta Calvo, Emilio Peral Vega y Héctor Urzáiz Tortajada, Teatro Español [de la A a la Z], ed. Espasa Calpe (Madrid-2005), p. 421.

³⁸ Cfr. *supra*, p. 312 e *infra*, p. 379.

³⁹ Aurora Egido, *El Criticón*, ed. facsímil, t. I. (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2009), estudio preliminar, p. XLIV.

Capuchinos. Entre otras cosas se permite hacer una comparación de *El Criticón* con las obras de Epicteto, Cebes y Jenofonte, especialmente con Cebes, filósofo moral del siglo I, y con su obra *La Tabula*, que fue muy leída y apreciada a partir del siglo XVI, en la que presenta en forma de alegoría la vida humana con su constante lucha entre el vicio y la virtud, tema que constituye una fuente de filosofía moral y de la que bebieron muchos escritores de la época; el propio Quevedo es muy posible que las tuviera en cuenta al escribir sus *Sueños*; y también es posible que Gracián tuviera información de ella, pues se observa una cierta proximidad entre la coronación de la montaña de la virtud, a la que alude *La Tabula*, con el caminar de Critilo y Andrenio “cuesta arriba al encantado palacio de Virtelia”⁴⁰ (virtud), situado en la cumbre de “aquella dificultosa montaña, tan eminente que les pareció estaban en los mismos zaguanes del cielo”⁴¹. Esta relación de semejanza entre *El Criticón* y la *Tabula* ha sido estudiada con bastante amplitud por Sagrario López Poza en su interesante trabajo *El Criticón y la Tabula Cebetis*, publicado en *Voz y Letra*, XI, 2001, pp. 63-84, en el que examina las concomitancias de varios textos; ya, anteriormente, en otro trabajo titulado *La Tabla de Cebes y los Sueños* de Quevedo, publicado en EdO XIII, 1994, pp.85-101, había señalando también las semejanzas observadas con las alegorías oníricas que Quevedo muestra en su obra los *Sueños*⁴²

Para terminar este breve relato de las fuentes cabe señalar que, como ya advertí, el diseño de *El Criticón* fue delineado ya por Baltasar Gracián en el último realce de su obra *El Discreto*, en el que ya trazó sus

⁴⁰ Baltasar Gracián, *El Criticón*, ed. cit., t.I, crisis X, p. 375.

⁴¹ *Ibíd.* p. 379.

⁴² Aurora Egido, *El Criticón*, ed. facsímil, cit., t. I, estudio preliminar, p. XLV-XLVI.

líneas maestras. Pero en ella solamente distinguía tres partes. Es de suponer que, conforme la fue desarrollando, entendió que la fase final de la vida, es decir, la vejez, merecía un tratamiento especial, por lo que contiene de compendio de las anteriores, pero sobre todo por lo que encierra como síntesis de todas esas etapas en donde la persona ha acumulado mucha experiencia y también sabiduría práctica. Debido a ello al final optó por distinguir cuatro etapas, siguiendo a Góngora y a los autores que en este tema le habían precedido.

e) Hay algo de suma importancia que no debemos pasar por alto en un asunto de tanta trascendencia para enjuiciar las fuentes en que Baltasar Gracián se inspiró para escribir *El Criticón*. Y es que, hablando de las fuentes de este libro, es imprescindible ocuparse con cierta detención de Abentofail y de la posible influencia del cuento morisco novelado por este autor árabe medieval. En este sentido se ha especulado mucho sobre si el escritor belmontino es o no es original al trazar y desarrollar su trama novelesca, o si más bien se sirvió, más o menos abusivamente, de un notorio precedente. De hecho la idea de imaginar a un hombre totalmente natural, primero de su especie, que vive sin ningún contacto con otro ser humano y que es capaz por sí solo y mediante el uso exclusivo de su razón, de descubrir y comprender la naturaleza y el sentido de la vida humana, había sido ya expresada y utilizada por otros autores desde tiempo antiguo. Pero ahora, coincidiendo con la época del barroco español, se había convertido en un lugar común de la cultura europea merced a la doctrina del contrato social y de su famosa distinción del estado natural y del estado social como dos etapas

sucesivas de la historia humana, que hiende sus raíces, secularizando la idea, en la doctrina bíblica del estado de inocencia previa a la caída original y al estado de humanidad caída⁴³. Es este un tema sobre el que se había especulado mucho, sobre todo a partir del Renacimiento, pero del que no había muchas referencias en la literatura occidental, ni en las fuentes griegas y romanas, pero sí en la literatura bíblica. Así, por ejemplo, en el libro del Génesis se relata la creación del hombre en un estado puro y en medio de un entorno bello y agradable e idílico llamado paraíso, donde todo era armonía, bondad, paz y felicidad; un lugar en el que no cabía mal alguno y que por tanto no ocurrían contrariedades y dificultades, condicionado todo ello a reconocer la superioridad divina y a respetar sus mandatos, simbolizados en el árbol del bien, cuya fruta no les estaba permitido comer.

Esta idea de que el hombre dotado de inteligencia es capaz de descubrir el orden y el modo de organizar su vida en la tierra, así como de desvelar las razones últimas de su existir, se ha explicado de muy diversas maneras. Baltasar Gracián, siguiendo una tradición popular muy divulgada, que había adquirido en su época una creciente implantación, lo hace imaginando a un recién nacido que fue separado, más o menos casualmente, de su madre y abandonado en una isla desierta, donde fue alimentado y cuidado por las fieras salvajes que allí había, y que se crió sin contacto alguno con otro ser humano. A medida que fue creciendo y desarrollando su capacidad mental natural, se dio cuenta que era distinto a los seres que le rodean, que contaba con menos medios de defensa

⁴³ Cfr. sobre ello M. Rodríguez Molinero, *Derecho Natural e Historia en el pensamiento europeo contemporáneo* (Madrid, Edersa, 1973), p. 62-63.

física, pero en cambio tenía la ventaja de observar, de admirar, de pensar y relacionar hechos, lugares y circunstancias, hasta el punto que, en un momento de gran lucidez, llegó a formularse a sí mismo estas preguntas: ¿Quién soy?, ¿qué soy?, si soy, ¿para qué soy?, ¿de dónde vengo?, y ¿a dónde voy? etc.⁴⁴. Así transcurría su vida hasta que un buen día llegó a tierra firme por él habitada, arrojado por las olas del mar, un ser igual a él, cuya primera visión le causó gran extrañeza, miedo y recelo, que pronto se transformaron en dicha y alegría. Cuando el náufrago se encontró con él, exhausto y sin fuerzas, con hambre y sed, lo primero que hicieron fue intercambiarse miradas, gestos y signos. Poco a poco comenzó a familiarizarse con él y aunque no podían comunicarse por el lenguaje, pues el adolescente salvaje no sabía articular palabras, en poco tiempo lograron vencer esta dificultad. Siguiendo veladamente la doctrina del contrato social, tan arraigada en su tiempo, aunque Gracián nunca quiere reconocer sus influencias, viene a decir que, mientras el nativo salvaje representa el hombre en estado de naturaleza, inocente e ingenuo, el náufrago representa el hombre en estado de sociedad, que es tanto como decir, el hombre cultivado, pero tocado en su interior por la maldad y por el egoísmo.

Los primeros estudiosos de la gran obra graciana pensaron que toda esta trama podía ser una idea original suya. Pero no tardó en surgir la duda. Ya en el siglo XVIII, el jesuita Bartolomé Pou señaló que existía una gran semejanza entre el contenido de las primeras crisis de *El Criticón* y un libro titulado *Risala de Hayy ibn Yaqzan fi asar al-hikma al masriqiyya -Epístola de Hayy ibn Yaqzan sobre los secretos de la*

⁴⁴ Cfr. *supra*, p. 335, e *infra*, p. 421.

sabiduría oriental-, escrita por el filósofo y médico hispano-árabe Abentofail, conocido por Ibn Tufail y también por Aben Tofail, nacido en Guadix (Granada) a primeros del siglo XII hacia 1110 y fallecido en Marrakex en 1185. Este libro había quedado totalmente olvidado, debido en gran parte a la fama y al relieve alcanzados en la Edad Media europea por las obras de su discípulo Averroes. No obstante esta contrariedad, ya en 1349 fue traducida al hebreo por Moisés de Narbona, añadiéndole un breve comentario. Y a finales del siglo XVII Edward Pococke lo tradujo al latín y lo publicó en 1671 con el título de *Philosophus autodidactus sive Epistula Abi ebn Tophail de Hai ebn Yokdhan*, acompañando a su traducción el texto original árabe. Fue una publicación muy bien acogida en su tiempo y tuvo gran influencia en la Filosofía occidental moderna. Algunos de sus pasajes encontraron eco en autores ingleses tan conocidos como Th. Hobbes, J. Locke e I. Newton.

Estando así las cosas, al finalizar el siglo XIX, concretamente en 1895, Francisco Pons Boigues (1861-1899), discípulo de Francisco Codera Zaidín, informó a Marcelino Menéndez Pelayo que había traducido al español la obra de *El Filósofo Autodidacto*, nombre asignado por Pococke en 1671 al traducir al latín de la obra del filósofo Abentofail titulada *Risala de Hayy ibn Laxan*, y le manifestaba su deseo de publicarla; además le rogaba que tuviera a bien prologarla, como así lo hizo el polígrafo santanderino. Pero esta traducción castellana no se publicó hasta septiembre de 1900, cuando ya había fallecido Pons Boigues. Lo verdaderamente importante para nuestro tema es que en su prólogo Menéndez Pelayo se hizo eco del debate ya planteado sobre la semejanza o coincidencia observada entre la obra *Risala de Hayy ibn*

Yaqzan de Abentofail y *El Criticón* de Baltasar Gracián, en especial de los primeros capítulos de su primera parte.

A partir de este momento la mayoría de los estudiosos de la obra del escritor belmontino consideraron que éste se había inspirado en la *Risala de Hayy ibn Yaqzan* de Abentofail, escrita en el siglo XII, sin cuestionarse cómo llegó a su conocimiento el famoso cuento en ella narrado. Si se tiene en cuenta que el libro de Abentofail estuvo totalmente olvidado casi 500 años, pues hasta la traducción al latín realizada por Edward Pococke publicada en 1671 no fue conocido en la cultura occidental, y a la vez se recuerda que Baltasar Gracián publicó la primera parte de *El Criticón* en el año 1651, es decir, veinte años antes de esa traducción, parecía muy difícil, por no decir que imposible, que pudiera inspirarse en él. Este enigma quedó resuelto en 1926 con la tesis doctoral de Emilio García Gómez, conocido arabista, presentada en la Universidad Central de Madrid en el año 1926⁴⁵. Según confiesa el autor, buscando un buen día en el fondo árabe de la Biblioteca Escorialense nuevos datos para un estudio que estaba realizando sobre la leyenda de Alejandro en la literatura árabe española, encontró casualmente un manuscrito que contenía un cuento titulado *Historia de Dulcarnain Abunarátsid*⁴⁶ *el Himyarí y Cuento del ídolo y del rey y su hija*. Dejemos de lado la cuestión incidental de si este descubrimiento fue totalmente

⁴⁵ Con el título *Un cuento árabe fuente común de Abentofail y de Gracián*, que fue defendida el día 9 de febrero de 1926 ante un tribunal formado por don Ramón Menéndez Pidal, presidente, don Miguel Asín Palacios, ponente, don Américo Castro, don Pedro Sáinz, vocales, y don Ángel González Palencia, secretario, con la calificación de Sobresaliente.

⁴⁶ *Dulcarnain o Assoaib Dumarátsid* era el nombre con el que se conocía en el mundo árabe a Alejandro Magno, el rey que había dominado a todos los reyes de la tierra.

casual, como el autor afirma, o si más bien llegó a él tras haberle dado alguna valiosa información quien fuera su maestro, el gran arabista español, Miguel Asín Palacios, para más señas zaragozano de nacimiento, quien conocía como nadie los fondos bibliográficos y los manuscritos árabes custodiados en la Biblioteca de El Escorial. Este hallazgo le sorprendió profundamente, al observar que se trataba de un manuscrito muy peculiar, que narraba la historia de un personaje raro, de los conocidos como autodidactos, es decir, personas que, partiendo de una total ignorancia y sin influencia externa alguna, sólo mediante el ejercicio de su entendimiento y facultad de razonar han sido capaces de comprender el sentido de la vida humana. A medida que proseguía su estudio y su análisis llegó a la convicción de que podía ser la fuente en la que Abentofail bebió, en el siglo XII, para escribir la *Risala de Hayy ibn Yaqzan fi asrar al-hikma al masriqiyya*, que, según Gauthier, fundamentalmente se ocupaba de resolver el grave problema del acuerdo entre la filosofía y la religión. Siguiendo por esta senda llegó a la conclusión de que la idea de originalidad que existía de la *Risala de Hayy ibn Yaqzan* de Abentofail no era real, pues tenía un claro precedente en la narración popular del cuento encontrado por él en la Biblioteca Escorialense. A medida que profundizaba en su estudio, descubrió que, al comparar los tres libros entre sí, es decir, la *Risala de Hayy ibn Yaqzan* con el *Cuento del ídolo y del rey y su hija*, y ambas con *El Criticón*, observó que el parecido entre los primeros capítulos de la obra graciana y el cuento localizado en la biblioteca escorialense era evidente, ya que existía una gran similitud de contenido. De todo ello dedujo que se podía tratar de una fuente directa, de la que Gracián extrajo

su argumento, puesto que, comparando *El Criticón* con la *Risala de Hayy ibn Yaqzan*, había cierta semejanza, pero sólo en algunos aspectos, ya que la idea de fondo era muy distinta, pues mientras que para Andrenio la contemplación del universo sólo le causaba una gran alegría y admiración, para Hay era el motivo que le impulsaba a buscar y poder conseguir la máxima sabiduría y la perfección de la vida mística.

Tras la atenta lectura y el análisis crítico de los tres textos, García Gómez hizo una síntesis de cada uno de ellos para poder comparar mejor su contenido y así descubrir las semejanzas y las diferencias que había entre ellas y poder deducir con el mayor acierto su interdependencia. La conclusión a la que llegó fue la siguiente: El *Cuento del ídolo y del rey y su hija* se basa, en síntesis, en estos hechos. En una isla situada en el centro de la superficie terrestre vivía un rey muy rico y poderoso, que sólo tenía una hija; ésta, sin saberlo su padre, mantenía ocultamente una relación amorosa con el hijo del visir. Debido a esta relación tuvo un hijo en secreto. Una vez que le dio a luz, le puso al cuello una piedra de jacinto, que había sustraído a su padre y que éste guardaba como valioso tesoro; después colocó en uno de los tobillos de niño una ajorca de oro, lo depositó en un cofre, que cerró herméticamente, y lo arrojó al mar, confiando al Ser Supremo el destino de la criatura. Los vientos y las corrientes del mar arrastraron el cofre a una isla desierta, donde, al chocar con la tierra, el cofre se abrió y el niño quedó a la intemperie. Por suerte pasó por allí una gacela, quien, al haber perdido a su cría, lo adoptó, lo amamantó y lo crió. Cuando el niño alcanzó el uso de razón comenzó a reflexionar sobre las maravillas del mundo que contemplaba, y al observar la crueldad de unos animales con

otros, descubrió que él era muy distinto a ellos, lo que pronto suscitó en su interior la astucia y la afición a cazar aves, peces y alimañas. Éstas, sorprendidas por la actitud del nuevo ser, acudieron a consultar a un viejo dragón, quién les informó que ese ser era el hombre, y que todos le debían acatamiento.

Prosigamos con el cuento árabe, al descubrir el poderoso rey que le habían robado el jacinto que tanto estimaba, se enfureció y ordenó buscarlo hasta que fuera encontrado, llegando a matar por esa causa a seis mil personas. Pero no logró hallarlo. Algún tiempo después murió el visir y le sucedió su hijo Xams, el mismo que antes había tenido relaciones amorosas con la hija del rey, a consecuencia de lo cual había nacido el niño. El rey, una noche, tuvo un sueño, en el que vio al nuevo visir revestido con las insignias reales y con un hijo suyo, que tenía colgado al cuello la piedra de jacinto que había perdido hacía cierto tiempo. Este sueño le inquietó, y para saber su significado, decidió consultar con sus intérpretes. Éstos le dijeron que aquella persona que había visto en su sueño era la que había engañado a su hija, y que el hijo era el niño que llevaba la piedra de jacinto colgada al cuello, quien pronto llegaría a apoderarse de su reino. El rey, encolerizado, quiso matar al hijo del viejo visir, Xams, ahora nuevo visir; pero sus ministros le aconsejaron que no lo hiciera y que lo desterrara, arrojándolo al mar desnudo, en una barca. Los vientos, enviados por la divinidad, arrastraron la barca hasta la misma isla desierta a la que antes había sido lanzado por las olas el cofre con el niño, su hijo. Al verse, al principio ambos se asustaron y se temieron; pero pronto la voz de la sangre les atrajo y entablaron una relación de amistad, de manera que el visir enseñó a

hablar al adolescente y le hizo contar su historia, al propio tiempo que él le contaba la suya y le instruía en los fundamentos de la religión. Así transcurrió algún tiempo hasta que un día arribó a la isla una nave perdida con la intención de provisionarse de agua y víveres. El visir y su hijo pidieron que los llevasen consigo; los navegantes accedieron y, tras larga travesía, desembarcaron en la isla de origen. Una vez allí fueron llevados a presencia del rey, en cuyo momento la princesa reconoció a su amante y al hijo que había alumbrado, obteniendo el perdón del rey para todos, por lo que el joven sucedió en el trono a su abuelo. Hasta aquí el cuento singular árabe de origen hindú.

Veamos ahora la versión de la *Risala de Hay Bel Yacdán de Abentofail*. En ella se cuenta que en una isla desierta, situada en el centro de la esfera terrestre, en unas condiciones particularmente favorables, nació un niño del seno de la arcilla en fermentación, sin padre ni madre. Pero en otra versión más fiable se dice que un niño, hijo de una princesa perseguida que habitaba una isla, dio a luz un niño. Para librarlo de la muerte, lo metió en un cofre, que colocó en la orilla del mar, confiando su suerte a la bondad de las olas, las cuales, empujadas por los vientos, lo depositaron en la orilla de una isla vecina y desierta; al golpearse con la tierra, el cofre se abrió y el niño quedó a merced de la naturaleza, con tanta fortuna para él que una gacela, que recientemente había perdido a su cría, lo adoptó, amamantó y cuidó. A su lado creció hasta que alcanzó el uso de razón. En ese momento el niño comenzó a observar lo que le rodeaba y a observarse a sí mismo, dándose cuenta que era diferente de todos los seres que le rodeaban y percibiendo cuán grande y maravilloso es todo lo que ante su vista aparecía. Esta es la base sobre la que

Abentofail construyó su libro, que le sirvió de soporte para fundamentar su sistema filosófico, el de los *falasifa*, que conduce a buscar en el éxtasis místico la unión íntima con Dios, y con ella la plenitud de la felicidad suprema unida a la ciencia. Anotemos aquí que Abentofail, una vez que el niño hubo crecido y pudo contemplar las maravillas del mundo que le circundaba, lo presenta aislado de su entorno natural, pues decidió refugiarse en una caverna, en la que ayunó cuarenta días seguidos tratando de separar su mente del mundo exterior, incluido su propio cuerpo, para así conseguir la unión y contemplación divinas, que al final logró alcanzar.

Prosigue Abentofail diciendo que, mientras esto ocurría, llegó a la isla un personaje piadoso, procedente de otra isla vecina, quien, creyendo que aquel lugar estaba deshabitado, quería vivir en soledad y en busca de la paz y unión mística con Dios. Con gran sorpresa se encontró con un joven, que no entendía lo que le decía. Debido a ello se vio obligado a dirigirse a él por signos y ademanes. Pero al poco tiempo logró enseñarle a hablar. Al empezar a comunicarse con el joven, se dio cuenta que éste se guiaba por unas creencias que eran una interpretación elemental de la religión que él profesaba, y de todas las demás religiones reveladas. Ante lo cual le propuso retirarse los dos a la isla de donde él provenía, con el fin de explicarle al rey, hombre piadoso, lo que había descubierto. Llegados a la primera isla, fueron recibidos por el rey, a quien expusieron sus experiencias religiosas y el deseo de darlas a conocer entre sus súbditos. Pero pronto se dieron cuenta que su plan no era viable, ya que el vulgo no entendía su pensamiento, porque al ser corto de inteligencia, había que facilitarle otros medios para poder

acercarse a Dios. Después de todo esto ambos decidieron retornar a la isla desierta para poder vivir en soledad la vida superior y mística que habían descubierto y que le llevaba a estar muy cerca de Dios, privilegio reservado a muy pocos hombres. Se trata por tanto, como se ve, de una acomodación consciente a los postulados de la religión profesada por el viejo ermitaño, que no era otra que la religión musulmana profesada por el autor del libro.

Conocidas ambas versiones, comparémoslas con la que se contiene en la obra de Baltasar Gracián. Ésta comienza relatando que en una isla desierta, llamada Santa Elena, situada en el camino de un mundo al otro, llegó extenuado y luchando contra las olas un náufrago agarrado a una tabla, que fue ayudado y socorrido por un joven fornido, que le sujetó y salvó de una muerte prácticamente segura, y que le proporcionó los primeros auxilios y alimentos para superar su extrema debilidad. Una vez reanimado y superada su angustia, el náufrago extendió los brazos para abrazar al joven que lo había salvado y agradecerle su valentía al luchar con las olas del mar. Pero observó que el joven no le entendía y que simplemente se sentía satisfecho con su hazaña, dándole muestras de alegría con su radiante mirada. Al comprobar que no podía hablar con él en ninguna lengua conocida, intentó hacerlo por signos, con un resultado satisfactorio. Pero ni aún así pudo saber de que país o lugar podía proceder, pues no tenía vestimenta alguna, ya que ésta “era sola la librea de su inocencia”⁴⁷. Llegó incluso a pensar que fuese sordo y mudo, pero pronto se dio cuenta de que no lo era, pues al menor ruido se soliviantaba. Observó además que imitaba a las fieras en sus bramidos y

⁴⁷ *El Criticón*, cit., Parte I, crisis I, p. 11.

a las aves en sus cantos, que era muy despierto y vivaz. Tras este primer intento de comunicarse, ambos deseaban conocerse mutuamente y saber de sus vidas; pero lo imposibilitaba grandemente el hecho de no poderse comunicar mas que para lo más elemental. Por todo ello el náufrago pensó en enseñar a hablar al fornido joven, quien debido a su inteligencia natural no tardó en aprender. Cuando pudo lograr que le entendiera, le dijo que el tenía un nombre, Critilo, y a la vez le puso a él el nombre de Andrenio.

Pasado algún tiempo, y a medida que la comunicación entre ambos mediante el lenguaje progresaba, empezaron a contarse sus vidas. Andrenio le comunicó que se había criado entre fieras, cuidado y alimentado por una gacela, que para él era su madre. De lo demás nada sabía, ni cómo había nacido, ni cómo había llegado allí, ni cómo había crecido, viviendo y alimentándose como los demás animales de su entorno, hasta que un buen día, contemplando lo que ante su vista se le ofrecía, descubrió las maravillas del mundo y se dio cuenta de que era distinto a todos aquellos seres vivos con los que hasta entonces había compartido su vida y su quehacer. A partir de esta revelación, el robusto joven continuó contando a su congénere todo lo que había sentido al contemplar por primera vez las maravillas de la tierra, del mar y del cielo, junto con todos los animales, aves, plantas y peces que los habitaban. Cuando contaba al náufrago todas estas vivencias y experiencias vieron aparecer a lo lejos unas nubes, aves o extraños peces, que el joven, inquieto, creía que eran monstruos marinos; pero él le tranquilizó diciéndole que eran naves, que navegaban de una parte del mundo a la otra; al poco tiempo vieron que se acercaban a ellos, lo que

les produjo gran temor, momento en el que Critilo se dirigió a Andrenio y le dijo: “Advierte que ya estamos entre enemigos: ya es tiempo de abrir los ojos”⁴⁸. Al punto empezaron a saltar a tierra los navegantes; al verles de cerca volvieron a sentir miedo, que fue recíproco entre ambas partes; pero ambas lo superaron cuando se inició el dialogo entre ellos y los navegantes les informaron que habían arribado a la isla para proveerse de agua, alimentos y leña. Por su parte ellos les pidieron que les llevaran a la deseada España, petición que fue aceptada sin ninguna reserva. La navegación fue larga y peligrosa y durante ella Critilo le contó a Andrenio toda su vida, como éste había hecho antes de lo poco que sabía de sí mismo.

Comparados entre sí los tres relatos se constata enseguida una gran semejanza y hasta podría afirmarse que cierta coincidencia entre el cuento hallado en la Biblioteca Escorialense y las cuatro primeras crisis de *El Criticón*, pues en ambos se trata de una joven que, en contra del parecer de sus padres, tiene una relación amorosa con un joven apuesto, fruto de la cual nace un niño, que fue ocultado y metido secretamente en un cofre, el cual fue lanzado al mar, encomendado su destino a la providencia divina, la cual, sirviéndose de los vientos y de las corrientes marinas, lo depositó en una isla lejana y desierta, en donde fue amamantado y criado por uno de los animales que allí habitaban, trasladándolo a una cueva o gruta para protegerle de las inclemencias del tiempo y de los posibles ataques de otros animales. Creció y desarrolló sus facultades hasta que, llegado el uso de razón, se percató de que era distinto a los demás seres vivientes que le rodeaban, viéndose muy

⁴⁸ Ibídem, crisis IV, p. 43.

inferior en los elementos de protección físicos, aunque se dio cuenta de que era capaz de idear artimañas y ardides con que vencerlos y dominarlos. También descubrió las maravillas y la magnificencia del universo, quedando admirado de tanta grandiosidad y belleza, al tiempo que se preguntaba quién era su autor y cuál era su finalidad.

Hasta aquí, con ligerísimas variantes, la coincidencia es casi total. Pero persiste la duda de que Gracián pudiera llegar a conocer y mucho más a leer el cuento morisco de origen hindú. No obstante hay un dato histórico determinante y es el de que en su tiempo circulaban entre la población morisca, muy afincada en tierras aragonesas, diversos cuentos e historias de origen oriental, que estaban muy arraigados en la cultura popular árabe y que además circulaban en versión o traducción castellana en algunas colecciones de *enxiemplos*, cuentos o apólogos, que tuvieron frecuente difusión en la Edad Media y en el Renacimiento. Entre ellos se encontraba el *Cuento del ídolo y del rey y su hija*, que él pudo conocer desde niño, lo mismo que tuvo conocimiento del cuento que le relata Critilo a Andrenio en la crisis IV de *El Criticón* cuando quiere mostrarle cuán grande es la maldad del hombre y le cuenta lo que sucedió a un gran malhechor en una república, quien fue condenado a ser encerrado vivo en una profunda fosa junto con un ejemplar de cada una de las fieras y reptiles más agresivos y peligrosos, tales como dragones, leones, tigres, serpientes, sabandijas, etc., tapando muy bien la entrada para que no pudiese escapar y tuviera una muerte terrible⁴⁹.

Por lo que respecta a la comparación con la *Risala de Hay Ben Yacdán*, de Abentofail, recordemos que se dice que en una versión el

⁴⁹ Ibídem, crisis IV, p. 45-46; Cfr. *infra*, p. 426-427.

niño nace de la arcilla por generación espontánea, y en otra versión más fiable nace de una madre, que es una princesa perseguida, en una isla vecina, que una vez que lo alumbró, para salvarlo de la muerte lo metió en un cofre y lo echó al mar confiándolo a las olas; este niño, de nombre *Hay ben Yadcán*, al arribar a la isla desierta, fue recogido por una gacela, que acababa de perder su cría, quien lo amamantó y crió. El niño crece, tiene gran inteligencia y capacidad de razonar, por lo que pronto llega a descubrir por sí solo las verdades elementales de la vida humana y se retira a una caverna para meditar y lograr salir del cuerpo y unirse a la divinidad, lo que consigue. Después llegó a la isla un anciano llamado Asal. Al encontrarse con el joven se sorprendió y pronto observó que tenía unas creencias, que le parecían una versión elemental de la religión que él profesa. Decidió entonces volver a su isla de origen acompañado por el joven, sucediendo todo lo que queda descrito. El relato es ciertamente parecido al de el cuento árabe, pero existen notorias diferencias, pues Abentofail adapta el cuento a sus pretensiones místicas de alcanzar la felicidad suprema, que entiende se logra en el momento de conseguir unirse con la divinidad. Por todo ello parece sobradamente evidente que *El Criticón* es más bien tributario del cuento árabe de origen hindú antes descrito que del libro *El filósofo autodidacto* de Abentofail. Aparte de la coincidencia casi literal en el argumento, conviene señalar que Baltasar Gracián nunca intentó servirse del relato novelesco para fundamentar su propia religión, sino que se mantuvo siempre en el plano de la más estricta racionalidad para explicar el sentido de la vida humana.

II

La trama argumental de esta extensa obra de Gracián, concebida y escrita en el género novelesco, es la descripción del curso de la vida humana, que el escritor aragonés presenta con gran ingenio y en forma metafórica, mostrando al hombre como ser viviente natural, es decir, como criatura animada, que, en busca de su satisfacción o felicidad, se deja guiar por sus sentidos; pero, ante su frustración, se da cuenta que eso no es bastante para colmar sus anhelos y trata de averiguar cómo lograrlos; en este proceso toma conciencia de sí, de su capacidad de pensar y razonar, lo que le permite descubrir la posibilidad de modificar el rumbo de su existencia, así como la de dominar y someter bajo su poder todo cuanto le rodea, momento en que le surge la lucha entre su ser natural o sensible y su ser racional o pensante, que le llevará a pasar de su primer plano de simple “hombre” al más elevado de “persona”, es decir, ser dueño y señor de sí mismo. Esta singular tarea la realiza recurriendo a una ingeniosa fábula, por la que desfilan una serie de personajes fantásticos, que representan las distintas vicisitudes en las que se ve envuelto el hombre en su cotidiano existir, a las luchas que ha de librar continuamente entre sus apetencias naturales y el dictamen de su razón, que le invita a la moderación, al respeto por sus semejantes y al cumplimiento de las leyes naturales, para así vivir en armonía y equilibrio con todo el universo.

Para la representación literaria de esta genial fabulación, Gracián personifica y da voz propia a virtudes, vicios, conductas y comportamientos, que son presentados y simbolizados en curiosos y

fantásticos monstruos, que acompañan a los protagonistas principales; unos, para advertirles del riesgo que encierran los placeres y las fantasías, mostrándoles una vía de exigencia y esfuerzo, que les ha de conducir al triunfo; otros, para encandilarles con su atractivo de placer, fantasía, comodidad y facilidad, ganando así su voluntad por la vía del agrado y regalo; las virtudes, con su exigencia, engrandecen al hombre y le conducen a la deseada libertad, a la independencia y, sobre todo, al reconocimiento de los entendidos; por el contrario, los vicios, con su deleite y lisonja, suelen atrapar al hombre bajo la tiranía de sus señuelos, esclavizándolo en la ignorante y necia vulgaridad. Este artificio es bastante frecuente en el mundo literario; fue usado ya en la antigüedad por Esopo en sus fábulas, que el moralista belmontino evoca cuando escribe: “Hablan las bestias para que entiendan los hombres”⁵⁰.

Baltasar Gracián busca estimular la capacidad crítica y la facultad de razonar del hombre, para que, mediante la admiración y observación de todo lo que presenta la Naturaleza, unido al estudio, a la reflexión y al esfuerzo personal, le permita descifrar los enigmas que encierra el mundo y descubrir el camino para hacerse persona, esto es, para encontrar el equilibrio entre los dos contrapuntos en que se mueve su existir para alcanzar la virtud del saber vivir. Este desvelarse de la condición humana lo hace presente, como hemos dicho, en dos niveles diferentes, pero complementarios, que son: el “ser espontáneo”, natural, al que llama “hombre”, que se deja llevar por sus deseos e impulsos,

⁵⁰ *El Criticón*, en *Obras Completas*, ed. cit., t. I, Parte II, crisis IV, p. 290.

representado por Andrenio, y el “ser reflexivo”, que se conduce por la razón, por el sentido común, al que llama “persona”, representado por Critilo.

1

El continuo peregrinar de los dos protagonistas lo describe Gracián en un viaje imaginario y atemporal por el mundo (espacio) a través de la vida (tiempo), que inician en una isla remota y salvaje, Santa Elena. En ella, al arribar la nave en que viajaba, la madre de Andrenio, después de alumbrarlo, en vez de recogerlo y llevarlo consigo, lo dejó en la isla al amparo de la natural providencia; la criatura logró sobrevivir gracias al instinto maternal de una gacela, que le cuidó y crió como a una de sus crías. Años después, ocurrió la llegada de Critilo en otra nave, también procedente de Goa. Al aproximarse a la isla oceánica, el capitán del barco, dominado por la ambición y deseoso de apropiarse de sus pertenencias, arrojó a Critilo por la borda, siendo arrastrado por las corrientes marinas a la costa de esta isla, a la cual logró llegar asido a una tabla, muy agotado por el esfuerzo realizado, siendo ayudado a salir de las aguas por un joven salvaje que allí habitaba, el cual le atendió y cuidó hasta que logró reponerse y sobrevivir a la tragedia. En poco tiempo, el joven salvaje y el cultivado visitante lograron conocerse mediante signos e iniciaron una vida en común, surgiendo entre ellos una relación personal de amistad, que les mantendría unidos de por vida. Critilo, hombre culto y experimentado, paradigma del hombre racional, enseña a Andrenio, prototipo del hombre natural, que se deja llevar por sus impulsos e instintos, el medio de poder comunicarse con sus semejantes,

esto es, *el habla*, ya que hasta entonces sólo conocía el lenguaje de las fieras, con las que se había criado, con sus gritos, rugidos, aullidos, gorjeos, silbidos, etc.; y enseguida trata de explicarle lo que es la vida y el mundo, que en un principio Andrenio se resiste a entender, pues hasta entonces sólo había encontrado respuesta a los muchos interrogantes que se había planteado contemplando a solas la Naturaleza y el firmamento, y aunque se viese a sí mismo tan diferente de cuantos seres vivientes le rodeaban.

Una vez que Andrenio logró asimilar con rapidez y entusiasmo las enseñanzas de Critilo, éste le propuso salir de la isla e iniciar un viaje por el mundo, en dirección a Roma, considerado el centro del mismo, en busca del amor y la felicidad, personificada en Felisinda, aunque ésta es distinta para cada uno de ellos, pues en Andrenio representa a su anhelada madre, en tanto que para Critilo lo es su querida esposa, que ha perdido, ignorando ambos que se trata de la misma persona; en ese caminar lleno de sorpresas les sale al paso la agradable y atractiva Falsirena, personificación del engaño y falsedad, que los deslumbra y seduce confundiéndolos, especialmente a Andrenio, que se deja llevar de sus encantos, pese a las advertencias de Critilo, quien le invita insistentemente a obrar con cautela, con prudencia y reflexión. En ese caminar por el mundo les salen al encuentro numerosos personajes mitológicos de las más variadas y legendarias estirpes, que unas veces les guían, explican o advierten acerca de los lugares por donde pasan y de los sujetos que por allí se encuentran, y otras les distraen, confunden o embelesan, con el propósito de dificultarles su caminar o impedirles su progreso; esta sucesiva alternancia de opciones tan dispares crea a ambos

personajes duros dilemas, que les enfrenta a la hora de pensar en el modo y forma de sortearlos, debido a la distinta manera en que cada uno percibe la realidad presente y cómo interpretarla; pues Andrenio, por su juventud, está lleno de ilusión, es confiado y cree todo cuanto ve y oye; en tanto que Critilo, hombre maduro, que ha sufrido muchos reveses y contrariedades a lo largo de su vida, desconfía y duda de todo, piensa, reflexiona y sopesa todo lo que oye y ve; Critilo, en su afán de prevenir los delirios de Andrenio, le advierte continuamente de los riesgos que le pueden sobrevenir; pero éste no le escucha y en no pocas veces sucumbe a la magia del engaño. Así ocurre en muchos pasajes que se describen en la obra, entre los que se encuentra uno que sucede al principio del viaje, cuando van a entrar en el mundo, diríamos civilizado, puesto que ellos vienen de una isla remota, que se encuentra en estado salvaje, les sale al encuentro un personaje llamado Quirón, quien intenta mostrarles el estado en que se encuentra el mundo y lo complicado que resulta vivir en él, por haberse trastocado muchos de los fines y de los modos de relacionarse los hombres, pues muchas cosas “no son lo que parecen, sino muy al contrario”⁵¹; y para comprenderlas les da el consejo de que las entiendan al revés de lo que parecen, por lo que hay que verlas “al contrario de los demás, por la otra parte de lo que parece”, “entendiendo todas las cosas al contrario de lo que muestran. Cuando vieres un presumido de sabio, cree que es un necio. Ten al rico por pobre de los verdaderos bienes. El que a todos manda es esclavo común”⁵².

⁵¹ B. Gracián, *El Criticón*, ed. cit., tomo I, Parte I, crisis V, p. 59.

⁵² *Ibíd.*, crisis VII, p. 88.

Habiéndose introducido en el mundo y habiéndoles mostrado Quirón la situación en que se encontraba el mismo, continúan su viaje saliéndoles al encuentro el celebrado Proteo, quien, después de agasjarles todo ceremonioso, les conduce a la corte y palacio de Falimundo (la falsedad del mundo, el engaño), toda rodeada de parajes maravillosos, primorosos jardines y fuentes de encanto, llamándoles mucho su atención la Fuente de los Engaños por la felicidad y las bondades que prometían sus abundantes chorros. Llegados al encantador palacio, Andrenio, ingenuo y crédulo, quedó prendado de su hermosura, convenciéndole todavía mucho más el ofrecimiento que le hicieron de “aquí le enseñaran el atajo para medrar y valer en el mundo, el arte de ganar voluntades y tener amigos”⁵³, con lo que decidió quedarse en él, a pesar de las advertencias en contrario que le hacía Critilo, quien desconfiaba de tanto agasajo y regalo; apesadumbrado de tan torpe decisión y deseando hacerle ver su error, trata de buscar ayuda y recurre al auxilio de “la sabia y discreta Artemia”, muy renombrada por su habilidad o arte en cambiar las cosas a mejor, pues “no convertía a los hombres en bestias, sino, al contrario, las fieras en hombres”⁵⁴, para intentar rescatar a Andrenio del fantástico palacio; fue ella quien, una vez oído el relato de Critilo, le dijo que no ha quedado en corte alguna, sino en “la babilonia, que no corte, de mi grande enemigo Falimundo”⁵⁵; fue también ella quien, ante el peligro que corría, ordenó rápidamente a uno de sus ministros fuera en su busca acompañado de Critilo; así lo hicieron y, después de mucho investigar, dieron con él en la venta de

⁵³ Ibídem, p. 90.

⁵⁴ Ibídem, crisis VIII, p. 107.

⁵⁵ Ibídem, p. 111.

Volusia, de donde fue rescatado, saliendo “contento, no; pero desengañado, sí”⁵⁶. Posteriormente se dirigieron a la Corte de Madrid, en donde trataron de encontrar a su deseada Felisinda; pero les salió al paso una encantadora mujer, que finge ser su prima y llamarse Falsirena, quien les ofreció su casa y todo cuanto necesitasen; ante tan buen acogimiento, Critilo le hizo entrega de una de sus mejores joyas en agradecimiento a su excelente hospitalidad; pero Falsirena, una vez que se apoderó de ella, desapareció, quedando los dos viajeros desengañados de tan rumbosa y extraordinaria acogida, llena de hipocresía y mentira. En ese momento se dan cuenta de su vano empeño al topar con la realidad de los hechos, y descubren que no está a su alcance encontrar a Felisinda, que es una quimera, un sueño que no tiene prácticamente cabida en este mundo, momento en que, abatidos por la decepción descubren el Desengaño, personificación de la dura experiencia que es la gran lección del vivir y atalaya desde la que se advierte el rigor del verdadero existir.

2

La segunda parte está dedicada *al otoño de la varonil edad*, periodo de la vida en la que el hombre ya ha madurado y, por tanto, “ya discurre y se desvela; y porque se reconoce hombre, trata de ser persona”⁵⁷. En ella describe un paralelismo entre la vida humana y el curso de un río, el cual “sosiégase, ya río, en la varonil edad”, de modo

⁵⁶ Ibídem, p. 118.

⁵⁷ Ibídem, Parte II, crisis I, p. 217.

que “va pasando tan callado, cuan profundo”, prueba de que “todo es fondo, sin ruido”⁵⁸.

Entran así en la feria de todo el mundo, en cuya entrada se encuentra el calibrador o contrastador de la calidad de las personas, es decir, el Aquilatador de su fineza, el cual les somete a su ineludible reconocimiento, pasando a continuación, ya en la segunda parte, por el puerto general de las edades, en donde entran en Aragón, tierra singular, madre de grandes hombres, repleta de una enorme riqueza cultural y acrisolada experiencia de sus gentes, reino “que los extranjeros llaman la buena España”⁵⁹, es decir, el territorio considerado como el paradigma de *cordura* y *sensatez*, pueblo de gente sencilla, noble y buena; nada más entrar empezaron a subir “la trabajosa cuesta de la edad varonil, llena de asperezas”, afrontando “una montaña de dificultades”; y en tan fatigosa marcha les sale al encuentro un personaje muy raro y peculiar, lleno todo de ojos, que dijo llamarse Argos, quien les advierte “que de aquí adelante”, han de “andar con cien ojos”, pues es preciso “andar despabilados”, ya que “nunca fueron menester más atenciones, que cuando hay tantas intenciones”, toda vez “que ya ninguno obra de primera” y “no todos miran lo que ven”⁶⁰. Este curioso personaje mitológico, Argos, les dice que es el guarda que vigila el dificultoso y realzado puerto de la vida, lugar donde se encuentra “la Aduana general de las edades”⁶¹, tránsito obligado de la juventud a la varonil edad, que

⁵⁸ Ibídem, p. 218.

⁵⁹ Ibídem.

⁶⁰ Ibídem, p. 218-219-220.

⁶¹ Ibídem, p. 227.

comienzan “todos a pasar mozos”, hallándose “al cabo hombres”⁶², en donde se controla que nadie pase cosa alguna “que no sea muy de hombres”⁶³, pues “hay muchas cosas prohibidas, que no se pueden pasar de la juventud a la virilidad”⁶⁴. En esta Aduana “comparecen todos los pasajeros de la vida”, y vienen obligados a declarar “la mercadería que pasan, averiguase de dónde vienen y dónde van a parar”⁶⁵; a continuación deben someterse al examen de personas, cuyo tribunal lo preside “el Juicio, un gran sujeto; asistiéndole el Consejo, muy hombre; el Modo, muy bien hablado; el Tiempo, de grande autoridad; el Concierto, de mucha cuenta; el Valor, muy ejecutivo, y así otros grandes personajes”⁶⁶, como son “la Atención y el Recato”, “la Gravedad”, “la Cordura”, “la Sagacidad” y “la Autoridad”⁶⁷.

Superados que hubieron todos los controles, “les dieron licencia para pasar adelante a ser personas”, “saliendo todos de sí mismos lo primero, para más volver en sí”⁶⁸; y de este modo, conducidos por el propio Argos a lo más alto de aquel puerto, se dispusieron a ir a Francia, pasando primero por Huesca para visitar el palacio de Salastano, es decir, la casa de Lastanosa, “teatro de prodigios cuyo discreto empleo es lograr todas las maravillas, no sólo de la naturaleza y arte, pero más de la Fama, no olvidando las de la Fortuna”⁶⁹. Impresionados de las excelentes maravillas reunidas en el portentoso palacio de Salastano, que contenía

⁶² Ibídem, p. 223.

⁶³ Ibídem, p. 224.

⁶⁴ Ibídem, p. 223.

⁶⁵ Ibídem, p. 227.

⁶⁶ Ibídem.

⁶⁷ Ibídem, p. 228-229-231.

⁶⁸ Ibídem, p. 234.

⁶⁹ Ibídem, crisis II, p. 242.

curiosidades de todo tipo y verdaderas joyas de arte, de Ciencias Naturales, de Historia, y de una excelente biblioteca, además de contar con un espacioso y exótico jardín botánico, ambos viajeros salieron entusiasmados, ya que “hacer bien más raro es en el mundo que hacer el mal”⁷⁰, y se fueron, siguiendo las indicaciones recibidas, “en busca de aquel raro prodigio, el amigo verdadero”, esto es, de un “otro yo”, por lo que, haciendo un rodeo en el camino, se dirigieron a Cataluña, ya que “los catalanes saben ser amigos de sus amigos”, aunque “también son malos para enemigos”, si bien “quien no tiene enemigos tampoco suele tener amigos”⁷¹.

Nada más entrar en esta espaciosa región, encontraron una casa singular, habitada por un hombre muy raro, que dijo llamarse Gerión, cuya peculiaridad era la de ser “el de tres uno”, o sea, “aquel otro yo, idea de la amistad, norma de cómo han de ser los amigos”, que era un gigante de tres cabezas y tres cuerpos hasta la cintura, pero un solo corazón, quien añadió: “Tres somos y un solo corazón tenemos”, pues “entre todos, sólo un querer tenemos, que la amistad es un alma de muchos cuerpos”, de modo que “el que no tiene amigos no tiene pies ni manos”, y, sin embargo, “el que tiene amigos buenos y verdaderos, tantos entendimientos logra”, ya que “sabe por muchos, obra por todos, conoce y discurre con los entendimientos de todos”, y así habéis de estimar el “gran prodigio de la amistad verdadera”, que “sólo el veneno de la sospecha le puede hacer mella”; y tened presente que, “sin amigos del genio y del ingenio, no vive un entendido, ni se logran las felicidades,

⁷⁰ Ibídem, p. 246.

⁷¹ Ibídem, crisis III, p. 256-257-258.

que hasta el saber es nada, si los demás no saben que tú sabes”; y no olvidéis que “el amigo ha de venir como anillo en dedo: ni tan apretado que lastime, ni tan holgado que no ajuste, con riesgo de perderse”⁷².

Siguiendo su peregrinar en busca de su querida Felisinda, que suponen vive en Alemania, pasan a Francia, en cuyo territorio, y nada más pasar, les llama la atención la diferente forma de ser de sus habitantes en comparación con los de España, que acababan de dejar, y, sintiéndose libres de sus moradores, comentan: “murmuremos un rato de ella, aquí donde no nos oyen”; y así, en ameno diálogo, empiezan a señalar aquellas cosas que más les ha llamado su atención el carácter español, resaltando, entre otras muchas, las siguientes: “que tienen tales virtudes, como si no tuviesen vicios, y tienen tales vicios, como si no tuviesen tan relevantes virtudes”, pues “son muy bizarros”, pero ello les hace ser muy “altivos”; también “son valientes, pero tardos”. “Parcos en el comer y sobrios en el beber, pero superfluos en el vestir. Abrazan todos los extranjeros, pero no estiman los propios. No son muy crecidos de cuerpo, pero de grande ánimo. Son poco apasionados por su patria, y trasplantados son mejores. Son muy allegados a la razón, pero arrimados a su dictamen. No son muy devotos, pero tenaces en su religión”, y al ser “la primer nación de Europa: odiada porque envidiada”⁷³.

Entretenidos con dicha conversación se encuentran con un francés, a quien le preguntan el lugar donde se halla el palacio de la famosa reina Sofisbella, así como el camino que a él conduce; el francés sorprendido les advierte que dicha reina, “en otro tiempo bien estimada”

⁷² *Ibídem*, crisis III, p. 258-259-260.

⁷³ *Ibídem*, Parte II, crisis III, p. 261-262.

por “su mucha discreción y prendas”, ahora, “por pobre no hay quien haga caso ni casa de ella”, pues actualmente “no hay otro saber como el tener, y el que tiene es sabio, es galán, valiente, noble, discreto y poderoso, es príncipe, es rey y será cuanto él quisiere”; por ello les sugiere que vayan por el atajo del Valer, brindándose él a acompañarles e indicándoles que, al estar en el siglo de oro, avancen por él, ya que “sólo el oro es el estimado, el buscado, el adorado y querido”, pues “no se hace caso de otro, todo va a parar en él y por él”⁷⁴. Aunque lo dudan, avanzan por él, viendo y observando lo que puede y hace este poderoso metal que “vence los mismos imposibles”; pues “todo lo persuade y recaba y a todos convence”, penetra suavemente en los más intrincados e íntimos rincones del corazón humano y “todo lo riñe y todo lo rinde”⁷⁵. Por este atractivo atajo arribaron a la cárcel del oro y la plata, donde quedan presos del Interés, pudiendo experimentar que éste “es el rey de los vicios, a quien todos sirven y le obedecen”⁷⁶, y quedan desengañosos.

Después de esta provechosa vivencia prosiguen su marcha en pos del palacio de la discreta Sofisbella; y, a pesar de que “son pocos los que la buscan y menos los que la hallan”⁷⁷, ya que “el verdadero saber es de pocos”, lograron dar con él; y allí, acompañados del “Buen Gusto y del Buen Genio”, fueron conducidos “a la agradable presencia de un sol humano que parecía mujer divina”⁷⁸, es decir, ante la propia reina de la sabiduría y la belleza, Sofisbella, que los recibió con gran entusiasmo y

⁷⁴ Ibídem, p. 264-265.

⁷⁵ Ibídem, Parte II, crisis III, p. 269-270.

⁷⁶ Ibídem, p. 266.

⁷⁷ Ibídem, Parte II, crisis IV, p. 278.

⁷⁸ Ibídem, p. 280-281.

sumo agrado, mostrándoles su portentoso y singular museo, en donde pudieron contemplar una infinidad de maravillas de todas las ramas del saber, con las que acrecentaron su conocimiento y enriquecieron su espíritu. Al salir de tan fantástico palacio se dirigieron a la Plaza Mayor del Universo, en la que pudieron contemplar el ambiente ordinario y vulgar del pueblo, repleto de ignorancia y necesidad; igualmente pudieron visitar “el Consejo de Estado de todo el mundo”, que se reunía en el Areópago sito en una taberna, desde la que se gobierna y se juzga todo bajo la dirección del “vulgo, que no es otra cosa que una sinagoga de ignorantes presumidos”⁷⁹.

Decepcionados, salieron de allí “en busca de aquella flor de las reinas, la hermosa Virtelia”; se encaminaron al Yermo de Hipocrinda, donde estimaban que podrían encontrarla; pero no fue así, sino todo lo contrario, quedando sumamente sorprendidos al ver que allí todo se obraba en silencio y bajo capa de bondad, pues todo era obrar y callar; donde “más importaba el parecer que el ser”⁸⁰, de manera que todo era artimaña, doblez y engaño, por lo que, ante tanta hipocresía, quedaron nuevamente desengañados. Siguieron su viaje hasta llegar a Alemania, observando y aprendiendo de cuantas costumbres iban encontrando entre aquellas gentes, experiencia muy útil y enriquecedora del saber vivir. Una vez enterados de que el marqués embajador al servicio del rey de España, al que ellos iban buscando por suponer que Felisinda estaba a su servicio, según la información que les había facilitado Falsirena, “no asistía ya en la corte imperial, sino en la romana, con negocios de

⁷⁹ *Ibíd.*, Parte II, crisis V, p. 299 y 302.

⁸⁰ *Ibíd.*, p. 332 y 338.

extraordinaria grandeza”⁸¹. Debido a ello resolvieron encaminarse a Italia, con el fin de lograr encontrar su deseada y anhelada felicidad, que imaginaban estaría ya en Roma, la capital del mundo. Para ello se dispusieron a atravesar “los canos Alpes”, accediendo al “distrito de la temida Vejecia”⁸².

3

En la tercera parte contempla Gracián *El invierno de la vejez*, etapa en la que la vida empieza su declive, y que nuestros peregrinos perciben en sus cuerpos desde el principio, ya que nada más empezar el ascenso a los Alpes canos, recuerdan el anterior, bastante tiempo atrás, a los Pirineos, camino de Francia, que lo hicieron “sudando”; pero ahora la subida a los Alpes la hacen “tosiendo”, señal de que su vitalidad y energía física ha disminuido con el paso del tiempo, circunstancia que les resulta conocida, pues evocan un viejo aforismo popular que dice: “lo que en la juventud se suda, en la vejez se tose”. Además de este debilitamiento físico corporal, también reparan en que las cumbres de esas montañas ahora están vestidas de inmaculada nieve blanca, análogamente a como lo están sus cabezas, pobladas de cabellos plateados; asimismo los paisajes que contemplan sus ojos se muestran desnudos de los verdores primaverales, y también mudos de los trinos alegres de los pajarillos, e igualmente silenciosos sus arroyos en el discurrir de sus aguas, pues éstas permanecían heladas; todo ello en

⁸¹ Ibídem, Parte II, crisis XIII, p. 419.

⁸² Ibídem, p. 433.

sintonía con cuanto a ellos les sucedía en sus propios cuerpos, en donde percibían se les habían trocado los “fervores de la sangre en horrores de la melancolía, las carcajadas en ayes”; de manera que ahora todo era “frialdad y tristeza”⁸³.

A poco de caminar por territorio de la Lombardía se encontraron con un extraño personaje, que les dijo llamarse *Jano*, y que ellos no sabían si iba o venía, lo que les causó un singular asombro, que, percibido rápidamente por aquél, los trató de tranquilizar, diciéndoles que no se asustasen, pues en el remate de la vida es común el discurrir a “dos luces” y el andar a “dos haces”, ya que en esa edad no “se puede vivir de otro modo que a dos caras: con la una nos reímos cuando con la otra regañamos; con la una boca decimos de si y con la otra de no”; igualmente también se usan dos lenguas a la par, y dos semblantes, siendo conveniente utilizar el primero para el “*cumple*” y el segundo para el “*miento*”, pues así “con el primero contentamos a todos y con el segundo a ninguno”, de manera tal que “¡cuántas veces lloramos con el que llora y a un mismo tiempo nos estamos riendo de su necesidad!”⁸⁴. Habéis de tener presente que en este territorio de la fea Vejecia, al que “todos desean llegar”, pero una vez dentro “todos lo niegan” y “no lo quieren parecer”, es muy frecuente el usar dos caras para aparentar frescura y lozanía donde ya no la hay, y por ello tratan de desmentirlo con un sin fin de engaños.

Guiados por el curioso personaje visitan el antiguo palacio de Vejecia, “edificio caduco, cuya mitad estaba caída y la otra para caer”, en

⁸³ Ibídem, Parte III, crisis I, p. 447 y 448.

⁸⁴ Ibídem, Parte III, crisis I, p. 448.

donde observan está aposentada la melancolía junto a un ambiente desapacible, en el que la risa se encuentra desterrada y, por el contrario, muy asentada “la murmuración y la malicia”, no faltando nunca “que contar y que morder, ya al sol, ya al fuego”, siendo notable reseñar que con frecuencia “no acertando a pronunciar las palabras, clavan con ellas”⁸⁵. También les comentaron que “las pensiones del viejo son ver poco, andar menos, mandar nada”; aunque otro les dijo: “yo, al contrario, veo más”; pero concluyeron, en general, que todos eran ancianos, “porque les sobraba tiempo y les faltaba seso”⁸⁶; y además percibieron “que, al paso que van perdiendo éstos los sentidos, van ganando en entendimiento: tienen el corazón sin pasiones y la cabeza sin ignorancias”, porque “han visto y leído mucho”, cosa que les agradó; y, si bien les apenó aquella ruina de edificio, les causó gran gozo comprobar que allí asistían “el reposo, el asiento, la madurez, con la prudencia, con la gravedad y la entereza”⁸⁷.

A continuación fueron a ver a la propia Vejecia, quien los recibió con mucho agrado, y les dio a conocer las “severas leyes” que había promulgado para todo el ancianismo y que “para unos fueron favores, si rigores para otros”⁸⁸. También les informaron de los vicios que por allí rondaban, así como las virtudes que los combatían, concluyendo seguidamente que “los vicios no sanan, sino que matan, y las virtudes remedian”⁸⁹. Salieron de allí para dirigirse al reino de la

⁸⁵ Ibídem, p. 452.

⁸⁶ Ibídem, p. 454 y 458.

⁸⁷ Ibídem, p. 460-461.

⁸⁸ Ibídem, crisis II, p. 463.

⁸⁹ Ibídem, crisis III, p. 481.

Verdad, que querían conocer, cuando vieron venir un tropel de gente que venía huyendo, porque la Verdad estaba de parto, y comentaban que “en diciendo verdad nadie podría vivir”, ya que ésta “es traviesa y atraviesa el corazón”⁹⁰; y aunque “es la cosa más dulce”, otros opinan que es “la más amarga”, dependiendo ello del lugar donde se la sitúe, pues la verdad colocada “en la boca es muy dulce” pero “en el oído es muy amarga”, de manera que “no está el primor en decir las verdades, sino en el escucharlas”.

Les sorprendió que todos huyesen de aquella a quien ellos querrían conocer, y después de mucho preguntar, averiguaron que había “parido ya la Verdad el hijo feo, el odioso, el abominable”⁹¹, su primogénito y “monstruo tan fiero”, razón por la que todos huían, llamado “Odio”, que “ella le engendra, cuando los otros le conciben, y ella le pare con dolor ajeno”⁹²; poco después conocieron también había alumbrado a su otro hijo, el postrero, el querido por “lo hermoso y lo lucido”; ése, el que causa los dolores después de haberle sacado a luz”, y que siempre llega tarde, o sea, el “Desengaño”; y a pesar de llegar tan tarde, “ni es conocido ni estimado”, porque frecuentemente sucede que “todo lo que más importa no se conoce cuando se tiene, ni se estima cuando se goza, y después, pasada la ocasión, se suspira y se desea”⁹³.

A pesar de todo ello siguieron caminando adelante encontrándose con “un extraño edificio que en lo encantado parecía palacio, y en lo ruidoso casa de contratación, y en lo cerrado brete”, que

⁹⁰ Ibídem, p. 490-491.

⁹¹ Ibídem, p. 498-499.

⁹² Ibídem, crisis IV, p. 502.

⁹³ Ibídem, crisis V, p. 522-523.

resultó ser el palacio de Caco, lugar en el que todo aparentaba alegría, en el que entraban muchos viajeros atraídos por su hechizo; pero en su interior era muy distinto, ya que no era “edificio, sino desedificación de tanto pasajero, casa hecha a cien malicias, bajío de la vejez, seminario de embustes”⁹⁴, pues los cautivaban y engañaba, como le sucedió a Andrenio, que, sin más pensarlo, entró rápidamente allí, con gran disgusto de Critilo, quien tuvo que rescatarlo con la ayuda del Desengaño.

A continuación prosiguieron su viaje hacia la Corte del Saber, es decir, a Roma, pero al poco se encontraron con que el camino se dividía en dos, sin saber cual de ellos habían de seguir, por lo que, ante sus discrepancias, optaron por elegir cada uno aquel que mejor les parecía, con el compromiso de avisarse rápidamente el que primero divisase la citada corte. Andrenio tomó el camino de la sencillez, en tanto que Critilo siguió el de la astucia. Ambos anduvieron en solitario varias jornadas, encontrándose en su recorrido con personajes muy distintos y hasta opuestos en sus estilo de vida, de los que aprendieron mucho, circunstancia que les sirvió para darse cuenta que era mucho mejor transitar por un camino intermedio en lugar de hacerlo por los situados en los extremos; por tanto, resolvieron volver a juntarse para abordar el tramo final, que les llevara a la corte tan deseada. Pero antes de arribar a ella tuvieron la ocasión de visitar el palacio de la Soberbia y la Cueva de la Nada. En el primero, al entrar no vieron “ni columnas firmes”, que lo sustentasen, “ni salones reales, ni cuadras doradas”, que lo “enriqueciesen, como se ven en otros palacios”, sino que “todo estaba

⁹⁴ Ibídem, p. 529.

vacío de importancia y relleno de impertinencia”⁹⁵; todos sus desvanes eran muy ostentosos y aparentes, pues allí lo que importaba era “la buena corpulencia, que da autoridad, no sólo para con el vulgo, sino para con un senado, que los más son superficiales”, pues “suple mucha falta de alma, que un abultado tiene andado mucho para parecer hombre de autoridad”⁹⁶.

Abandonaron este palacio de la vanidad muy asombrados por la inclinación de los mayores a querer ocupar los asientos más relevantes de sus principales salones; y viendo que había otros muchos que se dirigían con presteza a la Cueva de la Nada, encaminaron sus pasos hacia ella para indagar lo que allí había y que a tantos atraía, pues era “el paradero de las tres partes del mundo”. Asomados a la misma comprobaron que dentro todo era ociosidad, poltronería y juego, y en su entrada estaban situados el Ocio y el Vicio, como “camaradas inseparables”⁹⁷, rivalizando entre sí la captación de todo aquel que accedía, mediante sus continuas proclamas de muy diversa índole, tales como: “saber un poco menos y vivir un poco más”, o “esta es la escuela donde se enseña a vivir”, cuyo trasfondo era seducir a la holganza porque “todos al cabo de la jornada de la vida llegamos a un mismo paradero”⁹⁸. Andrenio estuvo muy dispuesto a entrar en ella, pero gracias a Critilo, que se mostró muy receloso en hacerlo, y a un curioso personaje que dijo llamarse el Honroso, y que les acompañaba en aquellas etapas del camino, no lo hizo, ya que les previno que todo el que entraba, al

⁹⁵ Ibídem, crisis VII, p. 566.

⁹⁶ Ibídem, p. 573.

⁹⁷ Ibídem, crisis VIII, p. 587 y 589.

⁹⁸ Ibídem, p. 580-581.

momento era asido por una bellísima hembra, que acto seguido los empujaba, sin piedad alguna, a la fosa de la Nada, desapareciendo para siempre, sin dejar rastro alguno, “no siendo ni valiendo nada”⁹⁹. Es “la aniquiladora común de sabios, santos y valerosos”. “Huid de ella”¹⁰⁰.

Así lo hicieron y siguieron adelante en dirección a Roma, en busca de su deseada Felisinda; pero pronto les salió al encuentro un nuevo personaje, viejo Cortesano de aquel reino, “gran hombre de nota y de noticias, con los dos realces de buen ingenio y buen gusto”, quien les aseguró que “Roma es oficina de los grandes hombres. Aquí se forjan grandes testas, aquí se sutilizan los ingenios y aquí se hacen los hombres muy personas”¹⁰¹; pero dudó que pudieran encontrar a Felisinda, ya que “todos los mortales andan en busca de la felicidad, señal de que ninguno la tiene. Ninguno vive contento con su suerte, ni la que le dio el cielo ni la que él se buscó”¹⁰².

Después de muchas deliberaciones, concluyó: “En el Cielo, señores, todo es felicidad; en el infierno todo es desdicha. En el mundo, como medio entre estos dos extremos, se participa de entrambos”, así que “no tenéis que cansaros en buscar la felicidad en esta vida [...]. No esta en ella”. “En vano, [...] os cansáis en buscar desde la cuna a la tumba esta vuestra imaginada Felisinda [...]. Ya murió para el mundo y vive en el cielo. Hallarla heis allá, si la supiereis merecer en la tierra”¹⁰³, con lo que quedaron desengañados, aunque tarde.

⁹⁹ Ibídem, p. 591.

¹⁰⁰ Ibídem, p. 591-592.

¹⁰¹ Ibídem, crisis IX, p. 599.

¹⁰² Ibídem, p. 601.

¹⁰³ Ibídem, p. 607.

Al poco tiempo entraron ya en Roma, hospedándose en el Mesón de la Vida, donde fueron muy bien recibidos; pero cuando más contentos estaban y menos lo esperaban, les salió al paso “el cortejo de la reina de todo el mundo”, “la Muerte”¹⁰⁴, es decir, la suegra de la Vida, la que “a ninguno le venía bien ni hallaban el modo ni el día”¹⁰⁵ para recibirla; nunca llega en buen momento. Trataron de escapar, cosa harto difícil, pero el peregrino que les acompañaba les animó a que le siguieran, pues conocía el medio para pasar de la “Casa de la Muerte al Palacio de la Vida”; y aunque les extrañó mucho, les insistió diciéndoles: “Isla hay de la Inmortalidad, bien cierta y bien cerca, que no hay cosa más inmediata a la Muerte que la Inmortalidad”, pues “veréis que ningún hombre, por eminente que sea, es estimado en vida”, y “ninguno parece hasta que desaparece. No son aplaudidos hasta que idos”¹⁰⁶. Para poder arribar a la Isla de la Inmortalidad no hay otro medio que hacerlo “remando y sudando”¹⁰⁷, haciéndose acreedor de la fama y el mérito, pues en ella “no entran sino los varones eminentes cuyos hechos se apoyan en la Virtud”¹⁰⁸.

En la entrada había un portero muy riguroso y justo, llamado el Mérito, que examinaba a todos los pretendientes, y sólo dejaba entrar a quien él “juzgaba digno de la inmortalidad”, previa la presentación de “las patentes firmadas del constante trabajo, rubricadas del heroico valor, selladas de la virtud. Y en reconociéndolas de esta suerte, se las ponía

¹⁰⁴ Ibídem, crisis XI, p. 636.

¹⁰⁵ Ibídem, p. 645.

¹⁰⁶ Ibídem, crisis XII, p. 651-652.

¹⁰⁷ Ibídem, p. 655.

¹⁰⁸ Ibídem, p. 671.

sobre la cabeza y franqueábles la entrada”¹⁰⁹. Critilo y Andrenio llegaron a su presencia solicitando entrada, presentaron sus credenciales, que examinó con rigurosa pulcritud y, viendo lo mucho que habían logrado, les franqueó la entrada y pasaron a vivir en la Inmortalidad, en la Mansión Eterna, donde jamás se muere.

III

En realidad de verdad *El Criticón* es una visión novelada de todo el transcurso de la vida humana, dividida en cuatro etapas, brevemente descritas. Pero el desarrollo interno de esta trama novelesca se realiza mediante una inmensa alegoría, en la que figuran personificadas todas las virtudes y todos los vicios así como todo lo que representa el saber y el actuar humano. Esta idea la expuso ya M. Menéndez Pelayo en 1900 al prologar el libro *El filósofo autodidacto de Abentofail*, donde dice textualmente: “*El Criticón*, que el mismo Schopenhauer calificó de uno de los mejores libros del mundo, es una inmensa alegoría de la vida humana, no es el trasunto de las cavilaciones y de los éxtasis de un solitario”¹¹⁰. Abundando en esta misma idea, añade por su parte Santos Alonso: “Pero no sólo es *El Criticón*, en su sentido y totalidad, una alegoría de la vida humana; también la alegoría se incorpora a la narración en la mayor parte de los capítulos y en muchos episodios funciona como elemento imprescindible y punto de partida de la acción”. Es más, no sólo se trata de una inmensa alegoría de la vida

¹⁰⁹ Ibídem, p. 662 a 664.

¹¹⁰ Cfr. Prólogo a *El filósofo autodidacto de Abentofail*, traducción de Francisco Pons Boigues (Zaragoza, Comas, 1900), p. LII-LIII.

humana, sino que, a lo largo de su narración, se multiplican y diversifican las alegorías, las cuales, “lejos de ser un recurso metafórico para ocultar o disfrazar la realidad, tienen como meta precisar aún más los contenidos morales y éticos y enriquecer las connotaciones literarias. En ellas, la fantasía del escritor desborda y supera la acritud amarga de su crítica. De manera que su función no es la de disimular o encubrir la verdad, sino la de esclarecerla en sus múltiples perspectivas [...]. De ahí, el abultado número de setenta y tres alegorías en la obra. Con excepción de las tres primeras crisis de la primera parte, que relatan el encuentro entre Critilo y Andrenio y ambos dan cuenta de su pasado, todas las demás contienen al menos una alegoría, e incluso alguna, como la crisis siete de la primera parte, hasta un total de seis”¹¹¹.

Para dar mayor plasticidad a sus alegorías, Gracián recurre con mucha frecuencia a personificar multitud de entidades que representan virtudes, vicios, cualidades e incluso hechos, a todos los cuales atribuye acciones y el habla, como si fueran auténticas personas. Esta técnica de las personificaciones, por usar la denominación correcta, había sido ya utilizada por otros autores anteriores y contemporáneos, y entre estos últimos, nada menos que por Francisco Quevedo, quien, en uno de sus *Sueños*, el titulado *El mundo por dedentro*, escrito en el año 1612, el autor sale del Infierno y se da un largo paseo por la Tierra. En todas sus andanzas por la superficie del planeta terrestre le sirve de guía un personaje llamado el Desengaño, y al deambular por la calle de la Hipocresía, se encuentra con algunos otros de sus personajes más

¹¹¹ Cfr. *Obras Completas* de Baltasar Gracián, edición, introducción y notas de Santos Alonso (Madrid, Cátedra, 2011), p. 50.

preferidos. Y en el *Sueño de la Muerte* continúa su viaje por la Tierra, siendo guiado por la Muerte, también personificada. Además Quevedo utiliza con singular maestría la técnica de la alegoría, de uso tan frecuente en Baltasar Gracián, y presenta a varias figuras simbólicas que dialogan entre sí y que personifican a personajes reales, como son el Rey que rabió, Pero Grullo y la dueña Quintañona¹¹². Y de la literatura esta técnica de las personificaciones pasó a las representaciones teatrales, con el auge que dieron a éstas los autos sacramentales y las comedias. Estas representaciones teatrales eran muy habituales en los Colegios de los jesuitas y formaban parte de su programa de formación integral y educación continua. Algunas de ellas, celebradas con motivo de una conmemoración o de un evento histórico importante, tuvieron gran resonancia en el ambiente cultural y social de la época, sobre todo en la sociedad madrileña, que vivía por entonces una especie de nuevo Renacimiento cultural coloreado por el Barroco. Tal ocurrió en 1640, por citar el año más relevante, en la conmemoración del primer centenario de la fundación de la Compañía de Jesús, aprobada por el Papa Paulo III por la bula *Regimini militantis Ecclesiae*, de 27 de septiembre de 1540. Entre los actos solemnes celebrados con tal motivo, hubo una representación escénica de una comedia titulada *Obrar es durar*, con pomposa escenificación realizada por el famoso escenógrafo italiano Cosme Lotti. En ella aparecían personificados el Tiempo, el Mundo, el Celo, el Valor, el Estudio, el Error, el Olvido, la Inconstancia y la Fama, ésta como criada de la Firmeza. Estuviera o no presente en el solemne acto Baltasar

¹¹² Cfr. J. L. Alborg, “*Historia de la Literatura Española*, t. II., *Época barroca*, 5ª reimpresión de la 2 ed.- Madrid, Gredos, 1987, p. 605.

Gracián, aunque es muy verosímil que sí asistió a todos estos actos conmemorativos del primer centenario del Colegio Imperial de Madrid, donde él mismo residió algún tiempo, lo cierto es que todos estos personajes, que representaban entidades reales, figuran con los mismos nombres en *El Criticón* y son parte sustancial de su trama interna. Resulta además que la pieza literaria en que aparecen fue impresa en un opúsculo en el que se relata la solemne celebración del acto¹¹³. Y en otra representación teatral de la comedia titulada *Las glorias del mejor siglo*, escrita por el jesuita Valentín de Céspedes (con el seudónimo de Pedro del Peso), intervienen dos personajes reales llamados Ignacio (soldado) y Javier (galán), que discuten con ciertas damas presididas por la que personifica la Discreción, y también aparecen personificados el Gracejo y el Gusto, que representan a dos criados.¹¹⁴

Entre las representaciones alegóricas que Baltasar Gracián personifica, atribuyéndoles las propiedades de una persona humana, y que conforman toda la trama novelesca de su obra, es preciso distinguir cinco grupos, que conviene diferenciar por lo que representan. El primer grupo comprende aquellas personificaciones que constituyen el eje central de toda la obra y sin las cuales toda su trama interna se diluiría. El segundo grupo lo compone la personificación de las virtudes y de los

¹¹³ Con el título *Traslado de una relación, que escribió un cavallero desta Corte acerca de las fiestas que el Imperial Colegio de la Compañía de Jesús de Madrid hizo este año de 1640 al fin del primer siglo de su fundación*, s. l., s. a., impreso junto con una *Relación de las solemnes fiestas que la casa Profesa de la Compañía de Jesús hizo en la Imperial Villa y Corte de Madrid al año centésimo y primer siglo de su fundación este año de 1640*, s. l. y s. a., del que se conserva un ejemplar en la Biblioteca Nacional, sign. Ca.= 107-36; cfr. *supra*, p. 312, 338.

¹¹⁴ Cfr. sobre todo ello la introducción de Aurora Egido a la edición facsímil de *El Criticón*, cit., t.I. *Primera Parte*, pág. XXXI-XXXVII.

vicios, que el autor considera esenciales para dar vida propia a su interminable alegoría. En el tercer grupo se incluye una extensa y abundante personificación de cosas, de atributos personales y de entidades abstractas, como el Bien, el Mal, y similares. El cuarto grupo corresponde a la personificación abstracta de ciertos nombres propios, en especial de algunos, como Egenio, que tiene un claro contenido etimológico, muy significativo; o bien absolutizando una cualidad que define al personaje, como el Valeroso, el Prudente, etc.; o bien, por último, aludiendo a ciertos personajes históricos mediante algún recurso literario, como un Séneca, un Catón; y por último la personificación de colectivos humanos como, por ejemplo, Vulgacho o el Vulgo. Finalmente cabe distinguir un quinto grupo, que corresponde a la sublimación de personajes mitológicos, como Argos o Quirón, a los que atribuye una capacidad de actuación y de simbolismo, que va mucho más allá de la que propiamente se les asignaba en la cultura mitológica.

1

Comencemos por las personificaciones del primer grupo, es decir, las que vertebran y conforman toda la trama alegórica y novelesca de la gran obra graciana. Para enumerarlas debidamente, sin excluir a ninguna, porque todas son de capital importancia a fin de entender la trama interna de la gran obra moral y literaria del escritor bilbilitano, se puede optar por distintos criterios, como son el orden alfabético, el del lugar donde aparecen en la obra, el de su importancia para comprender y calibrar el desarrollo homogéneo de su trama interna, u otros criterios

similares. Por nuestra parte creemos conveniente, para mejor orientar el trabajo, que el criterio de su importancia es el que debe seguirse en las personificaciones de este primer grupo, que por su condición y peso específico constituyen la columna vertebral de toda la obra. Tratemos primero de enumerarlas siguiendo un cierto orden, para después explicar lo que cada una representa y significa en toda la trama novelesca. Son, más o menos, éstas: Felisinda, Falsirena, Sofisbella, Virtelia, Vejecia, Artemia, Fortuna, Honoria, Hipocrinda, Volusia, la Razón, el Tiempo, el Mundo, la Vida y la Muerte, para terminar la serie con la Inmortalidad, en cuya sede se alcanza la felicidad, personificada en Felisinda.

Tratemos de explicar lo que cada una de éstas personificaciones significa y la función que representa en toda la trama novelesca. Con el nombre de *Felisinda* se personifica la felicidad, el estado de bienestar y gozo, al que todo ser humano aspira para mejor vivir y disfrutar de la vida sin contrariedades, aunque sea por medio del trabajo y del esfuerzo, esto es, vivir plácidamente en alegría y sin sobresaltos. Mientras que *Falsirena* significa el engaño, la falsedad, la mentira. Su nombre alude en primer lugar a *Circe*, mujer astuta y engañosa, que seducía y cautivaba a los hombres para obtener provecho y utilidad; también se dice “*Circe* en el zurcir”, es decir, en el unir y juntar sutilmente una cosa con otra, lo que, referido a la falsedad, es como combinar varias mentiras para dar apariencia de verdad; y en segundo lugar alude a “*Sirena* en el encantar”¹¹⁵, es decir, evocando al personaje mitológico, aquel genio marino mitad mujer y mitad pez, que con su agradable música atraía y encantaba a los navegantes para atraparlos y

¹¹⁵ B. Gracián, *El Criticón*, ed. cit., tomo I, parte I, crisis XII, p. 181.

después devorarlos, o bien los embelesaba y confundía para extraviarlos de su ruta. *Sofisbella* hace referencia a la Filosofía, es decir, a la sabiduría, a la belleza y utilidad del saber, y representa el conocer, el entender, la erudición. En cambio *Virtelia* es la personificación de la virtud en general, siendo ésta un “bien propio del hombre” y por tanto la “gran reina de las felicidades”¹¹⁶, cuyo “alcázar” está lleno de “claridad”, que irradia “a todas partes”¹¹⁷. Reside en su propio palacio y tiene bajo su égida a todas las virtudes, que presenta como doncellas del bien y son la expresión de la hermosura celestial en todas sus perfecciones, siendo su aspecto “divinamente humano y humanamente divino”¹¹⁸; todas ellas forman una unidad, pues las “virtudes son muy hermanas, y es menester que vayan encadenadas”¹¹⁹. El nombre lo forma Gracián añadiendo a la raíz de virtud “*virt*” el sufijo “*elia*”, de igual modo a como se hace, por ejemplo, con *Aurora* que pasa a ser (*aurelia*)¹²⁰. Y *Vejecia* es la personificación de la vejez, de la decadencia y el declive de la vida, la estación del frío invierno, que, si bien invita al recogimiento y a la reflexión, prepara al hombre para entrar en la oscura noche en que concluye su peregrinar por este mundo y se inicia un nuevo ciclo de vida, es decir, la aurora de un nuevo día sin fin ni ocaso, permanente y eterno.

Siguiendo este orden de importancia por el papel que desempeña en la obra graciana nos encontramos con *Artemia*. Representa

¹¹⁶ Ibídem, Parte II, crisis VII, p. 329 -330.

¹¹⁷ Ibídem, Parte II, crisis II, p. 241.

¹¹⁸ Ibídem, crisis X, p.383.

¹¹⁹ Ibídem, p.384.

¹²⁰ Cfr, *Obras Completas* de Baltasar Gracián, 11ª edición de Santos Alonso, (Madrid, Cátedra ,2009), p.317, nota 43.

la personificación del arte y del artificio, de la belleza y del talento, del trabajo y el esfuerzo del hombre para modificar y transformar las cosas que la Naturaleza le ofrece, y que pretende operar como complemento o como agente de corrección y mejora, perfeccionando las cosas naturales para hacerlas más útiles y más bellas. Es “una gran reina”, “sabia y discreta”, “muy nombrada en todos los siglos, por sus muchas y raras maravillas”; también es “una valiente maga, una grande hechicera”, “más admirable que espantosa”¹²¹, que tiene “su rostro muy compuesto, ojos penetrantes. Su hablar, aunque muy medido, muy gustoso”, y sobre todo tiene “extremadas manos” que dan “vida a todo aquello” en que las pone. “Todas sus facciones muy delicadas, su talle muy airoso y bien proporcionado y, en una palabra, toda ella de muy buen arte”¹²². Es una circe buena que “no convertía a los hombres en bestias, sino, al contrario, las fieras en hombres”, y “no encantaba las personas, antes las desencantaba”, pues “de los brutos hacía hombres de razón”, hasta el punto de que “enseñaba a hablar a las bestias, pero mucho mejor a callar”¹²³. Su nombre está formado a partir de la raíz latina “*ars, artis*” que significa -arte, técnica-, y por ello Gracián los personifica con este genuino nombre, que evoca la excelencia de todo lo que se hace por industria y habilidad del hombre. La *Fortuna* es la personificación de la suerte y del azar; es “la gran señora de los favores, reina poderosa de las dichas”¹²⁴ pero “inconstante con todos”, ya que “no hay entenderla” pues “tiene bravos reveses”, de modo que en su casa “no hay otro que subir y

¹²¹ Cfr. *El Criticón*, ed. cit., Parte I, crisis VIII, p.106-107.

¹²² *Ibíd*em, crisis VIII, p. 110.

¹²³ *Ibíd*em, crisis VIII, p. 107.

¹²⁴ Cfr. *El Criticón*, ed. cit. Parte II, crisis VI, p. 320.

caer”¹²⁵, y por ello todos viven descontentos, lamentándose “¡qué bravo chasco de la Fortuna!”¹²⁶. Le dicen es ciega, loca y necia, pero ella protesta y se defiende argumentando que es “hija de buenos, pues de Dios y de su divina providencia”, y también afirma es muy “obediente a sus órdenes”, hasta el punto de que no “mueve una hoja de un árbol ni una paja del suelo sin su sabiduría y dirección”. Declara que no tiene hijos, “porque no se heredan ni las dichas ni las desdichas”. Se lamenta, con gran dolor, de la acusación que le hacen los mortales de favorecer “a los ruines”; pero ella responde diciendo “que ellos son los malos y de ruines proceder, que dan las cosas a otros tales como ellos”, y que “en los mismos hombres está el mal. Ellos son los malos y los peores, ellos ensalzan el vicio y desprecian la virtud”, pues “yo siempre doy las cosas por manos de los mismos hombres”, ya que no “tengo otras”¹²⁷. Por su parte *Honor* es la gran cara de *Virtelia*, “aunque confinante, tan querida, que la llamaba su gozo y su corona”. Su reino es “emporio de la honra, poblado de majestuosos edificios, magníficos palacios, soberbias torres, arcos, pirámides y obeliscos, que cuestan mucho de erigir, pero después eternamente duran”. Y es digno de reseñar que “los tejados de las casas, hasta los mismos palacios, eran de vidrio tan delicado como sencillo; muy brillantes, pero muy quebradizos; y así, pocos se veían sanos y casi ninguno entero”¹²⁸, señal de su gran fragilidad y delicadeza. Encarna a la divinidad latina *Honor* u *Honos*; como tal representa o simboliza el honor, la honra, la estimación, el buen nombre y el crédito

¹²⁵ Ibídem, p. 315 y 317.

¹²⁶ Ibídem, p. 318.

¹²⁷ Ibídem, p. 321-322.

¹²⁸ Ibídem, Parte II, crisis XI, p. 394.

que deben poseer las personas. Mientras que *Hipocrinda* es la personificación de la hipocresía, de la falsedad, de la sombra de la virtud; se presenta físicamente como tal, es decir, con cara de bondad, y, sirviéndose del disimulo y la apariencia, procura el daño y el mal, actúa siempre por bajo, que es como decir bajo la capa del bien, aprovechándose de la fortuna, de la ocasión y del acaso. Es, simplemente, la virtud aparente. *Volusia* es la personificación del deleite, del gusto, del placer y del desenfreno, “a quien llamamos nosotros delectación, -dice Gracián- y los latinos *voluptas*, gran muñidora de los vicios, que a cada uno de los mortales le lleva arrastrado su deleite”¹²⁹. Es el reino del deleite aquella “engañoso casa, al fin venta del mundo, por la parte que se entra en ella es del gusto, y por la que se sale, del gasto”, y a pesar de ello a muchos “los cautiva, los aloja o los aleja, unos en el cuarto más alto de la soberbia, otros en el más bajo de la desidia, pero ninguno en el medio, que en los vicios no le hay”. En ella “todos entran cantando y después salen sollozando”, puesto que “quien comienza por los gustos, acaba por los pesares”¹³⁰. Y por último la *Razón*. Es la personificación de la facultad que tiene el hombre de pensar, discurrir, discernir, y que, por tanto, le distingue de manera radical y fundamental del resto de los seres vivos pertenecientes al reino animal; también se puede decir, quizás en un lenguaje tal vez más alambicado, que es la cualidad que distingue al ser humano del resto de los seres vivos, lo que, expresado en un estilo más poético y filosófico, resulta ser “aquella otra reina de la luz, madre del desengaño, con las virtudes sus compañeras”, la cual opera al modo

¹²⁹ Ibídem, Parte I, crisis XI, p. 155.

¹³⁰ Ibídem, p. 155-156.

de un “diamante finísimo, que entre los golpes del padecer y entre los incendios del apetecer está más fuerte y brillante”, propiciando así que el hombre, alumbrado por su luz, pueda guiarse por las sendas del bien y de la rectitud, ya que la Razón “es la piedra de toque que examina el Bien y el Mal”, orientando a la persona, de igual modo a como actúa un imán, hacia el “norte de la virtud”. Es, puntualiza Gracián, “la piedra de todas las virtudes, que los sabios llaman el dictamen de la Razón, el más fiel amigo que tenemos”; quien, en las encrucijadas de la vida, en “donde se divide el camino y se diferencia el vivir”, especialmente “por la dificultad que hay, no tanto de parte del saber, cuanto del querer”¹³¹, nos indica cual de ellos debemos seguir.

Finalmente tenemos el *Tiempo*, que es la personificación de una de las dos dimensiones (tiempo-espacio) en que transcurre la vida humana, la duración de las personas y de las cosas. En sentido moral existencial es considerado por Gracián como “aquel viejo, peor que todos, de malicia envejecida”, que al hombre “le da el traspies y le arroja en la sepultura, donde le deja muerto, solo, desnudo y olvidado”¹³², y así se burla de todos, aunque él lo niega, pues dice que antes procura “desengañar a todos”, pero éstos “le creen tarde”¹³³. El *Mundo* es un monstruo “tan bizarro como vano, rico pero necio, altivo pero ruin. Todo cuanto hay y luce, todo es para mí, todo sirve a mi pompa y ostentación”, pues “si el mercader roba, es para vivir en el mundo; si el caballero se empeña, es para cumplir con el mundo; si la mujer se engalana, es para

¹³¹ Cfr. *El Criticón*, ed. cit., Parte I, crisis V, p. 62-63.

¹³² *Ibídem*, Parte I, crisis VII, p. 104.

¹³³ *Ibídem*, Parte I, crisis XI, p. 157.

parecer en el mundo¹³⁴. Es la personificación “de todo lo creado, muy concertado y perfecto”, y por ello “toma el nombre de su misma belleza”. Gracián indica también que “mundo” “quiere decir lindo y limpio”, pero con excesiva frecuencia es inundo, es decir, sucio, inmoral. En sentido positivo lo describe como “un palacio muy bien trazado [...] por la infinita Sabiduría, muy bien ejecutado por la Omnipotencia, alhajado por la divina Bondad, para morada del rey hombre que, como partícipe de la razón, presida en él”, es decir, “no es otra cosa que una casa hecha y derecha por el mismo Dios y para el hombre, ni hay otro modo cómo poder declarar su perfección”¹³⁵. Pero en sentido negativo lo considera la fuente de todos los males, que no hace otra cosa que engañar al hombre y burlarse de su miserable condición de ser caduco y temporal, arrojado él en el mundo inundo. Con relativa frecuencia se refiere también al Mundo, también personificado, tenido por embustero, a quien nadie engaña, pero que engaña a todos, como el primer enemigo del alma, según la Teología moral cristiana, pues de él “no hay que aguardar sino engaño tras otro engaño” y, aunque para cada día hay “su excusa, nunca el cumplimiento ni el desengaño”¹³⁶. La *Vida*, con mayúscula, personifica la vida en general y la vida humana en particular. Como tal está radicalmente afectada por la temporalidad y sometida a ella sin poder escapar de sus garras. Precisamente es con ella con la que comienza la narración novelesca de *El Criticón*. Nada mejor que transcribir sus propias palabras textuales: “¡Oh, vida! ¡No habías de comenzar, pero ya que comenzaste no habías de acabar! No hay cosa más

¹³⁴ *Ibídem*, Parte II, crisis IX, p. 372.

¹³⁵ *Ibídem*, Parte I, crisis VI, p. 69.

¹³⁶ *Ibídem*, crisis VII, p. 104-105.

deseada ni más frágil que tú eres, y el que una vez te pierde, tarde te recupera: desde hoy te estimaría como a perdida”¹³⁷. Y aunque es bonita, también puede decirse que “es el mayor engaño”, ya que el hombre “entra en este teatro de tragedias llorando. Comiéndanle a cantar y encantar con falsedades. Desnudo llega y desnudo sale, que nada saca, después de haber servido a tan ruines amos”. Le recibe “aquel primer embustero que es el Mundo. Ofrécele mucho y nada cumple. Dale lo que a otros quita, para volvérselo a tomar, con tal presteza que lo que con una mano le presenta, con la otra se lo ausenta y todo para en nada”¹³⁸. Es ella, cuando termina, la que lleva al hombre a la *Muerte*, personificación de su acabamiento y finitud, paso obligado e irreversible, bien para caer en la *Nada*, como personificación del no ser, o bien para entrar en la *Inmortalidad*, personificación de una nueva vida de duración indefinida, ya sea asentada en la memoria de los hombres que sobreviven, o bien como nueva vida, de dimensión eterna, que, sobre todo en la concepción cristiana, carece de límites temporales.

2

En segundo grupo se encuadran las personificaciones referidas a las virtudes y a los vicios en general, si bien los principales, es decir, los que son base y cimiento de los demás, los presenta Gracián en series de siete, queriendo simbolizar con ello su paralelismo con las siete columnas bíblicas de la Sabiduría, a las que trata de imitar realzando su

¹³⁷ Ibídem, crisis I, p. 9.

¹³⁸ Ibídem, crisis VII, p. 104

importancia. Para mayor claridad expositiva conviene presentarlas y describirlas por separado, en cuanto, además de sus contrarios, son entidades imprescindibles para la consecución de la finalidad didáctica que pretende alcanzar la filosofía práctica profesada por el jesuita belmontino.

a) Las virtudes, en su totalidad, representan la belleza de lo bueno, la excelencia activa y pasiva de la acción humana en su existencia cotidiana. Tenemos en primer lugar a las tres virtudes teologales, seguidas de las cuatro virtudes cardinales, en total siete virtudes esenciales, que recuerdan como hemos dicho a las siete columnas de la Sabiduría, y a las que Gracián da preferencia sobre todas las demás virtudes. Comencemos por las tres primeras, las llamadas virtudes teologales. La *Fe* o la *Fiducia* y *Confianza*, en su forma personificada, da cuerpo a la facultad humana que permite creer con seguridad y firmeza en algo que trasciende lo que las fuentes de conocimiento humano, como la razón, la experiencia, etc., suministran al hombre, sin estar en contradicción con ellas, sino más bien reforzando su pretensión de veracidad. La *Espera* o la *Esperanza* es la virtud humana que da voz y vida a lo bueno por venir; su función es precisamente “esperar”, es decir, soportar pacientemente el presente con la confianza de que el futuro mejorará el presente. Y, por último, el *Amor* o la *Caridad*, personificación de esa prerrogativa del actuar humano, prenda que da gran felicidad al hombre y que consiste en tratar a los demás de igual modo a como queremos ser tratados por ellos, es decir, con respeto y

dignidad; esta virtud abre al ser humano a los demás y genera la solidaridad, tratando de asumir su situación personal para ayudarles.

Contemplamos ahora las virtudes cardinales. La primera es precisamente la *Prudencia*, que personifica la facultad que tiene el hombre de discernir y distinguir lo bueno de lo malo y de elegir el momento óptimo y apropiado para ejecutar cualquier acción, de modo que reporte el mayor acierto y la máxima satisfacción, tanto para el agente como para los demás afectados por ella. La *Justicia* personifica la cualidad de saber dar a cada uno lo que le pertenece o corresponde, es decir, representa el punto de equilibrio perfecto entre los distintos intereses que concurren en las relaciones interpersonales o sociales. La *Fortaleza* es la personificación del poder concedido al ser humano para lograr vencer el temor o miedo ante cualquier hecho o circunstancia y, al propio tiempo, huir de la temeridad, es decir, del exceso de imprudencia ante una dudosa o infundada certeza en el actuar. La *Templanza* es la personificación de la cualidad que permite al hombre moderar sus apetencias sometiéndolas al dictamen de su razón, es decir, armonizándolas entre sí para alcanzar el punto medio en el que se encuentra la sobriedad, que posibilita la plena libertad de acción, tan deseada como conveniente.

Además de la personificación de estas siete virtudes, que podemos considerar esenciales, Gracián personifica otras muchas virtudes aledañas o derivadas de éstas, una serie interminable que aparece a lo largo de toda su obra; mediante ellas pretende educar al hombre para hacerlo persona con el uso y el ejercicio de su capacidad de razonar y de actuar. Enumeradas por orden alfabético son, sin pretender agotar la lista,

más o menos, las siguientes. En primer lugar, por su calidad moral y humana, tenemos la *Amistad*, el *Arrepentimiento*, la *Bondad*, la *Castidad*, la *Cordura*, la *Cortesía*, la *Discreción*, la *Entereza*, la *Fidelidad*, la *Gravedad*, la *Hermosura*, la *Honra*, la *Paciencia*, la *Pobreza*, el *Recato*, la *Reputación*, la *Salud*, el *Sosiego*, el *Valor*, la *Ventura* y la *Vergüenza*. En segundo lugar, por su condición intelectual, tenemos la *Agudeza*, la *Atención*, la *Autoridad*, la *Fama*, el *Ingenio*, el *Juicio*, la *Majestad*, el *Mando*, el *Mérito*, el *Poder*, el *Consejo*, la *Sabiduría*, la *Sagacidad* y la *Verdad*. Y como personificación de entidades cosificadas podemos citar: el *Ayuno*, el *Bien*, el *Callar*, el *Dar*, el *Desencanto*, el *Escarmiento*, la *Memoria*, el *Tener*, el *Saber*, el *Valer*, *etc.*, *etc.*

Los vicios principales los concibe Gracián como la parte opuesta a las siete columnas bíblicas de la Sabiduría, a las que se ha hecho referencia, que presenta como siete estancias de una casa especial, “que ni bien era palacio ni bien cueva”, por lo que algunos dijeron “era venta, porque nada se da de balde y todo es de paso”¹³⁹. Empieza por la *Avaricia*, que describe como “el cuarto de oro”, porque “estaba todo enladrillado de tejos de oro, barras de plata, las paredes de piedras preciosas”, por lo que muchos, voluntariamente, elegían quedarse en él, a pesar de que “costaba mucho de subir y al cabo era gusto con piedras”. La *Soberbia* la describe como el cuarto “más eminente y superior a todos”, y por ello el “más arriesgado, y, no obstante eso, la gente más grave quería subir a él”. La siguiente estancia corresponde a la *Gula*, que estaba situada en la parte más baja y que “era el más gustoso, tanto que

¹³⁹ Cfr. *El Criticón*, ed. cit., Parte I, crisis X, p. 147.

tenía las paredes comidas, que decían eran de azúcar sus piedras”, motivo por el que “muchos gustaban de entrar” y “se preciaban de ser gente de buen gusto”. En la parte opuesta se situaba la estancia de la *Ira*, en la que predominaba el “rojo, empedrado de puñales, las paredes de acero, sus puertas eran bocas de fuego y sus ventanas troneras”, y, aún así, “no faltaban algunos que se alojaban en él, tan a costa de su sangre”. Le seguía otra estancia, en donde se alojaba la *Envidia*, donde “se veía de color azul, cuya hermosura consistía en deslucir a los demás y desdorar ajenas perfecciones”; su apariencia externa “tenía muy buena vista, pero por dentro aseguraban tenía roídas las entrañas de las paredes”; a pesar de ello “mordíanse por entrar en él unos a otros”. A continuación había otro aposento en la que se encontraba la *Pereza*. Era “el más cómodo de todos, era el más llano”, y, a pesar de no tener escaleras, todo él “estaba lleno de rellanos y descansos”, tan atractivo era que “todo el mundo se acomodaba en él, tomándolo muy de asiento”¹⁴⁰. Al final estaba el alojamiento más hermoso, donde se encontraba la *Lujuria*; su color “era el verde, estancia de primavera, donde campeaba la belleza”, y al entrar todos se coronaban de rosas, “que bien presto se marchitaban, quedando las espinas”, de igual modo “todas sus flores paraban en zarzas y sus verduras en palo”; no obstante “era una estancia muy requerida, donde todos los que entraban se divertían harto”¹⁴¹.

De igual modo a las virtudes, los vicios principales también tienen sus aliados, que igualmente atenazan y esclavizan al hombre, ahogando su libertad. También sin pretender agotar la serie, conviene

¹⁴⁰ Ibídem, p. 148.

¹⁴¹ Ibídem, p. 149.

reseñar los siguientes. La *Soberbia* tiene como aliados el *Alabarse*, la *Arrogancia* y el *Brío*; le siguen la *Presunción*, el *Campear*, el *Fausto*, la *Astucia*, la *Atrociadad*, la *Injusticia*, el *Lucir*, la *Temeridad* y la *Virtud Aparente*. La *Avaricia* tiene como compañeras a la *Ambición*, a la *Codicia*, y a sus parientes más allegados la *Miseria*, la *Poquedad*, el *Poseer* y la *Usura*. La *Gula* tiene como aliados principales a las *Delicias* y la *Embriaguez*. La *Ira* está muy unida a sus parientes cercanos, la *Barbaridad*, el *Odio* y el *Rencor*. La *Envidia* se empareja con el *Desprecio Ajeno*, con la *Malicia* y la *Mala Intención*, ocupando un lugar muy especial la *Mentira*, la *Cobardía* y el *Engaño*, con toda su parentela: el *Embuste*, el *Enredo*, las *Inversiones*, las *Trazas* y *Tramoyas*, la *Ventura Hipócrita*. La *Pereza* se presenta en sociedad con sus hijas la *Inconstancia*, la *Indolencia* y la *Carne*. Y por último la *Lujuria*, siempre ligada al *Embuste*, al *Engaño*, al *Enredo*, a la *Infidelidad* y a las *Inversiones*.

b) En un tercer grupo, muy afín al anterior, se pueden incluir las personificaciones de cosas y de entidades abstractas. Siguiendo un cierto orden acomodaticio, cabe incluir aquí, con las oportunas salvedades, estas otras personificaciones relativamente frecuentes en la extensa obra graciana: la *Aurora*, la *Conveniencia*, el *Deleite*, la *Dicha*, el *Dinero*, la *Nada*, la *Necesidad*, la *Noche*, la *Ocasión*, el *Premio*, el *Sueño* y los *Sueños*.

Tenemos en primer lugar la *Aurora*, que simboliza el retorno de la luz, de la alegría y de la vida, y que se presenta a sí misma diciendo: “Yo soy la que voy dando a todos los buenos días; [...] la que hago abrir

los ojos y a todo hombre que recuerde; la deseada de los enfermos y la temida de los malos, la madre de la vividora alegría”¹⁴². La *Conveniencia* es el lugar en “donde habéis de hallar la sabiduría más importante, la que enseña a saber vivir”¹⁴³. El *Deleite* es el caudillo de todos los vicios. “Él es el muñidor de los apetitos, precursor de los antojos, adalid de las pasiones, y el que trae arrastrados los hombres, tirándole a cada uno de su deleite”, de manera que “no gusta de vivir, sino que vive de gustar”, y así el hombre “hace fin del deleite, y de la vida hace medio para el gusto”¹⁴⁴. La *Dicha* es la personificación de la buena suerte, de la buena estrella, el camino que “nos llevará al colmo de toda felicidad”¹⁴⁵. Y así ocurre que en ocasiones acompaña y favorece al hombre, que, sin poseer muchos méritos propios, ni realizar gran esfuerzo, le propicia distinguirse y destacar sobre los demás, confirmando aquello de que “poco vale el saber [...], si no tiene un hombre dicha, y poco le importa ser un sol a la que no tiene estrella”¹⁴⁶. Por su parte el *Dinero* es la personificación de todo lo que representa riqueza y bienes materiales, motivo por el que está muy mal considerado por la *Fortuna*, quien le llama “ruin canalla, gente baja y soez”, porque “estás reñido con los hombres de bien” y “siempre andas con gente ruin”¹⁴⁷. Es un arma poderosísima con la que “se vencen los mismos imposibles”, pues “es mucho más ejecutiva” que cualquier otra, ya que el “oro macizo” es “aquel poderoso metal, que todo lo riñe y todo lo rinde”; “todo lo persuade y recaba y a todos convence”, siendo largo

¹⁴² Ibídem, p. 236.

¹⁴³ Ibídem, p. 292.

¹⁴⁴ Ibídem, crisis X, p. 138.

¹⁴⁵ Ibídem, Parte II, crisis VI, p. 314.

¹⁴⁶ Ibídem, p. 313.

¹⁴⁷ Ibídem, p. 322.

de relatar “los portentos de dificultades que se han allanado con ésta”, hasta el punto de hacerse popular el dicho de “dinero no falte y trampa adelante”¹⁴⁸. La *Nada* es una “bellísima hembra”, que convertía en azar, “con manos de jazmín, cuanto tocaba”, de manera que, “en tocando el mayor hombre, el más prudente, el más sabio, le convertía en estatua de pórfido o de mármol frío. Y no paraba un punto ni un momento de arrojar gente en aquella funesta sima del desprecio”, y “hacía mayor estrago cuanto mayor prodigio era de belleza”. Es una “inútil hiedra, más infructífera cuanto más lozana”, y “cuando parece que le enlaza, entonces le aprisiona; cuando le adorna, le marchita; cuando le presta la pompa de sus hojas, le despoja de sus frutos, hasta que de todo punto le desnuda, le seca, le chupa la sustancia, le priva de la vida y le aniquila”. Y así resulta ser “la aniquiladora común de sabios, santos y valerosos”¹⁴⁹. La *Necesidad* es un sexto sentido, “mejor que todos, que aviva mucho los demás y aun hace discurrir y hallar las cosas, por recónditas que estén. Halla trazas, inventa modos, da remedios, enseña a hablar, hace correr y aun volar y adivinar lo por venir”. “Es ingeniosa inventiva, cauta, activa, perspicaz, y un sentido de sentidos”, aunque parezca “cosa bien rara, que la falta de los objetos sea sobra de inteligencia”¹⁵⁰. La *Noche* es el tiempo de oscuridad, de falta de luz y de claridad, tanto material como espiritual; también de dudas, de confusiones y de tristezas anímicas. La *Ocasión* es la personificación de la oportunidad, circunstancia o hecho que nos salva y libra, en el último momento, de las situaciones comprometidas, difíciles o de riesgo, evitando tropiezos y proporcionando aciertos. El *Premio* es

¹⁴⁸ Ibídem, crisis III, p. 269-270.

¹⁴⁹ Ibídem, Parte III. crisis VIII, p. 591-592,

¹⁵⁰ Ibídem, Parte I, crisis XII, p. 183-184.

la recompensa del esfuerzo y de lucha por la superación en cualquier ámbito de la actividad humana; también se puede decir que es la retribución del mérito logrado en cualquier actividad humana. El *Sueño* es el estado de dulce reposo con el que el cuerpo descansa y se repone de su actividad física. Los *Sueños* son los actos, vivencias o sucesos de fantasía representados mentalmente durante el descanso o sueño del hombre, que surgen de manera espontánea y totalmente ajenos a su voluntad.

Entre las personificaciones de cualidades personales y entidades abstractas tenemos, entre otras más o menos significativas, la *Agudeza*, el *Buen Gusto*, el *Buen Genio*, el *Destino*, el *Favor*, la *Necedad* y la *Ventura*. Comencemos por la *Agudeza*. Gracián se la imagina como una flor de exquisita fragancia, cortejada por el ingenio y “tan aliñada cuan hermosa”; se deja ver en “sentencias, dichos y hechos de varios elogios, teatros, plazas, silvas, oficinas, jeroglíficos, empresas, geniales, poliantes y fárragos”¹⁵¹. El *Buen Gusto* y el *Buen Genio* son los dos grandes anfitriones del palacio del *Entendimiento*, que conducen “a la agradable presencia de un sol humano”, que parece “mujer divina”, y que no es otra que la misma *Belleza*, la cual, sirviéndose de su ingenio e inspiración, no sólo hace “inmortales los vivos”, sino que da “vida a los muertos”, y también compone “los ánimos” y sosiega “los espíritus”. Son “nicho de la poesía”¹⁵². El *Favor* es el “primer ministro de la Fortuna y muy su confidente”; es sujeto de “bravo capricho”, que siempre se coloca en el primer peldaño de la escalera “para subir a lo alto”, donde se

¹⁵¹ Ibídem. Parte II, crisis IV, p. 289.

¹⁵² Ibídem, p. 281.

encuentra “toda la dificultad del subir”, y de este modo alarga “la mano a quien se le antojaba, para ayudarle a subir”, atendiendo sólo a “su gusto”, que es malo, ya que nunca “daba la mano a ningún bueno, a ninguno que lo mereciese; siempre escogía lo peor. En viendo un ignorante, le llamaba, y dejaba mil sabios”¹⁵³. *La Necedad* es hermana de la *Ignorancia*¹⁵⁴, y se halla “de ordinario en los buenos pareceres”¹⁵⁵, por lo que en muchas ocasiones “más vale ser necio con todos que cuerdo a solas”, pues resulta más práctico y oportuno el “callar y ver para vivir”¹⁵⁶. Y, además, es un mal incurable, pues “aunque todos los males tienen remedio, la necedad no lo tiene, ni ha habido jamás hombre que curase de tonto”¹⁵⁷; pero tiene la ventaja de que, “por la vereda de la Necedad”, se llega antes a la “casa de la Dicha”, pues “antes llegan éstos (los necios) que los sabios”¹⁵⁸. Y la *Ventura* es “la hija mayor de la Fortuna” y “la pretendida de todos, la buscada, la deseada, la requerida”¹⁵⁹, representa la suerte, la contingencia o casualidad de lo por venir, que puede ser feliz o desdichado y que suele acompañar al hombre, favoreciéndole de modo “que sin ella ni vale el saber ni el tener y todas las prendas se malogran”¹⁶⁰, ya que “no hay prendas que tengan, ni hay sabiduría ni ignorancia, ni valor ni cobardía, ni hermosura ni fealdad, sino ventura y desdicha. Tener lunar o estrella”¹⁶¹. Gusta ir siempre “con

¹⁵³ Ibídem, crisis VI, p. 318-319.

¹⁵⁴ Ibídem, Parte I, crisis VIII, p. 117.

¹⁵⁵ Ibídem, crisis VII, p. 89.

¹⁵⁶ Ibídem, p. 96-97.

¹⁵⁷ Ibídem, Parte II, crisis V, p. 304.

¹⁵⁸ Ibídem, crisis, VI, p. 314.

¹⁵⁹ Ibídem, crisis VII, p. 331.

¹⁶⁰ Ibídem, crisis VI, p. 313.

¹⁶¹ Ibídem, p. 315.

los mozos, porque los viejos no son atrevidos”, pues “los prudentes, como piensan mucho, hallan grandes dificultades; los locos son arrojados, los temerarios no reparan, los desesperados no tienen qué perder”, y así no puede favorecer ni siempre ni a todos, de manera que “no hay ventura cumplida ni contento puro”¹⁶². Se presenta bajo las formas siguientes: “la falsa”, “la verdadera” y una tercera más, “la hipócrita”, que es la que más abunda, porque, con frecuencia, aparenta hacia afuera, es decir, ante los ojos de los demás, gozar de felicidad y así resulta que tienen “por dichoso uno en ser rico, y es de ordinario un desventurado”¹⁶³.

Y por último hallamos también personificadas algunas de las grandes ramas del saber y de la ciencia, como son la *Anticuaria*, la *Historia*, la *Filosofía Moral*, la *Filosofía Natural* y la *Política*, que Gracián describe del siguiente modo. La *Anticuaria*, entendida como ciencia, que no es lo mismo que la Paleontología, estudia y colecciona los hechos y objetos antiguos, estén o no estén conservados en museos arqueológicos. Representada como figura física es una ninfa “de más curiosidad que sutileza”, que habita en “un erario enriquecido de estatuas, piedras, inscripciones, sellos monedas, medallas, insignias, urnas, barro, láminas, con todos los libros que tratan de esta noticiosa antigüedad”¹⁶⁴. También la *Historia* es representada por Gracián como una ninfa, que tiene “la mitad del rostro arrugado, muy de vieja, y la otra mitad fresco, muy de joven”, que mira a “dos haces, a lo presente y a lo pasado”; es “la maestra de la vida, la vida de la fama, la fama de la

¹⁶² Ibídem, p. 323-324.

¹⁶³ Ibídem, p. 314.

¹⁶⁴ Ibídem, crisis IV, p. 289.

verdad y la verdad de los hechos”. Se ayuda de “algunas plumas” para remontarse a las alturas, aunque no de muchas, pero eso sí “prodigiosas”, con las que da vida y eterniza todo, “no dejando envejecer jamás los famosos hechos”; atiende siempre a la “petición de la Verdad y de la Entereza”, pues asegura que los hechos que no se ajustan a estos dos principios, “no conviene” escribirlos, “porque aunque ahora” la crónica “sería reída, de aquí a cien años será creída”. No gusta de dar pluma a nadie hasta “después de cincuenta años de muerto y a todo muerto pluma viva”. Y no todas las plumas le gustan, pues la “untada de oro” la desprecia, porque cree que “toda pluma de oro escribe yerros”¹⁶⁵; también aborrece “toda pluma teñida”, porque es “tenida por apasionada, decantándose siempre, ya al lado del odio, ya de la afición”; en cambio, una de las plumas que le agradan “son las de cuervo en el picar, en el adivinar las intenciones, en desentrañar los más profundos secretos”, e igualmente las del águila, “la Fénix, que en el fuego se eternizan y, en prohibiéndolas, vuelan por todo el mundo”; de igual modo estima mucho la “cortada de un girasol”, pues asegura que “siempre mirará a los rayos de la verdad”; por el contrario advierte que hay otras plumas “sin fondo de juicio ni altanería de ingenio” o de “caña dulce destilando néctar”, las cuales, “no tanto eternizan las hazañas, cuanto confitan los desaciertos”¹⁶⁶, declarando que “las palabras ajenas no pueden hacer insignes los hombres, sino sus hechos propios, bien ejecutados primero y

¹⁶⁵ Ibídem, Parte II, crisis IV, p. 284-285.

¹⁶⁶ Ibídem, p. 287-288.

bien escritos después”, de modo que “la pluma [...] no ha de ser apreciada, pero sí preciada”¹⁶⁷.

La *Moral Filosofía*, pues es así como la llama Gracián, invirtiendo los términos, es una venerada “semideidad en lo grave y lo sereno”, que se encuentra “en la más profunda estancia y más compuesta” del entendimiento, donde entresaca “las saludables hojas de algunas plantas, para confeccionar medicinas y destilar quintas esencias con que curar el ánimo”, que utiliza a modo de “gran contraveneno”, y que dice “estimarlas mucho” aunque a algunos les parecen “algo secas y aun frías, de más provecho que gusto, pero de verdad muy eficaces”, que asegura “haberlas cogido por su mano de los huertos de Séneca”; también se sirve de otras estupendas, y, “aunque más desabridas, son divinas”; igualmente utiliza “otras purgativas de todo exceso de humor, para aliviar el ánimo”, y también otras para abrir “el gusto, no sólo de comer, pero de rumiar los grandes preceptos de la prudencia”¹⁶⁸. Es “pasto del juicio, centro de la razón y vida de la cordura”¹⁶⁹, en suma “es la que hace personas”¹⁷⁰. La *Natural Filosofía*, nominada también invirtiendo los términos, es uno de los grandes “desvanes del entendimiento”, la gran “indagadora” de la “desabrida materialidad”, que continuamente va “levantando mil testimonios a la Naturaleza”, partiendo de sus cuatro elementos” -agua, aire, tierra y fuego-, y sirviéndose para ello del “alma de muchos libros”, tanto de los “que tratan de sus pobladores, como de las aves, peces, brutos, plantas, flores, piedras preciosas, minerales”, así

¹⁶⁷ Ibídem, p. 286.

¹⁶⁸ Ibídem, p. 290.

¹⁶⁹ Ibídem, Parte I, crisis IV, p. 52.

¹⁷⁰ Ibídem, p. 54.

como de las artes astronómicas “de sus meteoros, fenómenos”, e igualmente de las matemáticas y de la física “y aún de las vulgares”¹⁷¹. Y finalmente la *Política*, representada asimismo como “una coronada ninfa”, que atiende “más a la comodidad que a la hermosura”, pues dice que ésta, la hermosura, es un “bien ajeno”, y por ello no para de repetir “dadme grosura y os daré hermosura”, motivo por el que pone “todo su cuidado” “en estar bien acomodada”, si bien “muy disimulada y de rebozo”, pues “no suele ella darse a entender tan fácilmente”; y, puesto que “no hay sabiduría ociosa”, tiene por ocupación “fabricar coronas, unas de nuevo, otras de remiendo”, perfeccionándolas mucho y utilizando para conseguirlo todo tipo de materias y formas: ya “de plata, de oro y de cobre”, o bien “de palo, de roble, de frutos y de flores”¹⁷². Se trata de una ninfa muy perspicaz y sagaz, que “como tan política, se las entiende a todo el mundo”, llegando también “a la política de cada uno, a la razón especial de ser personas”¹⁷³.

3

Como he dicho anteriormente, existe en la gran obra graciana un cuarto grupo de personificaciones, que se refiere a nombres propios, bien contruidos a base de nombres comunes o de adjetivos que designan una cualidad importante, bien elevando a categoría absoluta una propiedad que adorna al sujeto nombrado, o bien, por último, convirtiendo nombres propios en modelos paradigmáticos de conducta.

¹⁷¹ *Ibídem*, Parte II, crisis IV, p. 289-290.

¹⁷² Cfr. *El Criticón*, ed. cit. Parte II, crisis IV, p. 292.

¹⁷³ *Ibídem*, p. 293-294.

a) Observamos en primer lugar el artificio muy habitual en Gracián de convertir en personaje anónimo un sujeto indeterminado, dándole un nombre propio a partir de un nombre común ficticio de raíz latina o incluso de la propia lengua, que alude a una singular condición humana de signo positivo o negativo, como, por ejemplo, *Lucindo*, *Egenio*, y otros por el estilo. Como es fácil deducir, *Lucindo*, nombre formado a partir del sustantivo latino *lux-lucis*, significa literalmente varón de luces. Es, por tanto, la personificación de la inteligencia, “varón prodigioso que tenía tal propiedad, que arrojaba luz de sí siempre que quería, y cuanta era menester, especialmente en medio de las mayores tinieblas”. “Tenía cierta luz interior [...], allá en los más íntimos senos del cerebro, que siempre que necesita de ella, la sacaba por los ojos y por la boca, fuente perenne de luz clarificante”. Esparce “rayos de inteligencia” y con ellos guía “por el camino verdadero”¹⁷⁴. Físicamente se trata de un personaje extraño, que emite y esparce, a través de sus ojos y boca, los rayos emanados de la inteligencia, de la razón, con los que guía a los hombres por el camino de la verdad. *Egenio*, nombre procedente del sustantivo *egenus*, significa *necesitado* y por extensión pobre; se emparenta por tanto con la necesidad, que origina la perspicacia y el ingenio en la obra graciana; es aquel hombre extraño dotado de seis sentidos, siendo el sexto sentido precisamente la necesidad o el estado de necesidad, que agudiza la inteligencia, y “que aviva mucho los demás y aun hace discurrir y hallar las cosas, por recónditas que estén. Halla trazas, inventa modos, da remedios, enseña a hablar, hace correr y aun

¹⁷⁴ Ibídem, Parte II, crisis X, p. 376.

volar y adivinar lo por venir”¹⁷⁵. “Es ingeniosa inventiva, cauta, activa, perspicaz, y un sentido de sentidos”, siendo de admirar como “cosa bien rara, que la falta de los objetos sea sobra de inteligencia”¹⁷⁶. Igualmente es curioso advertir la importancia de este “sexto sentido” como “único remedio contra el sexto achaque”¹⁷⁷. Finalmente tenemos el *Anciano* o el *Viejo*, que encarna la prudente sabiduría acumulada con el tiempo, tras un largo rosario de vivencias, experiencias y desengaños, que le permiten poder dirigirse a los más jóvenes para orientarles y enseñarles, valiéndose de su acrisolada sagacidad y prudencia, les gana primero “la voluntad” para así poder lograr después despertar y encender su “entendimiento”, advirtiéndolo “que lo que no se puede ver cara a cara, se procura por indirecta”¹⁷⁸.

En segundo lugar, como personificación propia de una cualidad que define y enaltece al personaje, conviene recordar estos ejemplos: el *Cortesano*, el *Discreto*, el *Filósofo*, el *Prudente*, el *Sabio*, el *Sagaz*, el *Sesudo*, el *Valeroso*, etc. El *Cortesano* es la encarnación del hombre culto, refinado y de buenos modales, que sirve al rey en su corte y forma parte del entramado social, incluida la nobleza, que se mueve en torno al palacio, centro político del poder y, por tanto, también social y cultural, “gran hombre de notas y de noticias, con los dos realces de buen ingenio y buen gusto”¹⁷⁹. El *Discreto* es una persona entendida, íntegra, con sabiduría y buen juicio, que le permiten poder discernir y decidir

¹⁷⁵ *Ibíd.*, Parte I, crisis XII, ed. cit., p. 183.

¹⁷⁶ *Ibíd.*, p. 183-184.

¹⁷⁷ *Ibíd.*, p. 187.

¹⁷⁸ *Ibíd.*, crisis VIII, p. 114-115.

¹⁷⁹ Cfr. *El Crítico*, ed. cit., Parte III, crisis IX, p. 599.

cuanto obra de acuerdo con la verdad y buscando el mejor fin posible, de modo que su casa “huele a hombres”, es decir, “de personas”, donde es posible hallar “las preciosas alhajas de los entendidos”, como puede ser “una librería selecta” en “donde se recrea el entendimiento, se enriquece la memoria, se alimenta la voluntad, se dilata el corazón y el espíritu se satisface”, pues en sus libros “permanecen los inmortales escritos de los sabios”, auténticas joyas del conocimiento y del espíritu, a diferencia de muchas grandes casas, que, “cuanto más llenas de ricas alhajas, tanto más vacías de las preciosas virtudes”¹⁸⁰. El *Filósofo* es la personificación alegórica del hombre que piensa y reflexiona en busca de la verdad de todo, tratando de descubrir el origen y la causa de todas las cosas. El *Prudente* es el hombre que actúa con moderación y cautela, es decir, aquél que procede a extraer de su primer ventrículo de la memoria el pasto informativo ingerido en los distintos prados del saber y del vivir, para, poco a poco, rumiarlo, repensarlo, y prepararlo adecuadamente para hacerlo seguir al verdadero centro digestivo del entendimiento, el cual mediante el proceso de reflexión y análisis sintetiza y extrae los diversos nutrientes que constituyen el pasto “espiritual de que se alimenta el ánimo”¹⁸¹, y así, bien aprovisionado y fortalecido el desván de la razón, afrontar con el mayor acierto posible todo su obrar, evitando tropiezos y potenciando habilidades, que harán fraguar en su entorno un amplio círculo de prestigio, admiración y respeto. Para alcanzar este nivel o grado de equilibrio entre el valor y la cordura, que es la prudencia, debe el hombre repasar “muy despacio lo que ligero concibió” de manera, que

¹⁸⁰ Ibídem, Parte II, crisis IV, p. 275.

¹⁸¹ Ibídem, Parte III, crisis VI, p. 537.

“piense, medite, cave, ahonde y pondere, vuelva una y otra vez a repasar y repensar las cosas. Consulte lo que ha de decir y mucho más lo que ha de obrar. Así que su rumiar ha de ser el repensar, viviendo del reconsejo muy a lo racional y discursivo”¹⁸². Siguiendo estos principios de filosofía práctica, se formó el “prudentazo rey de las Españas Felipe el Segundo y escuela primera de la prudente política, donde se forjaron los grandes ministros, los insignes gobernadores, generales y virreyes”; como igualmente sucedió también en aquellos “los militares pabellones”, “oficinas de los hombres grandes, no menos valerosos que entendidos”, donde se aprendía “mucho en ellos” y se sabía “no tanto de capricho cuanto de experiencia”, sobresaliendo entre ellos el “del duque de Alba escuela de prudencia y experiencia”¹⁸³. El *Sabio* es aquel “prudente anciano”, gran confidente y ministro de la excelsa reina del entendimiento y del artificio, “hombre de propósito, y aun ilustre por lo claro y verdadero”¹⁸⁴, es el que definen los entendidos como aquel “*omnia mea mecum porto*”, o sea, el que “todo lo que tiene lo lleva consigo” es decir “cuanto tengo va conmigo”¹⁸⁵. Es hombre “noticioso”, es decir, informado, de “dulce conversación”, que es “el mejor viático del camino de la vida”¹⁸⁶, sagaz y prudente, al que “nunca le pesó de haber callado”¹⁸⁷. El *Sagaz* es el hombre astuto y prudente que percibe con antelación, prontitud y acierto lo que sucede en su entorno, es decir, aquel que sabe captar la esencia y el fondo de cuanto ocurre y previene

¹⁸² Ibídem, p. 538.

¹⁸³ Ibídem, Parte III, crisis VI, p. 549-550.

¹⁸⁴ Ibídem, Parte I, crisis VIII, p. 111 y 112

¹⁸⁵ Ibídem, crisis X, p. 150.

¹⁸⁶ Ibídem, crisis XI, p. 152 y 155.

¹⁸⁷ Ibídem, p. 163.

con destreza su solución; “es hombre de atención y de intención”¹⁸⁸, que indaga y explora tanto el espíritu como el mundo; puede decirse que es aquel que todo lo huele y por ello Gracián personifica la sagacidad con el sentido del olfato, asignando a la protuberancia nasal su representación gráfica, y afirma: “por eso las narices crecen por toda la vida. Coincide con el respirar, que es tan necesario como eso. Discierne el buen olor del malo y percibe que la buena fama es el aliento del ánimo” Y “huele, pues, atenta la sagacidad de una legua la fragancia o la hediondez de las costumbres, porque no se apeste el alma, y aun por eso está en lugar tan eminente. Es guía del ciego, gusto que le avisa del manjar gastado y hace la salva en lo que ha de comer. Goza de la fragancia de las flores y recrea el cerebro con la suavidad que despiden las virtudes, las hazañas y las glorias”. “Ayudan mucho a la proporción del rostro y, por poco que desmanden, afean mucho. Son como el nomon del reloj del alma, que señalan al temple de la condición. Las leoninas denotan valor, las aguileñas la generosidad, las prolongadas la mansedumbre, las sutiles la sabiduría y las gruesas la necedad¹⁸⁹. *El Sesudo* es un raro personaje que “se hacía sesos y todo él se veía hecho sesos, de modo que tenía cien corduras, cien advertencias y otros tantos entendimientos. En suma, él era castellano en lo sustancial, aragonés en lo cuerdo, portugués en lo juicioso, y todo español en ser hombre de mucha sustancia”¹⁹⁰. El *Valeroso* es la persona que sabe combinar y unir su *Valor* y su *Cordura*, de manera que dominando su impulso irascible, se vence a sí mismo, sabiendo respetar con ello a los demás, no dejándose llevar de la

¹⁸⁸ Ibídem, Parte III, crisis VI, p. 540.

¹⁸⁹ Ibídem, Parte I, crisis IX, p. 130-131.

¹⁹⁰ Ibídem, Parte III, crisis VI, p. 546.

prepotencia ni de la altivez. “¿Qué hiciera la fortaleza sin la prudencia?”. La primera sola, que prevalece en la mocedad, se traduce en “audacia”, en tanto que la segunda, igualmente sola, que predomina en la vejez, sería “recelo”, pero ambas combinadas hacen al hombre “varonil” y como esto se da cuando la persona “está en su sazón”, es decir en la etapa intermedia de su vida, es por lo que ésta toma “el renombre de varonil”, pues “aquí está en un medio muy proporcionado”¹⁹¹ entre valor y prudencia.

Muchos más abundantes son los nombres propios de personajes históricos, elevados a la categoría de modelo prototipo de una determinada virtud mediante su señalamiento por antonomasia o por excelencia. La dificultad de convertir un personaje histórico notable o a un tipo más bien despreciable de la vida social en ente prototipo, la resuelve Baltasar Gracián, o bien recurriendo al artículo indeterminado “un”, por ejemplo un Catón, o bien al artículo determinado, por ejemplo el *Sesudo*, o bien utilizando el plural del pronombre “alguno”, por ejemplo algunos *Epictetos*, o recurriendo al adjetivo “mucho”, también en plural, por ejemplo muchos *Acteones*. Limitándonos a enumerar los principales, tenemos: un *Ulises*, un *Claudio*, un *César*, un *Santiago*, un *Roldán*, un *Duque de Alba*, un *Lope de Vega*, un *Chumacero*¹⁹², un *Monroy*¹⁹³, un *Pedro Estérez*¹⁹⁴, un *Sargento Mayor Soto*¹⁹⁵; y entre los

¹⁹¹ *Ibíd.*, Parte II, crisis VIII, p. 351.

¹⁹² Juan Chumacero y Carrillo, diplomático y jurista español (1580-1660). Estudió leyes en Salamanca, donde posteriormente desempeñó una cátedra; fue caballero de Santiago y personaje muy considerado en la corte de Felipe IV; en 1631 fue nombrado miembro del Consejo y de la Cámara de Castilla, llegando a ocupar la presidencia de aquél en 1648.

¹⁹³ Alonso de Monroy, valeroso soldado del ejército de Felipe IV, se distinguió en la

personajes poco recomendables de la vida social cabe estar un *Charlatán*, y otros tipos por el estilo. Estos tipos ordinarios y nada recomendables de la vida social suelen ser más bien convertidos en prototipos mediante el recurso del artículo determinado “el”, con ejemplos tan elocuentes como éstos: el *Embustero*, el *Tracillas*¹⁹⁶, el *Marrajo*¹⁹⁷, el *Bobico*¹⁹⁸, el *Dropo*¹⁹⁹, el *Zaíno*²⁰⁰, el *Narigudo*²⁰¹, el *Fulano de Mazapán*²⁰², el *Pachorra*²⁰³, y otros tipos humanos por el estilo. Más elegantes son los prototipos caracterizados con el adjetivo “algunos”, tan significativos como éstos: algunos *Plutarcos*, algunos *Sénecas*, algunos *Epictetos*, etc. También se sirve aquí, en contadas ocasiones, del plural del artículo determinado neutro “los”, como ocurre, por ejemplo, cuando habla de los *Adonis*²⁰⁴. Y utilizando el adjetivo “mucho” en plural podemos recordar la referencia a los muchos *Acteones*²⁰⁵. Por último cuando todos estos

toma de Lérida, ocupada por los franceses durante la guerra de Cataluña. Era conocido y muy estimado por Gracián.

¹⁹⁴ Pedro Estérez o Estélez, fue un arrojado y valiente soldado del ejército de Felipe IV, que se destacó en la toma de Lérida, en la guerra de Cataluña, y a quien conoció Gracián en primera línea de batalla.

¹⁹⁵ Francisco de Soto, heroico y valiente Sargento Mayor del ejército de Felipe IV, se distinguió en la toma de Lérida, en la guerra de Cataluña, a quien conoció Gracián al compartir sus trincheras como capellán.

¹⁹⁶ Personificación del hombre manipulador que con frecuencia esta inventando tretas para engañar a los demás.

¹⁹⁷ Prototipo del hombre cauto y astuto, difícil de engañar, y que encubre dañada intención.

¹⁹⁸ Encarnación del hombre necio que se hace el tonto para engañar.

¹⁹⁹ Personificación de “drope”, hombre despreciable.

²⁰⁰ Modelo de “zaino”, traidor, falso, poco seguro en el trato.

²⁰¹ Personificación del hombre con nariz grande, persona sagaz que todo lo huele, capta, y nada se le escapa.

²⁰² Prototipo del hombre indolente, blando, dulce y sin criterio, que a todos da la razón.

²⁰³ Representación del hombre que no se inquieta por nada.

²⁰⁴ Personificación del hombre engreído y presumido, por creerse físicamente bien parecido, pero escaso de cultura y conocimientos.

²⁰⁵ Personificación del hombre fisgón, que todo lo quiere curiosear y ver; pues en la

recursos para señalar a un ente prototipo, tomado de personajes históricos famosos, Gracián recurre a otras fórmulas, como la de “ya no hay”, por ejemplo: ya no hay *Rómulos*, ni *Alejandro*s, ni *Constantinos*, etc., etc.

Y por último hallamos en *El Criticón* la personificación selectiva de determinados colectivos, vistos en sentido positivo, como el *Vulgo*, el *Pueblo*; aunque son mucho más frecuentes en su sentido despectivo, en donde destacan de forma muy significativa ejemplos como el *Vulgacho*, el *Populacho*. En su interpretación positiva empezamos con el *Vulgo*, que es un conjunto de “gentes, pero sin persona”, “gente de cargo y de carga. Muchos de bueyes en lo pesado, que no en lo seguro. No pocos, de lobos, siempre en la fábula del pueblo. Pero los más, de estóolidos jumentos, muy a lo simple malicioso”, que se reúnen en “varios corrillos hablando, que no razonando”²⁰⁶. Realmente, “no es otra cosa que una sinagoga de ignorantes presumidos y que hablan más de las cosas cuanto menos las entienden”, pues “como bárbaros hablan de todo” sin darse cuenta que “lo que ellos saben, ¿quién lo ignora?”²⁰⁷. Por su parte el *Pueblo* es el conjunto global de personas que constituyen una agrupación humana entendida como unidad social y cultural. Y en sentido peyorativo tenemos el *Vulgacho* o *Populacho*, que es un monstruo, “aunque raro, muy vulgar”, que no tiene cabeza ni lengua, sin brazos y con hombros para la carga. No tiene pecho, con llevar tantos: ni mano en cosa alguna; dedos sí, para señalar. “Su cuerpo en todo

mitología griega se dice que Acteón fue víctima de la ira de la diosa Artemia, quien le convirtió en ciervo al haberla visto cuando se bañaba desnuda en un manantial, enfureciendo después a los cincuenta perros que integraban su jauría quienes le devoraron sin reconocerlo. Cfr. *infra.*, p. 414.

²⁰⁶ *Ibídem*, Parte II, crisis V, p. 297.

²⁰⁷ *Ibídem*, p. 302-303.

disforme” y como no tiene ojos, da grandes caídas. Es “furioso en acometer, y luego se acobarda”. Se hace “en un instante señor de la plaza, llenándola toda de tan horrible oscuridad”²⁰⁸ y confusión. Es la plebe enardecida por la pronta y fácil incitación de su ánimo, que se manifiesta “dando voces sin entenderse ni entender”²⁰⁹, y grita enfurecida lo que oye decir sin saber qué, ni por qué, ni para qué. Se forma y crece en “cómicos corrales, vulgares plazas, patios y mentideros”²¹⁰. Su fuerza y sus ímpetus son “como los del viento que, cuando más furioso, calma”²¹¹.

b) Finalmente conviene distinguir en *El Criticón* de Baltasar Gracián un quinto grupo muy importante de personificaciones, que son las que encarnan figuras mitológicas. Es una constante muy reiterativa en la extensa obra graciana, tanto que, si se prescinde de ella, ésta quedaría manca y sin sentido, hasta el punto que se puede afirmar, sin temor a equivocarse que, como dijimos de las personificaciones del primer grupo, vertebran y modulan los diversos episodios de *El Criticón*. Dada su importancia es conveniente reseñarlos todos en la medida de lo posible y explicar el significado y el contenido que transmiten, por mucho que algunos de ellos sean suficientemente conocidos por el lector culto. Comencemos por enumerar los principales, siguiendo en este caso el criterio de su frecuencia e importancia, y que en la obra graciana son más o menos éstos: *Argos*, *Quirón*, *Momo*, *Jano*, *Gerión*, *Cécrope* y *Proteo*.

²⁰⁸ Ibídem, Parte II, crisis V, p. 311.

²⁰⁹ Ibídem, Parte I, crisis IX, p. 137.

²¹⁰ Ibídem, crisis XII, p. 184.

²¹¹ Ibídem, Parte II, crisis V, p. 308.

Argos es el personaje mitológico que tenía cien ojos, conocido también por el sobrenombre de *Panoptes*; se trata de un hombre peculiar y distinto a todos los demás, ya que poseía infinidad de ojos, repartidos por todas las partes del cuerpo, y además, todos ellos muy abiertos y despiertos para caminar por la vida muy despabilado y así percatarse de cuanto acontece y sucede en su entorno. Es el guarda de hombres que vigila el cruce por el puerto situado en el tránsito de la juventud a la virilidad, custodiando especialmente el paso colocado en la Aduana de la Vida, para controlar que todo transeúnte se despoje de la librea de la juventud y se revista con el traje de la cordura. *Quirón* es un centauro, hijo del dios Crono y de Fílira, hija del Océano. Es el más juicioso y sabio de los centauros. Al engendrarlo, Crono tomó la forma de caballo, y ello explica su doble naturaleza, mitad hombre, mitad caballo. Era buen amigo de los hombres, prudente y benévolo. Su enseñanza comprendía la música, el arte de la guerra y el de la caza, también la moral y la medicina, pues fue un médico célebre. Nació inmortal, pero Prometeo, que había nacido mortal, se avino a cederle su derecho a la muerte, con lo cual pudo encontrar el descanso. En opinión de Gracián, “éste es más hombre que los mismos; éste es el maestro de los reyes y rey de los maestros”²¹². *Momo* es una divinidad griega, dios de la locura y de la burla, que deseaba que el hombre tuviera en el pecho una “ventanilla” para poderle “sacar traslado del interior”²¹³, en el que Gracián personifica el duendecillo universal de la *Murmuración*, “hombrecillo tan nonada, que aun de ruín jamás se veía hartó. Tenía cara de pocos amigos y a

²¹² Cfr. *El Criticón*, ed. cit., Parte I, crisis VI, p. 69.

²¹³ *Ibíd*em, crisis XI, p. 165; cfr. *supra*, p. 236-237 y 289, e *infra*, p. 517-518.

todos la torcía, mal gesto y peor parecer, los ojos más asquerosos [...] brazos de acribador [...]. De puro flaco, consumido, aunque todo lo mordía. Robado de color, y quitándola a todo lo bueno. Su hablar era zumbir de moscón [...]. Nariz de sátiro, y aun más fisgona. Espalda doble, aliento insufrible, señal de entrañas gastadas. Tomaba de ojo todo lo bueno e hincaba el diente en todo lo malo. Él mismo se jactaba de tener mala la vista, y decía: Maldito lo que veo. Y miraba a todos”. De manera que, “por no tener cosa buena en sí, todo lo hallaba malo en los otros, había tomado por gusto el dar disgusto”. Motivo por el que anda “todo el día tirando peros y piedras, y escondiendo la mano”, y “revolviendo el mundo”. Y así resulta que, con este modo de proceder, entre el juego y la risa de todo el mundo, se concluye que “la mitad de él se esta riendo de la otra, burlándose unos de otros, y todos mascarados. Éstos se fisgaban de aquéllos y aquéllos de éstos, y todo era risa, ignorancia, murmuración, desprecio, presunción y necesidad”²¹⁴. *Jano* es el rey más antiguo del Lacio, natural de Tesalia, y está considerado como uno de los dioses romanos más primitivos. Se le representa con la figura humana de un joven que tiene dos caras opuestas, una que mira hacia el porvenir y otra que mira hacia el pasado, o sea, una para adelante y la otra hacía atrás, las cuales unidas a la sagacidad que le había dotado Saturno, le permitía conocer el pasado, presente y futuro; en su mano derecha portaba una llave, porque se le atribuía la invención de las puertas, razón por la que presidía todo lo que se abre y todo lo que se cierra, como lo eran las puertas de las casas y de las ciudades, y en su mano izquierda un báculo, como símbolo de que poseía el dominio sobre

²¹⁴ Ibídem, Parte II, crisis XI, p. 394 a 396.

las rutas y caminos. *Gerión* es un gigante que tiene tres cuerpos desde la cintura hacia arriba y tres cabezas, una por cada cuerpo, pero sólo un cuerpo de cintura hacia abajo; era hijo de Crisaor, nacido de Gorgo y de Posidón. *Cécrope*, también conocido por *Serpihombre*, pues tenía una naturaleza doble: la parte superior del cuerpo era humana, y la inferior, de serpiente, indicando así que era hijo de la Tierra. Monstruo mitad serpiente, mitad hombre; serpiente en lo astuto y hombre en lo necio. Es considerado como uno de los reyes míticos del Ática; el primero, según la tradición legendaria. Bajo su reinado, los dioses se disputaron las ciudades sobre las cuales querían extender su dominio. *Cécrope* fue un príncipe pacífico, y en el periodo de su reinado la civilización hizo en el Ática sus primeros progresos, pues enseñó a los hombres a edificar ciudades y a enterrar a los muertos. A veces se le atribuye también la invención de la escritura, así como la de los censos. *Proteo* es un dios marino en la mitología griega, que tiene la virtud de metamorfosearse en cualquier forma que desee, ya sea en animal o en cualquier otro elemento como el fuego, el agua, el viento, etc. Propiedad o poder que utiliza cuando quiere sustraerse a los que le preguntan, pues tiene el don profético, pero se niega a informar a los mortales que acuden a preguntarle. Debido a esto representa la prudencia y la sabiduría.

Junto a ellos encontramos personificados en *El Criticón* estos otros personajes mitológicos más o menos conocidos: *Acteón*, *Anteo*, el *Destino*, *Hércules*, las *Furias*, las *Gracias*, las *Musas*, *Orfeo*, las *Parcas* o *Moiras* (son las divinidades encargadas de ejecutar el destino), el *Sátiro*, los *Sátiros*, *Teseo*, *Tritón*.

Acteón es un personaje mitológico hijo de Aristeo y de Autónoe, que fue educado por Quirón, quien le enseñó el arte de la caza. Por observar a la diosa Artemis bañarse desnuda en un manantial, ésta se enfureció y lo castigó convirtiéndolo en ciervo, muriendo poco después devorado por sus propios perros, que no le reconocieron. *Anteo* es un gigante monstruo, hijo de Posidón y Gea o Tierra. Era invulnerable mientras tocaba a su madre, es decir, la Tierra, pues tocando su cuerpo con el suelo recuperaba las fuerzas perdidas en la lucha. Murió ahogado por Hércules, quien le levantó sobre sus hombros. El *Destino* es un dios ciego, hijo del Caos y de la Noche, que tiene en sus manos la urna fatal que encierra la suerte de los mortales, y que la distribuye aleatoriamente, siendo irrevocables sus decisiones, alcanzando su poder hasta los mismos dioses. *Hércules*, también conocido como *Heracles* o *Alcides*, es hijo de Zeus y Alcmena. Es un héroe singular por su enorme fuerza. La *Fama* es una divinidad de griegos y romanos, que tiene cien ojos abiertos continuamente y cien bocas infatigables. Siempre está en movimiento de un extremo a otro de la Tierra, divulgando lo que sabe y lo que ignora, el bien y el mal, la verdad y la mentira. La *Fortuna* es una diosa omnipotente, hija de Júpiter, que dispensa bienes y males, placeres y penas, riqueza y pobreza. Se la representa con los ojos vendados y un cuerno de la abundancia. Las *Furias* son, en las creencias romanas, demonios del mundo infernal, conocidas por las *Erinias*, en la mitología griega; son divinidades violentas, que no reconocen la autoridad de los dioses y que habitan en las tinieblas de los infiernos. Las *Gracias*, también llamadas *Cárites*, son tres diosas menores de la mitología griega, hijas de Venus y Baco, con las que se personificaba la gracia y la belleza.

Habitaban en el Olimpo en compañía de las Musas, con las que formaban coros frecuentemente. Las *Musas*, divinidades mitológicas, son nueve hijas de Zeus y de Mnemósine, que además de ser cantoras divinas presiden el Pensamiento en todas sus facetas: elocuencia, persuasión, sabiduría, historia, matemáticas, astronomía; también tienen el don de la dulzura, de la poesía, de la música y de la danza. *Orfeo* es un semidiós, considerado como el padre de la teología pagana, igualmente fue poeta y músico célebre; era hijo de Eagro, rey de Tracia. Desde joven estudió la religión y recorrió las tierras de Egipto para consultar a los sacerdotes de allí sobre sus divinidades Isis y Osiris, siendo iniciado en sus misterios. Visitó también Fenicia, el Asia Menor y Samotracia. De regreso a su país dió a conocer a sus ciudadanos el origen del mundo y de los dioses, la interpretación de los sueños y la expiación de los crímenes; también instituyó las fiestas de Baco y de Ceres. Todas sus ninfas admiraban su talento, seguían sus pasos y deseaban tenerle por esposo. Las *Parcas* o *Moiras*, según se trate de la mitología romana o griega, son tres divinidades hermanas, que presiden el destino, una de ellas lo hace en el nacimiento, la otra, en el matrimonio y la tercera en la muerte. Se representan como hilanderas, que limitan a su antojo la vida de los hombres con la ayuda de un hilo que la primera hilaba, la segunda enrollaba y la tercera cortaba, dando así fin a la existencia. El *Sátiro* es la personificación de la sagacidad, que aparece en la figura de un curioso hombre de nariz muy larga para oler todo lo que hay a su alrededor y con prontitud y a mucha distancia. Los *Sátiros* o *Silenos* son genios de la Naturaleza que forma parte del cortejo de Dioniso; su cuerpo era, en su mitad inferior, de macho cabrío y en su mitad superior, desde la cintura,

de hombre. *Teseo* es un héroe o semidiós, hijo de Egeo, rey de Atenas, pero fue educado por su abuelo materno Píteo, rey de Trecena, que era el más prudente y virtuoso de los griegos. Su leyenda cuenta que realizó muchas hazañas heroicas; la primera de ellas fue la victoria sobre el bandido Perifetes, que vivía escondido en las cercanías de Epidauro y asesinaba con una maza a los que por allí pasaban. Teseo le venció y mató apoderándole de su maza que llevó consigo siempre como un trofeo. También dio muerte a otros famosos y crueles bandidos llamados Procusto, Escirón, Cerión y Sinnis. Después de una vida llena de peripecias murió asesinado en la isla de Esciros, a manos del rey Licomedes. *Tritón* es un dios marino, hijo de Posidón y Anfítrite. Su cuerpo tiene, de cintura para abajo, la forma parecida de un pez y, de cintura para arriba, la forma parecida a la de un hombre. Habitaba en el fondo del mar y se le representaba soplando en conchas que le servían de trompeta.

Capítulo VI

Exaltación de la prudencia y de la sagacidad en el devenir de las cuatro edades del hombre noveladas en *El Crítico*

“¿Es, decía el hombre, [.....] que haya de ser la vida humana tan corta de días y tan cumplida de miserias? No pudo contener esta su desazón allá en sus interioridades, a lo *sagaz y prudente*, sino que la manifestó luego a lo vulgar y llegó a dar quejas al Hacedor supremo”. (*El Crítico*, tercera parte, crisis XII y última)

Los resultados obtenidos en la investigación realizada para escribir el capítulo anterior ofrecen una plataforma firme y segura que dejan expedita la vía para analizar en concreto y para seguir paso a paso la presencia reiterada y constante de la prudencia y de la sagacidad en las treinta y ocho crisis que articulan la obra cumbre de Baltasar Gracián. Lo primero que cabe señalar es que existe una unidad temática de recursos, que se va acrecentando desde su primera obra hasta la última, pero que sobre todo es patente en los últimos *realces* o capítulos de *El Discreto*, en el último de los cuales se diseña ya claramente cómo sería y de qué trataría su gran obra. Aparte de esto conviene destacar la gran importancia de ciertos datos para poder entender y calibrar debidamente

el significado de la última obra graciana. En primer lugar cabe señalar la minuciosa descripción de las tres partes en que aparece dividida la extensa obra. Además la exposición de su argumento fundamental supone una ayuda inestimable para poder adentrarse con paso firme en el análisis de su trama interna y de todos y cada uno de los pasajes en los que, de manera más o menos directa, trata de la prudencia y de la sagacidad como criterios directivos del obrar humano. En segundo lugar el detenido estudio de la estructura externa de la obra y la cuidada muestra de su montaje contribuyen de manera decisiva a conocer sus pretensiones, no sólo literarias, que son notorias, sino también y sobre todo morales o simplemente humanas.

Hay además otros dos aspectos que condicionan y a la vez ilustran la última obra del escritor aragonés, que fueron objeto de especial atención y de investigación minuciosa. Son, por una parte, los relativos a las *fuentes* en que se inspiró y de las que en gran medida se sirvió para escribir su extensa obra y, por otra, el cuidadoso estudio de las *personificaciones*, tan abundantes en las tres partes que la componen, sin que, por sorprendente que parezca, apenas se haya reparado en ello. Es por tanto imprescindible observar ya aquí que, sin tener en cuenta el profundo significado de estas numerosas y variadas personificaciones, no es posible entender ni tampoco digerir la difusa obra graciana. En síntesis se podría decir que son como un eje gigantesco y de gran movilidad, que sustenta y mantiene activa y viva toda la trama novelesca. Considérese, como único ejemplo, este pasaje en la crisis II de la segunda parte de *El Criticón*, que después comentaremos: “Hallábanse ya en lo más eminente de aquel puerto de la varonil edad, corona de la vida, tan superior, que

podieron señorear desde allí toda la humana: espectáculo tan importante cuan agradable. Porque descubrían países nunca andados, regiones nunca vistas, como la del Valor y del Saber, las dos grandes provincias de la Virtud y la Honra, los países del Tener y el Poder, con el dilatado reino de la Fortuna y el Mando”¹.

I

Al contrario de lo que ocurre en otras grandes novelas de la literatura, en que la localización del comienzo de la historia que en ellas se cuenta es deliberadamente imprecisa e incluso totalmente indeterminada, en la gran obra de Baltasar Gracián, *El Criticón*, tanto la ubicación temporal como la localización geográfica son claramente precisas y determinadas. Temporalmente se sitúa en la segunda mitad del siglo XVI, durante el reinado de Felipe II, y muy probablemente después de 1580, en que Portugal quedó unida al reino de España. Leamos sino el comienzo de la obra: “Ya entrambos mundos habían adorado el pie a su universal monarca, el católico Filipo. Era ya real corona suya la mayor vuelta que el sol gira por el uno y otro hemisferio”². Lo cual viene a indicar que en todo caso la llegada de la nave haciendo escala para coger provisiones con que se inicia la novela, ocurrió después de 1565, año en que Miguel López de Legazpi conquistó Luzón y fundó Manila, pasando todo el archipiélago a dominio de España. Más precisa es aún la localización geográfica que se sitúa en la isla de Santa Elena, isla

¹ B. Gracián, *El Criticón*, ed. cit., t. I, Parte II, crisis II, p. 237

² *Ibídem*, Parte I, crisis I, p. 9.

volcánica famosa porque en ella sería desterrado Napoleón, situada en el Océano Atlántico a 1850 kms. de la costa de Angola. Fue descubierta en 1502 por el navegante español Juan de Novoa, entonces al servicio de Portugal; y pasó a dominio británico en 1650. Veamos sino como continúa la narración del primer episodio novelesco: “Brillante círculo, en cuyo cristalino centro yace engastada una pequeña isla o perla del mar o esmeralda de la tierra. Diola nombre Augusta Emperatriz, para que ella lo fuese de las islas, corona del océano. Sirve, pues, la Isla de Santa Elena, en la escala de un mundo a otro, de descanso a la portátil Europa y ha sido siempre venta franca, mantenida de la divina próspera clemencia en medio de inmensos golfos, a las católicas flotas del Oriente”³.

1.- La narración del episodio del naufrago tiene todos los ingredientes propios de una obra escrita en la segunda mitad del siglo XVII, con el mito del estado de naturaleza como trasfondo. La isla estaba inhabitada cuando, asido a una tabla e hiriendo “los aires con suspiros, mientras azotaba la aguas con los brazos”, fluctuando entre el mar y la tierra, exhausto de fuerzas, el pobre naufrago “cuando un gallardo joven, ángel al parecer y mucho más al obrar, alargó sus brazos para recogerle en ellos amarras de un secreto imán, si no de hierro, asegurándole la dicha con la vida”⁴.

Al lograr recuperarse lo suficiente para agradecer al joven el haberle salvado la vida, probó a hablarle en varias lenguas, pero en ninguna recibía respuesta, sólo gestos de alborozo por su extraordinaria

³ Ibídem.

⁴ Ibídem, p. 10-11.

acción, vislumbre de la “vivacidad de su espíritu”⁵. Así comienza la historia del peregrinaje por la vida de Andrenio y Critilo novelada por Gracián en *El Criticón*.

a) Ciñéndonos al tema que nos hemos prefijado, la primera muestra que encontramos de la prudencia y de la sagacidad en el pensar y en el obrar es el descubrimiento de la racionalidad por parte de Andrenio. Criado entre bestias y animales y alimentado por una gacela como si fuera una de sus crías, llegó un momento en que, sin saber hablar, sino sólo aullar, como había aprendido de aquéllos con quienes compartía vida y alimentos, se le ocurrió pensar que no era como ellos, pero tampoco sabía quién era, ni quién y para qué le había dado el ser. Al despertar en él la voz de la razón se formuló una larga serie de preguntas, todas ellas dirigidas a ese mismo objetivo: saber quién era, y puesto que no era igual a los brutos con quienes convivía, saber cuál era el sentido de su ser y de su existencia. “¿Soy o no soy? Pero, pues vivo, pues conozco y advierto, ser tengo”⁶, fue la conclusión a que llegó en su primer razonamiento. Esta pregunta y su solución, que Baltasar Gracián introduce en su discurso, es un claro eco de la duda metódica planteada por Descartes, educado por los jesuitas, en su *Discurso del método*, publicado en 1637, cuya mención evita como es su costumbre siempre que allega materiales de notoria procedencia para ilustrar su propio discurso.

⁵ Ibídem, p. 10-12.

⁶ Ibídem, p. 14; cfr. *supra*, p. 335 y 342.

Esta ocultación deliberada de algunas de las fuentes en que se inspira se repite en la crisis siguiente titulada “Gran teatro del universo”, una copia casi literal de *El gran teatro del mundo*, de Pedro Calderón de la Barca, auto sacramental compuesto en la década de 1630. De acuerdo con su título, en esta segunda crisis comparecen todos los vivientes para conocer el reparto de los bienes hecho por el Supremo Artífice del universo y para que eligieran lo que quisieran para su morada y vivienda. Al llegar su turno al hombre, éste “dijo que él no se contentaba con menos que con todo el universo”. Accedió a su petición el supremo dueño, no sin antes tranquilizar a los demás vivientes advirtiéndoles que se le concedía “como persona, no como bestia”, y que sólo como tal sería señor “de todas las cosas criadas, pero no esclavo de ellas”⁷. Y para que entendiera su grandeza, Critilo fue mostrando a Andrenio toda la hermosura y perfección del universo, comenzando por el sol, espejo divino, el cielo estrellado, la claridad del día y la noche serena, pues “no sin enseñanza fue celebrada la lechuza en la discreta Atenas por símbolo del saber”; por último, la luna, símbolo del hombre por ser mudable y defectuoso, pobre y triste, todo lo cual se le originaba por su proximidad a la tierra⁸.

Después de admirar la grandeza del universo, Critilo se dispuso a mostrar a Andrenio la belleza de todo lo que en la tierra existe y de lo que en ella ostenta la Naturaleza, porque “si la admiración es hija de la ignorancia, también es madre del gusto”, y de esta “civilidad del gusto” supieron sacar los sabios en sus reflexiones nuevas perfecciones a

⁷ *Ibíd.*, Parte I, crisis II, p. 17-18.

⁸ *Ibíd.*, p. 21-25.

las realidades ya conocidas. La primera gran maravilla hallable en la tierra es su fecundidad, que se puede encontrar “moviendo más los ojos que los pies”, es decir, siendo más sagaces que andarines. Lo que más celebraba Andrenio, al recordar su soledad entre las bestias y confirmar por ella que era un ser diferente a aquellos con los que vivía, era “el ver tanta multitud de criaturas con tanta diferencia entre sí, tanta pluralidad con tanta rara diversidad, que ni una hoja de una planta ni una pluma de un pájaro se equivocaban con las de otra especie”. Pero lo que más admiraba de este agradable laberinto de prodigios de la naturaleza era la conjugación de la hermosura con la utilidad, pues todas las cosas, además de su natural belleza, contemplable por el hombre, proporcionaba a éste utilidad y provecho⁹.

Pero si lo que la naturaleza inanimada ofrecía al hombre para que éste se solazara en ella con su vista, era tan agradable, no menor lo era la felicidad que el canto y el gorjeo de las aves, “alivio grande de la vida”, proporcionaban a su oído. “Es que las aves”, le explicó Critilo, “como moradoras del aire, son más sutiles” que los demás seres animados que pueblan la tierra. “Y es en tanto grado esta sutileza alada, que ellas solas llegan a remedar la voz humana, hablando como personas”¹⁰. Este encendido elogio de la sutileza alada no es vano, y por sí solo demuestra la alta estima que Gracián tenía de ella y de sus sinónimas la sagacidad y la agudeza. Lo que remata con esta general advertencia, junto de su incorregible misoginia: “Y entre todas, así aves, como fieras, notarás siempre que es más galán y más vistoso el macho

⁹ Ibídem, Parte I, crisis III, p. 27-29.

¹⁰ Ibídem, p. 31.

que la hembra, apoyando lo mismo en el hombre, por más que lo desmienta la femenil inclinación y lo disimule la cortesía”¹¹.

Y del aire al mar, de las aves a los peces, pues, aunque Andrenio estaba embelesado con todo lo que en su vida salvaje, que es tanto como decir en su estado natural, había contemplado en la tierra, sobre todo en la agreste naturaleza de los bosques en que había morado, su admiración creció de punto y sus ojos no eran capaces de saciar su apetito de ver cuando descubrió el mar y en él tanta multitud y variedad de peces, grandes y pequeños, que en él viven y alegran sus aguas y sus vidas. Sentado en una de sus grandes rocas, desde la que podía contemplar el mar océano, se sintió anegado contemplando tanta variedad y tanta belleza juntas, tanta laboriosidad y tanto atender cada especie a lo que su instinto le impulsaba, cruzando las aguas con velocidad inaudita o reposando en ellas como si fuera su lecho. Y de nuevo entran en escena los ojos, la agudeza de los ojos, que se decía compuestos de dos humores “aquéo y cristalino”, siendo esa la causa por la que “gustan tanto de mirar las aguas, de suerte que sin cansarse estará embebido un hombre todo un día viéndolas brollar, caer y correr”. Esta maravilla de la agudeza de los ojos alcanzaba su expresión más sutil y sagaz, viene a decir Andrenio, “sobre todo cuando advertí que iban surcando sus entrañas cristalinas tantos peces, tan diversos de las aves y de las fieras”, hasta el punto que “puedo decir con toda propiedad que quedó mi admiración agotada”¹².

¹¹ Ibídem, p. 31-32.

¹² Ibídem, p. 34.

Después de admirar la grandeza del cosmos y de contemplar la hermosura de la tierra con toda su variedad de plantas y animales, llega su turno al hombre, la obra máxima del Supremo Artífice, y la más mudable de todas las criaturas. También en él está sujeto a contradicciones dentro de sí mismo, es más, “todo él se compone de contrarios”. En particular la parte inferior de su ser, que “está siempre de ceño con la superior y a la razón se le atreve el apetito y tal vez la atropella”, de tal manera que “ya vencen los vicios, ya triunfan las virtudes”¹³.

A pesar de la inconsistencia y de las limitaciones de su propio ser, que le impiden liberarse de tener el enemigo de la oposición en su propia casa, Gracián sostiene que el hombre tiene capacidad natural para conocer a Dios. “Es muy connatural en el hombre” –dice por boca de Critilo- “la inclinación a su Dios, como a su principio y a su fin, ya amándole, ya conociéndole”. Para ilustrarlo, haciéndose eco de una idea ya común en su siglo, sitúa al joven Andrenio en el estado de naturaleza en que hasta entonces había vivido, y le hace reconocer que, entre las muchas maravillas que había descubierto su inteligencia natural al contemplar la fábrica del universo, viendo juntas “tanta hermosura con tanta utilidad” y “tanto concierto con tanta contrariedad”. Se ve forzado a confesar que con todo “lo que a mí más me suspendió fue el conocer un Creador de todo, tan manifiesto en sus criaturas y tan escondido en sí”. Y concluye así su experiencia de la divinidad en el estado natural en que se encontraba: “Con todo eso, está tan oculto este gran Dios, que es

¹³ *Ibíd.*, p. 35.

conocido y no visto, escondido y manifiesto, tan lejos y tan cerca. Eso es lo que me tiene fuera de mí y todo en él, conociéndole y amándolo”¹⁴.

En claro contraste con esta imagen idílica y placentera del hombre en el estado de naturaleza, conociéndose y viviendo pacíficamente entre fieras y brutos, la visión que Gracián presenta del hombre en el estado de sociedad, representada por la trayectoria vital de Critilo hasta llegar a la isla oceánica, es francamente negativa y llena de perplejidades, calificándola incluso de “la gran tragedia de la vida”.¹⁵ Basta recordar al respecto el apólogo que describe la supuesta pena impuesta a un malhechor, que fue condenado por sus crímenes a ser sepultado vivo en una gran fosa junto con los animales más furiosos y dañinos, desde el tigre a la serpiente. Ejecutada la sentencia, casualmente acertó a pasar por el lugar un extranjero, que oyó los gritos y lamentos del condenado, y apiadándose de él, se acercó y retiró la losa que cerraba la fosa, saliendo enseguida todas las fieras, las cuales se acercaron al extranjero, momento en que éste temió sería despedazado por ellas; pero ocurrió todo lo contrario, ya que todas, una tras otra, se postraron ante él, dándole muestras de agradecimiento por tan generosa y virtuosa acción de liberarles de la muerte segura, y le rogaron que huyese de allí antes de que saliera el hombre, si no quería ser víctima de su fiereza. Al fin y por último salió el hombre, momento en que todas las fieras huyeron despavoridas, pero el extranjero se quedó quieto esperando el agradecimiento de éste por tan generosa acción; pero ocurrió lo inesperado por él, ya que sospechando el malhechor que aquel extranjero

¹⁴ Ibídem, p. 38.

¹⁵ Ibídem, p. 39.

tenía dinero, arremetió contra él y lo mató para robarle. Conocido el hecho, Critilo se dirigió a Andrenio y le dijo: “Juzga tú, ahora, ¿cuáles son los crueles, los hombre o las fieras?”. Al oír esta advertencia Andrenio, recordando todavía la placidez de su convivencia con los animales en el estado de naturaleza, exclamó: ¡Qué malos son los hombres! A lo que apostilló Critilo: “Pues advierte que aún son peores las mujeres y más de temer”¹⁶, dando así una muestra más de su exacerbada aversión a las mujeres. Y es que para él el hombre en el estado de sociedad supera en maldad a todos los animales, y aunque no tiene armas ofensivas ni defensivas como ellas, posee la malicia y “tienen una mala intención, más torcida que los cuernos de un toro y que hiere más a ciegas”, su maldad es interna y procede de su alma, “todo lo cual no se halla ni se conoce entre las fieras”¹⁷.

Anotemos de paso que la fuente originaria de este bello pasaje fue, según opinión de Adolphe Coster, un apólogo que se contiene en la obra de Ramón Lull titulada *Felix de les maravilles del mon*, que indudablemente conoció Gracián, pues en la Agudeza XXXVIII alude a uno de sus cuentos. Pero a su vez la fuente en que se inspiró es la colección oriental *Calila y Dimna*. Existe además otra versión castellana de este cuento en el *Libro de los enxemplos* (CXXXVI). Así lo recoge Emilio García Gómez en su tesis doctoral titulada *Un cuento árabe, fuente común de Abentofail y de Gracián* en la que se refiere a este cuento en sus páginas 63-64¹⁸, diciendo es muy posible que fuera

¹⁶ Ibídem, crisis IV, p. 45-46;

¹⁷ Ibídem, p. 44-45.

¹⁸ Este cuento es el relatado en la página anterior y principio de la presente; cfr. *supra*, p. 353.

conocido por Gracián a través de una versión o vieja tradición castellana contenida en una colección de *enxiemplos*, cuentos o apólogos de raíces muy antiguas y de origen oriental, muy posiblemente de la India, que pasó a la península Ibérica durante la ocupación árabe, siendo bastante conocido en la Edad Media y el Renacimiento, bajo distintas versiones, que circularon, especialmente, entre la población morisca establecida en Aragón y también en toda la costa mediterránea

Todas estas cosas, que entretenían el ánimo y la mente de los ya socios Andrenio y Critilo, ocurrían mientras ambos se disponían a embarcar rumbo al mundo civilizado, cuando de pronto oyeron las voces de los navegantes y divisaron su rostro y finalmente amainaron velas para recogerlos. Antes de que llegara el día de su partida, todavía “estuvieron allí detenidos algunos días cazando y refrescando”, hasta que, “hecha ya agua y leña, se hicieron a la vela en otras tantas alas para la deseada España”. El escenario real de este acontecimiento es relativamente preciso, pues se sitúa en la zona de aparcadero de la isla Santa Elena, en la que solían amarrar y zarpar los barcos que a ella llegaban, situada en pleno océano. Lo que constata el novelista es que “embarcáronse juntos Critilo y Andrenio, hasta en los corazones”¹⁹.

La travesía por el mar océano no debió de ser nada fácil, y duró muchas jornadas. Así lo confirma el propio autor: “Fue la navegación tan peligrosa, cuan larga”²⁰. Para aliviar el tedio y el cansancio, Critilo se decidió a contar a su compañero la trágica historia de su vida, resumida en estos breves trazos, seleccionados por su relación

¹⁹ Ibídem, p. 46-47.

²⁰ Ibídem, p. 47.

con el tema que nos ocupa. Era hijo de padre y madre españoles, “ambos principales”, y había nacido en el barco en que ambos se dirigían a la India en aquellos mismos golfos en que ahora se encontraban, “entre el horror y la turbación de una horrible tempestad”, otro lugar común de las narraciones de la época, que Gracián se apropia, como de costumbre, sin reparo alguno. Pasó su infancia y su juventud en la ciudad de Goa, donde su padre logró acaudalar bienes y fama. “Mas yo, entre tanto bien, me criaba mal, como rico y como único. Cuidaban más mis padres fuese hombre” que, sobre todo, “persona”. Pero pasada la adolescencia, “fui entrando de carrera por los verdes prados de la juventud, tan sin freno de razón, cuan picado de los viles deleites”²¹, relata el navegante.

Pasado el tiempo, continúa el relato personal, caí en los laberintos del amor y me enamoré perdidamente de una joven “hermosa, discreta y de pocos años”, de nombre Felisinda, cuya gentileza me cautivaba. Ante la oposición de sus padres, que llegaron a perder la vida al haber perdido al hijo, éste se entregó por entero a su pretendida, quien le correspondía con su fidelidad, a pesar de haberle salido un rival, con el que finalmente se enfrentó y en una refriega le quitó la vida. Detenido y apresado, privado de su hacienda y bienes, perdidos los amigos y su apoyo, descubrió el desengaño, y decidió acudir al remedio de su vida. “Dí en leer, comencé a saber y ser persona, que hasta entonces no había vivido la vida racional, sino la bestial. Fui llenando el alma de verdades y de prendas”. Y continúa el relato: “Conseguí la sabiduría, y con ella el bien obrar, que ilustrado una vez el entendimiento, con facilidad endereza la ciega voluntad”. Aquel “quedó rico de noticias” y ésta “de

²¹ *Ibíd.*, p. 47.

virtudes”, y en verdad “abrí los ojos”, que hasta entonces había tenido cerrados. Lo que sigue es de suma importancia vital para nuestro objetivo principal, pues reza así: “Estudié las nobles artes y las sublimes ciencias, entregándome con afición especial a la moral filosofía, pasto del juicio, centro de la razón y vida de la cordura”. Con esta conclusión: “Mejoré de amigos, trocando un mozo liviano por un Catón severo y un necio por un Séneca. Un rato escuchaba a Sócrates y otro al divino Platón”²².

Reclamado por España, porque se ventilaba en ella su causa, después de mucho padecer y sufrir, por orden del virrey, tomó la primera flota, siendo entregado a título de preso a su capitán. Aunque dejó la India siendo pobre, lo hizo con gran contento, y pronto trabó amistad con el capitán de la nave. Pero durante la navegación se encontró con un nuevo prodigio del humano engaño, pues estando a solas una noche con el capitán en la popa del navío, en un descuido éste lo lanzó al profundo abismo. Avergonzado de su traición, comenzó a dar voces, y al punto llegó la tripulación arrojándole cables y sogas para salvarle; pero todo fue en vano. Sólo pudo agarrarse a una de las tablas que al final le lanzaron, que para él fue “áncora sagrada”, a la que se asió, dejándose llevar por el albedrío de las olas, hasta que éstas le “arrojaron a esta pequeña isla, tu patria y para mi gran cielo”²³. Así terminaba su relato dirigiéndose a Andrenio, quien le sacó del agua exhausto con sus poderosos brazos. La escena por lo tanto ocurre también en un marco perfectamente definido, y aunque no describa la trayectoria que siguió el navío, hace suponer que fue partiendo de Goa por el mar Árabeto y surcando las aguas del océano

²² Ibídem, p. 48 y 52.

²³ Ibídem, p. 52 a 54.

Índico por la costa oriental de África, y después de bordear su cono sur, adentrándose por el océano Atlántico hasta llegar a la altura del cabo de Santa María, en que el infortunado preso fue arrojado al mar profundo.

Lo realmente interesante de esta fabulosa historia, al menos para nuestro objetivo, son las lecciones morales que de ella se extraen. Y también el efecto que la minuciosa relación del naufrago produjo en su acompañante. Puesto que, concluido el relato, “emplearon lo restante de su navegación en provechosos ejercicios, porque a más de la agradable conversación, que toda era una bien proseguida enseñanza, le dio noticias de todo el mundo y conocimiento de aquellas artes que más realzan el ánimo y le enriquecen, como la gustosa historia, la cosmografía, la esfera, la erudición, y la que hace personas, la moral filosofía”²⁴.

b) Al llegar al mundo civilizado, y con él al estado de sociedad dejando atrás el estado natural, la alegría de ambos viajeros por haber llegado sanos y salvos a tierra fue incontenible, expresándolo con estas palabras: “Ya estamos en el mundo –dijo el sagaz Critilo al incauto Andrenio, al saltar juntos en tierra”. Y continuó con una breve aclaración, diciéndole, entre otras cosas, lo siguiente: “Visto has hasta ahora las obras de la naturaleza y admirándolas con razón; verás de hoy adelante las del artificio”. Y terminó su admonición con esta exclamación: “¡Oh, cuán otro te ha de parecer el mundo civil del natural y el humano del divino!”²⁵.

²⁴ Ibídem. p. 54.

²⁵ Ibídem, Parte I, crisis V, p. 57.

A su entrada en el mundo, lo primero notorio con que se toparon, fue con un “escuadrón de niños de diferentes estados y naciones”, que iba guiado por una mujer rara, madre común de todos ellos, acompañada de muchas criadas que cuidaban de ellos, “llevaban en brazos los más pequeñuelos” y a los “mayorcillos de la mano”. Este singular paraje, en el que se relatan las impresiones de Andrenio, todavía reciente su abandono del estado natural, con la niñez humana, es de una belleza y ternura inigualables y para nuestro tema concreto es una pieza clave de un valor incalculable. Leamos su versión original de estas impresiones: “Mucho gustó Andrenio de ver tanta y tan donosa infantería, no acabando de admirar y reconocer al hombre niño. Y tomando en sus brazos uno en mantillas, decíale a Critilo: “¡Es posible, que éste es el hombre! ¡Quién tal creyera! ¡Que este casi insensible, torpe e inútil viviente ha de venir a ser un hombre tan entendido a veces, tan prudente y tan sagaz, como un Catón, un Séneca, un conde de Monterrey!²⁶. Y de nuevo la comparación con la niñez en el estado de naturaleza, mejor dicho, en este caso, con el estado salvaje: “Lo que más me admira -ponderó Andrenio- es el indecible afecto de esta rara mujer. ¡Qué madre como ella! ¿Puédese imaginar tal fineza? De esta felicidad carecí yo, que me crié dentro de las entrañas de un monte y entre fieras: allí lloraba hasta reventar, tendido en el duro suelo, desnudo, hambriento y desamparado, ignorando estas caricias”. A lo que Critilo le replicó advirtiéndole que de estas cosas vería muchas en el mundo, pero que no son todo lo que parecen, sino muy al contrario. Y remató su advertencia

²⁶ Ibídem, p. 58. El conde de Monterrey, de nombre Gaspar de Azevedo y Zúñiga, el quinto que ostentó este título, fue virrey de España y de Perú, famoso en su tiempo por su prudencia y abnegación.

con esta premonición: “Ahora comienzas a vivir; irás viviendo y viendo”²⁷.

Muy pronto se daría cuenta el inocente Andrenio que esta primera impresión suya de la bondad del mundo civilizado, y por ende del estado de sociedad en contraposición al estado de naturaleza, carecía de consistencia, y que la realidad de la vida social no era tan feliz como él se la imaginaba. Tras su entrada en el mundo, Andrenio y Critilo caminaban “sin parar ni un instante, atravesando países, aunque sin hacer estación alguna y siempre cuesta abajo”, siguiendo al “pigmeo escuadrón” de los niños²⁸. La ficción narrativa se desborda y multiplica al perder toda referencia a un escenario real que le sirva de soporte físico. Cuando todo hacía pensar que, tras su llegada a puerto, los dos peregrinos del mundo habían tomado el camino real y se dirigían a la corte del Imperio, meta primera de su peregrinaje en busca de la felicidad, el autor trastueca sus planes y redobla su fantasía creadora, hablando del “universal camino”, que discurría por un “profundísimo valle, rodeado a una y otra banda de altísimos montes”²⁹. Es en este singular paraje donde describe la cara amarga de la condición humana. Engañados por la mujer que les guiaba, se metieron en la profundidad del valle, un ejército de fieras de las más feroces, atacaron a los niños, quienes, como si fueran indefensos corderillos, sufrieron una sangrienta carnicería, quedando muy pocos para contarlos. Pero, cuando todo parecía perdido, “en medio de tan espantosa confusión y cruel matanza, amaneció de la otra parte del valle, por lo más alto de los montes, con

²⁷ *Ibíd.*, p. 58-59.

²⁸ *Ibíd.*, p. 59.

²⁹ *Ibíd.*

rumbo de aurora, una otra mujer (y con razón otra), que, tan cercada de luz como rodeada de criadas, desalada, cuando más volando, descendía a librar tanto infante como perecía”. Ayudada por sus ministros, esta hermosa reina, “cuando los tuvo todos juntos, sacólos a toda prisa de aquella tan peligrosa estancia, guiándolos de la otra parte del valle, el monte arriba, no parando hasta llegar a lo más alto, que es lo más seguro”. Y cuando ya los tuvo todos a salvo los encomendó a “algunos sabios varones, que los apadrinasen y guiasen siempre cuesta arriba, hasta la gran Ciudad del Mundo”³⁰, en la que se ubicaba la isla de la Inmortalidad.

La sin duda pintoresca ficción novelesca pudiera muy bien tener una interpretación teológica, representando Eva, la madre de todos los humanos, a la primera mujer, y María, la nueva Eva, la otra mujer, que logra poner a salvo a los infantes que quedaban de tanta calamidad. Esta interpretación estaría en cierto modo avalada por el escenario del “valle”, de tan alta resonancia en la visión cristiana del mundo. Y en realidad no se puede decir que sea una interpretación totalmente errónea y fuera de lugar, pues, leyendo atentamente el pasaje, se detecta una velada reminiscencia y un eco lejano de esa concepción del mundo humano, que Gracián, como jesuita, conocía muy bien. No obstante, lo que directa y propiamente intenta es ofrecer una visión moral del mundo y de la condición humana, pues identifica claramente a la primera mujer con la crueldad humana y con “la mala inclinación”, “la propensión al mal”; y a la segunda mujer la identifica con la bondad, la sabiduría, el buen consejo y la buena intención, bajo la guía segura de la razón recta.

³⁰ Ibídem, p. 60-61.

Lo confirma esta secuencia final de su ficticio relato: “De modo que, cuando llega la Razón, que es aquella otra reina de la luz, madre del desengaño, con las virtudes sus compañeras, ya los halla depravados, entregados a los vicios y muchos de ellos sin remedio”. Pero, aunque le cueste, logra “sacarlos de las uñas de sus malas inclinaciones”, y pese a que “halla grande dificultad en encaminarlos a lo alto y seguro de la virtud, porque es llevarlos cuesta arriba”³¹.

La razón se convierte así en reina de las virtudes, y en ella tiene su sede la prudencia. También la sagacidad. Ésta es “la piedra de toque que examina el Bien y el Mal”, y es también, como “diamante finísimo”, el “imán”, que señala “el norte de la virtud. Y es finalmente, “la piedra de todas las virtudes, que los sabios llaman el dictamen de la Razón, el más fiel amigo que tenemos”³². Este ensalzamiento inequívoco y puntual de la razón práctica, que Gracián hace con tanta elocuencia como elegancia, es el mejor aval que garantiza el acierto de una investigación seria sobre el tema que tenemos entre manos, y disipa todas las dudas que sobre su elección como objeto de tesis doctoral pudieran suscitarse.

La radical disyuntiva de los vicios y las virtudes, y su incompatibilidad, sirve al autor para traer a cuento otro de los grandes lugares comunes de la cultura popular, muy presente en la literatura cristiana medieval³³: el de la encrucijada o división de caminos que

³¹ *Ibíd.*, p. 62.

³² *Ibíd.*, p. 63.

³³ Aparece, por ejemplo, en los *Fioretti* o *Floreccillas* de la vida de San Francisco, cuando, yendo caminando con fray Junípero, llegaron a un cruce de caminos, sin saber por cual de ellos optar, y que se resolvió dando vueltas fray Junípero en derredor hasta que cayó al suelo, tomando la dirección de la caída como señal del

diferencian el vivir, siendo necesario elegir qué senda y por qué mano se ha de echar. En principio la opción no parece difícil de acuerdo con la condición moral del caminante, pues el camino de la izquierda era fácil, entretenido y cuesta abajo, mientras que el de la derecha era áspero, desapacible y cuesta arriba. Pero el moralista aragonés, en su afán de retorcer los dichos usuales, sugiere que en realidad eran tres y no dos, por lo que la tradición común del bivio humano, o de las dos vías, había que rectificarlo. Cuando se acercaron más al cruce, se encontraron con un montón de piedras, que indicaban el índice del numen vial y que se había formado al ser arrojadas por los viandantes, y en cuyo vértice superior había sido clavado un letrero, que aconsejaba seguir el camino del medio³⁴. Vieron también la efigie de un joven montado a caballo, a quien su padre le aconsejaba: “Ve por el camino del medio”. Ante lo cual explicó Critilo: “Este fue un mozo que entró muy orgulloso en un gobierno, y, por no atender a la mediocridad prudente, como le aconsejaban sus ancianos, perdió los estribos de la razón, y tantos vapores quiso levantar en tributos, que lo abrasó todo, perdiendo el mundo y el mando”³⁵.

Empeñados en este debate del punto medio, hay un curioso concierto de virtudes y de vicios, con plausibles empresas las primeras y con atractivos trabajos los segundos. Competían las virtudes por orden,

camino que debían seguir.

³⁴ Es posible que Gracián se inspirara aquí en la conocida tradición del camino de Santiago, que continúa viva en la actualidad, según la cual, en lo alto del monte que hay a la salida de la Maragatería, existe desde tiempo inmemorial un montón de piedras, formado por los cantos arrojados por los peregrinos, con una gran cruz de hierro clavada en el medio, la famosa “Cruz do Ferro”, que indica el camino a seguir para llegar a Compostela.

³⁵ *Ibíd.*, p. 65.

apoyadas por la Fortaleza, y “procediendo así todas las otras, remataba la Prudencia, como reina, y en sus manos tenía una preciosa corona con este lema: ‘Para el que ama la mediocridad de oro’. Leíanse otras muchas inscripciones, que formaban lazos y servían de definiciones al Artificio y al Ingenio”³⁶. Mientras que los vicios estaban representados por los presumidos, los vanos, los vengativos, los glotones, los lascivos y los avaros. En viendo que algunos importantes personajes seguían este camino, les preguntaron que por qué habían optado ir por ahí, a lo que ellos contestaron que no iban, sino que los llevaban. Ante la acuciante disyuntiva de qué camino seguir en la vida, por decisión de Critilo resolvieron: “Echemos nosotros por el más seguro, aunque no tan plausible, que es el de una prudente y feliz medianía, no tan dificultoso como el de los extremos, por contenerse siempre en un buen medio”³⁷.

c) A partir de este lance, la narración novelesca vuelve a asentarse en una base real, cuyo escenario es “una de sus más célebres ciudades, gran Babilonia de España, emporio de sus riquezas, teatro augusto de las letras y las armas, esfera de la nobleza y gran plaza de la vida humana”³⁸. Aunque no revela cuál era esa ciudad, seguramente el autor está aludiendo a Madrid. Iban en busca de hombres, que estuvieran gobernados por la razón, y no habían logrado hallar uno tan sólo³⁹; tras largo rato y cansancio toparon con una figura con “doblada humanidad”:

³⁶ Ibídem.

³⁷ Ibídem, p. 67.

³⁸ Ibídem, p. 68.

³⁹ Estamos ante un claro eco de la anécdota de Diógenes el Cínico, que iba buscando a un hombre por las calles de Atenas, a plena luz del día y con un farol en la mano.

era nada menos que “el sabio Quirón⁴⁰”, que se ofreció a servirles de guía; ante la queja de los dos caminantes, les dijo que no le extrañaba, pues no era siglo de hombres. Bajo su guía, continuaron su andadura por la gran ciudad, y pensaron que si no hallaban hombres en la tierra, sería porque moraban en el aire y “por no ser Janos⁴¹ de prudencia”, se señalaban unos a otros con el dedo diciéndose de quien era hijo cada uno.

En su inquieto caminar por la gran ciudad, viva representación del siglo, llegaron a la su Plaza Mayor, repleta de toda clase de fieras, las más dañinas del planeta, símbolo de los hombres que por ella pasaban, siendo advertidos por Quirón que no debían temer, pero “cautelarse, sí”, pues “no está el mundo para tomarlo de asiento”, al paso que les previno que “los verdaderos hombres de bien no osan parecer, viviendo retirados dentro [de] los límites de su moderación y recato”⁴².

Seguían los dos caminantes dando vueltas por la plaza cuando creyeron que por fin veían en ella algunos verdaderos hombres, pero de nuevo les previno Quirón con estas palabras, que en el fondo revelan la visión pesimista que el escritor aragonés quiere transmitir del siglo en que le tocó vivir: “Advertid que los que habían de ser cabezas por su prudencia y saber, éstos andan por el suelo, despreciados, olvidados y abatidos”, y “al contrario, los que habían de ser pies por no saber las cosas ni entender las materias, gente incapaz, sin ciencia ni experiencia, éstos mandan”. Este encendido elogio de la prudencia y del saber práctico

⁴⁰ El centauro mitológico hijo de Crono y Fílira, a quien fue confiada la educación de Aquiles y que fue maestro de Esculapio; cfr. *supra*, p.286.

⁴¹ *Ibíd.*, Parte I, crisis VI, p. 70-71. Rey legendario del Lacio que podía recordar el pasado y adivinar el porvenir, y por eso se representaba con dos caras; cfr. *supra*, p. 412.

⁴² *Ibíd.*, p. 72.

lo repite poco después con carácter general, cuando, de nuevo por boca del mítico Quirón, dice: “Advertid que los más de los mortales, en vez de ir adelante en la virtud, en la honra, en el saber, en la prudencia y en todo, vuelven atrás, y así muy pocos son los que llegan a ser personas”⁴³.

Jugando con el significado de las palabras y sus posibles equívocos, tarea que le era tan grata, y en cuyo oficio se siente como pez en el agua, Baltasar Gracián declara que el mundo hasta en el nombre miente, pues significando limpio, debería llamarse inmundo. Y lo mismo ocurre con el hombre, que, siendo persona de razón y por consiguiente de orden, todo lo hace al revés y lo convierte en desorden. Es algo que los pocos sabios que en el mundo han sido no han podido remediar. Y es que él fue siempre el que es: “así le hallaron todos y así le dejaron”⁴⁴. Con este escueto dictamen resume el moralista aragonés su negra visión del mundo.

Tratando de determinar la causa de la maldad del hombre como ser viviente en el inmundo mundo, Gracián apunta que no es otra que el estar dotado de razón, motivo por el cual todos los males le declararon su enemigo común. Aparecen entonces en apretada fila todos los vicios, conducidos en tropel por la mentira, la cual, junto con el engaño, embiste “la incauta candidez del hombre, cuando mozo y cuando niño, valiéndose de sus invenciones, ardides, estratagemas, asechanzas, trazas, ficciones, embustes, enredos, embelecos, dolos, marañas, ilusiones, trampas, fraudes, falacias y todo género de italiano proceder”; es decir, de todo lo contrario a lo que la prudencia y la sagacidad como

⁴³ *Ibíd.*, p. 74-75.

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 86.

criterios de la conducta humana, de tal manera que, “de este modo, entrando los demás vicios por su orden”, tarde o temprano se adueñaron del hombre⁴⁵.

Cuando ya “se habían despedido del sagaz Quirón”, los dos caminantes tomaron el camino más directo, y “pasaron adelante en el peregrino viaje de su vida”. Iban discutiendo sobre el saber discurrir, cuando interrumpió su filosofar otro monstruo, que no era otro que Proteo⁴⁶, el de las mil formas. Una vez que se acercó a ellos, relata el escritor aragonés con su inconfundible sorna, “se apeó con más cortesía que un francés novicio, primera especie de engaño. Y con más cumplimientos que una despedida aragonesa, les dio la bienvenida”, ofreciéndoles el palacio de un gran príncipe, para que descansaran algunos días de su fatigado camino⁴⁷. La acción novelesca parece que ha vuelto a encontrar una base real, pero sólo a medias, pues en seguida la realidad aparente es sofocada por el amanerado artificio. Habla sí de un gran rey, que entiende y posee “la raíz de la política”. Estamos ciertamente en la Corte, en la que es preciso estar sobre sí y redoblar la cautela. Pero de nuevo predomina la ficción y las imágenes fantasiosas se suceden en una secuencia inacabable, con una amalgama de símiles y contrastes, que, si bien realzan la textura de la prosa, producen una mezcla de admiración y estupor en el lector ocasional. Entre ellos cabe destacar la metáfora de los ojos, por su natural relación con la perspicacia y con la agudeza. Tan pronto les tocó el agua, a unos, siendo antes

⁴⁵ Ibídem, Parte I, crisis VII p. 88.

⁴⁶ Personaje mitológico tenido como el dios marino que pastoreaba los rebaños de Posidón; cfr. *supra*, p. 413.

⁴⁷ Ibídem, p. 89.

naturales y claros, se les trocaron vidriosos y de múltiples colores; a otro “se le volvieron cándidos, como la misma leche”, de modo que cuanto “veía le parecía bueno”; a otro “se le pusieron más amarillos que una hiel: ojos de suegra y cuñada”, que en todo hallaban reparo; a otros se le volvieron verdes, ojos ambiciosos, que esperaban conseguir todo cuanto pretendían; a otros se les ponían “tan sangrientos, que parecían calabreses”. Y continúa la cantinela hablando de ojos grandes, ojos pequeños y de vista corta, propios del incauto; ojos de amigos y ojos de enemigos, “ojos de madre, que los escarabajos le parecían perlas, y ojos de madrastra, mirando siempre de mal ojo”; y en fin, “ojos españoles, verdinegros, y azules, los franceses”⁴⁸. Y este apunte final: “Abre los ojos primero, los interiores digo, y porque adviertas donde entras, mira”, que fue la consigna que Critilo dio a Andrenio cuando divisaban ya la gran ciudad, llena de “humos, vulgar señal de habitación humana”, a la cual concurrían los habitantes de todas las provincias del reino, convertida así en paradero de todos⁴⁹. Esta apelación a los ojos interiores esconde, como es obvio, una velada referencia a la sagacidad, y también a la prudencia.

Y de los ojos a las lenguas, donde se repite la tonada burlesca, en este caso referida a quienes las hablan y a los modos de hablar, lo que adorna con la ficción de la bebida de “un licor pestilencial”, que revolvió y mudó “todo el interior” de quienes bebieron de él, “de suerte que no les quedó aquella sustancia verdadera que antes tenían”, y perdieron su valor de personas, quedándoles “los sesos de algodón, sin fondo de juicio”. Y

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 92-93.

⁴⁹ *Ibíd.*, p. 96-97.

al final la enseñanza moral de ambas metáforas, con su correspondiente corolario: “¿Piensas tú que valen poco unos ojos claros, una lengua verdadera, un hombre sustancial, un duque de Osuna⁵⁰, una persona que lo sea, un príncipe de Condé?⁵¹. Créeme y estima el serlo, que es un prodigio de Fénix”⁵².

Como de costumbre, la descripción de la gran ciudad es en parte real y en parte ficticia, pues se observa de inmediato que se superponen diversas ciudades, entre ellas Roma, al referirse a la “casa áurea de Nerón”, y a Pedro I el Cruel, rey de Castilla (Burgos,1334-Montiel,1369). En esta gran ciudad abundaban los tenderos y mercaderes, entre los que él destaca uno que vendía “pieles de raposas”, que compraban hombres muy famosos, entre los cuales nombra a Temístocles y otros más modernos, quienes, “a falta de pieles de león, que no se hallaban”, las compraban para vestirse; “pero los sagaces servíanse de ellas por aforro de los mismos armiños”; había también una tienda especializada en la venta de anteojos, a la que entraban muchos hombres, pero sobre todo mujeres, por más que los de éstas eran muchos más caros⁵³.

⁵⁰ Pedro Téllez Girón (1574-1624). tercer duque de Osuna, fue virrey de Sicilia y de Nápoles. Se enfrentó a Venecia y a otras ciudades italianas, en franca oposición a la política que defendía en la corte el duque de Lerma; lo cual le llevó a ser relevado de sus cargos, siendo encarcelado en 1621.

⁵¹ Se trata de Luis II de Condé, cuarto príncipe de Condé (1621-1686), quien dirigió el ejército francés durante la guerra de los Treinta Años, donde alcanzó gran prestigio militar, pasando después, en 1653, al servicio de Felipe IV de España, como jefe de las tropas españolas en los Países Bajos, hasta la paz de los Pirineos en 1659.

⁵² *Ibíd.*, p. 95-96.

⁵³ *Ibíd.*, p. 98-99.

Entremezclando otra vez lo real con lo fantástico, la narración prosigue diciendo que, “después de haber pasado las calles de la Hipocresía, de la Ostentación y Artificio, llegaron ya a la Plaza Mayor, que era la de Palacio” real, en el que todas las puertas eran falsas, entre muchas torres, “más que en Babilonia”, y en el cual veían al monarca, que en aquel momento asistía a unas fiestas del pueblo, para no tener “que discurrir en cosas mayores”. Estaba la plaza convertida en un “gran corral del vulgo”, como un enjambre de moscas, “engordando con lo podrido y hediondo de las morales llagas”. Dejando a un lado el gentío, y centrándose en el hombre concreto, el moralista aragonés se despacha a gusto, y da rienda suelta a su pesimismo antropológico y entona toda una sinfonía lúgubre, increpando al Mundo, al Tiempo y a otros entes, que personifica sin reparo, como causa de todos los males que aquejan al hombre hasta acabar con su vida y ser atrapado por la muerte⁵⁴.

2.- Cansados del ambiente de la gran ciudad, después de haber recorrido y pisado sus principales calles, los dos peregrinos llegaron a sus puertas con la firme resolución de abandonarla. Pero, al encontrarse con los guardas y no tener visado de salida, hubieron de volver atrás, entreteniéndose en un continuo ir y venir al palacio real. Esta forzada estancia, que duró varios días, les permitió poder contemplar de cerca las maravillas del arte y del ingenio humano, complemento y mejora de la obra de la Naturaleza y sus descuidos.

⁵⁴ Ibídem, p. 99-104.

a) En este nuevo recorrido por la gran ciudad, los dos peregrinos tuvieron la gran suerte de ver “la sabia y discreta Artemia, muy nombrada en todos los siglos”, que parece que les fue presentada como una gran reina, si bien muchos la tenían por “una valiente maga” y “una grande hechicera”, porque, entre otras maravillas, “de los brutos hacía hombres de razón”, y “de los titibilicios, cascabeles y esquiroles hacía hombres de asiento y muy de propósito, y a los chisgarabises infundía gravedad”. Todavía más: “los mismos títeres convertía en hombres sustanciales y de fondo, que no hiciera más la misma prudencia”; transformaba a los ciegos en Argos⁵⁵ y en muchas personas “ejercitaba su saber y su poder con tanta más admiración cuanto era mayor la dificultad”⁵⁶.

Cuando Critilo resolvió visitar la corte de aquella gran reina, se encontró por el camino con muchos otros viandantes que iban también hasta allí, unos por curiosidad y otros por provecho propio, y todos por haber oído de la fama de su gran poder, pues entre las muchas e incontables maravillas, que se contaban de tiempos pasados, se decía que “de hombres muy livianos hacía hombres graves, y de otros muy flacos, hombres de mucha sustancia”⁵⁷. Al llegar a su artificioso palacio fue conducido por varias y bien acicaladas doncellas al salón del trono, e introducido en la “oficina en que la discretísima Artemia, asistida de los varones eminentes”, y presidida por don Vincencio de Lastanosa, “estaba actualmente ocupada en hacer personas de unos leños”. Como puede

⁵⁵ Argos, es, como se sabe, el dios de la vista, de la mitología griega, también llamado Panoptes, de quien se decía que tenía cien ojos; cfr. *supra*. p. 411.

⁵⁶ Cfr. *El Criticón*, ed. cit., t. I, Parte I, crisis VIII, p.106-108.

⁵⁷ *Ibíd.*, p. 110-112.

observarse, la urdimbre imaginaria de la novela se empareja de nuevo con elementos de la vida real, de tal modo que por momentos la escena se sitúa en el museo que Lastanosa tenía en Huesca, que el autor conocía muy bien. Al entrar en el despacho regio fue recibido por la reina con grandes muestras de afecto, “celebrándole por muy de su genio” y “sacándolo por la pinta”, y se extrañó de “que un varón discreto viniese no ya sólo, más sí tanto”, puesto que la conversación era de entendidos, y se prolongó largo rato⁵⁸.

En la larga audiencia, Artemia aconsejó a Critilo que tuviese sumo cuidado con quien era su gran enemigo Falimundo, que era capaz de hacer perecer al mundo entero y descarriar a muchos hombres buenos. Cuando todavía no había digerido el mensaje de este aviso, Critilo se enteró de que “un prudente anciano” iba en busca de Andrenio, quien justamente se hallaba perdido en la corte del gran enemigo de Artemia. Con su incauto proceder no se hundió en la sima de la maldad, porque a cada paso que daba en aquel laberinto de perdición, su prudente compañero, que no era otro que “el prudente anciano”⁵⁹, le advertía puntualmente del peligro que corría si aceptaba las tentativas propuestas que a su mente ingenua llegaban. Tras no pocos desvaríos, se convenció que todo lo que en aquella corte de maldad se ofrecía era obra del “común engaño” y de toda su engordada parentela, formada por la Ignorancia, su abuela, la Malicia, su esposa, y sus hijos e hijas, los Males, las Desdichas, el Pesar, la Vergüenza, la Perdición, la Confusión y el Desprecio, cortejados por sus hermanos y primos, como el Embuste, el

⁵⁸ *Ibídem*, p. 110.

⁵⁹ *Ibídem*, p. 112-113.

Embeleso y el Enredo. Finalmente, aconsejado por su prudente acompañante, Andrenio pudo desandar el camino y regresar a la corte de aquella reina, “tan sabia como grande, llamada Artemia”⁶⁰.

Como huésped de Artemia, Andrenio tuvo muchas atenciones, pues necesitaba sus realces, y debido a ellos, “viose muy persona en poco tiempo, y muy instruido para [en] adelante”⁶¹. En la larga conversación que con ella tuvo, después de expresarle su admiración por cuanto había visto en esta su primera entrada en el mundo civilizado, la augusta reina le preguntó cual de los prodigios que había conocido le había satisfecho más. La respuesta fue que lo que más le había satisfecho había sido él mismo, porque, cuanto más se conocía, más se admiraba. A lo que replicó la gran reina, que era eso precisamente lo que deseaba oírle, pues así lo había ponderado “el augustísimo de los ingenios, cuando dijo que entre todas las maravillas criadas para el hombre, el mismo hombre fue la mayor de todas”⁶².

Con esta lúcida perspectiva, la crisis novena de esta primera parte, intitulada “Moral anatomía del hombre”, es uno de los capítulos más importantes para nuestro tema. En ella trata el autor de describir que, en la recta disposición del cuerpo y de la función que cada uno de sus miembros desempeña, está simbolizada con total correspondencia la buena disposición del ánimo, mientras que la deficiencia o el funcionamiento anormal de aquéllos acarrea imperfección y dobleces en el ánimo. Al detenerse con la consideración de los principales órganos, entona un canto sonoro a la sagacidad y a la prudencia como criterios

⁶⁰ *Ibíd*em, p. 116-118.

⁶¹ *Ibíd*em, p. 120.

⁶² *Ibíd*em, crisis IX, p. 121.

directivos de la razón práctica, pero sobre todo a la primera. Comienza por la cabeza, “alcázar del alma” y “corte de sus potencias”. Recuerda que está colocada “en el más eminente lugar”, es decir, en lo más alto del cuerpo, para que “mejor perciba y mande”. Su función es también preeminente, pues “ocupa el entendimiento” [...], “que aun en lo material fue aventajado, como mayorazgo de las potencias, rey y señor de las acciones de la vida, que allí se remonta, alcanza, penetra, sutiliza, discurre, atiende y entiende”. Y añade el escritor belmontino: “Estableció su trono en una ilesa candidez, librea propia del alma, extrañando toda oscuridad en el concepto y toda mancha en el afecto, masa suave y flexible, apoyando dotes de docilidad, moderación y prudencia”⁶³.

Pero cuando el autor nos sorprende con uno de los más espléndidos regalos es al considerar los cinco sentidos de “esta artificiosa fábrica del hombre”, es decir, la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto, con sus respectivos órganos. En primer lugar los ojos, a los que Galeno llamó “miembros divinos”, recuerda el belmontino. Destaca en ellos su “majestuosa divinidad” y su pretensión de universalidad, “que parece omnipotencia”, y remedan inmensidad, pues “todo lo ven”, aunque no se ven a sí mismos, una providencia de la cauta Naturaleza para que no pasaran el tiempo mirándose a sí mismos y admirando su hermosura sin preocuparse de mirar otra cosa. Lo que sí tienen que hacer ante todo y sobre todo es mirar a las manos y remirar sus obras, que es tanto como decir, que atiendan a las acciones el hombre, para lograr que sean perfectas⁶⁴.

⁶³ Ibídem, p. 121-122-123.

⁶⁴ Ibídem, p. 124-125.

Como suele ser frecuente tratándose de Gracián, interviene también la vena cómica, y habla de “un hombre, a su parecer muy perfecto, con la vista duplicada”, que más parecía “ser un hombre de dos caras, doblado más que duplicado”, puesto que, si hubiera que añadir ojos, estarían mejor colocados a los lados, encima de los oídos y muy abiertos, para ver quién se acerca de lado, como si fuera amigo. En todo caso sería algo superfluo, por razón de que “dos ojos, bien empleados, bastante son para todo. Ellos miran derechamente lo que viene de cara a cara, y de reajo lo que a traición”; pues “al atento bástale una ojeada para descubrir cuánto hay”⁶⁵. Tampoco falta la vena realista. Consideremos sino esta atinada observación: “Son los ojos puertas fieles, por donde entra la verdad, y anduvo tan atentamente escrupulosa la naturaleza, que, para no dividirlos, no se contentó con juntarlos en un puesto, sino que los hermanó en el ejercicio”. Y esta otra, todavía más enjundiosa: “Los ojos son en el cuerpo lo que las dos lumbreras en el cielo y el entendimiento en el alma”⁶⁶.

Y después de los ojos, los oídos, como dos grandes ventanas, colocadas a los lados y no en el centro, debajo de los ojos, o detrás del cerebro, en el cogote. Conviene que estén siempre abiertos, porque jamás se deben cerrar la puerta al oír. Para que su función sea más segura, la sabia naturaleza “negó al hombre, entre todos los oyentes, el ejercicio de abatir y levantar las orejas”. Por eso son inmóviles, para estar siempre alerta, y a la propia naturaleza “aun le pareció [...] poca detención que en aguzarlas se tuviera”. Y por eso también, “a todas horas dan audiencia”.

⁶⁵ Ibídem, p. 125.

⁶⁶ Ibídem, p. 126.

La diferencia con los ojos estriba en que los ojos buscan las cosas, mientras al oído son ellas las que lo buscan. Es verdad que se oyen cosas que son impertinentes, e incluso dañinas, pero para ello existe un gran remedio, que es hacer el sordo, “esto es, hacer orejas de cuerdo, que es la mayor ganancia”. Por eso a veces más prudente que el oír es el desoír. De lo cual resulta la sabia norma, que formulada en estilo rogatorio, suena de esta manera: “Préstenos su sagacidad la serpiente, que cosiendo (el) un oído con la tierra, tapa el otro con el fin, dando a todo buena salida”⁶⁷.

En ese concierto de agudezas entre los sentidos del hombre se llevan la palma el olfato y las narices. En varios pasajes de su extensa obra, Baltasar Gracián afirma que el olfato y las narices son el símbolo y figura de la sagacidad. Aquí lo proclama con una aseveración, que adquiere el rango de tesis. Exclama, en efecto, refiriéndose a la gran importancia del olfato: “¡Oh, sí, que es el sentido de la sagacidad! Y aun por eso las narices crecen por toda la vida”. Es el que distingue el buen olor del malo. Y puntualiza: “Huele, pues, atenta la sagacidad de una lengua la fragancia o la hediondez de las costumbres”, para que “no se apeste el alma”. Y añade: “Goza de la fragancia de las flores y recrea el cerebro con la suavidad que despiden las virtudes”. Y poco más adelante: “Son como el *nomon* del reloj del alma, que señalan el temple de la condición” de cada hombre⁶⁸.

Tras referirse al sentido del gusto y a la doble función de la lengua, aconsejando la moderación en el gusto y la discreción en el

⁶⁷ *Ibíd.*, p. 127-128.

⁶⁸ *Ibíd.*, p. 130. *Nomon*, o mejor dicho, *gnomon*, es el medidor de las horas en los relojes solares al proyectar su sombra sobre el círculo del reloj.

hablar, el moralista belmontino se concentra en la atenta consideración de las manos como principal órgano del sentido del tacto. “Siguen a las palabras las obras”, dice al iniciar sus reflexiones. De ahí que, más que ocuparse del sentido del tacto propiamente dicho, su atención se centra en las obras, y en que son las que dan vida a la acción, haciendo realidad los dictámenes de la razón práctica. Son también ellas las que ayudan a los sentidos, y son ministras y esclavas de todos ellos. En particular “hacen toldo a los ojos para que vean, hasta ayudar a discurrir, que hay hombres que tienen los ingenios en las manos, de modo que todo pasa por ellas”⁶⁹.

La capacidad inventiva de Baltasar Gracián se manifiesta una vez más al considerar la función de los dedos de las manos, como órganos ejecutivos directos de los dictámenes de la razón práctica. Mejor reproducimos sus propias palabras, para valorar debidamente su denso contenido. “Y porque todos estos empleos” -dice por boca de Artemia- “vayan ajustados a la razón, depositó en ellas la sagaz naturaleza la cuenta, el peso y la medida”. En efecto, “en sus diez dedos está el principio y fundamento del número”, razón por la cual “todas las naciones cuentan hasta diez, y de ahí suben multiplicando”. Y también todas las medidas “están en sus dedos”, no menos que el peso. No en vano son diez los dedos de las manos como fiel reflejo de los diez mandamientos divinos. “Toda esta puntualidad fue menester para avisar al hombre que obre siempre con cuenta y razón, con peso y con medida”, concluye el escritor belmontino. Y todavía añade que son los tres dedos principales de la mano derecha, lo que indica que sólo piensa en los

⁶⁹ Ibídem, p. 132.

diestros y se olvida de los zurdos y de los ambidiestros. Son ellos los que logran perpetuar por escrito como se debe obrar, concurriendo cada uno según su especialidad, a saber, el pulgar aportando la fuerza, el dedo índice la enseñanza, correspondiendo al dedo corazón el ajuste del medio “para que resplandezcan en los escritos el valor, la sutileza y la verdad”⁷⁰.

La última reflexión sobre la función de los miembros del cuerpo humano y su expresión simbólica la reserva el moralista aragonés para el corazón, “principal parte del hombre, fundamento de todas las demás y fuente de la vida”, y por eso está en el medio, indicando que también en el medio han de estar el querer de la voluntad y la medida en el obrar, “aspirando siempre a lo más sublime y perfecto”. E insiste en que el actuar humano, si se quiere que éste sea recto, “todo ha de ser con razón, no por extremos”, resume el belmontino, haciendo un nuevo guiño a la razón práctica como juez que dictamina la bondad y la rectitud de las acciones humanas⁷¹.

b) Al abordar el tema de la degradación moral del hombre, Baltasar Gracián refuerza su propósito de encubrir con una espesa envoltura de ficción continuada toda la intrincada urdimbre de su discurso. Considera que la raíz última de toda desviación moral consiste en trastocar los medios y los fines, convirtiendo éstos en aquéllos, y viceversa, haciendo que los medios sean fines. Es lo que ocurre por antonomasia con el deleite, elegido por la sabia naturaleza para que fuera

⁷⁰ Ibídem, p. 132-133.

⁷¹ Ibídem, p. 134.

medio de todas las operaciones de la vida y convertido por el hombre en fin de todas sus acciones. Como consecuencia de ello, “todos los vicios han hecho su caudillo al Deleite”⁷², que aparece aquí personificado y por ende escrito con mayúscula, afirmación que explica de esta manera tan plástica: “él es el muñidor de los apetitos, precursor de los antojos, adalid de las pasiones y el que trae arrastrados a los hombres, tirándole a cada uno de su deleite”⁷³.

Para prevenir tal desvarío, y para poner freno a tan disimulado riesgo, el moralista belmontino hace una severa advertencia, y mediante ella reconduce el tema a los criterios de la prudencia y la sagacidad en el obrar humano. He aquí sus palabras: “Atienda, pues, el varón sabio a enmendar tan general desconcierto. Y para que estudie en el ajeno daño, oiga lo que le sucedió al sagaz Critilo y al incauto Andrenio”⁷⁴. Tampoco faltó la dura reprimenda de la enojada Artemia por abusar de sus múltiples atenciones para con ellos, y por dejarse guiar de su “ignorante audacia”, olvidando sus sabios consejos.

Dejándose guiar de nuevo por la magia de Artemia, los dos viandantes, Critilo y Andrenio, discutieron largamente qué camino debieran seguir en adelante y a qué ciudad debían dirigirse para admirar y disfrutar las maravillas del arte y de la industria humana. Esta deliberada digresión es aprovechada por el escritor belmontino para dejar constancia una vez más de sus certeras, aunque no siempre desapasionadas, apreciaciones y preferencias personales, con pinceladas muy directas para nuestro objetivo. Propusieron en primer lugar Lisboa,

⁷² *Ibíd.*, p. 138. Cfr. *supra* p. 394.

⁷³ Cfr. *El Crítico*, ed. cit., tomo I, Parte I, crisis X, p.138.

⁷⁴ *Ibid.*, y p. 139.

la “dos veces buena”, “no tanto por ser la mayor población de España”, lo que indica que, cuando el autor escribe, todavía considera a Portugal unida a España⁷⁵, cuanto por haber sido fundada por “el sagaz Ulises”⁷⁶. Y después de Lisboa, Madrid, “centro de la monarquía, donde concurre todo lo bueno en eminencias, pero desagradábala otro tanto malo, causándola asco, no la inmundicia de sus calle, sino de los corazones”. De Sevilla poco había que discutir, “por estar apoderada de la vil ganancia”, y por ser una ciudad “donde se habla mucho y se obra poco, achaque de toda Andalucía”. Tras mentar otras ciudades que podrían entrar en liza, como Granada, Córdoba, Salamanca, Zaragoza, Valencia, Barcelona, León, Burgos, Santiago y Pamplona, todas las cuales reciben una calificación apropiada a la no siempre acertada opinión del autor, los viandantes optaron por la imperial Toledo, por ser “oficina de personas, taller de la discreción, escuela del bien hablar, toda Corte, Ciudad toda, y más después que la esponja de Madrid le haya chupado las heces, donde, aunque entre, no duerme la villanía”⁷⁷.

En realidad, toda esta desabrida digresión, no tiene otra finalidad que la de servir de apoyo físico al artificio literario en que toda la narración aparece envuelta, pues no existe indicio alguno de que fuera necesario para desarrollar la trama interna de la ficción novelesca. Una conclusión que aparece confirmada en lo que sigue. Pues los dos supuestos viandantes ni siquiera entraron en la imperial ciudad, “centro,

⁷⁵ Como es sabido, la unión del reino de Portugal a España fue llevada a cabo por Felipe II en 1580. Sesenta años después, en 1640, el reino de Portugal recobró su independencia, pero ésta no fue reconocida por España hasta el tratado de Lisboa, firmado el 18 de Febrero del año 1668.

⁷⁶ *Ibíd.*, p. 140.

⁷⁷ *Ibíd.*, p. 140-141.

no tanto material cuanto formal de España”, sino que llegaron sólo “hasta aquel puesto donde se parte el camino para Madrid”, a la que debían encaminarse por ser la sede de la Corte, donde podrían saber de Felisinda. Aquí la ficción imaginaria se multiplica al hablar de numerosos caminos, nada menos que diez, para llegar a la meta, ocho de ellos personificados por otros tantos vicios, el noveno personificación de la virtud y el décimo de la Urgencia, el único camino acertado mientras durare. Y de repente la ficción se interrumpe, siendo sustituida por la realidad, al decir que muchos entran por Santa Bárbara⁷⁸, los menos por la calle de Toledo⁷⁹, algunos refinados por el Puente⁸⁰, y otros por la Puerta del Sol⁸¹, parando en Antón Martín. Son pocos los que entran por Lavapiés⁸², y muchos los que lo hacen por untamanos, una metáfora ésta que no tiene equivalente real; aunque de ordinario suele ser no entrar por ninguna parte, sino entrometiéndose, vuelve a insistir el autor, para no olvidar su invariable jugueteo con el lenguaje. Así llegaron los dos viandantes al “laberinto de la Corte”, donde fueron abandonados a su suerte por la discreta Artemia⁸³.

⁷⁸ Se refiere a la calle donde estaba el convento de las descalzas.

⁷⁹ Era una de las calles principales de la Villa y Corte, repleta de tiendas de comerciantes y artesanos.

⁸⁰ El puente o la puente es el puente de Segovia.

⁸¹ Aquí se comprueba una vez más que el escritor aragonés, o no conocía bien el Madrid de los Austrias o no le interesa el plano real de la ciudad, sino que lo único que pretende es buscar alternativas para su construcción literaria.

⁸² Se refiere, naturalmente, al barrio de Lavapiés, sin especificar más. Pero lo que generalmente interesa al autor, una vez más, es el juego de palabras y de conceptos, entendiendo que los que entraban por lava-pies eran los que entraban limpios de corazón y de conciencia, mientras que los que entraban por unta-manos eran los manchados por el vicio, especialmente por el soborno y la avaricia.

⁸³ Ibídem, p. 141-142.

La imagen que de la Corte ofrece Baltasar Gracián no es precisamente halagüeña, sino todo lo contrario, pues la presenta como albergue de todo tipo de ladrones, de avaros y salteadores, prendidos por una dulce tirana, que habitaba una mansión, que, “ni bien era palacio ni bien cueva”, sino algo así como una venta de paso, la venta del mundo, fabricada de unas piezas tan atractivas, que obligaban a entrar a todos los incautos⁸⁴.

Esta bella salteadora no es otra que la famosa Volusia, encarnación viva de la delectación, “gran muñidora de los vicios, que a cada uno de los mortales le lleva arrastrado su deleite”⁸⁵. Entre los muchos que cayeron en sus redes había uno en quien todos los demás se fijaban, porque, tras romperse las narices, se deshizo a sí mismo y hablaba muy gangoso. Este imaginario incidente ofrece a Gracián una ocasión pintiparada para hacer una combinación tan sutil como incisiva de la sagacidad y de la prudencia. Escribe al respecto: “¡No es cosa rara que éste hable con las narices, por no tenerlas! Justo castigo de sus imprudentes mocedades”⁸⁶. Para apreciar debidamente la sutileza de la combinación, es preciso recordar que la nariz para Gracián es el órgano físico por excelencia de la sagacidad. En ambos casos se alude por tanto a la falta de sagacidad y de prudencia en el obrar humano.

Haciendo gala de su prominencia como filósofo moralista, pondera Baltasar Gracián con cierto desahogo la singularidad del ser humano con respecto a los animales, señalando que, visto un león, están

⁸⁴ *Ibíd.*, p. 147.

⁸⁵ Cfr. *El Criticón*, ed. cit., tomo I, Parte I, crisis XI, p.155. Sobre Volusia, cfr. *supra*, p. 385.

⁸⁶ *Ibíd.*, p. 152.

vistos todos, y vista una oveja, lo están también todas, pero que, “visto un hombre, no está visto sino uno, y aun ése no bien conocido”. Y añade que, mientras las generosas águilas engendran siempre águilas generosas, los hombres famosos no siempre engendran hijos grandes hombres, ni los pequeños, hombres pequeños. Esta singularidad única en la escala creativa tiene su explicación en el hecho de que, en el caso del hombre, “proveyó la sagaz naturaleza de diversos rostros, para que fuesen los hombres conocidos”, y para que “sus dichos y sus hechos no se equivocasen los buenos con los ruines”. Pues nada hay moralmente más relevante que saber distinguir los buenos de los malos, sobre todo en las grandes ciudades y aglomeraciones humanas, pues suelen habitar “horribles monstruos y aun acroceraumnios”⁸⁷ en las grandes poblaciones, sabios sin obras, viejos sin prudencia, mozos sin sujeción”, [...] y “personas sin subsistencia”⁸⁸.

Pero la ficción alegórica no sólo prosigue sino que se acrecienta con nuevos amañes y enredos, como el de los dos hijos de la Fortuna, dos vaquerillos, a los que su madre regaló una rica tela, adornada con flores la del primero, entre las cuales estaba tejida la letra G, que podría completarse con la palabra que se quisiera, por ejemplo, galán, gracioso, etc., y recamada de espinas la del segundo, con la letra F intercalada entre ellas, que asimismo podrían completar como se quisiera, por ejemplo, falso, falto, etc. Es una muestra más del continuo ejercicio de sagacidad y agudeza a que la prosa de Gracián convida sin desmayo.

⁸⁷ La palabra proviene del latín *acroceranius*, es decir, relativo a los Montes Acroceraunios, de Epiro, también llamados Montes del Diablo o de la Quimera.

⁸⁸ *Ibíd.*, p. 154.

Con ello, de la venta de Volusia pasamos a la casa del Engaño y de los salteadores de caminos a los engañadores de de la villa y corte.

La narración novelesca parece volver a tener visos de realidad, después de tanta ficción imaginaria, cuando los dos viandantes, Critilo y Andrenio, habiéndose despedido del varón sabio, que les había acompañado hasta llegar a Madrid, se adentraron en la ciudad por la espaciosa calle de Toledo. Lo primero con que se toparon fue una gran tienda, donde se fería el saber, es decir, una librería. Después de saludar al librero, le preguntaron ansiosos si tenía un libro, que diera avisos o sirviera de guía para no perderse en el laberinto cortesano. Tengo, les dijo, un pequeño librito que hace prodigios, porque enseña el arte de ser personas y de tratar con ellas. Su título era *El Galateo cortesano*⁸⁹. Preguntado por el precio, contestó que no lo vendía, sino que sólo lo empeñaba por un par de reales, y añadió: “*El Galateo* no es más que la cartilla del arte de ser personas y que no enseña más del a, b, c, pero no se puede negar que sea un brinquin de oro, tan plausible como importante. Y aunque pequeño, hace grandes hombres, pues enseña a serlo”⁹⁰.

Esta curiosa anécdota, intercalada como posada y tienda en el camino hacia el centro de la villa y corte, brinda al moralista aragonés la ocasión propicia para deleitar al lector con su inigualable capacidad de inventiva puesta al servicio de una prosa de calidad exquisita. Lo primero

⁸⁹ Es muy posible que se refiera a *El Galateo Español*, escrito por Lucas Gracián Dantisco; pero también puede ser que, siguiendo su habitual costumbre enredadora, intente condensar con un solo título esta obra con la más famosa del italiano Baltasar Castiglioni, titulada *El Cortesano*.

⁹⁰ *Ibíd.*, p. 164.

que sugiere, para llevar el agua a su molino, es que el libro debe entenderse como *El Cortesano* al revés, es decir, interpretando sus reglas al revés de lo que literalmente dicen. Y para demostrarlo analiza un total de quince reglas, interpretándolas en sentido contrario a lo que enseñan. La primera, por ejemplo, en la que se ordena que, cuando el discreto cortesano hable con otra persona, no le mire al rostro y mucho menos de hito en hito, como si viese misterios en sus ojos. Tampoco al pecho, como si tuviera la famosa ventanilla en el pecho que se imaginaba Momo. A donde debe mirarle es a su interior. Ahí sí debe mirarle y remirarle, incluso de hito en hito, aunque crea que ve misterios. “Léale el alma en el semblante” y “brujeléele el corazón”, señala con bella dicción el ilustre moralista belmontino⁹¹.

La segunda regla no podía ser más extraña, aunque más que una norma moral contiene una norma de urbanidad o decoro social. En ella se dice que es una bárbara asquerosidad ponerse a mirar la inmundicia que queda en el pañuelo después de sonarse las narices, como si contuviera perlas o diamantes del cerebro. Más bien lo correcto sería lo contrario, para que el presumido bachiller conozca que es un rapaz mocososo, que aun no sabe discurrir, y para que algún otro, “que se estima de nasudo y de sagaz, que no son sentencias ni sutilezas las que piensa, sino crasicies⁹², que destila del alambique de su nariz aguileña⁹³”.

Pasando por alto las tres reglas siguientes, que apenas tienen que ver con nuestro objetivo, centrémonos en la regla sexta, que ordena que, cuando uno se pasee, no se preocupe de no pisar la raya o el poner el

⁹¹ Ibídem, p. 165.

⁹² Del latín *crassities*, sustancia crasa o jugo untuoso.

⁹³ Ibídem, p. 166.

pie en el medio, sino donde ocurriere. Interpretada al revés de lo que dice, lo que ordena es no pisar la raya de la razón ni pasarla, sino que respete la raya de la ley moral, tanto divina como humana, y que no pise la raya bajo ningún pretexto, sino que procure pisar siempre por el medio, como aconseja la prudencia. “Pregúntese y oiga lo que le dice su conciencia”, remata con frase lapidaria⁹⁴.

Para sublimar el artificio, algunas de estas supuestas reglas le parecen al escritor inadecuadas o superfluas, otras ridículas y otras frías o cómicas, como la que dice que no se acerque la boca al contrario al hablar, para no salpicarle, lo que entendido en sentido moral equivale a arrojar “llamas de malignidad, de murmuración, de cizaña, de torpeza y aun de escándalo”, cuando no de la injuria⁹⁵. Entre tanta regla absurda, que sólo dándoles la vuelta e interpretadas al revés de su literalidad adquieren sentido, hay una que sí merece ser entendida en sentido literal: es aquella que ordena que procure tener los bienes de fortuna que le permitan vivir con lucimiento y sin agobios, pues sólo “sobre esa basa de oro le han de levantar la estatua de cortesía y discreción, galantería, despejo y todas las demás prendas de un varón culto y perfecto”⁹⁶.

c) De las varias cualidades que distinguen a Baltasar Gracián como escritor, hay una que sobresale por encima de todas las demás: su desconcertante fantasía para crear cuadros y escenas inimaginables y para inventar relaciones entre personas y entre cosas que superan en mucho la trama interna de una creación novelesca. Es lo que ocurre de manera

⁹⁴ *Ibíd.*, p. 167.

⁹⁵ *Ibíd.*, p. 168.

⁹⁶ *Ibíd.*, p. 170.

singular en la penúltima crisis de esta primera entrega de su extensa obra *El Criticón*. Pues resulta que, a tenor de lo que en ella se cuenta, el incauto y atrevido Andrenio resulta ser hijo legítimo del sensato y precavido Critilo, casado en Goa en secreto con una dama de alta alcurnia, de nombre Felisinda, que por los azares del destino, arribó a la isla de Santa Elena con dolores de parto, y a solas dio a luz a un fornido retoño, quien, “mal envuelto entre unas martas, que le servían a ella de galán abrigo”, fue encontrado por una clemente fiera que le dio crianza, una vez que su madre continuó viaje en la nave que le llevaría a España. Así se lo contó con todo lujo de detalles una supuesta dama palaciega de nombre Falsirena, quien le informó además que era su prima, al ser hija de una hermana de su madre. Al ser preguntada por el incauto joven cuándo y cómo había muerto su madre, la encantadora Falsirena le contestó que seguía viva y con muy buena vida en Alemania, en casa del gran príncipe embajador de España. Incrédulo en un principio pero pronto convencido de la rocambolesca historia de su vida, Andrenio corrió presuroso a contársela a su padre, quien de la misma manera que él terminó aceptando la veracidad del hecho. Repuesto de tan formidable sorpresa, Critilo decidió viajar cuanto antes a Alemania, para poder encontrarse con su, hacía tantos años, perdida esposa, mientras Andrenio le cambiaba el discurso lamentando la ausencia de su madre. En este preciso momento la narración toma un giro de ciento ochenta grados, que deja en suspenso el curso del diálogo, en cuanto el novelista añade que Falsirena, temerosa de ser descubierta, optó por dar largas al asunto. “Ella, *más a lo sagaz*, [...] puso largas a título de conveniencia”⁹⁷.

⁹⁷ Cfr. *El Criticón*, ed. cit., tomo I, Parte I, crisis XII, p.174-180.

Para distraer la atención y colmar la inquietud de sus dos acompañantes, a quienes había sumido en un mar de perplejidad y desasosiego, la astuta Falsirena les propuso que visitaran El Escorial y Aranjuez, las dos joyas de la corona, la primera por ser sede y fábrica del más prudente de los monarcas, el magnánimo Felipe II, y ostentación de su poder; y la segunda por ser prodigio de la naturaleza y lugar de amenidad en todos los meses del año. Pero Andrenio, atraído por los halagos que le ofrecía la Corte, y cegado por la pasión, rechazó la invitación, y ante su persistente negativa, Critilo resolvió ir solo para dar satisfacción a la curiosidad. Cumplida su promesa, regresó a Madrid, pero no pudo encontrarse ni con Falsirena ni con Andrenio, por lo que decidió abandonar la ciudad, preso del desengaño. Apenas había caminado un corto espacio, se encontró con un hombre nada ordinario, que tenía seis sentidos, uno más que el común de los mortales. Se llamaba Egenio, y su sexto sentido, haciendo honor a su nombre, era la Necesidad, lo que dejó perplejo a Critilo, quien, recordando aquello de que la necesidad obliga y despierta la inteligencia, pensó para sus adentros: “¡Cosa bien rara, que la falta de los objetos sea sobra de inteligencia! Es ingeniosa inventiva, cauta, activa, perspicaz y un sentido de sentidos”⁹⁸.

Feliz por la compañía de un hombre tan sagaz como demostraba ser Egenio, volvió Critilo a la Corte en busca de Andrenio. Recorrió todas sus oficinas, todas ocupadas por hombres de toda estirpe, pero sin sustancia de personas, habladores, maldicientes, deshonestos,

⁹⁸ *Ibíd.*, p. 183-184. Sobre Egenio, cfr. *supra*, p. 402 y sobre la Necesidad, cfr. *supra*, p. 395.

convertidos en brutos, salvo aquellos que, “comiendo las raíces amargas del árbol de la Virtud, cogieron el dulce fruto de ser personas”; y precisó que algo similar habría que hacer con Andrenio, si hubiera corrido la misma suerte, aunque mejor sería darle a comer de las hojas del árbol “del moral prudente”, que pronto le haría volver en sí y ser muy hombre. Dejándose guiar por el sagaz Egenio, al fin dieron con el prófugo buscado, que hallaron yacente en una horrible cueva, saturada de moral inmundicia, y tan desfigurado que estaba irreconocible. Cuando pudo volver en sí, les confesó que de todo lo que había visto y disfrutado, “lo que más me ha contentado es la mujer”, dando a entender que la había descubierto y posiblemente gozado⁹⁹.

La última crisis de esta primera entrega de *El Criticón* comienza aludiendo a una versión vulgarizada y acomodaticia de la pérdida del paraíso y de la inocencia, según la narración del Génesis, que, aunque no lo parezca, guarda una relación directa con nuestro tema de estudio, en cuanto trata de explicar cómo se introdujo el mal en el mundo humano y la virtud fue reemplazada por el vicio. Dice el autor que, según cuentan los antiguos, cuando Dios creó al mundo, juntó todos los males y los arrojó a una cueva, probablemente en las Islas Afortunadas, y con ellos las culpas y las penas, los vicios y los castigos, los dolores y hasta la misma muerte, cerrando las puertas, que eran de diamante, con un candado de acero, prohibiendo la entrada en ella a todo ser viviente. Para asegurarse de que nadie osara entrar en la cueva, entregó las llaves al hombre, pero dejándole el uso de su libre albedrío para que la custodiara. En cambio, todos los bienes, y con ellos todas las virtudes, incluida la

⁹⁹ Ibídem, p. 185-189.

vida misma, los dejó libres y campeando por el mundo. Todo era felicidad para el hombre. Pero llegó un día en que la mujer, su compañera, sin poder contener su curiosa ligereza, y que, a diferencia del hombre, primero obra y después piensa, queriendo saber lo que había dentro de la cueva, cogió la llave, la metió en el candado, “corrió el cerrojo y al instante salieron en tropel todos los males, apoderándose a porfía de toda la redondez de la tierra”¹⁰⁰.

Como puede verse, la mayor diferencia con la narración bíblica consiste en sustituir el árbol prohibido por la cueva y la manzana por la llave. Todo lo demás, en especial la autoría de la mujer, coinciden plenamente. No así en la presencia de los males, pues mientras en la narración bíblica se esparcieron por todo el mundo, en la versión del escritor aragonés se distribuyeron por naciones. El reparto asigna con preferencia la soberbia a España, la codicia a Francia, a Italia el engaño, a Alemania la gula junto con su hermana la embriaguez, la inconstancia a Inglaterra, la infidelidad a Grecia, la astucia a Rusia, la atrocidad a Suecia, y así sucesivamente, terminando con atribuir la temeridad a Japón. Sólo una, la lujuria, la más nombrada, la más famosa, “pareciéndole corta una sola provincia, se extendió por todo el mundo, ocupándolo de cabo a cabo”¹⁰¹.

La curiosa narración es puesta por el autor en boca del sagaz Egenio, mientras sacaba de la Corte a sus dos acompañantes, por la Puerta de la Luz, que era la Puerta del Sol, un nuevo juego del belmontino con los conceptos y las palabras, y les conducía a la gran

¹⁰⁰ *Ibíd*em, crisis XIII, p.190.

¹⁰¹ *Ibíd*em, p. 191-192.

Feria del Mundo, para que, recorriendo todas sus tiendas, experimentaran el escarmiento y el desengaño al no encontrar en ellas nada que mereciera ser comprado. Después pasaron a la gran feria de la vida humana, situada en la otra acera, llegando a la misma conclusión. Sí en cambio en otras tiendas, situadas a la derecha, donde hallaron “preciosos bienes” y “verdades de finísimos quilates”, y sobre todo se hallaron “a sí mismos”, desengañados de todo lo que el mundo y la vida ofertaban. Con este propósito de enmienda, dejaron la Villa y Corte, y “se encaminaron a pasar los puertos de la edad varonil en Aragón”¹⁰², de cuya travesía se ocupará el autor en la segunda parte de su obra.

II

Si tenemos en cuenta que para Baltasar Gracián la edad varonil es la mejor de las cuatro edades del hombre, no debe extrañarnos que la segunda parte de *El Criticón* sea la más densa en contenido y la más florida en la forma, no sólo hablando en general, sino también por lo que a nuestro tema atañe. Ya en la censura crítica, debida al licenciado Josef Longo, para autorizar su publicación, se ponen de relieve ambas cualidades. En consonancia con ello escribe que no sabe si admirar más “la acrimonia, energía y vivacidad de su ingenio, o la prudencia, cordura y sagacidad de su juicio, todo con eminencia y en la más alta categoría de plausibilidad”. Y poco después, abundando en la exaltación de ambas características, la hondura del pensamiento y la belleza de la forma, se pregunta qué otra cosa podría hallar en él, que no fuera “riqueza de

¹⁰² Ibídem, p. 207.

conceptos, tesoro de sutilezas y aseado camarín de realces de un sublime pensamiento, de un pensar sublimado”, a la vez que resalta su “primorosa moralidad”¹⁰³. Finalmente destaca la “dulzura de esta bien compuesta filosofía”, y llega a llamarlo un “Kempis cortesano”, que satisface el gusto y abre el apetito del lector más exigente, con “este ramillete de apotegmas morales y con esta poliantea manual, sin el peligro de encontrar en este plantel de agudezas y pancarpia de Amaltea¹⁰⁴ flor plebeya que le haga estorbo a la vista, disonancia al oído, ofensa al olfato, disgusto al gusto, ni embarazo a la mano”¹⁰⁵.

1

Para enjuiciar debidamente el desarrollo de la trama novelesca de la extensa obra graciana, especialmente en esta segunda parte, compuesta al igual que la primera por trece crisis, conviene tener muy en cuenta, como dice Emilio Blanco, que “cada una de las crisis debía tener todos los rasgos de un pasquín”¹⁰⁶ completo, es decir, una unidad independiente, que ilustra, censura o satiriza un determinado aspecto o

¹⁰³ Cfr. *El Criticón*, ed. cit., t. I, Parte II, censura crítica del licenciado Josef Longo, p. 214.

¹⁰⁴ Amaltea es en la mitología griega el nombre de la nodriza que amamantó a Zeus en el monte Ida, en la isla de Creta. Se decía que era una cabra, y en otra versión una ninfa. Juntando ambas versiones, se decía también que un día Zeus rompió uno de sus cuernos y se lo regaló a la ninfa Amaltea. De ahí proviene el mito del cuerno de Amaltea, símbolo de la abundancia. Por último se decía también que Zeus convirtió a la ninfa en la constelación de Capricornio. En 1872 el astrónomo Edward E. Borker descubrió el satélite de Júpiter y le puso el nombre de Amaltea.

¹⁰⁵ *Ibíd.*, p. 216.

¹⁰⁶ Cfr. Baltasar Gracián, en *Obras Completas*, ed. cit., Introducción, t.I, p. XX.

ámbito del vivir humano, pero sin por ello saltarse el plan unitario que preside el conjunto de todas ellas.

a) El espacio geográfico real en el que transcurre la acción, y en el que se ubican las diversas escenas que se describen en este largo trayecto de peregrinaje correspondiente a la edad varonil, comienza en Aragón y termina en los Alpes, ya camino de Italia. “Hallábanse ya nuestros dos peregrinos del vivir, Critilo y Andrenio, en Aragón, que los extranjeros llaman la buena España, empeñados en el mayor reventón de la vida”¹⁰⁷, advierte solícito el autor, quien añade ligeras pinceladas para diseñar el nuevo escenario. En él, la descripción alegórica de la nueva edad, tras haber dejado atrás “los alegres prados de la juventud, lo ameno de sus verduras, lo florido de sus lozanías”, y empezar a subir “la trabajosa cuesta de la edad varonil, llena de asperezas, si no malezas”, y comenzar a escalar “una montaña de dificultades”, se empareja con la descripción real de las montañas que debían atravesar, en cuya subida, el esfuerzo que tenían que realizar hasta llegar al país trasalpino, se veía aliviado con la pureza del aire que respiraban en las cumbres. En este contexto en que ambas descripciones, la alegórica y la real, de los diversos paisajes, se entrecruzan y mezclan sin que sea posible separarlas, intercala el autor esta preciada sortija: “Hacíasele muy cuesta arriba a Andrenio, como a todos los que suben a la virtud, que nunca hubo altura sin cuesta [...]. Animábale Critilo con *prudentes recuerdos*, y consolábale en aquella esterilidad de flores con la gran copia de frutos

¹⁰⁷ Ibídem, Parte II, crisis I, p. 218.

[...]. Subían tan altos, que les pareció señoreaban cuanto contiene el mundo, muy superiores a todo”¹⁰⁸.

Mientras ambos viandantes por el camino de la vida estaban filosofando y ponderando estas y otras ventajas y desventajas de la varonil edad, descubrieron un hombre muy singular, distinto de todos aquellos con los que se habían encontrado hasta entonces, que estaba haciendo ojos para mirarlos atentamente, pues “venía todo rebutido de ojos de pies a cabeza, y todos suyos y muy despiertos”. Era Argos, el personaje mitológico, símbolo de la sagacidad y de la agudeza, quien, además de como “gran mirón”, se les mostró como “prodigio de atenciones”, y se acercó a ellos para saludarlos, haciéndoles la advertencia de que en la vida “es menester abrir el ojo y aun no basta, sino andar con cien ojos”¹⁰⁹.

Acompañados en esta primera etapa de la edad varonil por el Argos moral, que les conduce por veredas estrechas pero muy seguras, nuestros dos peregrinos reciben con suma gratitud sus primeros consejos, cifrados todos ellos en la perspicacia de la mirada y en la multiplicación de los ojos, colocados no sólo en la frente, sino también en los hombros y en las espinillas de los pies. Entre estos consejos ocupa lugar preeminente éste, que dice: “Atienda *el sagaz* con quién se toma, mire con quién las ha, y en reconociéndole la cuesta, no parta peras con él, cuanto menos piedras”¹¹⁰.

El natural encomio de los ojos, como símbolo de la sagacidad y en múltiples ocasiones vigías y faro de la prudencia, es llevado hasta el

¹⁰⁸ Ibídem.

¹⁰⁹ Ibídem, p. 219.

¹¹⁰ Ibídem, p. 222.

extremo en otro de los grandes consejos que el Argos moral da a los dos peregrinos de la vida, con consignas tan diáfanas como éstas: “Prométoos que para poder vivir es menester armarse un hombre de pies a cabeza, no de ojetes, sino de ojazos muy despiertos. Ojos en las orejas, para descubrir tanta falsedad y mentira. Ojos en las manos, para ver lo que da y mucho más lo que toma. Ojos en los brazos, para no abarcar mucho y apretar poco. Ojos en la misma lengua, para mirar muchas veces lo que ha de decir uno. Ojos en el pecho, para ver en qué lo ha de tener. Ojos en el corazón, atendiendo a quién le tira o le hace tiro. Ojos en los mismos ojos, para mirar cómo miran. Ojos y más ojos y rejos, procurando ser el mirante en un siglo tan adelantado”¹¹¹.

Por último les recomienda también Argos el saber mirar con ojos ajenos, que supone una gran ventaja, pero siempre “sin pasión y sin engaño, que es el verdadero mirar”. Y antes de abandonarlos, o como él mismo dice, “antes que nos dividamos”, les recomendó, con amable encarecimiento, tener tantos ojos como él, pero advirtiéndoles que, al ser tantos, también se pegan entre ellos, “como el entendimiento, cuando se trata con quien le tiene”¹¹².

Pero la separación no fue tan rápida, pues Argos continuó acompañando a los dos viandantes durante un trecho, hasta que arribaron al puerto de la vida, “tan dificultoso, cuan realzado”, por su altitud y la pureza de sus aires, “pues comenzándole todos a pasar mozos se hallan al cabo hombres”. Ya en la cumbre, Critilo preguntó al Argos: “¿De modo que eres guarda de hombres?”; y recibió esta respuesta: “Sí, y muy

¹¹¹ Ibídem.

¹¹² Ibídem, p. 223.

hombres, de los viandantes”; y les animó a que, así como hay muchas mercancías de contrabando que no pueden pasarse de una provincia a otra, “hay muchas cosas prohibidas, que no se pueden pasar de la juventud a la virilidad”. Y después de constatar ambos viandantes que la subida al gran puerto era tan áspera como se la habían imaginado, hubieron de escuchar una larga perorata de su guía, en la que colmó de elogios la grandeza de la edad varonil del hombre en su punto, de la verdadera vida, de haber conseguido alcanzar el buen medio. Detenidos por algún tiempo en lo más alto del puerto ambos viandantes, la estancia les resultaba tan placentera, que no querían abandonarla: “Topaban muchos descansos, con sus asientos bajo de frondosos morales muy copados”, “cuyas hojas, según decía Argos, hacen sombra saludable y de gran virtud para las cabezas, quitándoles a muchos el dolor de ella”. Nótese el doble sentido de la palabra “morales”, en cuanto designa un tipo de arbusto o un compendio de virtudes, recurso tan típico de Gracián. Por eso concluye: Estos árboles frondosos y robustos fueron todos ellos plantados por “algunos célebres sabios, para alivio en el cansado viaje de la vida”¹¹³.

En la madurez varonil, cuyo comienzo sitúa el autor a los treinta años, muchos que en la edad juvenil procedían con ligereza, proceden con “maduro juicio”. En ella cobran solidez “el seso, la gravedad, la severidad, el sosiego, la pausa, la espera, la atención” y el cuidado, cualidades todas ellas que se emparentan directamente con la prudencia, que rezuman prudencia y que conducen a la prudencia. Prosiguiendo la confección de la urdimbre alegórica, el autor cuenta que

¹¹³ Ibídem, p. 223-224.

ambos viajeros llegaron a la Aduana general de las edades, en la que forzosamente comparecen todos los pasajeros de la vida, y entrando dentro, hallaron un areópago, que presidía el Juicio, “gran sujeto”, a quien asistían el Consejo, “muy hombre”, y otros grandes sujetos, todos ellos personificaciones imaginarias tan del gusto de autor. Metáfora que prosigue cuando, hablando de la reforma de los libros, encarga su revisión a la Atención y al Recato, quienes, con sólo leer sus títulos, hallaron algunos que habían sido “prohibidos por el Juicio”, por ir “contra las pragmáticas de la prudente Gravedad, pues eran de novelas y comedias”. Hubo otros que fueron rechazados por imposición de la Cordura, quien aconsejó que, “en lugar de tanto libro inútil”, procurasen leer “algunos Sénecas, Plutarcos, Epictetos y otros”, todos ellos maestros de la moral humana, y “que supieron hermanar la utilidad con la dulzura”¹¹⁴.

Como si todo esto fuera poco para comprobar la decisiva importancia que esta primera crisis tiene para nuestro tema, ya tocando a su final interviene también personificada, y por tanto escrita con mayúscula, la propia Sagacidad. Vemos en la galería de humanos pasajeros que al lugar llegaban, también algunos de mala pinta y otros de cómica apariencia. Entre ellos había uno que iba con un ramo en la mano, y “averiguando que no era médico ni valenciano” -dos de los estigmas que Gracián llevaba muy clavados en su mente, y que procura revelar siempre que encuentra ocasión propicia para hacerlo-, sino que era “pisaverde”, le salió al paso la Atención, diciéndole que “era ramo de locura, tablilla de mesón, vacío de seso”. Junto con él llegó otro “que no

¹¹⁴ Ibídem, p. 226 a 229.

miraba a los otros, y, sin ser tosco, tenía fijos los ojos en el sombrero”. A cuya cómica presencia, anota el autor: “Pues no será de corrido –dijo la Sagacidad-”¹¹⁵. Y siguiendo su discurso en este tono, mitad serio, mitad jocoso, terminó apelando a la necesidad de promulgar leyes de cordura que rijan el mundo, para que no existan en él hombres que se guén por entendimientos ajenos y tengan “juicio propio”. Y concluye la parodia de este singular episodio del areópago con esta anotación protocolaria: “Éste fue el arancel de preceptos de ser hombres, la tarifa de la estimación, los estatutos de ser personas, que en voz ni muy alta ni muy caída les leyó la Atención a instancia del Juicio”¹¹⁶.

b) Pertrechados con las leyes de cordura, de las que fueron notificados en la Aduana del Tiempo, nuestros dos protagonistas estaban a punto de pasar de ser hombres a ser personas auténticas. Para facilitar su camino, prosigue la narración alegórica, Argos les dio a beber un “extraordinario licor, alambicado de ojos de águilas y de lince, de corazones grandes y de cerebros”, es decir, traducido el lenguaje metafórico a lenguaje real, les dio un baño de sagacidad y de prudencia, “haciéndolos más impenetrables por la cordura”. Y prosigue la narración alegórica señalando que, al punto “se les fueron abriendo muchos y varios ojos por todo el cuerpo”, pues “habían estado ciegos con las legañas de la niñez y con las inadvertidas pasiones de la mocedad, y todos ellos tan perspicaces y tan despiertos”, o lo que es lo mismo, tan sagaces, “que ya nada se les pasaba por alto; todo lo advertían y lo

¹¹⁵ Ibídem, p. 231.

¹¹⁶ Ibídem, p. 231 a 233.

notaban”. Como consecuencia de ello, ambos viandantes recibieron la licencia para ser personas, guiados siempre por Argos, que los condujo a lo más alto de aquel elevado puerto, en el que se podía lograr la mejor y “mayor vista que se topa en el viaje de toda la vida”¹¹⁷.

Cuando todo hacía pensar que los iba a deleitar con la descripción de las muchas maravillas que, desde la altiplanicie del puerto podían contemplarse, el autor hace un cambio brusco de escenario, y conduce al lector al palacio de Salástano, anagrama de su gran mecenas Lastanosa, para mostrarles los tesoros que en él se custodiaban, simbolizados en tres Gracias, que eran como tres soles, “en fe de su belleza, discreción y garbo”. La primera era la Aurora, madre del Sol, la que hacía “abrir los ojos a todo hombre” que recordarse pudiera; la segunda era la Verdad, “tan hermosa cuán discreta”, hija del Tiempo y madre de un mal hijo, de nombre el Odio; y la tercera era la Amistad, “dulcísicamente linda”, pues sólo se sienta entre los hombres buenos¹¹⁸.

Pero inesperadamente, la multiforme metáfora se retuerce momentáneamente y se enrolla sobre sí misma, para volver a la imagen de “aquel puerto de la varonil edad, corona de la vida, tan superior, que pudieron señorear desde allí toda la humana”. Desde esta privilegiada atalaya se descubrían “regiones nunca vistas, como la del Valor y del Saber, las dos grandes provincias de la Virtud y la Honra, los países del Tener y del Poder, con el dilatado reino de la Fortuna y el Mando. Estancias todas muy de hombres”, anota con singular empeño el autor belmontino, que despertaron el interés de los cien ojos con que todos las

¹¹⁷ Ibídem, p. 234.

¹¹⁸ Ibídem, crisis II, p. 235 a 237.

contemplaban. Entre ellos sobresalía “la sacra y triunfante Roma”, que es “corte de personas y oficina de hombres”, ante la cual todas las demás ciudades son “colonias de policía”. Y entre las maravillas de España tan sólo señala la imperial Toledo por las “fianzas de sus discreciones”. El novelista se entretiene aquí mezclando lo geográfico con lo histórico, lo que aprovecha para resaltar “esta divertida fruición de grandezas”; para finalmente regresar al palacio de Lastanosa y disfrutar de sus jardines, y sobre todo de su museo y de su biblioteca¹¹⁹.

Entre las maravillas que los inquietos viajeros de la vida pudieron contemplar en la mansión de Salastano, había alguna que otra planta, que, como el lotos, “de las raíces amargas de la virtud rinde los sabrosos frutos del honor”. Pudieron ver también una gran variedad de flores, cuya exquisita fragancia animaba a la prudencia en el obrar y despertaba la sagacidad en el pensar. Ya dentro de la casa, toparon de entrada con el “discreto Salastano”, arropado por muchos personajes históricos, beneméritos por sus hazañas y virtudes, entre las cuales primaban el valor, la discreción, la cordura, la intrepidez y la sagacidad, estas dos últimas capaces de vencer lo imposible “haciendo reales los entes de razón”¹²⁰. En medio de esta “folla de maravillas”, en lo que lo real e histórico se entrecruza a cada paso con lo histriónico e imaginario, hallamos diversas apreciaciones, que deben ser leídas al revés o en sentido invertido, como éstas que señalan la dificultad de encontrar “un español humilde, un francés grave y quieto, un alemán aguado [...], un docto premiado, una viuda de Zaragoza flaca, un necio descontento [...],

¹¹⁹ Ibídem, p. 237-243.

¹²⁰ Ibídem, p. 249.

una mujer sin enredo [...], el mar constante, la tierra igual, y el Mundo, mundo”¹²¹, es decir, limpio y honesto, contradicciones todas ellas que por su sustancioso trasfondo en modo alguno pueden considerarse ajenas a nuestro tema.

En esa casi obsesiva reiteración, tan propia de Gracián, de caracterizar a las naciones europeas, las únicas que realmente tienen cabida en su obra, señala que, cuando se repartieron los bienes, “a los españoles les cupo la honra, a los franceses el provecho, a los ingleses el gusto, y a los italianos el mando”¹²². Abundando en estas comparaciones, indica también los principales productos en que cada una era copiosa y se detiene morosamente en el enjuiciamiento de la España de su tiempo, a la que encuentra “muy despoblada”. Y de sus naturales dice que son “muy bizarros”, de lo que “les nace el ser altivos”. Y añade: “Son muy juiciosos, no tan ingeniosos”, que es tanto como decir, prudentes, pero no sagaces en igual medida. Y entre otras cosas concluye que “son muy allegados a la razón, pero arrimados a su dictamen”¹²³.

Volviendo al escenario real, cuando estas digresiones ocurren, los dos protagonistas de la trama novelesca se encuentran ya camino de Francia; pero, antes de entrar en ella, pasan por Cataluña, circunstancia que ofrece ocasión propicia al autor para ocuparse de ella, y por supuesto para enjuiciar a los catalanes. Limitándonos a lo que para nuestro objetivo interesa, anotamos lo siguiente. La detención en su territorio no fue casual, sino intencionada, como atestiguan las palabras “me fui empeñando la Cataluña adentro”, puestas en boca del criado de

¹²¹ *Ibídem*, p. 252.

¹²² *Ibídem*, crisis III, p. 256.

¹²³ *Ibídem*, p. 262.

Salastano, que interviene en la escena. “Corríla toda, que bien poco me faltaba, cuando me sentí atraer el corazón de los imanes de una agradable estancia, antigua casa, pero no caduca”. Y prosigue: “No [me] encontré en toda ella ni con niños ni con mujeres. Hombres sí, y mucho, aunque no muchos”; en su estancia más interior se toparon con un hombre triplicado, el mítico Gerión, el tres en uno, quien les dijo “tres somos y un solo corazón tenemos”; dialogaron acerca de la amistad y de las excelencias de la amistad verdadera, concluyendo que es como “un alma de muchos cuerpos”, siendo por ello “empleo digno de la edad varonil, ventaja única del ya hombre”. Relacionando la amistad con los catalanes, entre los que repite que hay hombres muy hombres pero, no muchos, señala de soslayo que “saben ser amigos de sus amigos”, aunque “también son malos para enemigos”¹²⁴.

A punto de poner el pie en Francia en busca de Sofisbella, encarnación de la sabiduría, sin que se señale por dónde entraron, aunque parece incuestionable que fue por Cataluña, posiblemente por el camino de Puigcerdá a Bourg-Madame (Francia), sitio por el que entonces solían cruzar los transeúntes y los traficantes mercantiles, especialmente catalanes y franceses, a juzgar por el itinerario real que la novela tiene presente, pues hubieron de pasar por muchas puertas vigiladas por muchos guardas, tan inexorables en su exigencia, que ante cualquier diferencia del pasaporte vedaban la entrada a los pasajeros que a ellos llegaban. Pero “a los viejos, a los franceses y a catalanes, puerta franca”. A ellos les cupo la suerte de que, “viéndolos ya tan hombres y tan a la francesa, sin dificultad alguna los dejaron pasar”. Pero todavía tuvieron

¹²⁴ Cfr. *El Crítico*, ed. cit., Parte II, crisis III, p. 257-259.

que franquear unas grandes puertas de bronce, “muy atrancadas con barras catalanas y candados vizcaínos”, dice con su habitual sorna el escritor aragonés. El paso de esta aduana sólo se conseguía pagando doblones de dinero, y viniendo de España en oro, pero del traído de las Indias. En este lastimoso lance, cuando toda esperanza parecía perdida, anota el autor que Critilo, ante sus dudas de poder conseguir la entrada, “hallaba, como prudente, grandes dificultades, mas al retintín del dinero, que oyó contar que por eso se llamó moneda, *a monendo*, porque todo lo persuade y recaba y a todos convence, se dejó vencer”. Una vez dentro, se volvieron a cerrar las pesadas puertas, y los dos peregrinos pudieron reanudar su andadura, no sin antes tener que pasar por una dorada cárcel, en la que imperaba la tiranía de la codicia¹²⁵.

c) En busca de la libertad, nuestros dos peregrinos consiguieron llegar a una casa, que era de personas, con espacioso jardín, un museo muy culto y una “librería selecta”. El escenario real parece que vuelve a ser sin duda la casa de Lastanosa, que el autor conocía muy bien, y de cuya biblioteca se sirvió para reunir la mayoría de los materiales con los que componer sus obras. “Ya estamos entre personas, esta casa huele a hombres”. En ella había por doquier “vestigios de discreción”¹²⁶. La paradoja que supone volver a Huesca, y más en concreto a la mansión de Lastanosa, después de haber entrado en Francia, sólo se explica porque Gracián no tiene reparo alguno en trastocar su plan novelesco y el itinerario real, con tal de allegar materiales adaptables a su trama

¹²⁵ Ibídem, p. 268-270.

¹²⁶ Ibídem, crisis IV, p. 275.

novelesca, pasando por alto cualquier atisbo de lógica y de respeto a la base real en que pretende apoyarse.

Deseosos de saber, se encaminaron al palacio de la “discreta Sofisbella”, encarnación de la sabiduría, aunque advertidos de que “son pocos los que la buscan y menos los que la hallan”. Cayeron presos del engaño y descubrieron el desengaño. Una vez que se hallaron en el palacio, quedaron sorprendidos al ver que en su arquitectura “todo era luz y todo claridad”, “vieron algunos hombres”, que de verdad “lo eran, que estaban como adorando y besando sus paredes”; tenía las puertas siempre abiertas, aunque “no entraban sino que personas, y éstas bien raras”¹²⁷.

Después de atravesar un espacioso patio, entraron en un majestuoso salón, donde fueron recibidos por el “Buen Gusto y el Buen Genio”, que les condujeron a la “presencia de un sol humano, que parecía mujer divina”, y que era la Sabiduría. Estamos ya en la biblioteca de Lastanosa, el escenario real de todo lo que sigue.

El espacioso salón estaba dividido en diversas estancias o compartimentos, comunicados entre sí, en cada uno de los cuales se exhibían y custodiaban las mejores obras y libros de los diversos campos del saber, desde la antigüedad clásica hasta la época en que el autor escribe su obra. La primera estancia correspondía a la poesía, y en ella se encontraban las obras de los grandes poetas griegos y latinos y de los que siguieron sus pasos, ofreciendo a la posteridad un caudal inagotable de “moral enseñanza” y de “morales alegorías”, escritas con la pulcritud de estilo y “la bizarría del verso”¹²⁸.

¹²⁷ *Ibíd*em, p. 278-280.

¹²⁸ *Ibíd*em, p. 280-282.

La segunda estancia correspondía a la “gustosa Historia”. En ella figuraban los más eminentes historiadores de todos los tiempos, cuyo conocimiento del pasado “eternizaba no dejando envejecer jamás los famosos hechos”. Sus signos de identidad son la Verdad y la Entereza. Entre los muchos libros que en esta segunda estancia se exponían, había uno titulado *La unión de Portugal con Castilla*, falsamente atribuido a Conestagio, cuando su autor fue el “conde de Portalegre”, confusión que debe servir “para deslumbrar la más eterna prudencia”¹²⁹.

Las siguientes estancias estaban ocupadas por las buenas letras, en las que triunfaba el ingenio, por cuyo medio se “lograron muchas y fragantes flores, delicias de la Agudeza”. Seguían las secciones dedicadas a la “ninfa Anticuaria, de más curiosidad que sutileza”, es decir, a la Arqueología y la Numismática, con todos sus parientes y afines, a las Matemáticas, a la Geometría y a la Astronomía, con todo su arsenal de aparatos y artilugios de medición y precisión, y a las Ciencias Naturales, llamadas entonces Filosofía Natural, consagrada al estudio de la fauna y de la flora, de los minerales y de los fenómenos que en la Naturaleza ocurren, es decir, a los cuatro elementos del saber cósmico antiguo. Hasta que, “enfadados de tan desabrida materialidad, los sacó de allí el Juicio para meterlos en sí”.

Pero la mejor y más profunda estancia del palacio encantado de la sabiduría la ocupaba la Moral Filosofía, ante cuyo trono los dos visitantes se rindieron de rodillas, y la cortejaron con muestras de admiración y de respeto. Alguna de sus obras, como en los diálogos de Luciano, “les abrió el gusto, no sólo de comer,” sino “de rumiar los

¹²⁹ Ibídem, p. 284-287.

grandes preceptos de la prudencia”¹³⁰. En otras obras admiraron su “moralidad ingeniosa”, y en algunas de ellas les embelesaba su “gran fragancia de todo género de apotegmas y sentencias”, no menos que “su aguda donosidad”. Otras eran “muy dulces, así en el estilo como en los sentimientos”, más propias para niños y mujeres que para hombres. Y de una, referida al infante don Manuel, “ostentó mucho más hojas, aunque mal aliñadas y tan feas, que les causaron horror; mas la prudente ninfa dijo: No se ha de atender al estilo del infante don Manuel, sino a la extremada moralidad y al artificio con que enseña”¹³¹.

Los dos peregrinos de la vida se sentían tan felices en esta estancia, tan “gustosos” y “cebados” en ella, que no había manera de arrancarlos de su espacio, hasta que intervino la Conveniencia para conducirles a otro gran salón, muy semejante al que dejaban, pero más majestuoso: era el destinado a la Política. Entraron en él por la puerta de la “razón de Estado”, y se encontraron de frente con otra coronada ninfa, que parecía preferir la comodidad a la hermosura. Esta constante mezcla de la ficción con la realidad, que pudiera resultar cansina y hasta reprobable, es inevitable mantenerla y seguirla para mejor interpretar y describir el pensamiento del escritor aragonés, al menos para lo que a nuestro tema de investigación se refiere. Así, recordando a alguno de los grandes maestros del pensamiento político, habla de la “*Razón de Estado*” de Juan Botero, que fue recomendada a “un príncipe, tan católico como prudente”, que era, sin lugar a dudas, Felipe II, al que vuelve a referirse poco después al tratar de la política cristiana y al aludir

¹³⁰ Ibídem, p. 289-290.

¹³¹ Ibídem, p. 291.

a una “riquísima joya”, que no salió a la luz, aunque daba tanta, que contenía “las instrucciones que dio la experiencia de Carlos V a la gran capacidad de su prudente hijo”¹³². Allí se encontraba también apartada una obra que, “aunque pequeña, sí que es preciosa –dijo la sagaz ninfa–”. No revela cuál es, pero atestigua que “es de autor autorizado”. Y recurriendo a una de sus agudezas conceptuales, presente en alguna de sus obras anteriores, el autor belmontino habla de “la política de cada” uno y transmuta la Razón de Estado en “la razón especial de ser personas”¹³³.

d) En las dos crisis siguientes, la quinta y la sexta de esta segunda parte, preside el relato la Fortuna, también personificada y convertida en deidad. Entronizada en su soberano dosel, se acercaron a ella dos pretendientes de dicha a solicitar sus favores. El primero pidió “que le hiciese dichoso entre personas”, y que “le diese cabida con los varones sabios y prudentes”. Mientras que el segundo le suplicó que le hiciese venturoso entre ignorantes y necios. La Fortuna accedió a su súplica y les concedió lo que pedían. Pero a la pregunta de cual de los dos había acertado en la petición, declaró que el segundo, en razón de que los sabios y prudentes son pocos, muy pocos, mientras que los ignorantes y necios son legión.

¹³² *Ibídem*, p. 292-293.

¹³³ *Ibídem*, p. 294. Como hemos explicado ya, esta transmutación se encuentra en *El Héroe*, en el aviso que hace al lector, donde escribe: “Aquí tendrás una, no política, ni aún económica, sino una razón de Estado de ti mismo”; cfr. *supra*, p. 128, 131-132, 155, 172, 211.

El escenario real es ahora la plaza del pueblo, o del populacho, y el corral del Vulgo, aunque transformando de nuevo la realidad en ficción, la convierte en la Plaza Mayor del Universo, a la que presenta “llena de gentes, pero sin persona”, “hombres a remiendos”, que es peor que ser mitad animal y mitad hombre, “pellejos rebutidos de poca sustancia”, tanto más hinchados cuanto más vacíos, entre los que se hallaba uno “lleno de vinagre, a lo ministro”¹³⁴. El personaje que ahora acompaña a los dos peregrinos, y dialoga con ellos, es el Sabio, símbolo de los pocos grandes sabios que en el mundo han sido. Ante tanta mediocridad y carencia de sustancia, exclamó Andrenio: “Nunca pensé ver tanto necidiscreto junto, y aquí veo de todos estados y géneros”. A lo que el Sabio replicó que no por ir en litera se es sabio, ni por ir bien vestido se es entendido. “Porque vulgo no es otra cosa que una sinagoga de ignorantes presumidos, y que hablan más de las cosas cuanto menos las entienden”¹³⁵.

Ponderaban todas estas cosas nuestros dos peregrinos de la vida y del mundo, deteniéndose sorprendidos en la consideración de tanta mediocridad, y reparaban entre curiosidades que “en una vulgaridad tan común es mucho que no haya un médico que recete”, cuando se sumó al diálogo un nuevo personaje, de nombre el Cécrope, que no es otro que el *serpihombre* de la crisis anterior, héroe mítico de Atenas, mitad hombre y mitad serpiente. Lo primero que hizo fue presentar una galería de personajes, de la más variada condición, todos ellos coincidentes en ser profesionales de la impostura, amigos de la fama, de la popularidad y del

¹³⁴ Ibídem, crisis V, p. 296-300.

¹³⁵ Ibídem, p. 302.

aplauzo del populacho, confundiendo la estupidez con la sutileza, que todo lo reduce a presumir de lo que no tienen. Y anota Gracián: “Mala señal, decía un discreto, cuando mis cosas agradan a todos, que lo muy bueno es de pocos y el que agrada al vulgo, por consiguiente, ha de desagradar a los pocos, que son los entendidos”¹³⁶.

En su pasional desprecio del vulgo, al que también llama Vulgacho, personificando así el colectivo, Gracián llega a decir nada menos que es “el hijo primogénito de la Ignorancia, el padre de la Mentira, hermano de la Necedad, casado con su Malicia”¹³⁷. Y haciendo alarde una vez más de su incontenida propensión a caracterizar a las diversas regiones de la España de su tiempo, en este caso de sus ciudades, se complace en señalar que es muy difícil encontrar un vulgo que sea “tan crédulo como el de Valencia, tan bárbaro como el de Barcelona, tan necio como el de Valladolid, tan libre como el de Zaragoza, tan novelero como el de Toledo, tan insolente como el de Lisboa, tan hablador como el de Sevilla, tan sucio como el de Madrid, tan vocinglero como el de Salamanca, tan embustero como el de Córdoba y tan vil como el de Granada”¹³⁸.

En la crisis siguiente quienes comparecen pidiendo favores, pero esta vez ante el trono divino, son un hombre y una mujer, el hombre pidiendo que el Supremo Hacedor le concediese la inestimable prenda de la sabiduría, y la mujer que le otorgara la belleza. Ambos salieron muy contentos de la divina condescendencia, “estimando el hombre por su mayor prenda el entendimiento y la mujer la hermosura, él la testa y ella

¹³⁶ Ibídem, p. 304 y 309

¹³⁷ Ibídem, p. 311.

¹³⁸ Ibídem, p. 310.

el rostro”¹³⁹. Fue entonces cuando impaciente apareció la Fortuna, advirtiéndoles que de nada les servirían esas prendas, si no obtenían la venia de la Ventura y de la Dicha, que también aparecen aquí personificadas, y como tales representantes intervienen en el imaginado diálogo. Sin su asistencia, los sabios y entendidos, que es tanto como decir los prudentes y sagaces, no podrían disfrutar de los dones divinos tan generosamente otorgados, ni tampoco las mujeres de su belleza y hermosura. Y es que la gran casa de la Fortuna a veces todo parece un edificio esbelto y otras semeja un edificio en ruinas, dependiendo todo del bravo capricho del Favor, su primer ministro, el cual, “en viendo un ignorante, le llamaba, y dejaba mil sabios”; además, divisaba a una legua a un embustero, “y a los hombres de sustancia y de entereza no los podía ver”. Colmaba de favores a millares de hombres con quienes se topaba, pero, “en viendo un entendido, un varón de prendas, decía: ¡Oxte, puto, quién a tal ayudase! Es muy hombre: no conviene”¹⁴⁰.

Prosiguiendo con el estilo y el tono de esta fabulación continua, el escritor belmontino habla después de una escala, que es preciso subir para llegar a lo alto. Pero sugiere que los sabios y los prudentes no suelen subir muy arriba, ni tampoco los entendidos y los que acceden a ella colmados de méritos, sino más bien los trepadores. No obstante, ayudados por otros escaladores, que se compadecieron de ellos, nuestros dos peregrinos sí lograron subir todos los escalones. Cuando llegaron a la última grada, donde estaba sentada en su trono la Fortuna, se quedaron atónitos y muy pasmados, porque “vieron a una reina

¹³⁹ *Ibíd*em, crisis VI, p. 312.

¹⁴⁰ *Ibíd*em, p. 318-319.

totalmente diversa de lo que habían concebido y muy otra de lo que todo el mundo publicaba, porque no sólo no era ciega, como se decía”, sino que tenía “unos ojos más perspicaces que un águila, más penetrantes que un lince”, y en pocas palabras, demostraba ser la imagen viva de la sagacidad en persona¹⁴¹.

Llamados por ella, continúa la fabulación, todos los que consiguieron subir la escala entera, al acercarse a su trono, “tan mudos como encogidos”, se “quedaron atónitos y aun pasmados”. Ante las quejas y los reproches que le hicieron, se defendió diciendo que era hija de buenos padres, que no eran otros que Dios y su providencia, y tan obediente a sus órdenes, que no se movía una hoja de árbol ni una paja del suelo “sin su sabiduría y dirección”. Y trató de ilustrar su proclama con múltiples ejemplos, referidos a todo tipo de hombres y de gremios. Después de enumerarlos sin orden aparente de preferencia, advirtió: “Ya sé que los sabios son los que hablan más mal de mí, y en eso muestran serlo”. Pero enseguida precisó: “Una cosa os quiero confesar, y es que los verdaderos sabios, que son los prudentes y virtuosos, son muy superiores a las estrellas”. Y para demostrarles que también ellos saben ser dichosos, les puso delante una mesa, que “era redonda y capaz de todos los siglos”. En ella se exponían todas las venturas de bienes, representadas por una enorme multitud de joyas, vestidos y caudales, e invitó a los presentes a que tomaran los que quisiesen y que se los apropiasen. Una vez que todos quedaron satisfechos, se dirigió a Critilo y a Andrenio y les regaló un “espejo de desengaños”¹⁴². Era la lección

¹⁴¹ Ibídem, p. 320.

¹⁴² Ibídem, p. 320 a 328.

moral buscada por la Fortuna, que Gracián quiere destacar en medio del tumultuoso torbellino de su interminable fabulación alegórica.

2

Si alguno pensara que todo lo que pudiera decir Gracián sobre la prudencia y la sagacidad en esta segunda parte de su obra, dedicada a la edad varonil, había quedado agotado con las muchas referencias a ellas que hemos comentado, se equivoca de manera flagrante, y la prueba contundente de tamaña presuposición queda patente con sólo echar una ojeada a los títulos de las siete crisis que restan por examinar. En ellas se trata de la hipocresía, del valor, de los vicios y sus monstruos, de la virtud y sus hijas, de la estimación y de la honra, del poder y del mando, y de la jaula de todos, que resume todo lo mucho que la edad varonil representa en su concepción del hombre y en el desarrollo de sus potencias. De todo ello conviene ocuparse ahora con la amplitud que lo tratado en ellas con plausible urgencia reclama.

a) Fiel a su táctica de acceder a los temas que quiere discutir haciendo un rodeo, no exento de pretensiones morales, Gracián inicia la crisis séptima de esta segunda parte de su obra declarando que el hombre se compone de muchas perfecciones, que le fueron dando todas las demás criaturas, pero todas de prestado. Como todos eran bienes muebles y no raíces, “prestados todos y al quitar”, preguntó inquieto que le quedaba como propio. Y todas las criaturas les respondieron al unísono que la virtud; y alegaron para consolarle: “Ésa es bien propio del

hombre”, y nadie se la puede quitar. Y añadieron: “Todo es nada sin ella, y ella lo es todo. Los demás bienes son de burlas; ella sola es de veras. Es alma de la alma, vida de la vida, realce de todas las prendas, corona de las perfecciones y perfección de todo el ser”¹⁴³.

Como es también habitual en su técnica narrativa, Gracián personifica la virtud con el nombre de Virtelia, a la que sitúa en su palacio como gran reina de toda la felicidad humana. A ella se llega desde la Dicha, y es ella quien conduce a la Honra, que aparecen también personificadas. Pero advierte el autor que hay muchos que teniendo la dicha entre manos, no saben aprovecharse de ella y, al deshechar la oportunidad, pierden también el acceso a la virtud, como le ocurre a aquel que no sabe estimar el convivir con “la consorte casta y prudente que le dio el cielo, y después la suspira muerta”¹⁴⁴.

En realidad el tema que, a partir de esta introducción novelada, desarrolla Gracián en la famosa crisis séptima no es el de la virtud sino el de la hipocresía, personificada aquí con el nombre de Hipocrinda. Cuenta en efecto que, cuando Andrenio y Critilo iban en busca de “aquella flor de reinas, la hermosa Virtelia”, les fue advertido que moraba en un monte de dificultades, poblado de fieras, al que es muy difícil subir, por tener que hacerlo muy cuesta arriba, y que les será muy costoso llegar a su palacio encantado. Aparece entonces en la ficción un falso ermitaño, que se encuentra a la ocasión con los dos peregrinos y les habla de un atajo, por el que se puede subir sin apenas molestarse y llegar al palacio de “otra gran reina, muy parecida en todo a Virtelia en el

¹⁴³ *Ibídem*, crisis VII, p. 329.

¹⁴⁴ *Ibídem*, p. 331.

aspecto, en el buen modo, hasta en el andar, que la ha cogido los aires”¹⁴⁵. Convencidos por su nuevo guía, lo dos peregrinos consintieron en acompañarle, y así llegaron al palacio de Hipocrinda, la reina de la virtud simulada, de la apariencia engañosa.

Cuando llegaron al supuesto palacio, introducidos por un camino harto solapado y encubierto, descubrieron que era sólo una gran casa, tan espaciosa y ancha, que “parecía un convento en el silencio, y todo el mundo en la multitud”. En ella “todo era callar y obrar; hacer y no decir”, que no se tañía campana “por no hacer ruido”. “¡Qué poca luz tiene este convento!”, exclama el autor por boca de Andrenio. A lo que respondió el falso ermitaño que guiaba a los dos peregrinos, que así debía ser, porque “donde se profesa la virtud no convienen lucimientos”. Cuando cruzaban el umbral de la portería se encontraron con un letrado encima de la puerta en letras góticas con la palabra “silencio”, lo que quería indicar que, una vez dentro, nada se siente, todo es callar. Pasaron al claustro, muy cerrado, y vieron los primeros inquilinos, “que en el hábito parecían monjes, y era bien extraño”. Y añade que “todos llevaban capa, y buena”¹⁴⁶. Estas y otras pinceladas descriptivas del supuesto palacio de Hipocrinda, encarnación de la hipocresía o virtud simulada, revelan claramente que a los jesuitas de la casa profesa de Valencia no les faltaba razón al acusarle que se burlaba de ellos y que utilizaba el ambiente y la forma de vida, que de puertas a dentro compartían, como escenario de su tramoya novelesca, con alegorías, más que veladas,

¹⁴⁵ Ibídem, p. 333.

¹⁴⁶ Ibídem, p. 334-335.

claramente transparentes, lo que a la postre suponía una mordaz parodia de toda la institución.

De hecho, a partir de este momento el escenario real de todo el enredo novelesco es la vida en el ficticio convento, haciendo desfilar en ininterrumpida secuencia una serie de personajes, todos con capa de santidad, que representan las distintas formas de simulación de la virtud, cada uno con su propia capa. Aparecen así, entre otras, la capa del agradecimiento, que representa la simonía y la usura, la capa del ayuno, que disimula la avaricia, la capa de la gravedad, que tapa la grosería, y la capa de amigo, que encubre la deslealtad. Son los milagros que cada día realizaba Hipocrinda, haciendo que los vicios parecieran virtudes. La grotesca parodia prosigue con tintes todavía más desdeñosos y hasta cierto punto crueles, como cuando se refiere a algunos que pueden profesar de enredo, es decir, simuladamente; o cuando habla de un profeso, tenido por bendito, a quien no se le veía la cara y a nadie miraba a la cara; o de aquel otro morador conventual que, con tantas prendas ajenas, más olía a ladrón que a monje; o de quien nada compartía con nadie y predicaba el ayuno, y habiéndose hartado de comer un capón, repetía sólo *hay uno*, pues toda su austeridad consistía en ser suave de día y tener *su ave* de noche, utilizando en muchos casos un juego de palabras tan sutil y amanerado, que sólo al moralista aragonés se le podía ocurrir. El colmo de todos estos contrastes entre virtud verdadera y virtud simulada, en la que importa más el parecer que el ser, ocurre quizá cuando antes hace referencia a la sabiduría, señalando a aquel, que “es tenido por un pozo de sabiduría, más honda que profunda”, y cuando a renglón seguido dice que “aquí más valen textos que testa”, o que “el

aplauso más ruido hace en vacío”. Todos ellos no son más que “raros milagros de la apariencia, extrañas maravillas de la hipocresía”¹⁴⁷. Aplicado todo esto a la prudencia y a la sagacidad como criterios directivos de la conducta, no implica que sus contrarios o sus simulaciones ocupen su plaza, lo que sería traicionar el pensamiento de Gracián, sino más bien ambos han de ser entendidos en su vertiente más acentuada, convirtiendo la prudencia en cautela extremada y la sagacidad en astucia y perspicacia maliciosa.

b) La crisis siguiente, intitulada “la armería del valor”, es la contrapartida de la que acabamos de examinar. Comienza, como siempre, con la ficción de que, cuando el valor se sintió sin virtud, sin fuerzas y sin bríos y a punto de expirar, acudieron a él todas las naciones, pidiéndole que hiciese testamento de sus bienes a su favor. Reconociendo que no tenía otros que a sí mismo, les contestó que a cada una le dejaría una parte de su esqueleto. Y así lo hizo, dejando a los italianos la testa, a los franceses los brazos, a los ingleses el rostro, y así sucesivamente, en una insólita parodia, que no se sabe si resulta divertida o chocante por las atribuciones que a cada nación hace, hasta llegar a los españoles cuando ya había repartido todas las partes de su cuerpo. Para consolarlos les instó a que, como herencia suya, procuraran repeler a todas las demás naciones por lo que cada una les habían quitado; y cumplieron su legado, pues en nombre del Valor a lo largo de su historia no existe nación en el mundo a la que no hayan dado un buen pellizco.

¹⁴⁷ Ibídem, p. 335-339.

Cuando este episodio imaginario ocurría, los dos viajeros por los caminos del mundo estaban a punto de abandonar Francia. Pero, cuando todo hacía suponer que lo harían por el territorio de Belfort, camino de Alemania en su frontera con Suiza, el escritor aragonés, en apariencia muy poco conocedor de la geografía, dice que subieron por la región de Picardía, situada como se sabe, en el noroeste de Francia, siendo su capital Amiens. Dice al respecto: “Esto les iba exagerando a Critilo y Andrenio a la salida de Francia por la Picardía un hombre, que lo era, y mucho, pues así como tienen unos cien ojos para ver y otros cien manos para obrar, éste tenía cien corazones para sufrir, y todo él era corazón”¹⁴⁸. Esto demuestra palmariamente que al autor de *El Criticón* le interesa muy poco la verdad real, y que lo único que le guía y reclama su atención es hallar elementos o motivos con los que adornar y en lo posible potenciar su trama novelesca del *homo viator*, como hace en este caso concreto para poder jugar con el doble significado de Picardía, como nombre de una región francesa, aunque estuviera situada al lado opuesto de la salida de Francia hacia los Alpes alemanes y suizos, y de picardía como cualidad de pícaro, que, interpretada en el mejor de sus sentidos, es también sinónimo de sagacidad, atribuida “a un hombre, que lo era, y mucho”.

Antes de salir de Francia, Andrenio y Critilo se entretuvieron ponderando las cualidades positivas y negativas de Francia y de los franceses. Entre otras cosas reconocen que está muy poblada de gentes, “pero no de hombres”, en el sentido gracianesco de la palabra; que sus grandes vientos son causa de la ligereza de sus naturales; los cuales son

¹⁴⁸ Ibídem, crisis VIII, p. 346.

ciertamente muy ingeniosos, vivos y prontos, pero sin fondo; que no tiene tontos, pero tampoco doctos, pues “nunca pasan de una medianía”, y que tienen grandes virtudes, pero también grandes vicios, y al fin “son antípodas de los españoles”¹⁴⁹.

Dejando ya de lado a Francia y a los franceses, quizá porque ya habían abandonado su territorio, Gracián retorna al cuadro de la crisis anterior para ofrecernos este hermoso y singular retazo: “Pero decidme, ¿cómo fue aquello del Ermitaño? ¿Qué salida dio a la sagaz pregunta de Critilo?”. La respuesta fue soberanamente clara: “Confesóme que a la Virtud Aparente no le corresponde premio sólido ni verdadero”. Ante lo cual, abriendo los ojos, los dos peregrinos se alejaron de la vil hipocresía, constatando que “el gozo del hipócrita no dura un instante entero” y la verdadera virtud se conoce desde lejos, y “al paso que el engaño anda metafísico, también la cautela sutil vale a los alcances, y por más capa que tome de bondad, no se le escapa de vicio”¹⁵⁰.

Como no podía ser menos, tratando del valor es lógico que entrara en escena la guerra. Gracián se declara abiertamente contrario a ella, y nos brinda como obsequio de su talante antibelicista este primoroso apunte: “Por eso diría aquel gran hombre, tan celebrado de prudente en España, en la primera batalla y la última en que se halló oyendo zumbir las balas: ¿Es posible que de esto gustaba mi padre?”. Para ratificar su postura pacifista, Gracián señala que “desde que riñeron la Valentía y la Cordura”, es decir, el Valor y la Prudencia, “nunca más han hecho la paz”. Pues la primera salió de sus casillas a campaña, y la

¹⁴⁹ Ibídem, p. 346-348.

¹⁵⁰ Ibídem, p. 347-348.

segunda apeló al Juicio. Y el argumento *ad hominem* se clausura con esta inquietante pregunta, puesta en boca del Valeroso: “¿Qué hiciera la fortaleza sin la prudencia?”¹⁵¹.

Continuando con sus consabidas digresiones, Gracián llega a otro de sus momentos álgidos al referirse a los grandes modelos de valor en la guerra y en la paz. Y entre ellos menciona a Gonzalo de Córdoba; y elogia al marqués de Mortara con estas palabras: “Y es impenetrable, del sagaz y valeroso marqués de Mortara, que con su mucha espera y valor ha restaurado a Cataluña”¹⁵². Y añade en referencia a otro ilustre valeroso: “Esta rodela acerada, grabada de tantas hazañas y trofeos, fue del primer conde de Ribagorza, cuyo valor prudente pudo hacerse lugar (y aun campear) al lado de tal padre y de un tal hermano”¹⁵³. Y esta otra anotación, en la que, al recorrer los diversos amuletos que, como escudo protector, solían llevar consigo algunos valientes, alude a la oreja de un elefante, con que “se armaba de igual valor a su mucha prudencia el marqués de Caracena”¹⁵⁴.

Pero es más. También la sagacidad es ensalzada y emparejada con el valor en esta evocación de personajes históricos con fama de valerosos. Dice al respecto: “Mira aquel morrión del marques Spínola,

¹⁵¹ Ibídem, p. 351.

¹⁵² Se refiere a Francisco de Orozco (m.1668), que fue Virrey y Capital General de Cataluña en 1650, y dirigió el final de la guerra con la victoria de las tropas de Felipe IV.

¹⁵³ Ibídem, p.358. El Conde de Ribagorza fue don Alonso de Aragón (1470-1520), quien era hijo natural de Juan II y hermano de Fernando el Católico. Fue considerado uno de los políticos más sagaces de su siglo.

¹⁵⁴ Ibídem, p. 359. El marqués de Caracena fue don Luis de Benavides Carrillo y Toledo (m.1667), quien participó en varias guerras en Francia, Portugal e Italia (Parma, Turín, Milán), llegando a gobernador de Milán, cargo que ostentó entre 1648-1656 y de Flandes entre 1659 y 1664.

qué defendido está con el guardanaso de su gran sagacidad, que con la misma verdad deslumbró la atención del vivaz Enrico Cuarto”. Tras cuyo recuerdo el escritor belmontino formula esta conclusión: “Todas estas armas son para la cabeza y más de hombres sagaces que de mancebos audaces”¹⁵⁵.

Al tratar de finalizar su capítulo sobre el valor, el moralista aragonés vuelve de nuevo al escenario último de la crisis anterior, el monte de Virtelia, al que habían llegado los dos conquistadores de la virtud, con la pretensión de conjugarla con el valor. “Iban escogiendo armas valientes, espadas de luz y de verdad, que a fuer de eslabones fulminasen rayos, escudos impenetrables de sufrimiento, yelmos de prudencia, arneses de fortaleza invencible”. El majestuoso relato, en el que la ficción se mezcla una vez más con apreciaciones reales, termina con esta sabia sentencia, en que se recomienda que se compaginen el valor y la prudencia: “Poco importa que el consejo dicte, la prudencia prevenga, si el valor no ejecuta”¹⁵⁶.

c) La verdad es que la capacidad de fabulación de Baltasar Gracián parece que no tiene límites. Si al tratar de la virtud acarreaba materiales de la más variada procedencia para embellecer sus metáforas, al ocuparse ahora del vicio remueve todo lo que encuentra en el mundo de la naturaleza animada para describir e ilustrar las monstruosidades de los vicios. De inicio compara a estos con la corriente de un río, que un hombre necio no quería cruzar, quien ante las voces de otro hombre

¹⁵⁵ *Ibíd.*

¹⁵⁶ *Ibíd.*, p. 360-361.

cuerdo, que le avisaba que lo hiciera cuanto antes, pues sería más fácil llegar a la otra orilla hoy que mañana, él se excusaba diciendo que estaba esperando a que dejase de correr el río para poder pasarlo sin mojarse. Es la misma excusa vulgar, señala el moralista jesuita, de quien “fabulosamente necio”, no advierte los riesgos del vicio, alegando que espera que acabe de pasar la corriente de las pasiones para poder ajustarse a los dictámenes de la razón, y alegando además “que con más edad tendrá más cordura”¹⁵⁷.

Basado en el postulado moral de que la vida humana es una milicia contra la malicia, de evidente raigambre jesuita, Gracián presenta ahora a sus dos *viatores mundi* como dos valerosos guerreros que han de vérselas con trescientos monstruos, encarnación viva de otros tantos vicios, a los que “con los rayos de la razón descubrieron sus ardides”. Arribaron así a un “hermosísimo palacio [...] el más artificioso y bien labrado que jamás vieran”, que pensaron sería el alcázar de Virtelia, la virtud, pero pronto se desengañaron al constatar que estaba situado “a los pies del monte”, mientras que el de Virtelia estaba en la cumbre. Cuando esto ponderaban, continúa la narración fabuladora, “vieron asomar por su majestuosa puerta, al cabo de muchas varas de nariz, un hombrecillo de media, que, viéndolos admirados, les dijo: ‘Yo no sé de qué, pues así como hay hombres de gran corazón y de gran pecho, yo lo soy de grandes narices’”. Recordemos de nuevo que comúnmente, pero especialmente para Gracián, el olfato y la nariz son el sentido y el órgano vivo de la sagacidad. Por si hubiera alguna duda, ésta se disipa con lo que a continuación leemos: “Toda gran trompa -dijo Critilo- siempre fue para

¹⁵⁷ Cfr. *El Criticón*, ed. cit., Parte II, crisis IX, p. 362-363.

mí señal de gran trampa”. “¿Y por qué no de sagacidad? –replicó él- [se refiere al narigudo]. Pues advertid que con ésta os he de abrir camino”. Seguidme”¹⁵⁸.

A partir de este momento la trama novelesca ideada por el escritor belmontino suscita todavía mayor interés para nuestros objetivos, por cuanto el hombrecillo de las grandes narices se convierte en el guía de los caminantes, una vez que logran sortear la hediondez de los vicios en cuyo tramo es el Sático quien les sirve de guía. Cada uno de estos vicios, el juego, la lascivia, la lujuria, el duelo, la necedad, con todos sus fieles sirvientes y toda la gran variedad de formas que el vicio adquiere, son descritos con lenguaje cáustico e imágenes reales.

Para resaltar más su misión, aparece también personificado con el nombre de *el Sagaz* en todo lo que resta de camino. Interviene por primera vez al referirse al adúltero, que habiendo recibido de Dios mujer discreta, noble, rica, hermosa y virtuosa, le es infiel, y se va con otras. La segunda cuando se confunde la intención con la afición. Y en el intermedio sitúa otra monstruosidad, representada por quien todo lo ve con buenos ojos, y con su “maligno mirar” llama a “la astucia, sagacidad, y el artificio, prudencia”¹⁵⁹.

El desagradable ambiente del palacio del vicio hacía necesario volver al alcázar de la Virtud, de Virtelia encantada, donde el aire era puro y la respiración límpida. El guía que ahora acompaña a los peregrinos se llama Lucindo, el varón de luces, quien, “esparciendo rayos de inteligencia, los comenzó a guiar a toda felicidad por el camino

¹⁵⁸ Ibídem, p. 363-364.

¹⁵⁹ Ibídem, p. 370.

verdadero”, por muy agria que fuera la subida¹⁶⁰. Guiados por él llegaron a la cumbre de aquella gran montaña, en cuya cima pudieron ver “el deseado palacio de Virtelia, campeando en medio de aquella sublime corona, teatro insigne de prodigiosas felicidades”¹⁶¹. Tras corto caminar “sin ser vistos ni ser oídos”, y sin apenas darse cuenta, “se hallaron dentro del encantado palacio con realidades de un cielo”. Allí se encontraron, entre otras muchas virtudes presentadas como doncellas, con la Verdad, la Bondad, la Amistad, el Consejo, el Valor y la Cordura, presididas todas por Virtelia, su reina, que estaba servida por sus damas de honor, que eran la Entereza y la Honestidad. Pero faltaba una, “¡Oh, cómo te engañas! -dijo la Sagacidad-, gran ministra de Virtelia”¹⁶². A la que acompañaban sus cuatro mayores ministras, que fueron presentadas a los dos coronados peregrinos con estas palabras, que indicaban cual era su misión para encaminarlos al encuentro de la felicidad, encarnada en Felisinda: “Ésta, que es la Justicia, os dirá dónde y cómo la habéis de buscar; esta segunda que es la Prudencia, os la descubrirá; con la tercera que es la Fortaleza, la habéis de conseguir; y con la cuarta, que es la Templanza, la habéis de lograr”¹⁶³.

d) Una de las cualidades inherentes o atribuibles al hombre como persona, que merecieran una especial consideración por parte de Baltasar Gracián en sus obras morales, y en particular en *El Criticón*, es el honor y con él la honra, que aparece personificada con el nombre de Honoria,

¹⁶⁰ Ibídem, crisis X, p. 376.

¹⁶¹ Ibídem, p. 379.

¹⁶² Ibídem, p. 381 y 388.

¹⁶³ Ibídem, p. 389.

“aquella plausible reina de la Estimación”¹⁶⁴, encargada de dar crédito a la virtud. Conseguirla y mantenerla no es tarea fácil, y cuando todo indica que se ha adquirido, tendrá que lidiar con los muchos peros que a ella se oponen, peros perinquinosos las más de las veces, “peros indigestos” en algunas ocasiones, y “peros arrojadizos” en determinadas circunstancias. Cuando el “pero” falla, encuentra su sustituto en el vulgar “si no”, adornado en su función por alguna otra palabra añadida, como el tan usado “si no fuera” o “si no fuera por”, que le dan más consistencia¹⁶⁵.

Estas explicaciones, tan certeras como eficaces, encuentran su mayor aliado en una serie de ejemplos, que Gracián escoge al azar y que son de fácil aceptación. Limitándonos a los que se relacionan con nuestro tema, recogemos estas muestras suficientemente elocuentes: “Gran letrado, si no fuera mal intencionado”; “¡Qué buen sujeto aquel otro y qué prudente!, pero es embarazado”; “muy bien entiende las materias, mas no tiene resolución”; y por último este otro ejemplo: “Lindo ingenio, pero sin juicio: no tiene sindéresis”¹⁶⁶.

Entre tanto “pero” y tanto “si no” la honra se diluye como un azucarillo en un vaso de agua, y Honoria no tiene otro remedio que refugiarse en el interior de su palacio. Estaban los peregrinos de la vida absortos en esta reflexión, cuando descubrieron un “hombrecillo tan nonada” y “con cara de pocos amigos” pues a todos la torcía, “con carrillos de catalán y aún más chupados, que no sólo no come a dos” sino “a ninguno”, con “nariz de sátiro, y aun más fisgona”, el cual, “por no

¹⁶⁴ Ibídem, crisis XI, p. 391.

¹⁶⁵ Ibídem, p. 391-392.

¹⁶⁶ Ibidem, p. 392.

tener cosa buena en sí, todo lo hallaba malo en los otros”, y se pasaba “todo el día tirando peros y piedras”¹⁶⁷. Con esta ingeniosa historieta y su correspondiente moraleja pretende ilustrar Gracián la vulgaridad y la malicia de los “peros”, que lanzados a la opinión pública y puestos en circulación en el ambiente social, no dejan ninguna honra entera, o la reducen de tal manera que su vigencia es inapreciable.

Como si todo esto fuera poco para dañar la honra, aparece en escena el dios de la burla, el tan temido Momo, protector de todos los maldicientes y guarda de toda lengua suelta. Para atacarla más eficazmente cuestiona su propio ser y se pregunta qué es la honra, sacando de su chistera una serie de respuestas a cada cual más endeble e inconsistente, de tal modo que al final todas se neutralizan entre sí y dejan en muy mal lugar a la honra, arrojándola a los pies del qué dirán. Un ejemplo lo demuestra. Hubo un varón insigne y cabal en Aragón, que al parecer se trata de don Pedro Pablo Zapata, que “de verdad que era bien nombrado, [...] Éste era el prudente, el atento, el temido”¹⁶⁸. Pero toda su buena fama se quedó en nada ante el acoso incesante del qué dirá, como les ocurrió a tantos otros como él. Y es que el potencial de las huestes de Momo es humanamente incalculable.

Al discutir en la crisis siguiente sobre el mando y el ejercicio del poder, Gracián plantea una competencia entre las diversas ramas de la ciencia para ver cuál de ellas merece alzarse con el título de reina. En el imaginario concurso consiguen llegar a la ronda final los “ingeniosos”, representantes de la Filosofía Natural y los “juiciosos” que lo eran de la

¹⁶⁷ *Ibídem*, p. 394-395.

¹⁶⁸ *Ibídem*, p. 401. Pedro Pablo de Zapata fue Gobernador de Aragón y más tarde de Cartagena de Indias.

Filosofía Moral. También participan la Jurisprudencia y la Política, por lo que el título quedaría adjudicado al saber práctico, y entre las formas de éste, la decisión final se inclinaba por el que modela la conducta del hombre. “Éste sí que es el práctico saber, ésta la arte de todo discreto”¹⁶⁹, declaraba el veredicto final de la supuesta contienda.

Mientras tanto los dos peregrinos prosiguieron su camino en busca de la felicidad, y se alegraron mucho pensando que ya se acercaban a aquella imperial ciudad donde tenía su trono. Fueron advertidos que, para acceder a él, era preciso acumular muchos méritos y unir el valor con la virtud, prendas ambas que por sí solas elevan al hombre a su realización plena como persona. No sirve el mandar, pues “aunque es empleo de hombres, no da felicidad”¹⁷⁰. Al término de la jornada “llegaron a una gran plaza, donde cuatro o seis personajes, muy ahorrados, sin ahorrarse con ninguno y aforrándose de todos, estaban jugando a la pelota. Éste la arrojaba a aquél, y aquél al otro, hasta que volvía al primero, pasando círculo político, que es el más vicioso, rodando siempre entre unos mismos, sin salir jamás de sus manos”. Ante su sorpresa, les advirtió el guía: “Éste es el juego del mando, éste es el gobierno de todas las comunidades y repúblicas. Unos mismos son los que las mandan siempre, sin dejar tocar pelota a los demás, que no hay política que no tenga sus faltas y sus azares”¹⁷¹. Con este símil quiere mostrar Baltasar Gracián que la política corrompe, y que el ejercicio del poder y el mando no son precisamente un buen camino para poseer a la virtud y para llegar al trono de la felicidad, sobre todo cuando la

¹⁶⁹ *Ibídem*, crisis XII, p. 406 y 408.

¹⁷⁰ *Ibídem*, p. 411.

¹⁷¹ *Ibídem*, p. 416-417.

ambición y el juego sucio sustituye a las reglas morales que deben dirigir la política.

Cuando recorrían la última etapa de la edad varonil, “el mejor tercio de la vida” esa en que, como consignábamos al principio, “todo es madurez y cordura”, Andrenio había llegado a la cumbre de esa edad, mientras que Critilo iba decayendo en la cuesta abajo de la vida y rodando de achaque en achaque. En la trama novelesca el escenario real es ahora el territorio próximo al gigante de los Alpes entrando por Alemania hacia Suiza, y hasta el mismo guía es alemán, un “agigantado camarada”. Antes de continuar, su mente trataba de extraer las últimas consecuencias de lo vivido en las etapas anteriores. Por eso reanudan su diálogo recordando que el verdadero señorío “no consiste en mandar a otros, sino a sí mismo”. Puesto que: “¿Qué importa sujete uno todo el mundo, si él no se sujeta a la razón?”. Precisamente por ello, “el que más manda, más se desmanda”¹⁷². Y es que en realidad no hay mejor señorío que la libertad del corazón, y sólo poseyéndola se logra alcanzar “el colmo de una inmortal perfección”¹⁷³.

Entre los mismos personajes con los que los dos caminantes se encontraron en el recorrido de la última etapa de su peregrinaje en la edad varonil merece mención especial el de una “monstruosa vieja”, viva encarnación de la envidia y gran amiga del “ostracismo moderno, que a todos los insignes varones destierra y querría echar del mundo no más de porque lo son”¹⁷⁴. Eran tales su poder y su credibilidad que a todos los “hombres de juicio”, a todos los “buenos ingenios” procuraba enviarlos

¹⁷² *Ibídem*, crisis XIII, p. 419.

¹⁷³ *Ibídem*, p. 420.

¹⁷⁴ *Ibídem*, p. 423.

al destierro. Tenía un mal mirar de ojo, la boca torcida, y un modo de hablar y de gesticular, que a todos asustaba, pero siempre conseguía hacer realidad sus propósitos. Víctimas suyas fueron muchos hombres de bien, muchos discretos, prudentes, sagaces, valientes, y no pocos varones eminentes y mujeres honestas. Es ésta una de las pocas veces en que Gracián coloca a las mujeres al lado de los varones, y parece conceder una tregua a su, a veces, morbosa misoginia.

Libres por fin de envidiosos y de envidiados, los dos peregrinos “llegaron a un paso inevitable, donde asistía muy de asiento un varón muy de propósito. Éste era el que tenía en su mano la justa medida de los entendimientos, de cómo han de ser”¹⁷⁵. Fue este “juicioso varón” quien, invitándoles a entrar en su coto privado, les fue mostrando la gran variedad de tipos que tenían su aposento en aquella “jaula de todos”, afirmando todos a lo contrario de lo que en la vida eran. Estaba la gran jaula “llena de hombres, tenidos por sabios y muy ingeniosos”. La parodia termina con esta sentencia de quienes la custodiaban: “Aquí no se juzga de la cordura interna, sino de la locura externa”¹⁷⁶.

El paso inevitable era precisamente el paso de la vida, en este caso de la edad varonil a la de la vejez, que Baltasar Gracián sitúa alrededor de los cincuenta años, una edad inaceptable hoy día como entrada a la hoy llamada tercera edad, que para él sería la cuarta. Despejado ese paso, ambos peregrinos “fuéronse encaminando a los canos Alpes, distrito de la temida Vejecia”¹⁷⁷. El escenario real que ahora aparece ante la vista son los Alpes en su vertiente alemana, según la

¹⁷⁵ *Ibíd.*

¹⁷⁶ *Ibíd.*, p. 426 a 428.

¹⁷⁷ *Ibíd.*, p. 433.

descripción del autor, que, como de ordinario no precisa el lugar por el que discurría el camino, entre otras cosas porque a él no le interesa, pues lo único que en realidad le preocupa es contar con una base geográfica real, que le sirva para apoyar sobre ella su fantasmagórica trama novelesca.

III

Esta exaltación competitiva de la prudencia y de la sagacidad como criterios directivos de la razón práctica continúa en la tercera parte de *El Crítico*, consagrada a interpretar las vicisitudes del vivir normal en la vejez, que personifica y tiene voz propia en toda la narración con el nombre de Vejecia. Ya en la misma dedicatoria de esta tercera parte de la obra a don Lorenzo Francés de Urritigoyti, el autor hace una encendida loa de la prudencia, al escribir: “¿A quién mejor la pudiera yo dirigir que a un señor anciano, tan grave, entendido y prudente?” .Y más adelante, tratando de ponderar sus virtudes, en cuanto heredadas de sus “esclarecidos padres”, declara “haber copiado” de ellos “lo virtuoso, lo prudente, lo docto, lo entendido, lo apacible, lo generoso, lo plausible, lo noble...”¹⁷⁸. Este enaltecimiento de la prudencia, como virtud humana, persiste a lo largo de las doce crisis de que consta esta tercera parte de la obra.

¹⁷⁸ Cfr. *El Crítico*, ed. cit., Parte III, dedicatoria, p. 437 y 438.

Pero como si quisiera advertir que no se olvida de la sagacidad y que la tendrá muy en cuenta y se referirá a ella en términos explícitos en múltiples pasajes de su discurso, al comenzar la primera de las doce crisis de que consta el relato, en la que da cuenta de los honores y los horrores de la vejez, discutiendo por cuál de las cuatro edades debía iniciarse la vida, señala que “murmuraban de la atenta naturaleza *los reagudos* (entremetiéndose a procuradores del género humano) el haber dado principio a la vida por la niñez”¹⁷⁹. Esta palabra “reagudos”, inventada por el autor, como otras muchas de similar textura, con el significado reduplicativo de doblemente agudos, contiene una referencia implícita a la sagacidad, máxime si tenemos en cuenta que ésta es sinónima de agudeza, con un matiz muy específico en las obras morales del autor belmontino.

a) Es obvio que en esa más que imaginaria disputa sobre a cuál de las cuatro edades de la vida humana corresponde la primacía -no el inicio, pues esto supondría un contrasentido- se lleva la palma quienes optan por la edad varonil. En ella brillan por igual la prudencia y la sagacidad. En referencia a ello apostilla Gracián: “¡Ése sí -ponderaban los resabios- que es un gran comenzar, el mediodía de la razón, y a toda luz del juicio! Ventaja única, entrar a entero sol en el confuso laberinto de la vida”¹⁸⁰, dando alas al despliegue de la inventiva y del ingenio. Pero

¹⁷⁹ *Ibíd*em, crisis I, p. 445.

¹⁸⁰ *Ibíd*em, p. 446.

no por ello queda ventilada la imaginaria disputa, que obliga a aceptar que el hombre comience “a vivir por la niñez ignorante y acabe por la vejez sabia”¹⁸¹.

La descripción de la vejez, a pesar del calificativo de edad sabia y de otras virtudes que la enaltecen, es excesivamente sombría. Como andantes de la vida, los dos peregrinos, Andrenio y Critilo, después de pasar los Pirineos sudando, llegaron a los Alpes tosiendo. Gracián los apellida, con cierto desdén, “los Alpes canos”, aludiendo por una parte a la blancura de la nieve y por otra, sin señalar el contraste, a los cabellos canos que simbolizan la vejez, en la que campean por doquier la melancolía, la frialdad y la tristeza. Aparece entonces en escena el personaje mitológico Jano, quien en las jornadas siguientes tratará de guiar sus pasos hasta llegar al palacio de Vejecia. En este momento intervienen en el discurso varios viejos, dando cada uno la versión que les conviene de su experiencia. Entre ellos hay uno que, a pesar de estar decrepito, confiesa no sentirse viejo. Y daba esta razón: “Las pensiones del viejo son ver poco, andar menos, mandar nada; yo, al contrario, veo más”¹⁸², lo que obviamente entraña una velada alusión a la agudeza y a la sagacidad. Pero el desvarío no termina aquí y prosigue con otras declaraciones de idéntico contraste. Veamos sino: “Defendíase otro diciendo que él se sentía aún mozo, pues tenía estómago de francés, cabeza de español y pies de italiano”¹⁸³. Esta implícita estimación, y en muchos otros pasajes explícita, de las diversas naciones de Europa, y también de las regiones o de las ciudades, como cuando poco antes dice

¹⁸¹ *Ibíd.*, p. 447.

¹⁸² *Ibíd.*, p. 454.

¹⁸³ *Ibíd.*, p. 456.

“hay dos leguas de distancia, y catalanas”¹⁸⁴, es tan frecuente en la obra principal de Gracián, que por sí sola merecería un estudio especial. Pero no por ello son ajenas a nuestro tema. Lo prueba el hecho de que, al referirse a otro personaje del que “se dudaba si realmente era anciano, porque le sobraba tiempo y le faltaba seso”, mientras todos convinieron que estaba muy verde, hubo de intervenir Vejecia para decir: “Estos son de casta de higueras locas, que nunca llegan a madurar el fruto; *hacen higa a la prudencia*”¹⁸⁵.

Pero cuando todo parecía que la sagacidad había sido de nuevo olvidada, o al menos preterida, nos encontramos con esta primorosa prenda, que nos sorprende como si fuese un regalo inesperado: “Nota –le dijo Jano- lo que puede la maña de un *sagaz viejo*”. Lo que explica señalando el proceder de aquel otro que, estando a punto de caer una gran máquina de coronas, “llega él y arrima su carcomido báculo y con segura firmeza las sustenta”¹⁸⁶. Este explícito reconocimiento de la sagacidad del viejo viene confirmada implícitamente poco después en este otro episodio: “Repara -dijo el Jano- en aquel semiciego: pues más descubre él en una ojeada que echa que muchos garzones que se precian de tener buena vista, que al paso que van perdiendo éstos los sentidos, van ganando el entendimiento: tienen el corazón sin pasiones y la cabeza sin ignorancias”. Esto implica la combinación de la sagacidad con la prudencia, como cuando apunta a aquel otro viejo, que parecía tan

¹⁸⁴ Ibídem, p. 448.

¹⁸⁵ Ibídem, p. 458.

¹⁸⁶ Ibídem, p. 460.

desvalido que no tenía parte sana en todo su cuerpo, pero “tiene el seso muy entero y el juicio muy sano”¹⁸⁷.

Esta sabia coordinación de ambas instancias, la prudencia y la sagacidad, es constatable en los dos últimos párrafos de esta primera crisis. Al contemplar la feliz quietud de algunos ancianos, satisfechos del camino recorrido en su agitado vivir, exclama Jano: “Es que asisten aquí el reposo, el asiento, la madurez, con la prudencia, con la gravedad y la entereza. No se oyen aquí jamás desatenciones, mucho menos arrojos ni empeños; no resuena instrumento músico ni bélico, que están prohibidos por la Cordura y el Sosiego”. Y para concluir este broche de oro: “Trató ya de conducir el *sagaz Jano* a su maduro Critilo ante la venerable Vejecia”¹⁸⁸.

b) Cuando el ser humano actúa en plena armonía con su condición ética, todo funciona perfectamente, y cuando se aparta de ella, todo es confusión y desorden. Lo primero es fruto de la virtud, lo segundo es consecuencia del vicio. Gracián estima que en cada una de las cuatro edades predomina una clase de vicio; en la vejez esta primacía corresponde a la violenta “vinolencia”, es decir, a la embriaguez. Para evitar éste y otros vicios, que dañan y desdibujan la imagen de la vejez, indica que Vejecia, su reina, mandó promulgar severas leyes para todo el ancianismo, que para unos fueron favores y para otros rigores. Entre estas leyes, hechas públicas por su secretario en un solemne pregón, encabeza el segundo bloque la que ordena que todos los destinatarios de ellas “den

¹⁸⁷ Ibídem.

¹⁸⁸ Ibídem, p. 461.

consejos por oficio, como maestros de prudencia y catedráticos de experiencia”. Y añade que están obligados a hacerlo “sin aguardar a que se les pidan, que ya no lo practica la necia presunción”¹⁸⁹.

Esta misma exigencia de ejercitar reiteradamente la prudencia se repite en otra ley del apartado quinto, que ordena lo siguiente: “Mándaseles que en todas sus cosas procedan con espera, y así podrán ser flemáticos, que no procederá de cansados, sino de pausados y prudentes”. Y como disposición final figura esta otra exigencia legal: “Finalmente se les encarga que no sean chanceros sino severos, estando siempre de veras atentos a su madurez y entereza”¹⁹⁰.

Además de estas leyes pertenecientes a la esfera pública, el secretario, volviendo la hoja, leyó una serie de recomendaciones de carácter privado, que contenían intimidaciones muy precisas, entre ellas la que ocupaba el primer lugar, en la que se advertía que el ser anciano no equivale a estar caduco, pues no es lo mismo estar en la edad madura que en la caduquez. La última recomendación refuerza esta primera intimidación, pues dice concretamente: “Finalmente, que procedan como parecen, agobiados, inclinándose a la tierra como a su paradero, cargados de espaldas, mas no de cabeza”¹⁹¹, que es tanto como decir, saber ser prudente y sagaz en todas sus acciones. Y por último la conminación de que todas estas obligaciones y muchas más se les imponen sin condiciones, y deberán ser cumplidas por todos, teniéndolas como tales y no como privilegios o concesiones.

¹⁸⁹ Ibídem, crisis, II p. 462-463.

¹⁹⁰ Ibídem, p. 465.

¹⁹¹ Ibídem, p. 467.

Así acabó el solemne acto presidido por la arrugada reina Vejecia, parodia que Baltasar Gracián encaja en lo que llama el “teatro del mundo”, la feria o mercado de la vida, la “tragicomedia de la vida”, con una velada alusión a Calderón, cuya cita procura esquivar siempre y a sabiendas¹⁹².

Prosiguiendo en su ataque a la vinolencia, cuyo máximo exponente es la embriaguez en la edad senil, “el último asalto que dan al hombre los vicios”, cuando el viejo “llama al vino su leche, su abrigo y su consuelo”, concluye Gracián que con ella se consigue con pasmosa facilidad “cerrar los ojos a la razón, abrir puerta a todo vicio, y de modo que, con lastimosa infelicidad, aquel que toda la vida se había conservado en virtud y entereza, se halló de repente a la vejez glotón, lascivo, iracundo, maldiciente, locuaz, vano, avaro, ridículo, imprudente, y todo esto porque vinolento”¹⁹³.

En otro de los pasajes en que el moralista aragonés se detiene morosamente a ponderar las virtudes y los vicios de las distintas naciones de Europa, se pregunta qué podría hacer “un corpacho de un alemán sin vino”; y llega a decir que los alemanes “hasta en los dedos tienen la sutileza”¹⁹⁴, que es tanto como decir que son señores de la agudeza y de la sagacidad. Y poco después alude de nuevo incidentalmente a la prudencia, cuando escribe, refiriéndose al rey Felipe II de España: “¿Cómo es posible que un señor tan cuerdo, llamado por antonomasia el

¹⁹² Ángel Valbuena Prat, en *Historia de la Literatura Española*, t. II, (Barcelona, Gustavo Gili, 1968), p. 715, nota 1 a pie de página dice que “Gracián apenas cita a Calderón, a pesar de coincidir con motivos suyos; y cuando lo hace, más bien le resta importancia al posponerlo a verdaderas medianías.

¹⁹³ *Ibídem*, crisis III, p. 483.

¹⁹⁴ *Ibídem*, p. 489.

Prudente [...], cómo es creíble lleve consigo un perennal?” Y contesta: “Y aún por eso, porque él es prudente”¹⁹⁵.

Esta caracterización, no por interesada y variable menos importante, de las diversas naciones de Europa, prosigue en la crisis cuarta, que trata del mundo descifrado, y que comienza así: “Es Europa vistosa cara del mundo, grave en España, linda en Inglaterra, gallarda en Francia, discreta en Italia, fresca en Alemania, rizada en Suecia, apacible en Polonia, adamada en Grecia y ceñuda en Moscovia”¹⁹⁶. Es entonces cuando interviene otro personaje imaginario, llamado el Descifrador, quien se ofrece a desvelar o descifrar, lo que los entendidos llaman discurrir, todas las claves y secretos que el mundo encierra. En el desarrollo del discurso, excesivamente cultista, es tan evidente como constante el ejercicio de la sagacidad y del ingenio, con ejemplos tan rebuscados como el de *cutildeque*, del que el propio autor confiesa que “es menester gran sutileza” para entenderlo, o el de “*alterutrum*”, del que dice que es “una gran cifra que abrevia el mundo entero, y todo muy al contrario de lo que parece”¹⁹⁷. Retomando su camino “en la arriesgada peregrinación de la vida humana”, que simbolizan los dos protagonistas, se topan de improviso con otros dos personajes imaginarios de la trama novelesca, el Engaño y el Desengaño, colocados respectivamente a la entrada y a la salida de ese palacio sin puertas, que es el mundo. La temática es sustancialmente la misma, pues se rige por el lema de que “los halagos de los vicios matan y los rigores de las virtudes dan vida”, y, para solventarlas, es preciso utilizar de continuo el arte de descifrar y de

¹⁹⁵ Ibídem, p. 494.

¹⁹⁶ Ibídem, crisis IV, p. 501.

¹⁹⁷ Ibídem, p. 507 y 509.

discernir, con una “habilidad que sobrepuje al ver con cien ojos, al oír con cien orejas, al obrar con cien manos, proceder con dos rostros, doblando la atención al adivinar cuánto ha de ser y al descifrar un mundo entero”¹⁹⁸. Fiel a su técnica narrativa de contar con la intervención de personajes imaginarios para dar más lustre a la trama novelesca, ahora entran en escena el Veedor y el Zahorí, que representan respectivamente la agudeza visual y la perspicacia para descubrir lo oculto y lo que otros piensan. A la pregunta de Andrenio ante la perplejidad que le causa la afirmación del Zahorí de que el común de los mortales sólo ve la mitad de las cosas, contesta el Veedor: “Yo llego a ver la misma sustancia de las cosas en una ojeada, y no solos los accidentes y las apariencias, como vosotros”. Y continúa: “Yo conozco luego si hay sustancia en un sujeto, mido el fondo que tiene, descubro lo que tira y dónde alcanza, hasta dónde se extiende la esfera de su actividad, dónde llega su saber y su entender, cuánto ahonda su prudencia”¹⁹⁹. Pero no todo se soluciona con ser veedor o zahorí, si en determinadas ocasiones, más o menos decisivas, esa facultad falla. De ahí esta doble advertencia de Andrenio, colocada al final de la crisis: “¿De qué sirve -le decía a su camarada perspicaz- el ser zahorí toda la vida, si en la ocasión no nos vale? ¿Qué haces, si aquí no penetras?”²⁰⁰. De dar cumplida respuesta a estas dos preguntas se ocupa la crisis siguiente, una de las más interesantes para el tema de nuestro estudio.

¹⁹⁸ *Ibídem*, crisis V, p. 520, 521 y 525.

¹⁹⁹ *Ibídem*, p. 526.

²⁰⁰ *Ibídem*, p. 536.

c) En el peregrinaje sin descanso en busca de la felicidad, encarnada en Felisinda, los dos protagonistas llegan a Italia, dejando atrás los Alpes canos. No les parece agradable el lugar por donde entran a ella, lo que les impulsa a proceder con cautela. Antes de adentrarse en su territorio divagan discutiendo sobre las ventajas de algunos animales en relación con el hombre, entre ellas la perspicacia del lince, el olfato del perro -recordemos que para Gracián el olfato es el sentido que simboliza la sagacidad-, lo vivaz del Fénix, pero sobre todo el rumiar de ciertos brutos, por lo que representa como símbolo del repensar lo que previamente se había tragado, es decir, que se había pensado ligeramente y sin la debida reflexión. Por eso aconseja repasar “muy despacio lo que de ligero concibió”. Y remarca: “Piense, medite, cave, ahonde y pondere, vuelva una y otra vez a repasar y repensar las cosas. Consulte lo que ha de decir y mucho más lo que ha de obrar. Así que su rumiar ha de ser el repensar, viviendo del reconsejo muy a lo racional y discursivo”²⁰¹. En definitiva proceda con la mayor prudencia y sagacidad, no sólo en el decir, sino sobre todo en el obrar.

Al entrar por fin en Italia, los dos viandantes se encontraron ante un “raro bivio”, es decir, una doble vía o “dudosa encrucijada, donde se partía el camino en otros dos”, teniendo que decidir cuál de ellos debían elegir para no cometer un error lamentable, que les impidiera llegar a Roma. La narración que sigue no podía ser más bella y más apropiada para nuestro objetivo, en cuanto en ella se entremezclan, con mención literal, la prudencia y la sagacidad, compitiendo a la par por obtener la primacía. “Estaban altercando al principio con encuentro de

²⁰¹ Ibídem, crisis VI, p. 538.

pareceres, y después de afectos” –consigna el escritor aragonés- “cuando descubrieron una banda de cándidas palomas por el aire y otra de serpientes por la tierra”²⁰². En su pausado y sosegado vuelo, las palomas, después de volar a la derecha, salieron por la izquierda, con lo que Andrenio exclamó con júbilo que ya estaba claro cuál era el camino a seguir. Pero Critilo, más prudente y más sagaz, le replicó: ahora “veamos por donde se desfilan las serpientes, porque advierte que la paloma no tanto guía a la prudencia cuanto a la simplicidad”. Esta advertencia no satisfizo a Andrenio, quien por su parte señala: “antes suelo yo decir que no hay ave *ni más sagaz ni más política* que la paloma”. A lo que su interlocutor replicó: ¿En qué lo fundas? Su respuesta fue que es el ave “que mejor sabe vivir”²⁰³; y concluyó su razonamiento diciendo, “que no hay otra razón de estado como la sinceridad y la mansedumbre de la paloma, y que ella es la mayor estadista”²⁰⁴. Cuando todo daba a entender que la discusión había finalizado sin éxito, apareció otra tropa de serpientes, que se fue deslizándose por la senda contraria de la mano derecha, como antes las palomas lo habían hecho por la senda de la izquierda, lo que acrecentó en gran manera la perplejidad de los dos peregrinos. Ante tal disyuntiva, exclamó Critilo: “Éstas sí que son maestras de toda *sagacidad*. Ellas nos muestran el camino de *la prudencia*. Sigámoslas, que sin duda nos llevarán al Saber reinando”²⁰⁵, es decir, a Roma, sede de la región de la Inmortalidad.

²⁰² Ibídem, p. 539.

²⁰³ Ibídem.

²⁰⁴ Ibídem, p. 540.

²⁰⁵ Ibídem.

Como los dos viandantes no se ponían de acuerdo sobre cuál era el camino acertado, al fin decidieron seguir cada uno un camino distinto, con el compromiso de que el primero que llegara a la meta deseada y descubriese la Corte del Saber triunfante, se lo comunicara al otro. Critilo eligió la senda por la que se deslizaban las serpientes, es decir, la que quedaba a mano derecha, mientras que Andrenio optó por el camino de las palomas, es decir, el que quedaba a la izquierda de la marcha. Como los dos caminos seguían líneas divergentes, pronto se perdieron de vista, y se encontraron con personajes muy diferentes, con gentes muy distintas y con costumbres y formas de vida opuestas entre sí. Pudiera parecer que, llegados a este punto del relato de la singular aventura de elegir el camino recto ante la problemática encrucijada, el interés por lo que después sucediera decaería hasta amortiguarse y desaparecer por completo por no afectar a nuestro tema de estudio. Pero en realidad ocurre todo lo contrario. Veamos. Al poco de iniciar su ruta, Critilo, el que optó por la senda de las serpientes, la de la derecha, se encontró de frente con “aquellos que llaman los reagudos”, es decir, como ya anotamos, doblemente agudos, que es tanto como decir *muy sagaces*, que eran “gente toda de alerta, hombres de enseñadas, de reflejas y de segundas intenciones, de trato nada liso, sino doblado”. Lo que sigue no tiene precio para nuestro objetivo, pues continúa la narración: “Fuésele apegando luego un grande narigudo, digo nariagudo, no tanto para conducirle cuanto para explorarle, y comenzó a tentarle el vado y querer sondearle el fondo con rara destreza. Hombre, al fin, de

atención y de intención”²⁰⁶. Recordemos de nuevo, como ya anotamos, que la nariz es para Gracián el sentido al que corresponde la sagacidad.

En el transcurrir de su devenir por la senda elegida, llegó un momento en que Critilo no sabía dónde se hallaba, si en Venecia o en otro lugar antes transitado, como pudiera ser Córdoba o Calatayud, escribe Gracián, dando una vez muestra de optar por la transposición de lugares, aunque sean reales y no imaginarios, sin importarle nada su localización geográfica. Pero lo realmente importante para nuestro tema es la digresión que sigue. Dice en efecto: “Aquí admiró las bravas tretas, las grandes sutilezas, jugando todos de arte mayor, que todos eran peliagudos y narigudos, mañosos, sagaces y políticos”²⁰⁷.

Mientras tanto Andrenio seguía su propia ruta, la marcada por las palomas al torcer el vuelo hacia la izquierda. En ella se encontraba el país de los buenos hombres, gente toda pacífica y amigable, que parecían encarnar la vida tranquila y sin altercados, ejemplificada en una serie de tipos humanos, con nombres no propios sino vulgares, y como siempre absolutizados y reconvertidos en prototipos. Al final, como de costumbre, una velada caracterización de las naciones o regiones, con estas tenues pinceladas: “Y con pasar en Italia, no había ningún italiano; cuando mucho, alguno de Bérgamo. De los españoles, algún castellano viejo; de los franceses, algún albernio. Y muchos polacos”²⁰⁸.

Cansados de deambular cada uno por su senda y cada vez más distanciados, llegó un momento en que los dos peregrinos, “ambos a la par, aunque tan distantes, parece que se orejearon”, y convinieron dejar

²⁰⁶ Ibídem.

²⁰⁷ Ibídem, p. 543.

²⁰⁸ Ibídem, p. 545.

cada uno su camino, “el uno de la astucia, y el otro de la sencillez”. Por lo que, “poniendo la mira en el medio, descubrieron la Corte *del Saber prudente*”, y se encaminaron a ella, llegando pronto a un punto en el que ambas sendas volvían a encontrarse, y en el que parecieron encontrarse con un raro personaje, que todo “se hacía sesos y todo él se veía hecho de sesos, de modo que tenía cien corduras, cien esperas, cien advertencias y otros tantos entendimientos”. Y de otra vez la referencia a las maneras de las naciones o de las regiones, en cuanto parecía que “era castellano en lo sustancial, aragonés en lo cuerdo, portugués en lo juicioso, y todo español en ser hombre de mucha sustancia”²⁰⁹.

En su inigualable e inquieta inventiva de transmutar las cosas ordinarias de la vida en imágenes reales, Gracián habla aquí de boticas de la cordura, de ferias del entendimiento y del juicio, y de “oficinas donde se forjan y se labran los buenos juicios, los valientes entendimientos, a las escuelas de ser persona”²¹⁰. Llegados que hubieron a una “tan espaciosa cuan especiosa plaza”, entre otras muchas maravillas que en ella descubrieron, los dos peregrinos expresaron su admiración de ver tal variedad de edificios en ella, y después de supervisar los de una y otra acera, preguntaron “dónde estaban las oficinas del juicio, las tiendas del entendimiento”. Después de mostrárselas por fuera y por dentro, el raro personaje que les acompañaba les condujo a un palacio tan suntuoso como augusto, y les explicó: “En él se fundieron los mayores hombres de

²⁰⁹ Ibídem, p. 546.

²¹⁰ Ibídem, p. 548.

aquel siglo, los prudentes senadores, los sabios consejeros, los famosos escritores²¹¹.

Prosiguiendo con la imagen del palacio, ya dentro de sus estancias, ilustra la metáfora señalando las efigies de los grandes sabios y de los grandes pontífices y reyes que en sus diversas salas se albergaban, entre ellas el gran trono del pontífice León X el Grande, en cuyo seno anidaron más “águilas ingeniosas” que en el trono del mítico Júpiter, o aquel otro trono “del prudentazo rey de las Españas Felipe el Segundo y escuela primera de la prudente política, donde se forjaron los grandes ministros, los insignes gobernadores, generales y virreyes”²¹². Había también pabellones militares, convertidos en oficinas de hombres grandes, como la del Duque de Alba, “escuela de la prudencia y experiencia”. Y albergues que representaban a los grandes Colegios Mayores de algunas Universidades, como la de Salamanca y Alcalá, en los que moraron “los superiores ingenios”. Ante la impertinencia de Andrenio, al advertir que la honra debía corresponder a los pintores y escultores más que a las figuras históricas representadas, “le respondió *el Prudente*”, convertido aquí en personaje imaginario, que “las pinturas y las estatuas” eran sólo “obras materiales”, con la apostilla de si le había “entendido bastante”²¹³. Al llegar a la estancia de Fernando el Católico, la prudencia y la sagacidad se emparejan en una mitad indisoluble, reflejada en esta sentencia, que parece poner fin a tan singular prosopopeya: “Es la facción de la prudencia ésa -ponderó el

²¹¹ Ibídem, p. 548.

²¹² Ibídem, p. 549.

²¹³ Ibídem, p. 550-551.

Cuerdo- tablilla del mesón del alma, señuelo de la sagacidad y providencia”²¹⁴.

2

a) El relato novelesco del largo peregrinaje de los dos protagonistas Andrenio y Critilo en busca de la felicidad cuenta que, tras visitar el palacio real y recorrer todas sus estancias contemplando y admirando las numerosas estatuas y cuadros que en ellas se custodiaban, hubieron de asistir a la lectura de un extenso pregón en el que se rectificaban una larga serie de consignas, consejos, preceptos y prohibiciones contenidas en refranes y dichos comunes, en muchos de los cuales la prudencia y la sagacidad jugaban un papel decisivo, como los consabidos *al buen callar llaman Sancho*, *cobra buena fama y échate a dormir*, o *quien todo lo quiere, todo lo pierde*, y otros por el estilo. Cansados de escuchar al pregonero, al no poder soportar tantos preceptos y prohibiciones, “y también porque les dio prisa el Sesudo para que llegasen a la oficina mayor, donde se refinaba el seso y se afinaba la sindéresis”²¹⁵, una muestra más de la importancia de la prudencia y la sagacidad como criterios directivos de la conducta humana.

Al tratar de descifrar el enigma en la crisis siguiente, la séptima de esta parte, habla otra vez Baltasar Gracián de la “ventanilla en el pecho”, cuya ausencia considera la primera gran deficiencia del ser humano para alcanzar la perfección, mucho más notoria en la vejez. Esta

²¹⁴ Ibídem, p. 552.

²¹⁵ Ibídem, crisis VI, p. 557.

y otras deficiencias causan el arraigo de los vicios y el destierro o abandono de la virtud, “¿Quién creyera que Andrenio, y mucho menos Critilo” -pregunta el moralista aragonés-, “recién caldeados en las oficinas de la cordura, frescamente salidos de darse un baño moral de prudencia y atención, habían de errar jamás las sendas de la virtud, las veredas de la entereza?”. Y trata de explicarlo con esta doble comparación: “Así como dentro de la más fina grana se engendra la polilla que la come, y en las entrañas del cedro el gusano que le carcome, así de la misma sabiduría nace la hinchazón que la deslucе, y en lo más profundo de la prudencia la presunción que la desdora”²¹⁶.

En este nuevo tramo de su peregrinaje, los dos protagonistas de la trama novelesca caminaron acompañados por el Sesudo, también llamado *Varón de sesos*, una nueva personificación, que se une a las muchas que aparecen en el relato y que encarna la prudencia y la sagacidad en unidad indisoluble. Están ya llegando al centro de Roma, donde con paso presuroso se encaminan, y “acercándose a su deseada Felisinda”, símbolo de la felicidad, que tenía su trono en la ciudad eterna. Pero lo que no acababan de comprender, recordando lo que habían visto en los palacios del Saber, eran los “prodigios de cordura” de “aquellos grandes hombres forjados todos de sesos y aquellos otros de quienes se pudiera sacar zumo para otros diez y sustancia para otros veinte”, y de todos aquellos superiores ingenios, “verdaderos gigantes del valor y del saber”. Estaban absortos ambos caminantes, mientras su guía les repetía las últimas lecciones de cordura, cuando, después de indicarles las cuatro cosas por las cuales un hombre llega a saber mucho, haciendo una breve

²¹⁶ Ibídem, crisis VII, p. 558; Cfr. *supra*, p. 236-237, 289, 411.

pausa, como “último primor de la cordura, les encargó la española espera y la sagacidad italiana”. Y para que lo entendieran mejor, les previno de poner la misma cautela en no errar en las acciones sustanciales, porque, “que un hombre yerre en una acción pequeña, no hace mucho al caso [y] fácilmente se disimula; pero aquello de errar las mayores acciones de la vida, las principales ejecuciones, en que va todo el ser, las partes sustanciales, eso sí que monta mucho, que es un cojear la honra, afean la fama, y un deformar toda la vida”²¹⁷.

Mientras seguían su ruta pensativos y cabizbajos por el camino real, su guía de este trayecto, el Varón de sesos, hizo un alto en el camino y pidió a sus dos pupilos licencia para retirarse y volver a su propio centro, “que dijo ser el retrete de la *prudencia*”. Impacientes por el temor de perderse, asiéndole fuertemente, le rogaron que no les dejase, y complaciente accedió a su insistente súplica. Pero, al querer ellos entrometerse en una pelea que libraban en medio del camino real dos contendientes, optó por abandonarlos a su suerte, pensando por su parte “que siempre falta el seso a lo mejor y la cordura cuando más fue menester”²¹⁸.

Tras no pocos avatares guiados por distintos personajes, que les hicieron “volver las espaldas a lo cuerdo”, llegaron a la denominada “la cueva de la nada”, porque en ella se discutía si el mundo estaba mal hecho, y que por tanto debía haber sido trazado de otro modo, todo al revés de cómo hoy le vemos, no sólo física sino también moralmente, para que todos los males y desasosiegos que los hombres sufren y no

²¹⁷ Ibídem, crisis VII, p.558-559.

²¹⁸ Ibídem, p. 560-561.

tienen más remedio que soportar, fueran sustituidos por bienes que hicieran la vida humana más agradable y venturosa. Es aquí cuando la desbordada fantasía del escritor aragonés alcanza límites insospechados y se imagina cuadros de costumbres y personajes pintorescos, en los que con su habilidad característica mezcla lo ideal con lo real, sin importarle demasiado el efecto que cause con tal de que lo que cuenta resulte útil a sus propósitos. Se imagina al respecto “floridas campiñas, alternadas de huertas, parques, florestas y jardines, y de trecho en trecho se levantaban vistosos edificios, que parecían casas todas de recreación”. Y de nuevo lo ejemplifica ofreciendo un juicio muy positivo de distintos lugares pertenecientes a diversas naciones, todas ellas latinas, que él considera especiales. Dice, en efecto: “Porque allí campeaba la Tapada de Portugal, Buena Vista de Toledo, la Troya de Valencia, Comares de Granada, Fontanable de Francia, el Aranjuez de España, el Pusilipo de Nápoles, Belveder de Roma”. Y prosigue narrando que todos se tomaban el viaje muy despacio, diciendo los italianos *pian, piano*, y no vivir a prisa, repetían los españoles. El relato se adorna con esta preciosa joya, como regalo valioso para nuestro estudio: “Porque, mirad, [...] todos al cabo de la jornada de la vida llegamos a un mismo paradero: los sagaces tarde y los necios temprano...”²¹⁹.

Entre los personajes imaginarios que se ocupan de la guía de los peregrinos en su avance por el camino real aparece el Honroso, que encarna la diligencia, el cual, “viendo que un padre verdadero y muy prudente enviaba un hijo suyo, mozo de buenas esperanzas, a la Universidad de Salamanca”, y que en vez de aplicarse al estudio, eligió el

²¹⁹ Ibídem, p. 576-577-580.

divertimento, se apiadó de él, le reconvino con duras palabras y logró que cambiara su conducta, sirviéndose del aviso y también del desengaño, porque se dio cuenta que “importa mucho el tener buen entendimiento para abrazar la verdad”²²⁰.

En el repertorio imaginario y fantasmagórico de Baltasar Gracián, la cueva de la Nada representa el lugar en que terminan como “cueva vulgar” todos aquellos que desprecian las dotes naturales que poseen para llegar a valer mucho. Al no saber o no querer utilizarlas, al enviciarse, se anonadan y se sepultan vivos en el “covachón de la Nada”, lo que entraña una lastimosa infelicidad. Entre ellos dejóse ver, muy atareada, una bellísima dama, que convertía en azar, con sus manos de jazmín, todo cuanto tocaba. “Teníalas de nieve” -continúa el imaginario relato del escritor belmontino- “pues todo lo elevan, tanto, que, en tocando el mayor hombre, *el más prudente*, el más sabio, le convertía en estatua de pórfido o de mármol frío”²²¹. La clave del pasaje no está aquí, al menos para nuestro objetivo, en la capacidad mágica de la imaginaria dama, sino en la alta ponderación de la prudencia y con ella de la sabiduría.

b) Como el tiempo de la vejez es incierto por naturaleza, a diferencia de las otras tres edades distinguidas por Baltasar Gracián, que es un tiempo tasado, salvo que una muerte prematura las interrumpa, el peregrinaje por el camino real en busca de la felicidad se recorre con mayor presura y rapidez. De hecho en la narración novelesca, cuando

²²⁰ Ibídem, p. 590.

²²¹ Ibídem, crisis VIII, p. 591.

apenas se ha recorrido la mitad de las dos terceras partes del trayecto, Felisinda es descubierta y aparece ante la vista, aunque sea en lejana cercanía. Para embellecer literariamente el suceso, el autor recurre a contar un cuento, por supuesto que, como siempre, imaginario. Se trata de un curioso sujeto, que el escritor belmontino no duda en llamar necio, que va rodando o rodeando por el mundo en busca del Contenido, una personificación más de las muchas que abundan en su obra. En su rondar por el mundo iba preguntando a cada paso por quienes vivían contentos y habían descubierto el contenido. Comenzó por los ricos, siguió con los poderosos, después preguntó a los sabios, a los mozos y a los viejos, a los noticiosos y enterados, y sucesivamente pasando de provincia en provincia, y lo único que descubrió fue que todos, desde que nacen, andan en busca del contenido sin llegar nunca a alcanzarlo, pasando de edad en edad, de empleo en empleo, y anhelando siempre el conseguirlo y poseerlo. Eso fue, concluye el cuento, lo que pasó a sus dos peregrinos del mundo, “pasajeros de la vida”, siempre en busca del contenido, como antesala de la felicidad, sin poder llegar a conseguirlo.

A pesar de todo, los dos pasajeros de la vida y peregrinos en el mundo no se desanimaron, y sobreponiéndose a su aparente fracaso, continuaron su presuroso caminar en busca de la felicidad y con ella de la inmortalidad. Ahora el relato desciende a la realidad y narra que ambos peregrinos, después de animarse mutuamente, “trataron, ya victoriosos, de encaminarse a triunfar a la siempre augusta Roma”, en la que estaba situada la Isla de la Inmortalidad, como prueba la Pléyade de grandes ingenios, que consiguieron perpetuar su memoria e inmortalizarse por sus grandes obras. El elogio que el escritor aragonés hace aquí de Roma no

tiene parangón con el de ninguna otra ciudad del mundo. Escribe en efecto: “Trono de lucimiento, que en lo que en ella luce por todo el mundo campea, fénix de las edades, que cuando otras ciudades perecen, ella renace y se eterniza, emporio de todo lo bueno, corte de todo el mundo, que todo él cabe en ella. Pues el que ve a Madrid, ve sólo a Madrid, el que a París no ve sino a París, y el que ve a Lisboa ve a Lisboa; pero el que ve a Roma, las ve todas juntas y goza de todo el mundo de una vez, término de la tierra y entrada católica del Cielo”²²².

Pudiera parecer que este deliberado encumbramiento de Roma, a pesar de ser ésta la meta final del camino, cae un poco al margen de nuestro tema. Pero en realidad ocurre lo contrario, puesto que ese elogio de la ciudad eterna es una consciente preparación de lo que a continuación se dice. En efecto, una vez venerada de lejos, ahora comenzaban a admirarla de cerca al deambular por ella, una vez que sellaron sus labios en sus sagrados umbrales. Salióles al paso “un mucho hombre”, espejo de cortesano, y para más señas “español inserto en italiano”, “gran hombre de notas y de noticias, con los dos realces de buen ingenio y buen gusto”, quien al poco de encontrarse con ellos les interpeló de esta manera: “Vosotros, según veo, habéis rodeado mucho y avanzado poco, que si de primera instancia hubiérais venido a este epílogo del político mundo, todo lo bueno hubierais logrado y visto de la primera vez, llegando por el atajo del vivir al colmo del valer. Porque advertid, que si otras ciudades son celebradas por oficinas de maravillas mecánicas” -y cita nominalmente Milán, Venecia, Nápoles, Florencia y Génova-, “Roma es oficina de los grandes hombres”. Y concluye: “Aquí

²²² Ibídem, crisis IX, p. 597-598 y 599.

se forjan las grandes testas, aquí se sutilizan los ingenios y aquí se hacen los hombres muy personas”. Y da la razón, cerrando así el círculo de su exultante encomio: Porque “en Roma se vive dos veces y se goza muchas. Paradero de prodigios y centro de maravillas, aquí hallaréis cuanto pudiereis desear”²²³.

Como quiera que la meta del largo peregrinaje es el encuentro definitivo con Felisinda, que personifica la felicidad, Gracián plantea por fin la difícil pregunta de en qué consiste realmente la felicidad humana. Después de examinar las diversas opiniones singulares sin que ninguna de ellas resultara satisfactoria, estima que la respuesta aceptable estará en una solución conjunta y acumulativa, “de suerte que la felicidad humana consiste en un agregado de todos los que se llaman bienes, honras, placeres, riquezas, poder, mando, salud, sabiduría, hermosura, gentileza, dicha y amigos con quien gozarlo”. Pero tampoco esta solución le satisfizo, llegando a la conclusión de que “la verdadera felicidad no consiste en tenerlo todo, sino en desear nada”, y que la única felicidad es la de “los discretos y sabios”²²⁴.

Como si quisiera ofrecer una muestra más de su aversión a lo vulgar y de testimoniar una vez más su afectada superioridad, Gracián se deleita aquí con sus acostumbrados jugueteos lingüísticos y sus malabarismos conceptistas en un ejercicio continuado y sutil de una argucia y de una sagacidad sin par. Así hablando del gran poeta italiano Dante Alighieri, juega con su apellido, anotando entre paréntesis: “al fin Alígero, por su alado ingenio”; o cuando, al preguntar a los dos

²²³ Ibídem, p. 599-600.

²²⁴ Ibídem, p. 603-604.

peregrinos qué les ha parecido la culta Italia, contestan: “Vos lo habéis dicho en esa palabra culta, que es lo mismo que aliñada, cortesana, política y discreta, la perfecta de todas maneras”; o cuando cuenta que con el reparto que se hicieron las diosas de las diversas provincias del mundo, menciona la nación europea que fue elegida por cada deidad; o cuando refiere que el Padre Eterno eligió hablar en alemán, Adán en italiano, Eva en francés y el diablo en español, “echando votos y retos”. Para concluir esta singular apreciación: “Exceden los italianos a los españoles en los accidentes y a los franceses en la sustancia. Ni son tan viles como éstos, ni tan altivos como aquéllos. Igualan a los españoles en ingenio y sobrepujan a los franceses en juicio, haciendo un gran medio entre estas dos naciones”²²⁵. No olvidemos al respecto que, sobre todo en la mente de Gracián, el juicio se equipara con la prudencia y el ingenio con la sagacidad.

c) Al diseñar y dibujar sus cuadros alegóricos, concebidos como unidades autónomas independientes pero ensambladas entre sí en un conjunto inescindible conforme al plan unitario de su extensa obra, Baltasar Gracián pretende suscitar la admiración de sus lectores con su selecta y rebuscada prosa y con su habitual agudeza conceptual. En el cuadro dedicado a la rueda del tiempo, un tema clásico remodelado y extremadamente acicalado en la era del barroco, su exuberante imaginación y su mágico dominio del lenguaje conceptista desborda todas las previsiones, como esta secuencia colocada al principio de su discurso en referencia a la influencia de la Luna en la niñez con el

²²⁵ *Ibíd.*, p. 605-609.

nombre de Lucina: “Aquel mudarse a cada instante, ya llorando, ya riendo, sin saber de qué se enoja, sin saber de qué se aplaca, de cera a las impresiones, de masa a las aprensiones, pasando de las tinieblas a la ignorancia a los crepúsculos de la advertencia”; y esta otra secuencia: “Amanece a los treinta años el Sol, esparciendo rayos de lucimiento, con que anhela ya el hombre a lucir y valer”²²⁶.

En principio Gracián rehuye deliberadamente rememorar la concepción cíclica al ocuparse de la rueda del tiempo. Más bien la sustituye por repetir la presencia de hechos pretéritos y de personajes históricos en una época posterior, como si pretendiera demostrar cómo sería el devenir cotidiano actuando ellos, y qué impresión les causaría los nuevos tiempos. Lo que desde luego no rehuye es el paso del tiempo, tanto en dirección lineal como circular, su acusada variedad y el continuo fluir de su devenir; por decirlo con sus propias palabras, el continuo movimiento de su imparable rueda. Incluso se atreve a aventurar “lo que está por venir, lo que sucederá de aquí a cien años”. Para lo cual aconseja hacerlo con los ojos del alma, con los ojos interiores, siempre “sobre la facción de la prudencia”²²⁷.

Como era de esperar, dado su inocultable afán moralista, el escritor belmontino presta especial atención a las épocas en que el Tiempo parece disfrutar zahiriendo a los mortales, aquellas en las que, por decirlo en su expresión metafórica, “mudóse las alforjas el tiempo”, en las que, para mayor consternación, “iba dando sin parar la vuelta la rueda y volteando con ella cuanto hay”. Cuando esto sucede se evoca con

²²⁶ *Ibídem*, crisis X, p. 612.

²²⁷ *Ibídem*, p. 614-615.

nostalgia el tiempo pasado y se recuerda a los grandes hombres que en él han sido, “aquellos hombres buenos y llanos, sin artificio ni embeleco, tan sencillos en el vestido como en el ánimo, sin pliegues en las capas y sin dobleces en el alma [...], hombres, al fin, del tiempo antiguo, y con todo eso muy ricos y sobrados....”²²⁸. En estas épocas sombrías estos hombres buenos, prudentes y cabales, despiertos y sagaces, aparecen sustituidos en su mayoría por otros, que son en todo sus antípodas, falsos y faltos, “más pequeños de cuerpo y también de alma, y con ser todos palabras, no tenían palabra. Mucho de cumplimiento y nada de verdad. Mucho de circunstancia y nada de sustancia. Gente de poca ciencia y de menos conciencia”²²⁹.

Al hilo de estas reflexiones sobre las épocas en que voltea la rueda y el Tiempo bueno se esconde, “y todo lo bueno con él”, el novelista aragonés vuelve a hacer gala de su sagacidad personal al insinuar agudezas, como estas palabras puestas en boca de el Cortesano, el personaje político que en este tramo sirve de guía a los dos peregrinos: “Estoy mirando si vuelven a salir aquellos Quintos tan famosos y plausibles en el mundo, un don Fernando el Quinto, un Carlos Quinto y un Pío Quinto”²³⁰. Y esta otra advertencia, no menos cargada de sutileza, puesta en boca del peregrino Andrenio: “Pues si eso es así, ¿no se les podía tomar el pulso a las mudanzas y el tino a la vicisitud de la rueda, para prevenir los remedios a los venideros males y saberlos desviar?”²³¹. Esto sólo podría hacerse, replica el Cortesano, si volvieran a la vida

²²⁸ *Ibíd.*, p. 618-619.

²²⁹ *Ibíd.*, p. 619-620.

²³⁰ *Ibíd.*, p. 619-622.

²³¹ *Ibíd.*, p. 623.

aquellos hombres buenos y prudentes que en el tiempo han sido, con gran experiencia en los inconvenientes, pero no con los noveleros que les han sucedido, amigos de mudanzas peligrosas, que atropellaron la abundante paz y ellos mismos fueron víctimas de su desvarío. Pero para el moralista belmontino aún en estas épocas de desdicha y desdoro es posible algún remedio. Escribe al respecto: “Con todo, ya hay algunos de bueno y sano juicio, prudentes consejeros, que huelen de lejos las tempestades, las pronostican, las dicen y aun las vocean, pero no son escuchados, que el principio de los males es quitarnos el Cielo el inestimable don del consejo”. El interesante diálogo termina de momento con esta dorada lindeza: “Buen remedio ser prudente, abrir el ojo y dar ya en la cuenta”²³². Nada que añadir a ella.

Pero, al reanudarse el diálogo con la intervención de Critilo, que pronto alternará con Andrenio, como la rueda del tiempo no paraba de dar vueltas, y a las épocas buenas suceden las malas, volvemos a encontrar muestras de sagacidad más o menos evidentes, pero algunas tan patentes como ésta, refiriéndose al triunfo de lo bueno sobre lo malo tras algunos momentos difíciles en el devenir del mundo: “Realzaron la vista, y en virtud de aquella diáfana perspicacia divisaron cosas en que jamás habían reparado. Vieron una gran multitud de hilos, y muy sutiles, que los iban devanando los celestes tornos y sacándolos de cada uno de los mortales como de un ovillo”²³³.

²³² Ibídem.

²³³ Ibídem, p. 627.

d) Al terminar su largo diálogo con el Cortesano, ambos peregrinos entraron en una gran plaza, que el escritor aragonés, mezclando y conjugando de nuevo lo imaginario con lo real, identifica nada menos que con la plaza Navona, centro neurálgico de la vida mundana de Roma. Es en ella precisamente donde el autor sitúa el penúltimo episodio novelesco, que titula “La suegra de la vida”. Habrá que estar muy atentos a todo lo que en él escribe para no perder detalle de su justa y equilibrada ponderación de la prudencia y la sagacidad como guías de la conducta humana.

El título “La suegra de la vida” tiene un significado marcadamente peyorativo, pues se refiere a la muerte, y se puede afirmar que difícilmente se encuentre en toda la literatura universal un ejemplo tan claro de equiparación de la suegra con la muerte, aunque posiblemente existiera en tiempo del autor algún que otro dicho popular equivalente. No obstante, este penúltimo episodio novelesco de la obra graciana comienza con dos consideraciones esperanzadoras, directamente relacionadas con el objeto de nuestro estudio. Dice en efecto: “Muere el hombre cuando había de comenzar a vivir, cuándo más persona, cuando ya sabio y prudente, lleno de noticias y experiencias, sazonado y hecho, colmado de perfecciones, cuando era de más utilidad y autoridad a su casa y a su patria. Así que nace bestia y muere muy persona”. Y poco después esta nueva reflexión en forma exclamativa: “¡Oh, ley por todas partes terrible la de la muerte, única en no tener excepción, en no privilegiar a nadie, y debiera a los grandes hombres, a los eminentes sujetos, a los perfectos príncipes, a los consumados varones, con quienes

muere la virtud, la prudencia, la valentía, el saber y tal vez toda una ciudad, un reino entero!”²³⁴.

Tras estas consideraciones, tan atinadas como oportunas, el relato novelesco continúa con la llegada de los dos peregrinos a la gran plaza Navona, que el narrador presenta “embarazada de infinito vulgo, muy puesto en expectación de alguna de sus necias maravillas, que él suele admirar mucho”. Ante la sorpresa de los dos peregrinos, que inquirían sobre el significado de tal espectáculo, que no era otro que un gran circo en el que proliferaban numerosos actores, el discreto Cortesano les pidió calma y alguno de los expectantes les reconvino: “tened paciencia y tendréis ciencia”²³⁵, un sabio consejo que reclama una gran dosis de prudencia. Pero los dos viandantes, no pudiendo soportar la tramoya que se mostraba, decidieron abandonar el lugar, en este caso la plaza de Navona, y se fueron para descansar a su posada, el Mesón de la Vida, momento en que les dejó el Cortesano, su guía en la gran ciudad.

El relato novelesco prosigue diciendo que, llegada la noche, ambos peregrinos trataron de conciliar el sueño, sin apenas lograrlo, porque les acuciaba la idea de que el sueño era un ensayo de la muerte. A partir de aquí la narración adquiere un tono extremadamente lúgubre, pues después de escudriñar todos los rincones de la “traidora posada”²³⁶, se convierte en un monólogo de la Muerte, ahora personificada, que reta y atemoriza a todos los huéspedes contándoles sus artimañas y sus sutiles ardides para acabar con la vida de los mortales, no importándole que fueran jóvenes o viejos, hacendados y ricos o pobres y menesterosos,

²³⁴ *Ibídem*, crisis XI, p. 629.

²³⁵ *Ibídem*, p. 630.

²³⁶ *Ibídem*, p. 633.

guapas o feas, si eran mujeres, servida por sus fieles ministras, que aparecen personificadas en la Peste, los Contagios, la Gota para los ricos, la Cuartana, los Dolores de costado, los Tabardillos y las Detenciones de orina, ejemplos típicos de las enfermedades más corrientes de la época, y de las preocupaciones de la gente, lo que no deja de tener interés histórico. Cuando éstos fallaban, siempre quedaban los médicos, una obsesión para Gracián, pues cuando alguno se resiste a las ardidés de la muerte y fracasan sus ministras, no hay mejor cosa “que echarle un médico, o un par para más asegurarlo”²³⁷. Con estas y otras diatribas y parodias grotescas, a veces de muy mal olor y peor gusto, entremezcladas con jugueteos lingüísticos y retorsiones conceptuales, el relato novelesco resulta desagradable y en gran medida insoportable, salvo quizá para los amantes de la necrofilia, y parece más bien propio de una capacidad de inventiva alucinante que de una creación literaria dentro de los cánones de lo racional y de lo razonable. No es de extrañar que el propio autor ponga en boca de los dos protagonistas de su obra novelesca, que tras una “peregrinación tan prolija”, pensaran que habían ido a Roma en busca de la felicidad y se habían encontrado con la desdicha²³⁸.

Tiene su gracia y demuestra su argucia este dicho de Gracián, con el que da paso a la última crisis: “El morir de viejos no suele ser tan de repente”²³⁹. En ella los cansados peregrinos atisban de cerca la Isla de la Inmortalidad, y se instalan en ella pasando de la Casa de la Muerte al Palacio de la Vida. Sin embargo la primera versión no tiene ese sentido trascendente que cabía esperar, pues la inmortalidad en principio no la

²³⁷ *Ibíd.*, p. 648.

²³⁸ *Ibíd.*, p. 649.

²³⁹ *Ibíd.*, p. 650.

concibe como un tránsito a la vida eterna, sino como la perpetuación de la vida mortal por medio de la fama, debido a las grandes obras de quienes fenecen. Quienes la consiguen, se trasmutan tras la muerte en eternos héroes, y adquieren la consideración de “varones eminentes inmortales”. Y “éste es el único y el eficaz remedio contra la muerte”, dice el autor por boca de Critilo. De tal manera que “para los insignes hombres es vida” lo que para otros es muerte y sólo muerte. Nada se opone a ese modo de vida inmortal conseguida por los honores de la fama, ni la enfermedad, ni la decadencia, ni la decrepitud senil, ni la finitud de la mortalidad. Todo esto es superado tras la muerte, de modo que, merced a ella, “no llegan los hombres a estar chochos ni decrepitos, ni a monear aquellos tan prudentazos antes”²⁴⁰, puntualiza el escritor belmontino.

Ahora el guía de los viandantes, en esta etapa final de su peregrinar, es el personaje que encarna la inmortalidad, el *Inmortal*, que sustituye al Prodigioso, el cual intenta mostrarles como es esa vida después de la muerte, esa gran cosa del “vivir de una tirada y pasar sin oír horas”. De su mano guiados, la inmortalidad se transforma en lo que realmente significa, un vivir sin fin, superando la reducción de su concepto a la supervivencia por la fama. Al pretender demostrarlo, Baltasar Gracián escribió dos de las páginas más bellas de su encendida prosa, sirviéndose, como siempre, de imágenes y metáforas, que con envidiable intuición creadora, logra enmarcar en un hermoso diálogo con el Inmortal, para legarnos uno de los mejores elogios de la sagacidad y de la prudencia.

²⁴⁰ Cfr. *El Criticón*, ed. cit., Parte III, crisis XII, p. 651-652.

El diálogo, a tres bandas, entre el Inmortal y los dos peregrinos, comienza de esta manera: “Sabed, ¡oh, mis candidatos de la fama, pretendientes de la inmortalidad!, que llegó el hombre a tener, no ya emulación, pero envidia declarada a una de las aves, y no atinaréis tan presto cuál fuese ésta”. Impacientes por encontrar la debida respuesta a tan inquietante pregunta, ambos interlocutores fueron citando por su nombre diversas especies de aves hasta acertar en la respuesta. Citaron primero el águila, “por su perspicacia, señorío y vuelo”; después eligieron el pavón, “por las atenciones de sus ojos”; siguieron con el cisne, “por lo cándido y lo canoro”; continuaron con la garza, “por su bizarra altanería”; y terminaron por citar al ave Fénix, “por la única en todo”. Todas ellas fueron rechazadas por motivos concordantes a los atributos de que en cada uno señoreaban los coloquiantes. Cansados de no atinar en la respuesta a la pregunta que tanto les inquietaba, y entendiendo que ya no quedaba ninguna especie de ave que pudiera suscitar la envidia del hombre, el Inmortal les dijo que era el cuervo, lo que dejó estupefactos a sus compañeros de diálogo, pero sobre todo Andrenio, que repudiaba el mal gusto del hombre al envidiar a tal tipo de ave. No es tal, “sino muy bueno y rebueno”, escribe el belmontino, inventando otra de sus palabras rebuscadas para resaltar mejor el concepto. Al instarle que declarara qué podía tener de bueno un ave aparentemente tan despreciable, contestó el Inmortal que no era otra como que “aquellos de vivir trescientos años, y aún aún”²⁴¹.

²⁴¹ Ibídem, p. 656-657.

Cuando el diálogo parecía finalizado, por haber agotado el tema y haberse distendido los tres coloquiantes, con la apostilla por parte de Critilo que eso lo posee el cuervo por ser aciago, pues todo lo malo dura mucho y todo lo desdichado parece eterno, surge como de la sombra el numen oculto del artista que lo diseña, regalándonos estas frases que en parte hemos elegido como lema de todo el capítulo. “¿Es posible, decía el hombre, que un pájaro tan civil haya de vivir siglos enteros, y que un héroe, el más sabio, el más valiente, la mujer más linda, la más discreta, no lleguen a cumplir uno ni a vivir el tercio? ¿Que haya de ser la vida humana tan corta de días y tan cumplida de miserias?”. Y prosigue con esta perla conceptual y literariamente inigualable, como pensada adrede para justificar el título de este trabajo de investigación: “No pudo contener esta su desazón” –se refiere obviamente al hombre– “allá en sus interioridades, *a lo sagaz y prudente*, sino que la manifestó luego a lo vulgar y llegó a dar quejas al Hacedor supremo”²⁴².

La queja motivada del hombre fue escuchada por el Supremo Hacedor, quien de inmediato advirtió al recurrente sobre la inconsistencia de sus argumentos, diciéndole: “¿Y quién te ha dicho a ti que no te he concedido yo muy más larga vida que al cuervo y que al roble y que a la palma?”. Y de seguido le reconvino seriamente con estas palabras: “¡Eh, acaba ya de reconocer tu dicha y de estimar tus ventajas!”. Y “advierte que está en tu mano el vivir eternamente”. Esta reconvención daba a entender claramente que la inmortalidad prometida y predispuesta para el hombre tenía que ser entendida en su auténtico sentido trascendente, es decir, como vida eterna, que sucede a la vida mortal temporal. Pero

²⁴² Ibídem, p. 657.

sorprendentemente esta concepción de la inmortalidad se trueca bruscamente en otra muy distinta, que supone una vuelta a una concepción inmanente de aquélla, dejándola reducida a la supervivencia del nombre y de la fama en las generaciones venideras. Oigamos sino lo que sigue escribiendo el jesuita aragonés: “Procura tú ser famoso, obrando hazañosamente, trabaja por ser insigne, ya en las armas, ya en las letras, ya en el gobierno; y lo que es sobre todo, sé eminente en la virtud, sé heroico y serás eterno, vive a la fama y serás inmortal”. Y por si quedara alguna duda, añade: “No hagas caso, no, de esa material vida, en la que los brutos te exceden. Estima, sí, la de la honra y de la fama. Y entiende esta verdad, que los insignes hombres nunca mueren”²⁴³.

En las últimas páginas interviene otro personaje ficticio, el Mérito, encarnación y sublimación de todo lo valioso del buen obrar humano, quien como tal está presente en el último juicio, que cierra o abre las puertas a la inmortalidad en cualquiera de los dos sentidos antes señalados, no atendiendo a la dignidad ni al puesto, sino a la personal eminencia para entrar en “el reino de la Fama” o en la mansión de la eternidad. La narración novelesca está salpicada, como de costumbre, con referencias muy precisas a hechos y realidades históricas, que sin reparo alguno y con una técnica muy personal se mezclan con figuraciones imaginarias. En una de esas referencias relativa a la patria chica del autor, a la que califica nada menos que como “nuestra eterna Bilbilis”, cuyo “nombre no latino está diciendo que fue mucho antes que los romanos, y hoy dura y durará siempre”, habla de un prodigioso “eco” de voces lejanas que se repetían, no cinco veces, “sino cien mil,

²⁴³ Ibídem, p. 657.

respondiéndose de siglo en siglo y de provincia en provincia, desde la helada Estocolmo hasta la abrasada Ormuz, y no resonaba frialdades como suelen otros ecos, sino heroicas hazañas, dichos sabios y prudentes sentencias”²⁴⁴.

Cuando la narración novelada llega a su final, el Mérito es sustituido por otro personaje, el Peregrino, que se encuentra con los dos viandantes y se ofrece a guiarles y acompañarles a la entrada de la mansión eterna, no sin antes haber mostrado la patente exigida por el Mérito, legalizada por el Valor y autenticada por la Reputación.

En un simulacro, tan gracianesco en el fondo y en la forma, como otros muchos a lo largo de la extensa obra, el autor se deleita enumerando las muchas rúbricas que avalaban la patente y garantizaban su legalidad y autenticidad, lo que provocó la admiración del Mérito al contemplarlas y examinarlas. Entre ellas figuraban *personificadas*, y siguiendo el orden de los principales episodios novelescos narrados en las páginas de la extensa obra, la firma de “la Filosofía, en el gran teatro del universo”, la de “la Razón y sus luces en el valle de las fieras”, la de “la Atención en la entrada del mundo”, la “del Propio Conocimiento en la anatomía moral del hombre”, la de “la Entereza en el mal paso del salteo”, la de “la Circunspección en la fuente de los engaños”, la de “la Advertencia en el golfo cortesano”..., y por supuesto, la de “la Sagacidad en las ferias generales”, la de “la Cordura en la reforma universal”..., la del “Saber en el museo del discreto”..., la de “la Solidez en el Yermo de Hipocrinda”..., la de “la Virtud en su palacio encantado”, los de la “Reputación entre los tejados de vidrio”..., la del “Juicio en la jaula de

²⁴⁴ Ibídem, p. 666.

todos”..., la de “la Templanza en el estanco de los vicios”..., la de “la Cautela en el palacio sin puerta”..., la de “la Constancia en la rueda del tiempo”, y las de “la Vida en la Muerte” y de “la Fama en la Isla de la Inmortalidad”. A la vista de tales avales, el Mérito “les franqueó de par en par el arco de los triunfos a la mansión de la Eternidad”²⁴⁵.

Toda esta galería de personificaciones y lo que ellas representan ficticiamente elevadas a la categoría de avaladores y garantes en un juicio, tienen una relación más o menos estrecha con la prudencia y con la sagacidad como criterios directivos de la conducta humana, aparte de que la sagacidad es expresamente citada en el curioso, por no decir cómico, simulacro de protocolo judicial, tan propio por otra parte de una imaginación tan vigorosa como la de Gracián, a la que da rienda suelta buscando la admiración y el aplauso de sus lectores, sin importarle demasiado el rechazo que en algunas ocasiones suscita o pudiera suscitar.

²⁴⁵ Ibídem, p. 672-673.

Ilustración gráfica de *El Criticón*

A diferencia de la gran mayoría de las novelas en donde los escenarios de su desarrollo son imprecisos y atemporales, en esta obra de Baltasar Gracián son concretos y precisos, por lo que parece conveniente mostrar gráficamente, con la ayuda de mapas de la época en que fue escrita, la ruta seguida por sus protagonistas desde su inicio en Goa hasta el final de su largo peregrinaje en Roma. Las láminas o mapas son:

Lámina I.

Mapa de Africa, Asia y Europa del año 1641, obtenido en el Centro Nacional de Información Geográfica, Madrid,

Lámina II

Ruta marítima desde Goa, ciudad costera situada en el suroeste de la India, bañada por el Océano Índico, hasta la isla de Santa Elena, situada en el Océano Atlántico, frente a las costas de Angola, suroeste del continente africano.

Mapa del año 1641, obtenido en el Centro Nacional de Información Geográfica, Madrid.

Lámina III

Ruta oceánica desde la isla de Santa Elena, situada en el sureste del Océano Atlántico, hasta Lisboa, al suroeste de la península Ibérica.

Mapa del año 1641, obtenido en el Centro Nacional de Información Geográfica, Madrid.

Lámina IV.

Ruta terrestre desde Lisboa a Madrid, la capital del reino, a través de la calzada real.

Mapa del año 1633, obtenido en el Centro Nacional de Información Geográfica, Madrid.

Lámina V

Andanzas por la Villa y Corte, reseñando las entradas más significativas: Puerta de Santa Bárbara, Puerta de la Puente, situada pasado el puente de Segovia, Puerta de Toledo, Puerta del Sol, por donde entraban los que iban a parar a Antón Martín, Lavapiés, y la imaginaria puerta de Untamano, por donde entraban los mercaderes y traficantes que iban a parar a la plaza de la Cebada, la puerta de Alcalá y la puerta de la Vega.

Plano de la Villa de Madrid del año 1635, obtenido en el Centro Nacional de Información Geográfica, Madrid.

Lámina VI.

Viaje a El Escorial y a la ciudad de Aranjuez y regreso a Madrid.

Mapa del año 1633, obtenido en el Centro Nacional de Información Geográfica, Madrid.

Lámina VII.

Ruta de Madrid a Aragón por el camino real, pasando por Zaragoza, y llegada a Huesca.

Mapa del año 1633, obtenido en el Centro Nacional de Información Geográfica, Madrid.

Lámina VIII.

Plano de la ciudad de Huesca, reseñando especialmente el lugar donde estuvo la mansión de Lastanosa (casa y jardines) y el Colegio de los Jesuitas.

Plano correspondiente a la época de finales del siglo XVIII, obtenido de la UCM., Facultad de Geografía e Historia. Tesis doctoral de Antonio Naval Más, t. I-II, 1980.

Lámina IX.

Dibujo de la mansión de Lastanosa. Reconstrucción sobre grabado de la época, siglo XVII.

Dibujo obtenido de la de la UCM., Facultad de Geografía e Historia. Tesis doctoral de Antonio Naval Más, t. I-II, 1980.

Lámina X.

Mapa de Aragón hasta la frontera francesa, incluyendo la excursión a Cataluña y salida a Francia por Puigcerdá.

Mapa del año 1633, obtenido en el Centro Nacional de Información Geográfica, Madrid.

Lámina XI.

Mapa de Europa del año 1640, obtenido en la Biblioteca Nacional de España, Madrid.

Lámina XII.

Ilustra gráficamente el itinerario seguido por el Este de Francia hasta entrar en Alemania por Mulhouse/Milhausen. Gracián señala un itinerario erróneo por la Picardía, región situada al noroeste de Francia y por tanto contraria al lugar donde se encuentran los Alpes.- Itinerario hacia Roma hasta llegar a los Alpes canos (nevados).

Mapa de Europa del año 1640, obtenido en la Biblioteca Nacional de España, Madrid.

Lámina XIII.

Bajada de los Alpes canos hacia el valle de Lombardia. Al llegar al llano eligen dos rutas divergentes para llegar a Roma, la de la izquierda que siguen las palomas y que toma Andrenio, y la de la derecha, que siguen las serpientes, y que es elegida por Critilo. Reencuentro en las cercanías de Roma.

Mapa de Europa del año 1640, obtenido en la Biblioteca Nacional de España, Madrid.

Lámina XIV.

Entrada en Roma, deteniéndose una jornada en la plaza Navona. Tras deambular por los lugares principales del centro de la ciudad Eterna los peregrinos acceden a la isla Tiberina, que simboliza la isla de la Inmortalidad.

Plano de la ciudad de Roma del año 1829, obtenido en la Biblioteca Nacional de España, Madrid.

Descripción de la mansión de Lastanosa

La casa-palacio de Lastanosa se encontraba en la calle del Coso, enfrente del Colegio e iglesia de los Jesuitas (actualmente sólo queda la iglesia). Era una casa noble muy conocida y famosa en aquel tiempo, por ser un centro cultural de primer orden en el reino de Aragón y por ende de España, donde convergían el gusto y el interés por las ciencias, las artes, las letras, la Historia, de lo que daba cuenta su importante biblioteca, que albergaba gran cantidad de libros, tanto antiguos como modernos, de todas las ramas del saber, complementada y adornada con numerosas estatuas. Contaba además con un magnífico museo, en el que se exhibían muebles, enseres domésticos, así como numerosos y curiosos artilugios de carácter civil, doméstico, científico, militar y religioso, utilizados desde tiempos pretéritos hasta los más cercanos de su actualidad. Y contaba también con un interesante centro de Numismática, en el que había una gran cantidad de monedas y medallas de todos los tiempos, con ejemplares de alto valor por su peculiaridad y rareza; asimismo conservaba una rica serie de diamantes, piedras preciosas, camafeos y diversas joyas, procedentes de sus antepasados. Y también tenía una variada colección de minerales y piedras de diferentes metales. Especialmente renombrados y famosos fueron sus jardines, tanto por su original y cuidado diseño como por la gran variedad y cantidad de árboles y plantas que en él se albergaban, pues era un auténtico jardín botánico, en el que se habían adaptado especies exóticas traídas desde lugares diversos y lejanos, en algún caso; la mayor parte de sus exquisitas flores eran de los géneros que se

hallaban en Francia, Italia e Inglaterra. También disponía de un gran estanque con diversas variedades de peces, y de un mini parque zoológico, en el que vivían encerrados un león, un oso, un tigre, un leopardo y dos avestruces. Contaba asimismo con un laberinto, varias grutas y diversas fuentes. Para su cuidado disponía de ocho jardineros franceses, que habitaban en ellos junto con sus respectivas familias en casitas independientes; algunos estuvieron a su servicio más de cincuenta años, y cuando alguno fallecía era reemplazado por otro que le enviaba su amigo el Duque de Orleáns. La finca contenía además otras varias casas destinadas a vivienda para sus criados y caballerizas, cocheras, pajares, cobertizos y un almacén con diversos aperos.

El edificio o casa constaba de un semisótano más dos plantas y una galería superior bajo el tejado, teniendo como característica peculiar un torreón cuadrado en el extremo sur de su fachada, el cual estaba rematado por una escultura que representaba un coloso Alcides, de chapería de plomo, que portaba en sus hombros un globo terrestre. Estaba construida con ladrillo y yeso, encontrándose su fábrica dispuesta con excelente arquitectura. Tenía dos tipos de ventanas: las de la planta baja, adornadas con rejas de hierro, y las de la planta superior con balcones volantes, ambas pintadas de oro y negro, con adornos de estuco, que formaban pilastras revestidas de grutescos rematados con frisos, cornisas y arquitrabes, y en lugar del frontispicio en la ventana del medio había un escudo noble con fajas, que de estar coloridas serían rojas en campo de plata, blasones de la noble familia de los Lastanosa. Las diferentes plantas que componían la casa estaban dispuestas de modo ascendente desde el firme de la tierra, en un entresuelo o semisótano,

seguida de la planta baja o doméstica que constaba de veintiséis habitaciones, más patio y escalera principal de acceso a la siguiente planta que era la superior o noble, en la que se encontraban la biblioteca y la armería; por encima de ésta y debajo del tejado había una galería o cámara que ocupaba toda la planta del edificio, a modo de una semi planta o desván, frecuente en muchas edificaciones domésticas del norte peninsular y especialmente típico en la arquitectura familiar aragonesa. Había también otras escaleras secundarias para uso doméstico y de servicio, que daban acceso a todas sus plantas. A tenor de las características que se muestran en el dibujo-grabado de la casa, que adjunto, todo parece apuntar a que se trataba de una construcción realizada a mediados del siglo XVI.

Por todo ello era un lugar muy anhelado de visitar, tanto por personas de relieve intelectual, político o social, como por curiosos y modestos ciudadanos, ajenos y profanos al mundo de la cultura. Tan famosa era que llegó a circular en muchos ámbitos sociales la adaptación de un refrán popular laudatorio, que decía: “Quien va a Huesca y no ve la casa de Lastanosa, no ha visto cosa”¹; y que refleja don Bernardino Fernández de Velasco, Condestable de Castilla en una carta de fecha 8 de abril de 1636 dirigida a don Vincencio Juan de Lastanosa, agradeciéndole su estancia durante quince días en tan majestuosa casa, a la vez que le manifiesta su admiración y le expresa que todos los días vio cosas nuevas y ostentosas. Por su parte, don Vincencio Juan de Lastanosa, hombre típicamente renacentista, generoso y amante difusor

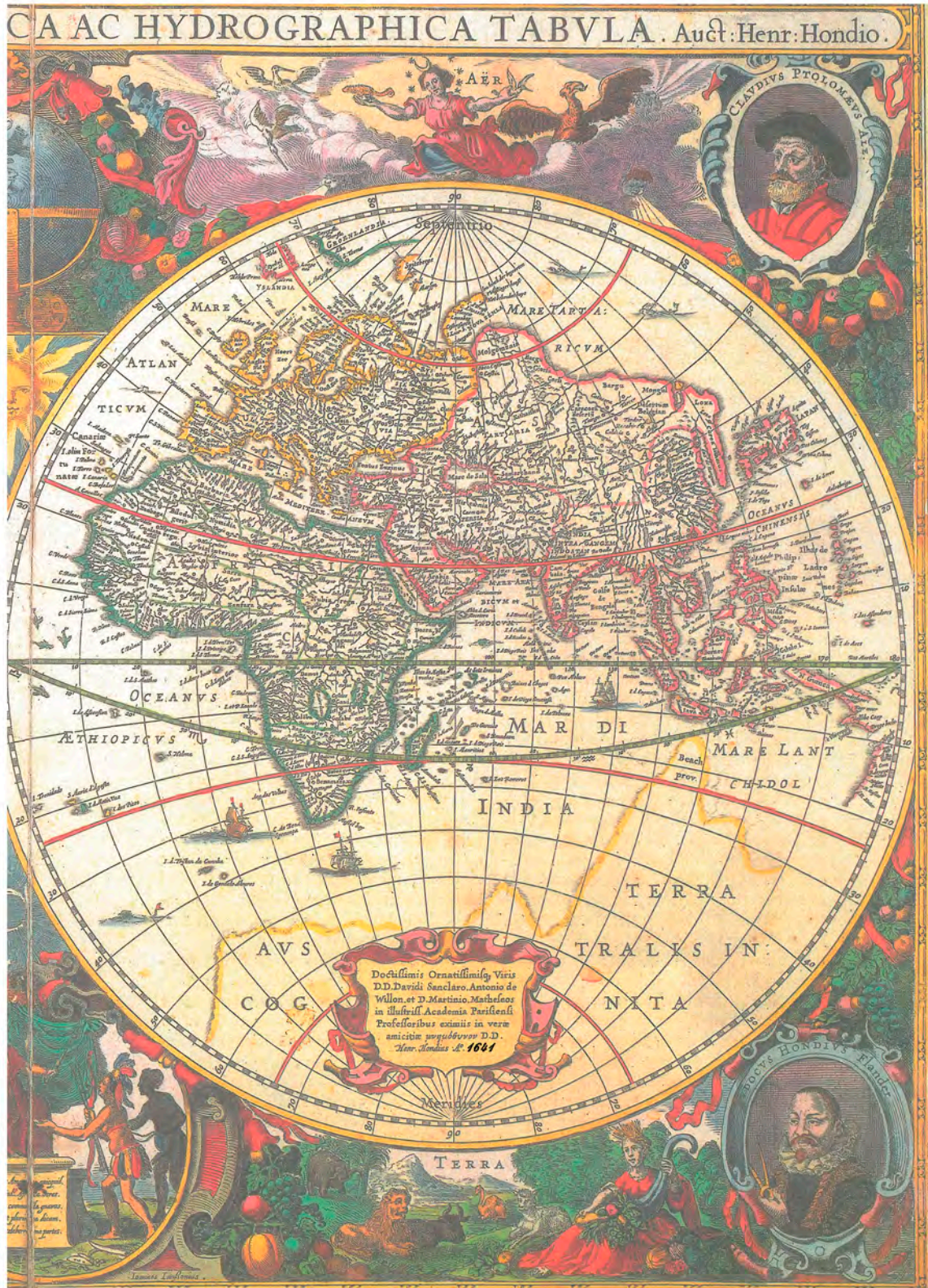
¹ Cfr. *Baltasar Gracián, su vida y su obra*, Evaristo Correa Calderón (Madrid, Gredos, 1970), p. 32.

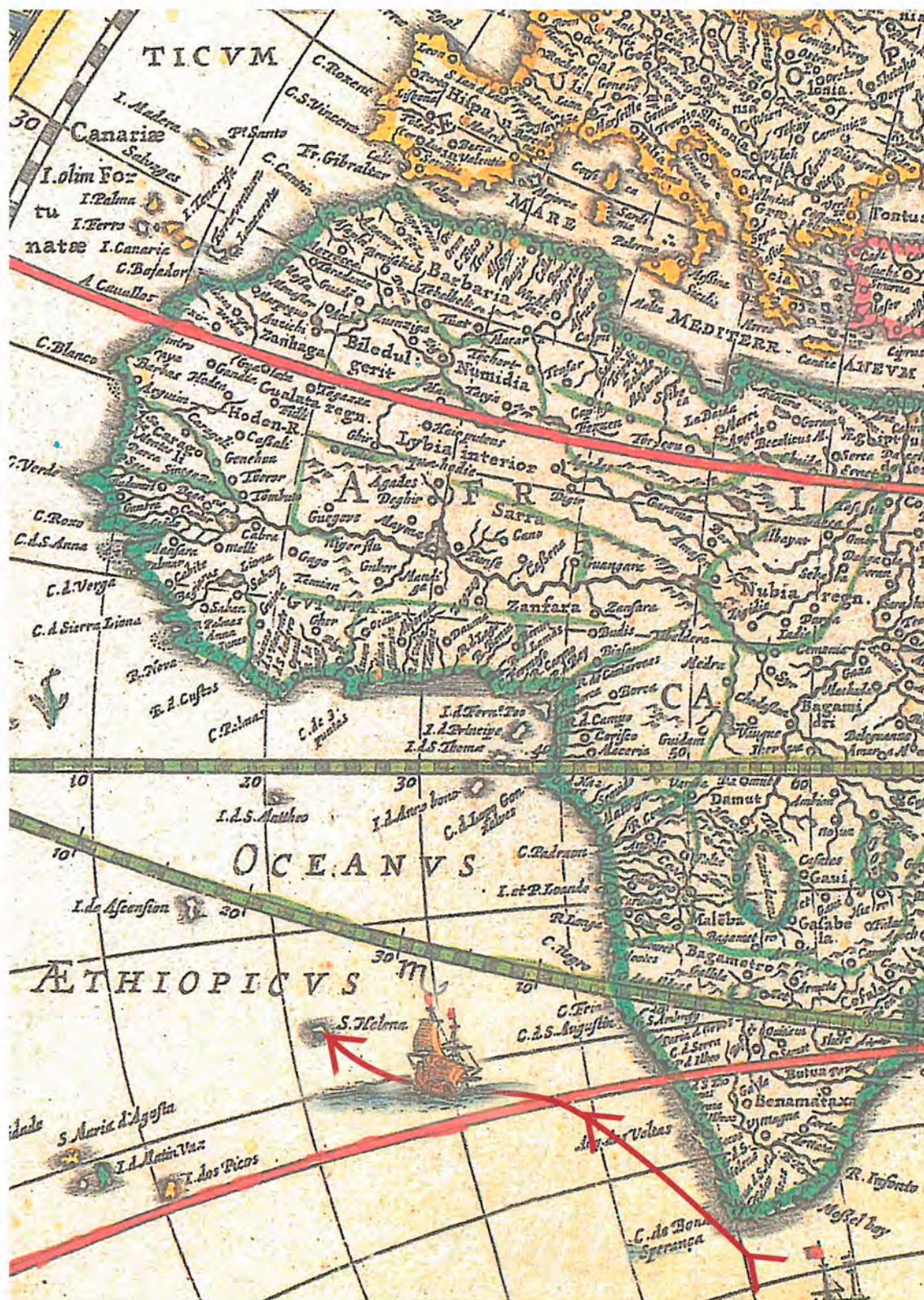
de la cultura, se sentía muy orgulloso de mostrar su casa y los tesoros que en ella se custodiaban.

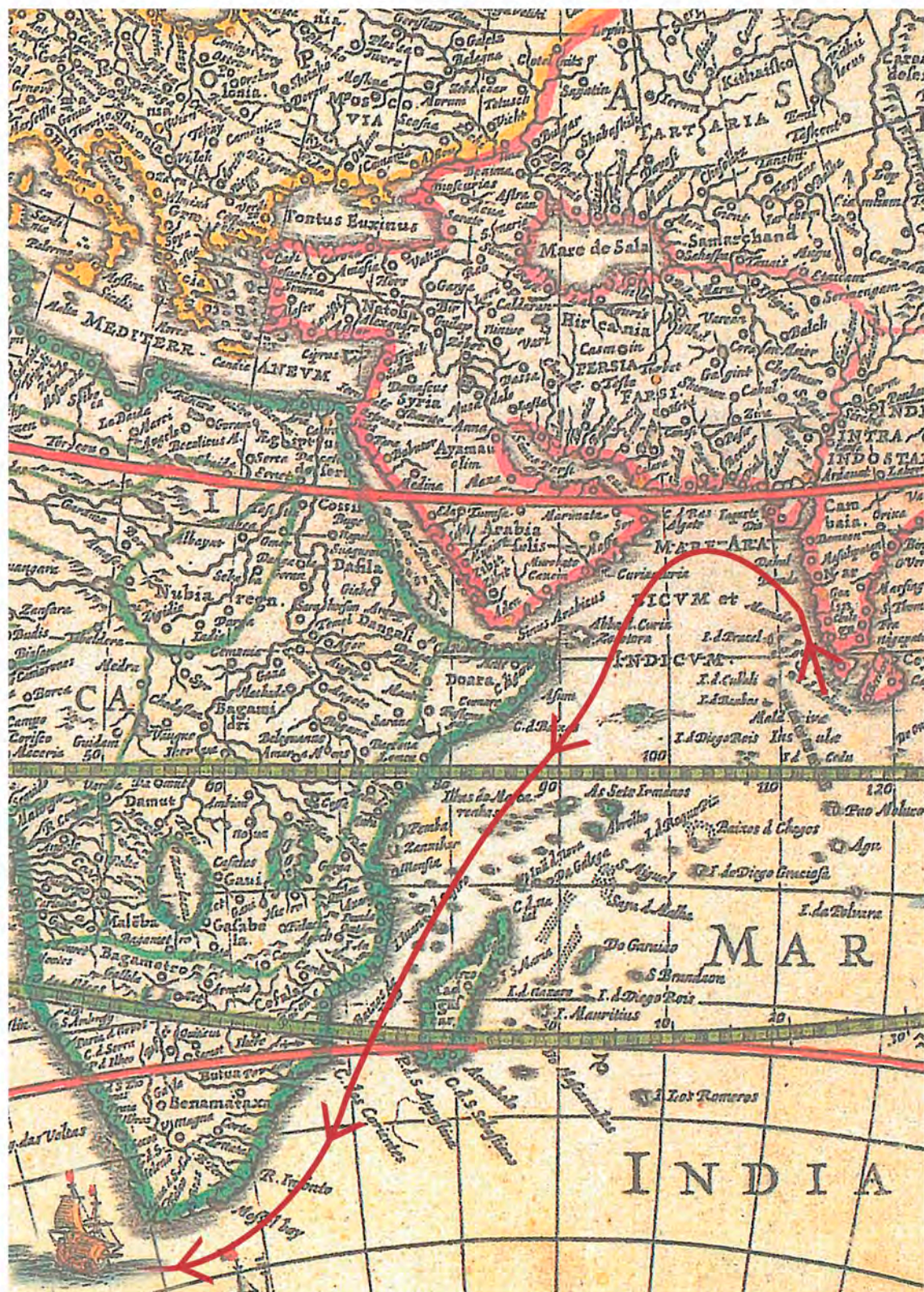
Finalmente cabe añadir que la familia Lastanosa, y muy especialmente don Vincencio Juan, contribuyó enormemente al esplendor de Aragón y especialmente a Huesca, su ciudad, mediante su continuado apoyo, promoción y mecenazgo a todo tipo de artistas, escritores, escultores, historiadores, pintores y demás cultivadores de las artes en general.

Sobre la suerte de la mansión de Lastanosa tras la muerte de su dueño, cabe decir que a finales del siglo XVIII continuaba habitada por una de sus descendientes, doña Mauricia Lastanosa, casada con don Judas Tadeo Ladrón de Cegama, natural de Sangüesa, del reino de Navarra. Después pasó a pertenecer a don Clemente Ladrón de Cegama y Azara, nieto de aquéllos y vecino de Pamplona. Y en 1864 era propiedad de sus herederas doña Victoria y doña Josefa Ladrón de Cegama, quienes la vendieron el 22 de octubre de 1894 a don Vicente Filló, vecino de Huesca, el cual procedió a derribarla, edificando en su lugar las casas núm. 39 y 41². Posteriormente se ha procedido a urbanizar y edificar toda la gran extensión de terreno sobre los que estaban situados la huerta y jardines. En la actualidad el lugar esta ocupado por modernos edificios, que forman parte del núcleo central de la ciudad de Huesca. Es de lamentar la desaparición de tan singular mansión y de su entorno, pero sobre todo de su amplia y rica biblioteca y del museo.

² Cfr. *La erudición aragonesa en el siglo XVII en torno a Lastanosa*, Ricardo del Arco y Garay (Madrid, Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, 1934), p. 173 a 225. Cfr. Huesca: *Desarrollo del trazado urbano y de su arquitectura*, Antonio Naval Más (Madrid, UCM, 1980), tesis doctoral, t. I y II, p. 786-789.





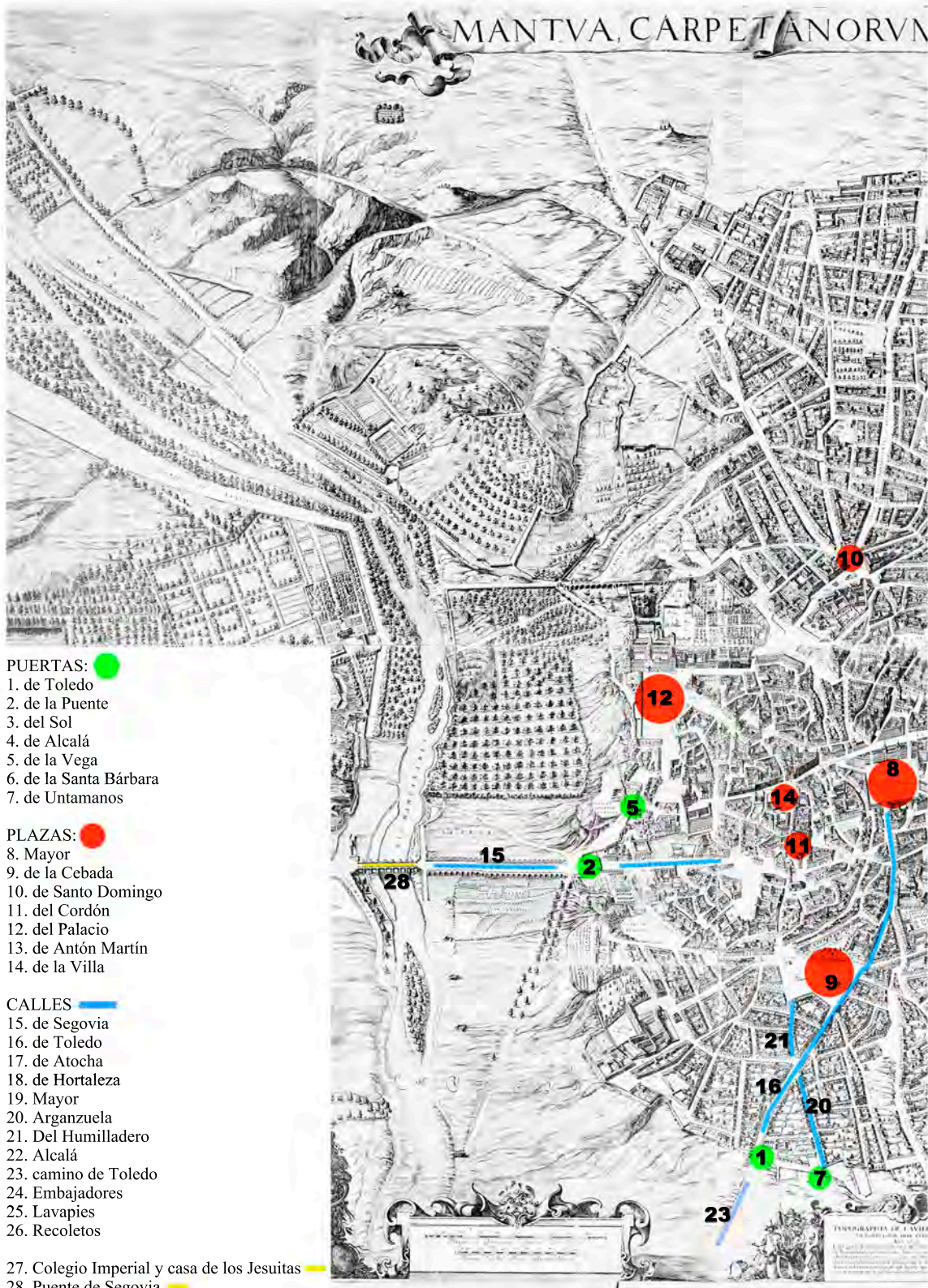


Ruta marítima desde la ciudad de Goa hasta la isla de Santa Elena

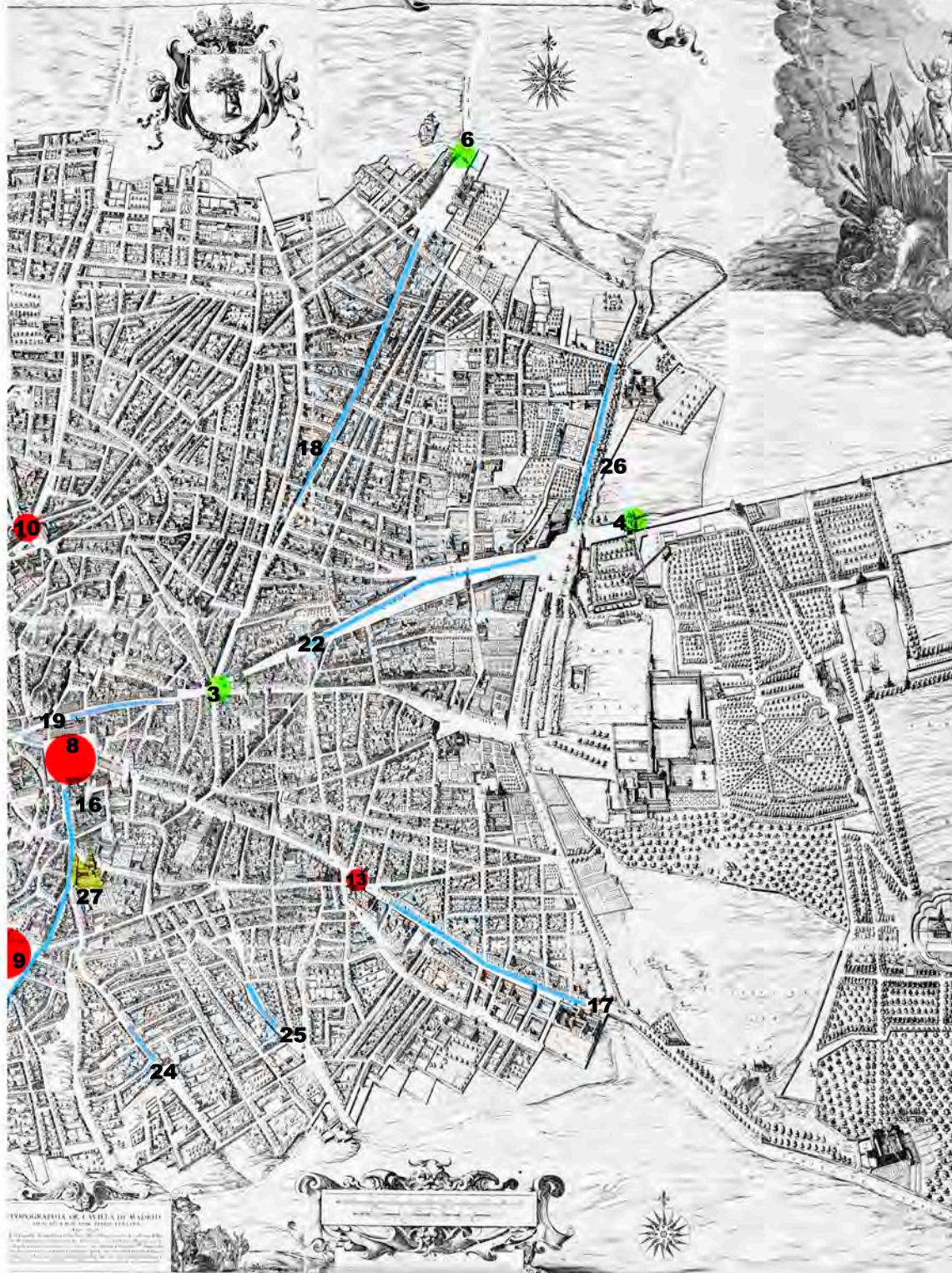


Lámina IV

Ruta terrestre desde Lisboa a Madrid.



ORVM SIVEMATRITVM VRBS REGIA



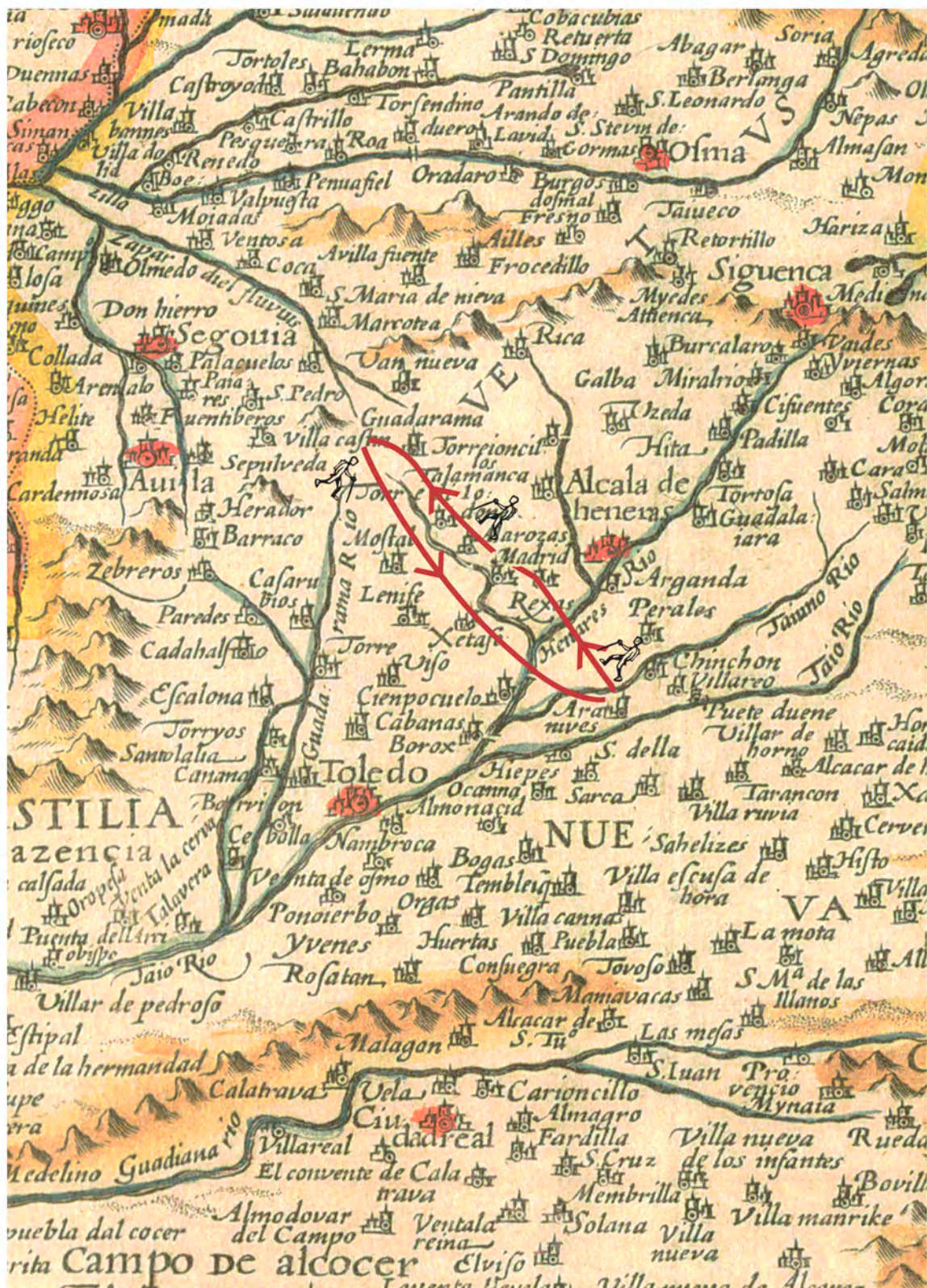
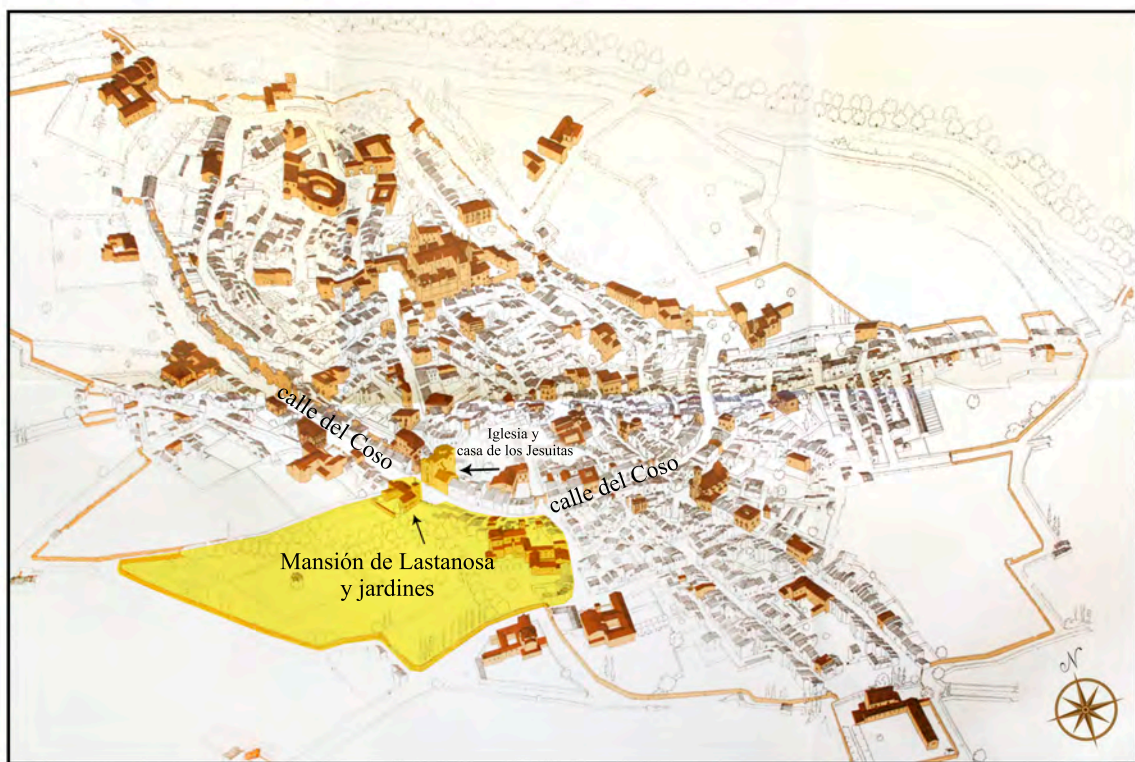
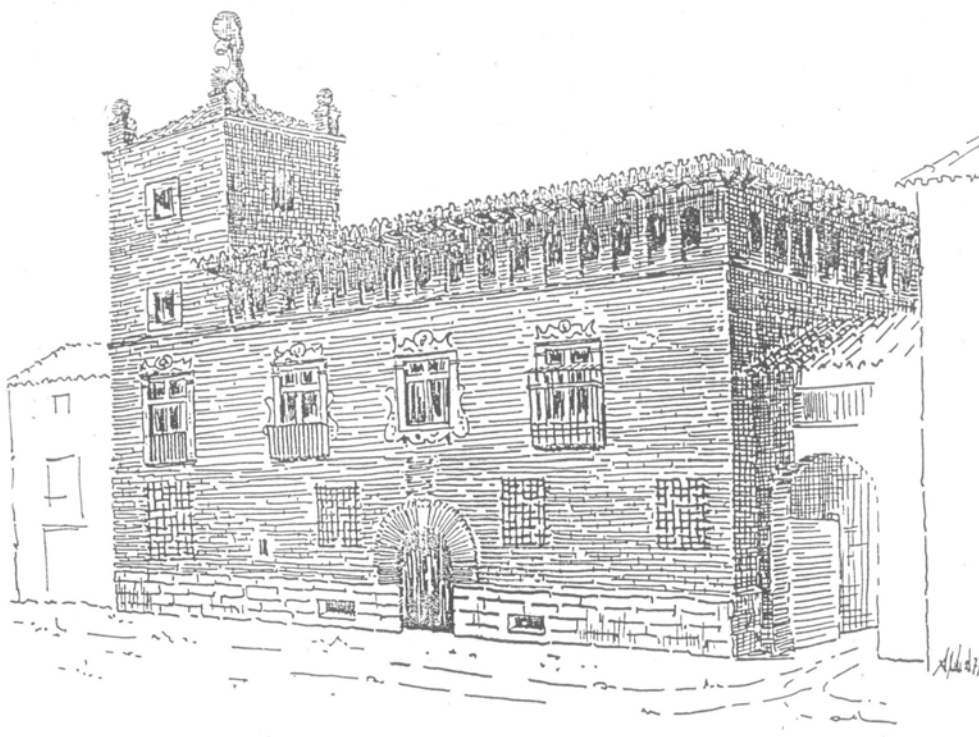




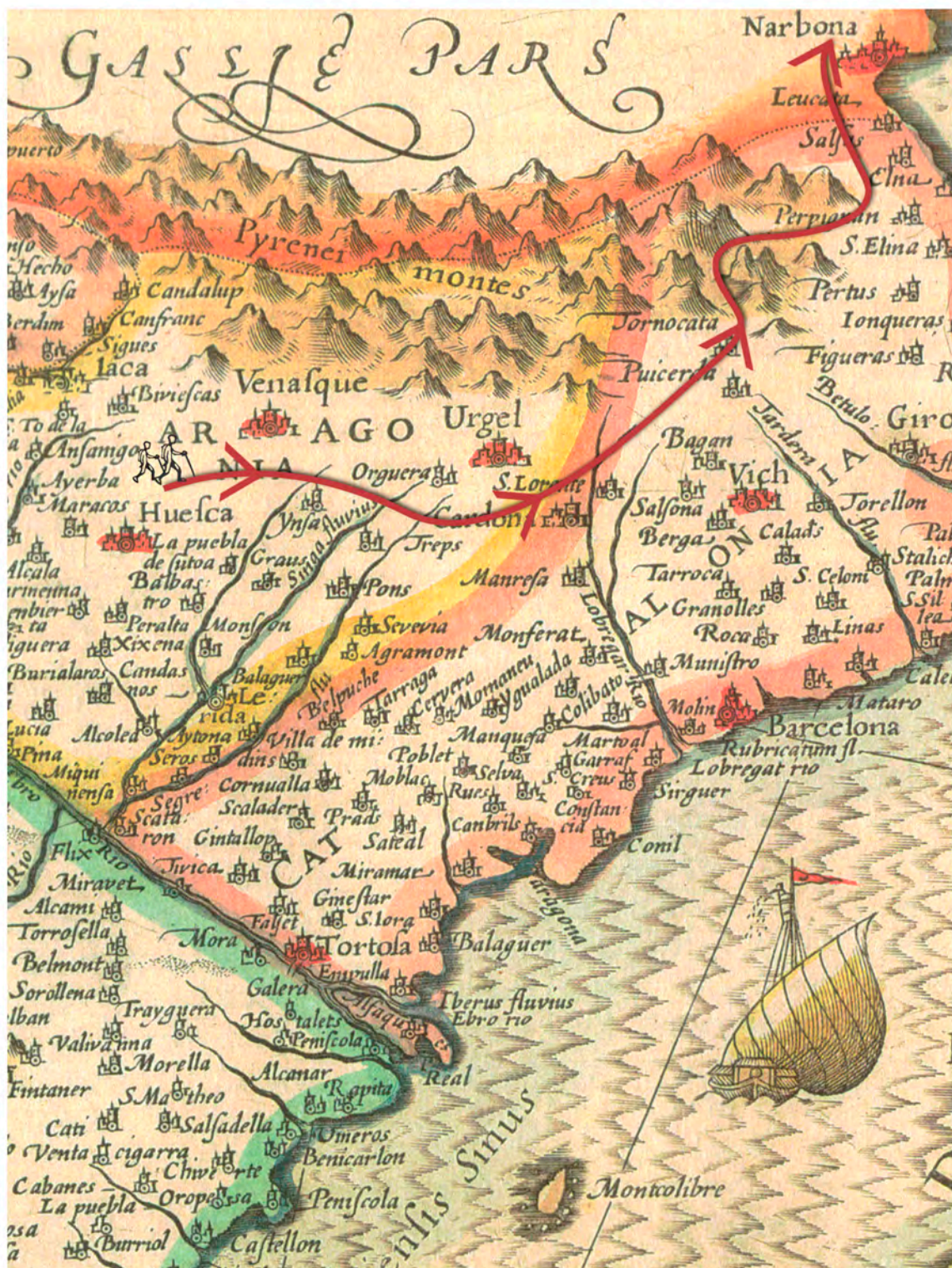
Lámina VII



Plano de Huesca con señalamiento en la calle del Coso, Mansión de Lastanosa y sus jardines y enfrente iglesia, casa y colegio de los Jesuitas.



Dibujo de la mansión de Lastanosa.



Ruta desde Aragón a la frontera francesa, con excursión por Cataluña y entrada a Francia por Puigcerdá.



Mapa de Europa



Peregrinación por Francia hasta llegar a la frontera con Alemania.

Itinerario hacia Roma hasta llegar a los altos picos de los Alpes canos (nevados)



Lámina XIII

Bajada de los Alpes canos por el valle de Lombardía. Al llegar al llano eligen dos rutas divergentes. Reencuentro en las cercanías de Roma



Entrada en Roma, deteniéndose una jornada en la plaza Navona. Tras deambular por los lugares principales del centro de la ciudad Eterna los peregrinos acceden a la isla Tiberina, que simboliza la isla de la Inmortalidad.



APÉNDICE

Ofrecemos a continuación una cuidada relación de las diversas ediciones de los libros de Baltasar Gracián así como de las obras que supuestamente utilizó para componerlas, separándolas de la bibliografía, por que ambas forman parte de la investigación llevada a cabo, y por la importancia que tiene para comprender y valorar en su justa medida toda la obra graciana.

I

Relación de las ediciones de las obras de Gracián y de sus traducciones

La relación de las diversas ediciones de los libros escritos por Baltasar Gracián sigue el orden cronológico de su publicación. Y primero se enumeran las ediciones originales de cada uno de los libros, después la edición conjunta de varios de ellos y finalmente las ediciones de las *Obras Completas*. En esta relación no se incluyen las ediciones de *El Comulgatorio*, la única obra publicada con el nombre del autor, por su escasa relevancia para el tema que nos ocupa. Y a continuación se relacionan, siguiendo el mismo orden, todas las traducciones, con sus respectivas ediciones, a las lenguas comunes europeas, no por un alarde de erudición que aquí estaría fuera de lugar, sino por lo que suponen para

poder apreciar debidamente el alcance y la importancia de toda la obra graciana. Además algunas de ellas ayudan a conocer y desvelar el significado de muchas palabras, en cuanto, al ser traducidas a otra lengua no siempre por la misma palabra, amplían o restringen el contenido que en la lengua original expresan, y esto sucede algunas veces ya en el propio título. Tal ocurre, por citar el ejemplo quizá más significativo, con la traducción del *Oráculo manual y Arte de prudencia*, traducido al alemán por Arthur Schopenhauer, como ha puesto de manifiesto Klaus Heger en su estudio “Genio e ingenio/*Herz und Kopf*. Reflexiones sobre unos cotejos entre el ‘*Oráculo manual*’ y la traducción alemana de Schopenhauer”, publicado en el número monográfico de la *Revista de la Universidad de Madrid*, 7 (1958) 379-401. Esto es más apreciable cuando la traducción se hace a lenguas no románicas, como es el caso de la lengua alemana. Pero también lo es cuando la traducción se hace a una lengua románica, como ocurre con la traducción italiana de *El Discreto* con el título *L’Uomo universale* (Venecia, 1679) y la francesa *L’homme universel* (Paris, 1723), que la traducción inglesa prefiere titularlo *The complete Gentleman* (London, 1626) y en la alemana *Der vollkommene Mensch* (Ausburg, 1729), es decir, *El hombre perfecto*, mientras que la reciente traducción de Sebastián Neumeister prefiere el título *Der kluge Weltmann* (Frankfurt, Neue Kritik, 1996), es decir, *El prudente hombre de mundo*. Siguiendo esta misma línea es también muy significativo el título dado a la primera traducción francesa del *Oráculo manual*, hecha por Amelot de la Houssaie, *L’homme de cour* (Paris, 1684), es decir, *El hombre de la Corte*. Y lo mismo sucede con la primera traducción de la Primera Parte de *El Criticón*, para la que el autor G. de Maunory eligió el

título *L' homme détrompé* (Paris, Jacques Collombat, 1696), es decir, *El hombre desengañado*. Hay además traducciones que incorporan variantes o novedades que no han sido tenidas en cuenta por las ediciones españolas, como ocurre en la relativamente reciente traducción italiana y en parte crítica de la *Agudeza y Arte de ingenio*, debida a Giulia Poggi, titulada *L'Acuttezza e L'Arte dell'Ingenio* (Palermo, Aesthetica Edizione, 1986), con introducción de Mario Perinola, como ha observado A. Egido en su comentario crítico, incluido después como último capítulo en su libro *La rosa del silencio* (Madrid, Alianza, 1996), p. 211-218. Es más, como ya apuntamos antes, con relativa frecuencia estas traducciones ayudan a comprender el auténtico significado de las palabras originales, como se comprueba en el famoso pasaje de *Agudeza y Arte de ingenio*, que dice “preñado ha de ser el verbo, no hinchado, que signifique, no que resuene; verbos con fondo, donde se engolfe la atención, donde tenga que cebarse la comprensión”; pasaje que, en una primera lectura, induce a entender “verbo” como la forma gramatical que denota la persona, el número, el tiempo y el modo, pero que, al ser la traducido al alemán por “*Wort*” -palabra-, lleva a pensar que su significado es más amplio, en cuanto es sinónimo de palabra, tal como todavía era usado en la era clásica y la época de Gracián. Los ejemplos del mismo o parecido tenor podían multiplicarse fácilmente. Pero sobre todo conviene señalar que esto adquiere especial relevancia en nuestro caso concreto cuando se trata de las palabras prudencia y sagacidad y de sus derivados, e incluso de sus sinónimos más próximos.

A.- EDICIONES

1. EL HÉROE

El Héroe, o primores que debe tener un héroe político; escrito dedicado al Rey [Felipe IV]. Manuscrito.

(Único manuscrito que se conserva de Baltasar Gracián, guardado en la Biblioteca Nacional de Madrid, con el núm. 6643 (antiguo S.206). No tiene fecha, aunque se supone escrito con posterioridad a 1636.

El Héroe. Huesca, Juan Nogués, 1637.

Edición perdida. Al parecer hubo dos ediciones o dos tiradas distintas, una con dedicatoria al rey y otra con dedicatoria a D. Vincencio de Lastanosa, la cual aparece reproducida por el doctor Diego Vincencio de Vidania en su prólogo al *Tratado de la moneda jaquesa* (Zaragoza, 1681) de Lastanosa.

El Héroe, de Lorenzo Gracián Infanzón, en Huesca, Juan Nogués, 1639.

Hay una segunda impresión, nuevamente corregido, con licencia. En Madrid a primero de abril 1639, por Diego Díaz, año MDCXXXIX.

El Héroe, edición pirata en Barcelona, por Sebastián y Iayme Materad, 1640.

El Héroe, Lisboa.- Manuel da Sylva, 1646.

El Héroe de Lorenzo Gracián Infanzón, Amsterdam, en casa de Juan Blaeu, 1659.

El Héroe, Coimbra, Thomé de Carvalho, 1660.

El Héroe. Reimpresión de la edición de 1639. Publicada con las variantes del código inédito de Madrid y el retrato del autor por Adolphe Coster. Chartres, Librairie Lester, 1911.

El Héroe. Obra maestra de la Literatura española. Publicada por Luis Esteso. Madrid, Editorial América, 1918.

El Héroe. Edición facsímil (Madrid, Diego Díaz, 1639), con prólogo de Aurora Egido. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001.

El Héroe. Edición facsímil del autógrafo (Manuscrito 6643 de la Biblioteca Nacional de Madrid) y de la impresión de Madrid, 1639, por Adolphe Coster (Chartres, 1911) con estudio preliminar de Aurora Egido.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001

2. EL POLÍTICO DON FERNANDO EL CATÓLICO

El Político Don Fernando el Católico.-En Zaragoza, por Diego Dormer, año M.DC.XL.

Dedicado al Excmo. Señor Don Francisco María Caraza Castrioto y Gonzaga, Duque de Nochera, ejemplar único procedente del antiguo Colegio de los jesuitas de París, propiedad de Eugenio Asensio, quien dio noticia del mismo en “Un libro perdido de Baltasar Gracián”, en *NRFH*, 1958, XII, 390-394.

El Político. En Zaragoza, Dormer, 1641. [Registrado por Palau, nº 106874. Perteneció al librero García Rico en 1922].

El Político. En Huesca, Juan Nogués, 1641 o 1642. [cit. por Palau, nº 106864].

El Político D. Fernando el Católico, de Lorenzo Gracián. Que publica D.Vincencio Juan de Lastanosa. Con licencia en Huesca: Por Juan Nogues. Año 1646. Véndese en casa de Francisco Lamberto, en la Carrera de San Jerónimo.

El Político. Milán, por Juan Bideli, 1646.

El Político D. Fernando el Cathólico, de Lorenzo Gracián. Milán por Phelipe Ghisolfi, 1646. Ad instan. di Iuan Bautista Bideli. Con licencia de los Superiores.

El Político D. Fernando el Cathólico, de Lorenzo Gracián, que publica Don Vincencio Juan de Lastanosa.- Amsterdam, en casa de Juan Blaeu, 1659.

El Político. Edición facsímil de la edición Huesca, 1646. Prólogo de Francisco Yndurain. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1953.

El Político. Edición y notas de E. Correa Calderón. Introducción de E. Tierno Galván. Salamanca, Biblioteca Anaya, 1961.

El Político don Fernando el Católico. Edición facsímil de la publicada en Zaragoza por Diego Dormer, 1640. Prólogo de Aurora Egido, 2ª ed.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2000.

El Político. Edición de Evaristo Correa Calderón.- Madrid, Anaya, 1973.

El Político D. Fernando el Católico. Edición de Luis Sánchez Laílla. Introducción de Aurora Egido. Jaén, Almuzara, 2010.

3. ARTE DE INGENIO, TRATADO DE LA AGUDEZA.

Arte de ingenio, Tratado de la agudeza, en que se explican todos los modos, y diferencias de conceptos. Por Lorenço Gracián, dedicada al Príncipe Nuestro Señor. Con privilegio en Madrid, por Juan Sánchez, 1642. A costa de Roberto Lorenço, Mercader de Libros.

Arte de Ingenio, Tratado de la agudeza, en que se explican todos los modos, y diferencias de conceptos. Por Lorenço Gracián, dedicado a don Joam da Costa, Conde de Soure. Lisboa, Officina Craesbeeckiana, 1659, por Simão Antunes de Almeida.

Arte de Ingenio, Tratado de la agudeza.- Amberes, Jerónimo y Juan Bautista Verdussen, 1669.

Arte de Ingenio, Tratado de la agudeza. Edición de Emilio Blanco.- Madrid, Cátedra, 1998.

Arte de Ingenio, Tratado de la agudeza, en que se explican todos los modos, y diferencias de conceptos. Edición facsímil de la publicada en Madrid, Juan Sánchez, 1642, con estudio preliminar de Aurora Egido.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2005.

4. EL DISCRETO

El Discreto de Lorenzo Gracián, que publica don Vincencio Juan de Lastanosa y lo dedica al serenísimo señor don Baltasar Carlos, Principie de las Españas y del nuevo Mundo, con licencia.- Huesca, Juan Nogués, 1646.[Biblioteca Nacional de Madrid, sign. R-13.660.]

El Discreto de Lorenzo Gracián, que publica don Vincencio Juan de Lastanosa, con licencia.- Huesca, Juan Nogués, 1646 [1647]. En la portada se añade: “Véndese en casa Francisco Lamberto en la carrera de S. Gerónimo”, dato que no aparece en la primera edición.

El Discreto de Lorenzo Gracián, que publica don Vincencio Juan de Lastanosa, al ilustre señor Miguel Juan Boldó y Granollachs, Canónigo, Oficial y Vicario General en la ciudad de Barcelona y su Diócesis. En Barcelona, por Pedro Juan Dexeñ, 1647. [Con aprobación de fray Thomas Ros, 6 de junio; imprimátur de Boldó y Barutell; dedicatoria de Andrés Roure]

El Discreto.- Coimbra, Thomé Carvalho, 1647.

El Discreto, que publica don Vincencio Juan de Lastanosa.- Coimbra, con todas las licenças necesarias; na officina de Thomé Carvalho, impressor da Universidade, 1656.

El Discreto.- Huesca, 1656.

El Discreto de Lorenzo Gracián, que publica don Vincencio Juan de Lastanosa. En Amsterdam, en casa de Pedro le Grand, 1665.

El Discreto.- Madrid, Editorial Hernando, 1911[Biblioteca Universal, núm. 167].

El Discreto.- Madrid, Biblioteca Universal, s.a. [1911]. Otras ediciones: Madrid, 1928, y en años posteriores.

El Discreto. Texto crítico por Miguel Romera-Navarro y Jorge M. Furt.- Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1959.

El Discreto, edición prólogo y notas de Arturo del Hoyo, Madrid, Aguilar, 1963.

El Discreto. Edición, introducción y notas de Aurora Egido.- Madrid, Alianza, 1997.

El Discreto, edición facsímil de la publicada en Huesca, Juan Nogués, 1646, con prólogo de Aurora Egido.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001.

5. ORÁCULO MANUAL Y ARTE DE PRUDENCIA

– *Oráculo manual y Arte de prudencia*. Sacada de los Aforismos que se discurren en las obras de Lorenço Gracián. Publícala D. Vincencio Juan de Lastanosa, y la dedica al excelentísimo Señor D. Luis Méndez de Haro, Conde-Duque, con licencia. Huesca, Juan Nogués, 1647.

– *Oráculo manual y Arte de prudencia*. Sacada de los Aforismos que se discurren en las obras de Lorenço Gracián. Publícala D. Vincencio Juan de Lastanosa, y la dedica al excelentísimo Señor D. Luis Méndez de Haro, con licencia.- Madrid, María de Quiñones, 1653. (Véndese en casa de Francisco Lamberto, en la carrera de San Jerónimo).

Oráculo manual y Arte de Prudencia. Sacada de los Aforismos que se discurren en las obras de Lorenço Gracián. Publícala D. Vincencio Juan de Lastanosa, con licencia.- Lisboa, officina de Henrique Valente de Oliveira, 1657.

– *Oráculo manual y Arte de prudencia*. Sacada de los aforismos que se discurren en las obras de Lorenço Gracián. Publícala D. Vincencio Juan de Lastanosa, y la dedica al excelentísimo señor don Luis Méndez de Haro, con licencia.- Amsterdam, en casa de Juan Blaeu, 1659.

Oráculo manual y Arte de prudencia.- Bruselas, 1697.

Oráculo manual y Arte de prudencia.- Amberes, 1725.

Oráculo manual. Edic. de A. Keller.- Stuttgart, 1839.

Oráculo manual.- Madrid, Bibliotecas Populares Cervantes, 1928. Serie primera: las cien mejores obras de la literatura española, vol. 53 [prólogo de Azorín, sacado de *Lecturas Españolas*].

Oráculo manual y Arte de prudencia.- Santiago de Chile, 1940.

Oráculo manual. Edición de Gabriel Juliá Andreu. Abdruck unter Verantwortung von Marcella Bugar.- Heidelberg, 1946, Carl Winter.

Oráculo manual. Edición de Arturo del Hoyo.- Madrid, Clásicos Castellanos, 1948.

Oráculo manual y Arte de prudencia. Edición crítica y comentada por Miguel Romera-Navarro. Basada en la edición de 1647.- Madrid, CSIC. 1954.

El Oráculo manual. Introduzione, bibliografia e tabella semantica a cura di G. M. Bertini.- Milano-Barese, Istituto editoriale cisalpino, 1954.

Oráculo manual y Arte de prudencia. Sacada de los Aforismos que se discurren en las obras de Lorenzo Gracián. Publícala D. Vincencio Juan de Lastanosa, y la dedica al excelentísimo Señor D. Luis Méndez de Haro, Conde-Duque, con licencia.-Huesca, Juan Nogués, 1647. Edición facsímil de Jorge M. Furt, de La Plata, Argentina.- Buenos Aires, Imprenta Coni, 1958.

– *Oráculo manual y Arte de prudencia*. Edición, introducción y notas de E. Correa Calderón.- Madrid-Salamanca, Anaya, 1968.

Oráculo manual y Arte de prudencia. Edición de Benito Pelegrín.- Zaragoza, Guara, 1983.

Oráculo manual y Arte de prudencia. Edición de Emilio Blanco.- Madrid, Cátedra, 1995.

Oráculo manual y Arte de prudencia. Edición facsímil de la publicada en Huesca, Juan Nogués, 1647, con prólogo de Aurora Egido.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001.

6. AGUDEZA Y ARTE DE INGENIO

Agudeza y Arte de ingenio, en que se explican todos los modos, y diferencias de Concetos, con exemplares escogidos de todo lo mas bien dicho, assi sacro, como humano. Por Lorenço Gracián. Avmentala el mesmo Autor en esta segunda impresión con un tratado de los Estilos, su propiedad, ideas del bien hablar: con el Arte de Erudición, y modo de aplicarla; Crisis de los Autores, y noticias de libros. Ilústrala el Doctor don Manuel de Salinas y Lizana, Canónigo de la Cathedral de Huesca, con saçonadas traducciones de los Epigramas de Marcial. Publícala Don Vincencio Juan de Lastanosa, cavallero y ciudadano de Huesca, en el Reyno de Aragón. Coronala con su nobilísima protección el excelentísimo señor don Antonio Ximenez de Urrea, Conde de Aranda, grande de España, con licencia.- Huesca, Juan Nogués, al Coso. Año M.DC.XLVIII.

Agudeza y Arte de ingenio, aumentala el mesmo autor con esta tercera impresión en Huesca, Juan Nogués, al Coso, 1649. [Coster, B. G., en RHi, 622, anota: “En 1649 parut une édition identique [a la primera] avec le titre seul réimprimé et les mots tercera impression au lieu de segunda impressio”].

Agudeza y Arte de ingenio.- Madrid, 1720.
[cit. por Palau. N° 106899].

Agudeza y Arte de ingenio. Edición de Eduardo Ovejero y Maury.- Madrid, Biblioteca de Filósofos Españoles, 1929.

Agudeza y Arte de ingenio.- Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942, (reimpresiones: 1944, 1945 y 1957).

Agudeza y Arte de ingenio. Nota preliminar de F.S.R. Revisión y notas de E. Correa Calderón.- Madrid, Aguilar, 1944. Col. Crisol.

Agudeza y Arte de ingenio. Introducción, edición y notas de E. Correa Calderón.- Madrid, Clásicos Castalia, 1969.

Agudeza y Arte de ingenio. Edición y notas de Ceferino Peralta, Jorge M. Ayala y José M^a Andreu.- Zaragoza, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2004.

Agudeza y Arte de ingenio. Edición facsímil de la ed. Huesca, Juan Nogués, 1648, con estudio preliminar de Aurora Egido.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2007

7. EL CRITICON

El Criticón. Primera parte. En la Primavera de la Niñez y en el Estío de la juventud, autor García de Marlonés y dedicado al valeroso cavallero don Pablo de Parada, de la Orden de Christo, General de artilleria y Governador de Tortosa. Con licencia.- Zaragoza, Juan Nogués, 1651.

– *El Criticón. Segunda parte. Juiciosa cortesana filosofía, en el Otoño de la Varonil Edad*. Por Lorenzo Gracián. Dedicado al Serenísimo señor don Juan de Austria. Con licencia.- Huesca, Juan Nogués, 1653. A costa de Francisco Lamberto, mercader de libros. Véndese en la Carrera de San Jerónimo.

– *El Criticón. Primera parte. En la Primavera de la Niñez, y en el Estío de la juventud*, autor Lorenzo Gracián. Con todas las licencias necesarias.- Lisboa, en la officina de Henrique Valente de Oliveira, 1656.

– *El Criticón. Tercera parte. En el Invierno de la Vejez*. Por Lorenzo Gracián, y lo dedica al doctor don Lorenzo Francés de Urritigoyti, Dean de la Santa Iglesia de Sigüenza. Con privilegio.- Madrid, por Pablo del Val, 1657, a costa de Francisco Lamberto, véndese en su casa, en la Carrera de San Jerónimo. Madrid, Pablo del Val, 1657.

– *El Criticón. Segunda parte. Juiciosa cortesana filosofía, en el Otoño de la Varonil Edad*. Por Lorenzo Gracián. Con todas las licencias necesarias.- Lisboa, en la officina de Henrique Valente de Oliveira, 1657.

– *El Criticón. Primera parte. En la Primavera de la Niñez, y en el Estío de la Juventud*. Autor Lorenzo Gracián, dedicado al valeroso cavallero don Pablo de Parada, de la Orden de Christo, General de artilleria y Governador de Tortosa. Con licencia.- Madrid, Pablo del Val, 1658, véndese en casa de la viuda de Francisco Lamberto en la Carrera de San Jerónimo.

-El Criticón. Tercera parte. En el Invierno de la Vejez. Por Lorenzo Gracián. Con licencia.- Lisboa, en la Officina de Henrique Valente de Oliveira, 1661, impresor del Rey.

El Criticón. Tercera parte. En el Invierno de la Vejez. Por Lorenzo Gracián, y lo dedica al doctor don Lorenço Francés de Urritigoyti, Deán de la Santa Iglesia de Sigüenza. Con licencia.- Barcelona, Antonio Lacavallería, 1664. Véndese en la misma imprenta.

-Tres partes de El Criticón. Primera parte, en la primavera de la Niñez y en el Estío de la Juventud. Segunda parte, Juiciosa cortesana filosofía, en el otoño de la Varonil Edad. Tercera parte, en el invierno de la Vejez. Su autor Lorenço Gracián y las dedica, la primera: al valeroso cavallero don Pablo de Parada, de la Orden de Christro, General de artillería y Gobernador de Tortosa. La segunda, al Serenísimo señor don Juan José de Austria. La tercera, al doctor don Lorenço Francés de Urritigoyti, Deán de la santa Iglesia de Sigüenza. Con licencia.- Barcelona, Antonio Lacavallería, 1664. Véndese en la misma imprenta.

- Tres partes de El Criticón. Primera parte, en la primavera de la Niñez y en el Estío de la Juventud. Segunda parte. Juiciosa Cortesana filosofía, en el otoño de la Varonil Edad. Tercera parte. En el invierno de la Vejez. Su autor Lorenço Gracián y las dedica, la primera: al valeroso cavallero don Pablo de Parada, de la Orden de Christro, General de artillería y Gobernador de Tortosa. La segunda, al Serenísimo señor don Juan José de Austria. La tercera, al doctor don Lorenço Francés de Urritigoyti, Deán de la santa Iglesia de Sigüenza. Con licencia.- Barcelona, Antonio Lacavallería, 1682.

El Criticón. Edición transcrita y revisada por Julio Cejador, con prólogo, I-II.- Madrid, Biblioteca Renacimiento, 1913-1914.

El Criticón. Prólogo de Rafael Seco, I-II.- Madrid, Ciap, 1929.

El Criticón. Edición transcrita, revisada y anotada por Félix F. Corso, I-II.- Buenos Aires, Perlado, 1938. Biblioteca Clásica Universal.

El Criticón. Edición crítica y comentada por M. Romera-Navarro. Filadelfia-Londres, Oxford University Press, I, 1938, II, 1939, III, 1940.

El Criticón. Edición al cuidado del P. Ismael Quílez, S.I.- Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1943.

El Criticón.- Barcelona, editorial Fama, 1950.

El Criticón. Introducción, edición y notas de E. Correa Calderón, I-III.- Madrid, Clásicos castellanos, 1970.

El Criticón, edición, introducción y notas de Evaristo Correa Calderón.- Madrid, Espasa Calpe, 1971.

El Criticón, edición de Santos Alonso.- Madrid, Cátedra, 1980, 11ª ed. 2009.

El Criticón, edición de Antonio Prieto.- Barcelona, Planeta, 1985.

El Criticón, edición, bibliografía y notas de Elena Cantarino e introducción de Emilio Hidalgo Serna.- Madrid, Espasa-Calpe, 1998.

El Criticón, edición e introducción de Carlos Vaíllo, prólogo de José Manuel Blecua.- Barcelona, Círculo de Lectores, 2000.

El Criticón, edición facsímil de Primera Parte, en Zaragoza, Juan Nogués, 1651; Segunda Parte, en Huesca, Juan Nogués, 1653 y Tercera Parte, en Madrid, Pablo del Val, 1657. Prólogo de Aurora Egido.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001.

B.- TRADUCCIONES

1. EL HÉROE

Le Héros François ou l'Idée du grand capitaine. Par le Sieur de Ceriziers, Aumosnier de Monseigneur le duc d'Orleans.- A Paris, Chez la Veuve Iean Camusat, et Pierre le Petit, rue Saint Iacques, A la Toyson d'Or. M. DC. XLV. Se trata de un plagio de *El Héroe*.

Traducción del Héroe Francés, o la Idea del Gran Capitán. Dedicada el Conde de Armagnac, Primogénito del Serenísimo Conde de Harcourt,

virrey y Capitán General del Principado de Cataluña y sus condados de Rossillon y Cerdeña. Por el Abad de San Cugat, Predicador y Cronista de su Majestad. Compúsola en francés el señor de Ceriziers, Limosnero de su Alteza Real el Serenísimo Duque de Orleáns. Y la dedicó a los Tres Estamentos de Cataluña.- Barcelona, 1646.

L'Heros, de Lavrens Gracián, gentilhomme aragonois. Traduit nouvellement en français. Par le sieur Geruaise, Médecin Ordinaire du Roy, estably dans la ville & chasteau de Perpignan.- A Paris, Chez la veufue Pierre Chevalier, rue S. Iacques, à l'Image S. Pierre. M.DC.XLV. Otra edición: Amsterdam, 1695.

The Heroe, of Lorenzo Gracián, or the way to eminence and perfection. A piece of serious Spanish With originally in that language written, and in English translated by Sir J. Skeffington Kt. and Barronet.- London, 1652. Lleva un prólogo de Izaak Walton.

L'Héroë. Transportato dalla Lingua Castellana nella Toscana. Carl'Amator Tornesi, Italiano, Nouva impresione.- Gena, Giovanni Moliner, 1695.

L'Eroe. Portato dalla lingua spagnuola all'italiana da F. I. Civatier.- Venezia, Alvise Pavin, 1706

Le Héros traduit de l'Espagnol de Baltazar Gracien, avec des Remarques. Dédié à Monseigneur le Duc de Bourbon, Traduit par Joseph de Courbeville.- A Paris, Chez Noel Pissot, MDCCXXV. Otras ediciones: Amsterdam, 1729 y Rotterdam, 1729.

The Hero, from the Spanish of Balthazar Gracián with remarks moral, political and historical of learned Father J. de Courbeville, translated by a gentleman of Oxford.- London, 1726. Otra edición: Dublin, Risk, 1726.

L'Eroe, ovvero la scuola per giungere all'eroismo, opera di Lorenzo Graziani, tradota dalla lengua castigliana...da Agostino Paradisi.-Modena per Antonio Capponi, 1719. Otra edición: Génova, 1695.

Iroy, s kriticheskimi, istoricheskimi i nravouchitel'nymi primechaniami g. Kurbevilla. [El Héroe, con las notas críticas, históricas y moralizadoras del Sr. Courbeville.] Trad. al ruso de autor anónimo.- Moscú, 1792.

Le Héros de Baltasar Gracián, trad. de Víctor Bouillier. En *Bulletin Hispanique*, Burdeos, 1933, XXXV, 392-427.

Le Héros. Trad. al francés por E. Milner.- París, 1938.

2. EL POLÍTICO DON FERNANDO EL CATÓLICO

L'Homme d'Etat, traduit par Vivien.- Nançy, Garnich, 1621.
[cit. por Palau, nº 106878]

Réflexions politiques de Balthasar Gracián sur les plus grands princes, et particulièrement sur Ferdinand le Catholique. Ouvrage traduit de l'espagnol avec des notes historiques et critiques par M.D.S, trad. de Etienne de Silhouette.- París, Chez Barthélemy Alix, 1730.
Otras ediciones: París, 1730, 2ª ed, y Amsterdam, 1731.

Le Politique Don Ferdinand le Catholique, trad. de Joseph de Courbeville.- París, chez Rollin fils, MDCCXXXII.
Otras ediciones: Rotterdam, 1732.

El Político. Trad. al alemán por Daniel Casper von Lohenstein, 1672

D. Staatz-Klohka Ferdinandus Catholicise aff Spanien &c. aff Loren Gracians Spanska text verterat, trad. al sueco de Sparvenfeld, [siglo XVII]. Vid. Clavería, Carlos, "Nota sobre Gracián en Suecia", en *Hispanic Review*, 1951, XIX, p. 341 y ss.

Il Político Don Fernando il Catolico di Lorenzo Graciano, tradotto dallo spagnuolo nell'italiano idioma dal conte Giovanni Pietro Marchi, nobile di Spalato.- Venezia, Alvise Pavino, 1703.

3. EL DISCRETO

L'Homme Universel, traduit de l'Espagnol de Baltasar Gracián, par Joseph de Courbeville.- A París, chez Noel Pissot, 1723.
Otras ediciones: La Haya, 1724 y Rotterdam, 1729.

L'Uomo universale o sia il carattere dell'uomo perfetto di Baldassare Graziano, tradotto dalla Lingua Espagnuola nella Francese, e dalla Francese nell'Italiana [trad.de autor anónimo. Venézia, 1679.
Otra edición: Venézia, Angelo Geremia, 1725.

Il savio político corteggiano... dal P.F. Domenico de la Crux dell'Ordine de Predicatori.- Viena d'Austria, Heyinger, 1704.

Il savio político di Baldassar Graciano, trad. de Juan Bta. Decimo.- Napoli, Persile, 1709.

De Volmaakte Wysheit of de man in alles Bedreven, en het Voorbeeld eener Algemeene Wetenschap, trad. de J. Gentil. - Graavenhaage, Den Haag, Alberts, 1724.

– *The Complett Gentleman, or a description of the several qualifications, both natural and adquired, that are necessary to form a great man.* Written originally in Spanish and now translated into English, by T. Saldkeld. - London, 1726.

Otras ediciones: London, Osborne, 1730; Dublin, 1760, 1776.

Der Vollkomene Mensch, trad. de Jacques Brucker.- Augsburg, 1729.

Człowiek Uniwersalny, trad. anónima al polaco.-Wilno, 1762.

Bouillier, Víctor: *Traduction de six chapitres du Discreto*, en *Bulletin Hispanique*, 1926, XXVIII, 359-374.

– Bouillier, Víctor: *Traduction des six premiers chapitres du Discreto*, en *Bulletin Hispanique*, 1928, XXX, 27-46.

– Bouillier, Víctor: *Traduction de neuf chapitres du Discreto*, en *Bulletin Hispanique*, 1929, XXXI, 102-130.

– Bouillier, Víctor: *Traduction des chapitres IX, XIII, XIX et XXV du Discreto*, en *Bulletin Hispanique*, 1931, XXXIII, 5-21.

4. ORÁCULO MANUAL

a) Traducciones francesas

– *L'Homme de Cour*, traduit de l'Espagnol de Baltasar Gracián, par le sieur Amelot de la Houssaie. Avec des Notes.- A Paris, chez la Veuve Martin & Jean Boudot, rue de Saint Jacques, au Soleil d'or MDCLXXXIV.

Otras ediciones: La Haya, Troyel, 1684; Paris, Veuve Martin et Jean Baudot, 1685; La Haya, Troyel, 1685; Paris, Veuve Martin, 1686; Paris,

Veuve Martin, 1687; Paris, Veuve Martin, 1688; Lyon, Barbier, 1690; Paris, 1691; Lyon, Barbier, 1691; La Haya, Troyel, 1692; Lyon, Barbier, 1693; Paris, Couterot, 1693; Paris, Veuve Martin, 1696; Lyon, Barbier, 1696; La Haya, Troyel, 1696; La Haya, 1701; Paris, Beugnié, 1702; La Haya, 1707; Paris, Beugnié, 1711; Paris, Veuve Martin, 1715; Ambers, 1715; Rotterdam, Hofhout, 1716; Rotterdam, Hofhout, 1728; Paris, 1732; Paris, 1738; Paris, Paulus du Menil, 1748; Paris, Dessant, 1765; Paris, Collin, 1808; Paris, Grasset, 1924; introduction par André Rouveyre; Paris, Pichon, 1924, préface par Henri Focillon.

L'Oracle portatif, en Pages caractéristiques [de Gracián], trad. de Víctor Bouillier.- Paris, 1925.

L'Art de plaire a la Cour. Nouvelle edition établie par M. Magendie. Avant propos de R. Philipon.- Madrid, 1932.
[cit. por Palau, nº 106923].

b) Traducciones alemanas

L'Homme de cour, oder Balthasar Gracians Vollkommener Staats- und Weltweise, trad. de Adam Gottfried Kromayer.- Leipzig, 1686.

L'Homme de Cour, oder der heutige politische Welt- und Staats-Weise, fürgestellt von Balthasar Gracian, Hispaniern, und wegen seiner hohen Würde in unsere hochteutsche Sprache überstztet, anitzo aus dem Original, vermehret und zum Andernmahl herausgegeben, von Joh. Leonhard Sauter. - Francfurt-Leipzig, 1687.

Homme de Cour oder Kluger Hof- und Welt- Mann nach Mr. Amelot de la Houssaie seiner französischen Version, in's Deutsche übersetzt von Selintes [C. Weissbach]. Nebst Herrn C. Thomasii judicio vom Gracian.- Augsburg, 1710.

Otras ediciones: Augsburg, 1715; Augsburg, 1791.

Orakel oder Kunstregeln der Klugheit mit Anmerkungen, überstzt von August Friedrich Müller. - Leipzig, 1715-1717.

Otras ediciones: Leipzig, 1733; Leipzig, Sommer, 1738.

Uomo di corte, oder Kluger Hof- und Weltmann, trad. de Christoph Heinrich Freiesleben.- Altenburg, 1723.

Balthasar Gracians Kluger Welt- und Staatsmann, übers. von Jacques Brucker.- Augsburg, 1729.

Die Kunst zu leben. Vortreffliche Regeln eines alten Weltmannnes fürs menschliche Leben, übers. von K. H. Heydenreich.- Leipzig, Weygand, 1786.

Der Mann von Welt, übers. von K. H. Heydenreich. - Leipzig, 1803.
Otras ediciones: Leipzig, 1804; Leipzig, 1820.

Das schwarze Buch, oder Lehren der Lebensweisheit Gracians [autor anónimo].-Leipzig, 1820.
Otras ediciones: Leipzig, 1826.

Männerschule von B. Gracian, übers von Fr. Kölle. - Stuttgart, Metzler, 1838.

Hand-Orakel und Kunst der Weltklugheit, übers von Arthur Schopenhauer.- Leipzig, Brockhaus, 1861.
Otras ediciones: Leipzig, Brockhaus, 1862; Leipzig, 1871, 1877, 1889, 1890, 1895. Berlin, Euphorion Verlag, 1923; Leipzig, 1931; Wiesbaden, 1946. Wien-Berlin, Paul Neff, s. a. [1953]; Stuttgart, 1973.

– *Gracians Handorakel*. Einleitung von Karl Vossler.- Leipzig, 1935.
Otras ediciones: Stuttgart, 1948.

c) Traducciones italianas

Oracolo manuale e Arte di prudenza, cavata dagl'Aforismi, che si discorrono nell'Opera di Lorenzo Gratiano. [Autor anónimo: ¿Francesco Ricciardo?].- Venezia, 1669.

Otras ediciones: Parma, Mario Vigna, 1670; Venezia, Giacomo Herz, 1679; Milano, Ramellati, 1685; Parma, Rossetti, 1695; Venezia, 1708 y 1718; Napoli, 1740 y 1761; Venezia, 1790. Esta misma edición con el título *Il Libro del Corteggiano*.- Venezia, 1771.

L'Uomo di Corte o sia l'Arte di Prudenza di Baldassar Graziano, tradotto dallo Spagnuolo nel Francese Idioma e comentato dal Signor A. de la H. Nouvelemente, tradotto dal Francesse nell'Italiano e comentato dall'Abate Francesco Tosques, I-II.-Roma, Luca Antonio Chracas, 1698.

Otras ediciones: Venezia, 1702; Venezia, Giovan Gabriel Hertz, 1703, 1708, 1718, 1726, 1730; Venezia, Hertz, 1734 y 1740; Napoli, Ricciardo, 1740; Napoli, Flauto, 1761.

Oracolo manuale, traduzione e commento de E. Mele.- Bari, Laterza, 1927.

–*Oracolo manuale*, versione di Gherardo Marone.- Lanciano, Carabba, 1930.

d) Traducciones inglesas

The Courtier's Oracle, or the Art of Prudence [Autor anónimo].- London, Swalle, 1685; London, 1694.

The Art of Prudence; or a Companion for a Man of Sense, made English...and illustrated with the Sieur Amelot de la Houssaine's notes, by Mr. [John J.] Savage.- London, 1702.

Otras ediciones: London, 1705; London, 1714.

The Art of Worldly Wisdom, translated from the Spanish by Joseph Jacobs. - London-New York, 1892.

Otras ediciones: London, 1904, 1913, 1930; New York, 1943, 1944, 1945, 1946 y 1950.

A Truthtelling Manual and the Art of Wordly Wisdom, transl. by Martin Henry Fischer.- Springfield, Thomas, 1934.

Otras ediciones: Baltimore, 1942, 1945, 1946 y 1957.

The Art of Worldly Wisdom, transl. by Otto Eisenschiml.- New York, 1947.

The Oracle. A Manual of the Art of Discretion. The Spanish text and a new English translation, with critical introduction and notes by B. Walton. - London, Dent and Sons, 1953.

e) Traducciones holandesas

De Konst der Wijsheit Getrocken uyt de Spaensche schriften van Gracián, door Mattheus Smallegange.- Gravenhage – Den Haag, Pieter van Thol, 1696. Otras ediciones: 1700; Den Haag, J. van Ellinkhuysen, 1701; Den Haag, 1707.

De volmaake wysheit of man in alles bedreven, uit het Spaansch d. J. Gentil.- Amsterdam, Lakeman, 1724.

Handorakel en kunst om wijs te leven, uit Gracians werken getrokken, door Vincenzo Juan de Lastanosa. Uit het Spaansch in het Nederlansch overgebracht door A. A. Fokker.- Amsterdam, 1907.

f) Traducciones al húngaro

Gracián Baldizsár, *Bölts és figyelmetes udvari ember*. Spanyolból ford Faludi Ferentz, I-II. - Ponsoy, 1770-1771.

Gracián Baldizsár, *Bölts és figyelmetes udvari ember*. Irta spalyol nyelven. Ford. németbül F.F. Első, második, harmadik század, I-II.- Nagy-Szombat, 1772.

Faludi Ferentz: *Bölts ember vagyis az erkölts és böltéségre vezérlő rövid oktatások*.- Ponsoy, 1787.

Udvari Káté. Trad. de P. Faludi Ferentz, en verso.- Győrött, 1790.

Gracián Baldizsár: *Udvari ember*. Fordi totta Faludi Ferentz. Ujra kiadta Ponori-Thewrewk József.- Ponsoy, 1837.

g) Traducciones al polaco

Gracyan doskonality dworskiego Człowjeka przez 300 maxym. Trad. del Conde Sierakowski.- Kraków, 1802.

Brewiarz Dyplomatyczny. Trad. de Bohdan Gajewiez.- Paris, 1949.

h) Traducciones al ruso y rumano

Pridvornoy chelovek; perevedeno s guishpanskogo yazika na frančuzsky Amelotom de la Gussey s ego primechaniyami; a s frančuzskogo na rossiyski Sergueem Volchkovym. [El Cortesano; traducido del español al francés por Amelot de la Houssaie con sus notas; y del francés al ruso por Sergio Volchkov].- San Petersburgo, 1739 y 1760.

Aforisme (Oraculul manual al intelepciunii in viata) En romaneste dupa traducere germana faculta de Schopenhauer de Sandi Constantinescu.- Bucuresti, ed. Bucovina, 1944.

i) Versiones latinas

Andrae Wiberni...versione Latina Operis Graciani, Hispanica Lingua scripti, de *Homine Aulico*. Trad. Andreas Wibjörnson. [Ms. en la Bibl. de Linköping, Suecia, B 134:1, Wilberniana Msc. autogr.].- 1692.

Aulicus, sive de prudentia civili et maxime aulica liber singularis olim hispanice conscriptus, postea et Gallice, Italice, Germanice editus, nunc ex Ameloti versione Latine redditus. Franc. Glarianus Meldenus, Constantiensis, recensuit latine vertit, et notis illustravit. Accesit Joh. Gottl. Heineccii J. C. praefatio.- Frankfurt, 1731.

Otras ediciones: Wien, Gerold, 1750; Frankfurt, 1750.

Hominis Aulici notum Graciani *Oraculum prudentiae*, depromptum in sententiarum politicarum centurias III, Latinorum lingua loquens per interpretem P.A. Ulrich.- Frankfurt, 1734.

Balthasaris Graciani Hispani Calicos sive de Prudentia civili et maxime aulica. Liber Singularis Auditoribus Distributus, Dum in Alma ac Archi-Episcopali Academia Budensi. Positiones Philosophicas. Publicé tueretur, Praenobilis, ac Eruditus Dominus Emericus Zbisko de Kis-Kolacsin, Praeside R. P. Josepho Pinter; e soc. Jesu, AA. LL. & Philosophiae Doctore, ejusdemque Professore emerito.- Cassoviae, Typis Academ. Soc. Jesu, Anno MDCCLII.

Otras ediciones: Claudiopoli [Koložsvár, Hungría], Typis Academicis Soc. Jesu, Anno 1752; Tyrnaviae, 1769.

5. EL CRITICÓN

The Critick. Written originally in Spanish; by Lorenzo Gracián. One of the Best Wits of Spain, and translated into English by Paul Rychaut.- London, 1681.

El Criticón overo Regole della vita Politica Morale di Don Lorenzo Gracián. Tradotto dallo Spagnuolo in Italiano da Gio. Pietro Cattaneo. Divisa in tre Parti, la Prima, la Primavera della Fanciullèzza. La Seconda

L'Estate della Gioventù. La terza l'Inverno della Vecchiezza.- Venezia, 1679.

Otras ediciones: Venezia, Nicoló Pezzana, 1685; Venezia, 1698 y 1709; Venezia, Pezzana, 1720 y 1730; Venezia, 1745.

L'Homme détrompé, ou le Criticón de Baltazar Gracián. Traduit de l'Espagnol en François. [Trad. de la Primera Parte por Maunory].- A París. Chez Jacques Collombat, rue S. Jacques, près la Fontaine saint Severin au Pelican. MDCXCVI. Otras ediciones: Bruxelles, 1696 [cit. por Palau, nº 106974].- Bruxelles, Serstevens, 1697; Colonia, 1707. [cit. por Palau, nº 106975].- Den Haag, J. van Duren, 1705-1717, I-II [cit. por Palau, nº 106974]. Continúa la trad. de Maunory.

L'Homme détrompé. Trad. de l'Espagnol par Mr. le Duc de Villahermosa. Paris, s.a.; [cit. por Palau, nº 106978].

Menéndez Pelayo en carta a Morel-Fatio (22-agosto-1890) le da noticia de un manuscrito en el que se contiene una traducción incompleta de *El Criticón* al francés, hecha por el Duque de Villahermosa; véase Enrique Sánchez Reyes, "Epistolario de Morel-Fatio y Menéndez Pelayo", en *BBMP*, 1952, XXVIII, pág. 326.

De Mensch Buyten Bedroch, of den Nauwkeurigen Oordeelder, van Balthazar Gracián. Transl. by M. Smallegangue.- Gravenhage – Den Haag, Jacobus A. van Ellinkhuysen, 1701.

Continúa la traducción de Manoury y fue editada por Van Ellinkhuysen en: Den Haag, 1709, I-II-III; Den Haag, 1723; Genève, 1725; Den Haag, 1734.

Der Entdeckte Selbstbetrug oder Balthasar Gracians Criticon über die Allgemeinen Laster des Menschens, welche dem selben in der Jugend, in dem männlichen und hohen Alter ankleben; welche aus der Frantzösischen Sprache, in die Teutsche übersetzt worden ist, und nunmehr zum andermahl herausgegeben wird, von M. Caspar Gottschling.- Frankfurt, 1708.

Otras ediciones: Leipzig, 1710; Leipzig, 1721, I-II-III.

Gracián, Baltasar. Criticón oder über die Allgemeinen Laster der Menschen. Erstmals ins Deutsche übertragen von Hanns Studniczka. Mit

einem Essay Zum Verständnis des Werkes und einer Bibliographie von Hugo Friedrich.- Hamburg, Rowohlt, 1957.

C.- EDICIONES CONJUNTAS DE VARIAS OBRAS

Agudeza y arte de ingenio, Oráculo manual.- Amberes, Verdussen, 1702.

El Discreto, Oráculo manual y El Héroe. Edición de Adolfo de Castro.- Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, LXV, 1873.

El Héroe, El Discreto. Con un estudio de Arturo Farinelli.- Madrid, Biblioteca de Filosofía y Sociología, 1900.

Oráculo manual, El Político.- Madrid, Biblioteca de Filosofía y Sociología, 1900. Otras ediciones: Madrid, 1909.

El Héroe, El Discreto, Oráculo manual. Edición y prólogo de Alfonso Reyes.- Madrid, Calleja, 1918.

El Oráculo manual, El Héroe, El Discreto. Edición de Eduardo Ovejero y Maury.- Madrid, Biblioteca de Filósofos Españoles, 1930;

El Héroe y El Discreto.- Madrid, Razón y Fe, 1932.

El Héroe y El Discreto.- Madrid, Austral, 1932.

El Político Don Fernando, seguido de las *Meditaciones varias para antes y después de la Sagrada Comunión* y de las *Selvas del Año*.- Madrid, Biblioteca de Filósofos Españoles, 1934; Contiene dos estudios de Eduardo Ovejero y Maury, como prólogo “Baltasar Gracián y su influencia europea”, y epílogo “Resumen de su vida y juicio de su obra”.

El Político Don Fernando, Meditaciones para antes y después de la Sagrada Comunión y las Selvas del Año. Edición de M. Romera-Navarro.- Filadelfia, 1938-1940.

El Discreto, Oráculo manual.- Buenos Aires, 1938.

El Héroe, El Discreto, Oráculo manual.- Buenos Aires, 1939.

Tratados políticos: El Héroe, El Discreto, El Político y Oráculo manual. Ed. de Gabriel Juliá Andreu.- Barcelona, Miracle, 1941.

Oráculo manual, El Héroe.- Buenos Aires, 1943.

El Héroe, El Discreto, Oráculo manual.- Buenos Aires, 1943.

El Héroe, El Discreto, Oráculo manual y Arte de prudencia, El Criticón. Edición de Luys Santa Marina.- Barcelona, Vergara, 1971.

El Discreto, El Criticón, El Héroe. Edición de Isabel C. Tarán.- México, Porrúa, 1977.

El Héroe, El Discreto, Oráculo manual y Arte de prudencia. Edición de Luys Santa Marina e introducción de Raquel Asún.- Barcelona, Planeta, 1984. (reeditado en 2001).

El Héroe, El Político, El Discreto, Oráculo manual y Arte de prudencia. Edición de Arturo del Hoyo.- Barcelona, Plaza y Janés, 1986.

El Héroe, Oráculo manual y Arte de prudencia. Edición de Antonio Bernat Vistarini y Abraham Madroñal.- Madrid, Castalia, 2003.

El Héroe, El Político, El Discreto, Oráculo manual y Arte de prudencia. Edición de Arturo del Hoyo.- Barcelona, Plaza y Janés, 1986.

D.- EDICIONES DE OBRAS COMPLETAS

Obras de Lorenzo Gracián.- Madrid, Imp. Real [1663].

Obras de Lorenzo Gracián.- Madrid, Pablo del Val, 1664.

Obras de Lorenzo Gracián.- Barcelona, J. Suriá y Antonio Lacavallería, 1667.

Obras de Lorenzo Gracián.- Barcelona, Antonio Lacavallería, 1669.

Obras de Lorenzo Gracián.- Amberes, Verdussen, 1669.

Obras de Lorenzo Gracián.- Madrid, Imp.real de la Santa cruzada, 1674. Contiene esta edición, se cree que por primera vez, *Las Selvas del año*, atribuidas a Gracián.

Obras de Lorenzo Gracián.- Madrid, Imprenta real, s. a. [cit. por Palau nº 106839].

Obras de Lorenzo Gracián.- Barcelona, Antonio Lacavallería, 1683. En la portada se especifica que figuran en esta edición *Las Selvas del Año*, añadidas en esta impresión.

Obras de Lorenzo Gracián, t.I., Barcelona, Juan Jolis, 1700; t. II, Barcelona, Jayme Suriá, 1700. Incluye al final del segundo volumen el poema *Las Selvas del Año*, que no vuelve a figurar en ediciones posteriores.

Obras de Lorenzo Gracián.- Barcelona, Jaime Suriá, s. a.

Obras de Lorenzo Gracián.- Amberes, Juan Bautista Verdussen, 1700.

Obras de Lorenzo Gracián.- Amberes, Henrico y Cornelio, Verdussen, 1702.

Obras de Lorenzo Gracián.- Madrid, González de Reyes, 1720.

Obras de Lorenzo Gracián.- Amberes, Juan Bautista, Verdussen, 1725. [Reproduce la ed. de Amberes, 1702.]

Obras de Lorenzo Gracián, I-II.- Sevilla, a costa de D. Juan Leonardo, 1732.

Obras de Lorenzo Gracián, I-II.- Barcelona, Giralt, 1734.

Obras de Lorenzo Gracián.- Amberes, J. B. Verdussen, 1733.

Obras de Lorenzo Gracián.- Barcelona, Pedro Escuder y Pablo Nadal, 1748.

Obras de Lorenzo Gracián.- Barcelona, María Ángela Martí y Galí, 1757.

Obras de Lorenzo Gracián.- Madrid, Marín, 1773.

Obras de Lorenzo Gracián. - Barcelona, 1784.

Baltasar Gracián, *Obras Completas*. Edición de Evaristo Correa Calderón.-Madrid, Aguilar, 1944.

Baltasar Gracián, *Obras Completas*, Estudio preliminar, edición, bibliografía y notas de Arturo del Hoyo.- Madrid, Aguilar, 1960; reimpr.1967.

Baltasar Gracián, *Obras Completas*. Estudio preliminar, edición de Miguel Batllori y Ceferino Peralta.- Madrid, Atlas, 1969.

Baltasar Gracián, *Obras Completas*. Edición de Luis Sánchez Laílla. Fundación Biblioteca de Literatura Universal, 2001. Introducción, bibliografía y cronología por Aurora Egido.- Madrid, Espasa Calpe, 2001.

Baltasar Gracián, *Obras Completas*. Introducción de Emilio Blanco, ed. Biblioteca Castro, t. I-II.- Madrid, Turner, 1993.

Baltasar Gracián, *Obras Completas*. Introducción y notas de Santos Alonso.- Madrid, Cátedra, 2011

II

Obras que supuesta o probablemente utilizó Gracián para componer sus libros

Esta amplia relación de las obras y de los manuscritos que supuestamente, o con mayor o menor grado de probabilidad, utilizó Baltasar Gracián para componer sus libros, es meramente indicativa y no puede ser completa ni mucho menos pretende ser exhaustiva. Pero sí es lo suficientemente amplia para darse cuenta del gran arsenal de libros impresos y de manuscritos que consultó y extractó para reunir toda la enorme cantidad de material bibliográfico de que se sirvió para conseguir sus objetivos. Al recopilarla he puesto mucha mayor atención, como es obvio, en consignar aquellas obras que tienen una relación más o menos directa con nuestro tema de estudio. Se excluyen además por principio las obras antiguas y de autores clásicos tanto griegos como latinos, salvo contadas excepciones, como son las de Plutarco, Plinio el Joven, Juvenal y Marcial, por la significación que tienen en la obra graciana. Para ello puede consultarse el documentado artículo de Miguel Romera-Navarro publicado en *Hispanic Review*, 2 (1934)103-133. La relación comienza propiamente con algunas obras de la época medieval tardía y del Renacimiento y el Humanismo para centrarse sobre todo en las publicadas en el siglo XVI y primera mitad del siglo XVII, más o menos contemporáneos del escritor belmontino.

Para la confección de esta larga lista era preciso conocer los fondos bibliográficos que existían en la famosa biblioteca de su mecenas, don Vincencio Juan de Lastanosa, y también de los Colegios de la Compañía en los que Gracián enseñó o simplemente residió, principalmente el de Huesca, el de Zaragoza, el de Gandía, el de Tarragona y, por supuesto, el del Colegio Imperial de Madrid. De la primera de estas bibliotecas, hoy desaparecida, tenemos la fortuna de contar con una edición del catálogo manuscrito confeccionado de su puño y letra por el propio Lastanosa, manuscrito que fue a parar a la Biblioteca Real de Estocolmo (Suecia) donde se conserva con la signatura Køn. Bibl., Sp. 10-u 379, procedente de la Biblioteca particular del sabio hombre de letras y gran hispanista sueco J. G. Sparfwenfeldt (1655-1727). El manuscrito fue recientemente editado por el también hispanista y bibliófilo Kart Ludwig Selig, con el título *The Library of Vincencio Juan de Lastanosa, Patron of Gracian* (Genève, E. Droz, 1960), sin modificar el original, por lo que sólo los entendidos pueden utilizarlo como fuente bibliográfica. Y es que las referencias de cada unos de los 983 títulos mencionados, a los que hay que añadir otras cuatro listas adicionales, que en total suman aproximadamente otras 200 referencias, no se ajustan a la técnica usual de citas bibliográficas de su tiempo y mucho menos a la hoy vigente. Por todo lo cual se puede concluir que, sin dejar de ser un catálogo, más bien parece un inventario de libros y otros documentos, para uso personal de su propietario y para garantizar la integridad de su rica biblioteca. Además de este valiosísimo inventario de la biblioteca de Lastanosa es preciso tener en cuenta la descripción que en su tiempo hizo Juan Francisco Andrés de Uztarroz de

la biblioteca del canónigo de Toulouse Francisco Filhol con el título *Diseño de la insigne i copiosa bibliotheca de Francisco Filhol* (Huesca, Larumbe, 1644). Filhol tenía una gran amistad con Lastanosa y, en base a ella, se prestaban mutuamente libros impresos y manuscritos, que por ese medio podían llegar fácilmente a manos de Gracián, ávido como pocos de poder explotarlos para su provecho. Y por último habría que disponer del catálogo o al menos de una relación fiable de las obras y manuscritos existentes en el Colegio de la Compañía en Huesca y de los demás Colegios donde el escritor belmontino moró y enseñó. Pero de ello apenas queda rastro, aunque de algunos tenemos noticias fidedignas, como es el caso del Colegio de Huesca, del que contamos con la valiosa información que ofrece José Enrique Laplana en su artículo “Noticias y documentos relativos a la Biblioteca del Colegio de la Compañía de Jesús en Huesca”, publicado en la revista *Voz y Letras*, 9 (1998) 123-140, quien además hace referencia a la existencia de un catálogo manuscrito datado en 1649, con la signatura núm. 128. Asimismo sobre la Biblioteca del Colegio Imperial de Madrid contamos con los datos que aporta el experto conocedor de bibliotecas José Simón Díaz en su *Historia del Colegio Imperial de Madrid*, I-II, 2ª ed. actualizada (Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1992). Con respecto a los demás Colegios no queda otra alternativa que acudir a la suposición de que determinados libros tenían por fuerza que estar en sus respectivas bibliotecas, de acuerdo con las estrictas normas de la *Ratio Studiorum*. Por lo demás la mejor fuente para saber de qué autores y de qué obras se sirvió Baltasar Gracián para planear y escribir sus propios libros son justamente estos libros, en cuyas páginas se detectan vínculos

suficientemente claros, y por tanto innegables, con determinados autores y con algunas de sus obras.

- ACCETTO, Torquato: *Della disimulazione onesta*.- Napoli, 1641.
- ÁLAMOS de BARRIENTOS, Baltasar: *Tácito Español, ilustrado con aforismos*.- Madrid, 1613.
- ALBERTI, Leo Baptista: *Momus*.- Romae ex aedibus Iacobi Maz, 1520; trad. española de Agustín de Almazan: *El Momo. La moral y muy graciosa historia del Momo: compuesta en latín por el docto varon Leon Baptista Alberti*.- Madrid, Juan de Medina, 1598.
- ALCIATI [Alciato], Giovanni Andrea: *Emblematum Liber*.- Ausburg, 1531; trad.española de Santiago Sebastián, 2 ed. revisada por Pilar Pedraza.- Madrid, Akal, 1993.
- ALEMÁN, Mateo: *El pícaro*.- 2ª Parte.- Valencia 1605.
- Guzmán de Alfarache I* [primera parte del *Guzmán de Alfarache*]; 3ª ed., Madrid, Cátedra, 1994.
- Guzmán de Alfarache II* [segunda parte del *Guzmán de Alfarache*].- Madrid, Cátedra, 1984.
- Guzmán de Alfarache*, edición de Rosa Navarro Durán, Biblioteca Castro, t.I.- Madrid, Turner, 2004.
- ALVIA DE CASTRO, Fernando: *Verdadera razón de estado*.- Lisboa, 1616.
- ANGERMUNT, Jacob Bruck: *Emblemata Politica*. - Coloniae, 1618.
- ARANDA, Juan de: *Lugares comunes de conceptos, dichos y sentencias*.- Sevilla, Juan de León, 1595.
- ARIAS MONTANO, Benito: *Aforismos sacados de Cornelio Tácito*.- Barcelona, 1614.
- ARIOSTO, Ludovico: *Orlando Furioso*.- Venecia, 1587.
- Negromante*.- Venecia, 1562.
- BAENA, Juan Alfonso: *Cancionero de Baena* (1499)
- BARCLAY, John: *Euphormionis Satyricon* (Paris-Londres, 1603-1611). *Argenis*.- Paris, 1612; traducida al español por José Pellicer de Salas (1626).
- BARREDA, Francisco de [Plinio el Joven]: *El mejor principe Traiano Augusto. Su Filosofía Política, Moral y Económica; deducida y traduzida del Panegirico de Plinio, ilustrado con márgenes y discursos*.- Madrid, Viuda de Cosme Delgado, 1622.

- BECCADELLI, Antonio [el Panormita]: *De dictis et factis Alphonsi regis Aragonum*.- Napoli, 1455; trad. por Juan de Molina.-Burgos, 1530; también ed. Zaragoza, Agustín Millán, 1552.
- BLAZQUEZ MAYORALGO, Juan: *Perfecta razón de estado*.- Méjico, 1646.
- BOCCACCIO, Giovanni: *Decameron* (1349-1351); ed. V. Branca. Torino, 1980.
Libro llamado Cayda de Príncipes.- Medina del Campo, Adrian Ghemart, 1552.
Tutte le Opere. ed. V. Branca. Milano, 1964.
- BOCCALINI, Traiano: *DeRagguagli di parnaso*. In Venezia, appresso Giovanni Guerigli, 1614.
Avisos del parnaso, traducidos de lengua toscana en española por Fernando Pérez de Sousa.- 2ª ed.- Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1653.
- BODIN, Jean: *Les six livres de la République* (1576).
- BOSCAN, Juan: *El cortesano* (Salamanca, 1540)
Obras de Boscan y algunas de Garcilaso de la Vega (Barcelona, 1543).
- BOTERO, Giovanni: *De regia sapientia* (1582), trad. al español por orden de Felipe II, realizada por Antonio de Herrera, cronista real. *Delle cause della grandezza e magnificenza delle città*. Venézia, 1588.
Della ragione di Stato.- Venézia, 1589, appresso i Gioliti; trad. al español en 1593.
Los Diez libros de la Razón de Estado, trad., de Antonio de Herrera. Madrid, Luis Sánchez, 1593.
Relazioni universali.- Venézia, 1591-1596; trad. al español, publicada en Gerona en 1603.
Detti memorabili di personaggi illustri.- Venézia, appresso Antonio Torino, 1610.
- BRANCALASSO, Gulio Antonio: *Labirinto di Corte*.- Napoli, 1609.
- CALDERON DE LA BARCA, Pedro: *El gran teatro del mundo* (1641), en *Obras Completas*, ed. Biblioteca de Castro, t.II.- Madrid, Turner, 1997.
- CARVALLO, Luis Alfonso de: *Cisne de Apolo* (1602)
- CASCALES, Francisco. *Tablas poéticas* (Murcia, 1617)

- CASTIGLIONE, Baldassare: *Il libro del Cortegiano* (1528); ed. V. Cian, 4ª ed. Firenze, 1947
El Cortesano, trad. de Juan Boscán.- Barcelona, Pedro Mon Pezat, 1534.
- CASTILLA, Francisco de: *Prácticas de las virtudes de los buenos Reyes d'España en coplas de arte mayor*.- Alcalá, Juan de Robles, 1654.
- CASTILLEJO, Cristóbal de: *Diálogo de mujeres* (1544).
Diálogos entre la verdad y la lisonja.
Diálogos entre la memoria y el olvido.
Obras Completas.- Madrid, 1573; edición moderna de Rogelio Reyes Cano, ed. Biblioteca de Castro.- Madrid, Turner, 1999.
- CASTILLO DE BOBADILLA, Jerónimo: *Política para Corregidores y señores de vassallo*.- Barcelona, 1624.
- CEBALLOS SAAVEDRA, Carlos: *Ideas del púlpito y teatro de varios predicadores de España. En diferentes sermones panegíricos, de ocasión, fúnebres y morales*.-
Barcelona, en casa de Sebastián y Jayme Matevad, 1638.
- CEPEDA Y AHUMADA, Teresa (Sta.): *Las Moradas* (1561-1564).
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, primera parte*.- Madrid, ed. princeps, por Juan de la Cuesta, 1605,
Segunda parte, ed. princeps.- Madrid, Juan de la Cuesta, 1615.
Los trabajos de Persiles y Segismunda.- Madrid, a costa de Juan de Villarroel, 1617;
Obras Completas, ed. Biblioteca Castro, t. I-IV.- Madrid, Turner, 1993.
Don Quixote de la Mancha. Ilustrado por Antonio Mingote.
Edición y notas de Martín Riquer, ed. IV centenario, t. I-X.-
Barcelona, Planeta, 2005.
- CÉSPEDES, Valentín [seudónimo Pedro del Peso]: *Obrar es durar*.
Obra de teatro representada en 1640 con motivo del centenario de la fundación del Colegio Imperial de Madrid y de la Compañía de Jesús.
Las glorias del mejor siglo, comedia dialogada estrenada con motivo del centenario de la fundación del Colegio Imperial de Madrid y de la Compañía de Jesús.
- CLEMENTE, Claudio: *Machiavelus inculatus*.- Madrid, 1636.
El Machiavelismo degollado por la Christiana sabiduría de España y Austria.- Alcalá, 1637.

- Tablas Chronológicas: y breve compendio de las historias más notables de España Políticas y Eclesiásticas, desde su fundación, hasta el año 1645.*- Madrid, Carlos Sánchez, 1645.
- COLODRERO VILLALOBOS, Miguel: *Gobierno del ingenio.*- Zaragoza, Pedro Lanaja, 1642.
- COMMINES, Phillipe de: *Anotaciones para mejor inteligencia de estas historias*, trad. de Juan Vitrián.- Amberes, 1643.
- CONTINENTE, Jerónimo: *Predicación Fructuosa.*- Zaragoza, Diego Dormer, 1652.
- CORREAS, Gonzalo: *El Enkiridion de Epiktete, i la Tabla de Kebes, Filósofo Estoicos, traducidos del Griego al Castellano.*- Salamanca, 1620
- COSTA, Juan: *De conscribenda rerum historia libri duo.*- Zaragoza, Laurentino Robles, 1591.
- COVARRUBIAS OROZCO, Sebastián: *Emblemas morales.*- Madrid, 1610.
- Thesoro de la Lengua Castellana.*- Madrid, Luis Sánchez, 1611.
- CUSA, Nicolás de: *De docta ignorantia* (1440).
- CHAVES, Jerónimo de: *Chronographia o Repertorio de Tiempos.*- Sevilla, Esteban Mercader, 1588.
- DANTE, Alighieri: *Divina Commedia* (1307-1321).
- Le Opere di Dante*, ed. nazionale della società dantesca italiana.- Milano, 1965-1969.
- DELLA CASA, Giovanni: *Il Galateo*; fue trad. por Lucas Gracián Dantisco para escribir su libro *El Galateo Español* (Madrid, 1582).
- DESCARTES, René: *Discurso del método.*- Leiden, 1637.
- DIAZ RENGIFO, Juan: *Arte poética española.*- Salamanca, Miguel Serrano Vargas, 1592.
- DIÓGENES LAERCIO: *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres.* s.l., s.a.; ed. posterior en Madrid, Imprenta Real, 1792.
- DONI, A. Francesco: *Mondi celesti, terrestri et infernali degli Academici pellegrini.*- Venèzia, 1567.
- El Discreto o la filosofía moral.*- In Venèzia, Apresso Giovanni Battista Battoni, 1606.
- ENRÍQUEZ GÓMEZ, Antonio: *Academias morales de las Musas.*- Valencia, 1647.
- ENRIQUEZ DE VILLEGAS, Diego: *Aforismo militares.* (Manuscrito en folio, 1639).
- El Príncipe en la idea.*- Madrid, 1656.

- ERASMUS ROTTERDAMUS, Desiderius: *Adagios*.- Paris, 1500.
- *Enchiridion militis christiani (Manual del caballero cristiano)*.- Amberes, 1503.
 - *Encomium moriae (Elogio de la locura)*.- Paris, 1511.
 - *Institutio principis christianis*.- Amberes, 1516.
 - *Apophthegmata*, Lugduni, apud Seb. Gryphum, 1548.
 - *Colloquia familiaria*.- Basilea, 1638.
- ESCOBAR: *Las cuatrocientas respuestas a otras tantas preguntas*.- Valladolid, Francisco Fernández de Córdoba, 1545-1552.
- ESPINOSA, Pedro de: *Primera parte de las Flores de poetas ilustres de España*.-Valladolid, 1605; reprod. facsímil, Madrid, Real Academia Española, 1991.
- FARET, Nicolás: *L'honnête homme ou l'art de plaire à la Cour* (1630).
- FERNÁNDEZ DE OTERO, Jerónimo: *El Maestro del príncipe*.- Madrid, Viuda de Juan González, 1633.
- FERNÁNDEZ DE RIBERA, Rodrigo: *El Mesón del mundo* (1631); ed. moderna de Víctor Infantes de Miguel.- Madrid, Legasa, 1979.
- FOX MORCILLO, Sebastián: *De imitatione* (Amberes, 1554).
De Historiae Institutione Dialogus.- Paris, 1557.
De Regni, Regisque institutuione.- Amberes, 1556.
- FRAY LUIS DE GRANADA: *Introducción al Símbolo de la Fe* (1583).- Barcelona, Sebastián Comellas, 1603.
- FREGOSO, Antonio: *Doi filosofi* (Milan 1506), trad. del italiano a nuestra lengua por Alonso de Lobera, con el título *Rissa y plancto de Demócrito y Heraclio*.-Valladolid, 1554.
- FRIDERIC, Andrew: *Emblemas*.- Frankfurt, 1617.
- FUERTES DE BIOTA, Antonio: *Alma o aforismos de Cornelio Tácito* (Amberes, 1651)
- GARCILASO DE LA VEGA: *Sus obras* comentadas por Fernando de Herrera (Sevilla, 1580).
- GARZZONI, Tomasso: *La Piazza Universale di tutte le professioni del mondo* (1590); trad. y adaptación por Cristóbal Suárez de Figueroa con el título "Plaza universal de todas las ciencias y las artes" *en la que reduce algunas partes de la original escrita en toscano y amplia otras para mejor adaptarla a su tiempo y país*.- Madrid, 1615.
- GASCA Y ESPINOSA, Gabriel de la: *Manual de avisos al perfecto cortesano*.- Madrid, Roque Rico de Miranda, 1631.
- GESNER, Conrad: *Allegoriae in Homero fábulas de diis* (1542).

- GIL, Vicente: *Auto das Barcas* (1516-1519).
- GIOVIO, Paolo: *Diálogo de las empresas militares*.- Lyon, 1562.
Elogios y vidas de los caballeros ilustres.- Granada, 1568.
La vida y crónica de Gonzalo Hernández de Córdoba, llamado de sobrenombre El Gran Capitán.- Çaragoça, 1553.
- GÓMEZ ARIAS DE MYESSES: *Avisos morales, urbanos y políticos*.- Madrid, 1658.
- GOMEZ TEJADA, Cosme: *El Filósofo. Ocupación de nobles y discretos contra la ociosidad cortesana*.- Madrid, Domingo García y Morrás, 1650.
- GÓNGORA, Luis de: *Soledades* (1612-1613).
Obras Completas, Biblioteca Castro, t. I-II.- Madrid, Turner, 2000.
- GONZALO CORREAS, Iñigo: *El Enkiridion de Epiktete, i la Tabla de Kebes, Filósofos Estoicos*, traducidos del griego en castellano por el Maestro Gonzalo Correas.- Salamanca, 1620.
- GRACIÁN DANTISCO, Lucas: *El Galateo Español*.- Madrid, 1582.
Galateo español, Barcelona, Sebastián de Cormellas al Call, 1616.
Galateo español, ed., estudio preliminar, edición, notas y glosario por Margherita Morreale.- Madrid, CSIC., 1968.
- GUARINI, Giovan Battista: *Il Pastor Fido. Tragicomedia pastorale del molto Ilustre Sig. Cavalieri Battista Guarini*.- In Venézia, Giovanni Battista Ciotti, 1606.
- GUEVARA, Antonio de: *Libro Áureo del Emperador Marco Aurelio* (Sevilla, 1529); ed., Biblioteca Castro, t.I.- Madrid, Turner, 1994.
Relox de Príncipes (Sevilla, 1546); ed., Biblioteca Castro, t. II.- Madrid, Turner, 1994.
Menosprecio de corte y alabanza de aldea (Valladolid, 1539).
Arte de marear (Valladolid, 1539)
Una década de Césares, es a saber: las vidas de diez emperadores romanos que imperaron en los tiempos del buen Marco Aurelio (Valladolid, 1539); ed. Biblioteca Castro, t. III, - Madrid, Turner, 2004.
- GUICCIARDINI, Ludovico: *L'hore di ricreatione*.- Venézia, C. Zanetti, 1573.
- GURREA, Diego de: *Arte de enseñar hijos de príncipes y señores*.- Lérida, M. Anglada y P. Canals, 1627.
- HAECHTANUS, L.: *Parvus Mundus*.- Antuerpiae, 1579.

- HOROZCO Y COVARRUBIAS, Juan de: *Doctrina de Príncipes*, s.l. (1605).
Emblemas Morales.- Segovia, Juan de la Cuesta, 1589.
- HUARTE DE SAN JUAN: *Examen de ingenios para las ciencias*.- Baeza, Juan Bautista de Montoya, 1575.
Examen de Ingenios, ed. de Guillermo Serés.- Madrid, Cátedra, 1989
- HURTADO DE MENDOZA, Diego: *Epístola a Boscán*.1553.
La Guerra de Granada (1627).
Diálogo entre Caronte y el alma de Pedro Luis Farnesio.- Roma, 1547
- IGNACIO DE LOYOLA (San): Ejercicio espirituales (1535) -autógrafo original en español; versión latina por el propio autor (1547), y texto sancionado por el Papa Pablo III, Roma, 1548.
- JÁRAVA, Juan de: *Tabla de Cebes, en la que se incluyen Apotegmas, dichos graciosos de Erasmo*, trad. al castellano por Juan de Járaba.- Amberes, 1549.
- JUAN MANUEL, Infante don: *El Conde Lucanor o Libro de los enxiemplos del Conde Lucanor et de Patronio* (1328-1334); por Gonçalo Argote de Molina.- Madrid, 1642; 5ª ed. bilingüe, intr. y notas de José Manuel Blecua.- Madrid, Castalia, 1991.
Obras Completas, ed. Biblioteca Castro.- Madrid, Turner, 2007.
- JUNIUS, H.: *Emblemata*.- Antuerpiae, 1565.
- JUVENAL, Decio Junio: *Sátiras*, ed. bilingüe, trad., estudio introductorio y notas de Bartolomé Segura Ramos.- Madrid, CSIC., 1996.
- LAINEZ, José: *El Privado Christiano, deducido de las vidas de Joseph y Daniel que fueron valanzas de los validos en el fiel contraste del pueblo de Dios que escribia al Excmo. Sr.Don Gaspar de Guzman. Conde Duque de San Lucar la Mayor, primer Ministro de don Phelippe Quarto el Grande, Rey Católico de las España y Emperador de America*.-Madrid, Imprenta del Reyno, 1641.
El Daniel Cortesano.- Madrid, 1644.
- LASTANOSA, Vincencio Juan: *Museo de las medallas desconocidas españolas* (1645); reprod. facsímil de la edición de Huesca de 1645.- Valencia, 1985.
- LEDESMA, Alonso de: *Las quiinquagenas de preguntas y respuestas*., s.l., s.a.

- Conceptos espirituales y morales*, tres partes (1600-1612); ed. de Enrique Juliá Martínez.- Madrid, 1969; ed. de Francisco Almagro.- Madrid, Editora Nacional, 1978.
- LIPSIUS, Justus: *De Constancia* (Amberes, 1584), trad. al castellano por Juan Bautista de Mesa.- Sevilla, Matias Clavijo, 1616.
Politiorum sive Civilis Doctrinae libri sex. Quid ad Principatum maxime Spectant.-Lugduni, apud Fratres de Babiano, 1592.
Los seys libros de los politicos o doctrina civil, que sirven para el gobierno del Reyno o Principado. Prólogo de Bernardino de Mendoza.- Madrid, Imprenta Real, 1604.
- LOPE DE VEGA, Antonio: *El perfecto señor, sueño político*.- Madrid, Luys Sánchez, 1626.
Diálogos morales sobre tres materias: Nobleza, Riqueza y las Letras.- Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1641.
- LOPE DE VEGA, Félix: *El Peregrino en su patria*.- Sevilla, 1604.
Arte nuevo de hacer comedias.- Madrid, 1609.
Obras Completas, ed. Biblioteca Castro, prosa t.I.- Madrid, Turner, 1997.
- LOPEZ DE MENDOZA, Iñigo, Marqués de Santillana: *Doctrinal de Privados*, 1452.
Diálogo de Blas contra fortuna, 1448; ed. Sevilla, 1502; edición facsímil de A.M. Huntington.-New York, 1902.
El infierno de los enamorados, 1456.
Refranes que dicen las viejas tras el fuego [circuló en copias manuscritas]; ed.moderna de Urban Cronen [Fouché Delbosst], en *Review Hispanic*, (Filadelfia) 25 (1911) 114-219.
Proverbios de gloriosa doctrina e fructuosa enseñanza (1437); ed. de A. Pérez Gómez.-Valencia, 1965.-
Obras de don Iñigo López de Mendoza, ed. J. Amador de los Ríos.- Madrid, 1852.
- LOPEZ PINCIANO, Alonso: *Philosophia anticua poética* (Madrid, 1596); ed, moderna por Biblioteca Castro, Madrid, Turner, 1998.
- LOPEZ DE VEGA, Antonio: *Paradoxas racionales. En forma de diálogo entre un filósofo y un cortesano* (1654); ed., introducción y notas de Máximo Higuera.- Madrid, Trifaldi, 2005.
- LUCIANO DE SAMOSATA: *Diálogo de los muertos; El Cínico; Nigrino o las costumbres de un filósofo; Historia verdadera de Alejandro o el falso profeta; Como debe de escribirse la historia*. s.l., s.a.

- LLULL, Ramón: *Blanquerna* (1273); ed. en Valencia, 1521.
Llibre appel lat Felix de les maravelles del mon (1278/89).
Llibre del gentil e dels tres savis (1274/1276).
Obres de Ramon Llull, ed. M. Obrador y otros.- Palma de Mallorca, 1906-1950.
- MACHIAVELLI, N.: *Il Principe* (1612); ed. de Juan Manuel Forte Monge, t.I.- Madrid, Gredos 2011.
Opere, ed. M. Bonfatini.- Milano-Napoli, 1954.
- MALVEZZI, Virgilio: *Il Romulo* (Bologna, Clemente Ferroni, 1629), trad. por Francisco Quevedo.- Pamplona, Carlos de Labayen, 1632.
Tarquino il Superbo (Bologna, Clemente Ferroni, 1634), trad. por Álvaro de Toledo.
Il Ritrato del Privato Politico Christiano (Bologna, Giacomo Monti, 1635), trad. Francisco de Balboa y Paz.
David Perseguido (Bologna, Giacomo Monti, 1634), trad. por un clérigo regular.- Madrid, Imprenta Real, 1635.
Obras del Marques de Malvezzi: David perseguido, Rómulo y Tarquino, trad. por Francisco Quevedo.- Lisboa, Paulo Craesbeeck, 1648.
- MANUTIUS, Paulus: *Aponthegmatum ex optimis utriusque linguae scriptoribus*.- Venetiis Apud Joannes Combun, 1620.
- MARCIAL, Marco Valerio: *Epigramas*. Introducción, trad. y notas de Juan Fernández Valverde y Antonio Ramírez de Verger.- Madrid, Gredos, 1997.
- MARIANA, Juan de: *De rege et regis institutione*.-Toletti, 1599.
Historiae de rebus Hispaniae libri XXX. Toletti, 1592; traducción al español y reelaboración por el propio autor, t. I.- Toledo, 1601.
Discurso de los grandes defectos que hay en la forma de gobierno de los jesuitas.- Toledo, 1601.
- MARQUEZ, Juan: *El Governador christiano*.- Salamanca, 1612.
- MARTÍNEZ DE CUÉLLAR, Juan: *Desengaño del hombre en el tribunal de la fortuna, y Casa de descontentos* (1663); ed. revisada y prologada por Luis Astrana Marín.- Madrid, Compañía Ibero Americana de Publicaciones. 1928.
- MÁRTIR RIZO, Juan Pablo: *Norte de Príncipes y vida de Rómulo* (1626); ed. de José Antonio Maravall, Madrid, 1945.
- MATHEU Y SANZ, Lorenzo: *Crítica de reflexión y censura de las*

- censuras. (Fantasía apologética y moral).*- Valencia, 1658. (Con el pseudónimo Dr. Sancho Terzón y Muela.)
- MENA, Juan de: *Laberinto de la Fortuna o Las Trescientas*, manuscrito de 1453; impresas en Sevilla, 1517 y en Alcalá, 1566; ed. Biblioteca Castro.- Madrid Turner, 1994.
Obras de Juan de Mena declaradas de Sánchez Brocense.- Salamanca, 1582.
- MENDO, Andrés: *Príncipe perfecto y ministros ajustados.*- Salamanca, 1657.
- MENDOZA, Enrique de: *El Privado Christiano*. Madrid, 1626.
- MEROLA, Hierónimo: *República original sacada del cuerpo humano* (1595 y 1637).
- MEXIA, Pedro: *Silva de varia lección.*- Valladolid, Villaquirán, 1550-1.
- MOLES, Fadrique: *Amistades de Príncipes.*- Madrid, 1637.
- MONTAIGNE, Michel – Eyquem: *Essais*, t. I-III.-Paris, 1595.
Oeuvres Complètes, ed. A. Thibaudet - M. Rat. - Paris, 1962.
- MONTAÑA DE MONTSERRAT, Bernardino: *Libro de la anatomía del hombre.*- Valladolid, Sebastián Martínez, 1551.
- NIEREMBERG, Juan Eusebio: *Obras y días. Manual de señores y príncipes.*- Madrid, 1629.
Curiosa filosofía y cuestiones naturales.- Madrid, Imprenta del reino, 1630.
Oculta filosofía de la simpatía y antipatía de las cosas.- Madrid, 1633.
De arte voluntatis libri sex.- Lugduni, Jacobi Cardon, 1631.
De la diferencia entre lo temporal y lo eterno, y Crisol de desengaños (1640).- Lisboa, Pablo Creaesbeck, 1653.
Theopoliticus, sive brevis illucidatio et rationale divinatorum operum, atque providentia humanorum.- Antuerpiae, ex officina plantiniana Balthasaris moreti, 1641.
Obras cristianas, espirituales y filosóficas, I-III.- Madrid, 1651.
- NUÑEZ, Pedro Juan: *Institutionum Rhetoricarum, libri V* (Barcinone, 1578) [anónimo]: *Oracoli de moderni ingegni si d'huomini como di donne, ne quali, unitá si vede tutta la philosophia morale, che fra molti Scrittori sparsa si leggeva.*- In Venetia, appresso Gabriel Giolito di Ferrarii e Fratelli, 1550.
- OROZCO, Juan: *Emblemas morales.*- Zaragoza, 1604.
- ORTIZ LUCIO, Francisco: *Tratado único del Príncipe.*- Madrid, 1601.
- OWEN, Joannis: *Epigrammatum.*- Deiae, 1613.

- PADILLA, Luisa [Condesa de Aranda]: *Idea de Nobles*.- Zaragoza, 1644.
- PALMIRENO, Juan Lorenzo: *El estudioso de la aldea*.- Valencia, Joan Mey, 1571.
- PARAVICINO, Fray Hortensio Félix de: *Obras póstumas, divinas y humanas*.- Madrid, Carlos Sánchez, 1641.
- PELLEGRINI, Matteo: *Delle acutezze* (1639)
- PELLICER DE SALAS Y TOVAR, José: *Argenis*, traducción de la Primera Parte.- Madrid, Luis Sánchez, 1626.
Argenis continuado, traducción de la Segunda Parte.- Madrid, Luis Sánchez, 1627.
Vida de Góngora (1629).
Lecciones solemnes a las obras de don Luis de Góngora.- Madrid, Imprenta del Reino, 1630.
El Fénix y su historia natural.- Madrid, 1630.
- PÉREZ DE MOYA, Juan: *Filosofía secreta*.- Madrid, Francisco Sánchez, 1585.
- PETRARCA, Francesco: *Canzoniere* (1341); *I Trionfi* (1371); ed. moderna, Torino, 1980 y 1988.
De vita solitaria (1346).
Epistolae familiares (1355).
De otio religioso (1357).
De remediis utriusque fortunae (1366).
Opere latine, t. I-II.- Torino, 1975.
- PICINELLO, Philippe: *Mundus Symbolicus in Emblematicum Universitate*.- Coloniae Agrippinae, 1681.
- PIÑA, Juan de: *Epítome de la Primera Parte de las Fábulas de la Antigüedad*.- Madrid, Imprenta del Reyno, 1635.
- PLINIO EL JOVEN, Cayo Cecilio Secundo: *Panegirico de Trajano*.- Venecia 1485.
Epistolas.- Venecia, 1519.
- PLUTARCO: *Apophthegmata*, trad. de Francisco Fidelfo, en 1470, que incluye los *Apophthegmata Lakonia*. (Biblioteca Nacional de Madrid, sign.I-810)
Vidas paralelas.- Roma, Ulrich Han, 1470; trad. de Diego Gracián.- Alcalá de Henares, 1548.
Apotegmas; trad. de Diego Gracián.-Alcalá de Henares, 1533.
Morales.- Alcalá de Henares, 1548.

- Obras morales y de costumbres (Moralia)*, t. II.- Introducción, traducción y notas de Concepción Morales Otal y José García López.- Madrid, Gredos, 1986.
- Obras morales y de costumbres (Moralia)* t. III.- Introducción y notas de Mercedes López Salvá.- Madrid, Gredos, 1987.
- POLO DE MEDINA, Jacinto: *A Lelio. Gobierno moral* (1657); ed. moderna, Murcia, Real Academia de Alfonso X el Sabio, 2004.
- POSSEVINO, Antonio: *Biblioteca selecta de ratione studiorum*, I-II.- Coloniae, 1607.
- PRUDENCIO, Aurelio Clemente: *Psychomachia*.- Zaragoza, Luis Diez de Aux, 1619.
- PULGAR, Hernando del: *Crónica de los señores Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel* (1490); ed. de Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1946.
- PUTEANUS, Erycius.: *Epistolarum fercula secunda*.- Hanoviae, Wechelianis, 1603.
- De laconismo sintagma*.- Lovaniae, Gerar Rivii, 1609.
- Thyrsi Philotesii, sive Amor Laconissans. Stili et Sermoni Acutei*.- Lovaniae, Gerar Rivii, 1609.
- Pietatis Thaumata*.- Antwerpiae, 1617.
- Musarum ferculum carmina eius selecta*.- Lovanii, Henrici Hastenii, 1622.
- Ad fecundiam prudentiamque civiles brevis directio*, s. l., s. a. (Biblioteca Nacional)
- QUEVEDO, Francisco de: *Historia del Buscón llamado don Pablos* (1626).
- Política de Dios, gobierno de Cristo y tiranía de Satanás* (1626).
- Los Sueños* (1627); especialmente *el Mundo por dentro*, escrito en 1612, y *el Sueño de la Muerte*.
- La cuna y la sepultura* (1635).
- Providencian de Dios* (1641).
- La Fortuna con sexo y la hora de todos. Fantasía moral*.- Zaragoza, Herederos de Pedro Lanaja, 1650.
- Virtud militante contra las cuatro pestes del mundo: envidia, ingratitud, soberbia y avaricia, con las cuatro fantasmas, desprecio de la muerte, vida, pobreza y enfermedad*.- Zaragoza, Herederos de Pedro Lanaja, 1651.
- Obras completas*, prosa, ed. Biblioteca Castro, t.I.- Madrid, Turner, 2012.

- RAMÓN, Tomás: *Flores nuevas cogidas del vergel de las divinas y humanas letras, y de los santos padres*.- Barcelona Juan Simón, 1612.
Conceptos extravagantes y peregrinos: sacados de las divinas y humanas letras.- Barcelona, Gabriel Graells, 1619.
- RAMUS, Petrus: *Dialectici comentarii libri tres* (1555).
Ratio atque Institutio Studiorum Societatis Iesu. Romae, 1599; ed. moderna en *Monumenta Paedagogia Societatis Iesu*, 5 (Romae, 1986) 335-454.
- Traslado de una relación, que escribió un cavallero desta corte acerca de las fiestas que el Imperial Colegio de la Compañía de Jesús de Madrid hizo este año de 1640 al fin del primer siglo de su fundación*, s.l., s.a. y *Relación de las solemnes fiestas que la casa Professa de la Compañía de Jesús hizo en la imperial Villa y Corte de Madrid al año centesimo y primer siglo de su fundación este año de 1640*, s.l., s.a., Biblioteca Nacional, sign. Ca.=107-36.
- Relación de las grandes fiestas que desde el sábado veintitrés de septiembre, hasta el martes tres de octubre se hizieron en la corte en la Consagración y dedicación del maravilloso templo del Colegio Imperial de la Compañía de Jesús*.- Madrid, Pablo del Val, 1651.
- REMÓN, Alonso: *La casa de la razón y el desengaño* (1625).
- REYES, Matías de los: *El Curial del Parnaso*.- Madrid, Viuda de Cosme Delgado, 1624.
- RIBADENEYRA, Pedro de: *Tratado de la religión y de las virtudes que debe de tener el Príncipe cristiano para gobernar y conservar sus estados. Contra lo que Nicolás Machiavelo y los políticos deste tiempo enseñan*.- Madrid, 1595.
- RIPA, César: *Nova Iconología*.- Padova, Pietro Paolo Tozzí, 1618.
- ROMANUS, Aegidius: *De Regimine Principum* (1285).
De Ecclesiastica Potestate (1302).
- ROJAS, Fernando de: *La Celestina o Tragicomedia de Calixto y Melibea*, 1570, ed. Biblioteca Castro.- Madrid, Turner, 2006.
 [Anónimo] *Vida del Lazarillo de Tormes y de sus futuras adversidades*, en Anvers [Amberes], en casa de Martín Nucio, 1554, con privilegio imperial.
- RUFO, Juan: *Los seiscientos apotegmas*.- Toledo, 1596.
- RUIZ, Juan, Arcipreste de Hita: *El Libro del Buen Amor*, 1343.

- SAAVEDRA FAJARDO, Diego: *Idea de un Príncipe político-cristiano, representada en cien empresas* (1640); ed. de V. García de Diego, t. I-IV.- Madrid, 1958.
República literaria (1655), ed. de John Dowling.- Madrid, Anaya, 1967.
- SALAS BARBADILLO, Jerónimo de: *La Estafeta de dios Momo*.- Madrid, Viuda de Luis Sánchez, 1627.
- SALAZAR MARDONES, Cristóbal de: *Ilustración y defensa de la Fábula de Píramo y Tisbe compuesta por don Louis de Góngora y Argote*.- Madrid, Imprenta Real, 1636.
- SALINAS Y LIZANA, Manuel de: *La Casta Susana. Paráfrasis poética de su sagrada historia*.- Huesca, Francisco Larumbe, 1651.
- SAN JOSÉ, Jerónimo de: *El Genio de la Historia* (1651).
- SÁNCHEZ DE MELO, Luis: *Invectiva contra cinco vicios: soberbia, invidia, ambición, murmuración y ira. Elogio a las virtudes que se le oponen. Discursos morales*.- Málaga, Juan Serrano de Vargas y Urueña, 1641.
- SANTAMARIA, Juan: *Tratado de la república*, Madrid, 1615.
- SARBIEWSKI, M. C.: *De acuto et arguto* (1627)
- SARMIENTO, Rafael: *Promptuarium Conceptuum ad formandas conciones totius anni, tam de tempore, quam de sanctis, & integrae quadragessimae, ex D. Bernardo, Doctore melifluo selectum*.- Matriti apud Michaelis Serrain de Vargas, 1604.
- SÉNECA, Lucio Anneo: *Proverbios*; traducidos por Pedro Díaz de Toledo.- Medina, 1555.
- SICULO, Lucio Marineo: *Pandit Aragoniae veterum primordia regum*.- Zaragoza, Jorge Coci, 1509; trad. española con el título *Cronica de los Reyes de Aragón, traducida del latin en castellano por Joan de Molina*.- Valencia 1524.
Sumario de la serenissima vida y heroycos hechos de los catholicos reyes don Fernando y doña Isabel.- Valladolid, Sebastián Martínez, 1553.
- SOBRARIAS, Juan: *Panegyricum carmen de gestis Heroicis Divi Ferdinandi catholici: Aragonum*.- Zaragoza, Jorge Coci, 1511
- SOTO, Hernando de: *Emblemas moralizadas* (Madrid, 1599).
- SUÁREZ DE FIGUEROA, Cristóbal: *El pasajero* (1617).
- TAFUR, Pero: *Andanzas e viajes de Tafur por diversas partes del mundo avidos* [en los años 1436-1439]. [Circuló en copias manuscritas]; ed. de M. Jiménez de Espada.- Madrid, 1874.

- TAMARA, Francisco: *Libro de Apotegmas: que son dichos graciosos y notables de muchos reyes et príncipes illustres et de algunos filósophos insignes*.- Zaragoza, Esteban de Negeo, 1552.
- TESAURO, Emmanuele: *Il Cannochiale Aristotélico* (1655); nueva ed. Venézia, 1688.
- TEXTOR, Ravisius: *Officina sive Theatrum Historicum et poeticum*.- Basileae, Ludovici Regis, 1626.
- TORRE, Alfonso de la: *Danza de la muerte o Visión delectable de la filosofía* (Burgos, 1485).
- TORRES, Luis de: *Veinticuatro discursos sobre los pecados de la lengua*.- Burgos, 1590.
Philosophia moral de príncipes.- Burgos, Philipe de Junta y Juan Bautista Varesio, 1596.
- [Traslado de una] *Relación que escribió un cavallero desta corte acerca de las fiestas que el Imperial Colegio de la Compañía de Iesus de Madrid hizo este año de 1640 al fin del primer siglo de su fundación*, s. l. s. a.
- UZZARROZ, Juan Francisco Andrés de: *Monumento a los santos mártires Justo y Pastor en la ciudad de Huesca*.- Huesca, Juan Nogués, 1644.-
Diseño de la insigne y copiosa biblioteca de Francisco Filhol.- Huesca, Juan Francico Larumbre, 1644.
Aganipe de los cisnes aragoneses en el clarín de la fama.- (manuscrito del 24 de Mayo de 1652, custodiado en la Biblioteca Nacional con la signatura núm. 3660)
- VALDÉS, Alfonso de: *Diálogo de Mercurio y Carón*. s.l., s.a.; ed. Biblioteca Castro.- Madrid, Turner, 1996.
- VALERA, Diego de: *Ceremonial de Príncipes* (1462).
Doctrinal de Príncipes (1475).
Memorial de diversas hazañas (1474-1488).
Crónica de los Reyes Católicos (1474-1488).
Crónica abreviada (1482).
Providencia contra fortuna.- Sevilla, 1502.
- VALERIANO, Piero: *Hieroglyphica*.- Basilea, 1556.
- VALERIO MÁXIMO, Publio: *Factorum et dictorum, memorabilium*.- Amsterodami, 1632.
- VALLA, Lorenzo: *Historiarum Fernandi Regis Aragoniae Libri Treis*.- Parisi is, Simon Colineaus, 1521.
- VILLALON, Cristóbal de: *El Crotalón* (1552).

- VITORIA, Baltasar de: *Teatro de los dioses de la gentilidad*, (1620-1623).
- VIVES, Juan Luis: *De causis corruptarum artium* (1531).
Introductio ad sapientiam (1532)
De ratione dicendi (1533)
De anima et vita (1538)
Opera omnia, I-II, ed. N. Episcopus, Bruseles, 1555.
- ZURITA, Jerónimo de: *Anales de la corona de Aragón*, Vols. I-VI.-Zaragoza, 1562-1580.

CONCLUSIONES

El estudio de las obras de Baltasar Gracián Morales confirma su permanente afirmación de que la prudencia y la sagacidad son las virtudes primordiales que orientan y depuran la conducta humana hasta lograr hacer que el hombre sea persona. En las páginas que preceden se ha plasmado a lo largo de seis capítulos el amplio análisis realizado de toda la filosofía práctica graciana, junto con todo el abundante material tratado en orden a un cuidado y meticuloso estudio metódico. Ahora, en cumplimiento del imperativo normativo que exige consignar en conclusiones finales los resultados obtenidos, paso a resumir éstos en tres apartados correspondientes al estudio realizado. El primero de ellos se refiere a los tres primeros capítulos que trata de sus primeras obras *El Héroe*, *El Político* y *El Discreto*; el segundo corresponde al estudio y análisis de el *Arte de ingenio* o *Tratado de la agudeza*, de el *Oráculo manual* y *Arte de prudencia* y de la *Agudeza y arte de ingenio*; y el tercero a la obra cumbre de Gracián, *El Criticón*, de cuyo análisis se ocupan los capítulos quinto y sexto.

I

A modo de preámbulo conviene indicar que Baltasar Gracián es un hombre típico y representativo del Barroco español, en el que

confluyen la decadencia política y social de España y el despertar del ingenio y de la cultura generalizada, que quieren cambiar el modo y las formas de vida para ajustarlas y acomodarlas a la mentalidad de los nuevos tiempos en los que se ha asentado la creencia, casi absoluta, en la razón humana, de manera que el hombre, aplicando la lógica moderna y la capacidad de observación y análisis, seguido de la correspondiente reflexión y deducción, pretende descubrir los secretos y misterios que encierra la naturaleza, incluyendo el propio existir del hombre; es el móvil fundamental que impulsa a superar la inercia conceptual de la cultura medieval y premoderna, anclada en una visión teocéntrica del mundo y de la vida

Nuestro entrañable personaje era miembro de una familia acomodada, de la que hoy llamaríamos clase media, pero con inquietudes culturales, como lo demuestra el hecho de que su padre, el licenciado Francisco Gracián, era médico, y su tío paterno, Antonio Gracián, con quien Baltasar se crió, era sacerdote capellán de la iglesia de Toledo, beneficiado en la capilla de San Pedro de los Reyes; además, tratándose de que era el hijo varón primogénito, desde su niñez fue educado de modo especial para ser el digno sucesor y representante de la familia. Como quiera que ésta era cristiana practicante, desde su más tierna infancia su espíritu se formó en un ambiente de cierta religiosidad, que incluía la exigencia del cumplimiento personal del deber, a fin de forjar en su interior un espíritu fuerte con la que poder superar y vencer las dificultades y contrariedades que la vida humana presenta. Esta primera etapa en su educación se complementó posteriormente con la recibida en el Colegio de los jesuitas al que asistió, junto con la tutela de su tío en

Toledo, la cual continuó y ultimó posteriormente en los centros de formación que la Compañía de Jesús tenía para los aspirantes que deseaban incorporarse a ella.

Con esta sólida formación humana, Baltasar Gracián se enfrenta a la ingente tarea de contribuir a cambiar la sociedad de su tiempo, empleando su acervo cultural y aplicando la lógica de la razón, sin desdeñar con ello la vertiente trascendente de la fe religiosa y su práctica cotidiana, pero eso sí, haciendo hincapié en los valores humanos, tal como postula uno de los consejos ignacianos de “Hanse de procurar los medios humanos como si no hubiese divinos, y los divinos como si no hubiese humanos”³. Lema que él asume y toma como principio orientador de todas sus obras, a excepción de *El Comulgatorio*, que dedica a temática religiosa, en las que expone toda su filosofía práctica que basa en el uso de la razón, facultad que distingue al ser humano de los demás seres vivientes de la naturaleza, medio único para superar el ser hombre y alcanzar la superior categoría de persona, es decir, de hombre cultivado y dueño de sí, que se respeta a sí mismo, respeta a los demás, y a su vez y como consecuencia de lo anterior, consigue reputación y respeto.

En este primer bloque, que forman *El Héroe*, *El Político* y *El Discreto*, se observa que Baltasar Gracián trata de mostrar e inculcar las virtudes o cualidades que han de adornar a todo hombre que quiera marcar diferencias positivas que lo eleven a la cota de persona superior a las de su entorno, capaz de liderar grupos humanos; es decir, intenta diseñar el modelo de hombre perfecto y acabado para cada una de las

³ *Oráculo manual y Arte de prudencia*, máxima CCLI, p. 286.

principales facetas en que la vida se desarrolla, la de fomento y custodia de los valores que toda sociedad necesita, como héroe, en el sentido de personan virtuosa e íntegra; la de gobierno y administración pública, como político, en el sentido de aglutinar voluntades e intereses en aras del supremo bien común y general; y la profesional, mercantil o social, como promotora de iniciativas y creadora de fortuna y riqueza mediante la formación de hombres discretos, o sea, capaces, competentes y laboriosos.

La filosofía práctica que Baltasar Gracián despliega en estas tres obras tiene como piedra angular las virtudes o cualidades de la prudencia y de la sagacidad, que orientan las acciones del hombre para que sea feliz y logre un mejor vivir, siendo admirado, estimado y queridos por todos, al tiempo de servirle para acrecentar méritos personales que le permitan al final de su vida acceder a la inmortalidad, no sólo intramundana, sino también trascendente en el sentido cristiano. Así lo expresa de forma sintetizada en el aforismo que dice: “En una palabra santo, que es decirlo todo de una vez. Es la virtud cadena de todas las perfecciones, centro de las felicidades. Ella hace un sujeto prudente [...] sagaz [...] Tres eses hacen dichoso: santo, sano y sabio”⁴.

Empieza con *El Héroe* cuya finalidad es didáctica, pues trata de mejorar y perfeccionar al hombre concreto, para que éste, a modo de fermento, sea capaz de cambiar a mejor los modos y las conductas sociales. Pretende formar hombres selectos, que acepten como principios fundamentales la prudencia y la sagacidad, extensibles a otras virtudes o cualidades complementarias. En esta primera obra graciana la prudencia

⁴ Ibídem, máxima CCC, p. 303-304.

implica saber manejar los modos, las situaciones, los tiempos y los lugares en dónde y cómo el hombre singular se ha de proceder para salir airoso de los lances cotidianos del vivir. En tanto que la sagacidad implica estar atento a lo que se ve y aún mucho más, a lo que no se ve, es decir a lo que se intuye, bien porque la verdad se disimule o encubra, o bien por colegir de los hechos, silencios u omisiones, la gestación de determinadas o posibles actuaciones; en suma, saber interpretar con antelación y prontitud las pautas supremas del proceder humano.

Digamos también que en esta primera obra Gracián no inventa caminos nuevos, sino que exprime y ensancha los ya existentes, creando con habilidad e ingenio conceptos e ideas nuevas, que permitan hacer actuales las proclamas clásicas. Para ello bucea en el inmenso mar de obras y escritos antiguos y con gran perspicacia elige aquello que le agrada y conviene a sus fines, apoyándolo posteriormente en hechos y personajes históricos, de tal manera que sus ideas filosófico-prácticas las sustenta en acontecimientos reales, que les dan el respaldo y el aval que la razón impone por medio de la lógica y la experiencia, complementadas con sus respectivas motivaciones y circunstancias. El eje de la conducta humana lo sustenta Gracián en el amplio campo de gravitación existente entre la prudencia y la sagacidad como virtudes primordiales, las cuales se presentan bajo muy variados prismas y con un nutrido tipo de matices, según las circunstancias, pero siempre teniendo presente que “el juicio es el trono de la prudencia”, en tanto que “el ingenio es la esfera de la agudeza”. Por ello recomienda al héroe, entre otras muchas cosas, tenga caudal, que es tanto como decir gran capacidad; buen gusto, que equivale a saber elegir de entre lo bueno y útil, lo más atractivo y agradable;

eminencia es ser el mejor en su campo o actividad, el primero en cualquier faceta de la vida, aun cuando ésta sea humilde; ser plausible, no por la vulgar masa humana sino por la minoría selecta de los entendidos; ser creíble por todos, para lo cual debe ser fiel a sus palabras, aunque parco en sus manifestaciones. Igualmente le aconseja que esté atento a los vientos favorables de la fortuna, que equivale a saber captar las necesidades y deseos de las personas, con el fin de procurar darles satisfacción, pues ello le dará crédito y prestigio; y que tenga simpatía personal e igualmente que sea positivo, optimista y alegre, pues ello atrae voluntades y adhesiones; y por último le sugiere que practique la sencillez y la humildad en su vida y en sus actos, pues así será querido por todos, en tanto que la afectación y la prepotencia arruinan toda la grandeza que la persona pueda tener. Llega incluso a recomendar en ocasiones el dejar traslucir pequeñas negligencias o defectos para difundir la imagen de que no se trata de un héroe, es decir, un ser extraño, sino de un ser humano e imperfecto, pero eso sí, superior a los de su entorno.

El Político sigue en la misma línea filosófica, pero enfocando su perspectiva en la formación del gobernante o dirigente político, en cuya tarea propone como modelo al rey don Fernando el Católico, como aragonés de pro y hombre de Estado, que supo ganarse el aprecio de sus gentes, el reconocimiento de los nobles y el respeto de sus contrarios, y que logró la unificación del territorio bajo la institución política de la Corona, como germen del nuevo Estado aun vigente. Su modo de proceder traspasó los límites hasta entonces conocidos, pues incorporó a la Corona nuevos territorios y diseñó estrategias políticas a medio plazo,

que permitieron a sus descendientes ensanchar su territorio. En suma, supo crear un imperio y mantenerlo, tarea nada fácil.

Para alcanzar estos logros manifiesta Gracián que era necesario poseer grandes virtudes y cualidades, destacando de entre ellas la capacidad, siguiendo por una acertada educación desde la más tierna infancia, en la que prevalezca el amor junto a la exigencia, la libertad junto a la responsabilidad, la copia de buenos ejemplos, para continuar después con el apoyo de sabios consejos, de modo que le dispongan para tener buen tino en sus primeros pasos, tanto por el acierto en la elección de una buena compañera, o sea, esposa, como en la de amigos y colaboradores, a los que ha de saber reconocer su valía y estimular en su amistad y trabajo, dando con ello ejemplo de gran capacidad, de superior inteligencia, de una excelente cordura y de una extraordinaria sensatez, esto es, de un gran sentido común y práctico, que no es otra cosa que la mutua concurrencia en grado sumo de la prudencia y la sagacidad, cualidades fundamentales de las que no puede prescindir el buen gobernante. Todo este compendio de virtudes y cualidades han de estar presentes en la formación del político, como primores que anuncian el caudal o capacidad de entendimiento, la educación y el buen gusto para elegir lo mejor, que se manifiestan en saber razonar, reflexionar, escuchar, analizar, obrar con agudeza, tener decisión y voluntad para ejecutar, y sobre todo respetar a los demás y mucho más a sí mismo.

El Discreto es continuación de las dos obras anteriores en cuanto presenta el diseño del hombre perfecto en cualquier ámbito o estamento social. Despliega su contenido a los largo de veinticinco capítulos, que llama *realces*, en los que va exponiendo las cualidades o

virtudes que ha de reunir el hombre ideal o perfecto o, como a él gusta decir, el hombre en su punto. Para su mejor estudio he distribuido la materia en cuatro apartados. El primero comprende los seis primeros realces, que presenta bajo títulos, que hacen referencia a las cualidades que deben adornar todo aspirante a discreto. El segundo grupo recoge los nueve realces, presentados bajo las modalidades de cartas, diálogos y sátiras. El tercer grupo o bloque comprende otros nueve realces, igualmente con sus respectivos tópicos, en los que continúa presentando los demás atributos que debe cultivar y reunir toda persona que aspire a ser hombre ideal y perfecto. Finalmente el cuarto grupo sólo contiene un realce, el último de la obra, que es una recapitulación de todos los anteriores, y en el que diseña lo que después será *El Criticón*, que es el curso de la vida del hombre, dividido en cuatro etapas: niñez, juventud, madurez y vejez, que a su vez asimila con las cuatro estaciones del año: primavera, verano, otoño e invierno.

En todos los realces están presentes, de una forma más o menos explícita, la prudencia y la sagacidad, como las dos grandes líneas maestras directivas. Por sintetizar su contenido, sólo me voy a referir a uno de cada grupo, que, por supuesto, es el que considero de especial atención e importancia. Así del primer grupo destaca el titulado *genio e ingenio*, porque trata de las dos cualidades fundamentales, temperamento y capacidad, que dan asiento a las demás, es decir, constituyen los dos ejes “del lucimiento discreto”, sobre los que gira la personalidad del individuo, y que además es necesario que caminen juntos y sincronizados, ya que el uno sin el otro de poco valen, pues el mismo

Gracián así lo expresa cuando dice “felicidad a medias”⁵, nada vale. Por todo ello el aspirante a discreto debe combinarlos y adaptarlos a su persona y actividad, razón por la que aconseja empezar por examinarse a sí mismo cada uno, a fin de descubrir cuales son sus aptitudes y temperamento, de manera que pueda orientar sus decisiones hacia el oficio o actividad que más le conviene. Asimismo creo que es atinado que este realce sea el principio de la obra, porque constituye el primer basamento sobre el que cimentar el edificio de la personalidad, pues a partir de él deben asentarse y colocarse las siguientes piedras que integran las demás cualidades hasta concluir la construcción del hombre ideal o perfecto.

En relación al segundo grupo, considero conveniente señalar el realce que se refiere al *modo* y al *agrado*; se trata de dos cualidades que se pueden y deben poseer, pues son fruto de la destreza y del saber comportarse, que enderezan muchas situaciones incómodas o difíciles, haciendo su desenlace mucho más asequible y sobre todo más airoso y elegante. Gracián lo atestigua cuando escribe: “Fuerte es la verdad, valiente la razón, poderosa la justicia, pero sin un buen modo todo se deslucе, así como con él todo se adelanta”⁶.

De entre los realces del tercer grupo es oportuno señalar, por la trascendencia que tiene en la vida de toda persona, la buena o mala *elección*, lo cual presupone tener buen gusto y, aunque se trata de una cualidad casi connatural en cada individuo, también es cierto que puede adquirirse o mejorarse. Y es tal su repercusión que, en caso de no acertar

⁵ *El Discreto*, ed. cit. t. II, realce I, p. 101.

⁶ *Ibíd*em, realce XXII, p. 171.

con la buena o ideal elección, en la mayoría de los casos difícilmente se pueden después corregir o soslayar sus consecuencias, sobre todo en facetas de capital importancia, como puede ser la dirección política en un gobernante, en donde el acierto se constituye en una verdadera razón de Estado, que le reporta gran predicamento y excelente crédito entre sus conciudadanos, aumentando con ello su reputación, en tanto que el error le acarrea desprestigio y menosprecio. Otra de las facetas u órdenes en la que es de suma importancia para la persona el saber elegir, es cuando ha de escoger empleo u oficio e igualmente su estado, pues de ello depende, en gran medida, su felicidad o desgracia posterior. Por último, y en no menor importancia, hay que situar la buena elección de los amigos y hasta de los familiares que son, como dice Gracián, “ayudantes del vivir, y las más de las veces enemigos no excusados”⁷. Este realce tiene una doblada importancia, porque en la mayoría de las veces la elección tiene lugar en la primavera de la vida, cuando todavía no está suficientemente maduro el juicio ni ejercitada bastante la cautela, por lo que es muy conveniente recurrir al consejo que no es otra cosa que una sabia manifestación de sagacidad y prudencia.

El cuarto grupo está formado únicamente por el último realce, en el que Gracián ensalza el gusto de un varón galante, que repartió su vida en tres estaciones, empleando la primera en hablar con los muertos, es decir, leyendo libros para aprender lo que enseñan aquellos que los escribieron. La segunda la empleó en peregrinar, es decir, en recorrer el mundo, que es tanto como vivir en él, viendo, aprendiendo y considerando todo cuanto sucede, pues se trata de una gran escuela. Y

⁷ *Ibíd.*, realce X, p. 132.

finalmente la tercera estación la dedicó a meditar todo cuanto había leído y visto, que es tanto como reflexionar, escudriñar y extraer la esencia de toda la vida, tarea que implica una gran sagacidad para descubrir sin apasionamiento alguno, la realidad de la misma en toda su amplitud y profundidad; pero también requiere de una gran prudencia, para hacerlo con toda objetividad sin caer en ilusorios optimismos ni tampoco en la amargura del desengaño.

II

El *Arte de ingenio*. *Tratado de la agudeza*, *Agudeza y arte de ingenio* y *Oráculo manual y Arte de Prudencia* son las tres obras en las que Gracián trata de una forma más específica el tema de nuestro estudio, la *prudencia* y la *sagacidad*, que son consideradas directamente como tal, bien de forma explícita o velada, siendo estas dos cualidades intelectuales las que fundamentalmente orientan la lógica de los conceptos y, en buena parte, sistematizan la actividad literaria, constituyendo el soporte que dirige, regula y modula la conducta humana. Las máximas prudenciales se expresan mediante aforismos, siendo éstos de muy variados tipos, pues los hay heroicos, prudenciales, de naturaleza política, agudezas por desengaño en el hecho y agudezas por desengaño en el dicho, etc. Pero hay que señalar que las máximas no se limitan a la lógica de los conceptos y a las normas literarias, sino que van más allá, porque tratan de extender esas cualidades al ámbito de la conducta práctica, lo que se demuestra porque abarcan todos los campos de la actividad del hombre. Estas obras son una conjunción de dichos y

hechos, de palabras, pensamientos y acciones, formando con la mezcla de todos estos materiales la argamasa que aglutina toda su obra, contemplada ésta de un modo global. Si bien es preciso reconocer que se hace más visible en las tres dedicadas al arte de agudeza, ingenio y prudencia. Gracián resalta que la mayor excelencia de la agudeza está en su variedad, pues ella amplía y dilata su poder y fortaleza; y afirma que el arte de ingenio o agudeza es el arte rey, el cual está fuertemente vinculado a la sagacidad y a la prudencia, ya que es el propio sujeto quien discurre y pondera, y por tanto su acción, es decir, la acción humana, se mueve necesariamente entre las líneas que señalan la ponderación y la sutileza, las cuales giran en torno a sus efectos, atributos, cualidades, contingencias, etc., o sea, a sus circunstancias.

En las dos versiones de la agudeza y del ingenio predomina el tratamiento de la *sagacidad*, aunque en muchas ocasiones se revista con el ropaje de ingenio y agudeza; en tanto que en el *Oráculo manual* es la *prudencia* la que campea siempre en el horizonte, con abierta pretensión de orientar y potenciar la conducta moral del hombre. En ambos casos son muchísimas las referencias implícitas a la prudencia y al sano juicio, e igualmente a la sagacidad y al ingenio. En estas tres obras lo que fundamentalmente pretendió Gracián fue describir un arte específico, entendido éste como un procedimiento perfeccionado para lograr un resultado agradable previamente concebido; en el primer caso se trata de un arte de *ingenio* y en el segundo un arte de la *prudencia*. No obstante, aunque en cada uno de ellos predomine el ingenio o la prudencia, no significa que lo sea de un modo exclusivo, sino que en ambos se consideran los dos temas de forma simultánea y, aunque uno de ellos sea

el preferente, no se olvida del otro. En ellas recoge Gracián aforismos y máximas, que contienen una invitación constante a la sagacidad y a la prudencia como criterios determinantes de la conducta humana, pues están orientados a completar la figura o modelo paradigmático del hombre perfecto, que se guía por la prudencia y la cordura, y se apoya en la sagacidad y en el ingenio, a fin de lograr alcanzar la perfección buscada. Conviene señalar que lo que caracteriza a los aforismos del *Oráculo manual* es su estilo conceptista y su concisión extrema, en los que generalmente empieza señalando un enunciado, que va seguido de un razonamiento, glosa o comentario, más o menos amplio, que marca la pauta a seguir. En ellos aparece siempre como patrón y guía la virtud de la prudencia, secundada por la discreción y la cordura, y, por supuesto, hermanada con la sagacidad y respaldada por la agudeza y la sutileza, asociadas todas ellas con otras prendas o virtudes de la misma estirpe, como son la perspicacia, la destreza y el despejo. Se puede decir que la prudencia y la sagacidad son como los dos centros neurálgicos de los que parten una serie de cordones trenzados, que a su vez se ramifican o descifran en multitud de hilos, que irradian y dan vida a todas las máximas sapienciales del *Oráculo*. También es constante la alusión al desengaño y a sus congéneres la cautela y el desencanto como formas enmascaradas de la prudencia en cuanto virtud humana. Lo confirman estas palabras: “Siempre el desengaño fue pasto de la prudencia, delicias de la entereza”⁸. Finalmente conviene señalar que los aforismos recogidos en el *Oráculo* están dirigidos primordialmente a una minoría

⁸ *Oráculo manual y Arte de prudencia*, máxima C, p. 228.

selecta y privilegiada de personas para orientar su pensamiento y su acción.

De entre los muy diversos tipos de aforismos o máximas prudenciales que Gracián propone, conviene hacer una mención especial del que se refiere a la necedad y al trato con los necios, pues insiste en ello con cierta frecuencia, hasta el punto de afirmar en uno de ellos que “son tontos todos los que lo parecen y la mitad de los que no lo parecen”⁹. Otro grupo de aforismos importante es el que versa sobre el dominio de las pasiones, ya que considera que los ímpetus desenfrenados son “deslizaderos de la cordura”, y ello con riesgo de perderse, por lo que es necesaria mucha reflexión para dominarlos.¹⁰ También es oportuno destacar el grupo de máximas que podríamos llamar del género sapiencial, en las que trata de ofertar al varón perfecto normas o reglas de conducta, que le posibiliten su plena realización y también susciten la admiración de sus semejantes. En ellas la prudencia y la sagacidad compiten por ser la primera, es decir, la de más rango. Considerense sino estas dos consignas prácticas: “antes prudente que astuto”¹¹, y “para ser señor de sí, es menester ir sobre sí”¹². Por último no hay que olvidar el grupo de las que podríamos llamar máximas de advertencia o prevención, entre las que encontramos algunas tan certeras como éstas: “varón prevenido de cordura no será combatido de impertinencia”¹³, o “prevenir las injurias y hacer de ellas favores”, pues “más sagacidad es

⁹ Ibídem, máxima CCI, p. 228.

¹⁰ Ibídem, máxima CCVII, p. 270.

¹¹ Ibídem, máxima CCXIX, p. 275.

¹² Ibídem, máxima CCXXV, p. 277.

¹³ Ibídem, máxima CCLVI, p. 288.

evitarlas que vengarlas”¹⁴. Y finalmente cabe resaltar la prenda que debe poseer el hombre cabal, que no es otra que la madurez, pues es el armazón y decoro de todas las demás prendas que deben adornar al hombre. Después de esta larga serie de máximas, en las que se tratan los distintos aspectos que ayudan al hombre a ser persona, como consigna final apela a la virtud como máximo exponente para alcanzar la perfección. Así dice que “es la virtud, cadena de todas las perfecciones, centro de las felicidades”, pues “ella hace un sujeto prudente, atento, sagaz, cuerdo, sabio, valeroso, reportado, entero, feliz, plausible, verdadero y universal héroe”¹⁵.

III

El Criticón es la obra cumbre de Baltasar Gracián Morales. En ella queda reflejada y resumida toda su filosofía práctica, sirviéndose para ello de la descripción de la vida de dos imaginarios prototipos del ser humano, uno que representa a la visión idílica del estado de naturaleza, y otro que corresponde a la experiencia real del estado social, y que, por disposición providencial o casual, coinciden en su deambular por el camino de la vida, convirtiendo su largo peregrinaje en una escuela abierta a todo el mundo en la que aprender a vivir. Esta escuela se rige por dos grandes principios, que dan consistencia y firmeza a su programa docente, asegurándole perpetuidad, independientemente de los vaivenes mundanales de cada época. Tales

¹⁴ Ibídem, máxima CCLIX, p. 289.

¹⁵ Ibídem, máxima CCC, p. 303-304.

principios son precisamente la prudencia y la sagacidad, cortejados en múltiples ocasiones por sus congéneres o colaterales, sean o no sinónimos más o menos próximos a ellos.

Para comprender la gran obra graciana en todo aquello que afecta a nuestro tema he analizado previamente tanto su estructura externa como la interna, y también he reseñado sus fuentes y su trama argumental; pero sobre todo he puesto especial interés en el estudio de las *personificaciones*, que aparecen a lo largo de toda la obra y que constituyen el hilo conductor de la misma, en cuanto representan entidades abstractas, virtudes, vicios, y también tipos míticos o humanos. Con esta singular técnica o artificio de las personificaciones, que en cuanto tales no son originales de Gracián sino que las recoge o copia de otros autores anteriores o casi contemporáneos, pretende ilustrar las más diversas situaciones y conductas del hombre en su peregrinaje vital, pues mediante ellas se desvelan sus debilidades y su fortaleza. Para su mejor estudio y análisis he agrupado estas personificaciones en cinco apartados, en función de lo que cada una representa. Y además de las personificaciones Gracián utiliza con frecuencia otros muchos recursos y artificios retóricos, en especial la alegoría, la metáfora, la fábula, el apólogo, el diálogo, con los que pretende mostrar de forma tan genial como imaginaria el discurrir de la vida de los dos protagonistas de su obra novelada, Andrenio y Critilo, que van peregrinando por el amplio mundo terrenal en busca de la felicidad, anhelo de todo ser humano, encarnando el primero el prototipo del hombre en estado de naturaleza, ingenuo y sin maldad, regido básicamente por sus impulsos sensibles, y el segundo al hombre en estado social, que es tanto como decir cultivado

y experimentado, que se guía por la razón. *El Criticón* culmina así una labor pedagógica filosófico-práctica, fundamental realizada a lo largo de seis años. La obra se divide en tres partes, que se refieren a las sucesivas etapas de la vida humana -niñez, juventud, madurez y vejez-, que el autor equipara a las cuatro estaciones del año -primavera, verano, otoño e invierno-, por las que transcurre la vida del hombre desde su nacimiento hasta la muerte, pero continuando su existencia al alcanzar la inmortalidad, bien sea ficticia e inmanente mediante la fama, o bien sea trascendente y perpetua mediante el acceso a la vida eterna.

Cada una de las partes de la obra la dedica el autor a personas distintas en función del contenido que cada una de ellas ofrece y del reconocimiento que debe o de la protección que espera de cada uno de sus protectores. Así, la primera parte, que se refiere a la niñez y juventud, la dedica a don Pablo de Parada, hombre joven en aquel momento, que por sus propios méritos y valor alcanzó fama y prestigio. La segunda parte, referida a la madurez, se la dedica a don Juan José de Austria, hombre de alto relieve social, joven aunque prematuramente maduro debido a las importantes misiones militares y políticas que se le habían encomendado, especialmente por el éxito alcanzado en Barcelona el 13 de Octubre de 1652, cuando, tras un estrecho asedio, ésta se rindió aceptando la soberanía de Felipe IV y a don Juan José de Austria como virrey, razón por la que, previendo que pudiera tener problemas con la dirección de la Compañía al publicar esta segunda parte, buscaba tal vez su amparo y protección. La tercera parte, referida a la vejez, se la dedica a don Lorenzo Francés de Urritigoyti, Deán de la Iglesia de Sigüenza,

hombre ya anciano, por el que sentía verdadera admiración y respeto, pues era persona muy docta, prudente y virtuosa.

Toda la extensa obra graciana gira en torno a cuatro ejes fundamentales, sobre los que se apoya. Son éstos: la repartición de la vida humana en cuatro fases o periodos, asimiladas a las cuatro estaciones del año, en las que la naturaleza nace, crece y se desarrolla, da frutos y muere; el movimiento continuo de sus protagonistas, que los hace caminar por todo el mundo en busca de su anhelo mas deseado: la felicidad; la posibilidad que tiene el ser humano de gobernarse a sí mismo y de educarse partiendo de su facultad de razonar; y, por último, la continua lucha interna que ha de librar el hombre entre dos tendencias opuestas que se disputan la supremacía, el bien y el mal, es decir, la razón que le invita a transitar por las sendas de la lógica y la moderación, respetando el equilibrio que demandan las leyes naturales, y la propensión instintiva tendente al deleite, regida por apetencias sensibles.

Para lograr su objetivo literario y pragmático Gracián recopiló y ordenó a su manera una gran cantidad y diversidad de materiales, que extrajo de sus abundantes lecturas y anotaciones de las obras de muchos autores antiguos, medievales, renacentistas y contemporáneos. Se sirvió también para ello de las frecuentes tertulias e intercambios culturales y literarios en que participó, así como de su experiencia personal como profesor y sacerdote, que le brindaron la posibilidad de conocer con mayor hondura las profundidades del ser humano. Las fuentes en las que bebió más o menos directa o indirectamente apenas las menciona; pero es fácil colegir que recurrió con frecuencia a los clásicos griegos y romanos, siguiendo por los principales autores del medievo y

renacimiento hasta llegar a sus contemporáneos. En este punto es necesario mencionar especialmente una serie de colecciones de *enxiemplos* o cuentos de origen oriental, que circulaban entre la población árabe en forma oral o escrita y normalmente en versión castellana, entre los numerosos grupos de moriscos que habitaban en los reinos de Aragón y de Valencia. Es muy posible que Gracián conociera desde niño estos cuentos singulares. Entre ellos destacaba el titulado *Cuento del ídolo y del rey y su hija*, que pudo muy bien inspirar el comienzo de *El Criticón*, en cuanto presenta a un niño nacido, criado y desarrollado en estado natural, es decir, sin influencia de civilización alguna que pudiera condicionar u orientar su conducta, para así demostrar la posibilidad que tiene el ser humano de cultivarse a sí mismo, de descubrir los misterios que encierra la naturaleza y de someterla a su dominio, simplemente partiendo de su facultad de razonar, hasta dominar sus instintos y pasiones, o sea, dominarse a sí mismo, que constituye para él la quintaesencia de ser persona. Esta lucha interna entre los polos del instinto y de la razón es lo que, en síntesis, lleva al jesuita belmontino a concluir que la razón se erija en triunfadora, imponiendo el criterio de sus dos lugartenientes principales: la prudencia y la sagacidad.

La primera muestra de una audaz combinación de prudencia y sagacidad en la gran obra de Gracián la observamos ya en el adolescente Andrenio, quien, a pesar de haber sido criado y haber crecido entre bestias y en un estado salvaje, fue capaz de preguntarse quién era y para qué existía, y poco después a admirar las maravillas de su mundo en derredor, su variedad y la de los demás seres: animales grandes y

pequeños, aves, reptiles y peces, vegetales y sus frutos, así como los ciclos o periodos que presenta la naturaleza en su desarrollo; y también la diversidad del terreno que habitaba, con llanuras y montañas, lagos y ríos por los que discurría el agua, fuente de vida; y sobre todo logró admirar la grandiosidad e inmensidad del firmamento, con el Sol que alumbra el día, la Luna y las estrellas, la noche, y todo ello en un armónico y continuo movimiento maravillosamente sincronizado, impulsado por una fuerza suprema y gobernado por una inteligencia superior, a la que llamó el Creador; pues añade que lo que más le suspendió fue “el conocer un Creador de todo, tan manifiesto en sus criaturas y tan escondido en sí, que, aunque todos sus divinos atributos” de sabiduría, omnipotencia, providencia, hermosura, inmensidad y bondad se ostentan, está oculto, de manera que “es conocido y no visto, escondido y manifiesto, tan lejos y tan cerca”¹⁶. Con ello Gracián pretende demostrar que el hombre por sí sólo y en base a su facultad de entender y razonar puede descubrir la existencia de Dios y por tanto gobernar el mundo y a sí mismo. Esta reflexión del hombre natural sirve también al autor de punto de partida para afirmar que el hombre, mediante sus cualidades naturales, unidas a su trabajo y esfuerzo, es capaz de hacerse persona y de pensar en Dios.

A pesar de este velado elogio del estado de naturaleza, que supone un eco vivo de la mentalidad de la época, Gracián sostiene también que el hombre en estado social, aunque contaminado por el egoísmo y la maldad, también se gobierna asistido por la prudencia y la sagacidad. Y de ello ofrece un testimonio fehaciente cuando al desembarcar en el mundo los dos peregrinos pone en boca de Critilo

¹⁶ *El Criticón*, en *Obras Completas*, ed. cit., t.I, Parte I, crisis III, p. 38.

estas palabras: “Ya estamos en el mundo”; y le previene a Andrenio: “Visto has hasta ahora las obras de la Naturaleza [...], verás de hoy adelante las del artificio”¹⁷, es decir, las del hombre. Esta singular proclama entraña una directa y clara alusión a la prudencia y a la sagacidad, ya que le está indicando que vaya atento y con cautela, es decir, que sea sagaz y prudente a cuanto vea, oiga y diga, pues la vida social no es tan feliz como aparenta.

A partir de aquí todo el peregrinaje va discurriendo entre realidad y ficción por un sinfín de lugares y estancias, en las que los dos protagonistas se encuentran con muchos y peculiares personajes, que dan vida a numerosos diálogos, en los que se pone de manifiesto la lucha entre sentimientos opuestos, que libra el hombre en su interior, y en los que entran en juego el bien y el mal, la verdad y la mentira, el deleite y dolor, el trabajo y esfuerzo frente a la holganza y flaqueza, crisis que se resuelven en virtud del grado de prudencia y sagacidad que los protagonistas muestren tener. Igualmente ocurre en la lucha permanente entre las virtudes y los vicios, entre la sinceridad y la hipocresía, entre los elogios y los vituperios, entre los afectos y los odios, entre sabios y necios, entre los humildes y los vanidosos, entre los honrosos y dignos con los innobles y miserables, entre todos los cuales se mantienen curiosos y sabrosos diálogos, a los que siempre subyacen como trasfondo, la prudencia y la sagacidad. También es amena y atractiva la descripción que hace el escritor belmontino de los miembros del cuerpo y de sus sentidos, a los que con maestría y sutil agudeza hace depositarios de la prudencia y de la sagacidad por medio de las

¹⁷ *Ibídem*, crisis V, p. 57.

peculiares características que cada uno tiene, para dirigir y ordenar la conducta humana. De entre todos los miembros destaca a la cabeza, a la que llama “alcázar del alma”, por ser la sede donde se asienta el “entendimiento”, es decir, la “razón”, la que gobierna a la persona, auxiliada por los principales sentidos que le comunican con el mundo: la vista, el oído, el olfato y el gusto, junto con el paladar y la lengua, miembro destacado en la conducta del hombre, y siguiendo después con los brazos y manos, principales ejecutores del trabajo y de las obras y por lo tanto forjadores de la conducta.

Otro aspecto importante de la presencia constante de la prudencia y la sagacidad en la última obra graciana es el que concierne al plano moral, especialmente la desviación moral de la persona, cuando señala que el hombre ha trastocado los fines y los medios convirtiendo éstos en aquéllos, y viceversa, haciendo que los medios sean fines, alteración que se aprecia de manera más ostensible en el deleite que la sabia naturaleza estableció que fuera medio de la vida, pero que el hombre ha convertido en fin de sus acciones. Es éste precisamente el punto decisivo en que la prudencia y la sagacidad, como criterios directivos del comportamiento humano, actúan como instrumentos restauradores del orden y de la naturaleza. Conforme los dos peregrinos de la vida avanzan hacia su final, la complicidad o combinación de la prudencia y la sagacidad siguen marcando las pautas directivas de su conducta, que, a modo de méritos, va acumulando desvelos, sudores, esfuerzos y desengaños, elementos que constituyen el bagaje de la experiencia y que representan las acciones buenas, que son las auténticas credenciales que permiten pasar el riguroso control que ejerce el Mérito

ante el portón de acceso a la inmortalidad, meta a la que todo ser humano aspira.

La continúa alusión a la prudencia y la sagacidad, junto con otras muchas virtudes o cualidades, más o menos sinónimas o afines, son el único medio eficaz para dirigir y controlar los impulsos naturales, y con ello mejorar nuestra conducta y lograr ser estimados, o sea, ser personas, meta última de toda la Filosofía práctica de Baltasar Gracián a lo largo de su extensa obra.

BIBLIOGRAFÍA

I

Obras y estudios sobre Gracián

- ALBORG, Juan Luis: *Historia de la Literatura Española*, t. II, Época barroca, 5ª reimpr. de la 1ª ed. de 1967 (Madrid, Gredas, 1987), capítulo XIV: Grandes prosistas del barroco. Gracián, p. 826-875.
- ALEGAMBE, J. F.: *Bibliotheca Scriptorum Societatis Iesu*. Ambers, 1643.
- ALONSO, Santos: *Introducción a El Criticón*, en edición de *Obras Completas*.- Madrid, Cátedra, 1980.
- Tensión semántica (lenguaje y estilo) de Gracián*. Prólogo de Rafael Lapesa.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1981.
- ANDREU CELMA, José M^a: “El ingenio como razón moral”, en *Baltasar Gracián. El discurso de la vida. Una nueva visión y lectura de su obra*.- Barcelona, Anthropos, 1993, p. 173-192.
- La vida moral como juego en Baltasar Gracián*.-Zaragoza, Centro de Estudios Teológicos de Aragón, 1994.
- Gracián y el arte de vivir*.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico.1998.
- Baltasar Gracián o la Ética cristiana*.- Madrid, BAC., 2008.
- ARCO Y GARAY, Ricardo del: “Siluetas de Gracián”, en la revista *Estudio*, (Barcelona), 27, (1919). p. 39.
- “Gracián y su colaborador y mecenas”, en *Nuestro Tiempo*, 4 (1924) 5-18; reed. en *Baltasar Gracián. Escritor aragonés del siglo XVII*. Zaragoza, 1926, p. 131-158.
- “Las ideas literarias de Baltasar Gracián y los escritores aragoneses”, en *Archivo de Filología Aragonesa* (Zaragoza), 3 (1950) 27-80.
- “Baltasar Gracián y los escritores conceptistas del siglo XVII”, en *Historia General de las Literaturas Hispánica* (Barcelona), 3 (1953) 693-723.

- ASENSIO, Eugenio: "Un libro perdido de Baltasar Gracián", en *Nueva Revista de Filología Hispánica* (Méjico), 12 (1958) 390-394.
- AUBREY, F.G. Bell: "Baltasar Gracián", en *Hispanic Notes and Monographs*, 3.- Oxford, University Press, 1921.
- AUBRUN, Charles V.: "Gracián contra Faret", en *Homenaje a Baltasar Gracián* (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1958), p.7-26.
- AYALA, Jorge M.: *Reflejo y reflexión. Baltasar Gracián: Un estilo de filosofar*.- Zaragoza, Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón, 1979.
- Baltasar Gracián: Vida, estilo y reflexión*. Prólogo de Ceferino Peralta.- Madrid, Cincel, 1988.
- "La formación intelectual de Baltasar Gracián", en *Baltasar Gracián. El discurso de la vida. Una nueva visión y lectura de su obra*. (Barcelona, *Anthropos*, 1993), p. 14-38.
- "Baltasar Gracián, filósofo de la vida humana", en *Boletín de Estudios de Filosofía y Cultura Manuel Mindan*, núm. 1, Febrero, 2005.- Calanda (Teruel) Fundación Mindán Manero, 2005.
- "Vida de Baltasar Gracián", en *Baltasar Gracián. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas*.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001, p.13-32.
- AZORÍN, (José Martínez Ruiz): "Baltasar Gracián", en *Lecturas Españolas*. (Madrid, Espasa Calpe, 1957), p. 54-58.
- "Gracián y la vulpeja", en *El Político (arte de conducirse en la vida)*, 5.ª ed., (Madrid, Espasa Calpe, 1984), p.51-55
- BATLLORI, Miquel: "La vida alternante de Baltasar Gracián en la Compañía de Jesús", en *Archivum Historicum Societatis Iesu* (Roma), 18 (1949) 3-30.
- Gracián y el Barroco*.- Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1958.
- "Índice cronológico de la biografía de Baltasar Gracián", en *Archivum Historicum Societatis Iesu*, 27 (1958).
- "La preparación de Gracián escritor", en *Gracián y el Barroco*. (Roma, Ed. di Storia e Letteratura, 1958) 11-54.
- "Un lustro de estudios gracianos (1959-63)", en *Archivum Historicum Societatis Iesu*, 34 (1965) 162-171.
- BATLLORI, Miquel, y PERALTA, Ceferino: "Índice cronológico de la biografía de Baltasar Gracián", en *Archivum Historicum Societatis Iesu*, 27 (1958) 327-338.
- Baltasar Gracián en su vida y en sus obras*.- Zaragoza, Institución

- Fernando el Católico, 1969.
Edición y estudio preliminar a las *Obras Completas* de Baltasar Gracián.- Madrid, Atlas, 1969.
- BLANCO, Emilio: "Introducción" a las *Obras Completas* de Baltasar Gracián, Biblioteca Castro, t. I y II (Madrid, Turner, 1993), p. XI-XXI y XVII-XXIX, respectivamente.
- BLANCO, Mercedes: *Les Rhétoriques de la Pointe. Baltasar Gracián et le* "Gracián reescritor: Un análisis comparativo de Arte de Ingenio y Agudeza y Arte de Ingenio", en *Actas II. Congreso internacional: Baltasar Gracián en sus obras*.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2003, p. 97-131.
- BLECUA, Alberto: "Sebastián Alvarado de Alvear, el Padre Matienzo y Baltasar Gracián", en *Estudios de Filología y retórica en Homenaje a Luisa López Grijera* (Bilbao, Universidad de Deusto, 1998)
- BLECUA, José Manuel: "El estilo de 'El Criticón' de Gracián", en *Archivo de Filología Aragonesa* (Zaragoza), I (1945) 5-32.
- BLÜHER, K.: "Mirar por dentro": *El análisis introspectivo del hombre en Gracián, en el Mundo de Gracián*.- Berlín, 1991, p. 203-217.
- BOLOQUI, Belén: "Baltasar Gracián, datos familiares inéditos (1563-1667)", en *Segundo encuentro de Estudios Bilbilitanos*. (Calatayud, Centro de Estudios Bilbilitanos, 1989), p. 277-307.
"Al hilo de San Pedro de Arbués en su V Centenario. Lazos de parentesco entre el inquisidor, los condes de Aranda [...] y los hermanos Lorenzo y Baltasar Gracián", en *Homenaje al Profesor Ángel Sancho Blázquez* (Zaragoza, Universidad, 1985) 105.149.
"Niñez y adolescencia de Baltasar Gracián", en *Baltasar Gracián. Selección de estudios, investigación actual y documentación*. (Barcelona, Anthropos, 1993), p. 5-62.
- BORGES, Jorge Luis: "Baltasar Gracián" (Poema). Buenos Aires, *Sur*, 1958, núm. 252, 9-10; y en *Obra poética*. (Madrid, Alianza-Emecé, 1972), p. 143-144.
- BUCETA, Erasmo: "La admiración de Gracián por el infante don Juan Manuel", en *Revista de Filología Española*, 11 (1924) 63-66.
- BUESA, Carmen: "Las traducciones inglesas de *El Héroe* de Baltasar Gracián", en *Actas del XI Congreso AEDEAN. Traducción across cultures*, León, 1987, ed. J.C. Santoyo (León, Universidad, 1989) 39-46.
- CACHO, María Teresa: "Ver como vivir. El ojo en la obra de Gracián", en *Gracián en su época* (Zaragoza, Institución Fernando el

- Católico, 1986) p 117-135.
- “Misoginia y Barroco: Baltasar Gracián”, en *Literatura y vida cotidiana. Actas de las Cuartas Jornadas de Investigación Disciplinaria* (Zaragoza, Publicaciones de las Universidades Autónoma de Madrid y de Zaragoza, 1987), p. 173-186.
- CANTARINO, Elena: *Estudio bibliográfico sobre Baltasar Gracián*.- Valencia, Universidad, 1989, tesis de licenciatura.
- “Gracián y la moral política: senequismo y tacitismo”, en *Baltasar Gracián. El discurso de la vida. Una nueva visión y lectura de su obra*. (Barcelona, *Anthropos*, 1993), p. 193-200.
- De la razón de estado a la razón de estado del individuo. Tratados políticos-morales de Baltasar Gracián*.-Valencia, Universidad de Valencia, 1996.
- “El Gracián pensador (siglo XX)”, en *Baltasar Gracián. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas*.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001, p.149-160.
- CAÑAS, Dionisio: “El arte del bien mirar, Gracián”, en *Cuadernos hispanoamericanos*, 379 (1982) p. 35-60.
- COQUIO, Catherine: “André Rouveyre y Baltasar Gracián”, en *Baltasar Gracián. Selección de estudios, investigación actual y documentación* (Barcelona, *Anthropos*, 1993), p. 104-118.
- CORREA CALDERON, Evaristo: *Baltasar Gracián. Su vida y su obra*, 2ª ed. aumentada.- Madrid, Gredos 1970.
- Introducción a *Obras Completas*.- Madrid, Aguilar, 1944.
- “Bibliografía de Gracián”, en *Baltasar Gracián. Su vida y su obra*.- Madrid, 1961. p. 319-402.
- Introducción a la edición de *Agudeza y Arte de Ingenio*, t. I-II.- Madrid, Castalia, 1969.
- Introducción a la edición de *Oráculo manual y Arte de prudencia*.- Salamanca, Anaya, 1968.
- “Hipótesis sobre el Oráculo Manual”, en *Revista de Filología Española* (Madrid), 28 (1944) 66-73.
- COSTER, Adolphe: “Baltasar Gracián, 1601-1658”, en *Revue Hispanique* (Bordeaux), 29 (1913) 347-752; traducción castellana, prólogo y notas de Ricardo del Arco Garay.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1947, reed. 1974.
- CUARTERO, Mª. Pilar: “Oráculo manual y arte de prudencia”, en *Baltasar Gracián. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas*.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001, p.89-102.

- DINI, V.: "Passioni, virtù, prudenza en Baltasar Gracián", en *Tra Antichi e moderni. Antropología e Stato tra disciplinamento e morale privata*, ed. I. Cappelletto (Napoli 89-, 1990) p. 391-407.
- EGIDO, Aurora: *La rosa del silencio. Estudios sobre Gracián*.- Madrid, Alianza, 1996.
- Las caras de la prudencia y Baltasar Gracián*.- Madrid, Castalia, 2000.
- Humanidades y dignidad del hombre en Baltasar Gracián*.- Salamanca, Universidad, 2001.
- En el camino de Roma: Cervantes y Gracián ante la novela bizantina*.- Zaragoza, Universidad, 2005.
- EGIDO, Aurora, y otros (coords.): *Baltasar Gracián IV Centenario (1601-2001), Actas I Congreso Internacional "Baltasar Gracián: pensamiento y erudición"*, celebrado en Huesca, 23-216 de mayo, 2001.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2003.
- Baltasar Gracián IV Centenario (1601-2001, Actas II Congreso Internacional "Baltasar Gracián en sus obras"*, celebrado en Zaragoza, 22-24 de noviembre de 2001.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2003.
- EGUÍA RUIZ, Constancio: *La formación escolar y religiosa de Baltasar Gracián*.- Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, 1931.
- EICKHOFF, G: "Die regla de gran maestro de *Oráculo Manual* in Kontest biblischer und ignatianischer Tradition", en *El Mundo de Gracián. Actas del coloquio internacional, Berlin 1988*, ed. Sebastián Neumeister und Dietrich Briesemeister (Berlin, 1991), p. 111-125.
- ENGUITA UTRILLA, José M^a.: "Observaciones lingüísticas en torno a los textos gracianos", en *Baltasar Gracián. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas*.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001, p. 129-147.
- FEO GARCÍA, J.: "Breve estudio de *El Héroe*, de Gracián", en *Boletín de la Universidad de Santiago de Compostela*, núm. 51-52, 1948, p. 73-96.
- FERRARI, Ángel: *Fernando el Católico en Baltasar Gracián*.- Madrid, Espasa Calpe, 1945.
- FERRER, Francisco de Paula: "El Héroe", en *Baltasar Gracián escritor aragonés del siglo XVII*. Curso monográfico. Universidad Literaria y Ateneo de Zaragoza, 1926, p. 109-129.

- FRIEDRICH, H.: “Zum Verständnis des Werkes”, en *Baltasar Gracián Criticón oder Über die allgemeinem Laster des Menschen*, primera traducción al alemán de una parte de *El Criticón* por Hanns Studniczka. (Humburg, 1957), p. 212-226.
- FRUTOS GÓMEZ DE LA CORTINA, J.: “El antihéroe y su actitud vital” (sentido de la novela picaresca), en *Cuadernos de Literatura*, 7 (1950) 97-143.
- GAMBIN, Felice: “Anotaciones sobre el concepto de ‘virtud’ en Baltasar Gracián” y “La obra de Gracián en la cultura italiana”, en *Baltasar Gracián. Selección de estudios, investigación actual y documentación*. (Barcelona, *Anthropos*, 1993), p. 62-76 y 118-121, respectivamente.
- “Gracián desde fuera”, en *Gracián. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas*.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001, p. 165-174.
- GARCÍA CASANOVA: Juan Francisco y otros, *El mundo de Baltasar Gracián. Filosofía y literatura en el barroco*.- Granada, Universidad, 2003.
- GARCIA GILBERT, Javier: *Baltasar Gracián*.- Madrid, Síntesis, 2002.
- GARCIA CÓMEZ, Ángel M.: “Noticia y examen de una edición desconocida de *El Político* de Baltasar Gracián: Milán 1646”, en *Baltasar Gracián. El discurso de la vida. Una nueva visión y lectura de su obra*. (Barcelona, *Anthropos*, 1993), p. 211-218.
- GARCIA GOMEZ, Emilio: *Un cuento árabe, fuente común de Abentofail y de Gracián*.- Madrid, Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1926.
- GAUTHIER, R.A.: *Magnanimité. L’idéal de la grandeur dans la philosophie païenne et dans la theologie chretienne*.- Paris, 1951.
- GRANDE YAÑEZ, Miguel: *Justicia y ley natural en Baltasar Gracián*.- Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 2001.
- GUARDIOLA ALCOVER, C.: *Baltasar Gracián: Recuento de una vida*.- Zaragoza, Librería General, 1980.
- GUELLOUZ, Suzanne: “Gracián en la Francia del siglo XVII”, en *Baltasar Gracián. Selección de estudios, investigación actual y documentación*. (Barcelona, *Anthropos*, 1993), p. 93-104.
- GUTIÉRREZ SANZ, Ángel: *La Ética en Baltasar Gracián*.- Madrid, Bubok Publishing, 2009.
- HAFTER, Monroe Z.: *Gracián and Perfections. Spanish Moralists of the seventeenth Century*.- Cambridge/Massachusetts, 1966.

- “Sobre la aceptación de Gracián en la España del setecientos”, en *Baltasar Gracián. Selección de estudios, investigación actual y documentación*. (Barcelona, *Anthropos*, 1993), p. 83-87.
- HALL, J.B.: “The Wheel of Time: Gracian’s Changing View of History” en *Bulletin of Hispanic Studies*, 52 (1975) 371-378.
- HEGER, Klaus: *Baltasar Gracián. Eine Untersuchung zu Sprache und Moralistik als Ausdruckweisen der literarischen Haltung des Conceptismo*. (Diss).- Heiddelberg, 1952; traducción castellana: *Baltasar Gracián. Estilo lingüístico y doctrina de valores. Estudio sobre la actitud literaria del conceptismo*.-Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1960.
- “Genio e Ingenio/Herz und Kopf. Reflexiones sobre unos cotejos entre el ‘*Oráculo Manual*’ y la traducción alemana de Schopenhauer”, en *Revista de la Universidad de Madrid*, 7 (1958) 379-401.
- HIDALGO-SERNA, Emilio: *Das Ingeniöse Denken bei Baltasar Gracián. Der ‘concepto’ und seine logische Funktion*.- München, Wilhelm Fink; trad. italiana: *Baltasar Gracián. La lógica dell’ingegno*.- Bologna, Nuova Alfa, 1989; trad. castellana: *El pensamiento ingenioso en Baltasar Gracián. El ‘concepto’ y su función lógica*. Traducción del alemán por Manuel Canet.- Barcelona, *Anthropos*, 1993.
- “De la ‘agudeza de concepto’ a la ‘agudeza de acción’. La moral ingeniosa de Gracián”, en *Baltasar Gracián. El discurso de la vida. Una nueva visión y lectura de su obra* (Barcelona, *Anthropos*, 1993), p. 165-172.
- HOYO, Arturo del: *Baltasar Gracián*.- Buenos Aires, Columba, 1963.
- “Estudio preliminar, edición, bibliografía y notas e índices”, en *Obras Completas de Baltasar Gracián*, 3.ª ed.- Madrid, Aguilar, 1967.
- JANSEN, Helmut: *Die Grundbegriffe des Baltasar Gracián*.- Genève-Paris, 1958.
- “Genio e Ingenio”, en *Baltasar Gracián. Selección de estudios, investigación actual y documentación*. (Barcelona, *Anthropos*, 1993), p. 154-155. Basada en *Die Grundbegriffe des Baltasar Gracián*).
- JIMÉNEZ MORENO, L.: “Presencia de Baltasar Gracián en filósofos alemanes: Schopenhauer y Nietzsche”. Introducción de Jorge M. Ayala, en *Baltasar Gracián. Selección de estudios, investigación*

- actual y documentación.* (Barcelona, *Anthropos*, 1993), p.125-138.
- KRAUS, Werner: *Gracián's Lebenslehre.*- Frankfurt a M., Klostermann, 1947; traducción con el título *La doctrina de la vida según Baltasar Gracián.*- Madrid, Rialp, 1962.
- LANDIN, L.: "Baltasar Gracián: pensador de la vida. El ingenio como argumento de invención y creatividad", en *Baltasar Gracián. El discurso de la vida. Una nueva visión y lectura de su obra* (Barcelona, *Anthropos*, 1993), p. 5-8.
- LANGE, K.-R.: *Theoretiker des literarischen manierismos. Tesauros und Pellegrinis lehre von des 'Acuteza' oder von der Mac ht, der Sprache.*- München, 1968.
- LAPLANA, José Enrique: "El Discreto", en *Gracián. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas.*- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001, p.59-70.
- LATASSA Y ORTIN, Félix de: *Biblioteca nueva de los escritores aragoneses*, t.III. Pamplona, Joaquín Domingo, 1799-1802.
- LAURENTI, Joseph L.: "La admiración de Baltasar Gracián por Italia", en *Archivo Hispalense*, Sevilla, 43 (1965) 265-276.
- LIÑÁN DE HEREDIA, Narciso de: *Baltasar Gracián, 1601-1658.*- Madrid, 1902.
- LÓPEZ ARANGUREN, José Luis, "La moral de Gracián" en *Revista de la Universidad de Madrid*, 7, (1958) 331-354.
"Una moral mundana", en *Baltasar Gracián. Selección de estudios, investigación actual y documentación.* (Barcelona, *Anthropos*, 1993), p. 175-178.
- LÓPEZ LANDA, José M.: "Gracián y su biógrafo Coster", en *Baltasar Gracián, escritor aragonés del Siglo XVII.* Curso monográfico celebrado en la Universidad Literaria de Zaragoza, 1926; p. 1-28. *Leamos a Gracián.*- Calatayud, Publicaciones de la Biblioteca, 1949.
El Ingenio de Gracián.- Zaragoza, La Académica, 1933.
- LÓPEZ POZA, Sagrario: "El Crítico y la Tabula Cebetis", en *Voz y Letra*, 11(2001) 63-84.
- LOSADA PALENZUELA, José Luis: *Schopenhauer traductor de Gracián. Diálogo y Formación.*- Valladolid, Universidad, 2011.
- MALDONADO DE GUEVARA, Francisco: "El ocaso de los Héroes en *El Crítico*", en *Cinco Salvaciones*, ensayos sobre literatura española (Madrid, *Revista de Occidente*, 1953) 63-102.

- MARIN PINA, M^a Carmen: "El Héroe", en *Gracián. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas*.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001, p. 33-45.
- MOLL, Jaime: "Las ediciones madrileñas de las obras sueltas de Gracián", en *Archivo de Filología Aragonesa*, (Zaragoza) 52-53 (1996-1997) 117-124.
- "Hacia una bibliografía estructurada de las obras sueltas de Gracián", en *Libros Libres de Baltasar Gracián, exposición bibliográfica*. Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2001, p. 87-93.
- "En busca de las primeras ediciones de Gracián", en *Gracián. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas*.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001, p. 161-163.
- MONTANER FRUTOS, Alberto: "El político don Fernando el Católico", en *Gracián. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas*.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001, p. 47-58.
- MONTESINOS, José F.: "Gracián o la picaresca pura" en *Ensayos y Estudios de Literatura Española* (Méjico, 1959), p., 132-145.
- MORALEJA JUAREZ, Alfonso: *Baltasar Gracián: forma política y contenido ético*.- Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1999.
- MORALEJA, Alfonso (coord.): "Gracián hoy", en *Cuaderno Gris*, núm.1, noviembre1994-junio 1995.- Madrid, Universidad Autónoma, 1995.
- MOREL-FATIO, Alfred: "Notes bibliographiques sur Gracián", en *Bulletin Hispanique* (Bordeaux), 11 (1909), p 450 y ss.
- "Liste chronologique de lettres de Gracián, en *Bulletin Hispanique* (Bordeaux) 12 (1910) 204 y ss.
- "Gracián interpreté par Schopenhauer", en *Bulletin Hispanique* (Bordeaux), 12 (1910) 377-407.
- MORENO BÁEZ, Enrique: *Filosofía de El Criticón*.- Santiago de Compostela, Universidad, 1959.
- MORREALE, Margarita: "Castiglione y 'El Héroe': Gracián y 'Despejo'" en *Homenaje a Baltasar Gracián* (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1958), p.137-143.
- MULAGK, H.K.: *Phänomene des polistischen Menschen im 17. Jahrhundert. Porpädeutische Studien zum Werk Lohensteins unter besonderer Berücksichtigung Diego Saavedra Fajardos und Baltasar Gracians*.- Berlin, 1973.

- NEUMEISTER, Sebastián: “Gracián en Alemania”, en *Baltasar Gracián. Selección de estudios, investigación actual y documentación* (Barcelona, *Anthropos*, 1993), p. 121-125.
- OLTRA, José Miguel: “El mito de Fernando el Católico en Baltasar Gracián”, en *Baltasar Gracián. El discurso de la vida. Una nueva visión y lectura de su obra* (Barcelona, *Anthropos*, 1993), p. 201-210.
- ORS Y PEREZ PEIX, Álvaro d’: “Historia de la prudencia”, en *Boletín de la Universidad de Santiago*, 1947. (Con ocasión del tercer centenario de *Oráculo manual y arte de prudencia* de Baltasar Gracián).
- OVEJERO Y MAURY, Eduardo: “*El Criticón* de Baltasar Gracián”, en *La España Moderna*, Año 25, nº 297.- Madrid, 1913.
Estudio preliminar a las ediciones de las obras de Gracián.- Madrid, Espasa-Calpe, 1929.
- PELEGRIN, Benito: “Física y metafísica del estilo de Baltasar Gracián”, en *Baltasar Gracián. El discurso de la vida. Una nueva visión y lectura de su obra* (Barcelona, *Anthropos*, 1993), p. 46-67.
- PERALTA, Ceferino: “Gracián y Europa”, en *Baltasar Gracián. Selección de estudios, investigación actual y documentación* (Barcelona, *Anthropos*, 1993), p. 76-83.
- PEREZ LASHERAS, Antonio: “Arte de ingenio y agudeza y Arte de ingenio”, en *Baltasar Gracián. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas.*- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001, p.71-88.
- POGGI, Giulia: “vertí, specchi, cristalli: la veritá e i suoi riflessi in Sta. Teresa, Cervantes, Gracián”, en *Quaderni di Lingue e Letterature* (Torino), 1997, p.101-125.
- RAIMONDI, Ezio: *El Museo del Discreto: ensayos sobre la curiosidad y la experiencia en literatura.*- Madrid, Akal, 2002.
- RAMIS ALONSO, M.: *Ecos de “El Criticón” de Gracián.*- Palma de Mallorca, Politécnica. 1942.
- RAMOS FOSTER, Virginia: *Baltasar Gracián.*- Boston, Twayne Publishers, 1975.
- REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID. Baltasar Gracián en su Tercer centenario. Volumen VII, núm. 27.- Madrid, 1958, con artículos de: F. Maldonado de Guevara, José Luis L. Aranguren, Pierre Mesnard, Klaus Heger y José Antonio Maravall.

- REYES, Alfonso: *Cuatro Ingenios (Arcipreste de Hita, Lope, Quevedo y Gracián)*.- Buenos Aires, Espasa Calpe, 1950.
- ROMERA NAVARRO, Miguel: "Citas bíblicas en *El Criticón*", en *Hispanic Review*. (Filadelfia), 21 (1933) 323-334.
- "Autores latinos en *El Criticón*", en *Hispanic Review*, 2 (1934) 102-133.
- "Góngora, Quevedo y algunos literatos más en *El Criticón*", en *Revista de Filología Española* (Madrid), 21 (1934) 248-273.
- "Reminiscencias de Botero y Boccacini en *El Criticón*", en *Bulletin Hispanique* (Bordeaux), 36 (1934) 149-158.
- "Sobre la moral de Gracián", en *Hispanic Review* (Filadelfia), 3 (1935) 119-126.
- "Bibliografía graciana", en *Hispanic Review*, 4 (1936) 11-40.
- "Las alegorías de *El Criticón*", en *Hispanic Review*, 9 (1941) 151-175; reed. en "*Estudios sobre Gracián*".- Austin, University of Texas Press. 1950.
- Estudio del Autógrafo de *El Héroe* graciano.- Madrid, 1946.
- ROTH, O.: "Gracián, La Rochefoucauld und Couverville", en *Aufsätze zum 18. Jahrhundert in Frankreich*, ed. H.- J. Lope (Frankfurt a.M, 1979), p. 41-95.
- ROUYEYRE, André: *Baltasar Gracián: Pages caractéristiques*.- Paris, Mercure de France, 1925.
- El español Baltasar Gracián y Federico Nietzsche.- Madrid, Biblos, 1927.
- SAN MARTÍN, Javier y AYALA, Jorge M. (coords.): *Baltasar Gracián, tradición y modernidad. Actas del Simposio Internacional sobre Baltasar Gracián en el IV centenario de su nacimiento*.- Calatayud, UNED., 2002.
- SAN VICENTE PINO, Ángel (ed.): *Libros Libres de Baltasar Gracián. Catálogo de la Exposición bibliográfica*.-Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2001.
- SCHRÖDER, Gerhart: *Baltasar Gracians "Criticón". Eine Untersuchung zur Beziehung zwischen Manierismus und Moralistik*. - München, Wilhelm Fink, 1966.
- "Gracián und die spanische Moralistik", en *Neues Handbuch der Literaturwissenschaft*, ed. A. Buck (Frankfurt a. M), 10 (1972), 257-289, traducción con el título "Gracián y la moralística española".
- Literatura universal. Renacimiento y Barroco*. (Madrid, Gredos,

- 1982), p.721-748.
- SCHULZ-BUSCHHAUS, U., “Über die Verstellung und die ersten ‘Primores’ des Héroe von Gracián”, en *Romanische Forschungen*, 91 (1979), 411-430.
- “Innovation und Verstellung bei Gracian”, en *Gestaltung - Ungestaltung. Beiträge zur Geschichte der romanischen Literaturen. Festschrift zum sechzigsten Geburtstag von Margot Kruse* (Tübingen, 1990), p. 413-427.
- SENABRE, Ricardo: *Gracián y El Criticón*.- Salamanca, Universidad, 1979.
- SIERRA, L.: “La moral política. El antimaquiavelismo en Suárez y Gracián”, en *Arbor* (Madrid) 48 (1961) 281-301.
- SIMÓN DÍAZ, José: *Bibliografía de la Literatura Hispánica*, t.11.- Madrid, CSIC., 1976.
- VALBUENA DE LA FUENTE, Felicísimo: *El pensamiento antropológico y ético de Baltasar Gracián*.- Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, 1973.
- VALBUENA PRAT, Ángel: *Historia de la literatura española*, t.II, 8. ^a ed. (Barcelona, Gustavo Gili, 1968), cap. LII.: El simbolismo de Gracián y las últimas formas Narrativas del siglo XVII, p.699-717.
- “El diverso conceptismo de Quevedo y Gracián”, en *Revista de la Universidad de Madrid*, 19 (1970) 249-270.
- VOSSLER, Kart: “Introducción a Gracián”, en *Revista de Occidente* (Madrid), 147 (1935) 330-348.
- WERLE, Peter: *El Héroe, Zur Ethik des Baltasar Gracián*.- Tübingen, Gunter Narr, 1992.
- “Arte de Ingenio. Überlegungen zur Gattungszugehörigkeit des Gracianschen Traktats”, en *El mundo de Gracián. Actas del Coloquio Internacional, Berlin, 1988*, ed. Sebastian Neumeister und Dietrich Briesemeister (Berlin, 1991), p. 95-108.
- YNDURAIN, Francisco: “Gracián, un estilo”, en *Homenaje a Gracián*.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1958, p. 163-188.
- ZARKA, Y.-Ch.: “El héroe de Gracián y el antihéroe de Hobbes”, en *Hobbes y el pensamiento político moderno*.- Barcelona, Herder, 1997, p. 33-53.
- VV.AA.: *Homenaje a Gracián*.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1958; en él intervienen: Charles V. Aubrun; Mariano Baquero Goyanes; José Camón Aznar; E. Correa Calderón; Manuel García Blanco; Samuel Gili Gaya; Otis H. Green;

Helmut Hatzfeld; Vladimir Jankélevitch; Francisco Maldonado; Margarita Morreale; Edward Sarmiento; Kart-Ludwig Selig y Francisco Ynduráin.

Gracián y su época. Actas de la I Reunión de Filólogos Aragoneses (Zaragoza y Calatayud, Febrero-Marzo de 1985), con ponencias de: Aurora Egido en “El arte de la memoria y *El Crítico*”; de Fernando Lázaro Carreter, en “El género literario de *El Crítico*”; Miguel Batllori, en “La pervivencia de Gracián a fines del siglo XX”

Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1986.

EGIDO, Aurora, y otros (coords.): *Baltasar Gracián IV Centenario (1601-2001)*, *Actas I Congreso Internacional “Baltasar Gracián: pensamiento y erudición”*, celebrado en Huesca, 23-216 de mayo, 2001.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2003.

EGIDO, Aurora, y otros (coords.): *Baltasar Gracián IV Centenario (1601-2001)*, *Actas II Congreso Internacional “Baltasar Gracián en sus obras”*, celebrado en Zaragoza, 22-24 de noviembre de 2001.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2003.

MORALEJA, Alfonso (coord.): “Gracián hoy”, en *Cuaderno Gris*, núm.1, noviembre 1994-junio 1995.- Madrid, Universidad Autónoma, 1995.

SAN MARTÍN, Javier y AYALA, Jorge M. (coords.): *Baltasar Gracián, tradición y modernidad. Actas del Simposio Internacional sobre Baltasar Gracián en el IV centenario de su nacimiento*.- Calatayud, UNED., 2002.

II

Bibliografía complementaria

ALVAR, M.: *Aragón: Literatura y ser histórico*.- Zaragoza, Librería Pórtico, 1976.

ANDRÉS DE UZTARROZ, Juan Francisco: *Certamen poético de Nuestra Señora de Cogullada. Ilustrado con una breve cronología de las imágenes aparecidas de la Virgen Sacratísima en el Reino de Aragón*.- Zaragoza, Hospital Real General de Nuestra Señora de

- Gracia, 1644.
- ARCO Y GARAY, Ricardo del: "Don Vincencio Juan de Lastanosa. Apuntes biobibliográficos", en "*Boletín de la Real Academia de la Historia* (Madrid), 56 (1910) 301 y ss.
- "Más datos sobre don Vincencio Juan de Lastanosa", en *Linajes de Aragón*, (Zaragoza) 3 (1912) 142 y ss.
- "Noticias inéditas acerca de la famosa biblioteca de don Vincencio Juan de Lastanosa", en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* (Madrid), 65 (1914), p. 316-342.
- "Más noticias acerca de la famosa biblioteca de don Vincencio Juan de Lastanosa, en *Linajes de Aragón* (Zaragoza), 7 (1916) 8-20.
- "Los amigos de Lastanosa. Cartas interesantes de varios eruditos del siglo XVII", en *Revista Histórica* (Valladolid), 1918.
- Dos grandes coleccionistas aragoneses de antaño: Lastanosa y Carderera*.- Madrid, 1919.
- La Erudición aragonesa en el siglo XVII en torno a Lastanosa*.- Madrid, Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, 1934.
- La Erudición Española en el siglo XVII y el cronista de Aragón Andrés de Uztarroz*, t. I y II.- Madrid, CSIC., 1950.
- ASENSIO, Francisco: *Floresta española, y hermoso ramillete de agudeza, motes, sentencias y graciosos dichos de la discreción cortesana*.- Madrid, Ibarra, 1769.
- BLANCO GONZÁLEZ, Bernardo: *Del Cortesano al Discreto, Examen de una Decadencia*.- Madrid, Gredos, 1962.
- BLECUA, José Manuel: "Cartas de fray Jerónimo de San José al cronista Juan F. Andrés de Ustarroz", en *Archivo de Filología Aragonesa*, Institución Fernando el Católico, I-II, (1945) 32-150.
- BLÜHER, Karl Alfred: *Séneca en España*.- Madrid, Gredos, 1969.
- BOISSARD, J.: *Emblematum Liber*.- Frankfurt, 1593.
- BUNYAN, John: *Pilgrim's Progress from this world to that is to come*. I. London, 1678; II. London, 1684-1685.
- CORREAS, Gonzalo: *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmula comunes de la lengua castellana en que van todos los impresos antes y otra gran copia*.- Madrid, Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1924.
- COSSIO, José María: *Fábulas mitológicas en España*.- Madrid, Espasa Calpe, 1952.

- CRUZ CRUZ, Juan: *Intelecto y razón. Las coordenadas del pensamiento clásico*, 2. ed.- Pamplona, EUNSA, 1998.
- CUEVAS SUBIAS, Pablo: *La formación de Manuel Salinas en el Barroco Oscense*. Huesca, Ayuntamiento, 1995.
- La vida y la obra de Manuel Salinas y Lizana (1616-1688)*, tesis de doctorado.- Zaragoza, Universidad, 2000.
- CURTIUS, E. R.: *Literatura europea y Edad Media Latina*.- Méjico, FCE., 1976.
- CHECA CREMADES, Fernando: *Carlos V y la imagen del héroe del Renacimiento*.- Madrid, Taurus, 1987.
- DESCARTES, René: *Discours de la méthode*.- Paris, 1637.
- DIAZ-PLAJA, G.: *El Espíritu del Barroco. Tres interpretaciones*.- Barcelona, Apolo, 1940.
- Defensa de la crítica*.- Barcelona, Editorial Barna, 1953.
- EGIDO, Aurora: *La poesía aragonesa del siglo XVII. Raíces Culteranas*.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1979.
- Retratos de los reyes de Aragón de Andrés de Uztarroz y otros poemas de la Academia*.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1979.
- “Las academias literarias de Zaragoza en el siglo XVII”, en la *Literatura de Aragón* (Zaragoza, Ibercaja, 1984), p. 103-128.
- Fronteras de la poesía en el barroco*.- Barcelona, Crítica, 1989.
- El barroco de los modernos, despuntes y pespuntes*.- Valladolid, Universidad, 2009.
- La rosa del silencio*.- Madrid, Alianza, 1996.
- EGUIA RUIZ, Constancio: *Nuevos temas crítico-biográficos. Cervantes, Calderón, Lope, Gracián*.-Madrid, Artes Gráficas Ibarra, 1951.
- GARCIA BERRIO, Antonio: *España e Italia ante el conceptismo*.- Murcia, Universidad, 1968; Madrid, CSIC., 1968; en *Revista de Filología Española*, XXXIX.
- GARCÍA CUETO, David: “El viaje a España de Cosme Lotti y las fuentes de Roma, Tívoli y Frascati”, en *Archivo Español de Arte*, Septiembre 2007, volumen 80, núm 319, p. 315-322.
- GARCIA TAPIA, Nicolás: *Pedro Juan de Lastanosa, el autor aragonés De Los veintiún libros de los ingenios*.- Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1990.
- GÓMEZ-CENTURION JIMÉNEZ, C.: “La familia, la mujer y el niño”, en *La España de Velázquez*.- Madrid, Temas de Hoy, 1989.

- GREEN, Otis Howard: "On the Meaning of Crisi(s) before *El Criticón*", en *Hispanic Review*, 21(1953) 218-220.
 "Sobre el significado de "crisi(s)" antes de *El Criticón*. Una nota para la historia del conceptismo", en *Homenaje a Baltasar Gracián* (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1958), p. 99-102.
- GRIMAL, Pierre: *Diccionario de mitología griega y romana*.- Barcelona, Paidós, 1981.
- HATZFELD, Helmut: *Estudios sobre el Barroco*, 2.^a ed.- Madrid, Gredos, 1966.
- HUERTA CALVO, Javier, PERAL VEGA, Emilio y URZÁIZ TORTAJADA, Héctor: *Teatro Español [de la A a la Z]*.- Madrid, Espasa, 2005, p. 421.
- HUMBERT, Juan: *Mitología griega y romana*, 26^a ed.- Barcelona, Gustavo Gili, 2010.
- KRUSE, M.: "Die französischen Moralisten des 17. Jahrhunderts", en *Neues Handbuch der Literaturwissenschaft*, ed. A. Buck, t.X (Frankfurt a. M., 1972), art. "Renaissance und Barock. II", p. 280-300.
- LAPESA, Rafael: *De la Edad Media a nuestros días. Estudios de historia literaria*.- Madrid, Gredos, 1982.
- LATASSA Y ORTIN, Félix: *Biblioteca Nueva de los escritores Aragoneses*, t. 3.- Pamplona, Joaquín Domingo, 1799.
- MALAXECHEVERRIA, Ignacio: *Bestiario medieval*.- Madrid, Siruela, 1986.
- MARAVALL, José Antonio: *La cultura del Barroco*.- Barcelona, Ariel, 1975.
- MENENDEZ Y PELAYO, Marcelino: *Historia de las ideas estéticas en España*, (Madrid, 1884); nueva ed. Madrid, CSIC., 1994.
- NAVAL MÁS, Antonio, *Huesca: Desarrollo del trazado urbano y de su arquitectura*. Tesis doctoral, t. I y II. Madrid, Universidad Complutense, 1980.
- NIEREMBERG, Eusebio: *Obras y días. Manual de señores y príncipes*.- Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1629.
- NOYDENS, Benito Remigio: *Historia del dios Momo; enseñanza de príncipes y subditos y destierro de novelas y libros de cavallerías*.- Madrid, Francisco Nieto, 1666.
- PEREZ DEL BARRIO, Gabriel: *Secretario de señores, y las materias, cuidados y obligaciones que le tocan, estilo y ejercicio del [...]* Madrid, 1622.

- PIZARRO GÓMEZ, Francisco Javier: “Arte y Espectáculo en las fiestas reales del Retiro en 1637”, en *Norba-Arte* (Cáceres), núm 7, 1987, p. 133-140.
- POCOCK, Eduardo: *Philosophus Autodidactus sive epistola Abi Jafar, ebn Thofail, de Hai ebn Yokdham, in qua ostenditur quomodo ex inferiorum contemplatione ad superiores notitiam ratio humana ascendere possit; Arabice et latine edidit*. Oxford, 1671.
- RODRÍGUEZ MOLINERO, Marcelino: *Derecho natural e Historia en el pensamiento europeo contemporáneo*.- Madrid, Edersa, 1973.
- SCHÜMMER, Franz: “Die Entwicklung des Gerchmacksbegriffs in der Philosophie des 17. und 18. Jahrhunderts”, en *Archiv für Begriffsgeschichte*, I (1955) 120-141.
- SELIG, K. L.: *The Library of Vincencio Juan de Lastanosa, Patron of Gracián*.- Genève, Droz, 1960.
- SIMÓN DIAZ, José: *Historia del Colegio Imperial de Madrid*, t. I-II- Madrid, CSIC., 1952-1959.
- Jesuitas de los siglos XVI y XVII: escritos localizados*.- Madrid, Fundación Universitaria Española, 1975.
- Bibliografía de las Literaturas Hispánicas*, Vol. 11.- Madrid CSIC., 1976 y Vol.12.- Madrid, CSIC., 1982.
- SUÑÉ LLINAS.- Emilio: *Xenias* (colección de pensamientos), 2 ed.- Jaén, 2000.
- VAILLO, Carlos: “El Criticón”, en *Baltasar Gracián. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas*.- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001, p. 103-116.
- VIGIL, Mariló: *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*.- Madrid, Siglo XXI, 1986.
- WEINRICH, H.: *Das Ingenium Don Quijote. En Beitrag zur literarische Charakterkunde*.- Münster, 1956.
- WEISE, G.: “Das Element des Heroischen in der spanischen religiösen Literatur der Zeit der Gegenreformation”, en *Spanische Forschungen der Görresgesellschaft*, 10 (1955) 161-304.
- L’ideale eroico del Rinascimento e le sue premesse umanistiche*.- Napoli, 1961.